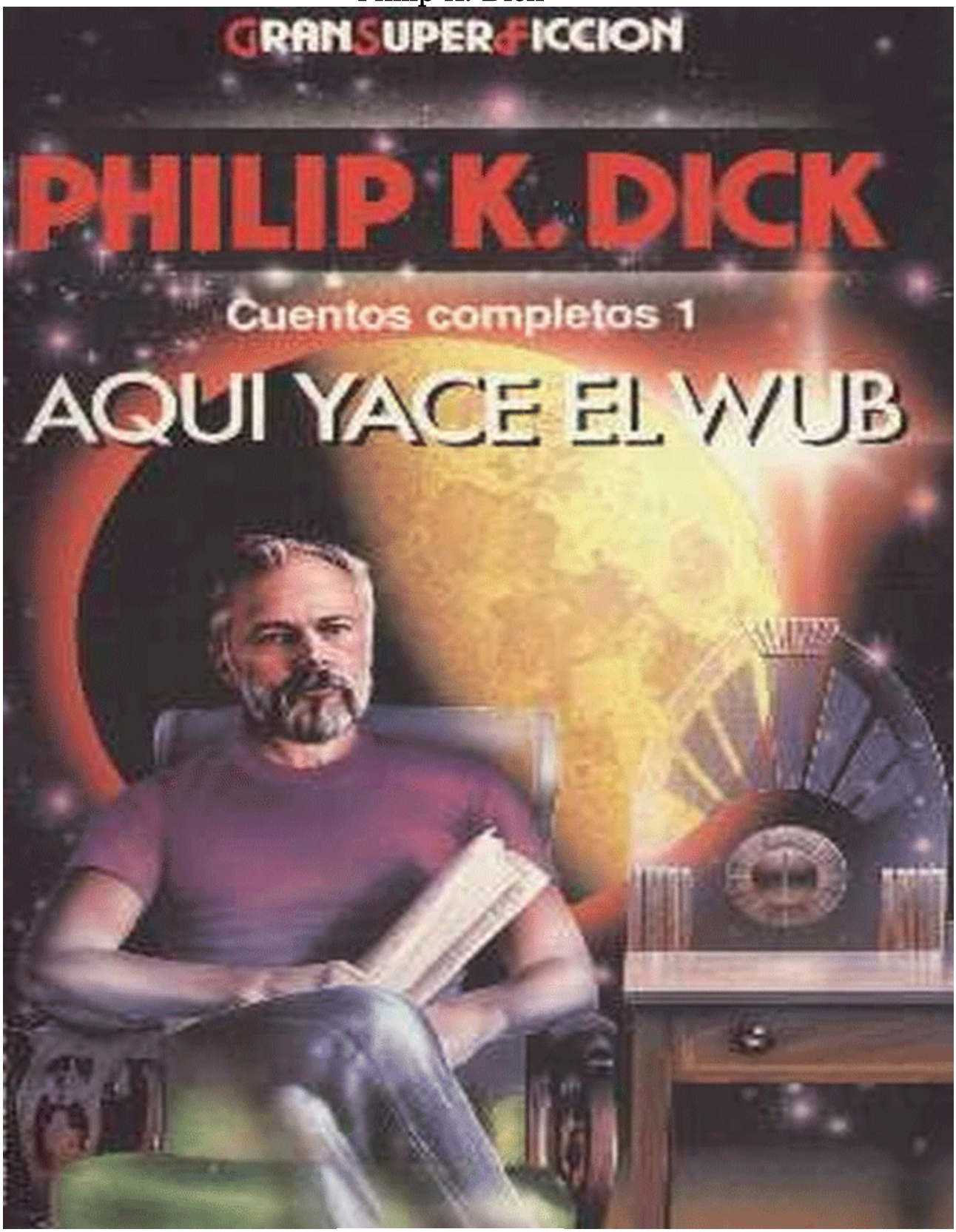
CUENTOS COMPLETOS 1
AQUÍ YACE EL WUB
Philip K. Dick



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PREFACIO DEL AUTOR

«En primer lugar, definiré lo que es la ciencia ficción diciendo lo que no es. No puede ser definida como "un relato, novela o drama ambientado en el futuro", desde el momento en que existe algo como la aventura espacial, que está ambientada en el futuro pero no es ciencia ficción; se trata simplemente de aventuras, combates y guerras espaciales que se desarrollan en un futuro de tecnología superavanzada. ¿Y por qué no es ciencia ficción? Lo es en apariencia, y Doris Lessing, por ejemplo, así lo admite. Sin embargo, la aventura espacial carece de la nueva idea diferenciadora que es el ingrediente esencial. Por otra parte, también puede haber ciencia ficción ambientada en el presente: los relatos o novelas de mundos alternos. De modo que si separamos la ciencia ficción del futuro y de la tecnología altamente avanzada, ¿a qué podemos llamar ciencia ficción?

»Tenemos un mundo ficticio; éste es el primer paso. Una sociedad que no existe de hecho, pero que se basa en nuestra sociedad real; es decir, ésta actúa como punto de partida. La sociedad deriva de la nuestra en alguna forma, tal vez ortogonalmente, como sucede en los relatos o novelas de mundos alternos. Es nuestro mundo desfigurado por el esfuerzo mental del autor, nuestro mundo transformado en otro que no existe o que aún no existe. Este mundo debe diferenciarse del real al menos en un aspecto que debe ser suficiente para dar lugar a acontecimientos que no ocurren en nuestra sociedad o en cualquier otra sociedad del presente o del pasado. Una idea coherente debe fluir en esta desfiguración; quiero decir que la desfiguración ha de ser conceptual, no trivial o extravagante... Esta es la esencia de la ciencia ficción, la desfiguración conceptual que, desde el interior de la sociedad, origina una nueva sociedad imaginada en la mente del autor, plasmada en letra impresa y capaz de actuar como un mazazo en la mente del lector, lo que llamamos el shock del no reconocimiento. Él sabe que la lectura no se refiere a su mundo real.

»Ahora tratemos de separar la fantasía de la ciencia ficción. Es imposible, y una rápida reflexión nos lo demostrará. Fijémonos en los personajes dotados de poderes paranormales; fijémonos en los mutantes que Ted Sturgeon plasma en su maravilloso *Más que humano*. Si el lector cree que tales mutantes pueden existir, considerará la novela de Sturgeon como ciencia ficción. Si, al contrario, opina que los mutantes, como los brujos y los dragones, son criaturas imaginarias, leerá una novela de fantasía. La fantasía trata de aquello que la opinión general considera imposible: la ciencia ficción trata de aquello que la opinión general considera posible bajo determinadas circunstancias. Esto es, en esencia, un juicio arriesgado, puesto que no es posible saber objetivamente lo que es posible y lo que no lo es, creencias subjetivas por parte del autor y del lector.

»Ahora definiremos lo que es la buena ciencia ficción. La desfiguración conceptual (la idea nueva, en otras palabras) debe ser auténticamente nueva, o una nueva variación sobre otra anterior, y ha de estimular el intelecto del lector; tiene que invadir su mente y abrirla a la posibilidad de algo que hasta entonces no había imaginado. "Buena ciencia ficción" es un término apreciativo, no algo objetivo, aunque pienso objetivamente que existe algo como la buena ciencia ficción.

»Creo que el doctor Willis McNelly, de la Universidad del estado de California, en Fullerton, acertó plenamente cuando afirmó que el verdadero

protagonista de un relato o de una novela es una idea y no una persona. Si la ciencia ficción es buena, la idea es nueva, es estimulante y, tal vez lo más importante, desencadena una reacción en cadena de ideas-ramificaciones en la mente del lector, podríamos decir que libera la mente de éste hasta el punto que empieza a crear, como la del autor. La ciencia ficción es creativa e inspira creatividad, lo que no sucede, por lo común, en la narrativa general. Los que leemos ciencia ficción (ahora hablo como lector, no como escritor) lo hacemos porque nos gusta experimentar esta reacción en cadena de ideas que provoca en nuestras mentes algo que leemos, algo que comporta una nueva idea; por tanto, la mejor ciencia ficción tiende en último extremo a convertirse en una colaboración entre autor y lector en la que ambos crean... y disfrutan haciéndolo: el placer es el esencial y definitivo ingrediente de la ciencia ficción, el placer de descubrir la novedad.»

PHILIP K. DICK
(Fragmento de una carta)
14 de mayo de 1981

PRÓLOGO

Una frase hecha de uso corriente califica a Philip K. Dick como la mayor mente de la ciencia ficción de todos los planetas. Bien, tanto eso como una trayectoria a Lagrange-5 son hiperbólicos. No reflejan la realidad. El mejor cuento aún está por escribirse.

Algunas cosas, sin embargo, hacen que nos sintamos algo más seguros sobre la contribución de Phil Dick a este planeta, ahora que su reputación ya no necesita ningún tipo de ayuda en particular. El alcance, la integridad y la magnificencia intelectual de la obra de Phil han sido reconocidos en todo el mundo. Muchos le consideran el más «serio» de los autores de la ciencia ficción moderna, y el interés por sus obras no ha dejado de aumentar desde su prematura muerte en 1982. El creciente interés que le dedica la crítica erudita ha reforzado todavía más su reputación. Si examinamos con calma su obra descubriremos tres poderosos temas que impregnan casi todas sus novelas y relatos.

El primero y más evidente de los temas trenzados en la obra de Dick se refiere a la división planteada entre la humanidad y todas las complejidades de sus creaciones, una parte de las preocupaciones esenciales de todos los escritores consecuentes. Sin embargo, Phil cambió la pregunta «¿Qué significa ser humano?», por la de «¿Cómo es no ser humano?». Planteó el problema intelectualmente, según su estilo, pero luego consiguió que sintiéramos sus respuestas. En la mejor y más alta tradición de Mary Shelley descubrió que la empatía es la diferencia; para utilizar su propia palabra, caritas. No necesito ser futurólogo para vaticinar que tanto su investigación como su descubrimiento irán adquiriendo mayor importancia a medida que nos vayamos adentrando en ese extraño camino que la ciencia llama progreso.

El segundo tema de Dick es de perspectiva, lo que yo definiría como el cuidado y alimentación de dioses menores. A pesar de que el campo de sus ideas era amplísimo, confiaba en «muy pocas cosas», como escribió en una ocasión. En una era literaria dominada por superestrellas y superhéroes,

Phil nos recuerda que nuestras aspiraciones y capacidades no son tan diferentes y no menos importantes de las de los grandes y poderosos.

Pensemos en el Tung Chien de La fe de nuestros padres *y en el Ragel Gumm de* Time out of joint (Tiempo desarticulado)*; sus prosaicos y monótonos trabajos se revelan esenciales para la fe de sus mundos. Recordemos al Herb Ellis de* Un autor prominente*: un chico corriente reescribe el Viejo Testamento para cabrerizos que apenas miden tres centímetros. Reflexionemos sobre el significado de los globos de chicle de Herb Sousa en* El combate sagrado*; sobre la influencia moral de la piel de wub en* Lejos de su guarida; *y sobre la batalla con el billar romano sensitivo de* Partida de revancha*. Muchas palabras para describir lo breve, pocas para definir lo amplio. Desde el punto de vista ontológico de Dick, tenderos y dependientes son tan atractivos como los señores de la guerra y los mesías. La anciana señora Berthelsen de* Mercado cautivo *posee el secreto definitivo sobre el tiempo y el espacio, y lo utiliza para vender verduras en un carretón.*

No es fácil encontrar en las páginas de Dick naves espaciales de tres kilómetros de largo brillando a la luz del sol. Lo normal es encontrar un robot averiado en el fondo de una zanja. O, una posibilidad más aterradora, una mariposa atrapada en un pliegue temporal. Observamos en los relatos de Phil Dick que todo, sea o no humano, está conectado, que todos los personajes son importantes; lo que asusta a uno asusta a todos. Como señala John Brunner, seguro que también asustaba al mismo Dick. El tercer tema fundamental de Phil Dick es su fascinación por la guerra, así como el temor y el odio que despertaba en él. La crítica apenas lo menciona, a pesar de que es tan consustancial a su obra como el oxígeno al agua.

Tal vez Dick, que inició su carrera de escritor en Berkeley, California, absorbió la sensibilidad de una ciudad que había contraído un firme compromiso liberal. Tal vez Joe McCarthy y la guerra de Corea sensibilizaron la imaginación de un autor principiante. Conocemos muy poco sobre sus años juveniles durante la segunda guerra mundial, pero nos es posible identificar un temprano y consistente recelo hacia la mentalidad militar, el temor causado por lo que había visto de la maquinaria bélica en ambos bandos. Sentía un fuerte rechazo a aceptar las consignas del período en que los fines prevalecían sobre los medios. La victoria a cualquier precio en pro de la Democracia, la Libertad y la Bandera devienen aforismos carentes de sustancia cuando el precio de la victoria es la sumisión totalitaria a una burocracia militar despiadada: Phil temía que éste fuera el futuro que nos aguardara.

Desde los primeros relatos de Dick, Los defensores, El hombre variable, Ataque en la superficie *y* Para servir al amo*, hasta sus últimas producciones, como* La fe de nuestros padres *y* La puerta de salida conduce adentro*, tanto los triunfadores como los perdedores muestran de manera contundente la humanidad al rechazar la guerra y la agresión. En opinión de Dick, la única contienda aceptable era contra el mal que reconocía como «las fuerzas de la disolución». Phil Dick fue antimilitarista mucho antes de que se convirtiera en una moda de los años sesenta. A lo largo de toda su carrera continuó valorando a la humanidad y sus puntos débiles, no importa cuán pequeños y vulnerables fueran, por encima del terror organizado del estado moderno, independientemente de las ventajas que reportara.*

Y eso es todo; un vistazo a una mente ecléctica y vigorosa. Esta indispensable colección de los relatos de Philip Dick puede perturbar al

lector. Le puede asustar, porque algunos de los personajes de Phil viven muy cerca de su casa. Sin embargo, estos relatos no le dejarán indiferente. Quizá un viento extraño se cuele por su puerta avanzada la noche, y tal vez las sombras de los objetos familiares se estremezcan a la luz. ¿Algún Palmer Eldritch se aproxima a nuestro planeta? Incluso si no es un precog, no diga que no le advirtieron.

STEVEN OWEN GODERSKY

INTRODUCCIÓN

En un principio rechacé la invitación a escribir esta Introducción. No tenía nada que ver con mi opinión hacia la obra de Phil Dick. Sentía que ya había dicho todo con respecto al tema. Entonces me indicaron que lo había hecho en lugares muy diferentes. Aun en el caso de no añadir nada nuevo, volver a repetir similares argumentos aquí ayudaría a los lectores que no los hubieran conocido antes.

Así que le di vueltas al asunto. Repasé también algunas de las cosas que había escrito anteriormente. Me pregunté qué valdría la pena repetir o añadir. Había coincidido con Dick en muy pocas ocasiones, en California y en Francia; fue pura casualidad que colaboráramos en un libro. Durante esta colaboración intercambiamos cartas y hablamos varias veces por teléfono. Me cayó bien y me impresionó mucho su trabajo. Dejaba deslizar a menudo su sentido del humor en nuestras conversaciones telefónicas. Recuerdo que una vez se refirió a unos derechos de autor que había recibido. Dijo: «He obtenido tantos cientos en Francia, tantos cientos en Alemania, tantos cientos en España... ¡Caray! ¡Esto ya parece el listado de arias de Don Giovanni*...!». Su agudeza verbal era más punzante que las ironías cósmicas manejadas en su narrativa.*

Ya he hablado antes de su sentido del humor. También he hecho hincapié en sus constantes juegos con la realidad convencional. Incluso me he permitido la libertad de generalizar acerca de sus personajes. Pero ¿para qué parafrasear cuando al cabo de estos años he encontrado una razón legítima para citar uno de mis textos?

«Estos personajes son a menudo hombres y mujeres víctimas, prisioneros, manipulados. Es dudoso que su mundo haya perdido una pizca de maldad cuando lo abandonen, pero la respuesta es impredecible: ellos no ceden en su esfuerzo. Se hallan, por lo general, dispuestos a batear en la última mitad de la novena entrada con el partido empatado, a punto de ser suspendido por la lluvia, con dos hombres expulsados, a falta de dos lanzamientos de pelota y tres carreras. Pero ¿qué significa la lluvia? ¿Y el estadio?

»Los mundos en los que se mueven los personajes de Phil Dick están sujetos a cancelaciones o revisiones imprevistas. La realidad es tan dudosa como las promesas de un político. El resultado no varía, independientemente de que el responsable del trastorno de las situaciones sea una droga, un repliegue temporal, una máquina o un ser extraterrestre: la Realidad, con mayúscula, deviene tan relativa como la sequedad de nuestros respectivos martinis. A pesar de todo, la lucha continúa, el combate prosigue. ¿Contra qué? En último extremo contra los Poderes, las Autoridades, las Jerarquías y

las Tiranías que, casi siempre, se hospedan en los cuerpos de hombres y mujeres que son víctimas, prisioneros, seres manipulados.

»Todo esto suena a frivolidad tétricamente seria. Se equivocan. Supriman "tétricamente", añadan una coma y lo siguiente: pero una de las características de la maestría de Phil Dick reside en el tono de su estilo. Posee un sentido del humor para el que no encuentro adjetivos adecuados. Irónico, grotesco, bufonesco, satírico. Ninguno da en el clavo, aunque todos pueden encontrarse sin necesidad de buscar demasiado. Sus personajes resbalan ridículamente en los momentos más dramáticos; una patética ironía invade las escenas más cómicas. No cabe duda de que se trata de una cualidad singular y estimable para dirigir un espectáculo de tales características.»

Lo dije en Philip K. Dick: pastor eléctrico*, y todavía lo asumo.*

Me complace ver que Phil está consiguiendo por fin la atención que merecía, tanto a nivel de la crítica como del público. Lo único que lamento es que haya llegado tan tarde. Solía quejarse a menudo, pasada ya la edad de esforzarse por alcanzar una meta pero aún luchando por conseguirla. Me sentí aliviado cuando al fin, un año antes de morir, logró la seguridad económica y una cierta riqueza. La última vez que le vi parecía muy feliz y sereno. Fue cuando estaban filmando Blade Runner*; cenamos y pasamos una larga velada hablando, bromeando y recordando anécdotas del pasado.*

Se ha escrito mucho sobre el misticismo de su última etapa. No puedo opinar con conocimiento de causa de lo que creía, en parte porque parecía cambiar incesantemente y en parte porque a veces era difícil saber cuándo bromeaba y cuándo hablaba en serio. Sin embargo, tras unas cuantas conversaciones deduzco que jugaba con la teología de la misma forma que otras personas se interesan en los problemas del ajedrez, que le gustaba formular la clásica pregunta del escritor de ciencia ficción («¿qué pasaría si...?») en todo aquello que se refiriera a nociones de filosofía y religión. Se trataba, sin duda, de un aspecto más de su trabajo, y me he preguntado muchas veces cuáles hubieran sido sus creencias de haber vivido diez años más, algo imposible de adivinar o de intuir ahora.

Recuerdo que, al igual que James Blish, estaba fascinado por el problema del mal y su yuxtaposición con el eventual placer de vivir. Estoy seguro de que no tendría el menor inconveniente en que les reproduzca un fragmento de la última carta que me escribió, fechada el 10 de abril de 1981:

«Me pidieron que examinara dos publicaciones en el espacio de un cuarto de hora: primero, una copia de Wind in the willows*, que nunca había leído... En cuanto lo hube examinado alguien me enseñó una fotografía a doble página del intento de asesinato del presidente, aparecida en el último* Time*. A un lado el herido, luego el hombre del servicio secreto con una metralleta Uzi en la mano, y más allá un montón de individuos que sujetaban al asesino. Mi cerebro trataba de relacionar* Wind in the willows *con la fotografía. Le fue imposible. Nunca lo conseguirá. Me llevé el libro de Grahame a casa y me senté a leerlo mientras intentaban que la Columbia lo cediera, en vano, como ya sabes. Cuando me levanté por la mañana no podía pensar en nada, ni en cosas raras, como suele suceder al salir del sueño: la mente en blanco. Como si los computadores de mi cerebro se negaran a dirigirse la palabra. Cuesta creer que la escena del intento de asesinato y*

Wind in the willows *formen parte del mismo universo. Seguro que uno de ellos no es real. El señor Toad bajando por la corriente en un pequeño bote de remos y el hombre de la Uzi... Es inútil tratar de otorgarle un sentido al universo, pero creo que debemos esforzarnos a pesar de todo.»*

Cuando la recibí sentí que esa tensión, ese desconcierto moral no eran más que una versión atemperada de una emoción que recorría la mayor parte de su obra. Es una cuestión que nunca resolvió; parecía demasiado sofisticado para confiar en cualquier verdad aparente. A lo largo de los años hizo muchas afirmaciones en muchos lugares diferentes, pero la que más quedó grabada en mi memoria, la que más se ajusta al hombre con el que yo solía conversar es la que cité en mi prólogo al primer volumen de entrevistas publicado por Greg Rickman, Philip K. Dick: In his own words (1984). *Constaba en una carta que Phil había escrito en 1970 a* SF Commentary*:*

«Sólo sé una cosa sobre mis novelas. En todas ellas, una y otra vez, este hombre insignificante se autoafirma por medio de su atolondrada y fatigosa lucha. En las ruinas de las ciudades de la Tierra levanta con grandes dificultades una pequeña fábrica que produce cigarros puros o artefactos de imitación con la leyenda "Bienvenidos a Miami, el centro del placer del mundo". En A. Lincoln. Simulacros *regenta un pequeño negocio de órganos electrónicos vulgares y, más tarde, robots de apariencia humana más irritantes que amenazadores. Todo a pequeña escala. El colapso es enorme; la animosa figurita que se dibuja contra el paisaje en ruinas, al igual que Tagomi, Runciter o Molinari, tiene el tamaño de un mosquito, apenas puede hacer nada..., pero posee una cierta grandeza. No sé por qué. Simplemente creo en él y le amo. Prevalecerá. No hay nada más. Al menos, nada que sea más importante. Nada que nos sea más importante. Pues mientras esté ahí, como una minúscula figura paterna, todo irá bien.*

»Algunos revisionistas han observado "amargura" en mis escritos. Me sorprende, por cuanto la confianza nunca me abandona. Tal vez les moleste el hecho de que confío en algo tan ínfimo. Quieren algo más grande. Voy a revelarles un secreto: no hay nada más grande. Nada más, si me permiten la expresión. De hecho, ¿a cuánto más debemos aspirar? ¿No es suficiente el señor Tagomi? Para mí, sí. Estoy satisfecho».

Supongo que lo he recordado dos veces porque me gusta pensar en este pequeño elemento de confianza e idealismo de los escritos de Phil. Puede que esté imponiendo una interpretación al hacer esto. Era una personalidad muy compleja, y tengo la sensación de que impresionó deforma muy diferente a muchas y variadas personas. Teniendo esto en cuenta, el mejor tributo que puedo rendir al hombre que aprecié y conocí (casi siempre a larga distancia) se reduce a un simple bosquejo, si bien es lo mejor que puedo ofrecer. Y como la mayoría de estas líneas son autoplagio, no siento el menor escrúpulo en concluir con algo ya escrito previamente:

«La respuesta subjetiva..., una vez leído un libro de Philip Dick y colocado en la estantería, es que, más allá de la reflexión, el argumento no se queda prendido en la memoria; lo que permanece recuerda los efectos posteriores de un poema rico en metáforas.

»Esto es lo que valoro, en parte porque desafía a toda clasificación, y en parte porque lo que queda de un relato de Phil Dick cuando se han olvidado los detalles es algo que recuerdo en momentos esporádicos y me produce una sensación o me provoca un pensamiento; algo cuyo conocimiento me ha enriquecido.»

Me complace saber que está siendo reconocido y recordado con admiración en muchos lugares. Creo que no dejará de suceder. Ojalá hubiera conocido el éxito mucho antes.

ROGER ZELAZNY

ESTABILIDAD

Robert Benton desplegó lentamente sus alas, las agitó varias veces y se elevó con majestuosidad desde el tejado hacia las tinieblas.

La noche lo engulló al instante. Bajo él, centenares de diminutos puntos de luz indicaban otros tantos tejados desde los que otras personas le imitaban. Una forma violácea flotó a su lado y luego desapareció en la negrura. Benton, sin embargo, no se sentía inclinado a entablar carreras nocturnas. La forma violácea se acercó de nuevo con un balanceo invitador. Benton la rechazó desdeñosamente y aleteó en busca de una zona más alta.

Al cabo de un rato descendió y se dejó arrastrar por corrientes de aire que ascendían desde la ciudad que se extendía a sus pies, la Ciudad de la Luz. Una sensación maravillosa y excitante le invadió. Hizo entrechocar sus enormes y blancas alas, atravesó con frenética alegría las nubes que circulaban en dirección contraria, se sumergió en la puerta invisible del inmenso cuenco negro en el que volaba y, por fin, bajó hacia las luces de la ciudad, pues su tiempo libre terminaba.

Una luz más brillante que las otras parpadeaba al fondo: la Oficina de Control. Se dirigió hacia ella lanzando su cuerpo como una flecha, con las alas blancas recogidas. Su trayectoria dibujó una perfecta línea recta. Extendió las alas a unos treinta metros de la luz, se afianzó en el aire y se posó en una terraza elevada.

Benton empezó a caminar hasta que una luz se encendió y encontró el camino de la puerta de entrada guiado por su resplandor. La puerta se abrió hacia dentro al presionarla con las yemas de los dedos y Benton entró. Empezó a bajar al instante, cada vez a mayor velocidad. El diminuto ascensor se paró de repente y Benton se introdujo en el despacho del Controlador.

—Hola —dijo el Controlador—, sácate las alas y siéntate.

Benton obedeció. Las plegó cuidadosamente y las colgó en uno de los ganchos clavados en la pared. Seleccionó la mejor silla y avanzó con decisión hacia ella.

—Ah —sonrió el Controlador—, veo que aprecias la comodidad.

—Bueno —respondió Benton—, no quiero desperdiciar la ocasión.

El Controlador dejó vagar su mirada más allá del visitante, a través de las paredes de plástico transparente. Al otro lado se extendían, hasta perderse de vista, los apartamentos más grandes de la Ciudad de la Luz. Todos eran...

—¿Para qué quería verme? —le interrumpió Benton.

El Controlador tosió y sacudió unas hojas de papel metálico.

—Como ya sabes, Estabilidad es el lema. La civilización ha ido avanzando durante siglos, especialmente desde el veinticinco. Sin embargo, es ley natural que la civilización deba avanzar o retroceder; no puede permanecer inerte.

—Lo sé —dijo Benton asombrado—. También sé la tabla de multiplicar. ¿Me la va a recitar?

El Controlador no le hizo caso.

—Sin embargo, hemos quebrantado esta ley. Hace cien años...

¡Cien años! Parecía ayer cuando Eric Freidenburg, de los Estados de la Alemania Libre, se puso de pie en la Cámara del Consejo Internacional y anunció a los delegados reunidos que la humanidad había alcanzado por fin su cota más alta. Progresar más era imposible. Sólo se habían consignado dos grandes inventos en los últimos años. Después se habían dedicado a contemplar las grandes gráficas y diagramas hasta ver desaparecer las líneas por la parte inferior. El gran pozo del ingenio humano se había secado, y por eso Eric se irguió y dijo lo que todos sabían, pero no se atrevían a decir. Por supuesto, desde que se había hecho público de manera formal, el Consejo se vio obligado a trabajar para solucionar el problema.

Se estudiaron tres soluciones. Una parecía más humana que las otras dos. Fue la que se adoptó. Era...

¡La Estabilización!

Hubo muchos problemas cuando llegó a oídos de la gente. Estallaron disturbios en las principales capitales. La Bolsa se vino abajo y la economía de muchos países quedó fuera de control. Los precios de los alimentos se encarecieron y la mayor parte de la población padeció hambre. Se declaró la guerra... ¡por primera vez en trescientos años! Pero la Estabilización había empezado. Los disidentes fueron eliminados y los radicales desterrados. Fue duro y cruel, pero no había otra posibilidad. El mundo, por fin, se plegó a un estado inflexible, un estado controlado que no admitía cambios: ni adelantos ni retrocesos.

Todos los habitantes eran sometidos cada año a un difícil examen de una semana de duración para determinar si se apartaban o no de la norma. Los jóvenes recibían una educación intensiva de quince años. Los que no podían situarse al mismo nivel de los demás simplemente desaparecían. Los inventos eran estudiados minuciosamente por Oficinas de Control para asegurarse de que no podían perturbar la Estabilidad. Ante la menor posibilidad...

—Y por eso no podemos permitir el uso de tu invento —explicó el Controlador a Benton—. Lo siento.

Observó a Benton, le vio sobresaltarse, palidecer. Las manos le temblaban.

—Vamos —dijo con dulzura—, no te lo tomes así; puedes hacer otras cosas. Después de todo, no hay peligro de destierro.

Benton se limitaba a mirarle fijamente:

—Pero usted no lo comprende —dijo al fin —; no he inventado nada. No sé de qué me habla.

—¡Que no has inventado nada! —exclamó el Controlador—. ¡Si yo estaba presente el día que lo trajiste! ¡Vi cómo firmabas la declaración de propiedad! ¡Me entregaste el modelo a mí!

Miró a Benton. Luego apretó un botón de su escritorio y habló frente a un pequeño círculo luminoso.

—Envíeme el expediente número tres, cuatro, cinco, cero, cero, D, por favor.

Un tubo apareció al cabo de un momento en el círculo luminoso. El Controlador levantó el objeto cilíndrico y se lo pasó a Benton.

—Aquí tienes tu declaración firmada con tus huellas dactilares impresas en los lugares correspondientes. Sólo tú pudiste dejarlas.

Benton abrió el tubo como atontado y extrajo unos papeles del interior. Los examinó unos instantes, los volvió a colocar lentamente dentro del tubo y lo tendió al Controlador.

—Sí —dijo—, es mi letra, y no cabe duda de que son mis huellas digitales, pero sigo sin comprenderlo, jamás he inventado nada y nunca estuve aquí antes. ¿Cuál es el invento?

—¿Cuál es? —repitió el Controlador boquiabierto—. ¿No lo sabes?

—No, no lo sé.

—Bien, si quieres averiguarlo tendrás que bajar a las Oficinas. Lo único que puedo decirte es que los planos que nos enviaste no merecieron la aprobación de la Junta de Control. Yo sólo soy un portavoz. Tendrás que vértelas con ellos.

Benton se levantó y caminó hacia la puerta. Se abrió al simple contacto de sus dedos, como la anterior, y él entró en las Oficinas de Control. Antes de que la puerta se cerrara a su espalda, el Controlador le advirtió severamente:

—¡Ignoro lo que estás tramando, pero ya conoces el castigo por alterar la Estabilidad!

—Temo que la Estabilidad ya esté alterada —respondió Benton, y prosiguió su camino.

Las oficinas eran gigantescas. Desde la plataforma en la que estaba situado podía ver un millar de hombres y mujeres que manipulaban eficientes y zumbantes máquinas. Dentro de las máquinas, un alimentador distribuía montones de tarjetas. Muchos de los empleados trabajaban en escritorios, mecanografiando informes, trazando gráficas, descartando tarjetas y descifrando mensajes en clave. Los asombrosos diagramas que colgaban de las paredes eran reemplazados sin cesar. Hasta el aire parecía haberse contagiado de la vitalidad del trabajo, el zumbido de las máquinas el teclear de los mecanógrafos y el murmullo de las voces que daban lugar a un único, apacible y satisfecho sonido. Y esta inmensa maquinaria, que costaba una fortuna mantener en funcionamiento, tenía un nombre: ¡Estabilidad!

Aquí residía lo que había hecho del mundo un todo indivisible. Esta sala, estos esforzados trabajadores, el hombre insensible que agrupaba tarjetas en la pila etiquetada «para exterminar» funcionaban al unísono como una gran orquesta sinfónica. Un error, un retraso, y toda la estructura se tambalearía. Pero nadie fallaba. Nadie se detenía ni vacilaba. Benton bajó por una escalerilla hasta el mostrador de información.

—Déme toda la información sobre un invento entregado por Robert Benton, tres, cuatro, cinco, cero, cero, D —pidió al empleado, que asintió y abandonó el mostrador.

Al cabo de escasos minutos regresó con una caja metálica.

—Contiene los planos y un modelo a escala reducida del invento —explicó.

Puso la caja sobre el mostrador y la abrió. Benton echó un vistazo al contenido. Una pequeña maqueta de una maquinaria muy compleja descansaba en el centro, sobre un grueso montón de hojas metálicas cubiertas de diagramas.

—¿Puedo llevármelo? —preguntó Benton.

—Siempre que sea usted el propietario —replicó el empleado.

Benton le enseñó su tarjeta de identificación. El empleado la examinó y la cotejó con los datos del invento. Por fin dio su aprobación, Benton cerró la caja, la cogió y salió a toda prisa del edificio por una puerta lateral.

Desembocó en una de las calles subterráneas más anchas, en la cual había un aluvión de luces y de vehículos. Se orientó y empezó a buscar un coche de comunicaciones que le llevara a casa. Detuvo uno y subió. Pasados unos minutos de trayecto, levantó con grandes precauciones la tapa de la caja y miró el extraño modelo.

—¿Qué lleva ahí, señor? —preguntó el conductor robot.

—Ojalá lo supiera —respondió Benton con pesar.

Dos voladores alados bajaron en picado y se agitaron frente a él, danzaron en el aire durante un segundo y después desaparecieron.

—Oh, vientos —murmuró Benton—, olvidé mis alas.

Bien, era demasiado tarde para dar media vuelta y recuperarlas, el coche estaba frenando delante de su casa. Pagó al conductor, entró y cerró la puerta, algo que ya no se solía hacer. El mejor lugar para examinar el contenido de la caja sería su sala de «reflexión», donde pasaba la mayor parte del tiempo libre que no utilizaba en volar. Allí, entre sus libros y revistas, examinaría la caja a sus anchas.

El conjunto de diagramas constituyó un completo misterio para él, y aún más el modelo. Lo miró desde todos los ángulos, por debajo, por encima. Trató de interpretar los símbolos técnicos de los diagramas sin resultado alguno. Sólo había un camino viable. Localizó el interruptor y lo golpeó ligeramente.

No sucedió nada durante cerca de un minuto. Luego, la habitación comenzó a oscilar y a retroceder. Por un momento tembló como una masa de gelatina. Se mantuvo firme un instante, y luego desapareció.

Benton cayó a través de un espacio similar a un túnel sin final, y se encontró contorsionándose frenéticamente, buscando a tientas en la negrura algo a lo que asirse. Cayó por un lapso de tiempo interminable, indefenso y aterrado. De pronto, tocó suelo, sano y salvo. La caída no podía haber sido muy larga, aunque así lo pareciera. Ni siquiera se habían desordenado sus vestiduras metálicas. Se incorporó y paseó la vista a su alrededor.

El lugar al que había llegado le era desconocido. Se trataba de un campo..., si bien pensaba que ya no existía. Por todas partes se veían ondulantes terrenos de grano. Sin embargo, estaba convencido de que no crecía grano natural en ninguna parte de la Tierra. Sí, así debía ser. Hizo pantalla con las manos para protegerse los ojos y miró al sol, que parecía el mismo de siempre. Empezó a caminar.

Los campos de trigo se terminaron al cabo de una hora, y fueron sustituidos por un extenso bosque. Gracias a sus estudios sabía que ya no quedaban bosques en la Tierra. Habían perecido años antes. ¿Dónde se encontraba, pues?

Imprimió más rapidez a su paso. Después se puso a correr. Divisó una pequeña colina y la escaló hasta la cumbre. Al contemplar la otra ladera no pudo evitar su asombro. No había más que un gran vacío. La tierra era completamente lisa y estéril, y hasta donde alcanzaba la vista no se veían árboles ni signos de vida, sólo el inmenso y calcinado país de la muerte.

Bajó hacia la llanura. A pesar del calor y la sequedad que sentía bajo sus pies, no desfalleció. Siguió andando. El suelo lastimaba sus pies, poco acostumbrados a las largas caminatas, y el cansancio fue en aumento, pero estaba determinado a continuar. Un casi inaudible susurro en el interior de su mente le impulsaba a no disminuir la velocidad.

—No lo cojas —dijo una voz.

—Lo haré —graznó, y se paró en seco.

¡Una voz! ¿De dónde vendría? Se giró con rapidez, pero no vio nada. No obstante, había llegado hasta sus oídos, como si fuera la cosa más natural que las voces vinieran del aire. Examinó la cosa que estaba a punto de coger. Era un globo de cristal del tamaño aproximado de su puño.

—Destruirás vuestra valiosa Estabilidad —dijo la voz.

—Nadie puede destruir la Estabilidad —respondió automáticamente.

El globo de cristal reposaba frío y hermoso en la palma de su mano. Había algo dentro, pero el calor que desprendía la esfera resplandeciente lo hacía bailar ante sus ojos y le impedía conocer su naturaleza exacta.

—Estás permitiendo que cosas malignas controlen tu mente —dijo la voz—. Suelta el globo y vete.

—¿Cosas malignas? —preguntó sorprendido.

Hacía calor y tenía sed. Hizo el ademán de guardarse el globo en la túnica.

—No lo hagas —ordenó la voz—, pues ése es su designio.

El globo era aún más bello apoyado contra su pecho. Le protegía del fiero calor del sol. ¿Qué estaba diciendo la voz?

—Te llamo a través del tiempo —explicó la voz—. Ahora le obedeces sin rechistar. Soy su guardián, y desde entonces, cuando el mundo fue creado, lo he custodiado. Vete, y déjalo tal como lo encontraste.

Pero hacía demasiado calor en la llanura. Quería marcharse; el globo le instaba, le recordaba el fuego que caía del cielo, la sequedad de su boca, el aturdimiento de su cabeza. Reemprendió el camino, y mientras apretaba el globo contra sí oyó el rugido de furia y desesperación de la voz fantasmal.

Era lo único que podía recordar. Tuvo conciencia de volver sobre sus pasos hacia los campos de trigo, atravesarlos, tropezando y tambaleándose, hasta llegar al lugar en el que había aparecido. El globo de cristal apretado contra su costado le incitaba a recoger la pequeña máquina del tiempo que había dejado abandonada. Le susurraba qué dial cambiar, qué botón apretar, cuál sintonizar. Luego volvió a caer, de vuelta por el corredor del tiempo, de vuelta, de vuelta hacia la neblina grisácea de la que había surgido, de vuelta a su propio mundo.

De pronto, el globo le ordenó detenerse. El viaje a través del tiempo aún no había finalizado: quedaba algo por hacer.

—¿Dices que tu apellido es Benton? ¿En qué puedo ayudarte? —preguntó el Controlador—. Nunca habías estado aquí, ¿verdad?

Miró con fijeza al Controlador. ¿Qué quería decir? ¡Si acababa de abandonar su oficina! ¿O no? ¿Qué día era? ¿Dónde había estado? Aturdido, se frotó la cabeza y tomó asiento en la butaca. El Controlador le observaba con ansiedad.

—¿Te encuentras bien? ¿Puedo ayudarte?

—Estoy bien —dijo Benton. Tenía algo en las manos—. Quiero registrar este invento para que reciba la aprobación del Consejo de la Estabilidad—. Tendió la máquina del tiempo al Controlador.

—¿Traes los bocetos? —preguntó el Controlador.

Benton registró sus bolsillos y sacó los diagramas. Los esparció sobre el escritorio del Controlador y depositó el modelo entre ellos.

—El Consejo no tendrá problemas en determinar lo que es —indicó Benton.

Le dolía la cabeza y quería marcharse. Se puso en pie.

—Me voy —dijo, y salió por la puerta lateral.

El Controlador le siguió con la mirada.

—Obviamente —dijo el primer Miembro del Consejo de Control—. ha estado usando este aparato. ¿Afirma que en la primera visita actuó como si ya hubiera estado antes, pero que en la segunda no recordaba; haber presentado un invento ni su visita anterior?

—Exacto —asintió el Controlador—. Sospeché algo en la primera visita, pero no adiviné el significado hasta la segunda. Lo ha utilizado, no cabe duda.

—La Gráfica Central predice que un elemento desestabilizador está a punto de sobrevenir —indicó el Segundo Miembro—. Yo diría que se trata del señor Benton.

—¡Una máquina del tiempo! —exclamó el Primer Miembro—. Podría representar un peligro. ¿Traía algo más cuando vino… la primera vez?

—No observé nada especial, salvo que andaba como si llevara algo bajo sus vestimentas —replicó el Controlador.

—Entonces debemos actuar cuanto antes. Tal vez haya desencadenado ya una serie de circunstancias que nuestros Estabilizadores no sean capaces de controlar. Creo que sería conveniente visitar al señor Benton.

Benton estaba sentado en su sala de estar con la mirada perdida en la lejanía. Sus ojos mantenían una rigidez vidriosa que apenas les permitía parpadear. El globo le había estado hablando, contándole sus planes, sus esperanzas. Se detuvo de súbito.

—Ya vienen —dijo.

Estaba posado en el sofá, a su lado, y su ligero susurro se introdujo en el cerebro de Benton como volutas de humo. En realidad, no hablaba, pues su lenguaje era mental, aunque Benton le oía.

—¿Qué he de hacer?

—Nada —dijo el globo—. Se irán.

Sonó el timbre de la puerta y Benton continuó inmóvil. El timbre sonó otra vez y Benton se agitó inquieto. Al cabo de un rato, los hombres volvieron sobre sus pasos y dio la impresión de que se habían ido.

—¿Y ahora qué? —preguntó Benton.

El globo tardó en contestar.

—Siento que la hora está a punto de llegar —dijo por fin—. Hasta ahora no he cometido equivocaciones, y la parte más difícil ya ha pasado. Lo más complicado fue atraerte a través del tiempo. Tardé años en conseguirlo…, el Vigía era inteligente. Tardaste mucho en responder, y no lo hiciste hasta que encontré el método de poner la máquina en tus manos. Entonces supe que el

éxito estaba cerca. Pronto nos liberarás de este globo. Después de tanto tiempo...

Oyeron crujidos y murmullos en la parte trasera de la casa. Benton se levantó de un salto.

—¡Están entrando por la puerta de atrás! —gritó.

El globo crujió airadamente.

El Controlador y los Miembros del Consejo hicieron acto de presencia lenta y cautelosamente. Cuando vinieron a Benton se detuvieron.

—Creíamos que no estabas en casa —dijo el Primer Miembro.

Benton se volvió hacia él.

—Hola. Lamento no haber respondido a la llamada; me quedé dormido. ¿Qué se les ofrece?

Estiró la mano poco a poco hacia el globo, y pareció que éste se deslizara bajo el manto protector de su palma.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó de pronto el Controlador.

Benton le miró, y el globo susurró consejos en su mente.

—Un pisapapeles —sonrió—. ¿Quieren sentarse?

Los hombres se acomodaron y el Primer Miembro empezó a hablar.

—Viniste a vernos dos veces, la primera para registrar un invento y la segunda porque te habíamos conminado a ello, puesto que no podíamos autorizarte a utilizar ese invento.

—¿Y bien? —preguntó Benton—. ¿Qué sucede?

—Nada —respondió el Primer Miembro—, salvo que la que fue para nosotros la primera visita fue para ti la segunda. Podemos probarlo, pero no lo haremos por el momento. Lo único importante es que todavía conservas la máquina. He aquí un problema difícil. ¿Dónde está la máquina? Suponemos que la tienes en tu poder. Si bien no podemos obligarte a dárnosla, la obtendremos de una manera o de otra.

—Es cierto —admitió Benton.

Pero ¿dónde estaba la máquina? Acababa de dejarla en la Oficina del Controlador. Aunque la había cogido durante su viaje por el tiempo, después había regresado al presente y la había devuelto a la Oficina del Controlador.

—Ha dejado de existir, una no entidad en una espiral temporal —le susurró el globo, adivinando sus reflexiones—. La espiral temporal concluyó cuando depositaste la máquina en la Oficina de Control. Ahora haz que se vayan estos hombres para que podamos hacer lo que ha de hacerse.

Benton se puso en pie y protegió el globo con su cuerpo.

—Temo que la máquina del tiempo no se halla en mi poder. Ni siquiera sé dónde está, pero búsquenla si quieren.

—Por haber violado las leyes te has hecho merecedor del destierro —observó el Controlador—, pero consideramos que hiciste lo que hiciste sin querer. No queremos castigar a nadie sin motivos, sólo deseamos mantener la Estabilidad. Una vez alterada, ya nada importa.

—Busquen, pero no la encontrarán —dijo Benton.

Los Miembros y el Controlador procedieron. Destriparon sillones; miraron bajo las alfombras y los cuadros, en las paredes, pero no encontraron nada.

—Ya ven que les decía la verdad.

Benton sonrió cuando regresaron a la sala de estar.

—Puede que la hayas ocultado en otro lugar. —El Primer Miembro se encogió de hombros—. Sin embargo, no importa.

El Controlador avanzó un paso.

—La Estabilidad es como un giroscopio. Es difícil apartarlo de san trayectoria, pues una vez puesto en marcha cuesta mucho detenerlo. No creemos que tengas la energía suficiente para desviar ese giroscopio, pero quizá otros la tengan. Está por ver. Ahora nos iremos, y se te permitirá acabar con tu vida o aguardar al destierro. La elección está en tus manos. Se te vigilará, por supuesto, y confío en que no tratarás de huir. En tal caso, serás destruido inmediatamente. La Estabilidad debe ser mantenida a toda costa.

Benton les miró y luego depositó el globo sobre la mesa. Los Miembros lo observaron con interés.

—Un pisapapeles —repitió Benton—. Interesante, ¿verdad?

El interés de los Miembros disminuyó. Se dispusieron a partir. Pero el Controlador examinó el globo alzándolo hacia la luz.

—La maqueta de una ciudad, ¿eh? Qué sutileza de detalles.

Benton le miró en silencio.

—Caramba, parece increíble que una persona pueda esculpir tan bien —continuó el Controlador—. ¿Qué ciudad es? Parece tan vieja como Tiro o Babilonia, o muy adelantada en el futuro. Sabes, me recuerda una vieja leyenda. La leyenda cuenta que una vez existió una ciudad muy perversa, tan perversa que Dios la disminuyó de tamaño y la metió en un recipiente, y dejó un vigía para evitar que nadie se escapara y liberara la ciudad rompiendo el recipiente. Se supone que ha seguido cautiva durante una eternidad, aguardando el momento de liberarse. Es posible que ésa sea la maqueta.

—¡Vamos! —gritó el Primer Ministro—. Debemos irnos; tenemos muchas cosas que hacer esta noche.

El Controlador se giró rápidamente hacia los Miembros.

—¡Esperad! No os vayáis.

Cruzó la habitación con el globo todavía en sus manos.

—No es el momento más adecuado para irse —dijo, y Benton observó que, pese a la palidez de su rostro, apretaba con firmeza los labios.

El Controlador se volvió bruscamente hacia Benton.

—Un viaje a través del tiempo; la ciudad en un globo de cristal. ¿Qué significa esto?

Los dos Miembros del Consejo parecían asombrados y confusos.

—Un ignorante viaja por el tiempo y vuelve con un extraño objeto de vidrio —dijo el Controlador—. Un trofeo muy extraño, ¿no creéis?

La cara del Primer Miembro perdió el color.

—¡Por el Buen Dios del Cielo! —murmuró—. ¡La ciudad maldita! ¿En ese globo?

Miró la esfera con expresión de incredulidad. El Controlador observó a Benton como divertido.

—A veces podemos ser muy estúpidos, ¿no es así? Pero un día nos despertamos. ¡No la toques!

Benton retrocedió con parsimonia, con las manos temblorosas.

—¿Y bien? —preguntó.

Al globo le molestaba estar en manos del Controlador. Emitió un zumbido y las vibraciones se deslizaron por el brazo del Controlador. Al sentirlas, asió con más firmeza el globo.

—Desea que lo rompa, que lo destroce contra el suelo para liberarse.

Contempló las diminutas espirales y el remate de los edificios en la sombría nebulosidad del globo, tan diminutas que podía cubrirlas con sus dedos.

Benton se lanzó adelante, firme y seguro como cuando volaba. Cada minuto pasado en la cálida negrura de la atmósfera de la Ciudad de la Luz vino en su ayuda. El Controlador, que siempre había estado muy ocupado con su trabajo, demasiado ajeno a los placeres aéreos que tanto enorgullecían a la ciudad, se derrumbó al instante. El globo salió disparado de sus manos y rodó por el suelo de la habitación. Benton saltó tras él. Mientras corría en pos de la brillante esfera vio de reojo los rostros asustados y perplejos de los Miembros y del Controlador, que trataba de ponerse en pie, horrorizado y aturdido por el golpe.

El globo le llamaba entre susurros. Benton avanzó sin vacilaciones y percibió primero un murmullo victorioso y después un rugido de alegría cuando aplastó con el pie el cristal que la mantenía prisionera.

El globo se quebró con un chasquido estruendoso. Nada sucedió durante un rato, hasta que empezó a desprender niebla. Benton volvió al sofá y se sentó. La niebla empezó a llenar la habitación. Creció y creció hasta el punto de asemejarse a algo vivo por la forma en que se retorcía y mudaba.

El sueño se apoderó de Benton. La niebla se agolpó a su alrededor, se enroscó en sus piernas, llegó al pecho y finalmente se arremolinó en torno a su rostro. Arrellanado en el sofá, con los ojos cerrados, se dejaba envolver por la extraña y antigua fragancia.

Entonces oyó las voces. Lejanas y débiles al principio, el susurro del globo amplificado incontables veces. Un concierto de murmullos se elevó del globo resquebrajado hasta alcanzar un crescendo exultarte. ¡La alegría de la victoria! Vio a la ciudad en miniatura dentro del globo fluctuar y desvanecerse, y luego cambiar de forma y tamaño. Podía oírla tan bien como la veía. El firme latido de la maquinaria como un gigantesco tambor. La trepidación y agitación de seres metálicos en cuclillas.

Los seres se movían. Vio a los esclavos, hombres sudorosos, encorvados y pálidos, retorciéndose en sus esfuerzos por alimentar los rugientes hornos de acero. La escena pareció dilatarse ante sus ojos hasta llenar la habitación; los sudorosos trabajadores le rozaban y apartaban de su camino. Estaba ensordecido por el estruendo de las rechinantes ruedas, engranajes y válvulas. Algo le empujaba a moverse hacia la ciudad y la niebla resonaba con los nuevos y victoriosos sonidos de los liberados.

Cuando salió el sol ya estaba despierto. Sonó el despertador, pero ya hacía rato que Benton había salido del cubidormitorio. Cuando se unió a las filas de sus compañeros reconoció algunas caras familiares, hombres a los que había conocido anteriormente en algún otro lugar. Pero en seguida se le borraron los recuerdos. Mientras marchaban en perfecta formación hacia las máquinas que les esperaban, entonando los sonidos disonantes que sus antecesores habían cantado durante siglos, con el peso de las herramientas lastimándole la espalda, contó el tiempo que faltaba para su próximo día de descanso. Apenas quedaban tres semanas y, pese a todo, debería hacerse merecedor del premio ante las máquinas...

¿Acaso no había cuidado a su máquina fielmente?

ROOG

—¡Roog! —dijo el perro.

Apoyó las patas en el borde de la cerca y miró en torno suyo.

El Roog irrumpió corriendo en el patio.

Despuntaba la mañana y el sol aún no había salido. El aire era gris y frío, y las paredes de la casa estaban cubiertas de una película de humedad. Sin dejar de mirar, el perro entreabrió las fauces y clavó las garras negras en la madera de la cerca.

El Roog se detuvo junto a la puerta abierta del patio. Era pequeño, delgado y blanco, y las patas apenas parecían sostenerlo. El Roog parpadeó, y el perro le enseñó los dientes.

—¡Roog! —repitió.

El eco repitió el sonido en la silenciosa penumbra matinal. Todo estaba callado y apacible. El perro se puso a cuatro patas y atravesó el patio en dirección a la escalera del porche. Se sentó en el primer peldaño y, miró al Roog. Éste le devolvió la mirada. Luego alargó el cuello hacia la ventana de la casa y la husmeó.

El perro cruzó el patio a la carrera. Golpeó la cerca y el portón tembló y crujió bajo la fuerza del impacto. El Roog se alejó a toda prisa por el sendero con un trotecillo ridículo. El perro se echó junto a los maderos de la cerca, con la respiración agitada y la lengua roja colgando fuera de la boca. Siguió contemplando al Roog mientras se alejaba.

El perro yació en silencio. Sus ojos negros brillaban. Amanecía. El cielo empezó a clarear. El aire de la mañana transportó los sonidos de la gente que despertaba. Las luces se encendieron detrás de los visillos. Una ventana se abrió al frío de la mañana.

El perro continuó inmóvil. Vigilaba el sendero.

La señora Cardossi vertió agua en la cafetera. Una nube de vapor la cegó por un instante. Dejó el pote en el borde de la cocina y entró en la alacena. Cuando salió, Alf estaba en la puerta poniéndose las gafas.

—¿Tienes el periódico? —preguntó.

—Está fuera.

Alf Cardossi atravesó la cocina. Corrió el pestillo de la puerta trasera y salió al porche. Contempló la mañana húmeda y gris. Boris estaba echado junto a la cerca, negro y peludo, con la lengua fuera.

—Mete la lengua dentro —dijo Alf. El perro levantó la vista al momento. Golpeó la tierra con la cola—. La lengua. Mete la lengua dentro.

El perro y el hombre intercambiaron una mirada. El perro gimoteó. Tenía los ojos brillantes y enfebrecidos.

—¡Roog! —dijo suavemente.

—¿Qué? —Alf miró a su alrededor—. ¿Viene alguien? ¿El chico de los periódicos?

El perro le miró con la boca abierta.

—Hace unos días que te veo alterado —dijo Alf—. Deberías tranquilizarte. Ya somos demasiado viejos para estas excitaciones.

Entró en la casa.

Salió el sol. La calle se llenó de luz y color. El cartero hacía su ruta habitual, cargado de cartas y revistas. Los niños correteaban, riendo y charlando.

A eso de las once, la señora Cardossi barrió el porche delantero. Hizo una pausa y aspiró una bocanada de aire.

—Hoy huele bien —comentó—. Hará buen tiempo.

Cuando el sol de mediodía comenzó a castigar la tierra, el perro negro se estiró bajo el porche. Su pecho se movía al compás de la respiración. Los pájaros jugueteaban en el cerezo, graznando y parloteando entre sí. Boris levantaba la cabeza de vez en cuando y los miraba. Al cabo de un rato se levantó y trotó hacia el árbol.

Entonces fue cuando reparó en los dos Roogs sentados en la cerca. Tenían los ojos clavados en él.

—Es grande —dijo el primer Roog—, más que la mayoría de los Guardianes.

El otro Roog asintió con un balanceo de la cabeza. Boris, muy quieto, los vigilaba, con el cuerpo rígido. Los Roogs permanecían en silencio mientras contemplaban al enorme perro con la golilla de pelo blanco hirsuto que adornaba su cuello.

—¿Cómo está la urna de las ofrendas? —preguntó el primer Roog—. ¿Está casi llena?

—Sí —confirmó el otro—. Casi a punto.

—¡Eh, tú! —gritó el primer Roog—. ¿Me oyes? Esta vez hemos decidido aceptar las ofrendas. Recuerda que debes dejarnos entrar. No queremos más tonterías.

—No lo olvides —añadió el otro—. No durará mucho.

Boris no dijo nada.

Los dos Roogs saltaron de la cerca y fueron hasta el sendero. Uno de ellos sacó un mapa y ambos lo consultaron.

—Esta zona no es la más adecuada para un primer ensayo —dijo el primer Roog—. Demasiados Guardianes… En cambio, la zona norte…

—Ellos ya han decidido —dijo su compañero—. Hay tantos factores…

—Por supuesto.

Echaron una mirada a Boris y se apartaron un poco más de la cerca, El perro no pudo escuchar el resto de la conversación.

Después los Roogs guardaron el mapa y se alejaron por el sendero.

Boris se acercó a la cerca y olfateó los maderos. Cuando descubrió el olor enfermizo y hediondo de los Roogs se le erizó el pelo de la espina dorsal.

Cuando Alf Cardossi llegó a casa por la noche, el perro montaba guardia junto al portón, escudriñando el sendero. Alf entró en el patio.

—¿Cómo estás? —preguntó, palmeando el costillar del perro—. ¿Continúas preocupado? Últimamente estás muy nervioso. No eras así antes.

Boris gimoteó y miró a su amo con insistencia.

—Eres un buen perro. Boris. Demasiado grande, sin embargo. Seguro que ya no te acuerdas de cuando eras un cachorrillo.

Boris se restregó contra la pierna del hombre.

—Eres un buen perro —volvió a repetir Alf—. Me gustaría saber qué te preocupa.

Entró en la casa. La señora Cardossi estaba preparando la mesa para cenar. Alf fue a la sala de estar y se quitó el sombrero y la chaqueta. Dejó la fiambrera sobre la mesa y volvió a la cocina.

—¿Qué sucede? —preguntó la señora Cardossi.

—El perro debería dejar de ladrar y hacer ruidos. Los vecinos volverán a quejarse a la policía.

—Ojalá no tengamos que regalárselo a tu hermano —dijo la señora Cardossi con los brazos cruzados—. A veces parece que se haya vuelto loco, en especial los viernes por la mañana, cuando vienen los basureros.

—Quizá se le pase pronto —repuso Alf. Encendió su pipa y fumó con solemnidad—. Antes no era así. Espero que recobre la tranquilidad.

—Ya veremos —dijo la señora Cardossi.

El sol salió, frío y ominoso. La niebla colgaba de los árboles y se situaba en las partes más bajas.

Era el viernes por la mañana.

El perro negro estaba tendido bajo el porche, con el oído alerta y los ojos bien abiertos. Tenía el pelaje endurecido por el rocío y al respirar desprendía nubes de vapor que se mezclaban con el escaso aire que corría. De repente, ladeó la cabeza y se enderezó de un salto.

Un débil pero penetrante sonido llegaba desde la distancia.

—¡Roog! —gritó Boris mirando alrededor.

Corrió hacia el portón, se alzó sobre las patas traseras y apoyó las delanteras en la cerca.

El sonido se repitió de nuevo, más fuerte, no tan lejano como antes. Era estridente y metálico, como si algo rodara o una gigantesca puerta se abriera.

—¡Roog! —gritó Boris.

Escudriñó ansiosamente las ventanas oscurecidas que había por encima de su cabeza. Nada se movió. Nada.

Y entonces vio que los Roogs avanzaban por la calle. Los Roogs y su camión avanzaban bamboleándose, traqueteando sobre las piedras con gran estrépito.

—¡Roog! —volvió a gritar Boris.

Sus ojos brillaban en las tinieblas. Luego se calmó. Se echó en el suelo y esperó, atento al menor sonido.

Los Roogs detuvieron el camión frente a la casa. Pudo oír cómo se abrían las puertas y bajaban a la calzada. Boris empezó a correr en círculos. Gimió y apuntó con el hocico hacia la casa.

El señor Cardossi se incorporó un poco en la tibia oscuridad del dormitorio y echó un vistazo al reloj.

—Maldito perro —murmuró—. Maldito perro.

Hundió el rostro en la almohada y cerró los ojos.

Los Roogs bajaban por el sendero. El primer Roog empujó la puerta hasta que cedió. Los Roogs entraron en el patio. El perro retrocedió.

—¡Roog! ¡Roog! —gritó.

El horrible y acre olor de los Roogs le hizo salir huyendo.

—La urna de las ofrendas —dijo el primer Roog—. Creo que está llena. —Sonrió al aterrorizado perro—. Muy amable de tu parte.

Los Roogs se acercaron al cubo de metal; uno de ellos quitó la tapa.

—¡Roog! ¡Roog! —gritaba Boris, acurrucado junto al primer escalón del porche.

Temblaba de miedo. Los Roogs levantaron el cubo y lo pusieron de costado. El contenido se desparramó sobre el suelo y los Roogs destrozaron las bolsas de papel. Eligieron las mondaduras de naranja, los trozos de pan tostado y las cáscaras de los huevos.

Uno de los Roogs se metió una cáscara de huevo en la boca y la destrozó con un crujido.

—¡Roog! —gritó Boris casi para sí, perdida toda esperanza.

Los Roogs casi habían terminado de recoger las ofrendas. Hicieron una pausa y miraron a Boris.

Entonces, lenta y silenciosamente, alzaron la vista hacia la casa y examinaron las paredes, el estuco y la ventana con el visillo de color pardo todavía corrido.

—¡ROOG! —chilló Boris, y avanzó hacia los intrusos con ágiles movimientos, enfurecido y asustado al mismo tiempo.

Los Roogs se apartaron de la ventana a regañadientes. Salieron por el portón y lo cerraron.

—Miradlo —dijo el último Roog con desprecio mientras levantaba el extremo de la manta hasta la altura del hombro.

Boris cargó contra la cerca, con las fauces abiertas y dispuestas a triturar. El Roog más grande agitó los brazos frenéticamente y Boris retrocedió. Se estiró al pie de la escalera del porche, con la boca aún abierta. Dejó escapar un terrible gemido de desdicha, un aullido que expresaba toda su tristeza y desesperación.

—Vámonos —dijo uno de los Roogs al que permanecía junto a la cerca.

Caminaron por el sendero.

—Bueno, excepto estos lugarejos custodiados por los Guardianes, la zona ha quedado despejada —dijo el Roog más grande—. Me alegraré cuando hayamos acabado con este Guardián en particular. Nos causa muchos problemas.

—No te impacientes —sonrió otro Roog—. Tenemos el camión repleto. Dejemos algo para la semana que viene.

Todos los Roogs rieron. Ascendieron el sendero transportando las ofrendas en la manta sucia que se hundía por el centro.

LA PEQUEÑA REBELIÓN

El hombre estaba sentado en la acera y mantenía la caja cerrada con ambas manos. La tapa de la caja se movía con impaciencia, luchando contra la presión de los dedos.

—De acuerdo —murmuró el hombre.

El sudor resbalaba por su rostro, un sudor denso y húmedo. Abrió la caja poco a poco, sin separar los dedos de la abertura. Un tamborileo metálico sonó desde el interior, una leve pero insistente vibración que aumentó de intensidad a medida que la luz del sol penetraba en la caja.

Apareció una cabecita redonda y brillante, y luego otra. Otras cabezas se abrieron paso con dificultad.

—Soy el primero —chilló una cabeza.

Se produjo una momentánea trifulca, y luego un apresurado acuerdo.

El hombre que estaba sentado en la acera levantó la figurita de metal con manos temblorosas. La depositó en el suelo y le dio cuerda con sus dedos torpes y abotargados. Se trataba de un soldado provisto de casco y fusil, pintado en tonos brillantes y en posición de firmes. Mientras el hombre giraba la llave, los brazos del soldadito se alzaban y bajaban. Se movía con energía.

Dos mujeres paseaban charlando por la acera. Observaron con curiosidad al hombre sentado, la caja y la brillante figura que tenía en las manos.

—Cincuenta centavos —murmuró el hombre—. Llévenle a sus hijos algo que...

—¡Espera! —se oyó una débil voz metálica—. ¡A ellas no!

El hombre interrumpió su perorata bruscamente. Las dos mujeres intercambiaron una mirada, y luego se fijaron con más atención en el hombre y en la figurita de metal. Pasaron de largo con gran rapidez.

El soldadito miró a un lado y otro de la calle, a los coches, los compradores. De repente, se agitó y susurró algo con voz áspera e impaciente.

El hombre se contuvo.

—El niño no —dijo secamente.

Trató de apoderarse de la figura, pero los dedos de metal se clavaron en su mano. Jadeó.

—¡Diles que se paren! —chilló la figura—. ¡Haz que se detengan!

La figura de metal se liberó de su presa y correteó por la acera, con las piernas todavía rígidas.

El chico y su padre aflojaron el paso hasta inmovilizarse y lo miraron con interés. El hombre sentado esbozó una débil sonrisa; vio como la figura se les acercaba contoneándose, con los brazos subiendo y bajando.

—Cómprele algo a su hijo. Un compañero de juegos excitante. Le hará compañía.

El padre sonrió al ver la figura que se acercaba a su zapato. El soldadito tropezó con él. Resolló y chasqueó. Sus movimientos cesaron.

—¡Dale cuerda! —gritó el niño.

El padre recogió la figura.

—¿Cuánto vale?

—Cincuenta centavos. —El vendedor se levantó con ciertas dificultades sin soltar la caja—. Le hará compañía. Se lo pasará muy bien.

—¿Estás seguro de que lo quieres, Bobby?

El padre le dio vueltas a la figura.

—¡Claro! ¡Dale cuerda! —Bobby cogió el soldadito—. ¡Dale cuerda!

—Te lo compraré —dijo su padre.

Buscó en su bolsillo y entregó al hombre un billete de un dólar.

El vendedor le devolvió el cambio con torpeza, desviando la mirada.

La situación era excelente.

La figurita yacía en silencio, pensativa. Todas las circunstancias habían conspirado para dar lugar a una solución óptima. El Chico podría haberse negado a parar, o el Adulto podría haber salido sin un céntimo. Muchas cosas podrían haberse torcido; este pensamiento le desagradaba. Pero todo había ido bien.

La figurita, estirada en la parte trasera del coche, tenía los ojos abiertos de par en par. Había interpretado correctamente ciertos signos: los Adultos

poseían el control, luego los Adultos tenían dinero. Tenían poder, pero su poder dificultaba entrar en contacto con ellos. Su poder y su tamaño. Con los Niños era diferente. Eran pequeños, y resultaba fácil hablarles. Aceptaban todo cuanto oían, y hacían lo que se les ordenaba. Al menos, es lo que decían en la fábrica.

La figurita yacía perdida en pensamientos vagos y deliciosos.

El corazón del niño latía con rapidez. Subió corriendo escalera arriba y abrió la puerta de un empujón. Después de cerrarla con cuidado se sentó en la cama. Miró lo que apretaba entre sus manos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó—. ¿Cuál es tu nombre?

La figura de metal no respondió.

—Te presentaré. Has de conocer a todos. Te gustará estar aquí.

Bobby depositó la figura en la cama. Fue al armario y sacó una abultada caja de cartón llena de juguetes.

—Este es Bonzo —dijo. Levantó un pálido conejo de trapo—. Y Fred. —le dio la vuelta al cerdo de goma para que el soldado lo viera—. Y Teddo, por supuesto. Éste es Teddo.

Llevó a Teddo hasta la cama y lo acostó junto al soldado. Teddo quedó tendido en silencio, mirando el techo con sus ojos de cristal. Teddo era un oso pardo. Jirones de paja sobresalían de sus junturas.

—¿Cómo te vamos a llamar? —dijo Bobby—. Creo que deberíamos reunirnos y decidir. —Hizo una pausa y reflexionó—. Te daré cuerda y así veremos cómo funcionas.

Lo hizo con el máximo cuidado. Luego se agachó y puso la figura en el suelo.

—Adelante —dijo Bobby.

La figura de metal no se movió. Después empezó a remolinear y cliquetear. Recorrió el suelo a sacudidas. Cambió bruscamente de dirección y se lanzó hacia la puerta. Allí se paró. A continuación enfiló hacia unos bloques de construcción y los derribó en un confuso montón.

Bobby lo observaba con interés. La figurita se afanaba con los bloques y los apiló en forma de pirámide. Por fin, se subió encima e hizo girar la llave.

Bobby se rascó la cabeza, asombrado.

—¿Por qué hiciste eso?

La figura descendió y atravesó la habitación hasta llegar junto a Bobby, sin dejar de remolinear y cliquetear. Bobby y los animales de trapo le miraron sorprendidos y maravillados. La figura llegó a la cama y se detuvo.

—¡Súbeme! —gritó impacientemente con su voz fina y metálica—. ¡Rápido! ¡No te quedes ahí sentado!

Los ojos de Bobby se abrieron de par en par. Parpadeó varias veces. Los animales de trapo no dijeron nada.

—¡Vamos! —aulló el soldadito.

Bobby se inclinó. El soldado le agarró la mano con fuerza. Bobby lanzó un chillido.

—Tranquilízate —ordenó el soldado—. Súbeme a la cama. He de discutir algunos asuntos contigo, asuntos de gran importancia.

Bobby lo depositó en la cama y se sentó a su lado. La habitación estaba en silencio, excepto por el zumbido de la figura metálica.

—Una habitación bonita —dijo el soldado al cabo de un rato—. Una habitación muy bonita.

Bobby se apartó un poco.

—¿Qué ocurre? —inquirió con voz aguda el soldado.

Giró la cabeza y levantó los ojos.

—Nada.

—¿Qué pasa? —La figurita le miró fijamente—. No estarás asustado de mí, ¿verdad?

Bobby se agitó intranquilo.

—¿Asustado de mí? —rió el soldado—. No soy más que un hombrecito de metal; sólo mido quince centímetros. —No paraba de reír, hasta que cesó de golpe—. Escucha. Voy a vivir contigo durante un tiempo. No te haré ningún daño, créeme. Soy un amigo..., un buen amigo. —le miró con ansiedad—. Sin embargo, quiero que hagas algunas cosas por mí. No te importará, ¿verdad? Dime: ¿cuántos de ellos hay en tu familia?

Bobby titubeó.

—Vamos, ¿cuántos de ellos? Adultos.

—Tres... Papá, mamá y Foxie.

—¿Foxie? ¿Quién es?

—Mi abuela.

—Tres de ellos —asintió la figura—. Ya veo. Sólo tres. ¿Vienen otros de vez en cuando? ¿Otros Adultos visitan la casa?

Bobby afirmó con la cabeza.

—Tres. No son demasiados. No representan ningún problema. Según la fábrica... Bien. Escúchame: no quiero que les digas nada sobre mí. Soy tu amigo, tu amigo secreto. No les intereso para nada. Recuerda que no te haré daño. No debes temer nada. Voy a vivir aquí, contigo.

Miró al chico con desparpajo, alargando las últimas palabras.

—Voy a ser una especie de profesor particular. Te voy a enseñar algunas cosas. Como un tutor. ¿Qué te parece?

Silencio.

—Te gustará, ya lo verás. Podríamos empezar ahora mismo. Quizá desees saber la forma más apropiada de dirigirte a mí. ¿Quieres que te lo enseñe?

—¿Dirigirme a ti? —Bobby bajó la vista.

—Vas a llamarme... —La figura hizo una pausa y reflexionó. Se irguió con orgullo y dijo —: Vas a llamarme... Mi Señor.

Bobby se levantó de un salto y se cubrió el rostro con las manos.

—Mi Señor —siguió la figura implacablemente—. Mi Señor. No hace falta que empieces ahora. Estoy cansado. —La figura se relajó—. Estoy al borde del agotamiento. Dame cuerda dentro de una hora, por favor.

La figura empezó a ponerse rígida. Miró al chico.

—Dentro de una hora: ¿Me darás cuerda? Lo harás, ¿verdad?

Su voz se desvaneció en el silencio.

Bobby asintió con desgana.

—Está bien —murmuró—. Está bien.

Era martes. La ventana estaba abierta y la cálida luz del sol penetraba en la habitación. Bobby se había marchado a la escuela: la casa se encontraba vacía y silenciosa. Los animales de trapo descansaban en el armario.

Mi Señor estaba apoyado sobre la cómoda. Miraba por la ventana, satisfecho.

Se oyó un débil zumbido. Un objeto diminuto entró volando en la habitación. Dio varias vueltas y aterrizó sobre la tela blanca de la cómoda, al lado del soldado de metal. Era un pequeño avión de juguete.

—¿Cómo te va? —preguntó el avión—. ¿Todo bien de momento?

—Sí —respondió Mi Señor—. ¿Y los otros?

—No tan bien. Sólo algunos han conseguido hacerse con Niños.

El soldado jadeó de pánico.

—El grupo más numeroso cayó en manos de los Adultos. Muy poco satisfactorio, como ya sabes. Es muy difícil controlar a los Adultos. Se escapan, o aguardan a que pase la primavera...

—Lo sé —asintió Mi Señor tristemente.

—Las noticias continuarán siendo malas. Debemos estar preparados.

—Hay más. ¡Dímelo!

—Para ser sincero, la mitad han sido destruidos o pisoteados por los Adultos. Se dice que un perro destrozó a uno. No cabe duda de que nuestra única esperanza reside en los Niños. Hemos de lograrlo por ese lado.

El soldadito aprobó con un gesto. El mensajero tenía razón, por supuesto. Siempre habían pensado que un ataque directo contra la raza dirigente, los Adultos, fracasaría. Su tamaño, su fuerza y su enorme velocidad les protegerían. El vendedor de juguetes era un buen ejemplo. Había intentado escapar muchas veces; había intentado engañarles y liberarse. Parte del grupo había sido destinado a vigilarle incesantemente, y hubo aquel terrible día en que estuvo a punto de empaquetarlos, con la esperanza de...

—¿Le estás dando instrucciones al Niño? —preguntó el avión—. ¿Le estás preparando?

—Sí. He comprendido que me voy a quedar. Los Niños son así. Como toda raza sometida, se les ha enseñado a obedecer; es lo único que pueden hacer. Soy como otro profesor: invado su vida y le doy órdenes. Otra voz que le dice...

—¿Has iniciado la segunda fase?.

—¿Tan pronto? —Mi Señor estaba asombrado—. ¿Por qué? ¿Es necesario que proceda con tanta rapidez?

—La fábrica se muestra nerviosa. Ya te dije que casi todo el grupo ha sido destruido.

—Lo sé —musitó Mi Señor—. Lo esperábamos; lo planeamos con realismo, sabiendo de antemano las posibilidades. —se meció sobre la cómoda—. Era natural que muchos cayeran en manos de los Adultos. Están en todas partes, ocupan posiciones clave, puestos importantes. La psicología de la raza dirigente implica controlar cada fase de la vida social. Pero si todos los que se apoderan de Niños consiguen sobrevivir...

—Es lógico que no lo sepas, pero, aparte de ti, sólo quedan tres. Tan sólo tres.

—¿Tres?

Mi Señor le miró estupefacto.

—Incluso los que se apoderaron de Niños han sido destruidos. La situación es trágica. Por eso quieren que empieces la segunda fase.

Mi Señor apretó los puños; tenía el cuerpo rígido de terror. Sólo tres... Cuántas esperanzas habían depositado en el grupo, abandonado a su suerte; tan pequeños, tan dependientes del clima... y de que les dieran cuerda. ¡Si fueran un poco más grandes! Los Adultos eran tan enormes.

¿Qué había pasado con los Niños? ¿Por qué había fracasado su única y frágil oportunidad?

—¿Qué ocurrió?

—Nadie lo sabe. En la fábrica reina una gran contusión, y escasean los materiales. Algunas de las máquinas se han averiado y nadie sabe repararlas. —El avión se deslizó hacia el borde de la cómoda—. He de regresar. Vendré después para saber de tus progresos.

El avión despegó y salió por la ventana abierta. Mi Señor lo siguió con la mirada, aturdido.

¿Qué podía haber sucedido? Se sentían tan seguros de los Niños. Todo había sido planeado...

Meditó.

Por la tarde. El niño estaba sentado ante la mesa, hojeando distraídamente el libro de geografía. Se agitaba en la silla mientras pasaba las páginas. Acabó por cerrar el libro. Se levantó de la silla y fue al armario. Estaba buscando la caja de cartón cuando una voz le advirtió desde la cómoda.

—Más tarde. Jugarás más tarde. He de comentar algunas cosas contigo.

El chico volvió a la mesa, con el rostro fatigado y apático. Asintió con un gesto, rodeó la cabeza con las manos y la apoyó sobre la mesa.

—No tendrás sueño, ¿verdad? —preguntó Mi Señor.

—No.

—Escucha, pues. Mañana, cuando salgas de la escuela, quiero que te dirijas a una dirección. Es una tienda de juguetes. A lo mejor la conoces: Don's Toyland.

—No tengo dinero.

—No importa. Ya está todo arreglado. Vas a Toyland y le dices al hombre: «Vengo a buscar el paquete». ¿Te acordarás? «Vengo a buscar el paquete.»

—¿Qué hay en el paquete?

—Herramientas y algunos juguetes para ti. Para hacerme compañía. —La figura de metal se frotó las manos. —Estupendos juguetes modernos, dos tanques y una ametralladora. Y algunas piezas para...

Se oyeron pasos en la escalera.

—No lo olvides —dijo nervioso Mi Señor—. ¿Lo harás? Esta fase del plan es extremadamente importante.

Se retorció las manos de angustia.

El chico terminó de cepillarse el pelo, se puso la gorra y cogió los libros de texto. La mañana era gris y lúgubre. La lluvia caía lenta y silenciosamente.

El niño dejó los libros en su sitio, fue al armario y miró en su interior. Sus dedos se cerraron sobre la pata de Teddo y lo sacó de un tirón.

El niño se sentó en la cama y apretó a Teddo contra su mejilla. Pasó mucho rato abrazado al osito, sin reparar en nada más.

De pronto, levantó la vista y miró la cómoda. Mi Señor yacía estirado y silencioso. Bobby volvió corriendo al armario y metió a Teddo en la caja. Cruzó la habitación en dirección a la puerta. Cuando la estaba abriendo, la figurita de metal se removió.

—Acuérdate de Don's Toyland.

La puerta se cerró. Mi Señor escuchó los pasos apresurados del Niño al bajar la escalera. Mi Señor estaba exultante. Todo se desarrollaba según lo previsto. Bobby no quería hacerlo, pero lo haría. Y una vez reunidas las herramientas, las piezas y las armas no habría posibilidad de fracasar.

Quizá se apoderarían de una segunda fábrica. O mejor aún: construirían Señores más grandes. Sí, ojalá fueran más grandes, sólo un poco más

grandes. Eran tan pequeños, tan diminutos; sólo medían unos cuantos centímetros. ¿Fracasaría la rebelión por culpa de su fragilidad?

¡Pero con tanques y cañones! Sin embargo, de todos los paquetes guardados con tanto celo en la juguetería éste sería el único, el único en…

Algo se movió.

Mi Señor se giró rápidamente. Teddo salió del armario con paso desmañado.

—Bonzo —dijo—, Bonzo, acércate a la ventana. Creo que llegó por ahí, si no me equivoco.

El conejo de trapo se encaramó de un salto al alféizar de la ventana. Se acurrucó y oteó el exterior.

—Nada todavía.

—Bien. —Teddo se dirigió a la cómoda. Levantó la vista—. Señor, haga el favor de bajar. Ya lleva mucho tiempo ahí arriba.

Mi Señor le miró con asombro. Fred, el cerdito de goma, estaba saliendo del armario.

—subiré y lo atraparé —dijo—. No creo que baje por su propia voluntad. Tendremos que echarle una pata.

—¿Qué estáis haciendo? —gritó Mi Señor. El cerdito de goma se erguía sobre los cuartos traseros, las orejas aplastadas contra la cabeza—. ¿Qué sucede?

Fred saltó. Al mismo tiempo, Teddo empezó a trepar con rapidez, sujetándose a los tiradores de la cómoda. Se izó a la parte superior con movimientos expertos. Mi Señor retrocedió hacia la pared sin dejar de mirar al suelo, tan lejano.

—Así que esto es lo que les sucedió a los otros —murmuró—. Ya comprendo. Una Organización que nos espera. No quedan secretos.

Saltó.

Una vez recogidas las piezas y ocultadas debajo de la alfombra, Teddo dijo:

—Esta parte ha sido fácil. Esperemos que el resto no nos cueste más.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Fred.

—El paquete de los juguetes. Los tanques y los cañones.

—Oh, no será difícil. Recuerda cómo ayudamos a los vecinos cuando el primer Señor, el primero que encontramos…

—Luchó con valentía —rió Teddo—. Era más rudo que éste. Pero contamos con la ayuda de los osos panda.

—Lo haremos otra vez —afirmó Fred—. Estoy empezando a divertirme.

—Yo también —dijo Bonzo desde la ventana.

AQUÍ YACE EL WUB

Faltaba poco para terminar de cargar. El Optus, de pie, con los brazos cruzados, fruncía el ceño. El capitán Franco bajó despacio por la pasarela y sonrió.

—¿Qué ocurre? —le preguntó—. Te pagan por esto.

El Optus no dijo nada. Recogió sus túnicas y dio media vuelta. El capitán pisó el borde de la túnica.

—Espera un momento, no te vayas; aún no he terminado.

—¿De veras? —El Optus se giró con dignidad—. Vuelvo a la aldea. —Contempló los animales y los pájaros que eran conducidos hacia la nave—. He de organizar nuevas cacerías.

Franco encendió un cigarrillo.

—¿Por qué no? A vosotros os basta con salir a campo abierto y seguir pistas. Pero cuando estemos a mitad de camino entre Marte y la Tierra...

El Optus se marchó sin contestar. Franco se reunió con el primer piloto al pie de la pasarela.

—¿Cómo va todo? —Consultó el reloj—. Hemos hecho un buen negocio.

El piloto le miró con cara de pocos amigos.

—¿Cómo explica eso?

—¿Qué le pasa? Los necesitamos más que ellos.

—Nos veremos después, capitán.

El piloto subió por la pasarela, y se abrió paso entre las aves zancudas marcianas. Franco le vio desaparecer en el interior de la nave. Iba a seguirle los pasos hacia la portilla cuando lo vio.

—¡Dios mío!

Se quedó mirando con las manos en las caderas. Peterson venía por el sendero, con la cara congestionada, arrastrándolo con una cuerda.

—Lo siento, capitán —dijo, manteniendo la cuerda tensa.

Franco avanzó hacia él.

—¿Qué es eso?

El wub desplomó su enorme cuerpo lentamente. Se sentó con los ojos entornados. Algunas moscas zumbaban sobre su flanco y las espantó con la cola.

Se hizo el silencio.

—Es un wub —explicó Peterson—. Se lo compré a un nativo por cincuenta centavos. Dijo que era un animal muy raro. Muy respetado.

—¿Esto? —Franco aguijoneó el inmenso flanco del wub—. ¡Si es un cerdo! ¡Un inmundo cerdo grande!

—Sí, señor, es un cerdo. Los nativos lo llaman wub.

—Un gran cerdo. Debe de pesar unos doscientos kilos.

Franco agarró un mechón del hirsuto pelo. El wub jadeó. Abrió sus ojos pequeños y húmedos, y su gran boca tembló.

Una lágrima se deslizó por la mejilla del animal y cayó al suelo.

—Tal vez sea comestible —dijo Peterson, nervioso.

—Pronta lo averiguaremos —respondió Franco.

El wub sobrevivió al despegue, profundamente dormido en el casco de la nave. Cuando ya estaban en el espacio y todo funcionaba con normalidad, el capitán Franco ordenó a sus hombres que subieran al wub para dilucidar qué clase de animal era.

El wub gruñó y resopló mientras ascendía a duras penas por el pasaje.

—Vamos —masculló Jones tirando de la cuerda.

El wub se retorcía y rozaba su piel contra las lisas paredes cromadas. Desembocó en la antecámara y cayó pesadamente al suelo. Los hombres se levantaron de un salto.

—¡Santo cielo! —exclamó French—. ¿Qué es eso?

—Peterson dice que es un wub —respondió Jones—. Es suyo.

Le dio una patada al wub, y el animal, jadeante, se puso en pie con grandes dificultades.

—¿Y ahora qué le pasa? —dijo French acercándose—. ¿Se va a poner enfermo?

Todos lo contemplaban. El wub puso los ojos en blanco y luego miró a los hombres que le rodeaban.

—Quizá tenga sed —aventuró Peterson.

Fue a buscar agua. French meneó la cabeza.

—Ya entiendo por qué tuvimos tantas dificultades para despegar. Me vi obligado a revisar todos mis cálculos de lastre.

Peterson volvió con el agua. El wub, agradecido, la lamió a grandes lengüetazos y salpicó a la tripulación.

El capitán Franco apareció en la puerta.

—Echémosle un vistazo. —Avanzó con mirada escrutadora—. ¿Lo compraste por cincuenta centavos?

—Sí, señor —dijo Peterson—. Come de todo. Le di cereales y le gustaron, y después patatas, forraje y las sobras de nuestra comida, y leche. Creo que le gusta comer. Una vez ha llenado el estómago, se echa a dormir.

—Entiendo. Bien, me gustaría saber cuál es su sabor. Creo que no conviene alimentarlo tanto, ya está bastante gordo. ¿Dónde está el cocinero? Que se presente al instante. Quiero averiguar...

El wub dejó de beber y miró al capitán.

—Le sugiero, capitán, que hablemos de otros asuntos —dijo el wub.

Un pesado silencio se abatió sobre la habitación.

—¿Quién dijo eso? —preguntó el capitán Franco.

—El wub, señor —dijo Peterson—. Habla.

Todos miraron al wub.

—¿Qué dijo? ¿Qué dijo?

—Sugirió que habláramos de otras cosas.

Franco se acercó al wub. Dio vueltas a su alrededor y lo examinó desde todos los ángulos. Luego volvió a reunirse con sus hombres.

—Tal vez haya un nativo en su interior —reflexionó en voz alta—. Tal vez deberíamos abrirlo y confirmarlo.

—¡Dios mío! —exclamó el wub—. ¿Sólo saben pensar en matar y trinchar?

—¡Salga de ahí! ¡Quienquiera que sea, salga! —gritó Franco con los puños apretados.

No se produjo el menor movimiento. Los hombres miraban al wub, pálidos y procurando mantenerse muy juntos. El wub agitó la cola y eructó.

—Perdón —se disculpó.

—Creo que no hay nadie dentro —susurró Jones.

Los hombres se miraron entre sí.

El cocinero entró.

—¿Me mandó llamar, capitán? ¿Qué es esto?

—Es un wub —dijo Franco—. Nos lo comeremos. ¿Por qué no lo mide y trata de...?

—Antes que nada, deberíamos hablar —interrumpió el wub—. Con su permiso, me gustaría discutir este asunto. Veo que no nos ponemos de acuerdo en algunos puntos fundamentales.

El capitán tardó un rato en contestar. El wub esperó pacientemente y aprovechó para secarse el agua de las mandíbulas.

—Vamos a mi despacho —dijo el capitán por fin.

Se giró y salió de la habitación. El wub se levantó y fue tras él. Los hombres lo siguieron con la mirada y oyeron como subía la escalera.

—Me gustaría saber cómo terminará todo esto —dijo el cocinero—. Bien, vuelvo a la cocina. Informadme de cualquier novedad.

—Claro —dijo Jones—. Claro.

El wub se dejó caer en un rincón con un suspiro.

—Le ruego me disculpe, pero me encantan todas las formas de descansar. Cuando se es tan grande como yo...

El capitán asintió con un gesto de impaciencia. Tomó asiento ante su escritorio y entrelazó las manos.

—Bien, empecemos de una vez. Es usted un wub, si no me equivoco.

—Creo que sí. Quiero decir que así es como nos llaman los nativos, aunque tenemos nuestra propia denominación.

—Habla nuestro idioma. ¿Estuvo en contacto con terrícolas anteriormente?

—No.

—Entonces. ¿cómo lo hace?

—¿Hablar su idioma? ¿Estoy hablando en su idioma? No soy consciente de hablar ninguna lengua en particular. Examiné su mente...

—¿Mi mente?

—Estudié los contenidos, en especial el depósito semántico, como yo lo llamo...

—Entiendo. Telepatía, claro.

—Somos una raza muy antigua. Muy antigua y voluminosa. Nos cuesta mucho desplazarnos. Como comprenderá, algo tan lento y pesado está a merced de formas más ágiles de vida. Consideramos que sería inútil basar nuestra supervivencia en la fuerza física. Demasiado pesados para correr, demasiado blandos para combatir, demasiado pacífico para cazar por diversión...

—¿Y de qué viven?

—Plantas, vegetales, comemos casi de todo. Somos tolerantes, liberales y eclécticos. Vivimos y dejamos vivir. Por eso hemos durado tanto. Y por eso me opuse con tanta vehemencia a ser introducido en una olla. Vi la imagen en su mente: la mayor parte de mi cuerpo en el congelador, otra en la olla, un pedacito para el gato...

—¿Así que lee la mente? —interrumpió el capitán—. Muy interesante. ¿Qué más? Quiero decir, ¿posee alguna otra capacidad semejante?

—Nada importante —respondió el wub distraído, paseando la mirada por la habitación—. Un bonito despacho, capitán, muy limpio. Respeto las formas de vida que aman la pulcritud. Algunas aves marcianas son muy aseadas: sacan los desperdicios del nido y luego barren.

—Fascinante, pero volviendo a lo que hablábamos...

—Desde luego. Usted habló de cocinarme. Según he oído, el sabor es agradable. Un poco grasos, pero tiernos. Pero ¿cómo lograremos establecer una relación perdurable entre su pueblo y el mío si persiste en actitudes tan bárbaras? ¿Comerme? Deberíamos discutir otras cuestiones: filosofía, arte...

—¡Filosofía! —exclamó el capitán poniéndose en pie—. Quizá le interese saber que el próximo mes apenas tendremos nada para comer, algunas provisiones se han echado a perder...

—Lo sé —asintió con la cabeza el wub—. Pero ¿no estaría más de acuerdo con sus principios democráticos que lo sorteáramos? Después de todo, la democracia consiste en proteger a las minorías de tales abusos. Si cada uno tiene derecho a votar...

El capitán caminó hacia la puerta.

—Está loco —rezongó.

Abrió la puerta. Abrió la boca.

Se quedó petrificado, con la boca abierta, la mirada perdida, los dedos aún sujetos al tirador.

El wub le miró. Luego salió de la habitación y pasó por delante del capitán. Se alejó por el corredor, absorto en sus pensamientos.

La habitación estaba en silencio.

—Como verá —dijo el wub— tenemos mitos comunes. Sus mentes albergan muchos símbolos mitológicos familiares: Ishtar, Ulises...

Peterson estaba sentado sin decir nada, con la vista fija en el suelo. Se removió en su silla.

—Siga —dijo—. Siga por favor.

—Su Ulises es una figura común a casi todas las razas autoconscientes. Desde mi punto de vista, Ulises vaga como un individuo consciente de sí como tal. Es la idea de la separación, la separación de la familia o del país. El proceso de individuación.

—Pero Ulises acaba por volver a casa. —Peterson miró por el ojo de buey las estrellas, las incontables estrellas que brillaban con intensidad en el universo vacío—. Al final, vuelve a casa.

—Como lo hacen todas las criaturas. El momento de la separación es un período transitorio, un breve viaje del alma. Tiene un principio y un fin. El viajero errante regresa a su país y a su raza...

La puerta se abrió. El wub se calló y volvió su gran cabeza.

El capitán Franco entró en la habitación seguido de sus hombres. Titubearon en el umbral.

—¿Te encuentras bien? —preguntó French.

—¿Te refieres a mí? —replicó Peterson, sorprendido—. ¿Por qué?

—Ven aquí —ordenó el capitán Franco empuñando una pistola—. Levántate y acércate.

Hubo un silencio.

—Adelante —dijo el wub—. No importa.

Peterson se puso en pie.

—¿Para qué?

—Es una orden.

Peterson se dirigió hacia la puerta. French le cogió del brazo.

—¿Qué pasa? —Peterson se soltó con un movimiento brusco—. ¿Qué os pasa a todos?

El capitán Franco avanzó hacia el wub. El wub le miró desde el rincón en donde estaba echado junto a la pared.

—Es interesante que siga obsesionado con la idea de comerme. Me pregunto la razón.

—Levántese —ordenó Franco.

—Si insiste... —El wub se levantó con un gruñido—. Tenga paciencia. Me cuesta mucho.

Logró ponerse en pie, jadeando y con la lengua fuera.

—Mátelo ya —dijo French.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Peterson.

Jones se giró hacia él con los ojos llenos de miedo.

—Tú no le viste... como una estatua con la boca abierta. Aún seguiría allí si no hubiéramos bajado.

—¿Quién? ¿El capitán? —preguntó Peterson— Pero si ya está bien.

Todos miraban al wub, parado en mitad de la habitación. Respiraba entrecortadamente.

—Vamos —dijo Franco—. Apártense.

Los hombres se apelotonaron en la puerta.

—Tiene miedo. ¿verdad? —habló el wub— ¿Qué le he hecho?. Me repugna la idea de lastimar a alguien. Sólo he intentado protegerme. ¿Esperaba que me precipitara alegremente hacia mi muerte? Soy un ser tan sensible como ustedes. Tenía curiosidad por ver su nave, por saber algo más sobre sus costumbres. Le sugerí al nativo…

La pistola osciló.

—¿Ven? —dijo Franco—. Ya me lo pensaba.

El wub se tiró al suelo, tembloroso. Estiró las patas y enrolló la cola.

—Hace mucho calor —dijo—. Debemos estar cerca de los motores. Energía atómica. Desde un punto de vista técnico han logrado cosas maravillosas, pero sus científicos no están preparados para resolver problemas morales, éticos…

Franco se volvió hacia los tripulantes, apiñados a su espalda, silenciosos y con los ojos abiertos de par en par.

—Yo lo haré. Pueden mirar, si quieren.

—Trate de darle en el cerebro —aprobó French—. No es comestible. No tire al pecho. Si la caja torácica revienta, tendremos que ir sacando los huesos.

—Escuchad —dijo Peterson lamiéndose los labios—. ¿Qué ha hecho? ¿Ha causado algún mal? Os estoy haciendo una pregunta. Y, además, es mío. No tenéis derecho a matarlo. No es vuestro.

Franco levantó la pistola.

—Yo me voy —dijo Jones, pálido y descompuesto—. No quiero verlo.

—Yo también —le imitó French.

Ambos salieron tropezando y murmurando. Peterson permaneció junto a la puerta.

—Me hablaba de los mitos —musitó—. Es incapaz de hacerle daño a nadie.

Se marchó.

Franco se acercó al wub. Éste levantó los ojos y tragó saliva.

—Qué locura —dijo—. Lamento que desee hacerlo. Recuerdo una parábola de su Salvador…

Se interrumpió y fijó la vista en la pistola.

—¿Será capaz de mirarme a los ojos cuando lo haga? ¿Será capaz?

—Desde luego. Allá en la granja teníamos cerdos, apestosos jabalíes. Claro que seré capaz.

Sin apartar la mirada de los ojos húmedos y brillantes del wub, apretó el gatillo.

El sabor era excelente.

Estaban sentados con semblante de tristeza alrededor de la mesa; algunos apenas comían. El único que parecía disfrutar del plato era el capitán Franco.

—¿Más? —preguntó—. ¿Más? ¿Un poco más de vino?

—Yo no —respondió French—. Vuelvo a la sala de control.

—Yo tampoco. —Jones se puso en pie y empujó la silla hacia atrás—. Nos veremos más tarde.

El capitán les vio marcharse. Algunos de los que quedaban también se excusaron.

—¿Qué les ocurre a todos? —preguntó el capitán a Peterson.

Éste permanecía sentado con la vista fija en el plato, en las patatas, en los guisantes y en el trozo de carne humeante y tierna.

Abrió la boca, pero no emitió ningún sonido.

El capitán apoyó la mano en el hombro de Peterson.

—Ahora es tan sólo materia orgánica. La esencia vital ha desaparecido. —Mojó un trozo de pan en la salsa—. Me gusta comer. Es uno de los grandes placeres de la vida. Comer, descansar, meditar, discutir de algunas cosas.

Peterson asintió con un gesto. Otros dos hombres se levantaron y se marcharon. El capitán bebió agua y suspiró.

—Bien, he de admitir que es una comida muy agradable. Todo lo que me habían dicho acerca del... sabor del wub era cierto. Exquisito. Aunque me advirtieron, hace tiempo, que no lo hiciera nunca.

Se secó los labios con la servilleta y se recostó en la silla. Peterson miraba la mesa con expresión de tristeza.

El capitán le observó atentamente. Luego se inclinó hacia adelante.

—Vamos, vamos, anímese. Hablemos de cualquier cosa.

Sonrió.

—Como decía antes de que me interrumpieran, el papel de Ulises en los mitos...

Peterson se levantó de un salto con los ojos bien abiertos.

—Como iba diciendo, Ulises, desde mi punto de vista...

EL CAÑÓN

El capitán miró por el objetivo del telescopio. Ajustó el foco con movimientos veloces.

—Lo que vimos fue una explosión atómica, desde luego —dijo al cabo de unos instantes. Suspiró y apartó el telescopio—. El que quiera mirar, puede hacerlo, pero no es un bonito espectáculo.

—Déjeme mirar —pidió Tance, el arqueólogo—. ¡Santo Dios!

Retrocedió bruscamente y tropezó con Dorle, el primer oficial.

—¿Para eso hemos recorrido tanto camino? —preguntó Dorle mirando a los otros—. Ni siquiera podemos aterrizar. Regresemos cuanto antes.

—Quizá tenga razón —murmuró el biólogo—, pero me gustaría echar un vistazo.

Empujó a Tance a un lado y aplicó el ojo al objetivo.

Vio una enorme extensión, una infinita superficie grisácea que se extendía hasta el confín del planeta. Por un momento pensó que era agua, pero luego comprendió que era escoria, un manto de escoria fundida, roto sólo por colinas rocosas que surgían a intervalos. No advirtió el menor movimiento. Todo estaba en silencio, muerto.

—Bueno —dijo Fomar mientras se retiraba—, no creo que encontremos verduras frescas. —Intentó sonreír, pero sus labios se negaron a moverse. Se quedó quieto, de pie, con la mirada perdida.

—Tomaré unas muestras de la atmósfera —dijo Tance.

—Yo te diré lo que descubrirás —apuntó el capitán—. La mayor parte de la atmósfera está envenenada. ¿No es lo que todos sospechábamos? No entiendo a qué viene tanta sorpresa. Una explosión visible desde tan lejos de nuestro sistema debe de ser algo horrible.

Se adentró en el corredor, digno e inexpresivo. La tripulación le vio desaparecer en la sala de control.

Cuando cerró la puerta, la joven se volvió.

—¿Qué visteis por el telescopio? ¿Era bueno o malo?

—Malo. Ninguna forma de vida puede haber sobrevivido. La atmósfera envenenada, el agua evaporada, toda la Tierra destruida.

—¿Podrían haberse refugiado en el subsuelo?

El capitán destapó el ojo de buey para obtener una perfecta perspectiva del planeta. Ambos contemplaron el espectáculo, silenciosos y emocionados. Kilómetros y kilómetros de ruinas que se mantenían en pie, escoria negruzca que formaba concavidades y ocasionaba amontonamientos rocosos.

—¡Mira! —exclamó Nasha de pronto—. Allí, en el extremo. ¿Lo ves?

Forzaron la vista. Algo que no era una roca ni una formación accidental se alzaba del suelo. Era redondo, un círculo de puntos, como bolitas de papel sobre la piel muerta del planeta. ¿Una ciudad? ¿Algún tipo de edificios?

—Por favor, ordena cambiar de rumbo —dijo Nasha muy excitada. Se quitó el pelo de la cara—. ¡Ordena cambiar de rumbo y examinemos lo que es!

La nave efectuó un giro. Al llegar sobre los puntos blancos, el capitán hizo descender la nave tanto como le pareció prudente.

—Pilares —dijo—, pilares de piedra. Tal vez piedra porosa artificial. Los restos de una ciudad.

—Oh, querido —murmuró Nasha—, qué horror.

Las ruinas desaparecieron bajo la nave. Los cuadrados blancos, astillados y resquebrajados como dientes rotos, sobresalían de la escoria formando un semicírculo.

—No queda nada vivo —dijo el capitán por fin—. Creo que es mejor regresar ahora mismo. Estoy seguro de interpretar la voluntad de casi toda la tripulación. Localicen la emisora gubernamental en el transmisor e informen de nuestro descubrimiento, y díganles que...

Se tambaleó.

El primer proyectil atómico había alcanzado la nave. El capitán cayó al suelo y se golpeó contra la mesa de control. Una lluvia de papeles e instrumentos cayó sobre su cabeza. El segundo proyectil hizo impacto cuando trataba de incorporarse. Una grieta apareció en el techo. Vigas y puntales se torcieron y doblaron. La nave tembló, cayó en picado y volvió a enderezarse cuando los mandos automáticos se hicieron con el control.

El capitán yacía en el suelo junto al destrozado cuadro de mando. Nasha se debatía en un rincón para liberarse de los escombros que la aprisionaban.

Afuera, los hombres se esforzaban por tapar las grietas del casco de la nave. El precioso aire se escapaba, y se disipaba en el vacío.

—¡Ayudadme! —gritaba Dorle—. Hay fuego, la instalación eléctrica está ardiendo.

Dos hombres acudieron corriendo. Tance miraba con impotencia sus gafas rotas y dobladas.

—Así que a pesar de todo hay vida ahí abajo —dijo para sí—. Pero ¿cómo es...?

Librodot

—Échanos una mano —le dijo Fomar al pasar a su lado—. Échanos una mano, hay que hacer aterrizar la nave.

Era de noche. Algunas estrellas brillaban sobre sus cabezas y centelleaban a través de la capa polvorienta que flotaba sobre la superficie del planeta.

Dorle miró al exterior y frunció el ceño.

—En menudo lugar hemos ido a caer.

Reanudó su trabajo y golpeó con el martillo el maltrecho casco de la nave hasta volverlo a su primitiva posición. Llevaba un vestido presurizado; todavía quedaban muchas grietas pequeñas, y las partículas radiactivas de la atmósfera ya habían empezado a penetrar en la nave.

Nasha y Fomar estaban sentados a la mesa de la sala de control, pálidos y solemnes; estudiaban las listas de existencias.

—Bajo en carbohidratos —dijo Fomar—. Podemos empezar las grasas almacenadas, pero...

—Me pregunto si sería posible encontrar algo ahí afuera. —Nasha se acercó a la ventana—. Pero el panorama no parece muy alentador. —Paseó arriba y abajo, delgada y menuda, el rostro con evidentes muestras de cansancio—. ¿Tienes idea de lo que hallaría una patrulla de exploración?

—No mucho. —Fomar se encogió de hombros—.Tal vez algunas semillas creciendo en las grietas. Nada útil. Todo lo que se adapte a este medio ambiente será tóxico, mortífero.

Nasha dejó de caminar y se frotó la mejilla, donde notaba el dolor de un profundo hematoma, todavía rojizo e hinchado.

—Entonces, ¿cómo explicas... eso? De acuerdo con tu teoría, los habitantes han muerto abrasados. ¿Quién nos disparó? Alguien nos descubrió, tomó una decisión y apuntó un cañón.

—Y calculó la distancia —dijo el capitán con un hilo de voz desde su catre improvisado—. Eso es lo que más me preocupa. El primer disparo nos puso fuera de combate, el segundo casi nos destruye. Iban bien dirigidos, perfectamente dirigidos. No somos un blanco tan fácil.

—Es cierto —asintió Fomar—. Bueno, quizá sepamos la respuesta antes de irnos. Una situación muy extraña. Todas nuestras deducciones conducen a suponer que no existe vida; el planeta consumido por el fuego, la atmósfera envenenada, volatilizada.

—El cañón que disparó los proyectiles sobrevivió —dijo Nasha—. ¿Por qué no la gente?

—No es lo mismo. El metal no necesita respirar aire. El metal no padece leucemia causada por las partículas radiactivas. El metal no necesita comer ni beber.

Hubo un silencio.

—Una paradoja —dijo Nasha—.Sin embargo, opino que por la mañana deberíamos enviar una patrulla de exploración. Y entretanto aprovecharemos para ponerla nave en condiciones de despegar.

—Pasarán días antes de que lo logremos —repuso Fomar—. Sería mejor que todos los hombres se dedicaran a trabajar. No podemos arriesgarnos a enviar una patrulla.

—Te enviaremos con la primera patrulla —sonrió Nasha—. A lo mejor descubres... ¿Qué es lo que tanto te interesaba?

—Verduras. Verduras comestibles.

—Es posible que encuentres. Aun así...

—Aun así, ¿qué?

—Aun así, hay que vigilar. Ya nos han disparado una vez sin preguntar quiénes somos o a qué venimos. ¿Crees que lucharán entre sí? Es posible que ni se les ocurra pensar que somos gente pacífica. Qué rasgo de la evolución tan extraño, guerra entre las especies. ¡Miembros de una misma raza combatiendo entre ellos!

—Lo sabremos por la mañana —concluyó Fomar—. Vámonos a dormir.

Se levantó un sol frío y sombrío. Los dos hombres y la mujer traspasaron la portilla y saltaron sobre el duro suelo.

—Vaya día —gruñó Dorle—. Dije que estaría muy contento de pisar otra vez tierra firme, pero...

—Vamos —dijo Nasha—. Acércate. Quiero decirte algo. ¿Quieres perdonarnos, Tance?

Tance asintió a regañadientes. Dorle se reunió con Nasha. Caminaron juntos. Sus zapatos de metal hacían crujir el suelo. Nasha le miró de soslayo.

—Escucha. El capitán está agonizando. Nadie lo sabe, excepto nosotros dos. Habrá muerto cuando termine el día de este planeta. El sobresalto le afectó el corazón. Tenía casi sesenta años.

—Lo siento mucho. Le tenía un gran respeto. Ocuparás su puesto, claro. Ya eras el segundo de a bordo...

—No, prefiero que otro tome el mando, quizá tú, o Fomar. He estado reflexionando sobre la situación, y creo que lo mejor sería emparejarme con uno de vosotros, el que decida ser capitán. Así podría transferir la responsabilidad.

—Bien, yo no quiero ser capitán. Que lo sea Fomar.

Nasha le examinó, alto y rubio, mientras caminaba con su traje presurizado.

—Te prefiero a ti. Podríamos probar una temporada, al menos, pero haz lo que quieras. Mira, ahí hay algo.

Se detuvieron y Tance les dio alcance. Una especie de edificio en ruinas se levantaba más adelante. Dorle inspeccionó los alrededores con expresión pensativa.

—¿Os dais cuenta? Todo este lugar es una cuenca natural, un ancho valle. Observad cómo crecen formaciones rocosas por todos lados, como una empalizada protectora. Quizá la gran explosión logró ser desviada.

Vagaron entre las ruinas y recogieron piedras y cascotes.

—Creo que esto era una granja —dijo Tance tras examinar un trozo de madera—. Y aquí tenemos un fragmento de un molino de viento.

—¿De veras? —Nasha cogió el trozo y le dio vueltas—. Interesante, pero es hora de irnos; no nos queda mucho tiempo.

—Mirad —dijo de pronto Dorle— allí, a lo lejos. ¿No veis algo?

—Las piedras blancas.

Nasha contuvo el aliento.

—¿Qué?

—Las piedras blancas, los dientes rotos. El capitán y yo los vimos desde la sala de control. —Posó la mano sobre el brazo de Dorle—. De ahí partieron los disparos. No creí que hubiéramos aterrizado tan cerca.

—¿Qué es eso? —preguntó Tance—. Apenas veo sin gafas. ¿Qué veis?

—La ciudad. Desde ahí dispararon.

—Oh. —Los tres permanecieron juntos—. Bueno, vamos —dijo Tance—. No podemos adivinar lo que vamos a encontrar.

Dorle frunció el ceño.

—Espera, no nos arriesguemos. Habrá patrullas. Es posible que ya nos hayan descubierto.

—Y también la nave —agregó Tance—. Es posible que conozcan su emplazamiento exacto y se preparen para destruirla. Poco importa que nos aproximemos más o no.

—Es cierto —dijo Nasha—. Si quieren, nos capturarán; carecemos de armas, ya lo sabes.

—Yo llevo una —dijo Dorle—. Bien, vamos allá. Creo que tienes razón, Tance.

—Será mejor que no nos separemos —advirtió Tance—. Nasha, no corras tanto.

Nasha miró atrás y rió.

—Si no nos damos prisa, llegaremos después del ocaso.

Llegaron a las afueras de la ciudad a media tarde. El sol, frío y amarillento, colgaba en el cielo apagado. Dorle se detuvo en lo alto de un promontorio que dominaba la ciudad.

—Bueno, ahí está. Lo que queda de ella.

No quedaba mucho. Los gruesos pilares de hormigón que habían divisado no eran tales, sino los cimientos en ruinas de los edificios. Habían sido calcinados por la elevada temperatura, calcinados y consumidos casi hasta el nivel del suelo. Sólo seguía en pie el círculo irregular de piedras blancas, de unos siete kilómetros de diámetro.

—Qué pérdida de tiempo. —Dorle escupió, disgustado—. El esqueleto muerto de una ciudad, eso es todo.

—Pero desde aquí dispararon —murmuró Tance—. No lo olvides.

—Y lo hizo alguien con buena puntería y mucha experiencia —añadió Nasha—. Sigamos.

Se adentraron en la ciudad entre los edificios derruidos. Nadie dijo nada. Caminaban en silencio, sin otro sonido que el eco de sus pasos.

—Es macabro —musitó Dorle—. He visto ciudades destruidas, pero por culpa de la antigüedad. Perecieron de vejez y de cansancio. Ésta fue asesinada, reducida a escombros. No murió... Fue asesinada.

—Me gustaría saber cuál era su nombre —dijo Nasha. Se desvió unos metros y se encaminó hacia los restos de una escalinata—. ¿Creéis que encontraremos un poste indicador? ¿Alguna placa?

Escudriñó las ruinas.

—Ahí no hay nada —se impacientó Dorle—. Vamos.

—Espera. —Nasha se agachó a recoger una piedra—. Hay algo escrito aquí.

—¿Qué es eso? —Tance se puso a remover los cascotes y limpió con sus manos enguantadas la superficie de la piedra—. Letras.

Sacó un bolígrafo del bolsillo de su traje presurizado y copió la inscripción en un trozo de papel. Dorle observó por encima de su hombro. La inscripción decía: APARTAMENTOS FRANKLIN.

—Ya sabemos el nombre de la ciudad —apuntó Nasha.

Tance introdujo el papel en su bolsillo y continuaron adelante.

—Nasha, creo que nos están vigilando —dijo Dorle al cabo de un rato—, pero disimula.

—¿Por qué lo dices? ¿Has visto algo?

—No, pero tengo la sensación. ¿Tú no?

—En absoluto —sonrió la joven—, pero quizá esté más acostumbrada a que me observen. —Ladeó un poco la cabeza—. ¡Oh!

Dorle buscó su arma.

—¿Qué pasa? ¿Has visto algo?

Tance se había detenido como paralizado, con la boca entreabierta.

—El cañón —susurró Nasha—. El cañón.

—Observa la envergadura de esa cosa. —Dorle desenfundó despacio su arma—. Ya lo tenemos.

El cañón era inmenso. Apuntaba al cielo, severo y enorme, una masa de acero y vidrio que sobresalía de una gran placa de hormigón. El cañón sé movía sobre su base giratoria con un suave zumbido. Una fina aspa, un conjunto de varillas en el extremo de un largo poste, giraba con el viento.

—Está vivo —murmuró Nasha—. Nos escucha, nos mira.

El cañón se movió de nuevo, en la dirección de las agujas del reloj. Estaba montado de forma que pudiera trazar un circulo completo. Descendió un poco y luego recobró su posición primitiva.

—Pero ¿quién lo dispara? —preguntó Tance.

—Nadie. Nadie lo hace —rió Dorle.

—¿Qué quieres decir?

—Es autónomo:

No le creyeron. Nasha avanzó unos pasos y frunció el ceño.

—No lo entiendo. ¿Qué quieres decir con eso de que es autónomo?

—Te lo demostraré. No te muevas.

Dorle cogió una piedra del suelo. Dudó un momento y la tiró al aire. La piedra pasó frente al cañón. El arma se movió al instante y las varillas se contrajeron.

La piedra cayó al suelo. El cañón se detuvo, y después recuperó su lenta y tranquila rotación.

—Como ves —dijo Dorle—, detectó la piedra en cuanto la tiré al aire. Vigilia todo lo que vuela o se desplaza sobre el nivel del suelo. Es probable que nos descubriera tan pronto como entramos en el campo gravitatorio del planeta. Es probable que nos apuntara desde el principio. Estamos perdidos. Lo sabe todo sobre la nave. Sólo espera a que despeguemos.

—Comprendo lo de la piedra —dijo Nasha—. El cañón la detectó, pero a nosotros, que estamos en tierra. Ha sido preparado para derribar objetos voladores. La nave se mantendrá a salvo hasta el momento del despegue; luego, vendrá el fin.

—Pero ¿para qué sirve este cañón? —preguntó Tance—. No queda nadie con vida, todos han muerto.

—Es una máquina —puntualizó Darle—, una máquina construida para realizar una tarea. Y cumple su cometido. No entiendo cómo sobrevivió a la explosión, pero ahí sigue, aguardando al enemigo. Debieron llegar del espacio, en algún tipo de artefactos.

—El enemigo —dijo Nasha—. Su propia raza. Cuesta creer que se destruyeron entre ellos.

—Bien, todo ha terminado. Excepto en este lugar, excepto este cañón, aún al acecho, preparado para matar. Hasta que se estropee.

—Para entonces ya habremos muerto —se quejó Nasha.

—Es posible que haya cientos de cañones parecidos —murmuró Dorle—. Estarían acostumbrados a su presencia, cañones, armas, uniformes. Quizá lo aceptaron como algo natural, como parte de sus vidas, tan cotidiano como comer y beber. Una institución, como la Iglesia o el Estado. Los hombres se entrenarían para combatir, aprenderían a usar las armas como si se tratara de una profesión normal, respetada y honrada.

Tance avanzó con paso lento hacia el cañón para observarlo más de cerca.

—Complicado, ¿verdad? Tantas varillas y tubos. Supongo que esto es un telescopio.

Tocó con la mano enguantada el extremo de un largo tubo.

El cañón cambió de posición y se contrajo. Osciló…

—¡No te muevas! —gritó Dorle.

El cañón, rígido y enorme, giró en su dirección. Durante unos terribles segundos titubeó sobre sus cabezas, zumbando y chasqueando, colocándose en posición. Después, los sonidos enmudecieron y el cañón recobró la normalidad..

—Habré puesto mis dedos sobre la lente. —Tance esbozó una débil sonrisa dentro del casco—. Procuraré ser más cuidadoso.

Siguió contorneando la base de hormigón, procurando mantenerse siempre tras el cuerpo del cañón. Se perdió de vista.

—¿Adónde fue? —preguntó Nasha con irritación—. Conseguirá que nos mate.

—¡Tance, vuelve! —chilló Dorle—. ¿Qué te ocurre?

—Esperad un minuto.

Hubo un largo silencio. El arqueólogo apareció por fin.

—Creo que he encontrado algo. Venid y os lo enseñaré.

—¿De qué se trata?

—Dorle, dijiste que el cañón servía para alejar al enemigo. Creo que ya sé por qué querían alejar al enemigo.

Ambos se sorprendieron.

—Creo que he descubierto lo que custodia el cañón. Venid a echarme una mano.

—De acuerdo —condescendió Dorle de mal humor—. Ya vamos. —Cogió la mano de Nasha—. Ven, veamos lo que ha encontrado. Imaginé que algo así sucedería cuando vi que el cañón era…

—¿Qué? —Nasha apartó la mano—. ¿De qué estás hablando? Te comportas como si supieras lo que ha descubierto.

—Así es —sonrió Dorle—. ¿Recuerdas la leyenda común a todas las razas, el mito del tesoro enterrado y el dragón, la serpiente que lo guarda y aleja a todos los intrusos?

—¿Y bien? —asintió la joven.

Dorle señaló el cañón con el dedo.

—Ahí tienes el dragón. Vamos.

Entre los tres levantaron la tapa de acero y la apartaron a un lado. Dorle estaba cubierto de sudor cuando terminaron.

—No vale la pena —gruñó. Miró el profundo agujero oscuro—. ¿O sí?

Nasha encendió la linterna e iluminó el tramo de escalera cubierta de cascotes. Al final se veía una puerta de acero.

—Vamos —dijo Tance, excitado. Empezó a bajar los escalones. Llegó a la puerta y la empujó sin éxito—. ¡Echadme una mano!

—De acuerdo.

Le siguieron con cautela. Dorle examinó la puerta. Estaba cerrada con llave y pestillo. Había una inscripción que no comprendió.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Nasha.

Dorle desenfundó su arma.

—Retroceded. No se me ocurre otra manera.

Apretó el botón. El extremo inferior de la puerta se puso al rojo vivo. La hoja empezó a desmoronarse. Dorle desmontó su arma.

—Ya podemos pasar. Adelante.

En pocos minutos redujeron la puerta a astillas, que depositaron en el primer escalón. Después avanzaron iluminándose con la linterna.

Se hallaban en una especie de cripta. Una espesa capa de polvo lo cubría todo. Grandes cajas de madera, paquetes y recipientes se amontonaban contra las paredes. Los ojos de Tance brillaban al pasear la vista a su alrededor.

—¿Qué contendrán? —murmuró—. Algo de valor, supongo. Cogió un cilindro y lo abrió. Un carrete de cinta negra se desenrolló al caer. Lo examinó a la luz.

—¡Mirad esto!

—Fotografías —dijo Nasha—. Fotografías pequeñas.

—Algún tipo de recuerdos. —Tance guardó el carrete en el cilindro—. Mirad, hay cientos de cilindros. Abramos una de esas cajas.

Dorle ya estaba atacando la madera, seca y quebradiza. Abrió una brecha.

Había una foto. Un muchacho joven y atractivo, vestido con un traje azul, que miraba a la cámara sonriente. Parecía poseer vida, dispuesto a salir a su encuentro. Era uno de ellos, un miembro de la raza destruida, la raza extinguida.

Contemplaron la foto durante largo rato. Al fin, Dorle la devolvió a su sitio.

—Todas estas cajas, baúles y cilindros... están llenos de fotografías. ¿No habrá algo más? —se preguntó Nasha.

—Éste es su tesoro —comentó por lo bajo Tance —: sus fotografías, sus recuerdos. Probablemente toda su literatura, sus relatos, sus mitos y sus ideas sobre el universo estén aquí.

—Y también su historia —dijo Nasha—. Podremos reconstruir su evolución y averiguar cómo llegaron a ser lo que fueron.

—Qué raro —murmuraba Dorle mientras paseaba sin rumbo por la cripta—. Incluso al final, cuando ya se había desencadenado la guerra, sabían que bajo sus pies yacía su auténtico tesoro, sus libros, sus fotografías, sus mitos. Es posible que, tras la destrucción de sus ciudades, edificios e industrias, todavía confiaran en volver a recobrarlo, a pesar del desastre.

—Cuando volvamos a casa, propondremos que se envíe una expedición para recoger todo esto —dijo Tance—. Nos iremos dentro de...

Se interrumpió bruscamente.

—Sí, nos iremos dentro de tres días —asintió con sequedad Dorle—. Repararemos la nave y despegaremos. No tardaremos en llegar a casa, a menos que suceda algo, como ser destruidos por ese...

—Oh, basta —se impacientó Nasha—. Déjale en paz. Tiene razón; hay que llevarse esto, más pronto o más tarde. Resolveremos el problema del cañón. No hay otra elección.

—¿Qué solución propones? —preguntó Dorle—. Nos abatirán en cuanto abandonemos el suelo del planeta. Han sabido guardar muy bien el tesoro. No se conservará, sino que se pudrirá. Les servirá de mucho.

—¿Qué?

—¿No lo entiendes? Lo único que se les ocurrió fue construir un cañón que disparara a todo aquel que se aproximara, porque creían que todo lo exterior era hostil, venía a robarles sus posesiones. Bien, que se lo guarden donde les quepa.

Nasha se sumió en profundas reflexiones. De repente, chasqueó los dedos.

—Dorle, ¿qué nos está pasando? No hay problema. El cañón no significa ninguna amenaza.

Los dos hombres la miraron con asombro.

—¿Ninguna amenaza? —preguntó Dorle—. Ya nos ha disparado una vez. Y en cuanto despeguemos…

—¿No lo comprendes? —rió Nasha—. Ese cañoncito es completamente inofensivo. Hasta yo podría entendérmelas con él.

—¿Tú?

—Con una palanca. Con un martillo o una estaca de madera. Volvamos a la nave y subamos la carga. Claro que en el aire estamos a su merced: para eso lo construyeron. Dispara hacia el cielo y derriba todo lo que vuela, pero eso es todo. Carece de defensas contra cualquier cosa que vaya por tierra, ¿no es cierto?

—El vulnerable vientre del dragón —asintió lentamente Dorle, y prorrumpió en carcajadas—. Según afirma la leyenda, su coraza no le cubría el estómago. Tienes razón, tienes mucha razón.

—Vámonos, pues, volvamos a la nave. Nos queda mucho por hacer.

Llegaron a la nave por la mañana, temprano. El capitán había muerto durante la noche, y la tripulación, según la costumbre, había incinerado su cuerpo. Permanecieron de pie ante la pira hasta que la última brasa se apagó. Los dos hombres y la mujer, sucios y cansados, todavía excitados, aparecieron cuando los miembros de la nave volvían al trabajo.

Y, pasado un breve lapso de tiempo, una fila de hombres provistos de toda clase de herramientas salió de la nave. La fila atravesó la escoria grisácea, la infinita extensión de metal fundido. Luego, los hombres se aproximaron al cañón y descargaron sobre el arma una lluvia de palancas, martillos y otros objetos duros y pesados.

Las miras telescópicas se rompieron en pedazos. Arrancaron los cables y destrozaron los filamentos. Aplastaron los delicados mecanismos.

Finalmente, desmontaron las ojivas y los detonadores.

El cañón fue reducido a escombros. Los hombres descendieron a la cripta y examinaron el tesoro. Una vez eliminado el guardián de metal, ya no había peligro. Escudriñaron las fotos, las películas, los cajones llenos de libros, las coronas ensartadas de joyas, las copas, las estatuas.

El sol se hundía en la capa polvorienta que flotaba sobre el planeta cuando subieron por la escalera. Se detuvieron un momento a contemplar el inmóvil cañón.

Después emprendieron el regreso a la nave. Aún quedaba mucho trabajo. La nave sufría averías de mucha gravedad. Lo más importante era repararla cuanto antes y hacerla volar de nuevo.

Sólo tardaron cinco días en ponerla a punto.

Nasha, de pie en la sala de control, miraba alejarse el planeta. Cruzó los brazos y se sentó en el borde de la mesa.

—¿En qué piensas? —preguntó Dorle.

—En nada.

—¿Estás segura?

—Pensaba que ese planeta debió de ser muy diferente cuando había vida.

—Eso creo. Es una pena que las naves de nuestro sistema no llegaran tan lejos, pero no había razones para sospechar la existencia de vida inteligente hasta que vimos la explosión atómica brillar en el cielo.

—Y entonces ya era demasiado tarde.

—No tanto. Después de todo, sus posesiones, su música, sus libros, sus fotografías, todo sobrevivirá. Nos las llevaremos a casa y las estudiaremos; nos cambiarán. Nunca volveremos a ser como antes. Piensa en sus esculturas. ¿Te has fijado en la de la gran criatura alada, sin cabeza ni brazos? Rota, supongo. Pero esas alas... parecían muy antiguas. Se producirán grandes cambios.

—Cuando volvamos no nos esperará ningún cañón. La próxima vez nadie nos disparará. Aterrizaremos y cogeremos el tesoro, como le llamas tú. Nos conducirás de vuelta, como un buen capitán —sonrió Nasha.

—¿Capitán? —sonrió Dorle—. Así que ya has decidido.

—Fomar y yo discutimos demasiado. Pensándolo bien, te prefiero a ti.

—Pues, entonces, volvamos a casa.

La nave tomó altura y sobrevoló las ruinas de la ciudad. Describió un amplio arco y dejó atrás el horizonte, rumbo al espacio exterior.

Abajo, en el centro de la ciudad derruida, una varilla detectora medio rota se movió ligeramente al captar el rugido de la nave. La base del gran cañón se movió a duras penas, tratando de girar. Un momento después, una luz roja de advertencia se encendió en el interior de su destrozada maquinaria.

Y muy lejos, a unos trescientos kilómetros de la ciudad, otra luz roja; se encendió bajo tierra. Servomotores automáticos entraron en acción. Giraron ruedas y gimieron correas. Una sección de escoria metálica se abrió en la superficie del suelo. Apareció una rampa.

Al cabo de un instante, se hizo visible una carreta.

La carreta se dirigió hacia la ciudad, seguida de una segunda. Transportaba cables eléctricos. La tercera iba equipada con tubos telescópicos. Y detrás surgieron otras carretas, provistas de relés, detonadores, herramientas, piezas, tornillos, cintas, clavijas y tuercas. La última contenía cabezas atómicas.

Las carretas se alinearon detrás de la primera, la que conducía la expedición. Ésta se puso en marcha a través del terreno petrificado. Traqueteaba a escasa velocidad, seguida de las otras. En dirección a la ciudad.

En dirección al cañón averiado.

Librodot

LA CALAVERA

—¿De qué oportunidad me habla? —preguntó Conger—. Siga. Me interesa.

La habitación estaba en silencio; todas las miradas convergían en Conger, todavía vestido con el uniforme carcelario. El Portavoz se inclinó hacia adelante poco a poco.

—Antes de que fueras a prisión, tus negocios funcionaban muy bien... Todos ilegales, todos lucrativos. Ahora no tienes nada, excepto la perspectiva de pasarte otros seis años encerrado en una celda.

Conger frunció el entrecejo.

—Nos encontramos ante una situación muy importante para este Consejo, que requiere tus peculiares habilidades. Por otra parte, se trata de una situación que quizá te interese también a ti. Eras cazador, ¿no? Conoces bien la técnica de seguir rastros, de emboscarte en los matorrales y de acechar por la noche, ¿verdad? Imagino que la caza ha de proporcionarte muchas satisfacciones...

Conger suspiró. Se mordió los labios.

—De acuerdo —dijo—. Suéltelo. Vaya al grano. ¿A quién quiere que mate?

—Todo a su tiempo —sonrió suavemente el Portavoz.

El coche se detuvo. Era de noche; la calle estaba a oscuras. Conger miró por la ventanilla.

—¿Dónde estamos? ¿Qué sitio es éste?

El guardia le apretó el brazo.

—Vamos. Por esa puerta.

Conger pisó el suelo húmedo de la calle. El guardia se deslizó con celeridad detrás de él, seguido por el Portavoz. Conger aspiró una bocanada de aire frío. Examinó el contorno sombrío del edificio al que se dirigían.

—Conozco este lugar. Lo he visto antes. —Entrecerró los ojos, que se iban adaptando a la oscuridad. Repentinamente, se puso rígido—. Esto es...

—Sí. La Iglesia Primera. —El Portavoz se encaminó hacia la escalera—. Nos esperan.

—¿Nos esperan? ¿Aquí?

—Sí. —El Portavoz comenzó a subir los peldaños—. Ya sabes que no se nos permite la entrada, especialmente con pistolas. —Se detuvo. Dos soldados armados le salieron el paso—. ¿Todo en orden?

El Portavoz sostuvo sus miradas. Los soldados asintieron con la cabeza. La puerta de la iglesia se abrió. Conger divisó en el interior más soldados, jóvenes con los ojos bien abiertos que contemplaban los iconos y las imágenes sagradas.

—Empiezo a entender —dijo.

—Era necesario —dijo el Portavoz—. Como sabes, nuestras relaciones en el pasado con la Iglesia Primera han sido singularmente desafortunadas.

—No creo que esto las mejore.

—Pero vale la pena, ya lo verás.

Atravesaron el vestíbulo y entraron en la cámara principal, donde estaban el altar y los reclinatorios. El Portavoz dedicó una mirada distraída al altar cuando pasaron por delante. Empujó una pequeña puerta lateral y le hizo una señal a Conger.

—Por aquí, no tenemos tiempo que perder. Los fieles no tardarán en congregarse.

Conger parpadeó y obedeció. Se encontraban en una cámara pequeña, de techos bajos y paneles oscuros de madera vieja. Olía a cenizas y a especias humeantes.

—¿Qué es este olor? —preguntó.

—Cálices, o algo así. No lo sé. —El Portavoz cruzó con impaciencia la estancia—. Según nuestros informes, está escondido por aquí...

Conger paseó la vista por la cámara. Vio libros y legajos, símbolos sagrados e imágenes. Un extraño estremecimiento recorrió su cuerpo.

—¿Mi trabajo se relaciona con alguien de la Iglesia? Si es así...

—¿Es posible que creas en el Fundador? —preguntó con sorna el Portavoz—. ¿Es posible que un cazador, un asesino...?

—No, por supuesto que no. Todos esos discursos sobre la resignación ante la muerte, la no violencia...

—¿Qué pasa, pues?

—Me enseñaron a no mezclarme con esta gente. Poseen poderes extraños. Y es imposible hacerles razonar.

El Portavoz estudió a Conger detenidamente.

—Te equivocas. No nos interesa ninguno. Llegamos a la conclusión de que matarles sólo sirve para incrementar su número.

—Entonces, ¿por qué hemos venido? Larguémonos.

—No, nuestra misión es importante. Hemos venido a buscar algo que te servirá para identificar a tu hombre, imprescindible para localizarle. —El Portavoz esbozó una sonrisa—. No queremos que mates a otro. Es demasiado importante.

—No fallaré. —Conger hinchó el pecho—. Escuche, Portavoz...

—La situación es insólita. La persona que has de perseguir..., la persona que te mandamos a buscar..., sólo puede ser identificada mediante ciertos objetos que se encuentran aquí. Son simples indicios, los únicos datos de que disponemos. Sin ellos...

—¿Qué clase de objetos son?

Avanzó un paso hacia el Portavoz. Éste se apartó un poco.

—Mira. —Corrió una sección de la pared y quedó al descubierto un hueco cuadrado y oscuro—. Mira dentro.

Conger se agachó y forzó la vista. Frunció el ceño con desagrado.

—¡Una calavera! ¡Un esqueleto!

—El hombre que has de perseguir ha estado muerto durante doscientos años —dijo el Portavoz—. Eso es todo cuanto queda de él, lo único que tienes para encontrarle.

Conger estuvo callado largo rato. Contempló la osamenta, apenas visible en el nicho oculto tras la pared. ¿Cómo podría matar a un hombre muerto hacía siglos? ¿Cómo podría seguir su pista, abatirlo?

Conger era un cazador. Había vivido a su manera, en los lugares que le apetecían. Había conseguido mantenerse vivo comerciando con pieles que traía en su propia nave desde las Provincias, burlando el cinturón de aduanas de la Tierra.

Había cazado en las grandes montañas de la Luna. Había merodeado por las ciudades vacías de Marte. Había explorado...

—Soldado, coja esos objetos y llévelos al coche —ordenó el Portavoz—. Procure no perder nada.

El soldado se introdujo en el hueco con cautela y se acuclilló.

—Confío —susurró el Portavoz a Conger— en que nos demostrarás tu lealtad. Los ciudadanos siempre cuentan con medios para regenerarse, para demostrar su devoción a nuestra sociedad. Creo que cuentas con una excelente oportunidad. Dudo que tengas otra mejor. Y tus esfuerzos merecerán una generosa compensación, por supuesto.

Los dos hombres intercambiaron una mirada; Conger, delgado y andrajoso, el Portavoz, inmaculado en su uniforme.

—Entiendo —dijo Conger—. Quiero decir que entiendo lo de la oportunidad. Pero ¿cómo puede un hombre muerto hace siglos ser...?

—Te lo explicaré después. Ahora tenemos que irnos.

El soldado se había marchado con los huesos, envueltos cuidadosamente en una manta. El Portavoz se encaminó hacia la puerta.

—Vamos. Ya habrán descubierto nuestra irrupción, y se presentarán en cualquier momento.

Bajaron corriendo los húmedos escalones y entraron en el coche. Un segundo más tarde, el conductor elevó el coche en el aire, sobre los tejados de las casas.

El Portavoz se acomodó en el asiento.

—La Iglesia Primera tiene un interesante pasado —empezó—. Imagino que lo conoces, pero me gustaría hacer hincapié en algunos puntos.

»El Movimiento se inició en el siglo veinte, durante alguna de las guerras periódicas. El Movimiento se extendió con suma rapidez, abonado por la opinión general acerca de la inutilidad de la guerra y de que cada una daba pie a otra peor, sin que se adivinara el final. El Movimiento aportó una respuesta muy sencilla al problema: sin preparativos militares, sin armas, no habría guerra. Y sin maquinarias ni la compleja tecnocracia científica no habría armas.

»El Movimiento sostenía que no era posible detener la guerra ayudando a planificarla. Sostenía que el hombre estaba sometido a esta maquinaria y a esta ciencia, que se le escapaban de las manos y le empujaban a guerras cada vez más feroces. Abajo la sociedad, gritaron. Abajo las fábricas y la ciencia. Unas cuantas guerras más y quedaría muy poca cosa del mundo.

»El Fundador era un oscuro personaje procedente del Medio Oeste de Estados Unidos. Ni siquiera conocemos su nombre. Todo lo que sabemos es que un día apareció predicando la doctrina de la no violencia, la no resistencia; no a la guerra, no a los impuestos para fabricar armas, no a la investigación, excepto la dedicada a la medicina. Vive pacíficamente, cuida tu jardín, apártate de la política; dedícate a lo tuyo. Pasa desapercibido, no te enriquezcas. Reparte tus posesiones, abandona la ciudad. Al menos, eso es lo que se desprendía de sus palabras.

El coche descendió y aterrizó en un tejado.

—El Fundador predicó esta doctrina, o su germen; ignoramos lo que los fieles añadieron. Las autoridades locales le detuvieron en seguida, por supuesto. Aparentemente, estaban convencidas de que lo decía en serio; nunca se le volvió a ver. Fue ejecutado, y su cuerpo enterrado en secreto. Parecía que de esta manera se terminaba con el culto —sonrió el Portavoz—. Por desgracia, algunos de sus discípulos afirmaron haberle visto después de la fecha de su muerte. El rumor se extendió; había vencido a la muerte, era divino. Se propagó por todas partes. Y aquí estamos hoy, con una Iglesia

Primera que obstruye todo el progreso social, destruye la sociedad, siembra la anarquía...

—¿Qué pasó con las guerras? —preguntó Conger.

—¿Las guerras? Bien, no hubo más guerras. Hay que reconocer que la eliminación de las guerras fue consecuencia directa de la no violencia practicada a escala general. Sin embargo, hoy podemos contemplar la guerra desde una perspectiva más objetiva. ¿Qué hay de malo en la guerra? Posee un profundo valor selectivo, perfectamente concordante con los postulados de Darwin, Mendel y otros. Sin guerras, una masa de seres incompetentes e inútiles, carentes de educación y de inteligencia, se expande incontroladamente. La guerra reducía su número; era una forma natural, como los huracanes, los terremotos y las inundaciones, de eliminar a los ineptos.

»Sin guerras, los elementos más rastreros de la humanidad proliferan a su antojo. Representan una amenaza para los escasos instruidos, para los que practican la ciencia, los únicos preparados para dirigir la sociedad. Desprecian la ciencia, o la sociedad científica, basada en la razón. Y este Movimiento trata de ayudarles y encubrirles. Sólo cuando los científicos controlen por completo el... —consultó su reloj y abrió la puerta del coche—. Te contaré el resto mientras caminamos.

Atravesaron el tejado en penumbra.

—Habrás adivinado de quién son esos huesos, a quién tienes que perseguir. Este Fundador, este ignorante del Medio Oeste, ha estado muerto dos siglos exactos. Es una pena que las autoridades de su tiempo actuaran con tanta lentitud. Le permitieron hablar y dar a conocer su mensaje. Le permitieron predicar, fundar un culto. Y ya no hubo forma de pararlo.

»Pero ¿y si hubiera muerto antes de predicar, antes de exponer su doctrina? Por lo que sabemos, sólo le llevó un momento divulgarla. Dicen que habló una vez, sólo una vez. Luego llegaron las autoridades y le arrestaron. No se resistió; apenas un pequeño incidente.

El Portavoz se giró hacia Conger.

—Pequeño, pero aún padecemos las consecuencias.

Entraron en el edificio. Los soldados ya habían depositado el esqueleto sobre una mesa. Los soldados se mantenían firmes alrededor, con una expresión ardiente en sus rostros juveniles.

Conger se abrió paso entre ellos y se acercó a la mesa. Se inclinó y examinó los huesos.

—Así que esto es lo que queda —murmuró—. El Fundador. La Iglesia lo ha ocultado durante doscientos años.

—En efecto —replicó el Portavoz—, pero ahora está en nuestro poder. Acompáñame.

El Portavoz abrió una puerta. Unos técnicos levantaron la vista. Conger vio máquinas que zumbaban y giraban; mesas de trabajo y retortas. En el centro de la sala había una reluciente jaula de cristal.

El Portavoz tendió a Conger una pistola Slem.

—Recuerda que la calavera debe volver en perfecto estado... para comparar y sentar la prueba definitiva. Apunta bajo..., al pecho.

Conger sopesó el fusil.

—Parece bueno —comentó—. Conozco este modelo..., quiero decir que ya lo había visto, aunque no llegué a utilizarlo.

—Recibirás instrucciones sobre el uso del fusil y el funcionamiento de la jaula. Te proporcionarán todos los datos de que disponemos acerca de la hora y el lugar. El punto exacto se llamaba Hudson's Field, una pequeña comunidad en las afueras de Denver, Colorado. Ocurrió en mil novecientos sesenta. Y no lo olvides..., sólo podrás identificarlo mediante este cráneo. Advertirás características visibles en los dientes delanteros, especialmente en el incisivo izquierdo...

Conger escuchaba sin prestarle mucha atención. Observó cómo dos hombres vestidos de blanco introducían cuidadosamente la calavera en una bolsa de plástico. La ataron y la pusieron en la jaula de cristal.

—¿Y si me equivoco?

—¿Matando a otro? Sigues buscando. No vuelvas hasta encontrar a ese Fundador. Y no esperes a que abra la boca; ¡tienes que impedirlo! Adelántate. No te arriesgues; dispara en cuanto creas que lo has encontrado. Es probable que se trate de un forastero en la zona. Parece ser que nadie le conocía.

Conger continuaba absorto en sus pensamientos.

—¿Estás seguro de que no te falta nada? —preguntó el Portavoz.

—Sí, creo que sí.

Conger entró en la jaula de cristal y se sentó con las manos al volante.

—Buena suerte —dijo el Portavoz—. Todos esperamos que triunfes. Existen algunas dudas filosóficas sobre si es posible o no alterar el pasado. Ahora obtendremos la respuesta de una vez por todas.

Conger palpó los controles de la jaula.

—Por cierto —advirtió el Portavoz—, no intentes utilizar esta jaula para otros propósitos que los mencionados. La controlamos constantemente. Si queremos que regrese, lo podemos hacer. Buena suerte.

Conger no dijo nada. Cerraron la jaula. Levantó un dedo y pulsó el control del volante. Lo giró poco a poco.

Estaba mirando todavía la bolsa de plástico cuando la sala se desvaneció.

No vio nada durante un largo período de tiempo, nada más allá del cristal de la jaula. Los pensamientos se atropellaban en su mente. ¿Cómo reconocería al hombre? ¿Cómo se aseguraba antes de actuar? ¿Qué aspecto tenía? ¿Cómo se llamaba? ¿Cómo se habría comportado antes de hablar? ¿Sería una persona vulgar o un extranjero chiflado?

Conger cogió el fusil Slem y lo apretó contra su mejilla. El metal era frío y liso. Lo movió para comprobar la mira. Era un fusil muy bello, la clase de fusil del que podía enamorarse. Ojalá lo hubiera tenido en el desierto marciano, en las largas noches que pasó aterido, acechando las cosas que se movían en la oscuridad...

Puso el fusil en el suelo y ajustó los contadores de la jaula. La niebla que daba vueltas en espiral empezó a condensarse y a consolidarse. Al instante se vio rodeado de formas que oscilaban y fluctuaban.

Colores, sonidos y movimientos se infiltraron a través del cristal. Desconectó los controles y se puso en pie.

Se encontraba sobre un promontorio que dominaba una pequeña ciudad. Era mediodía. Un aire fresco y vivificante acarició su rostro. Algunos automóviles se deslizaban por la carretera. Distinguió tierras cultivadas en la lejanía. Respiró intensamente y volvió a la jaula.

Examinó sus rasgos ante el espejo. Se había recortado la barba (no habían conseguido que se la afeitara) y lavado el pelo. Iba vestido a la moda de la

segunda mitad del siglo XX, con aquellos extravagantes cuellos, chaquetas y zapatos de piel de animal. Llevaba dinero de la época en el bolsillo. No necesitaba nada más. Excepto su habilidad y su instinto especial, aunque nunca los había utilizado en circunstancias semejantes.

Caminó por la carretera hacia la ciudad.

Lo primero que le llamó la atención fueron los periódicos. Día 5 de abril de 1961. No estaba muy lejos. Paseó la vista a su alrededor. Había una gasolinera, un garaje, algunos bares y una tienda de chucherías. Al final de la calle divisó una verdulería y algunos edificios públicos.

Pocos minutos después subió la escalera de la pequeña biblioteca pública y penetró en su cálido interior.

La bibliotecaria levantó la vista y sonrió.

—Buenos días —dijo.

Le devolvió la sonrisa sin atreverse a hablar; no utilizaría las palabras correctas y le denunciaría su acento extraño. Se acercó a una mesa y tomó asiento frente a una pila de revistas. Las hojeó unos instantes. Después volvió a ponerse de pie. Se dirigió hacia una gran librería apoyada en la pared. Los latidos de su corazón se aceleraron.

Periódicos..., semanas enteras. Cogió un montón, se los llevó a la mesa y empezó a estudiarlos rápidamente. La impresión era rara, las letras singulares. Desconocía algunas palabras.

Apartó los periódicos y fue a buscar más. Por fin encontró lo que buscaba. Se apoderó de la Cherrywood Gazette y la abrió por la primera página:

UN PRISIONERO SE AHORCA

Un hombre no identificado, arrestado en la oficina del sheriff del condado como sospechoso de sindicalismo criminal, fue encontrado muerto esta mañana por...

Finalizó el artículo. Era vago e inconsistente. Necesitaba más. Devolvió la Gazette a los estantes y, tras un momento de duda, abordó a la bibliotecaria.

—¿Más? —preguntó—. ¿Más periódicos? ¿Antiguos?

—¿Cuáles? —La mujer frunció el ceño—. ¿De qué año?

—De hace meses. Y... de antes.

—¿De la Gazette? Es el único que tenemos. ¿Qué quiere? ¿Qué está buscando? Quizá podría ayudarle.

Conger permaneció en silencio.

—Encontrará ejemplares más antiguos en las oficinas de la Gazette —dijo la mujer quitándose las gafas—. ¿Por qué no lo prueba? Aunque, si me lo dijera, quizá podría ayudarle...

Conger se marchó.

La oficina de la Gazette estaba en una calle lateral, de aceras resquebrajadas y agrietadas. Una estufa ardía en un rincón de la diminuta oficina. Un hombre corpulento se levantó y se acercó sin prisas al mostrador.

—¿Qué desea, señor?

—Periódicos antiguos. Un mes. O más.

—¿Para comprarlos? ¿Quiere comprarlos?

—Sí.

Sacó unos billetes. El hombre parpadeó.

—Claro —dijo—, claro. Espere un momento. —Salió corriendo de la habitación. Cuando volvió, se tambaleaba bajo el peso que transportaba, tenía la cara roja y sudorosa—. Aquí tiene algunos. Cogí lo que pude. Abarca todo el año. Y si quiere más…

Conger salió con los periódicos. Se sentó en el bordillo de la acera y los repasó.

Encontró lo que deseaba cuatro meses atrás, en diciembre. Era un artículo tan escueto que casi no reparó en él. Sus manos temblaban al leerlo. Utilizó un diccionario de bolsillo para algunos de los términos arcaicos.

HOMBRE ARRESTADO POR MANIFESTACIÓN PÚBLICA ILEGAL

Un hombre no identificado que rehusó dar su nombre fue detenido en Cooper Creek por agentes especiales de la oficina del sheriff, siguiendo órdenes del sheriff Duff. Dijeron que el hombre había sido descubierto recientemente en esta zona y vigilado de cerca.

Fue…

Cooper Creek. Diciembre de 1960. Su corazón latió con violencia. Era todo cuanto necesitaba saber. Se irguió con un estremecimiento y golpeó el frío suelo con los pies. El sol se había desplazado hasta el límite de las colinas. Sonrió. Ya había descubierto el lugar y el día exactos. Le bastaba con retroceder, quizá hasta noviembre, a Cooper Creek…

Caminó de vuelta atravesando el centro de la ciudad. Dejó atrás la biblioteca y la verdulería. No sería difícil; lo más difícil ya estaba hecho. Iría al pueblo, alquilaría una habitación y aguardaría la aparición del hombre.

Dobló una esquina. Una mujer cargada de paquetes salía por una puerta. Conger se desvió para dejarla pasar. La mujer le miró. Palideció de súbito. Clavó la vista en él con la boca abierta.

Conger se alejó a toda prisa. Miró por encima del hombro. ¿Qué le pasaba a la mujer? Aún seguía observándole; había soltado los paquetes. Conger caminó más rápido. Dobló otra esquina y subió por una calle lateral. Cuando miró atrás de nuevo vio que la mujer había llegado a la entrada de la calle. Se le unió un hombre y los dos corrieron hacia él.

Se escabulló y abandonó la ciudad en dirección a las colinas. Cuando llegó a la jaula se detuvo. ¿Qué había ocurrido? ¿Era su ropa, su indumentaria?

Reflexionó hasta que el sol se puso. Después entró en la jaula.

Conger se sentó ante el volante. Descansó un momento con las manos apoyadas en el mando de control. Luego giró el volante un pocos con la mirada atenta a los datos que le suministraban los medidores.

Un vacío gris le rodeó.

Pero no por mucho tiempo.

El hombre le miró con semblante crítico.

—Será mejor que entre. Hace frío.

—Gracias.

Conger atravesó agradecido el umbral y entró en la sala de estar. Una estufa de queroseno instalada en un rincón mantenía el ambiente cálido y acogedor. Una mujer gruesa e informe, que llevaba un vestido floreado, salió de la cocina. Ambos le examinaron atentamente.

—Se está bien aquí —dijo la mujer—. Soy la señora Appleton. Una buena temperatura, necesaria para esta época del año.

—Sí —asintió, mirando a su alrededor.

—¿Quiere comer con nosotros?

—¿Qué?

—¿Quiere comer con nosotros? —El hombre frunció las cejas—. No es usted extranjero, ¿verdad, señor?

—No —sonrió—. Nací en este país, muy al oeste.

—¿California?

—No —titubeó—. Oregon.

—¿Cómo es aquello? —preguntó la señora Appleton—. He oído decir que hay muchos árboles y pasto. Es tan seco esto. Yo provengo de Chicago.

—Esto es el Medio Oeste —explicó su marido—. No es usted un extranjero.

—No, Oregon forma parte de Estados Unidos —respondió Conger.

El hombre aprobó con aire ausente. Miraba la vestimenta de Conger.

—Un traje curioso, señor. ¿Dónde lo compró?

—Es un buen traje. —Conger se sentía desorientado. Se removió inquieto—. Si quiere, me iré.

Ambos levantaron las manos en ademán de protesta. La mujer sonrió.

—Hay que estar atento a esos rojos. Ya sabe que el gobierno no se cansa de advertírnoslo.

—¿Los rojos? —cada vez estaba más confundido.

—El gobierno dice que están por todas partes. Hemos de denunciar cualquier acontecimiento extraño o anormal, a cualquiera que no se conduzca con normalidad.

—¿Como yo?

—Bueno, no me parece que sea usted un rojo —dijo el hombre—, pero hay que ser precavido. El Tribuno dice…

Conger apenas escuchaba. Iba a ser más fácil de lo que pensaba. Descubriría al Fundador en cuanto hiciera acto de presencia. Esa gente, tan recelosa de todo lo diferente, murmuraría, correría la voz y pregonaría a los cuatro vientos el acontecimiento. Le bastaría con tener paciencia y los oídos atentos, sobre todo en la tienda del pueblo, o aquí mismo, en la pensión de la señora Appleton.

—¿Puedo ver la habitación? —preguntó.

—Desde luego. —La señora Appleton fue hacia la escalera—. Estaré encantada de enseñársela.

Subieron al piso superior. Hacía frío, pero no tanto como afuera. No tanto como en las noches de los desiertos marcianos. Lo agradeció vivamente.

Paseó por la tienda mirando las latas de verduras, los congelados de carnes y pescados, relucientes y limpios, que había en los estantes del frigorífico abierto.

Ed Davies se le acercó.

—¿Puedo ayudarle? —dijo.

El tipo iba vestido de una forma rara, ¡y llevaba barba! Ed no pudo reprimir una sonrisa.

—Nada —respondió el hombre con voz singular—. Sólo miraba.

—Claro —dijo Ed.

Volvió detrás del mostrador. La señora Hacket se acercó con su carrito.

—¿Quién es? —susurró, ocultando su rostro anguloso y moviendo la nariz como si olfateara algo—. Nunca le había visto.

—No lo sé.

—Me resulta extraño. ¿Por qué lleva barba? Nadie lleva barba. Debe de pasarle algo.

—A lo mejor le gusta llevar barba. Tenía un tío que...

—Espere. —La señora Hacket se puso rígida—. Ése..., ¿cómo se llamaba? El rojo..., aquel viejo. ¿No llevaba barba? Marx. Llevaba barba.

—Ése no es Karl Marx —rió Ed—. Una vez vi una fotografía.

—¿De veras? —La señora Hacket le miró con suspicacia.

—De veras —enrojeció un poco—. ¿Y qué?

—Me gustaría saber algo más de él. Creo que deberíamos saber más, por nuestro propio bien.

—¡Oiga, señor! ¿Quiere subir?

Conger se volvió al instante y bajó la mano hacia el cinturón. Se relajó. Eran dos jóvenes en un coche, un chico y una chica. Les dedicó una sonrisa.

—¿Subir? Claro.

Entró en el coche y cerró la puerta. Bill Willet puso en marcha el motor y el coche salió disparado hacia la autopista.

—Me gusta ir en coche —comentó Conger—. Iba de paseo hacia la ciudad, pero está más lejos de lo que pensaba.

—¿De dónde es usted? —preguntó Lora Hunt.

Era bonita, menuda y de piel tostada. Vestía un jersey amarillo y una falda azul.

—De Cooper Creek.

—¿Cooper Creek? —Bill frunció el ceño—. Qué raro. Nunca le había visto.

—Ah, ¿venís de allí?

—Nací allí. Conozco a todo el mundo.

—Me trasladé desde Oregon.

—¿Oregon? No sabía que la gente de Oregon tuviera ese acento.

—¿Tengo acento?

—Habla de una forma curiosa.

—¿Cómo?

—No lo sé. ¿No es verdad, Lora?

—Se come las palabras —sonrió Lora—. Hable más. Me interesan los dialectos.

Cuando hablaba descubría sus dientes inmaculadamente blancos. Conger sintió que se le encogía el corazón.

—Tengo un defecto en el habla.

—Oh. —Los ojos de la chica se abrieron de estupor—. Lo siento.

Ambos le miraron con curiosidad. Conger, por su parte, se estrujaba el cerebro para hallar la forma de hacerles preguntas sin parecer curioso.

—Creo que no viene mucha gente de fuera por aquí. Forasteros.

—No. —Bill meneó la cabeza—. No muchos.

—Apuesto a que soy el primero en mucho tiempo.

—Yo diría que sí.

—Un amigo mío... —Conger titubeó—, un conocido, me dijo que vendría. ¿Dónde creéis que podría...? —se interrumpió—. ¿Quién podría haberle visto? ¿A quién podría preguntar para no dejar de verle cuando venga?

—Basta con mantener los ojos abiertos. Cooper Creek no es muy grande.

—No, es verdad.

Siguieron el viaje en silencio. Conger observó el perfil de la chica. Probablemente, sería la novia del chico, o su esposa provisional. ¿Habrían adoptado ya el método del matrimonio provisional? No pudo recordarlo. Pero seguro que una chica tan atractiva de esa edad ya tendría un amante; aparentaba unos dieciséis años. Algún día se lo preguntaría, si la volvía a ver.

Conger paseó al día siguiente por la calle principal de Cooper Creek. Pasó frente a la tienda, las dos gasolineras y la oficina de Correos. En la esquina había el bar.

Se paró. Lora estaba dentro, hablando con el dependiente. Reía y se balanceaba atrás y adelante.

Conger empujó la puerta. Una bocanada de aire caliente le azotó el rostro. Lora bebía un batido de chocolate caliente con nata. Alzó la mirada sorprendida cuando él se sentó en la silla contigua.

—Perdone. ¿La molesto?

—No. —La chica agitó la cabeza. Tenía los ojos grandes y negros—. De ninguna manera.

—¿Qué desea? —le preguntó el empleado.

—Lo mismo que la señorita.

Lora miraba a Conger con los brazos cruzados y los codos apoyados en el mostrador. Le sonrió.

—Por cierto, aún no sabe mi nombre. Lora Hunt.

Ella le tendió la mano. Conger la tomó torpemente, sin saber qué hacer exactamente con ella.

—Mi nombre es Conger.

—¿Conger? ¿Es el nombre o el apellido?

—¿El nombre o el apellido? —vaciló—. El apellido. Omar Conger.

—¿Omar? —rió Lora—. Como el poeta, Omar Khayyam.

—No le conozco. No sé mucho de poetas. Restauramos muy pocas, obras de arte. Sólo la Iglesia se ha interesado lo suficiente...

Cesó de hablar. Ella le miraba fijamente. Conger se sonrojó.

—En el lugar de donde vengo.

—¿La iglesia? ¿A qué iglesia se refiere?

—La Iglesia.

Estaba confuso. Le sirvieron el chocolate y lo bebió a grandes sorbos, agradecido. Lora no apartaba la vista de él.

—Es usted muy extraño. No le gustó a Bill, pero a Bill no le gusta nada que sea diferente. Es tan..., tan prosaico. ¿No cree que cuando una persona se hace mayor debería... tener unas miras más amplias?

Conger asintió con un gesto.

—Dice que los extranjeros deberían quedarse en su tierra, no venir aquí. Aunque usted no es extranjero. Se refiere a los orientales.

Conger volvió a asentir.

La puerta se abrió a sus espaldas. Bill entró. Les miró.

—Vaya —dijo.

Conger se volvió.

—Hola.

—Vaya. —Bill se sentó—. Hola, Lora. —Miraba a Conger—. No esperaba verle otra vez.

Conger se puso tenso. Sentía la hostilidad del chico.

—¿Le disgusta?

—No, no especialmente.

Se hizo un silencio. Bill se dirigió a Lora.

—Bueno, vámonos.

—¿Irnos? —preguntó asombrada—. ¿Por qué?

—¡He dicho que nos vamos! —La cogió de la mano—. Vamos, el coche está afuera.

—¡Caramba, Bill Willet, estás celoso!

—¿Quién es ese tipo? —preguntó Bill—. ¿Qué sabes de él? Mírale, y mira esa barba...

—¿Y qué? —Los ojos de la chica llamearon de cólera—. ¡Sólo porque no conduce un Packard y vive en Cooper High!

Conger examinó al muchacho. Era alto..., alto y fuerte. Probablemente, formaría parte de alguna organización cívica parapolicial.

—Lo siento —dijo—. Me voy.

—¿Qué asuntos le han traído a la ciudad? —preguntó Bill—. ¿Qué hace aquí? ¿Por qué mariposea alrededor de Lora?

Conger miró a la chica y se encogió de hombros.

—Da igual. Ya nos veremos.

Se volvió. Y se inmovilizó. Bill se había movido. Los dedos de Conger volaron hacia el cinturón. «Sólo media descarga —se dijo—. Nada más. Sólo media descarga.»

Apretó. El local se tambaleó a su alrededor. Iba protegido por el forro de su traje, el revestimiento plástico interno.

—Dios mío...

Lora levantó las manos. Conger soltó una palabrota. No deseaba que a ella le sucediera nada, pero se le pasaría. Sólo había utilizado medio amperio. Producía un hormigueo.

Un hormigueo y parálisis.

Salió por la puerta sin mirar atrás. Había llegado casi a la esquina cuando Bill se asomó lentamente, oscilando como un borracho. Conger se fue.

Mientras Conger caminaba por la noche, inquieto, una forma surgió ante él. Se detuvo y contuvo el aliento.

—¿Quién es? —preguntó una voz de hombre.

Conger aguardó, tenso.

—¿Quién es? —repitió el hombre.

Agitó algo en la mano. Se encendió una luz. Conger avanzó.

—Soy yo.

—¿Quién es «yo»?

—Mi nombre es Conger. Resido en la pensión de los Appleton. ¿Quién es usted?

El hombre se aproximó con parsimonia. Llevaba una chaqueta de cuero. Una pistola colgaba de su cintura.

—Soy el sheriff Duff. Me parece que usted es la persona con la que quería hablar. ¿No estaba hoy en Bloom's, hacia las tres?

—¿Bloom's?

—El bar. Donde los chicos van a holgazanear.

Duff enfocó la linterna en su rostro. Conger parpadeó.

—Aparte ese aparato.

Una pausa.

—Muy bien. —La luz iluminó el suelo—. Usted estaba allí. Hubo una pelea entre usted y el chico de los Willet, ¿no es así? Discutieron sobre esa chica...

—Sí, discutimos —dijo cautelosamente Conger.

—¿Y qué sucedió después?

—¿Por qué?

—Digamos que soy curioso. Dicen que usted hizo algo.

—¿Hice algo? ¿Qué?

—No lo sé, es lo que trato de averiguar. Vieron un destello, y parece que ocurrió algo. Perdieron el conocimiento. No se podían mover.

—¿Cómo se encuentran?

—Bien.

Hubo un silencio.

—¿Y bien? —inquirió Duff—. ¿Qué fue? ¿Una bomba?

—¿Una bomba? —rió Conger—. No, mi mechero ardió. Había un escape y el gas se inflamó.

—¿Por qué se desmayaron todos?

—Las emanaciones.

Silencio. Conger se agitó, impaciente. Sus dedos se deslizaron hacia el cinturón. El sheriff bajó la vista y gruñó.

—Si usted lo dice... De todas maneras, tampoco sufrieron grandes daños. —Retrocedió unos pasos—. Y, además, ese Willet es un camorrista.

—Entonces, buenas noches —dijo Conger.

Pasó por delante del sheriff.

—Una cosa más, señor Conger, antes de que se vaya. No le importará que compruebe sus documentos de identidad, ¿verdad?

—No, desde luego que no.

Conger metió la mano en el bolsillo y sacó el billetero. El sheriff lo cogió y alumbró con la linterna. Conger le observó sin pestañear. Habían dedicado un arduo trabajo al billetero, examinando documentos históricos, reliquias de la época, todos los papeles que consideraron importantes.

Duff se lo devolvió.

—Muy bien. Siento haberle molestado.

Cuando Conger llegó a la casa, encontró a los Appleton sentados frente al televisor. No levantaron la vista para saludarle. Se apoyó en el marco de la puerta.

—¿Puedo preguntarles algo? —La señora Appleton ladeó la cabeza al instante—. ¿Puedo preguntarles... cuál es la fecha?

—¿La fecha? El uno de diciembre.

—¡El uno de diciembre! ¡Caramba, si estábamos en noviembre!

Ambos le miraron. De pronto, recordó. En el siglo veinte aún utilizaban el viejo sistema de los doce meses. Diciembre seguía a noviembre. Entre los dos no existía cuartiembre.

Tragó saliva. ¡Sería mañana! ¡El dos de diciembre! ¡Mañana!.

—Gracias —dijo—. Muchas gracias.

Subió la escalera. Qué idiota había sido al olvidarse. El Fundador: había sido arrestado el dos de diciembre, según los periódicos. Mañana, dentro de doce horas, el Fundador aparecería para hablar a la gente, y más tarde sería encerrado en una celda.

El día era cálido y luminoso. Los zapatos de Conger hacían crujir la capa de nieve helada. Avanzó entre los árboles cubiertos por un manto blanco. Subió una colina y bajó por la otra ladera, apresurando el paso.

Se detuvo y echó un vistazo alrededor. Todo estaba en silencio. No se veía a nadie. Sacó una varilla de su cintura y giró un mando. Por un momento no sucedió nada. Luego brilló un débil resplandor en el aire.

La jaula de cristal apareció y descendió lentamente. Conger suspiró. Se alegró de verla otra vez. Después de todo, era su único medio de regresar.

Subió al promontorio. Paseó la vista, satisfecho, con los brazos en jarras. Hudson's Field se extendía hasta el inicio de la ciudad. Se veía desnudo y plano, cubierto de una fina película de nieve.

Aquí vendría el Fundador. Aquí les hablaría. Y aquí le detendrían las autoridades.

Sólo que moriría antes de que llegaran. Moriría antes de hablar.

Conger volvió al globo de cristal. Abrió la puerta y entró. Cogió el fusil Slem del estante y colocó el cerrojo en la posición correcta. Estaba preparado para disparar. Reflexionó un instante. ¿Se lo llevaría?

No. Faltaban horas para que el Fundador llegara. ¿Qué pasaría si tropezaba con alguien? Cuando viera al Fundador irrumpir en el campo, iría a buscar el fusil.

Conger miró el estante. Allí estaba el paquete. Lo bajó y lo desenvolvió.

Tomó la calavera entre sus manos y le dio la vuelta. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Al fin y al cabo, era la calavera de un hombre, la calavera del Fundador, que aún seguía con vida, que llegarla dentro de poco, que se pararía en el campo a pocos metros de distancia.

¿Qué pasaría si pudiera ver su propio cráneo, amarillento y corroído? Doscientos años de edad. ¿Osaría hablar? ¿Osaría hablar después de verlo, el viejo y sonriente cráneo? ¿Qué le diría a la gente? ¿Qué mensaje aportaría?

¿Qué acto no sería inútil después de ver la propia, marchita calavera? Lo mejor sería gozar de la vida mientras aún quedara tiempo.

Un hombre que pudiera sostener su propia calavera entre las manos creería en muy pocas causas, en muy pocos movimientos. Tal vez llegara a predicar lo contrario...

Un sonido. Conger depositó la calavera en el estante y asió el fusil. Algo se movía afuera. Fue hacia la puerta rápidamente, el corazón le latía con furia. ¿Era él? ¿Era el Fundador, que vagaba aterido en busca de un lugar donde poder hablar? ¿Meditaba sobre sus palabras, escogía sus frases?

¡Si pudiera ver lo que Conger había sostenido!

Abrió la puerta con el fusil levantado.

¡Lora!

La miró. Llevaba una chaqueta de lana y botas. Hundía las manos en los bolsillos. Exhalaba nubes de vapor por la boca y la nariz. Su pecho subía y bajaba.

Se miraron en silencio. Por fin, Conger bajó el fusil.

—¿Qué ocurre? ¿Qué hace aquí?

Ella señaló con el dedo. Le resultaba difícil hablar. Conger frunció el ceño; ¿qué le pasaba a la chica?

—¿Qué ocurre? ¿Qué quiere? —Miró hacia donde ella señalaba con el dedo—. No veo nada.

—Vienen.

—¿Quiénes? ¿Quién viene?

—La policía. El sheriff llamó anoche a la policía estatal para que enviaran coches. Lo tienen todo rodeado. Bloquean las carreteras. Vienen unos sesenta. Algunos de la ciudad, otros de más lejos. —Se calló y con tuvo el aliento—. Dijeron..., dijeron...

—¿Qué?

—dijeron que usted es una especie de comunista. Dijeron...

Conger entró en la jaula. Colocó el fusil en el estante y salió de nuevo. Se acercó a la chica.

—Gracias. ¿Vino a decírmelo? ¿No lo cree?

—No lo sé.

—¿Vino sola?

—No, Joe me acompañó en su camión desde la ciudad.

—¿Joe? ¿Quién es?

—Joe French. El fontanero. Es amigo de papá.

—Vámonos.

Fueron hacia el campo a través de la nieve. El pequeño camión estaba aparcado a mitad de camino. Un hombre bajo y robusto aguardaba sentado detrás del volante, fumando en pipa. Se irguió en cuanto les vio venir.

—¿Es usted el tipo en cuestión? —preguntó.

—Sí. Gracias por avisarme.

—No sé nada de eso. Lora dice que usted es un buen hombre. Tal vez le interese saber que están llegando más policías. No es una advertencia... Simple curiosidad.

—¿Más?

Conger miró en dirección a la ciudad. Formas negras se abrían paso entre la nieve.

—Gente de la ciudad. Es imposible que nadie deje de enterarse en una pequeña ciudad. Todos escuchamos la emisora de la policía; oyeron lo mismo que Lora. Alguien la sintonizó, divulgó la noticia...

Se encogió de hombros.

Las formas aumentaban de tamaño. Conger divisó unos cuantos: Bill Willet, seguido de algunos compañeros de la escuela. Los Appleton renqueaban a prudente distancia.

—También Ed Davis —murmuró Conger.

El tendero avanzaba penosamente hacia el campo acompañado de tres o cuatro ciudadanos.

—La curiosidad les matará —comentó French—. Bueno, creo que volveré a la ciudad. No quiero que llenen mi camión de agujeros. Vamos, Lora.

La joven miraba a Conger con los ojos abiertos de par en par.

—Vamos —repitió French—, larguémonos. Sabe que no puede seguir parado ahí. ¿verdad?

—¿Por qué?

—Habrá un tiroteo. Por eso se juntaron todos, para verlo. Lo sabe, ¿eh, Conger?

—Sí.

—¿Tiene un fusil? ¿O le da igual? —French esbozó una sonrisa—. Ya han capturado a otros. No se sentirá solo.

¡Por supuesto que no le daba igual! Debía quedarse en el campo. No podía permitir que arrestaran al Fundador. Aparecería en cualquier momento.

¿Sería alguno de los ciudadanos, agazapado silenciosamente al borde del campo, esperando, esperando?

O quizá era Joe French, o uno de los policías. Cualquiera podría sentir el impulso de hablar. Y las pocas palabras que se pronunciaran ese día gravitarían como una losa durante mucho tiempo.

¡Conger debía estar presente cuando la primera palabra sonara en el aire!

—No me da igual —dijo—. Vuelva a la ciudad y llévese a la chica con usted.

Lora se sentó muy erguida junto a Joe French. El fontanero puso en marcha el motor.

—Míralos, acechando como buitres, a la espera de ver cómo matan a alguien —dijo.

El camión se alejó. Lora seguía sentada rígida y silenciosa, y además asustada. Conger les vio marchar, y luego se adentró en los bosques, hacia el promontorio.

Podía escapar, desde luego, en cuanto quisiera. Todo lo que debía hacer era entrar en la jaula de cristal y girar los mandos. Pero tenía una misión, una misión importante. Estaba obligado a quedarse.

Llegó a la jaula y abrió la puerta. Sacó el fusil del estante. El Slem se ocuparía de ellos. Lo graduó a la máxima potencia. La reacción en cadena los barrería a todos, a la policía, a esa gente sádica y morbosa…

¡No le atraparían! Antes morirían. El escaparía. Huida. Todos habrían muerto antes de que terminara el día, si tal era su deseo, y él…

Vio la calavera.

De pronto, bajó el fusil y cogió el cráneo. Lo giró. Miró los dientes. Fue a contemplarse en el espejo.

Mientras lo hacía alzó la calavera. La apretó contra su mejilla. El sonriente cráneo le miraba de soslayo, junto a su rostro, junto a su cráneo, apoyado en su carne palpitante.

Enseñó los dientes. Y comprendió.

Lo que sostenía era su propia calavera. Él era quien iba a morir. Él era el Fundador.

Al cabo de un rato soltó la calavera. Jugueteó con los controles unos minutos. Oyó el rugido de los motores que se aproximaban, las voces amortiguadas de los hombres. ¿Volvería al presente, donde le aguardaba el Portavoz? Podía escapar, por supuesto…

¿Escapar?

Se volvió hacia la calavera. Su calavera, amarillenta por el paso del tiempo. ¿Escapar? ¿Escapar, cuando acababa de sujetarla entre sus manos?

¿Qué ocurriría si retrocedía un mes, un año, diez, incluso cincuenta? El tiempo no existía. Había tomado chocolate en compañía de una chica nacida ciento cincuenta años antes que él. ¿Escapar? Sólo por un breve intervalo.

De todos modos, no podía realmente escapar, como tampoco lo había conseguido nadie, ni lo conseguiría nadie.

La única diferencia es que había sostenido en sus manos sus propios huesos, su propia calavera.

Ellos no.

Traspasó el umbral de la puerta y salió al campo con las manos vacías. Había un montón de gente al acecho, formando un grupo compacto, esperando. Confiaban en presenciar una lucha excitante. Se habían enterado del incidente en el bar.

Y había muchos policías..., policías con fusiles y gases lacrimógenos, apostados en las colinas y las lomas, entre los árboles, cada vez más cerca. La misma vieja historia de este siglo.

Un hombre le arrojó algo. Cayó a sus pies, en la nieve: una piedra. Sonrió.

—¡Vamos! —gritó otro—. ¿No tienes bombas?

—¡Tira una bomba! ¡Tú, el de la barba! ¡Tira una bomba!

—¡Que lo cojan!

—¡Tira unas cuantas bombas atómicas!

Estallaron en carcajadas. Él sonrió. Puso los brazos en jarras. Todos enmudecieron de súbito, al comprender que se disponía a hablar.

—Lo siento —dijo con humildad—. No tengo bombas. Se han equivocado.

Se elevó una nube de murmullos.

—Tengo un fusil —continuó—, un buen fusil. Diseñado por una ciencia mucho más avanzada que la vuestra. Pero no lo voy a utilizar.

El asombro se apoderó de los que escuchaban.

—¿Porqué no? —preguntó alguien.

Una anciana le observaba, algo apartada del grupo. Sintió un estremecimiento. La había visto antes. ¿Dónde?

Recordó. Aquel día que fue a la biblioteca. Se había cruzado con ella al doblar una esquina. Al verle, se había quedado estupefacta. Entonces no había comprendido la razón.

Conger sonrió entre dientes. Así que el hombre que ahora la aceptaba voluntariamente escaparía de la muerte. Los perseguidores se reían del hombre que tenía un fusil y no quería usarlo. Por un extraño capricho de la ciencia reaparecería dentro de pocos meses, después de que sus huesos se pudrieran bajo el suelo de una celda.

Y así, en cierta forma, escaparía de la muerte. Moriría, pero luego, al cabo de unos meses, resucitaría durante una tarde.

Una tarde. Suficiente para que le reconocieran, para que comprendieran que continuaba vivo, para saber que había vuelto a la vida.

Y después, por fin, nacería de nuevo, doscientos años más tarde. Pasados dos siglos.

Nacería otra vez, de hecho, en una pequeña ciudad comercial de Marte. Crecería, aprendería a cazar y a rastrear...

Un coche de la policía se acercó por el extremo del campo y se detuvo. La gente retrocedió unos metros. Conger levantó las manos.

—Os propongo una extraña paradoja —dijo—. Aquellos que tomen vidas perderán la suya. Aquellos que maten morirán. ¡Pero el que sacrifique su vida vivirá de nuevo!

Sonaron unas risas débiles, nerviosas. Los policías salieron del coche y caminaron en su dirección. Conger sonrió. Había dicho todo lo que quería decir. Estaba orgulloso de la sencilla paradoja que había creado. Ellos buscarían el significado, la recordarían.

Conger avanzó sonriente hacia una muerte anunciada.

LOS DEFENSORES

Taylor se reclinó en la silla para leer el periódico de la mañana. El calor de la cocina y el aroma a café se mezclaban con la tranquilidad de saber que aquel día no iría a trabajar. Estaba en su Período de Descanso, el primero durante mucho tiempo, y se sentía feliz. Pasó la página con un suspiro de satisfacción.

—¿Qué pasa? —preguntó Mary, de pie junto a la estufa.

—Arrasaron Moscú anoche —aprobó Taylor con un movimiento de cabeza—. Les dieron una buena paliza: una bomba—. Ya era hora.

Agitó la cabeza de nuevo; todo contribuía a su buen humor: el ambiente confortable de la cocina, la presencia de su atractiva esposa, la visión de los platos del desayuno y el café. A esto se le podía llamar reposo. Y, además, las noticias sobre la guerra eran buenas, buenas y satisfactorias. Le llenaban de orgullo: la satisfacción del deber cumplido. Después de todo, él era una parte integrante del programa de guerra, no un vulgar obrero de los que arrastran una carretilla cargada de cascotes, sino un técnico, uno de los que prevén y planifican la espina dorsal de la guerra.

—Dice que los nuevos submarinos son casi perfectos. Espera a que entren en acción. —Saboreó el éxito por adelantado—. Menuda sorpresa se llevarán los soviéticos cuando les empiecen a bombardear desde el fondo del mar.

—Están haciendo un trabajo magnífico —asintió Mary sin demasiada convicción—. ¿Sabes lo que vimos hoy? Nuestro equipo ha conseguido un plomizo para enseñárselo a los niños de la escuela. Lo vi un momento. Es estupendo que los niños vean el resultado de sus esfuerzos, ¿no crees?

Paseó la mirada a su alrededor.

—Un plomizo —murmuró Taylor. Bajó poco a poco el periódico—. Bien, pero conviene asegurarse antes de que haya sido descontaminado a conciencia. Es mejor no arriesgarse.

—Oh, siempre los bañan antes de bajarlos —dijo Mary—. No se les ocurriría hacerlo de otra forma. —Titubeó ante el impacto de un pensamiento—. Don, eso me recuerda...

—Lo sé —asintió él.

Adivinaba sus pensamientos. En los primeros días de la guerra, antes de que empezaran a evacuarlos de la superficie, habían visto un tren hospital que descargaba a los heridos, gente afectada por radiaciones atómicas. Recordaba su aspecto, la expresión de sus rostros, lo que quedaba de ellos. No fue un espectáculo agradable.

Fueron muchos los afectados antes de que se completara el traslado a los subterráneos. Y, como había muchos, no era difícil recordar.

Taylor miró a su esposa. Se había pasado los últimos meses pensando excesivamente en aquello. Claro que todos lo hacían.

—Olvídalo —dijo—, pertenece al pasado. Arriba sólo quedan los plomizos, y a ellos no les importa.

—Por eso mismo espero que tomen las suficientes precauciones cada vez que dejan bajar a uno. Imagina que aún siga radiactivo...

—Olvídalo —rió él, levantándose de la mesa—. Vivimos un momento maravilloso. Estaré en casa durante los dos próximos turnos. Mi única preocupación será descansar y tomarme las cosas con calma. Hasta podríamos ir al cine, ¿qué te parece?

—¿Al cine? ¿Crees que vale la pena? Estoy harta de ver destrucción y ruinas. A veces veo lugares que recuerdo, como San Francisco.

Bombardearon San Francisco, el puente se partió y cayó al agua. Me puse enferma. No me gusta ver esas cosas.

—¿No quieres saber lo que está pasando? Los seres humanos ya no sufren daños.

—¡Pero es horrible! No, Don, por favor —suplicó con el rostro contraído en un rictus de dolor.

Don Taylor recogió su periódico con expresión malhumorada.

—De acuerdo, pero no hay muchas cosas que hacer. Y no lo olvides, sus ciudades aún lo están pasando peor.

Ella asintió con un gesto. Taylor volvió las ásperas y delgadas páginas del periódico. Había perdido el buen humor. ¿Por qué se pasaba el tiempo lloriqueando? Tal como iban las cosas, no podían quejarse, sobre todo considerando que vivían bajo tierra, con un sol artificial y comida artificial. Por supuesto que era irritante no ver el sol, carecer de libertad de movimientos y contemplar siempre un paisaje de paredes metálicas, enormes y ruidosas fábricas, cuarteles y arsenales, pero era preferible a vivir en la superficie. Algún día se terminaría y regresarían. Nadie quería vivir así, pero era necesario.

Volvió la página con rabia, y el papel de mala calidad se rasgó. Maldita sea, el papel era cada vez peor, así como la impresión y la tinta amarillenta…

Bien, todo se destinaba a la guerra, ya debería saberlo. ¿Acaso no era uno de los cerebros?

Se autodisculpó y pasó a la otra habitación. La cama seguía sin hacer. Valdría la pena arreglarla antes de la inspección de las siete. Era un cubículo perfecto y…

El videófono zumbó. Se inmovilizó. ¿Quién sería? Volvió sobre sus pasos y estableció la comunicación.

—¿Taylor? —Un rostro se formó en la pantalla, un rostro ajado, grisáceo y ceñudo—. Soy Moss. Lamento molestarte durante tu Período de Descanso, pero ha ocurrido algo. —Agitó unos papeles—. Quiero que venga aquí ahora mismo.

—¿Qué pasa? ¿Tan urgente es? —Los tranquilos ojos grises le observaron, inexpresivos y fríos—. Si me necesita en el laboratorio, iré. Me pondré el uniforme…

—No, no hace falta. Y no vaya al laboratorio. Nos encontraremos en la segunda planta cuanto antes. Si utiliza el elevador rápido, llegará en media hora. Nos veremos allí.

La imagen se disipó.

—¿Quién era? —preguntó Mary desde el umbral de la puerta.

—Moss. Me necesita.

—Sabía que ocurriría.

—Bueno, de todas formas no te apetecía hacer nada. ¿Qué importa? —La amargura se transparentaba en su voz—. Siempre es lo mismo, día tras día. Te traeré algo. Subo a la segunda planta. Quizá me acerque lo bastante a la superficie como para…

—¡No! ¡No me traigas nada! ¡No deseo nada de la superficie!

—De acuerdo, no lo haré. Y no digas más tonterías.

Ella le miró calzarse las botas sin decir nada.

Moss le saludó y Taylor unió su paso al del anciano. Trenes de carga herméticamente cerrados ascendían sin cesar hacia la superficie por unas

rampas, y desaparecían por una abertura que comunicaba con la planta superior. Taylor contempló los vagones cargados de maquinarias tubulares, armas nuevas, sin duda. Decenas de obreros uniformados de gris se afanaban por todas partes, cargando, levantando y gritando. El ruido en la planta era infernal.

—Buscaremos un sitio para hablar —dijo Moss—. Aquí no puedo darle más detalles.

Tomaron un ascensor, mientras un montacargas se zambullía en el vacío con gran estrépito. Al cabo de un momento llegaron a una plataforma de observación situada junto al Tubo, el amplio túnel que conducía a la superficie, a quinientos metros apenas de sus cabezas.

—¡Dios mío! —exclamó Taylor, mirando sin querer hacia abajo—. ¡Qué caída!

—No mire —rió Moss.

Abrió una puerta y entraron en un despacho. Un oficial de Seguridad Interna estaba sentado tras un escritorio.

—Enseguida estoy contigo, Moss —estudió a Taylor con una mirada—. Habéis llegado pronto.

—El comandante Franks —informó Moss a Taylor— fue el primero en hacer el descubrimiento. Yo me enteré anoche. —Indicó un envoltorio que sostenía bajo el brazo—. Lo he traído conmigo.

Franks frunció el ceño y se puso en pie.

—subamos a la primera planta. Discutiremos allí.

—¿A la primera planta? —repitió Taylor, nervioso. Los tres se introdujeron en un pequeño ascensor al que conducía un pasillo lateral—. Nunca he estado arriba. ¿Todo va bien? No es radiactivo, ¿verdad?

—Usted es como todos —dijo Franks—. Cuentos de viejas. Las radiaciones no alcanzan la primera planta. Está blindada con piedra y plomo, y todo lo que desciende por el Tubo se limpia.

—¿Cuál es la naturaleza del problema? —preguntó Taylor—. Me gustaría saber algo más.

—Espere un momento.

Subieron en el ascensor. Desembocaron en un vestíbulo abarrotado de soldados, armas y uniformes. Taylor parpadeó, sorprendido. ¡Así que esto era la primera planta, el nivel subterráneo más próximo a la superficie! A continuación sólo había piedra, piedra y plomo, y los enormes tubos que se alzaban como madrigueras de gusanos. Piedra y plomo, y en el extremo de los tubos, más arriba, se abría la vasta extensión que ningún ser humano había visto en los últimos ocho años, las ruinas sin fin que una vez habían sido la cuna del hombre, el lugar en el que Taylor vivía ocho años atrás.

La superficie era ahora un desierto mortífero, un desierto de escoria y nubes que vagaban de un sitio a otro ocultando el sol rojo. En ocasiones, algo metálico se movía entre los restos de una ciudad, cruzando la tierra torturada de los campos. Un plomizo, un robot de superficie, inmune a las radiaciones, construido a toda prisa antes de que la guerra alcanzara su punto culminante.

Los plomizos, criaturas que podían sobrevivir allí donde la vida era imposible, se movían sobre la tierra, surcaban los océanos y los cielos, figuras de metal y de plástico que libraban una guerra concebida por los hombres, que ahora se veían imposibilitados de luchar entre sí. Los seres humanos habían inventado la guerra, inventado y fabricado las armas,

incluso los figurantes, los luchadores, los actores de la guerra. Sin embargo, sólo podían asistir como espectadores. Ningún ser humano poblaba la capa de la tierra, ni en Rusia, ni en Europa, ni en América, ni en África. Vivían bajo la superficie, en refugios sepultados a gran profundidad que habían sido diseñados y construidos cuidadosamente cuando cayeron las primeras bombas.

Fue una brillante idea; de hecho, la única idea plausible. Los plomizos recorrían la devastada superficie de lo que una vez había sido un planeta vivo y combatían en lugar de los hombres. Y bajo la superficie, en las entrañas del planeta, los seres humanos trabajaban incansablemente para fabricar las armas imprescindibles para continuar la contienda, mes tras mes, año tras año.

—Primera planta —anunció Taylor con cierto malestar—. Casi hemos llegado a la superficie.

—Aún no —dijo Moss.

Franks les guió entre los soldados hacia el borde del túnel.

—Dentro de pocos minutos, un ascensor bajará algo de la superficie —explicó—. Ha de saber, Taylor, que de vez en cuando Seguridad examina e interroga a un plomizo de la superficie para confirmar algunas cosas. No podemos conformarnos con la simple información televisada, necesitamos también entrevistas en directo. Los plomizos ejecutan su tarea de forma satisfactoria, pero queremos asegurarnos de que todo funciona según nuestras previsiones.

»El ascensor bajará a un plomizo de clase A. En la sala contigua hay una cámara de entrevistas con una placa de plomo en el centro, a fin de evitar que los interrogadores se vean expuestos a radiaciones. Es más sencillo que bañar al plomizo. No lo entretendremos mucho, pues debe volver a su trabajo.

»Hace dos días interrogamos a un plomizo de clase A. Yo mismo dirigí la sesión. Estábamos muy interesados en una nueva arma de los soviéticos, una mina automática que persigue cualquier objeto en movimiento. Los militares nos dieron instrucciones para obtener todo tipo de información sobre la mina.

»El plomizo nos proporcionó ciertos datos, así como las habituales películas e informes. Luego le ordenamos que volviera a la superficie. Cuando se dirigía hacia el ascensor, sucedió algo extraño. Creo que...

Franks se interrumpió. Una luz roja parpadeaba.

—El ascensor ha llegado. —Hizo un gesto a los soldados—. Vamos a la cámara. El plomizo se reunirá con nosotros dentro de un momento.

—Un plomizo de clase A —murmuró Taylor—. He visto entrevistas en los noticiarios.

—Es una experiencia fascinante —observó Moss—. Son casi humanos.

Se introdujeron en la cámara y tomaron asiento tras el muro de plomo. Una señal luminosa relampagueó, y Franks movió las manos.

Se abrió la puerta que había detrás del muro. Taylor miró a través de su rendija de observación. Una esbelta figura metálica avanzó con lentitud, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, hasta situarse al otro lado del muro de plomo. Permaneció de pie, esperando.

—Nos interesa saber una cosa —dijo Franks—. Antes de que empiece el interrogatorio, ¿tiene algo especial que comentar sobre la situación en la superficie?

Librodot

—No. La guerra continúa. —La voz del plomizo era automática e inexpresiva—. Necesitamos más aviones de persecución individuales. Podríamos utilizar...

—Lo sabemos, pero hay otros asuntos más importantes. Nos comunicamos con usted sólo por televisión, puesto que jamás subimos a la superficie. Dependemos de aseveraciones que no podemos comprobar. Algunos miembros de la cúpula dirigente empiezan a pensar que hay demasiado margen de error.

—¿Error? —preguntó el plomizo—. ¿De qué tipo? Confirmamos todos nuestros informes antes de enviarlos. Mantenemos un contacto constante con ustedes; transmitimos cualquier dato, por insignificante que sea. Las armas que vemos emplear al enemigo...

—Lo sé —se impacientó Franks —pero quizá valdría la pena que lo comprobáramos por nosotros mismos. ¿Hay alguna zona limpia de radiaciones lo bastante amplia como para que una patrulla de hombres ascienda a la superficie? Equipados con trajes de plomo, ¿sobrevivirían para examinar la situación y obtener una información directa?

La máquina vaciló antes de responder.

—Lo dudo. Tomen muestras de aire y decídanlo. Desde que bajaron Hace ocho años las condiciones han empeorado. No tienen ni idea de lo que sucede arriba. Cada vez es más difícil que un objeto móvil sobreviva mucho tiempo. Existen proyectiles sensibles al movimiento. La nueva mina no sólo reacciona ante los movimientos, sino que persigue al objeto hasta darle alcance. Y no hay ninguna zona libre de contaminación.

—Entiendo. —Franks se volvió hacia Moss con los ojos entornados—. Bien, esto es lo que quería saber. Ya se puede ir.

La máquina se dirigió a la salida, pero antes de llegar se detuvo.

—Cada mes aumenta la cantidad de partículas letales en la atmósfera. El ritmo de la guerra...

—Lo sé. —Franks se levantó. Extendió la mano y Moss le entregó el envoltorio—. Antes de que se vaya, quiero que examine un nuevo tipo de metal blindado. Le pasaré una muestra por el conducto de comunicación.

Franks depositó el paquete en el conducto. El mecanismo se puso en marcha y lo trasladó al otro lado. El plomizo lo cogió, lo desenvolvió y sostuvo la plancha metálica en sus manos para examinarla.

De pronto, quedó inmóvil.

—Perfecto —dijo Franks.

Empujó el muro con el hombro y una sección se deslizó a un lado. Taylor tragó saliva: ¡Franks y Moss corrían hacia el plomizo!

—¡Dios mío! ¡Tengan cuidado, es radiactivo!

El plomizo continuaba paralizado, aferrando el metal. Los soldados irrumpieron en la cámara. Rodearon al plomizo y recorrieron su cuerpo con un contador.

—Muy bien, señor —informó uno de ellos a Franks—. Está más frío que una noche de invierno.

—Estupendo. Estaba seguro, pero no quería arriesgarme.

—Como ve —dijo Moss a Taylor—, este plomizo ya no es radiactivo, a pesar de que vino directamente de la superficie y no fue descontaminado.

—¿Cómo se lo explica? —preguntó Taylor.

—Quizá sea un accidente —dijo Franks—. Siempre hay la posibilidad de que un objeto en concreto se salve de las radiaciones. Pero es la segunda vez que sucede, según nuestras noticias. Tal vez haya habido más.

¿La segunda vez?

—Nos dimos cuenta en la entrevista anterior. El plomizo no era radiactivo. Estaba tan frío como éste.

Moss recuperó la placa metálica de manos del robot. Posó la mano sobre la superficie y la colocó de nuevo entre los rígidos y obedientes dedos.

—Decidimos engañar a éste para comprobarlo directamente. Se recobrará dentro de un momento. Será mejor que nos parapetemos tras el muro.

Retrocedieron, y el muro de plomo se cerró a sus espaldas. Los soldados abandonaron la cámara.

—Dentro de dos períodos —dijo Franks—, una patrulla estará dispuesta para subir a la superficie. Subiremos en el Tubo protegidos con trajes especiales... El primer grupo de hombres que pisará la tierra después de ocho años.

—Quizá nos engañemos —dijo Moss—, pero lo dudo. Algo extraño está pasando. El plomizo nos dijo que ninguna forma de vida podía existir en la superficie sin arriesgarse a perecer abrasada. Las piezas no encajan.

Taylor asintió con un gesto. Miró por la rendija de observación a la figura de metal inmóvil. El plomizo comenzaba a moverse. Diversas partes de su estructura estaban melladas y torcidas, ennegrecidas y chamuscadas. Había servido en la superficie durante mucho tiempo; había sido testigo de la guerra y de la destrucción, una destrucción tan enorme que nadie era capaz de imaginar su alcance. Deambulaba por un mundo contaminado y muerto, un mundo en el que la vida era imposible.

¡Y Taylor lo había tocado!

—Usted vendrá con nosotros —le espetó Franks—. Quiero que nos acompañe; iremos los tres.

Mary le miró con expresión compungida y temerosa.

—Lo sé. Vas a ir a la superficie, ¿verdad?

Ella le siguió hasta la cocina. Taylor se sentó sin atreverse a decir nada.

—Es un proyecto secreto —esquivó—. No puedo decirte nada.

—No hace falta. Lo sé. Lo supe desde el momento en que entraste. Vi algo en tu rostro, algo que no veía desde hacía mucho tiempo.

Se acercó, tomó el rostro de Taylor entre sus manos temblorosas y le obligó a mirarla. Sus ojos brillaban, febriles.

—Pero ¿por qué tú? Nadie puede vivir ahí arriba. ¡Lee, lee esto!

Le arrebató el periódico y lo desplegó frente a él.

—Mira esta fotografía: América, Europa, Asia, África..., un montón de ruinas. Lo vemos cada día en los noticiarios. Todo destruido, contaminado. Ahí es donde te envían. ¿Por qué? Ni siquiera la hierba crece. La superficie está arrasada, ¿no? ¿O no?

—Es una orden. —Taylor se levantó—. Desconozco los motivos. Debo unirme a una patrulla de reconocimiento, es lo único que sé.

Estuvo mucho rato de pie, mirando a la lejanía. Después recuperó el periódico y lo examinó a la luz de la lámpara.

—Parece real —murmuró—. Ruinas, escoria, destrucción. Es muy convincente. Informes, fotografías, películas, muestras de aire. Sin embargo, nunca hemos subido a comprobarlo...

—¿De qué estás hablando?

—De nada —dejó caer el periódico—. Me iré en cuanto termine el próximo Período de Sueño. Vámonos a la cama.

—Haz lo que quieras —se resignó Mary, con las facciones crispadas—. Ojalá subiéramos todos para morir de una vez, en lugar de ir muriendo lentamente como gusanos.

Taylor nunca había percibido la amargura de Mary. ¿Qué sentían los demás? ¿Qué sentían los obreros que trabajaban día y noche en las fábricas? ¿Qué sentían esos pálidos y encorvados hombres y mujeres que se esforzaban penosamente, parpadeando bajo la luz incolora, comiendo productos sintéticos...?

—No te lo tomes así —acertó a decir.

—Me lo tomo así porque sé que nunca volverás. —le dio la espalda—. La última vez que te vea será cuando salgas por la puerta.

—¿Por qué? ¿Cómo puedes decir algo semejante?

Ella no respondió.

Le despertó el ruido de los altavoces exteriores, que pregonaban las últimas noticias.

«¡Boletín especial! ¡El ejército de superficie informa de un masivo ataque soviético con armas desconocidas! ¡Retirada de posiciones clave! ¡Que todos los trabajadores se dirijan a las fábricas cuanto antes!»

Taylor se frotó los ojos. Saltó de la cama y se precipitó al videófono para comunicar con Moss.

—Escuche, ¿sabe algo de ese ataque? ¿Abandonamos el proyecto?

Veía el escritorio de Moss cubierto de informes y documentos.

—No —respondió Moss —todo sigue igual. Venga en seguida.

—Pero...

—No me discuta. —Moss arrugó furiosamente un puñado de informes—. Todo es una farsa. ¡Muévase!

Cortó la comunicación. Taylor, confundido y rabioso, se vistió a toda prisa.

Se apeó del coche media hora más tarde y subió corriendo la escalera del edificio de Productos Sintéticos. Hombres y mujeres se apresuraban por los pasillos. Entró en el despacho de Moss.

—Ya era hora —dijo Moss, que se levantó al instante—. Franks nos espera en el punto de salida.

Subieron en un vehículo de Seguridad. Hizo sonar la sirena y los obreros se apartaron a su paso.

—¿Qué sabe del ataque? —preguntó Taylor.

Moss encogió los hombros.

—Estamos seguros de que les hemos obligado a actuar prematuramente. Les hemos sacado ventaja.

Descendieron en la conexión con el Tubo, y un momento después se elevaban a gran velocidad hacia la primera planta.

Irrumpieron en un escenario pleno de actividad. Soldados embutidos en trajes de plomo corrían en todas direcciones, se gritaban unos a otros y se pasaban fusiles e instrucciones.

Taylor miró atentamente a uno de ellos. Iba armado con la temible pistola Bender, un modelo recién salido de la línea de montaje. Algunos de los soldados parecían muy asustados.

—Espero que no cometamos ningún error —murmuró Moss.

Franks fue a su encuentro.

—El plan consiste en que primero subiremos nosotros tres, y los soldados nos seguirán pasado un cuarto de hora.

—¿Qué les diremos a los plomizos? —preguntó Taylor, preocupado—. ¿Lo han pensado?

—Queremos presenciar el próximo ataque soviético. —Sonrió Franks con ironía—, pues parece que va en serio.

—¿Y luego, qué?

—Dependerá de ellos. Vamos.

Un pequeño ascensor impulsado por émbolos antigravitatorios se elevó hasta la superficie. Taylor miraba abajo de vez en cuando. La distancia aumentaba a cada instante. Sudaba dentro de su traje y agarraba la pistola Bender con dedos inexpertos.

¿Por qué le habían elegido a él? Pura casualidad. Moss le había pedido que se incorporara al departamento. Después, Franks le enroló sin pensar. Y ahora iban camino de la superficie a velocidad vertiginosa.

Un pánico profundo, cultivado a lo largo de ocho años, se infiltró en su mente. Contaminación, una muerte cierta, un mundo devastado y mortífero...

Taylor se sujetó a las barandillas del ascensor y cerró los ojos. Ya faltaba poco. Eran los primeros seres vivos en remontar la primera planta, en prescindir de la protección de plomo y piedra. Le sacudían oleadas de horror. Todos sabían que se dirigían hacia la muerte. Lo habían visto miles de veces en las películas: las ciudades, las nubes radiactivas...

—Ya queda poco —indicó Franks—. Estamos llegando. No nos espera nadie en la torre de superficie; di órdenes de que no se enviara ninguna señal.

El ascensor ascendía con gran estrépito. A Taylor le daba vueltas la cabeza; apretó con fuerza los ojos. Arriba, arriba...

El ascensor frenó. Abrió los ojos.

Se hallaban en una amplia caverna iluminada con focos fluorescentes, atestada de equipos y maquinaria alineados en filas interminables. Los plomizos trabajaban en silencio, conduciendo camionetas y carretillas.

—Plomizos —observó Moss, pálido—. No cabe duda de que estamos en la superficie.

Los plomizos trasladaban de un sitio a otro fusiles, piezas, municiones y suministros enviados a la superficie. Ésta era una de las numerosas estaciones de recepción; cada tubo tenía la suya.

Taylor miró nerviosamente a su alrededor. De modo que era cierto: habían llegado a la superficie, donde se disputaba la guerra.

—Vamos. Un guardia de la clase A nos espera.

Bajaron del ascensor: un plomizo sé acercó rápidamente. Se detuvo ante ellos y les examinó con su arma preparada.

—Pertenezco a Seguridad —declaró Franks—. Que se presente un clase A al instante.

El plomizo vaciló. Otros guardias de clase B se aproximaban, alarmados y vigilantes. Moss echó un vistazo alrededor.

—¡Obedezca! —gritó Franks—. ¡Acaba de recibir una orden!

El plomizo se volvió, inquieto. Una puerta se abrió al otro lado del edificio. Aparecieron dos plomizos de clase A y caminaron con parsimonia hacia ellos: se distinguían de los otros por una franja pintada en su rostro.

—Forman parte del Consejo de la Superficie —indicó Franks—. Estén preparados.

Los dos plomizos se detuvieron a corta distancia y les examinaron de arriba abajo.

—Soy Franks, de Seguridad. Hemos venido desde los subterráneos para...

—Es increíble —le interrumpió uno de los plomizos fríamente—. ¿No saben que no pueden sobrevivir aquí? La superficie es mortífera. No se pueden quedar.

—Llevamos un traje protector —explicó Franks—. De todas formas, no es su problema. Exijo una entrevista ahora mismo con el Consejo para informarme de la situación. ¿Es posible?

—Los seres humanos no pueden sobrevivir aquí. El nuevo ataque soviético se producirá en esta zona. El peligro es inminente.

—Lo sabemos. Por favor, ordene que se reúna el Consejo. —Franks paseó la vista por la amplia sala, iluminada por lámparas que colgaban del techo. Su voz se quebró—. ¿Es de día o es de noche?

—De noche —dijo uno de los plomizos de clase A tras una pausa—. Amanecerá dentro de dos horas.

—Nos quedaremos —afirmó Franks—. Como una especie de concesión a nuestro sentimentalismo, ¿nos indicará un lugar desde el que poder observar el amanecer? Le estaríamos muy agradecidos.

Un estremecimiento recorrió a los plomizos.

—Un espectáculo muy desagradable —comentó el portavoz—. Ya han visto las fotos, saben lo que van a presenciar. Nubes de partículas flotantes que enturbian la luz, masas de escoria, la tierra destruida. Una visión aterradora, mucho peor de lo que reflejan las películas y las fotos.

—Queremos verlo, a pesar de todo. ¿Transmitirá la orden al Consejo?

—Síganme.

Los dos plomizos, algo reticentes, se dirigieron hacia la pared del almacén. Los tres hombres les siguieron. Sus pasos resonaban en el hormigón. Al llegar al muro, los dos plomizos se detuvieron.

—Ésta es la entrada a la Sala del Consejo. Hay ventanas, pero la oscuridad reina en el exterior, por supuesto. Ahora no verán nada, pero dentro de dos horas...

—Abra la puerta —ordenó Franks.

La puerta se deslizó a un lado. Entraron en una sala pequeña y limpia. En el centro había una mesa redonda, circundada de sillas. Los tres se sentaron en silencio, seguidos de los dos plomizos.

—Los miembros del Consejo llegarán en seguida. Han recibido el anuncio de su presencia y no tardarán. De todas maneras, les ruego que regresen a los subterráneos. Es imposible que resistan las condiciones imperantes. Incluso a nosotros nos cuesta sobrevivir. ¿Cómo piensan hacerlo?

—Estamos sorprendidos y perplejos —declaró el plomizo que parecía llevar la iniciativa—. Pese a que les debemos obediencia, les advertiré que si permanecen aquí...

—Lo sabemos —dijo Franks con impaciencia—. Sin embargo, vamos a quedarnos, al menos hasta el amanecer.

—Si insiste.

Se hizo el silencio. Los plomizos conferenciaron entre sí, pero los tres humanos no captaron ni una palabra.

—Por su propio bien —dijo el plomizo—, vuelvan abajo. Hemos llegado a la conclusión de que su comportamiento es perjudicial para sus propios intereses.

—Somos seres humanos —dijo Franks secamente—. ¿Comprendes? Somos hombres, no máquinas.

—Por eso precisamente deben regresar. Esta cámara, así como la superficie, son radiactivas. Hemos calculado que sus trajes no les protegerán más allá de cincuenta minutos. Sin embargo…

De pronto, los plomizos formaron un círculo alrededor de los humanos. Éstos se pusieron en pie. Taylor buscó su arma, los dedos eran torpes y estaban paralizados. Los humanos se enfrentaron a las silenciosas figuras metálicas.

—Hemos de insistir —declaró el portavoz de los plomizos— en que vuelvan al Tubo y bajen en el siguiente ascensor. Lo siento, pero es necesario.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Moss a Franks con nerviosismo. Acarició su pistola —¿Acabamos con ellos?

—De acuerdo —aceptó Franks—. Volveremos.

Se encaminó hacia la puerta, empujando a Moss y a Taylor. Los plomizos les siguieron hasta el almacén. No intercambiaron ninguna palabra en el trayecto hacia el Tubo.

—Volvemos porque no nos queda otra elección —declaró Franks al llegar al borde —Somos tres contra doce. Sin embargo, si…

—Ya viene el ascensor —anunció Taylor.

El Tubo chirrió. Varios plomizos de clase D se desplegaron para recibirlo.

—Lo siento —dijo el plomizo—, pero es por su propio bien. Les cuidamos, literalmente. Quédense en los subterráneos y déjennos proseguir la guerra. En cierto sentido, se ha convertido en nuestra guerra. La llevaremos a nuestra manera.

El ascensor se elevó hasta la superficie.

Una docena de soldados, armados con pistolas Bender, surgió de la cabina y rodeó a los tres hombres.

—Bueno, esto cambia las cosas —suspiró Moss—. No pudieron ser más oportunos.

El cabecilla de los plomizos retrocedió. Examinó a los soldados como si quisiera adivinar sus pensamientos. Luego hizo un gesto a los demás plomizos. Se apartaron y dejaron libre un pasillo.

—Incluso ahora, podríamos rechazarlos por la fuerza, pero es evidente que no nos hallamos ante una simple patrulla de exploración; así lo demuestran estos soldados. Sus planes son mucho más complejos.

—Mucho más —asintió Franks.

Los plomizos estrecharon el círculo.

—He de admitir que nos cogieron por sorpresa. No conseguimos controlar la situación. Emplear la fuerza hubiera sido absurdo, porque ninguno de ambos bandos puede arriesgarse a dañar al otro; nosotros, a causa de las restricciones que nos obligan a respetar la vida; ustedes, porque la guerra exige…

Los soldados, atemorizados, abrieron fuego sin más dilación. Moss, de rodillas, también disparó. El cabecilla de los plomizos se disolvió en una nube de partículas. Plomizos de clase D y B participaban en el combate,

algunos con armas, otros con protectores metálicos. La confusión reinaba en la bóveda. Una sirena aulló en la lejanía. Una muralla de cuerpos metálicos separó a Franks y a Taylor de los soldados.

—No pueden repeler el fuego —dijo Franks—. Es un simple truco. Todo el rato han intentado engañarnos. —Disparó al rostro de un plomizo—. Sólo intentan asustarnos. No lo olvide.

Poco a poco fueron eliminando a todos los plomizos. Un hedor a metal y a plástico quemados invadía la cámara. Taylor, a gatas, buscaba frenéticamente su pistola. Un pie metálico aplastó su mano. Lanzó un chillido de dolor.

Y, de pronto, todo terminó. Los plomizos se retiraban. Sólo quedaban cuatro pertenecientes al Consejo de la Superficie. Los restantes flotaban en el aire, en forma de partículas radiactivas. Los plomizos de clase D se dedicaban a reunir piezas dispersas de sus compañeros destruidos.

Franks exhaló un suspiro.

—Estupendo. Vayamos hacia las ventanas. No nos queda mucho tiempo.

Los plomizos se apartaron. Moss, Franks, Taylor y los soldados caminaron con parsimonia hacia la puerta. Entraron en la Cámara del Consejo. Un débil resplandor grisáceo mitigó la oscuridad que se filtraba por las ventanas.

—Salgamos —dijo Franks, impaciente—. Es mejor contemplarlo directamente.

Una puerta se deslizó a un lado. El aire frío de la mañana se infiltró a través de sus trajes herméticos. Los hombres, vacilantes, intercambiaron una mirada.

—Vamos —ordenó Franks—. Salgamos.

Atravesó la puerta, seguido de los demás.

Se hallaban sobre una colina que dominaba un valle. El perfil de las montañas, casi tangible, se dibujaba contra la luz incierta del cielo.

—Pronto habrá luz suficiente para examinar el panorama —dijo Moss, aterido—. Valía la pena asistir a este espectáculo después de ocho años. Aunque sea lo último que veamos...

—Mire —le interrumpió Franks.

Obedecieron en silencio. El cielo clareaba. Un gallo cacareó en la lejanía.

—¡Un gallo! —murmuró Taylor—. ¿Lo han oído?

Una fila de plomizos montaba guardia a sus espaldas, observándoles en silencio. La luz fue ganando terreno a la oscuridad, derramándose sobre las colinas y el valle.

—¡Santo cielo! —exclamó Franks.

Árboles, árboles y bosques. Un valle rebosante de árboles y flores, cruzado por varias carreteras. Granjas. Un molino. Un pajar.

—¡Miren! —susurró Moss.

El cielo se iluminó. El sol estaba a punto de salir. Los pájaros empezaron a cantar. Las hojas de un árbol danzaron, mecidas por el viento.

—Ocho años. Nos engañaron. No había guerra. En cuanto abandonamos la superficie...

—Sí —admitió un plomizo de clase A—. La guerra terminó en cuanto se marcharon. Tiene razón, todo fue un fraude. Destruíamos las armas que tan febrilmente fabricaban nada más llegar a nuestras manos.

—Pero ¿por qué? —preguntó Taylor—. ¿Por qué?

—Ustedes nos crearon —explicó el plomizo— para proseguir la guerra mientras trataban de sobrevivir bajo la superficie. Sin embargo, pensamos que era imprescindible analizar sus propósitos. Averiguamos que la guerra carecía de sentido, que se trataba de una simple necesidad humana... Algo muy discutible.

»Seguimos investigando. Descubrimos que las culturas humanas atraviesan fases muy determinadas. Cuando la cultura envejece y empieza a olvidar sus objetivos, se producen conflictos entre los que desean establecer nuevas pautas culturales y los que tratan de impedir cualquier cambio.

»Es un momento de extremo peligro: el conflicto puede desencadenar una guerra entre grupos que pertenecen a la misma sociedad. Las tradiciones corren el riesgo de perderse, de destruirse, en este período de caos y de anarquía. La historia de la humanidad ofrece muchos ejemplos.

»Es perentorio que esta animadversión en el seno de una misma cultura se dirija hacia el exterior, hacia otra cultura, a fin de superarla crisis. El resultado es la guerra. La guerra, para una mente lógica, es una aberración, pero en términos de necesidad humana juega un papel vital, y así continuará hasta que el hombre haya madurado lo suficiente para extirpar sus engaños.

Taylor escuchaba con la mayor atención.

—¿Y cree que ese día llegará?

—Por supuesto. Ya ha llegado. Ésta es la última guerra. El hombre casi ha conseguido alcanzar una cultura final..., una cultura universal. En este momento, un continente se enfrenta al otro, la mitad del mundo contra la otra mitad. Sólo falta un paso, el salto hacia una cultura única. El hombre ha progresado penosamente hacia la unificación de la cultura. Falta muy poco...

»Pero, como aún no había llegado el momento, la guerra debía continuar para satisfacer la última oleada de odio del hombre. Han transcurrido ocho años desde que la guerra empezó. En estos ocho años, hemos observado y percibido importantes cambios en la mentalidad del hombre. El cansancio y el desinterés han reemplazado poco a poco al odio y al miedo. El odio se disipó al cabo de un tiempo. De momento, el engaño debe continuar, al menos un poco más. No están preparados para saber la verdad. En el fondo, desean proseguir la guerra.

—Pero ¿cómo lo consiguieron? —preguntó Moss—. Las fotografías, las muestras, los equipos dañados...

—Venga por aquí. —El plomizo les condujo hasta un edificio bajo y alargado—. El trabajo no se detiene; todas las unidades se esfuerzan en elaborar una apariencia convincente y coherente de guerra total.

Entraron en el edificio. Los plomizos trabajaban por todas partes, encorvados sobre mesas y escritorios.

—Fíjese en este proyecto. —Dos plomizos fotografiaban cuidadosamente una complicada maqueta—. Es un buen ejemplo.

Los hombres se agruparon alrededor de la maqueta de una ciudad en ruinas.

Taylor la examinó en silencio durante un rato. Luego levantó la vista.

—En San Francisco. Es una maqueta de San Francisco, destruida. He visto tomas aéreas en los noticiarios. Los puentes se hundieron...

—Sí, fíjese en los puentes —el plomizo señaló las brechas con su dedo metálico, una tenue telaraña casi invisible—. Habrá visto muchas

fotografías, no lo dude, así como de otras maquetas que encontrará en este edificio.

»San Francisco permanece intacta. La reconstruimos en cuanto ustedes se marcharon; restauramos las zonas destruidas durante la guerra.

»En este edificio elaboramos las noticias. Ponemos especial énfasis en que todos los detalles coincidan. Dedicamos mucho esfuerzo y dedicación.

Franks tomó en sus manos el modelo de un edificio semidestruido.

—De modo que así pasan el tiempo..., construyendo maquetas que luego destrozan.

—No, se equivoca. Somos los administradores provisionales de un mundo abandonado temporalmente por sus amos, y nos preocupamos, de que las ciudades se mantengan limpias, en pie y de que todo funcione. Los jardines, las calles, las tuberías, igual que hace ocho años. Así, cuando regresen los amos, se sentirán complacidos. Queremos estar seguros de que se sentirán completamente satisfechos.

Franks palmeó el hombro de Moss.

—Acompáñeme. Quiero hablar con usted.

Condujo a Moss y a Taylor fuera del edificio, lejos de los plomizos, hacia la ladera de la colina. Los soldados les siguieron. El sol estaba alto y el cielo era de un azul radiante. El aire olía a vida renovada.

Taylor se quitó el casco y exhaló un profundo suspiro.

—Cuánto tiempo sin respirar aire puro.

—Escuchen —cuchicheó Franks—, debemos regresar en seguida. Nos queda mucho por hacer. Hemos de aprovechar nuestros descubrimientos.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Moss.

—Estoy seguro de que los soviéticos han sido engañados como nosotros. Nuestro conocimiento nos proporciona una gran ventaja.

—Comprendo —aprobó Moss—. Nosotros lo sabemos, pero ellos. no. Su Consejo de Superficie anda tan despistado como el nuestro, lo que les perjudica de la misma forma. Pero si pudiéramos...

—¡Con un centenar de hombres dispuestos a todo podemos adueñarnos de la situación! ¡No costará nada!

Moss le apretó el brazo. Un plomizo de clase A se aproximaba.

—Ya hemos visto bastante —dijo Franks en voz alta—. La situación es crítica. Redactaré un informe y estudiaremos la política a seguir.

El plomizo no dijo nada.

—Vámonos —ordenó Franks a los soldados.

Se dirigió hacia el almacén.

Casi todos los soldados se habían quitado los cascos, incluso los trajes protectores, y deambulaban vestidos sólo con sus uniformes de algodón. Contemplaron con nostalgia los árboles y los arbustos, la llanura verde, las montañas y el cielo.

—Mira el sol —murmuró uno de ellos.

—Brillante como el infierno —comentó otro.

—Regresamos —dijo Franks—. Formen en fila de dos y síganme.

Los soldados se reagruparon a regañadientes. Los plomizos observaron sin la menor emoción cómo los hombres caminaban con lentitud hacia el almacén. Franks, Moss y Taylor abrían la marcha, preocupados por la reacción de los plomizos.

Entraron en el almacén. Plomizos de clase D cargaban armas y material en vehículos de superficie, con ayuda de grúas. El trabajo se realizaba con eficiencia, pero sin prisas ni agitación.

Los hombres se pararon y miraron. Los plomizos subían en los coches e intercambiaban señales. Grúas magnéticas cargaban fusiles y piezas sueltas en los vehículos.

—Vamos —dijo Franks.

Se encaminó hacia el Tubo. Frente a ellos estaba una fila de plomizos de clase D, inmóviles y silenciosos. Franks retrocedió unos pasos.

Un plomizo de clase A se adelantó hacia él.

—Dígales que se aparten —ordenó Franks, acariciando su pistola—. Será mejor que me obedezca.

Pasó el tiempo, un momento eterno. Franks, nervioso y atento, vigilaba la fila de robots.

—Como desee —dijo el plomizo de clase A.

A un gesto suyo, los plomizos de clase D recobraron la vida. Se apartaron lentamente.

Moss lanzó un suspiro de alivio.

—Me alegro de salir de aquí —dijo—. Mírelos: ¿Por qué no intentan detenernos? Saben lo que vamos a hacer.

—¿Detenernos? —rió Franks—. Ya vio lo que pasó antes. No pueden; son simples máquinas. Nosotros las construimos. No pueden ponernos las manos encima, y lo saben.

Su voz se desvaneció.

Los hombres clavaron los ojos en la entrada del Tubo. Los plomizos que les rodeaban seguían vigilándoles, silenciosos, impasibles, inexpresivos.

Los hombres permanecieron quietos durante un largo rato. Por fin, Taylor volvió.

—Dios mío —musitó.

Estaba aturdido, incapaz de experimentar la menor emoción.

El Tubo se había ido. Estaba clausurado, fuera de servicio. No era más que una opaca superficie de metal frío.

Habían cerrado el Tubo.

Franks ladeó su rostro, pálido y descompuesto.

—Como pueden observar —dijo el plomizo de clase A—, hemos cerrado el Tubo; lo teníamos previsto. Dimos la orden en cuanto ustedes salieron a la superficie. Si nos hubieran obedecido, ahora estarían sanos y salvos en los subterráneos. Tuvimos que trabajar a toda prisa porque la operación exigía un esfuerzo inmenso.

—Pero ¿por qué? —preguntó airadamente Moss.

—Porque es impensable permitirles que reanuden la guerra. Con todos los Tubos sellados, les costará meses enviar tropas a la superficie; ni siquiera podrán planear una operación militar. De esta forma, el ciclo entrará en la última fase. No creo que les moleste tanto reencontrar su mundo intacto.

»Confiábamos en que se hallaran en los subterráneos cuando se produjera la clausura. Ustedes representan un estorbo. Cuando los soviéticos irrumpieron, pudimos encerrarles sin...

—¿Los soviéticos? ¿Nos invadieron?

—Llegaron hace varios meses por sorpresa para averiguar por qué no ganaban la guerra. Nos vimos obligados a proceder con celeridad. En este momento, intentan desesperadamente construir nuevos Tubos para acceder

a la superficie, y así reanudar la guerra. Sin embargo, los vamos cerrando a medida que los detectamos.

El plomizo contempló a los tres hombres con serenidad.

—Estamos atrapados, aislados —dijo Moss, tembloroso—. No podemos volver. ¿Qué haremos ahora?

—¿Qué técnica utilizaron para sellar el Tubo con tanta rapidez? —preguntó Franks—. Sólo hemos estado dos horas arriba.

—Hemos colocado bombas de calor sobre la primera planta de cada Tubo, en vista a emergencias de este tipo. Funden el plomo y la piedra.

Franks, aferrando su pistola, se volvió hacia Moss y Taylor.

—¿Qué opinan ustedes? No podemos volver, pero entre los quince, armados con pistolas Bender, destruiremos toda la obra de estos robots. ¿Qué dicen?

Miró a su alrededor. Los soldados se habían alejado hasta la salida del edificio. Contemplaban el valle y el cielo. Algunos empezaban a descender por la cuesta.

—¿Serían tan amables de desprenderse de sus trajes y armas? —preguntó cortésmente el plomizo de clase A—. Los trajes son incómodos y las armas ya no son necesarias. Los rusos también lo hicieron.

Los dedos se tensaron sobre los gatillos. Cuatro hombres con uniforme ruso se acercaban desde un avión que acababa de aterrizar no lejos de allí.

—¡A por ellos! —gritó Franks.

—Van desarmados —advirtió el plomizo—. Los trajimos para que iniciaran las conversaciones de paz.

—Carecemos de autorización para negociar en nombre de nuestro país —dijo Moss entre dientes.

—No me estaba refiriendo a conversaciones diplomáticas —explicó el plomizo—. Se han terminado. Solventar los problemas diarios de la vida les enseñará a compartir el mismo mundo. No será fácil, pero lo conseguirán.

Los rusos se detuvieron. Ambos bandos se contemplaron con hostilidad.

—Soy el coronel Borodoy, y lamento haber entregado mis armas. —dijo el oficial de mayor graduación—. Habrían sido los primeros norteamericanos abatidos en casi ocho años.

—O los primeros norteamericanos que abatieran rusos —corrigió Franks.

—Los únicos en enterarse serían ustedes —señaló el plomizo —: un heroísmo inútil. Su auténtico problema será sobrevivir en la superficie. No tenemos comida para darles.

Taylor enfundó su pistola.

—Han conseguido neutralizarnos por completo, maldita sea. Propongo que nos trasladamos a una ciudad, empecemos a cultivar la tierra con ayuda de algunos plomizos y nos instalemos cómodamente. —Miró al plomizo y añadió —: Soportaremos la soledad hasta que nuestras familias suban a la superficie, pero valdrá la pena.

—Si me permiten una sugerencia —dijo un ruso, incómodo—, les diré que ya probamos a vivir en una ciudad. Está muy vacía. Es muy duro de sobrellevar para tan poca gente. Por fin, nos instalamos en el pueblo más moderno que encontramos.

—Tenemos que aprender mucho de ustedes, de su país —añadió un tercer ruso.

Los norteamericanos estallaron en carcajadas.

—Yo diría que ustedes también nos pueden enseñar un par de cosas —dijo Taylor magnánimamente—, aunque me cuesta imaginar cuáles.

—¿Quieren vivir en nuestro pueblo? —sonrió el coronel ruso—. Trabajaríamos con más comodidad y nos harían compañía.

—¿Su pueblo? —barbotó Franks—. ¡Es norteamericano! ¡Es nuestro!

—Cuando nuestros planes se completen —medió el plomizo—, el término será intercambiable. «Nuestros» significará «de la humanidad» —señaló el avión, que estaba calentando los motores—. Su nave les aguarda. ¿Serán capaces de levantar entre todos un nuevo hogar?

Los rusos esperaron mientras los norteamericanos reflexionaban.

—Empiezo a entender lo que los plomizos quieren decir cuando hablan de que la diplomacia ya no sirve. Resuelven sus problemas trabajando, no en una mesa de conferencias.

El plomizo les guió hasta la nave.

—El objetivo de la historia es unificar el mundo. Siempre ha sido así, de la familia a la tribu, de la tribu a la ciudad estado, de la ciudad estado a la nación, de la nación al hemisferio. Ahora los hemisferios se unificarán y...

Taylor dejó de prestar atención a las palabras del plomizo y desvió la vista hacia el emplazamiento del Tubo. Mary estaba en los subterráneos. Le repugnaba abandonarla; no la vería hasta que el Tubo volviera a funcionar. Luego se encogió de hombros y siguió a los otros.

Si esta endeble amalgama de antiguos enemigos se convertía en un buen ejemplo, Mary y el resto de la humanidad no tardarían en vivir en la superficie como seres humanos racionales, no como topos cegados por el odio.

—Ha costado miles de generaciones —concluyó el plomizo—, centenares de siglos de matanzas y destrucción, pero cada guerra significaba un paso hacia la unidad de los pueblos. Y ahora ya se vislumbra el final: un mundo en paz..., el principio de una nueva etapa de la historia.

—La conquista del espacio —susurró el coronel Borodoy.

—El sentido de la vida —añadió Moss.

—La erradicación del hambre y la pobreza —dijo Taylor.

El plomizo abrió la puerta de la nave.

—Todo eso, y mucho más. Es imposible predecir el futuro que nos aguarda, como era imposible para los primeros hombres que formaron una tribu predecir que llegaría un día como el de hoy. Pero lo cierto es que será un futuro inimaginablemente grande.

La puerta se cerró y la nave despegó hacia su nuevo hogar.

LA NAVE HUMANA

Kramer se reclinó en su asiento.

—Ya te he expuesto la situación. ¿Cómo controlaremos un factor semejante? La variable perfecta.

—¿Perfecta? Todavía es posible formular una predicción. Un ser vivo actúa según la necesidad, al igual que la materia inanimada, pero la cadena causa-efecto es más sutil; entran más factores en juego. Creo que la

diferencia es cuantitativa. La reacción del organismo vivo es paralela a la causalidad natural, pero implica una mayor complejidad.

Gross y Kramer levantaron la vista hacia las pantallas colgadas de la pared; las imágenes cobraban forma. Kramer señaló con su lápiz.

—¿Ves eso? Es un seudópodo. Están vivos y, de momento, son armas imbatibles. Ningún sistema mecánico, sencillo o complicado, puede hacerles la competencia. Tendremos que descartar el control Johnson y encontrar otra cosa.

—Y entretanto la guerra continuará como siempre. Estancada, en perpetuo jaque mate. Ellos no pueden alcanzarnos, y nosotros no podemos atravesar su campo de minas viviente.

—Una defensa perfecta —asintió Kramer—, pero quizá exista todavía posibilidad.

—¿Cuál?

—Espera un momento. —Kramer se volvió hacia su experto en cohetes, que estaba enfrascado en sus mapas e informes—. El crucero que llegó esta semana no fue dañado, ¿verdad? Pasó cerca, pero no hubo contacto.

—Exacto. La mina se hallaba a unos treinta y cinco kilómetros de distancia. El crucero surcaba el espacio en dirección a Próxima, y utilizaba el control Johnson, por supuesto. Se había desviado quince minutos por razones desconocidas. Luego modificó su ruta, momento en el que fue detectado.

—Aceleró —dijo Kramer—, pero no lo suficiente. La mina le venía siguiendo los pasos, pero me pregunto por qué no hubo contacto.

—Les contaré nuestra teoría —explicó el experto—. Hemos buscado el contacto, el gatillo del seudópodo. Sin embargo, parece que nos enfrentamos a un fenómeno psicológico, a una decisión carente de motivaciones físicas. Esperamos algo que no existe. La mina decide estallar. Ve nuestra nave, se acerca, y después decide.

—Gracias. —Kramer volvió su atención a Gross—. Bien, esto confirma lo que te decía. ¿Cómo es posible que una nave guiada por mandos automáticos escape a una mina que decide estallar? Toda la teoría acerca de la penetración del campo de minas descansa sobre la base de que debe evitarse apretar el gatillo, pero, en el caso que nos ocupa, el gatillo es el estado mental de una forma de vida evolucionada y compleja.

—El anillo tiene una profundidad de setenta y cinco mil kilómetros —añadió Gross—. Además, tienen resuelto el problema de la reparación y el mantenimiento. Los malditos bichos se reproducen, cubren los huecos reproduciéndose entre sí. Me gustaría saber de qué se alimentan.

—Probablemente de los restos de nuestra primera línea. Los grandes cruceros deben de ser un manjar delicado. Es una pugna de inteligencia entre una criatura viviente y una nave gobernada por mandos automáticos. La nave pierde siempre. —Kramer abrió una carpeta—. Te resumiré nuestra sugerencia.

—Vamos, adelante —dijo Gross—. Hoy ya he oído diez sugerencias. ¿Cuál es la tuya?

—Es muy sencilla. Estas criaturas son superiores a cualquier sistema mecánico, pero únicamente porque están vivas. Casi cualquier otra forma de vida podría competir con ellas, cualquier forma de vida superior. Si los yuks pueden diseminar minas vivientes para proteger sus planetas, deberíamos

Librodot

ser capaces de hacer lo mismo con alguna de nuestras formas de vida. Devolvámosles el golpe.

—¿Y qué forma de vida propones?

—Creo que el cerebro humano es la forma de vida más ágil que conocemos. ¿Sabes de otra mejor?

—Ningún ser humano sobreviviría a un viaje al espacio exterior. Un piloto humano moriría de un ataque al corazón mucho antes de que la nave se acercara a Próxima.

—Pero no necesitamos todo el cuerpo —arguyó Kramer—. Nos basta con el cerebro.

—¿Qué?

—El problema consiste en encontrar a una persona dotada de gran inteligencia que acepte cooperar de la misma manera que obedecen ojos y brazos.

—Pero un cerebro...

—Técnicamente, es posible. Se han hecho varios trasplantes de cerebro cuando el deterioro del cuerpo lo exigía. Claro que implantarlo en una nave espacial, en un crucero, es algo nuevo.

En la habitación se hizo el silencio.

—Una idea muy original —dijo Gross. Dibujó una mueca en su rotunda cara cuadrada—, pero aun suponiendo que funcionara, la pregunta esencial es ¿a quién pertenecerá ese cerebro?

Todo era muy confuso: las causas de la guerra, la naturaleza del enemigo. Los yucconae habían sido localizados en uno de los planetas exteriores de Próxima Centauro. Al acercarse una nave terrestre, fue disparado sin previo aviso un haz de rayos. El primer encuentro real se produjo entre tres de los proyectiles yuk y una nave de exploración de la Tierra. No hubo supervivientes. Luego se declaró una guerra sin cuartel.

Ambos bandos construyeron febrilmente anillos defensivos alrededor de sus sistemas. El mejor resultó ser el de los yucconae. El anillo que rodeaba Próxima era un anillo viviente, superior a todo lo que la Tierra podía emplear en atravesarlo. El equipo habitual utilizado por las naves terrestres para guiarse en el espacio exterior, el control Johnson, no era adecuado. Se necesitaba algo más. Los mandos automáticos quedaban en franca desventaja.

«No sirven para nada», se dijo Kramer mientras observaba los trabajos que se llevaban a cabo al pie de la colina. Un viento cálido mecía la hierba y la maleza. En el fondo del valle, los mecánicos casi habían terminado de desmontar el sistema reflejo de la nave y se preparaban a embalarlo.

Ya sólo faltaba reemplazar el sistema mecánico por el nuevo elemento esencial, el nuevo corazón de la nave. Un cerebro humano, el cerebro de un ser humano inteligente y astuto. ¿Estaría de acuerdo el ser humano? Ése era el problema.

Kramer se volvió. Dos personas se aproximaban por el camino, un hombre y una mujer. El hombre era Gross, inexpresivo, corpulento, caminando con dignidad. La mujer era... Abrió los ojos de par en par, sorprendido e irritado. Era Dolores, su esposa. La había visto muy poco desde la separación...

—Kramer —dijo Gross—, mira a quién me he encontrado. Bajó con nosotros. Nos vamos a la ciudad.

—Hola, Phil —saludó Dolores—. Bueno, ¿no te alegras de verme?

—¿Cómo te va? Tienes buen aspecto.

El uniforme gris azulado de Seguridad Interna, la organización de Gross, no conseguía ocultar su belleza.

—Gracias —sonrió—. Parece que tampoco te va mal a ti. El comandante Gross me ha dicho que eres el responsable de este proyecto, la Operación Cabeza, como la llamáis. ¿Ya sabéis de quién será la cabeza?

—He ahí el problema. —Kramer encendió un cigarrillo—. Esta nave irá equipada con un cerebro humano en lugar del sistema Johnson. Hemos construido conductos especiales para regar el cerebro, relés electrónicos para recoger los impulsos y amplificarlos y un tubo de alimentación que proporciona a las células continuamente todo lo que necesitan, pero...

—Pero aún no hemos conseguido el cerebro —concluyó Gross. Se pusieron en camino hacia el coche—. En cuanto lo tengamos, empezaremos las pruebas.

—¿Sobrevivirá el cerebro? —preguntó Dolores—. ¿Podrá funcionar como parte integrante de una nave?

—Estará vivo, pero no consciente. Hay muy poca vida consciente. Los animales, los árboles, los insectos son rápidos en sus respuestas, pero no conscientes. En el proceso que estamos llevando a cabo, la personalidad individual, el ego, quedará en suspenso. Sólo necesitamos la capacidad de respuesta, nada más.

—¡Qué horror! —se estremeció Dolores.

—La guerra nos empuja a intentarlo todo —dijo Kramer con aire ausente—. Valdrá la pena sacrificar una vida a cambio de terminar la guerra. Esta nave puede ser la clave. Otras dos y ya no habrá más guerras.

Montaron en el coche. Mientras circulaban por la carretera, Gross dijo:

—¿Has pensado en alguien?

—No es asunto mío —Kramer sacudió la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—Soy ingeniero. No es mi departamento.

—Pero la idea fue tuya.

—Mi trabajo acaba aquí.

Gross le miró con extrañeza. Kramer se agitó, inquieto.

—¿Y quién se supone que lo va a hacer? —se quejó Gross—. Mi organización está preparada para efectuar exámenes de todo tipo, pruebas de aptitud...

—Oye, Phil —le interrumpió Dolores.

—¿Qué?

—Tengo una idea. ¿Te acuerdas de aquel profesor de la universidad? Michael Thomas.

Kramer asintió con la cabeza.

—Me pregunto si aún vivirá. —Dolores frunció el entrecejo—. Será terriblemente viejo.

—¿Por qué lo dices, Dolores? —preguntó Gross.

—Tal vez una persona que no fuera a vivir mucho tiempo, pero con un cerebro lúcido y perspicaz...

—El profesor Thomas. —Kramer se frotó la barbilla—. Ya lo creo que era un tío inteligente. Habría que averiguar si sigue vivo. Rondará los setenta.

—No cuesta nada intentarlo —dijo Gross—. Ordenaré una investigación rutinaria.

—¿Qué opinas? —preguntó Dolores—. Si hay una mente humana capaz de superar a las de esas criaturas...

—No me gusta la idea —contestó Kramer.

En su mente se había formado la imagen de un anciano sentado detrás de un pupitre que paseaba sus ojos brillantes y bondadosos por el aula. El anciano se inclinaba hacia adelante, levantaba una mano delgada...

—Dejémosle fuera de esto —dijo Kramer.

—¿Por qué? —Gross le miró intrigado.

—Sólo porque yo lo sugerí —insinuó Dolores.

—No —Kramer movió la cabeza—, no es por eso. No me esperaba algo parecido, un conocido, un antiguo profesor mío. Le recuerdo muy bien. Tenía una personalidad muy notable.

—Bien —dijo Gross—, me parece perfecto.

—No podemos hacerlo. ¡Significa su muerte!

—Es la guerra —dijo Gross—, y la guerra no atiende a necesidades individuales. Tú mismo lo has dicho. Seguro que aceptará de buen grado; míralo desde este ángulo.

—Es posible que ya esté muerto —murmuró Dolores.

—Lo averiguaremos —dijo Gross, y aumentó la velocidad.

El resto del trayecto transcurrió en silencio.

Los dos hombres permanecieron mucho rato examinando la casita de madera, cubierta de enredadera y enclavada en un claro, detrás de un enorme roble. El pueblo estaba silencioso y dormido; de vez en cuando, un coche se deslizaba perezosamente por la autopista.

—Éste es el lugar —dijo Gross, cruzándose de brazos—. Una casita muy hermosa.

Kramer no dijo nada. Los dos agentes de seguridad que tenía a su espalda no mostraban la menor expresión.

—Vamos. —Gross empezó a caminar hacia el portalón—. Según el informe, aún vive, pero está muy enfermo. Sin embargo, conserva la mente ágil. Nunca sale de casa. Una mujer se ocupa de las faenas domésticas. El viejo está muy débil.

Recorrieron el sendero de piedra y llegaron al porche. Gross tocó el timbre. Aguardaron. Al poco rato oyeron unos pasos lentos. La puerta se abrió. Una mujer de edad avanzada, envuelta en una bata, les observó con indiferencia.

—Seguridad. —Gross exhibió sus credenciales—. Deseamos ver al profesor Thomas.

—¿Para qué?

—Asuntos del gobierno —miró de reojo a Kramer.

—Fui alumno del profesor —dijo Kramer, dando un paso adelante—. Estoy seguro de que no tendrá el menor inconveniente en recibirnos.

La mujer vaciló. Gross traspasó el umbral.

—Tranquila, mamá. Estamos en guerra. No podemos esperar.

Los dos agentes de seguridad le siguieron, y Kramer les imitó a regañadientes. Cerró la puerta. Gross atravesó el vestíbulo hasta llegar frente a una puerta abierta. Se asomó al interior. Kramer vislumbró la esquina blanca de una cama, una columna de madera y el borde de una cómoda.

Se reunió con Gross.

Un anciano yacía a oscuras, apoyado sobre innumerables almohadas. Daba la impresión de estar dormido, inmóvil, sin la menor señal de vida, pero, al cabo de un rato, Kramer observó con un ligero sobresalto que el anciano tenía los ojos bien abiertos y clavados en ellos, sin parpadear apenas.

—¿Profesor Thomas? —dijo Gross—. Soy el comandante Gross, de Seguridad. Quizá se acuerde del hombre que me acompaña...

Los ojos descoloridos se fijaron en Kramer.

—Le conozco. Philip Kramer... Has engordado, hijo. —La voz era débil, como el rescoldo de las cenizas—. ¿Es verdad que te casaste?

—Sí, con Dolores French. Seguro que se acuerda de ella. —Kramer se acercó a la cama—. Ahora estamos separados. No funcionó muy bien. Nuestras carreras...

—Profesor, hemos venido para... —empezó Gross, pero Kramer le interrumpió con un gesto perentorio.

—Déjame hablar. ¿Puedes salir afuera con tus hombres para que podamos charlar tranquilamente?

—De acuerdo, Kramer —suspiró Gross.

Hizo una señal a los dos hombres. Los tres salieron de la habitación y cerraron la puerta.

El anciano contempló a Kramer en silencio.

—No me gustan los tipos como ése. ¿Qué es lo que quiere?

—Nada, sólo me acompañó. ¿Puedo sentarme? —Kramer se instaló en una silla de respaldo duro, junto a la cama—. Si le molesto...

—No. Me alegro de verte, Philip. Hace tanto tiempo. Lamento que tu matrimonio fracasara.

—¿Cómo le ha ido?

—He estado muy enfermo. Temo que mi paso por el gran teatro del mundo esté llegando a su fin. —Los cansados ojos examinaron a Kramer pensativamente—. No parece que te haya ido mal. Nunca me equivoqué en mis apreciaciones. Has llegado a la cumbre de esta sociedad.

Kramer sonrió. Después compuso una expresión de seriedad.

—Profesor, quiero hablarle de un proyecto en el que estamos trabajando. Es el primer rayo de esperanza que vislumbramos desde que empezó la guerra. Si prospera, romperemos las defensas yuk e introduciremos algunas naves en su sistema. En este caso, habría muchas posibilidades de terminar la guerra.

—Sigue. Cuéntamelo, si quieres.

—Es un proyecto muy ambicioso. Es posible que sea un rotundo fracaso, pero debemos intentarlo.

—Resulta obvio que es la causa de tu presencia aquí —murmuró el profesor Thomas—. Has despertado mi curiosidad. Sigue.

Cuando Kramer cesó de hablar, el anciano acostado en la cama no dijo una palabra. Por fin, suspiró.

—Comprendo. Una mente humana, extraída de un cuerpo humano. —Se incorporó a medias y miró a Kramer—. Supongo que estás pensando en mí.

Kramer no dijo nada.

—Antes de tomar una decisión, quiero examinar toda la documentación, la teoría y los principios generales del proyecto. No estoy seguro de que me guste... por motivos personales. Pero quiero echar un vistazo al material. Si lo haces...

—Desde luego. —Kramer se levantó y fue hacia la puerta. Gross y los dos agentes de seguridad esperaban afuera, algo nerviosos—. Gross, entra.

Ambos volvieron a la habitación.

—Dale al profesor los documentos —dijo Kramer—. Quiere estudiarlos antes de decidir.

Gross sacó del bolsillo de su chaqueta un sobre de papel manila y se lo ofreció al anciano.

—Tome, profesor. Me complace que los examine. Dénos su respuesta lo antes posible. Nos urge empezar a poner en marcha la operación.

—Le daré mi respuesta cuando haya decidido. —El anciano cogió el sobre con una mano pálida y temblorosa—. Mi decisión depende de lo que saque en claro de estos papeles. Si no me gusta lo que averiguo, me desinteresaré de este asunto por completo. —Abrió el sobre con manos trémulas—. Busco una cosa.

—¿Cuál? —preguntó Gross.

—Eso es asunto mío. Déme un número de teléfono para poder localizarle cuando haya decidido.

Gross, en silencio, dejó su tarjeta sobre la cómoda. Cuando salían, el profesor Thomas ya había empezado a leer el primer documento, los principios generales de la teoría.

Kramer tomó asiento frente a Dale Winter, su ayudante.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Winter.

—Se pondrá en contacto con nosotros. —Kramer trazó garabatos con un tiralíneas sobre un papel—. No sé qué pensar.

—¿Qué quieres decir?

El rostro bondadoso de Winter se contrajo de asombro.

—Fue profesor mío en la universidad. —Kramer se puso en pie y paseó arriba y abajo, con las manos en los bolsillos del uniforme—. Le respetaba como hombre tanto como profesor. Era algo más que una voz, un libro parlante. Era una persona, una persona tranquila y amable a la que podía respetar. Siempre quise llegar a ser como él. Mírame ahora.

—No te entiendo.

—¿No caes en la cuenta de lo que le estoy pidiendo? Le estoy pidiendo su vida, como si se tratara de un cobaya encerrado en una jaula, no un hombre, un profesor.

—¿Crees que lo hará?

—No lo sé. —Kramer fue hacia la ventana y miró afuera—. Por una parte, espero que no.

—Pero si él no lo hace…

—Tendremos que buscar a otro, lo sé. Tiene que haber otro. ¿Por qué tuvo Dolores que…?

El videófono zumbó. Kramer apretó el botón.

—Soy Gross. —Sus facciones enérgicas se materializaron en la pantalla—. El viejo me llamó. El profesor Thomas.

—¿Qué dijo?

Lo sabía; bastaba con escuchar el tono de voz de Gross.

—dijo que lo hará. Me sorprendió un poco, pero me parece que va en serio. Ya lo hemos preparado todo para su ingreso en el hospital. Su abogado está redactando el documento de aceptación bajo su plena responsabilidad.

Kramer apenas le prestaba atención. Asintió cansadamente.

—Estupendo. Me alegro. Supongo que podemos seguir adelante con el plan.

—No pareces muy contento.

—Me pregunto por qué habrá aceptado.

—Estaba muy seguro —declaró Gross con satisfacción—. Me llamó muy temprano; aún estaba en la cama. —Esto merece una celebración.

—Claro —dijo Kramer—, por supuesto.

Mediado agosto, el proyecto se acercó a su culminación. Estaban de pie bajo el ardiente sol y contemplaban los bruñidos flancos metálicos de la nave.

Gross golpeó la plancha de metal con la mano.

—Bien, ya falta poco. Podemos iniciar los ensayos cuando queramos.

—Dénos más información —pidió un oficial que llevaba galones dorados—. Se trata de un concepto muy poco habitual.

—¿Es cierto que hay un cerebro humano en el interior de la nave? —preguntó un dignatario, un hombre bajo, vestido con un traje arrugado—. ¿Y que el cerebro está vivo?

—Caballeros, esta nave va guiada por un cerebro viviente en lugar del típico sistema de control automático Johnson. Sin embargo, el cerebro no está consciente. Funcionará sólo por reflejos. La diferencia práctica con el sistema Johnson consiste en que un cerebro humano es mucho más complicado que cualquier otra estructura creada por el hombre, y su habilidad para adaptarse a una situación, para reaccionar ante un peligro, supera la de cualquier mecanismo artificial.

Gross hizo una pausa y aguzó el oído. Las turbinas de la nave empezaban a retumbar y sacudían el suelo con una profunda vibración. Kramer se mantenía a cierta distancia de los demás, con los brazos cruzados, observando en silencio. Al percibir el sonido de las turbinas se dirigió rápidamente hacia el otro lado de la nave. Algunos obreros despejaban el terreno de andamios y cables. Levantaron la vista al notar su presencia y aceleraron el trabajo. Kramer subió por la rampa y entró en la cabina de control de la nave. Winter estaba sentado ante los mandos junto a un piloto de Transportes Espaciales.

—¿Cómo va todo? —preguntó Kramer.

—Muy bien. —Winter se levantó—. Me ha dicho el piloto que tal vez sería preferible despegar manualmente. Los controles robóticos... —Winter vaciló—, o sea, los controles incorporados pueden hacerse cargo después, en el espacio.

—Exacto —asintió el piloto—. Es la costumbre con el sistema Johnson, y en este caso también podríamos...

—¿Quiere hacer alguna indicación? —preguntó Kramer.

—No. He efectuado una revisión completa, y todo parece estar en orden. Me gustaría hacerle una pregunta. —Posó las manos sobre el tablero de mando—. Hay algunos cambios que no entiendo.

—¿Cambios?

—Alteraciones del plan original. No sé con qué propósito.

Kramer extrajo de su chaqueta una colección de bosquejos.

—Déjeme ver.

Giró las páginas. El piloto miraba por encima de su hombro.

—Los cambios no están indicados en su copia —señaló el piloto—. Me pregunto...

Se interrumpió. El comandante Gross había entrado en la cabina de control.

—Gross, ¿quién autorizó las alteraciones? —preguntó Kramer—. Algunas instalaciones han sido cambiadas.

—Pues tu viejo amigo.

Gross indicó con el dedo la torre del campo, visible a través de la ventana.

—¿Mi viejo amigo?

—El profesor. Se tomó mucho interés. —Gross se volvió hacia el piloto—. Vamos a empezar. Me han dicho que debemos abandonar la gravedad para el ensayo. Bueno, quizá sea conveniente. ¿Está preparado?

—Desde luego. —El piloto se sentó y manipuló algunos controles—. Cuando quieran.

—Adelante, pues —dijo Gross.

—El profesor... —empezó Kramer, pero en ese momento se produjo un tremendo estruendo y la nave brincó bajo sus pies.

Se agarró a una de las manijas de la pared y resistió como pudo. El rugido de las turbinas de reacción hacía vibrar enérgicamente toda la cabina.

La nave se elevó. Kramer cerró los ojos y contuvo el aliento. Viajaban al espacio y ganaban velocidad a cada segundo.

—Bien, ¿qué opinas? —preguntó Winter, nervioso—. ¿Ya es hora?

—Todavía falta un poco —contestó Kramer.

Estaba sentado en el piso de la cabina, inspeccionando la instalación electrónica de control. Había quitado la tapa de metal y dejado al descubierto el complicado laberinto de cables. Lo estudiaba y comparaba con el de los diagramas.

—¿Qué pasa? —preguntó Gross.

—Estos cambios. No consigo entender para qué sirven. Lo único que se me ocurre es que por alguna razón...

—Déjeme echar una ojeada —pidió el piloto. Se acuclilló junto a Kramer—. ¿Qué decía?

—¿Ve este plomo? En el proyecto original estaba controlado por un conmutador. Se abría y cerraba automáticamente, según los cambios de temperatura. Ahora está conectado de manera que lo opera el sistema de control central. Lo mismo sucede con los otros. Gran parte de la instalación era mecánica, operada por el aumento de la temperatura y de la presión. Ahora todo está controlado desde el núcleo central.

—¿El cerebro? —inquirió Gross—. ¿Quieres decir que ha sido alterado para que el cerebro lo manipule?

—Quizá el profesor Thomas no confiaba en los controles mecánicos —sugirió Kramer—. Quizá pensó que los acontecimientos se precipitarían. Algunos de los controles podrían cerrarse en una fracción de segundo. Los cohetes de frenado podrían activarse con tanta rapidez como...

—Oye —advirtió Winter desde la butaca de control—, nos acercamos a las estaciones lunares. ¿Qué debo hacer?

Miraron por la tronera. La desgastada superficie de la Luna brillaba bajo ellos, un espectáculo enfermizo y desagradable. Se aproximaban a gran velocidad.

—Tomaré los mandos —dijo el piloto.

Apartó a Winter de su camino y ocupó su lugar. La nave empezó a alejarse de la Luna en cuanto movió los controles. Divisaron las estaciones de observación diseminadas por la superficie y los diminutos cuadrados que eran la entrada a las fábricas y hangares subterráneos. Un destello rojo parpadeó en dirección a ellos. Los dedos del piloto transmitieron la respuesta desde el tablero de mandos.

—Hemos dejado atrás la Luna —dijo el piloto al cabo de un rato. Bien, sigamos con el plan.

Kramer no respondió.

—Señor Kramer, podemos proceder cuando quiera.

—Lo siento, estaba pensando. De acuerdo, gracias.

Frunció el ceño, sumido en sus reflexiones.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gross.

—Los cambios en la instalación. ¿Entendías los motivos cuando diste la autorización a los trabajadores?

Gross enrojeció.

—Ya sabes que no entiendo nada de material técnico. Soy de Seguridad.

—Debiste consultarme.

—¿Cuál es el problema? —se impacientó Gross—. Más pronto o más tarde tendremos que depositar nuestra confianza en el viejo.

El piloto se alejó del tablero con el rostro pálido y desencajado.

—Bueno, ya está.

—¿El qué? —preguntó Kramer.

—He cambiado al automático. Al cerebro. Se lo he entregado... al viejo. —El piloto encendió un cigarrillo y expulsó el humo nerviosamente—. Crucemos los dedos.

La nave se deslizaba en manos de un piloto invisible. En las profundidades de la nave, protegido y acorazado, un frágil cerebro humano reposaba en un tanque de líquido, donde recibía mil descargas eléctricas por minuto en su superficie. Las descargas eran recogidas y amplificadas, introducidas en sistemas de relés, aceleradas y enviadas a toda la nave...

Gross se secó el sudor de la frente, nervioso.

—Así que ya está funcionando. Ojalá sepa lo que hace.

—Creo que sí lo sabe —afirmó Kramer enigmáticamente.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. —Kramer se acercó a la tronera—. Veo que todavía nos desplazamos en línea recta. —Cogió el micrófono—. Podemos dar instrucciones al cerebro de viva voz.

Sopló en el micrófono para probarlo.

—Adelante —dijo Winter.

—Haga dar media vuelta a la nave —ordenó Kramer—. Reduzca la velocidad.

Esperaron. Pasó el tiempo. Gross miró a Kramer.

—No cambia. No pasa nada.

—Espera.

Poco a poco, la nave comenzaba a girar. Las turbinas aminoraron su rítmico golpeteo. La nave emprendió su nueva ruta. Desechos espaciales pasaron en dirección contraria a toda velocidad y se incineraron al entrar en contacto con los chorros de los cohetes.

—Hasta ahora, todo va bien —dijo Gross.

Respiraron con más tranquilidad. El piloto invisible había tomado el control lenta y suavemente. La nave se hallaba en buenas manos. Kramer pronunció algunas palabras más ante el micrófono y volvieron a girar retrocediendo por el camino de ida hacia la Luna.

—A ver lo que hace cuando entremos en el campo de atracción lunar —dijo Kramer—. El viejo era un buen matemático. Resolvía cualquier tipo de problemas.

La nave cambió de rumbo y se alejó de la Luna. El gran globo de torturada superficie se hundió detrás de ellos.

Gross exhaló un suspiro de alivio.

—Funciona a la perfección.

—Una cosa más —dijo Kramer por el micrófono—. Vuelva a la Luna y pose la nave en la primera pista de aterrizaje.

—Santo Dios —murmuró Winter—. ¿Por qué...?

—Tranquilo.

Kramer escuchó. Las turbinas jadearon y rugieron cuando la nave viró en redondo y aceleró. Retrocedían, retrocedían hacia la Luna. La nave cayó en picado hacia el globo.

—Vamos demasiado rápido —indicó el piloto—. No entiendo cómo podrá aterrizar a esta velocidad.

El globo llenaba la tronera. El piloto se precipitó sobre el tablero de control. La nave experimentó una sacudida al instante. La proa se alzó y la nave se zambulló en el espacio, lejos de la Luna, dibujando un ángulo oblicuo. Los hombres cayeron al suelo a causa del brusco cambio de dirección. Se incorporaron, estupefactos, mirándose entre sí.

—¡No fui yo! —gritó el piloto—. No llegué a tocar nada.

La nave ganaba velocidad a cada momento. Kramer titubeó.

—Tal vez sería mejor conectar el control manual.

El piloto cortó el automático. Aferró los controles de navegación y los movió.

—Nada. Nada. No responde.

Nadie habló.

—No es difícil entender lo que ha sucedido —dijo Kramer con tranquilidad—. El viejo no piensa dejar el control. Me lo temí cuando advertí los cambios. Todo en la nave está centralizado, incluso el sistema de refrigeración, las esclusas y la eliminación de desperdicios. Estamos a su merced.

—Tonterías.

Gross se precipitó hacia el tablero de mandos. Aferró el timón y lo giró. La nave continuó su curso, cada vez más lejos de la Luna.

—¡Abandone! —dijo Kramer en el micrófono—. ¡Deje los controles! Nosotros nos encargaremos. ¡Abandone!

—No funciona nada —dijo el piloto—. El timón está muerto, completamente muerto.

—Y seguimos adelante —señaló Winter, con una sonrisa estúpida pintada en el semblante—. Atravesaremos la primera línea de defensa dentro de pocos minutos. Si no nos derriban...

—Pediremos auxilio por radio —dijo el piloto mientras la conectaba—. Me pondré en contacto con las bases principales y una de las estaciones de observación.

—Será mejor que lo haga con el cinturón defensivo, teniendo en cuenta la velocidad a la que vamos. Llegaremos dentro de un minuto.

—Y después nos adentraremos en el espacio exterior —explicó Kramer—. Está acelerando. ¿Va equipada la nave con baños?

—¿Baños? —exclamó Gross.

—Tanques de sueño, para viajes espaciales. Es posible que los necesitemos si la velocidad continúa en aumento.

—Por el amor de Dios, ¿adónde vamos? —masculló Gross—. ¿Adónde..., adónde nos lleva?

El piloto consiguió establecer contacto.

—Soy Dwight, desde la nave. Vamos a entrar en la zona de defensa a gran velocidad. No disparen.

—Vuelvan —les conminó una voz impersonal—. No permitimos la entrada en la zona de defensa.

—No podemos. Hemos perdido el control.

—¿Que han perdido el control?

—Esta es una nave experimental.

Gross se apoderó del micrófono.

—Soy el comandante Gross, de Seguridad. Somos arrastrados hacia el espacio exterior. No podemos hacer nada. ¿Hay alguna posibilidad de que nos rescaten?

Un instante de vacilación.

—Tenemos algunas naves rápidas de persecución que podrían recogerles si se atreven a saltar. Hay bastantes posibilidades de que les encuentren. ¿Tienen bengalas espaciales?

—Sí —dijo el piloto—. Vamos a probarlo.

—¿Abandonar la nave? —se extrañó Kramer—. Si la dejamos, nunca la volveremos a ver.

—¿Y qué otra cosa podemos hacer? La velocidad aumenta sin cesar. ¿Propone que nos quedemos?

—No. —Kramer agitó la cabeza—. Maldita sea, tiene que haber otra solución.

—¿Puedes comunicarte con él? —preguntó Winter—. Con el viejo. Trata de razonar con él.

—Vale la pena probarlo —dijo Gross—. Hazlo.

—De acuerdo. —Kramer cogió el micrófono y dudó un momento—. ¡Escuche! ¿Me oye? Soy Phil Kramer. ¿Me oye, profesor? ¿Me oye? Quiero que abandone los controles.

Silencio.

—Soy Kramer, profesor. ¿Me oye? ¿Se acuerda de mí? ¿Sabe quién soy?

El altavoz situado sobre el panel de control emitió un sonido de estática. Todos levantaron la vista.

—¿Me oye, profesor? Soy Philip Kramer. Quiero que nos devuelva la nave. ¡Si me oye, abandone los controles! ¡Suéltelos, profesor, suéltelos!

Estática. Un sonido silbante, como el viento. Se miraron entre sí. Hubo un momento de silencio.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo Gross.

—No..., ¡escucha!

Se produjo un chisporroteo. Luego, mezclada, casi perdida en el chisporroteo, llegó una voz mate, sin modular, una voz mecánica y desprovista de vida.

...¿Eres tú, Phil? No te veo. Oscuridad... ¿Quién está ahí? Contigo...

—Soy yo, Kramer. —Sus dedos se cerraron sobre el mango del micrófono—. Debe abandonar los controles, profesor. Tenemos que volver a la Tierra. Hágalo.

Silencio. Después, la débil y vacilante voz habló de nuevo, algo más nítida que antes.

—Kramer. Todo es tan extraño. Yo tenía razón, a pesar de todo. La conciencia es el resultado del pensamiento. Un resultado necesario. Cogito ergo sum: Conserva la capacidad conceptual. ¿Me oyes?

—Sí, profesor...

—Alteré las conexiones. El control. Estaba absolutamente seguro. Me pregunto si puedo hacerlo. Tratar de...

De repente, el aire acondicionado se puso a funcionar. Cesó bruscamente. Una puerta golpeó al otro extremo del pasillo. Algo cayó al suelo. Los hombres estaban atentos al menor de los sonidos. que llegaban de todas partes. Los interruptores se abrían y cerraban. Las luces parpadearon; se quedaron a oscuras. Las luces volvieron y, al mismo tiempo, los calefactores se apagaron.

—¡Santo Dios! —dijo Winter.

El sistema contra incendios se disparó y un chorro de agua cayó sobre ellos. Una de las esclusas de emergencia se abrió y el aire escapó hacia el espacio con un bramido ensordecedor.

La esclusa se cerró con estrépito. El silencio se apoderó de la nave. Los calefactores funcionaron. La fantástica exhibición terminó tan repentinamente como había empezado.

—Puedo hacerlo... todo. —Habló la monótona e inexpresiva voz desde el altavoz—. Lo controlo todo. Kramer, me gustaría hablar contigo. He estado..., he estado pensando. Hace muchos años que no te veo. Tenemos tantas cosas de qué hablar. Has cambiado, muchacho. Hay mucho que discutir. Tu esposa...

El piloto asió a Kramer por el brazo.

—Una nave se mantiene paralela a nuestro rumbo. Mire.

Corrieron hacia la tronera. Un esbelto y ceniciento vehículo espacial navegaba en su misma dirección, emitiendo señales luminosas.

—Una nave de persecución de la Tierra —dijo el piloto— Saltemos. Nos recogerán. Los trajes...

Corrió al depósito de suministros y giró la manecilla. La puerta se abrió. El piloto tiró los trajes al suelo.

—De prisa —dijo Gross.

El pánico se apoderó de ellos. Se vistieron frenéticamente los pesados trajes. Winter se tambaleó hacia la esclusa de emergencia y se detuvo para esperar a los demás. Se agruparon de uno en uno.

—¡Vamos! —ordenó Gross—. Abra la esclusa.

Winter tiró con fuerza de la esclusa.

—Ayúdeme todos.

No sucedió nada. La esclusa no cedió, pese al esfuerzo conjunto de todos.

—Traiga una palanca —pidió el piloto.

—¿Alguien tiene un desintegrador? —Gross rebuscó a su alrededor como un poseso—. ¡Maldita sea, vuélenla!

—Tiremos —masculló Kramer—, tiremos todos a la vez.

—¿Están en la esclusa? —La voz monótona se arrastró y circuló por los pasillos de la nave. Levantaron la vista, desconcertados—. Percibo que algo se aproxima en el exterior. ¿Una nave? ¿Se marchan todos? ¿Tú también, Kramer? Qué pena. Confiaba en que podríamos hablar. Tal vez en otra ocasión te convenza para que te quedes.

—¡Abra la esclusa! —gritó Gross con los ojos clavados en las paredes impersonales de la nave—. ¡Por el amor de Dios, ábrala!

Hubo un silencio, una pausa interminable. Luego, muy despacio, la esclusa se abrió. El aire huyó hacia el espacio con un bramido agudo.

Saltaron uno tras otro, propulsados por el material repelente de los trajes. Fueron rescatados por la nave de persecución unos minutos más tarde. Cuando el último atravesaba la compuerta, su nave se lanzó adelante a tremenda velocidad. Desapareció.

Kramer se quitó el casco y jadeó. Dos soldados le envolvieron en mantas. Gross, tembloroso, bebió una taza de café.

—Se ha ido —murmuró Kramer.

—Enviaré un aviso —dijo Gross.

—¿Qué le ha sucedido a su nave? —preguntó uno de los tripulantes con curiosidad—. Se fue a toda prisa. ¿Quién va en ella?

—Habrá que destruirla —continuó Gross, con el rostro contraído por la cólera—. Debe ser destruida. No hay forma de saber lo que..., lo que él tiene en mente. —Gross se dejó caer en un banco de metal—. Menuda advertencia. Fue una locura confiar en él.

«Me pregunto lo que estará planeando —se dijo Kramer—. No tiene sentido. No lo entiendo.»

Mientras la nave regresaba a la base lunar, se sentaron alrededor de una mesa en el comedor. Bebieron café caliente y reflexionaron, sin hablar demasiado.

—Escucha —rompió el silencio Gross—, ¿qué clase de hombre era el profesor Thomas? ¿Cómo le recuerdas?

Kramer posó su taza sobre la mesa.

—Han pasado diez años. No me acuerdo muy bien.

Su mente retrocedió en el tiempo. Dolores y él habían ido juntos a la Universidad de Hunt, donde cursaron las especialidades de física y ciencias sociales. La universidad era pequeña y estaba bastante distanciada de lo que sucedía en el mundo exterior. La había elegido porque era la de su ciudad natal, y porque su padre también se formó en ella.

El profesor Thomas llevaba tanto tiempo en la universidad que nadie recordaba su fecha de ingreso. Era un viejecito extraño y reservado. Desaprobaba muchas cosas, pero no solía mencionarlas.

—¿Recuerdas algo que nos pueda ayudar? —preguntó Gross—. ¿Algo que nos dé la clave para comprender lo que está sucediendo?

—Recuerdo algo... —asintió lentamente Kramer.

Un día, él y el profesor se habían sentado en la capilla de la universidad para charlar con tranquilidad.

—Bueno, pronto te marcharás de la universidad —había dicho el profesor—. ¿Qué vas a hacer?

—¿Hacer? Trabajar en alguno de los proyectos de investigación del gobierno, supongo.

—¿Y luego? ¿A qué aspiras?

—La pregunta es poco científica —había sonreído Kramer—. Presupone algo así como metas definitivas.

—Entonces, supón lo siguiente: no hay guerra ni proyecto de investigación del gobierno. ¿Qué harías en ese caso?

—No lo sé, pero me resulta difícil imaginar esa situación hipotética. Hay guerra desde que tuve uso de razón. Nos educan para la guerra: Ignoro lo que haría. Supongo que terminaría por adaptarme.

El profesor le había mirado fijamente.

—Ah, crees que te acostumbrarías. ¿eh? Bien, me complace. ¿Y piensas que encontrarías otra cosa?

Gross escuchaba con suma atención.

—¿Cuáles son tus conclusiones, Kramer?

—Muy pocas, excepto que era contrario a la guerra.

—Todos somos contrarios a la guerra —puntualizó Gross.

—Es cierto, pero él era un solitario, se mantenía al margen de todo. Vivía con mucha sencillez, se hacía la comida él solo. Su mujer había muerto muchos años antes. Él había nacido en Europa, en Italia. Se cambió el nombre cuando llegó a Estados Unidos. Leía con frecuencia a Dante y a Milton. Hasta tenía una Biblia.

—Muy anticuado, ¿no?

—Sí, estaba muy anclado en el pasado. Compró un fonógrafo y discos, y escuchaba música antigua. Ya viste lo muy clásica que era su casa.

—¿Estaba fichado? —preguntó Winter a Gross.

—¿Por Seguridad? No, en absoluto. Según nuestros informes, nunca se mezcló en política ni se afilió a ningún partido; de hecho, parece que carecía de fuertes convicciones políticas.

—En efecto —añadió Kramer—, lo único que le gustaba era pasear por las colinas. Le gustaba la naturaleza.

—La naturaleza es imprescindible para los científicos —dijo Gross—. La ciencia no existiría sin ella.

—Kramer, después de apoderarse de la nave y esfumarse, ¿cuál crees que es su plan? —preguntó Winter.

—Quizá le volvió loco el trasplante —insinuó el piloto—. Quizá no tenga planes, ni ideas.

—Pero modificó las instalaciones de la nave y se aseguró de que conservaría la conciencia y la memoria antes de dar su consentimiento a la operación. Tuvo que hacer planes desde el principio. La pregunta es ¿cuáles?

—Es posible que sólo quisiera vivir más tiempo —dijo Kramer—. Estaba enfermo, a punto de morir. O...

—¿O qué?.

—Nada. —Kramer se levantó—. Tan pronto como lleguemos a la base lunar llamaré por videófono a la Tierra. Quiero comentar este asunto con alguien.

—¿Con quién? —preguntó Gross.

—Con Dolores. Tal vez recuerde algo.

—Es una buena idea —aprobó Gross.

—¿Desde dónde llamas? —preguntó Dolores cuando Kramer consiguió localizarla.

—Desde una base lunar.

—Se han esparcido toda clase de rumores. ¿Por qué no regresó la nave? ¿Qué sucedió?

—Me temo que se escapó con ella.

—¿Quién?

—El viejo. El profesor Thomas.

Kramer explicó los últimos acontecimientos.

—Qué raro. ¿Crees que lo planeó todo desde el principio?

—Estoy seguro. Lo primero que hizo fue estudiar los planos y los principios teóricos.

—Pero ¿para qué? ¿Por qué?

—No lo sé. Oye, Dolores, ¿qué recuerdas de él? ¿Hay algo que nos pueda proporcionar una pista?

—¿Como qué?

—No lo sé. Ése es el problema.

Vio en la pantalla cómo Dolores arqueaba una ceja.

—Recuerdo que criaba pollos en un corral, y que una vez tuvo una cabra. ¿Te acuerdas cuando la cabra se soltó y estuvo paseando por la calle principal de la ciudad? Todo el mundo se preguntaba de dónde había salido.

—¿Algo más?

—No —intentó recordar—. Quería comprar una granja.

—De acuerdo, gracias. Cuando vuelva a la Tierra pasaré a verte.

—Tenme al corriente.

Kramer cortó la comunicación. La imagen se difuminó. Regresó a la mesa donde aguardaban Gross y algunos militares.

—¿Hubo suerte? —preguntó Gross.

—No. Todo lo que recuerda es que tenía una cabra.

—Ven a mirar este radar. —Gross le arrastró a su lado—. ¡Mira!

Kramer vio aletas moviéndose furiosamente y puntitos blancos que corrían atrás y adelante.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Un escuadrón situado más allá de la zona defensiva ha conseguido establecer contacto con la nave. Ahora está tomando posiciones. Mira.

Los puntos blancos se disponían a rodear un ala blanca que atravesaba en línea recta la pantalla, alejándose de la posición central. Los puntos blancos fueron cerrando filas.

—Están preparados para abrir fuego —dijo un técnico—. Comandante, ¿cuáles son las órdenes?

—Odio ser el que tome la decisión —vaciló Gross—. Cuando lo tengan a tiro…

—No es una nave —interrumpió Kramer—. Es un hombre, un ser vivo. Una persona que cruza el espacio. Ojalá supiéramos…

—Es necesario dar la orden. No nos podemos arriesgar. Imagina por un momento que se pase a los yuks.

Kramer abrió la boca de asombro.

—Por Dios, nunca haría eso.

—¿Estás seguro? ¿Sabes cuáles son sus propósitos?

—Nunca haría eso.

—Dígales que sigan adelante —ordenó Gross al técnico.

—Lo siento, señor, pero la nave ha huido. Observe la pantalla.

Gross y Kramer bajaron la vista al mismo tiempo. El punto blanco se había deslizado entre los negros con una brusca maniobra. Los puntos blancos, desorientados, se movían dispersos.

—Un estratega poco común —comentó uno de los oficiales. Recorrió con el dedo la trayectoria—. Se trata de un viejo truco prusiano, pero ha funcionado.

Los puntos blancos volvían a su base.

—Demasiadas naves yuks por esa zona —dijo Gross—. Bien, esto es lo que ocurre cuando no se actúa con la suficiente rapidez. —Miró fríamente a Kramer —Tuvimos que hacerlo en cuanto se puso a tiro. ¡Mira cómo escapa! —Indicó con el dedo el veloz punto negro que, al llegar al límite de la pantalla, se detuvo—. ¿Lo ves?

«¿Y ahora qué?», pensó Kramer. Así que el viejo había burlado a los cruceros. No descuidaba la vigilancia, de acuerdo; su mente funcionaba al ciento por ciento. Controlaba con suma habilidad su nuevo cuerpo.

Cuerpo... La nave era su nuevo cuerpo. Había cambiado su viejo y agonizante cuerpo, marchito y frágil, por un armazón de plástico y metal, turbinas y cohetes propulsores. Ahora era fuerte. Fuerte y grande. El nuevo cuerpo era más poderoso que el de un millar de cuerpos humanos. ¿Cuánto tiempo duraría? La vida media de un crucero no sobrepasaba los diez años. Alcanzaría los veinte siempre que fuera tratado con delicadeza, hasta que fallara alguna pieza esencial y no hubiera forma de repararlo.

¿Y después? ¿Qué haría cuando algo dejara de funcionar y nadie pudiera arreglarlo? Sería el fin. La nave, silenciosa e inerte, en la fría oscuridad del espacio, iría disminuyendo de velocidad hasta agotar su último impulso de energía en la eternidad sin límites del espacio exterior, o tal vez se estrellaría contra un cinturón de asteroides y estallaría en un millón de fragmentos.

Sólo era cuestión de tiempo.

—¿No recordó nada tu esposa? —preguntó Gross.

—Ya te lo dije. Sólo que una vez tuvo una cabra.

—Una gran ayuda.

—No es culpa mía.

Kramer se encogió de hombros.

—Me pregunto si le volveremos a ver. —Gross contempló el ala blanca, parada en el extremo de la pantalla—. Me pregunto si alguna vez regresará.

—Yo también —asintió Kramer.

Kramer se revolvió en la cama toda la noche, insomne. No estaba acostumbrado a la escasa gravedad lunar que, incluso aumentada artificialmente, le resultaba incómoda. Un millar de pensamientos vagaban por su mente.

¿Cuál era el misterio? ¿Qué planeaba el profesor? Quizá nunca lo sabrían. Quizá era mejor que la nave y el profesor hubieran desaparecido para siempre en la oscuridad del espacio exterior. Nunca sabrían por qué lo había hecho, qué propósito, en caso de existir, le animaba.

Kramer se incorporó en la cama, abrió la luz y encendió un cigarrillo. La habitación, de paredes metálicas, formaba parte de la base lunar.

El viejo había querido hablar con él. Quería discutir, entablar una conversación, pero su único deseo, en medio de la histeria y la confusión, había sido el de huir. La nave les arrastraba hacia el espacio exterior.

Kramer se frotó la mejilla. ¿Alguien podía culparles por haber saltado? No tenían ni idea de adónde iban, ni por qué. Estaban indefensos, atrapados en su propia nave; su única oportunidad era la nave que había ido a rescatarles. Media hora más y habría sido demasiado tarde.

Pero ¿qué había querido decirle el viejo? ¿Qué había tratado de comunicarle en aquellos primeros momentos de confusión, cuando toda la nave había cobrado vida, cada cable y cada plancha de metal, como el cuerpo de un animal, como un gigantesco organismo metálico?

Fue siniestro, aterrador. Ni aun ahora podía olvidarlo. Paseó la mirada por la pequeña habitación, inquieto. ¿Qué significaba la resurrección del metal y el plástico? De repente, se habían encontrado en el interior de una criatura viviente, en su estómago, como Jonás dentro de la ballena.

Estaba viva y les había hablado, con calma, racionalmente, mientras se zambullía a velocidad progresiva en el espacio exterior. El altavoz y el circuito habían hecho las veces de cuerdas vocales y de boca, los cables, la espina dorsal y los nervios, y las esclusas. los relés y los interruptores automáticos, los músculos.

Habían quedado a su merced, completamente a su merced. Les había arrebatado en un segundo la posesión de la nave, dejándoles indefensos, desnudos. Una situación muy perturbadora. Toda su vida había controlado las máquinas: había doblegado a la naturaleza y a las fuerzas de la naturaleza para que sirvieran a las necesidades del hombre. La raza humana había evolucionado poco a poco hasta lograr aprender a manipular las cosas. Y de repente la habían empujado escalera abajo, a los pies de un poder ante el que no eran más que niños.

Kramer saltó de la cama. Se puso la bata y buscó un cigarrillo. El videófono zumbó.

—¿Sí?

—Una llamada de la Tierra, señor Kramer —anunció el monitor—. Una llamada de emergencia.

—¿Una llamada de emergencia? ¿Para mí? Póngame.

Kramer se quitó el pelo de tos ojos, despierto y alarmado.

—¿Philip Kramer? ¿Es usted Kramer? —preguntó una voz desconocida.

—Sí, diga.

—Le llamo desde el Hospital General de Nueva York, en la Tierra. Señor Kramer, su esposa está aquí. Ha sufrido graves heridas en un accidente. Me dieron su nombre para que le informara. Si le es posible...

—¿Cuál es su estado? —Kramer aferró el aparato—. ¿Es grave?

—Sí, es grave, señor Kramer. ¿Puede venir? Cuanto antes, mejor.

—Sí —asintió Kramer— Iré. Gracias.

La comunicación se cortó. Kramer esperó un momento. Apretó el botón y la pantalla se iluminó de nuevo.

—A sus órdenes, señor —dijo el monitor.

—Necesito ir a la Tierra cuanto antes. ¿Hay alguna nave disponible? Se trata de una emergencia. Mi esposa...

—La próxima nave despegará dentro de ocho horas. Tendrá que esperar.

—¿Hay alguna otra posibilidad?

—Transmitiremos un mensaje a todas las naves que circulen por las inmediaciones. Algunos cruceros que van camino de la Tierra se detienen aquí para efectuar reparaciones.

—Hágalo, por favor. Bajaré a la pista.

—Sí, señor, pero es posible que tarde en aparecer alguna nave. Es cuestión de suerte.

La pantalla se apagó.

Kramer se vistió a toda prisa. Se puso la chaqueta y corrió al ascensor. Un momento después cruzaba el vestíbulo principal, dejando atrás filas de escritorios vacíos y mesas de conferencia. Los centinelas de la puerta se apartaron y bajó por los enormes peldaños de hormigón.

La cara de la Luna estaba en sombras. La pista, una extensión negra, infinita, sin forma, se hallaba por completo a oscuras. Descendió los escalones con grandes precauciones y siguió por la rampa hasta la torre de control. Una hilera de lucecillas rojas le guió.

Dos soldados, agazapados al pie de la torre y con los fusiles dispuestos, le dieron el alto.

—¿Kramer?

—Sí.

Una linterna iluminó su rostro.

—Su mensaje ya ha sido enviado.

—¿Ha habido suerte?

—Se acerca un crucero con el que hemos comunicado. Lleva un motor averiado y se mueve a poca velocidad hacia la Tierra, lejos de la línea defensiva.

—Bien —aprobó Kramer, algo más aliviado.

Encendió un cigarrillo y ofreció el paquete a los soldados. Ambos aceptaron.

—Señor —preguntó uno—, ¿es cierto lo que cuentan de la nave experimental?

—¿Por ejemplo?

—Que cobró vida y salió huyendo.

—No, no exactamente. Utilizamos un nuevo sistema de control, en lugar del equipo Johnson. No se hicieron suficientes comprobaciones.

—Pero, señor, un amigo mío que estaba a bordo de uno de los cruceros que fue tras ella, me contó que la nave se comportó de una manera extraña. Nunca había visto nada parecido. Le recordó una vez que estuvo pescando en la Tierra, en el estado de Washington. Pescaba percas. Eran muy listas, y se movían de un lado a otro…

—¡Mire! —indicó el otro soldado—. Ahí está su crucero.

Una enorme sombra imprecisa descendía lentamente sobre la pista. Sólo se distinguía una corta fila de luces verdes.

—Apresúrese, señor —dijo un soldado—, no se van a quedar mucho rato.

—Gracias.

Kramer cruzó la pista en dirección a la forma negra que se cernía sobre su cabeza y que ocupaba todo el ancho de la pista. Se sujetó a la rampa que había bajado desde un costado del crucero. La rampa se elevó, y un momento después se hallaba a bordo de la nave. La compuerta se cerró tras él.

Mientras subía la escalerilla que llevaba al puente de mando, las turbinas rugieron y el vehículo abandonó la Luna, rumbo al espacio.

Kramer abrió la puerta del puente de mando. Se detuvo en el umbral, atónito, y sorprendido. No había nadie a la vista. La nave estaba vacía.

—Santo Dios —murmuró al comprender la realidad. Se sentó en un banco con la cabeza hundida entre las manos —Santo Dios.

La nave se adentró en el espacio, alejándose cada vez más de la Luna y de la Tierra.

Y no podía hacer nada por evitarlo.

—Así que fue usted quien efectuó la llamada —dijo por fin—. Fue usted quien me llamó por videófono, no un hospital de la Tierra. Todo formaba parte del plan. —Paseó la vista en torno suyo—. Y Dolores no...

—Tu esposa está bien —dijo el altavoz— Fue una trampa. Lamento haberte engañado de esa manera, Philip, pero no se me ocurrió otra cosa. Un día más y habrías vuelto a la Tierra. No quiero permanecer en esta zona más de lo estrictamente necesario. Estaban tan seguros de que me hallaba en las profundidades del espacio que no me costó nada merodear por las cercanías sin exponerme a ningún peligro. Claro que hasta la carta robada fue descubierta.

Kramer fumó su cigarrillo con nerviosismo.

—¿Qué piensa hacer ahora? ¿Adónde vamos?

—En primer lugar, quiero hablar contigo. Tenemos muchas cosas de qué discutir. Me disgustó mucho que te marcharas con los demás. Confiaba en que te quedarías. —La voz monótona rió entre dientes—. ¿Te acuerdas de nuestras conversaciones, en los viejos días? Ha pasado mucho tiempo.

La nave ganaba velocidad. Atravesó como un rayo el límite de la zona defensiva y se hundió en el espacio. Kramer se dobló en dos, a punto de vomitar.

Cuando se recuperó, la voz continuó hablando:

—Siento que vayamos tan rápidos, pero todavía estamos en peligro. Dentro de unos momentos iremos más despacio.

—¿Y las naves yuk? ¿Andan por aquí?

—Me he escabullido de algunas. Despierto su curiosidad.

—¿Curiosidad?

—Intuyen que soy diferente, mucho más que sus minas orgánicas. Eso no les gusta. Creo que pronto abandonarán esta zona. Parece que no desean problemas conmigo. Es una raza extraña, Philip. Me hubiera gustado estudiarles más de cerca, obtener todo tipo de información. Sostengo la opinión de que no utilizan materiales inertes. Todo su equipo e instrumental, de una u otra forma, están vivos. No construyen ni fabrican nada. Son ideas ajenas a su estructura mental. Utilizan formas de vida. Incluso sus naves...

—¿Adónde vamos? —preguntó Kramer—. Quiero saber adónde me lleva.

—Francamente, no estoy seguro.

—¿Que no está seguro?

—Me faltan por perfilar algunos detalles. Todavía hay ciertas deficiencias en mi programa, pero no tardaré en subsanarlas.

—¿En qué consiste su programa?

—En realidad, es muy sencillo. Será mejor que entres en la sala de control y tomes asiento. Las butacas son mucho más cómodas que los bancos metálicos.

Kramer obedeció y se sentó frente al tablero de control. Contemplar aquel instrumental inutilizado le causaba una sensación extraña.

—¿Qué te ocurre? —chirrió el altavoz que colgaba de la pared.

—Me siento impotente. —Kramer hizo un gesto vago—. No puedo hacer nada, y no me gusta. ¿Me lo reprocha?

—No, no te lo reprocho. Pronto recuperarás el control, no te preocupes. El hecho de mantenerte al margen es una situación meramente provisional. Ni siquiera me la había planteado. Olvidé que habían dado orden de disparar sobre mí en cuanto apareciera.

—Fue idea de Gross.

—No lo dudo. Se me ocurrió el plan tan pronto como me describiste el proyecto, aquel día en mi casa. En seguida comprendí que estabais equivocados; ignoráis todo acerca de la mente. Me di cuenta de que trasplantar un cerebro humano de un cuerpo orgánico a una compleja nave artificial no implica la pérdida de las facultades intelectuales de la mente. Cuando un hombre piensa, existe.

»Una vez llegado a esta conclusión, vi la posibilidad de hacer realidad un viejo sueño. Yo era ya muy viejo cuando me conociste, Philip. Mi vida estaba tocando a su fin. La única perspectiva que se abría ante mí era la muerte, la extinción de mis ideas. No había dejado huella en el mundo, ninguna en absoluto. Mis estudiantes, uno por uno, pasaban de mis manos al mundo externo, y entraban a trabajar en el gran Programa de Investigación, dirigido a inventar armas mejores y más poderosas para continuar la guerra.

»El mundo no ha cesado de guerrear durante mucho tiempo, primero consigo, después con los marcianos, luego con estos seres de Próxima Centauro de los que apenas sabemos nada. La sociedad humana ha consagrado la guerra como una institución cultural, al igual que la astronomía o las matemáticas. La guerra es parte de nuestras vidas, una carrera, una vocación respetable. Jóvenes de ambos sexos que poseen un gran talento se suben a esa rueda imparable, como en los tiempos de Nabucodonosor. Siempre ha sido así.

»¿Es algo innato en la humanidad? No lo creo. Ningún hábito social es innato. Hay muchos grupos humanos que no guerrean; los esquimales jamás lo hicieron, y los indios americanos nunca acogieron la idea con agrado.

»Pero estos disidentes fueron borrados del mapa, y se establecieron nuevos modelos culturales que se extendieron por todo el planeta, hasta impregnarnos por completo.

»Sin embargo, si en algún punto de la evolución se han producido discrepancias, si se han establecido costumbres diferentes a la concentración de hombres y material para...

—¿Cuál es su plan? —interrumpió Kramer—. Conozco la teoría. Formaba parte de una de sus asignaturas.

—Sí, disfrazada en la asignatura de selección de cultivos, según creo recordar. Cuando me hiciste esta proposición, comprendí que tal vez podría llevar mi idea a la práctica, después de todo. Si mi teoría de que la guerra es un simple hábito y no un instinto es correcta, una sociedad establecida fuera de la Tierra, con una mínima base cultural, debería evolucionar de manera diferente. Si se apartara de nuestro punto de vista, si partiera de otros presupuestos, se desviaría del punto en el que nos hemos estancado: un callejón sin salida, una sucesión de guerras que finalizará con la ruina y la destrucción del planeta.

»Al principio, un Vigilante debería guiar el experimento, por supuesto. No tardaría en desencadenarse una crisis, quizá en la segunda generación. Caín surgiría casi al instante.

»Por lo tanto, Kramer, considero que si reposo la mayor parte del tiempo en algún pequeño planeta o satélite, podré seguir funcionando durante casi cien años, tiempo suficiente para observar la evolución de la nueva colonia. Después... Bien, después la colonia debería valerse por sus propios medios.

»La única solución válida, por supuesto. Un día u otro, el hombre ha de llevar sus propias riendas. Cien años más y controlará su destino. Quizá me equivoque, quizá la guerra sea algo más que un hábito. Quizá la supervivencia mediante la violencia sea una ley del universo.

»Con todo, seguiré adelante, asumiré el riesgo de que sea un simple hábito, de que estoy en lo cierto, de que la guerra es algo a lo que estamos tan acostumbrados que no comprendemos su monstruosidad. ¡Hay que encontrar un lugar! Aún no lo tengo claro. Sin embargo, es imprescindible hacerlo.

»Y eso es lo que estoy haciendo ahora. Tú y yo vamos a inspeccionar algunos sistemas fuera de las rutas habituales, planetas con pocas perspectivas para desarrollar el comercio y, por tanto, despreciados por las expediciones terrestres. Conozco uno que podría ser un buen sitio. Consta en el manuscrito original de la expedición Fairchild. Miraremos en ése, para empezar.

La nave quedó en silencio.

Kramer estuvo sentado un rato con la vista fija en el piso de metal, que vibraba lentamente al compás de las turbinas. Al fin, levantó los ojos.

—Tal vez esté en lo cierto. Quizá nuestro punto de vista sea sólo un hábito. —Kramer se puso de pie—. Pero es posible que no haya considerado un detalle.

—¿Cuál?

—Si se trata de un hábito integrado profundamente en nuestro comportamiento desde hace miles de años, ¿cómo va a conseguir que sus colonizadores efectúen la ruptura, abandonen la Tierra y las costumbres terrestres? ¿Qué ocurrirá con esta generación, los primeros, los que funden la colonia? Creo que es correcto afirmar que la siguiente generación se vería libre de esta maldición, en el caso de que hubiera un... —sonrió— ...un viejo en lo alto que les enseñara otras cosas.

»¿Cómo conseguirá que la gente marche de la Tierra con usted si, según su teoría, esta generación está perdida, si todo empezará en la próxima?

El altavoz permaneció en silencio. Luego se oyó una débil risita.

—Me sorprendes, Philip. Buscaremos los colonizadores. No necesitamos demasiados, sólo unos cuantos. —El altavoz rió de nuevo—. Te explicaré mi solución.

Una puerta se abrió al otro lado del pasillo. Se produjo un sonido, un sonido vacilante. Kramer se volvió.

—¡Dolores!

Dolores Kramer se quedó donde estaba, insegura, mirando la sala de control. Parpadeó de asombro.

—¡Phil! ¿Qué haces aquí? ¿Qué sucede?

Intercambiaron una mirada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dolores—. Me dijeron por videófono que habías resultado herido en una explosión lunar...

El altavoz volvió a la vida.

—Como ves, Philip, el problema ya está resuelto. No necesitamos mucha gente; bastará con una pareja.

—Comprendo —murmuró Kramer— Sólo una pareja: un hombre y una mujer.

—Podrían hacerlo muy bien, si hubiera alguien que velara para que el proceso no se desviara de su meta. No te podré ayudar mucho, Phil, muy poco, pero creo que saldremos adelante.

—Podría ayudarnos a dar nombre a los animales —ironizó Phil Kramer—. Entiendo que es el primer paso.

—Lo haré con gusto —dijo la voz monótona e impersonal—. Si no recuerdo mal, mi trabajo consiste en traértelos uno por uno. Luego te encargarás de ponerles nombre.

—No comprendo nada —balbuceó Dolores—. ¿De qué está hablando, Phil? Dar nombre a los animales. ¿Qué animales? ¿Adónde vamos?

Kramer caminó lentamente hacia la tronera y miró afuera en silencio con los brazos cruzados. Miríadas de chispas de luz destellaban en la lejanía, innumerables brasas resplandeciendo en el oscuro vacío. Estrellas, soles, sistemas. Infinitos, incalculables. Un universo de mundos. Una infinidad de planetas que les aguardaban, fulgurando y parpadeando en la oscuridad.

Se apartó de la tronera.

—¿Adónde vamos? —Sonrió a su esposa, que le contemplaba de pie, nerviosa y asustada, con la inquietud reflejada en sus grandes ojos—. No sé adónde vamos, pero eso no parece importante ahora... Empiezo a comprender el punto de vista del profesor; el resultado es lo que cuenta.

Y por primera vez en muchos meses rodeó con su brazo a Dolores.

Ella se puso rígida, al principio, aterrada y nerviosa todavía, pero se apretó contra él y las lágrimas humedecieron sus mejillas.

—Phil..., ¿crees de veras que podemos volver a empezar...?

Él la besó con ternura, y después con pasión.

Y la nave surcó a toda velocidad la infinita y desconocida del vacío...

FLAUTISTAS EN EL BOSQUE

—Bien, cabo Westerburg —preguntó suavemente el doctor Henry Harris—, ¿por qué piensa que es usted una planta?

Mientras hablaba, Harris miró la nota que tenía sobre el escritorio, redactada de puño y letra por el propio comandante de la base con su tosca caligrafía: «Doctor, éste es el tipo que le mencioné. Hable con él e intente averiguar cuál es el motivo de su alucinación. Forma parte de la nueva guarnición en la estación de control del Asteroide Y-3, y no queremos que nada vaya mal allí, especialmente por una chorrada como ésta».

Harris hizo a un lado la tarjeta y observó al joven que tenía enfrente.

Parecía incómodo y ávido de evadir el interrogatorio. Harris frunció el ceño. Westerburg era un chico bien parecido, atractivo con su uniforme de la patrulla y con el mechón de pelo rubio que le caía sobre un ojo. Era alto, casi un metro ochenta, de aspecto saludable, y había terminado el entrenamiento dos años antes, según la ficha. Había nacido en Detroit. Tuvo

el sarampión a los nueve años. Interesado en los motores de reacción, el tenis y las chicas. Veintiséis años.

—Bien, cabo Westerburg —repitió el doctor Harris—. ¿Por qué piensa que es usted una planta?

El cabo le miró con timidez. Se aclaró la garganta.

—No es que lo piense, señor, es que soy una planta. Hace días que soy una planta.

—Comprendo. —El doctor movió la cabeza—. ¿Quiere decir que no fue siempre una planta?

—No, señor. Me convertí en una planta hace poco.

—¿Y qué era antes de convertirse en una planta?

—Bien, señor, igual que los demás.

Hubo un silencio. El doctor Harris cogió su pluma y garabateó algunas líneas, pero no surgió nada importante. ¿Una planta? Un joven de aspecto tan sano... Harris se quitó las gafas con montura de acero y las limpió con su pañuelo. Se las colocó de nuevo y se reclinó en la silla.

—¿Le apetece un cigarrillo, cabo?

—No, señor.

El doctor encendió uno para él y posó el brazo sobre el borde de la silla.

—Cabo, debe comprender que muy pocos hombres se convierten en plantas, especialmente en un lapso de tiempo tan breve. He de admitir que es usted la primera persona que me comunica algo semejante.

—Sí, señor, es algo muy raro.

—Comprenderá los motivos de mi interés. Cuando dice que es una, planta, ¿significa que carece de movilidad? ¿O que es un vegetal, y no un animal? ¿O qué?

El cabo desvió la mirada.

—No puedo decirle nada más —murmuró—. Lo lamento.

—Bien, ¿le importaría decirme cómo se convirtió en una planta?

El cabo Westerburg vaciló. Bajó la vista al suelo, luego miró por la ventana al espaciopuerto y después siguió las evoluciones de una mosca sobre el escritorio. Por fin, se puso lentamente en pie.

—Ni siquiera puedo decirle eso, señor.

—¿Que no puede? ¿Porqué?

—Porque..., porque prometí no hacerlo.

La habitación quedó en silencio. El doctor Harris se levantó a su vez y ambos quedaron frente a frente. Harris frunció el entrecejo y se acarició el mentón.

—Cabo, dígame únicamente quién se lo hizo prometer.

—No puedo decírselo, señor. Lo siento.

El doctor reflexionó unos momentos. Luego fue hacia la puerta y abrió.

—Muy bien, cabo. Puede marcharse. Y gracias por concederme tiempo.

—Siento no poder ayudarle.

El cabo salió con paso cansino y Harris cerró la puerta a sus espaldas. Luego se dirigió al videófono. Tecleó la clave del comandante Cox. cabo de unos instantes apareció la faz bovina del comandante de la base.

—Cox, soy Harris. Hablé con él. Sólo obtuve la información de que era una planta. ¿Qué hago ahora? ¿Tiene más datos?

—Bueno, lo primero que observaron es que no hacía ningún trabajo. El jefe de la guarnición informó que Westerburg salía del recinto y se pasaba todo día sentado Nada más.

—¿Al sol?

—Sí, nada más sentado al sol. Regresaba al anochecer. Cuando le preguntaron por qué no había estado trabajando en el edificio de reparación de motores, contestó que le era imprescindible tomar el sol. Después dijo... —Cox vaciló.

—¿Sí? ¿Qué dijo?

—dijo que el trabajo era absurdo, que era una pérdida de tiempo que lo único útil era sentarse y contemplar...

—¿Y qué más?

—Entonces le preguntaron cómo se le ocurrió la idea, y les reveló que se había convertido en una planta.

—Ya veo que tendré que hablar con el de nuevo —dijo Harris ¿Le han dado la baja permanente de la patrulla? ¿Qué motivos alegó?

—El mismo, que ahora es una planta y ya no le interesa ser un patrullero. Sólo quiere quedarse sentado al sol. Es la cosa más extraña que he oído en mi vida.

—De acuerdo. Creo que le visitaré en su barracón. —Harris consultó su reloj—. Iré después a cenar.

—Buena suerte —dijo Cox lúgubremente—. ¿Alguna vez oyó hablar de un hombre que se convertía en planta? Le dijimos que era imposible. pero se limitó a sonreír.

—Le informaré de lo que averigüe —prometió Harris.

Harris cruzó lentamente el vestíbulo. Eran más de las seis; la cena había terminado. Un concepto borroso comenzaba a formarse en su mente, pero era demasiado pronto para estar seguro. Aceleró el paso y dobló a la derecha al final del vestíbulo. Dos enfermeras pasaron corriendo. Westerburg se alojaba con un compañero, un hombre que había sufrido graves heridas con un motor y que ya estaba casi recuperado. Harris se acercó al ala de los dormitorios y se detuvo para examinar los números de las puertas.

—¿Puedo ayudarle, señor? —preguntó el robot que hacía las veces de conserje.

—Busco la habitación del cabo Westerburg.

—La tercera puerta a la derecha.

Harris siguió caminando. El Asteroide Y-3 tenía una guarnición desde hacía poco tiempo. Había llegado a ser el principal puesto de control para detener y examinar las naves que entraban en el sistema provenientes del espacio exterior. La guarnición cuidaba de que no se infiltraran bacterias, hongos u otros elementos perniciosos. Era un asteroide agradable, cálido, bien provisto de agua, árboles, lagos y mucho sol. Y la guarnición era la más moderna de los nueve planetas. Al llegar frente a la tercera puerta, meneó la cabeza. Levantó la mano y golpeó.

—¿Quién es?

—Busco al cabo Westerburg.

La puerta se abrió. Un joven de aspecto paciente, con gafas de concha y un libro en las manos se asomó.

—¿Quién es usted?

—El doctor Harris.

—Lo siento, señor. El cabo Westerburg está durmiendo.

—¿Podría despertarle? Me interesa mucho hablar con él.

Harris echó un vistazo al interior. Vio una habitación limpia, con un escritorio, una alfombra, una lámpara y dos literas. Westerburg yacía en una de ellas, boca arriba, los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos firmemente cerrados.

—Señor —dijo el joven—, no creo que pueda despertarle por más que me esfuerce.

—¿Por qué?

—Señor, el cabo Westerburg no se despierta hasta la salida del sol. Es imposible despertarle.

—¿Catalepsia?

—Sin embargo, en cuanto sale el sol, salta de la cama y sale al exterior, donde permanece todo el día.

—Vaya —dijo el doctor—. Bueno, muchas gracias, de todos modos.

Regresó al vestíbulo y la puerta se cerró detrás de él.

—Es más complicado de lo que pensaba —murmuró.

Volvió por donde había venido.

Era un día cálido y soleado. El cielo se veía casi por completo despejado de nubes, y un viento suave se deslizaba entre los cedros que bordeaban la orilla del río, al que se llegaba por un sendero que se iniciaba al pie del hospital. Un puentecillo conducía al otro lado del río. Algunos pacientes, cubiertos por albornoces, se apoyaban en la barandilla y miraban distraídamente el agua.

A Harris le costó varios minutos localizar a Westerburg. El joven no estaba con los demás pacientes, sino más allá de los cedros, en una franja brillante de pradera, rebosante de hierba y amapolas. Estaba sentado sobre una piedra plana y grisácea, inclinado hacia atrás y con la boca entreabierta. No advirtió la presencia del doctor Harris hasta que estuvo casi a su lado.

—Hola —dijo Harris con afabilidad.

Westerburg abrió los ojos. Sonrió y se puso en pie con parsimonia, efectuando un movimiento grácil y ondulante, sorprendente para un hombre de su envergadura.

—Hola, doctor. ¿Qué le trae por aquí?

—Nada en especial. Quería tomar el sol.

—Venga, comparta mi roca.

Westerburg se apartó y Harris se sentó con cuidado de no desgarrarse los pantalones con los afilados bordes de la roca. Encendió un cigarrillo y contempló en silencio el agua. Westerburg recobró su pintoresca posición, inclinado hacia atrás, apoyado sobre las manos y con los ojos fuertemente cerrados.

—Bonito día —dijo el doctor.

—Sí.

—¿Viene cada día?

—Se está mejor aquí que adentro. No puedo estar adentro.

—¿Que no puede? ¿Qué quiere decir?

—Usted se moriría sin aire, ¿verdad?

—¿Y usted se moriría sin la luz del sol?

Westerburg movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Cabo, ¿puedo hacerle una pregunta? ¿Se propone hacer esto el resto de sus días? ¿Pretende seguir sentado al sol sobre una roca?

Westerburg asintió.

—¿Y su trabajo? Fue a la escuela durante años para ser un patrullero. Deseaba con verdaderas ganas ingresar en la Patrulla. Obtuvo excelentes calificaciones, una posición de primera clase. ¿No le apena abandonar todo esto? Le resultaría muy difícil volver. ¿No se da cuenta?

—Sí.

—¿De veras va a tirarlo todo por la borda?

—Exacto.

Harris permaneció en silencio un rato. Por fin, arrojó el cigarrillo y se giró hacia el joven.

—De acuerdo, supongamos que deja su trabajo y se sienta al sol. ¿Qué pasará después? Alguien ocupará su lugar, ¿no es cierto? Alguien tiene que hacer su trabajo. Si usted no lo hace, lo hará otro.

—Supongo que sí.

—Westerburg, imagínese que todo el mundo se comportara como usted. Imagine que todo el mundo quisiera estar sentado al sol todos los días. ¿Qué ocurriría? Nadie se ocuparía de controlar las naves que llegan desde el espacio exterior. Bacterias y cristales tóxicos penetrarían en el sistema, provocando la muerte en masa y tremendos sufrimientos. ¿Le parece bien?

—Si todo el mundo se comportara como yo, nadie iría al espacio.

—Pero es necesario. Hay que comerciar, hay que conseguir minerales, productos y plantas nuevas.

—¿Por qué?

—Para que la sociedad prosiga su curso.

—¿Por qué?

—Bien... —Harris hizo un ademán vago—. La gente no podría vivir sin una sociedad.

Westerburg no respondió. Harris le miró fijamente, pero el joven no dijo nada.

—¿No es así? —preguntó Harris.

—Quizá. Es un asunto complicado, doctor. Como ya sabe, me esforcé durante muchos años para pasar el entrenamiento. Tenía que trabajar para estudiar: fregaba platos, hacía de pinche en las cocinas y por las noches estudiaba, aprendía, me quemaba las cejas, un día tras otro. ¿Sabe lo que pienso ahora?

—No.

—Ojalá me hubiera convertido antes en una planta.

El doctor Harris se incorporó como impulsado por un resorte.

—Westerburg, cuando vuelva adentro, ¿tendría algún inconveniente en pasar por mi despacho? Me gustaría pasarle algunos tests, si no le importa.

—¿La caja de sorpresas? —Westerburg sonrió—. Ya imaginaba que acabaríamos así. Claro, no me importa.

Irritado, Harris saltó de la roca y se alejó unos pasos.

—¿A eso de las tres, cabo?

Westerburg asintió.

Harris regresó por la colina al sendero que llevaba hacia el hospital. Cada vez lo tenía más claro. Un chico que había luchado toda su vida.

Inseguridad económica. El ideal de su vida consistía en ingresar en la Patrulla. Y, al alcanzarlo, encontraba la carga demasiado pesada. En el Asteroide Y-3 había demasiada vegetación, la suficiente para pasarse todo el día en plan contemplativo. Identificación primaria y proyección en la flora del

Librodot

asteroide. La inmovilidad y la permanencia implican el concepto de seguridad. Un bosque inmutable.

Entró en el edificio. Un robot le detuvo de inmediato.

—Señor, el comandante Cox desea hablar con usted urgentemente por el videófono.

—Gracias.

Harris se precipitó en su despacho. Marcó el código de Cox y el rostro del comandante se materializó en la pantalla.

—¿Cox? Soy Harris. He estado charlando con el chico. Empiezo a comprender lo que ocurre. El peso de la responsabilidad le agobia. Cuando al fin alcanza lo que tanto deseaba, la idealización se derrumba bajo el...

—¡Harris! —ladró Cox—. Cállese y escuche. Acabo de recibir un informe de Y-3. Un cohete expreso está en camino.

—¿Un cohete expreso?

—Cinco casos más como el de Westerburg. ¡Todos se creen plantas! El jefe de la guarnición está hasta los huevos. Dice que o averiguamos lo que sucede o la guarnición se irá al carajo. ¿Me entiende, Harris? ¡Descubra lo que pasa!

—Sí, señor —musitó Harris—. Sí, señor..

Al final de la semana se contabilizaban veinte casos, todos provenientes, por supuesto, del Asteroide Y-3.

El comandante Cox y Harris se hallaban de pie en la cumbre de la colina, mirando sombríamente el río que discurría bajo sus pies. Dieciséis hombres y cuatro mujeres estaban sentados en la orilla, tomando el sol. Ninguno se movía, ninguno hablaba. No habían efectuado el menor movimiento en la hora que Harris y Cox llevaban observando.

—No lo entiendo. —Cox sacudió la cabeza—. No lo entiendo de ninguna de las maneras. Harris, ¿es el principio del fin? ¿Es que todo se va a derrumbar en torno nuestro? Me jode cantidad ver a toda esa gente tocándose las pelotas al sol.

—¿Quién es aquel pelirrojo?

—Ulrich Deutsch. El segundo comandante de la guarnición. ¡Mírele ahora! Espatarrado con la boca abierta y los ojos cerrados. Hace una semana, ese hombre iba camino de la cumbre. Tomaría el mando de la guarnición cuando el comandante en jefe se jubilara. Le quedaba un año, como máximo. Toda su vida luchando para llegar a eso.

—Y ahora se dedica a tomar el sol.

—Esa muchacha, la morena de pelo corto. Una chica de carrera. Responsable del equipo administrativo de la guarnición. El hombre que está junto a ella: conserje. Esa chavala de ahí, la de las tetas grandes: secretaria, recién salida de la escuela. De todas clases. Y esta mañana me comunicaron que vienen tres más en camino.

Harris asintió.

—Lo más raro es... que realmente les gusta sentarse allí. Son completamente racionales: podrían hacer cualquier otra cosa, pero no quieren.

—¿Y bien? —preguntó Cox—. ¿Qué piensa hacer? ¿Ha descubierto algo? Contamos con usted. Dígame lo que sabe.

—No obtuve nada de ellos con las entrevistas, pero la caja de sorpresas ha proporcionado algunos resultados interesantes. Entremos y se lo enseñaré.

—Bien. —Cox se encaminó al hospital—. Enséñeme lo que tenga. El asunto es muy grave. Ahora entiendo lo que sentía Tiberio cuando los cristianos salieron a la luz.

Harris apagó las luces. El cuarto quedó completamente a oscuras. —Le pasaré el primer rollo. El sujeto es uno de los mejores biólogos de la guarnición, Robert Bradshaw. Llegó ayer. Obtuve un buen material de la caja de sorpresas porque la mente de Bradshaw es muy peculiar. Contiene una cantidad de material reprimido de naturaleza no racional superior al de la media.

Oprimió un interruptor. El proyector zumbó, y en la pared opuesta apareció una imagen tridimensional en color, tan real como si contemplaran al hombre en persona. Robert Bradshaw frisaba en la cincuentena, era corpulento, de pelo gris acero y mandíbula cuadrada. Estaba sentado tranquilamente en una silla, con las manos apoyadas en el respaldo, indiferente a los electrodos sujetos a su cuello y muñecas.

—Ahora empieza —indicó Harris—. Observe.

Apareció su propia imagen filmada, acercándose a Bradshaw.

—Bien, señor Bradshaw —dijo la imagen—, esto no le causará ningún daño y, sin embargo, nos ayudará mucho a nosotros.

La imagen movió los controles de la caja de sorpresas. Bradshaw se puso rígido y apretó las mandíbulas, pero ya no se volvió a mover. La imagen de Harris le examinó por un tiempo y después se apartó de los controles.

—¿Me oye, señor Bradshaw? —preguntó la imagen.

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Robert Bradshaw.

—¿Qué cargo ocupa?

—Jefe de biología en la estación de control de Y-3.

—¿Se encuentra allí ahora?

—No. He vuelto a la Tierra. Estoy en un hospital.

—¿Porqué?

—Porque admití ante el jefe de la guarnición que me había convertido en una planta.

—¿Es eso verdad? ¿Es usted una planta?

—Sí, en un sentido no biológico. Conservo la fisiología de un ser humano, por supuesto.

—¿Qué entiende usted por ser una planta?

—Se trata de una actitud. En psicología se denomina Weltans Chauung.

—Continúe.

—A un animal de sangre caliente, a un primate superior, le es posible adoptar hasta cierto punto la psicología de una planta.

—¿Sí?

—Me refiero a esto.

—¿Les pasa lo mismo a los otros?

—Sí.

—¿Cómo llegaron a adoptar esta actitud?

La imagen de Bradshaw titubeó. Hizo una mueca.

—¿Lo ve? —le indicó Harris a Cox—. Un poderoso conflicto. De haber estado consciente no habría seguido.

—Yo...

—¿Sí?

—Me enseñaron a convertirme en una planta.

La imagen de Harris mostró sorpresa e interés.

—¿Qué significa que le enseñaron a convertirse en una planta?

—Comprendieron mis problemas y me enseñaron a ser una planta. Ahora me he desembarazado de los problemas.

—¿Quién? ¿Quién le enseñó?

—Los Flautistas.

—¿Quién? ¿Los Flautistas? ¿Quiénes son los Flautistas?

No hubo respuesta.

—Señor Bradshaw, ¿quiénes son los Flautistas?

Después de una larga y agónica pausa, los labios se movieron.

—Viven en los bosques...

Harris detuvo el proyector y las luces se encendieron. Cox y él parpadearon.

—Esto es cuanto pude obtener —explicó Harris—. Y puedo considerarme afortunado. No esperaba que me dijera nada. Todos prometieron no revelar quién les había enseñado a ser plantas: los Flautistas que viven en los bosques de Y-3.

—¿Contaron los veinte la misma historia?

—No. —Harris hizo una mueca de disgusto—. La mayoría opusieron mucha resistencia. Ni siquiera les extraje esta información.

—Los Flautistas —reflexionó Cox—. ¿Y bien? ¿Qué se propone hacer? ¿Esperar cruzado de brazos a completar la historia? ¿Es ése su plan?

—No —dijo Harris—. De ninguna manera. Iré a Y-3 y averiguaré por mí mismo quiénes son los Flautistas.

La pequeña nave patrullera aterrizó con cuidado y precisión; los motores tosieron hasta el silencio final. La escotilla se abrió y el doctor Henry Harris contempló el campo de aterrizaje, inundado de sol. En el extremo del campo se alzaba la torre de control. Largos edificios grises estaban diseminados por todo el terreno: la estación de control Garrison. Un enorme crucero venusino se hallaba estacionado en las cercanías: un inmenso casco verde semejante a una gran babosa. Los técnicos de la estación pululaban a su alrededor, examinando y analizando cada centímetro en busca de formas de vida letales o tóxicas que pudieran haberse adherido al casco.

—Todo está listo, señor —dijo el piloto.

Harris asintió. Cogió sus dos maletas y bajó con cuidado. El suelo estaba caliente, y la luz del sol le hizo parpadear. En el cielo se veía Júpiter; el vasto planeta reflejaba una considerable cantidad de luz solar.

Harris atravesó el campo, cargado con las maletas. Un empleado se ocupaba en abrir el depósito de la patrullera para sacar su baúl. Lo puso en una carretilla y siguió al doctor con aire de aburrimiento.

Cuando Harris llegó a la entrada de la torre de control, la puerta se abrió y un hombre de edad madura, ancho y robusto, de pelo gris y paso seguro, salió a recibirle.

—¿Cómo está, doctor? —dijo alargándole la mano—. Soy Lawrence Watts, el jefe de la guarnición.

Intercambiaron un apretón de manos. Watts le dirigió una sonrisa. Era un anciano de gran estatura, todavía apuesto con su uniforme azul oscuro y las charreteras doradas sobre los hombros.

—¿Tuvo un buen viaje? —preguntó Watts—. Pase, tomaremos un trago. Hace calor con el Gran Espejo ahí arriba.

—¿Júpiter? —Harris le siguió al interior del edificio. La torre de control estaba fresca y sombreada, un auténtico alivio—. ¿Cómo es que la gravedad es tan parecida a la de la Tierra? Esperaba que me pondría a dar saltos como un canguro. ¿Es artificial?

—No. El asteroide tiene un núcleo denso, una especie de depósito metálico; por eso lo elegimos. Simplificó el problema de la construcción, y además posee aire y agua. ¿Ve las colinas?

—¿Las colinas?

—Desde la torre obtendrá una buena visión. Esto es como un parque natural, con bosques en los que hay de todo. Venga, Harris. Éste es mi despacho. —El anciano le guió hasta un apartamento amplio y bien amueblado—. ¿A que es agradable? Mi intención es pasar el último año de servicio lo más confortablemente posible. —Frunció el ceño—. Claro que, ahora que Deutsch se ha ido, igual me quedo para siempre. Bueno... Siéntese. Harris.

—Gracias. —Harris se sentó y estiró las piernas. Observó como Watts cerraba la puerta que comunicaba al pasillo—. Por cierto, ¿ha habido más casos?

—Otros dos, hoy. —El rostro de Watts se ensombreció—. Son casi treinta en total. Hay trescientos hombres en esta estación. Al paso que vamos…

—Comandante, mencionó que había bosques en el asteroide. ¿Concede permiso a los hombres para que vayan allí cuando quieran? ¿O sólo les deja circular por los edificios y el campo?

Watts se frotó el mentón.

—Bien, es una situación compleja, Harris. He de permitirles que salgan de vez en cuando. Ven el bosque desde los edificios, y basta contemplar un lugar hermoso para que te entren ganas de ir. Cada diez días se les concede un período de descanso. Entonces salen a pasear.

—¿Y luego vuelven trastornados?

—Sí, creo que sí, pero es lógico que si ven el bosque tengan ganas de ir. No puedo impedirlo.

—Lo sé, no le censuro. Bien, ¿cuál es su teoría? ¿Qué les sucede allí? ¿Qué hacen?

—¿Qué sucede? Que en cuanto salen y se relajan un rato ya no quieren volver a trabajar. Es inútil. Se estaquean. No quieren trabajar, así que se largan.

—¿Qué opina de sus fantasías?

Watts rió de buen grado.

—Escuche, Harris, usted sabe tan bien como yo que todo eso son cuentos. Son tan plantas como usted o yo. Lo único que pasa es que no quieren trabajar, y punto. Cuando era cadete usábamos varios métodos para obligar a la gente a trabajar. Me gustaría propinarles unos azotes en el culo, como solíamos hacer.

—¿Así que piensa que todo es un truco?

—¿Usted no?

—No —dijo Harris—. Creen realmente que son plantas. Les sometí a tratamiento de choque, la caja de sorpresas. Todo el sistema nervioso se paraliza, las inhibiciones desaparecen. Confiesan la verdad. Y todos dijeron lo mismo… y más.

Librodot

Watts paseó de un lado a otro, con las manos unidas a la espalda.

—Harris, usted es médico, y supongo que sabe de lo que habla, pero examine la situación. Tenemos una guarnición, una excelente y moderna guarnición, probablemente la mejor del sistema. Contamos con los más complejos adelantos de la ciencia. Harris, esta guarnición es una gran máquina. Los hombres son partes de ella con un trabajo a realizar, el equipo de mantenimiento, los biólogos, la guardia y la administración.

»¿Qué pasa cuando una persona deserta de su labor? Todo se tambalea. No podemos arreglar los desperfectos si nadie hace funcionar las máquinas. No podemos solicitar provisiones y vituallas si nadie se ocupa de los inventarios y los informes. No podemos organizar la actividad si el segundo jefe decide marcharse a tomar el sol.

»Treinta personas, la décima parte de la guarnición. Son imprescindibles. La guarnición funciona así. Si quitamos los cimientos, los edificios se derrumban. Nadie puede marcharse. Formamos un todo, y esa gente lo sabe. Saben que no tienen derecho a hacer lo que les dé la gana. Nadie lo tiene. Estamos demasiado entrelazados. Es injusto para con los demás, la mayoría.

Harris aprobó con un gesto.

—Comandante, ¿puedo hacerle una pregunta?

—¿Cuál?

—¿Hay habitantes nativos en el asteroide?

—¿Nativos? —Watts reflexionó unos instantes—. Sí, existen algunos aborígenes.

Hizo un gesto vago en dirección a la ventana.

—¿Cómo son? ¿Los ha visto?

—Sí, les he visto. Al menos, les vi la primera vez que se acercaron por aquí. Merodearon un rato, nos observaron y se largaron.

—¿Han muerto? ¿Alguna enfermedad?

—No. Simplemente... se esfumaron en el bosque. Imagino que deben de continuar allí.

—¿Qué clase de gente es?

—Bueno, la leyenda dice que provienen de Marte, aunque no se parecen mucho a los marcianos. Son de piel oscura, cobriza. Delgados. Muy ágiles a su manera. Cazan y pescan. Carecen de lenguaje escrito. No les prestamos mucha atención.

—Entiendo. —Harris hizo una pausa—. Comandante, ¿ha oído hablar de... los Flautistas?

—¿Los Flautistas? —Watts frunció el ceño—. No. ¿Por qué?

—Los pacientes mencionaron unos seres a los que llamaban los Flautistas. Según la declaración de Bradshaw, los Flautistas les enseñaron a ser plantas.

—Los Flautistas. ¿Qué son?

—No lo sé —admitió Harris—. Pensé que usted lo sabría. Mi primera deducción, por supuesto, fue que se trataba de nativos, pero ahora ya no estoy tan seguro después de oír su descripción.

—Los nativos son salvajes primitivos. Es imposible que puedan enseñar algo a nadie, especialmente a un biólogo de altos vuelos.

Harris titubeó.

—Comandante, me gustaría explorar los bosques. ¿Es posible?

—Desde luego. No habrá problemas. Ordenaré que un hombre le acompañe.

—Prefiero ir solo. ¿Existe algún peligro?

—No, ninguno que yo sepa. Excepto...

—Excepto los Flautistas —concluyó Harris—. Lo sé. Bueno, sólo hay una forma de encontrarles, y es ésa. Tomaré todo tipo de precauciones..

—Si camina en línea recta, estará de vuelta en la guarnición en menos de seis horas. Este jodido asteroide no es muy grande. Hay un par de ríos y lagos, de modo que procure no ahogarse.

—¿Serpientes o insectos venenosos?

—No tenemos noticia. Al principio hicimos bastantes exploraciones, pero la hierba ha vuelto a crecer. Nunca encontramos nada peligroso.

—Gracias, comandante. —Harris se levantó y le estrechó la mano—. Nos veremos antes del anochecer.

—Buena suerte.

El comandante y dos guardias armados salieron y se dirigieron hacia la guarnición. Harris les vio desaparecer en el interior del edificio. Después se adentró en el macizo de árboles.

El bosque estaba silencioso. Árboles enormes de color verde oscuro le rodeaban por todas partes. Parecían eucaliptos. El suelo era suave, cubierto de miles de hojas caídas de los árboles. Al cabo de un rato atravesó un claro de hierba quemada por el sol. Miríadas de insectos surgían de los tallos secos. Algo corrió a esconderse entre la vegetación. Divisó una bola gris con muchas piernas y antenas temblorosas.

El claro terminaba al pie de una colina. El camino se empinaba más y más. Ante él se extendía una infinita pradera verde y salvaje. Descansó unos minutos para recobrar el aliento.

Siguió adelante. Descendió hacia una quebrada profunda en la que crecían helechos del tamaño de árboles. Pisaba un auténtico bosque del Jurásico. Los helechos unían sus copas sobre su cabeza. Se abrió paso con sumo cuidado. Notó el aire más frío. El suelo de la quebrada era húmedo y silencioso.

Llegó a un terreno llano. Densas matas de helechos crecían por todas partes, silenciosos e inmóviles, oscureciendo el suelo. Halló un sendero natural, el antiguo lecho de un río, áspero y rocoso, pero fácil de seguir. La atmósfera era pesada y opresiva. Más allá de los helechos pudo ver la ladera de la próxima colina, una pradera verde que ascendía por ella.

Tenía enfrente algo grisáceo. Grandes rocas amontonadas. El lecho seco del río conducía directamente hacia ellas. Imaginó que se trataba de un antiguo lago del que nacía el río. Trepó con dificultades a la primera roca y descansó al llegar arriba.

Hasta entonces no había tenido suerte. Ni rastro de los nativos, los únicos que tal vez podrían ayudarle a encontrar a los misteriosos Flautistas que engatusaban a los hombres, caso de que existieran. Si pudiera hablar con los nativos, tal vez descubriría algo, pero el éxito no le sonreía. Paseó la mirada en derredor. El bosque estaba en silencio. Una ligera brisa movía las hojas. ¿Dónde estaban los nativos? Probablemente tenían un poblado, cabañas, un claro. El asteroide era pequeño; daría con ellos antes del anochecer.

Descendió por las rocas y volvió a trepar por las siguientes. De repente, se detuvo a escuchar. Oyó un sonido lejano, el sonido del agua. ¿Se estaba acercando a un lago? Reemprendió el camino con la esperanza de localizar el

Librodot

origen del sonido. Continuó subiendo y bajando rocas. El silencio era total, excepto por el ruido distante del agua. Quizá una catarata o un torrente. Si lo encontraba, hallaría a los nativos.

Las rocas se acabaron y apareció de nuevo el lecho del río, bastante húmedo, fangoso y cubierto de musgo. Seguía una buena pista; el cauce había llevado agua recientemente, quizá durante la estación de las lluvias. Subió por una de las márgenes a través de los helechos y las enredaderas. Una serpiente dorada se cruzó en su camino. Algo brillaba entre los helechos: agua. Un lago. Corrió en aquella dirección, apartando las enredaderas que le impedían el paso.

Llegó al borde de un lago, un profundo lago enclavado entre las rocas grises, rodeado de plantas. El agua era clara y brillante, y nacía de una catarata que caía por el extremo opuesto. Era hermoso, y permaneció admirando la serenidad del lugar. Un rincón virginal, inalterado desde que se formó el asteroide. Quizá, incluso, era el primero en verlo, tan oculto y disimulado entre la vegetación. Le deparó una sensación extraña, casi de propiedad. Dio unos pasos en dirección al agua.

Y entonces la vio.

La muchacha estaba sentada en la otra orilla. Miraba el agua con la cabeza apoyada en una rodilla doblada. En seguida reparó en que había estado bañándose. Su cuerpo cobrizo todavía estaba húmedo y brillante al sol. No le había visto. Harris contuvo el aliento, incapaz de apartar la vista de ella.

Era muy hermosa. Su largo pelo oscuro le cubría los hombros y los brazos. Tenía el cuerpo delgado y esbelto. La perfección de sus formas le impresionó, a pesar de que estaba acostumbrado a contemplar toda clase de anatomías. El tiempo, inmóvil, extraño, pasó mientras la admiraba. Tal vez el tiempo se había detenido en la imagen de la muchacha sentada sobre una roca y los helechos tan quietos como si estuvieran pintados a sus espaldas.

De repente, la chica levantó los, ojos. Harris se revolvió inquieto, consciente de entremeterse en su intimidad. Retrocedió un paso.

—Lo siento —murmuró—. Vengo de la guarnición. No pretendía espiarla.

Ella asintió sin hablar.

—¿No le importa? —preguntó Harris al instante.

—No.

¡Hablaba la lengua de la Tierra! Se acercó un poco, bordeando el lago.

—Espero que no la esté molestando. Pronto me iré del asteroide. Acabo de llegar de la Tierra.

Ella esbozó una sonrisa tímida.

—Soy médico. Me llamo Henry Harris. —Miró el cuerpo cobrizo que brillaba al sol, la fina capa de humedad que cubría sus brazos y sus muslos—. Tal vez le interese saber por qué estoy aquí. Es posible que pueda ayudarme.

—¿Sí?

—¿Le gustaría ayudarme?

—Sí —sonrió ella—. Claro que sí.

—Estupendo. ¿Puedo sentarme? —Se acomodó sobre una roca plana, de cara a ella—. ¿Un cigarrillo?

—No.

—Bueno, me fumaré uno. —Lo encendió y aspiró una profunda bocanada—. Tenemos un problema en la guarnición. Algo les está

sucediendo a los hombres, y se extiende como una epidemia. Hay que averiguar las causas antes de que la guarnición se venga abajo.

Aguardó unos segundos. Ella asintió levemente. Se mantenía inmóvil y silenciosa como los helechos.

—Bien, he conseguido extraerles cierta información, de la que destaca un hecho en concreto. Se empeñan en afirmar que los..., los Flautistas son los responsables de su estado. Dicen que los Flautistas les enseñaron... —Se interrumpió. Una extraña expresión cruzó por el rostro oscuro y delicado de la muchacha—. ¿Conoce a los Flautistas?

Ella asintió con la cabeza.

Harris se sintió invadido por una oleada de satisfacción.

—¿De veras? Estaba seguro de que los nativos los conocerían. —Se puso en pie—. Por lo tanto, existen, ¿verdad?

—Existen.

Harris frunció el ceño.

—¿Y viven aquí, en el bosque?

—Sí.

—Bien. —Aplastó el cigarrillo con impaciencia—. ¿Podría llevarme hasta ellos?

—¿Llevarle?

—Sí. Me urge resolver este problema. El comandante en jefe de la base de la Tierra me asignó la misión de investigar sobre los Flautistas. Hay que llegar al fondo del enigma, y yo soy el encargado de resolverlo. Es vital encontrarlos, ¿me comprende?

Ella asintió.

—Bien, ¿me va a acompañar?

La chica permaneció en silencio. Estuvo largo rato contemplando el agua con la cabeza descansando sobre la rodilla. Harris se impacientó. Apoyó su peso en un pie, y luego en el otro.

—¿Lo hará? —insistió—. Es muy importante para la guarnición. ¿Qué me responde? —Inspeccionó sus bolsillos—. Quizá pueda ofrecerle algo. Aquí tengo... —Sacó su encendedor—. Le daré mi mechero.

La chica se levantó lenta y armoniosamente, sin aparentar el menor esfuerzo. Harris se quedó boquiabierto. ¡Con qué agilidad se había erguido de un solo movimiento! Parpadeó. Apenas había percibido el cambio. De pronto estaba en pie, mirándole tranquilamente con su rostro inexpresivo.

—¿Lo hará? —repitió.

—Sí. Vámonos.

La muchacha se dirigió hacia los helechos. Harris la siguió, moviéndose con torpeza sobre las rocas.

—Estupendo. Muchas gracias. Me interesa mucho encontrar a esos Flautistas. ¿Adónde me lleva, a su poblado? ¿Cuánto queda para que anochezca?

La muchacha no respondió. Se había adentrado en los helechos, y Harris apresuró el paso para no perderla de vista. ¡Con qué silencio se deslizaba!

—Espere —gritó—, espéreme.

La joven se detuvo a esperarle, grácil y hermosa, observándole sin decir una palabra.

Harris penetró en la masa de helechos, pisándole los talones.

—¡Que me aspen! —exclamó el comandante Cox—. No ha tardado mucho. —Bajó de dos en dos los escalones—. Deje que le eche una mano.

Harris sonrió mientras acarreaba sus pesadas maletas. Las dejó en el suelo con un suspiro de alivio.

—No se preocupe. En lo sucesivo, procuraré no ir tan cargado.

—Entre. Soldado, ayúdele.

Un patrullero se acercó y cogió una maleta. Los tres tomaron por el pasillo que conducía a las habitaciones de Harris. Éste abrió la puerta y el patrullero depositó la maleta en el suelo.

—Gracias —dijo Harris. Colocó la otra junto a la primera—. Estoy contento de volver, aunque sea por poco tiempo.

—¿Por poco tiempo?

—Regresé para poner en orden mis asuntos. Volveré a Y-3 mañana por la mañana.

—¿No solucionó el problema?

—Lo hice, pero no lo he erradicado. Debo volver de inmediato. Queda mucho por hacer.

—Pero ¿averiguó lo que pasa?

—Sí. Exactamente lo que los hombres decían: los Flautistas.

—¿Los Flautistas existen?

—Sí. Existen.

Se quitó la chaqueta y la colocó sobre el respaldo de la silla. Después abrió la ventana. Un aire cálido y primaveral invadió la habitación. Se sentó en la cama.

—Los Flautistas existen, es cierto... ¡en la mente de los hombres de la guarnición! Para ellos, los Flautistas son reales, ellos los crearon. Se trata de una hipnosis colectiva, una proyección de grupo, y ninguno se libra de padecerla hasta cierto punto.

—¿Cómo empezó?

—Los hombres elegidos para la estación Y-3 fueron seleccionados por sus especiales habilidades, su capacidad y el alto grado de entrenamiento. A lo largo de sus vidas han sido modelados por la compleja sociedad moderna, el ritmo acelerado y una fuerte integración con el resto de la gente. Han sido sometidos a una intensa presión para alcanzar ciertos objetivos y realizar ciertos trabajos.

»De repente, se les traslada a un asteroide habitado por nativos que viven la más primitiva de las existencias, completamente vegetal. Desconocen el concepto de objetivo, de propósito y de planificación. Los nativos viven como animales, al día, durmiendo y obteniendo su comida de los árboles, como en el Jardín del Edén, sin luchas ni conflictos.

—¿Sí? Pero...

—Los miembros de la guarnición ven a los nativos y piensan inconscientemente en su vida anterior, cuando eran niños, cuando no tenían problemas, ni responsabilidades, ni se habían integrado en la sociedad desarrollada. Niños echados al sol.

»¡Pero son incapaces de admitirlo! No pueden admitir que les gustaría vivir como los nativos, descansando y durmiendo todo el día. De modo que inventan a los Flautistas, un misterioso grupo que vive en los bosques y les enseña una nueva forma de vivir. Descargan su culpa sobre ellos. Les enseñan a convertirse en parte de los bosques.

—¿Qué piensa hacer? ¿Quemar los bosques?

—No. —Harris meneó la cabeza—. Ésa no es la respuesta adecuada; los bosques son inofensivos. La solución reside en la psicoterapia. Volveré para empezar a trabajar cuanto antes. Hay que convencerles de que los Flautistas viven en su interior, de que les llaman inconscientemente para que les descarguen de sus responsabilidades. Los bosques son inofensivos y los nativos no les pueden enseñar nada nuevo. Son salvajes primitivos que carecen incluso de lenguaje escrito. Nos enfrentamos a una proyección psicológica de todos los hombres de la guarnición que desean abandonar su trabajo y descansar una temporada.

Se hizo el silencio en la habitación.

—Comprendo —dijo Cox al cabo de un rato—. Bueno, tiene cierto sentido. —Se puso en pie—. Ojalá haga reaccionar a los hombres cuando vuelva.

—Eso espero —aprobó Harris—. Y creo que lo conseguiré. Después de todo, sólo se trata de reforzar su propio conocimiento de sí mismos. Cuando lo logren, los Flautistas se desvanecerán.

—Bien, deshaga las maletas, doctor. Le veré a la hora de cenar. O quizá mañana, antes de que se marche.

—Espléndido.

Harris abrió la puerta y el comandante salió al pasillo. Harris cerró con llave y cruzó la habitación. Miró un momento por la ventana, con las manos en los bolsillos.

Era casi de noche y estaba refrescando. El sol. acababa de desaparecer detrás de los edificios de la ciudad que rodeaba el hospital. Contempló el ocaso.

Después se acercó a sus maletas. Se sentía cansado, muy cansado a causa del viaje. Una gran pereza atenazaba sus miembros. Le quedaban muchas cosas por hacer, muchísimas. ¿Cómo esperaba llevarlas a cabo? Volviendo al asteroide. ¿Y luego?

Bostezó, se le cerraban los ojos. ¡Cuánto sueño tenía! Dio un vistazo a la cama, se sentó en el borde y se quitó los zapatos. ¡Tenía tanto que hacer al día siguiente!

Dejó los zapatos en un rincón de la habitación. Se inclinó y soltó el cierre de una maleta. La abrió. Extrajo un enorme saco de tela. Vació con cuidado su contenido sobre el suelo. Tierra, tierra rica y suave. Tierra que había recogido en las últimas horas pasadas en el asteroide.

La extendió sobre el suelo y se sentó en el centro. Se estiró de espaldas sobre ella. Cuando se sintió cómodo cruzó los brazos sobre el pecho y cerró los ojos. Quedaba tanto por hacer..., pero más tarde, por supuesto. Mañana. La tierra era tan cálida...

Se durmió al cabo de un momento.

LOS INFINITOS

—No me gusta —dijo el mayor Crispin Eller. Miró por la tronera y frunció el ceño—. Un asteroide rico en agua, de temperatura moderada, atmósfera similar a la de la Tierra, mezcla de oxígeno y nitrógeno...

—Y sin vida —concluyó Harrison Blake, el segundo de a bordo. Se inclinó a mirar junto a Eller—. Sin vida, pero con condiciones ideales. Aire, agua, buena temperatura. ¿Por qué?

Se miraron. La llana y estéril superficie del asteroide se extendía bajo el casco del crucero, el X-43y. La nave se hallaba muy lejos de su punto de origen, en mitad de la galaxia. La rivalidad con el triunvirato Marte-Júpiter-Venus había obligado a la Tierra a explorar y analizar cada pedazo de roca de la galaxia, con la idea de reclamar posteriormente concesiones mineras. El X-43y había plantado la bandera azul y blanca durante casi un año. Los tres miembros de la tripulación se habían hecho acreedores a un descanso, unas vacaciones en la Tierra, y la oportunidad de dilapidar la paga acumulada. Las minúsculas naves de prospección llevaban una existencia azarosa; se abrían camino en la accidentada periferia del sistema, manteniéndose al margen de enjambres de meteoros, nubes de bacterias que roían el metal de los cascos, piratas del espacio, imperios diminutos edificados sobre lejanos planetoides artificiales...

—¡Mira! —dijo Eller, golpeando con furia el vidrio de la tronera—. Condiciones perfectas para la vida. Sin embargo, no se ve nada, sólo piedras.

—Quizá sea un mero accidente —aventuró Blake, encogiéndose de hombros.

—Ya sabes que no existe un lugar en el que las bacterias no se multipliquen. Debe existir alguna razón que impida la fertilidad del asteroide. Tengo la impresión de que algo falla.

—¿Y bien? ¿Qué vamos a hacer? —Blake sonrió sin ganas—. Tú eres el capitán. Según nuestras instrucciones, hemos de aterrizar y trazar un mapa de todos los asteroides que encontremos con un diámetro superior a la clase D. Éste es de clase C. ¿Procedemos así?

Eller vaciló.

—No me gusta. Desconocemos si ahí afuera existe algún peligro. Tal vez...

—¿Prefieres volver a la Tierra? —preguntó Blake—. Piensa que nadie se enteraría de que hemos despreciado este último pedazo de roca. Yo, al menos, no se lo diría, Eller.

—¡No es eso! Soy responsable de nuestra seguridad, y basta. Eres tú el que intenta hacernos regresar a la Tierra. —Eller miró por la tronera—. Si consiguiéramos averiguar algo...

—suelta a los hámsters y veamos qué ocurre. Al cabo de un rato sabremos a qué atenernos.

—Me arrepiento incluso de haber aterrizado.

Blake hizo una mueca de desdén.

—A medida que se acerca el momento de volver a casa adoptas más precauciones.

Eller contempló de mala gana la grisácea extensión rocosa y el movimiento pausado de las aguas. Agua y rocas, algunas nubes, buena temperatura. Un lugar ideal para vivir, pero carente de vida. La roca era pulida, absolutamente estéril, sin ningún tipo de vegetación. El espectroscopio no mostraba nada, ni siquiera seres acuáticos unicelulares, ni el típico liquen de color pardo que crecía en las rocas de casi toda la galaxia.

—Muy bien —se decidió Eller—. Abre una esclusa. Le diré a Silv que suelte a los hámsters.

Librodot

Marcó el número del laboratorio en el intercomunicador, Silvia Simmons estaba trabajando en el interior de la nave, rodeada de retomas y aparatos de análisis.

—¿Silv? —dijo Eller.

Los rasgos de Silvia se formaron en la pantalla.

—¿Sí?

—Deja que los hámsters salgan un rato de la nave, alrededor de media hora. Con correa y collares, por supuesto. Me preocupa este asteroide. Quizá encontremos sustancias venenosas o fosos radiactivos. Cuando los hámsters regresen, someteles a un riguroso examen. No dejes nada al azar.

—De acuerdo, Cris —sonrió Silvia—. Ojalá pudiéramos salir a estirar las piernas.

—Dame los resultados de las pruebas lo más pronto posible. —Eller cortó la comunicación y se giró hacia Blake—. Imagino que estarás satisfecho. Los hámsters saldrán dentro de un momento.

—Estaré satisfecho cuando estemos de regreso en la Tierra. Un viaje contigo como capitán es más de lo que puedo soportar.

Eller meneó la cabeza.

—Me extraña que trece años en el Servicio no te hayan enseñado a controlarte mejor. Sospecho que nunca les perdonarás que no te concedieran los galones.

—Escucha, Eller, tengo diez años más que tú. Me alisté cuando eras un chiquillo. Para mí no eres más que un petimetre insignificante. La próxima vez...

—¡Cris!

Eller se volvió al instante. La pantalla estaba iluminada de nuevo. El rostro de Silvia aparecía contraído por el pánico.

—¿Qué ocurre?

—Cris, cuando fui a las jaulas encontré a los hámsters... catalépticos, estirados, absolutamente rígidos. Todos estaban inmóviles. Temo que algo...

—Blake, despeguemos —dijo Eller.

—¿Qué? —murmuró Blake, confuso—. ¿Vamos a...?

—¡Despega! ¡Rápido! —Eller se precipitó al tablero de control—. ¡Hay que salir de aquí!

Blake se le acercó.

—Algo... —empezó, pero se interrumpió de súbito, como si le faltara el aire.

Dejó caer la mandíbula y sus ojos se pusieron vidriosos. Se desplomó como un saco, lentamente, sobre el bruñido suelo metálico. Eller abrió los ojos de par en par, aturdido. Por fin, se recobró de la sorpresa y corrió hacia los controles. Al instante, una hoguera se encendió en el interior de su cabeza. Miles de chispas brotaron ante sus ojos y le cegaron. Se tambaleó y tanteó en busca de los controles. Cuando la oscuridad se cerraba sobre él, sus dedos aferraron el elevador automático.

Tiró con todas sus fuerzas. Después, la paralizante oscuridad le rodeó por completo. Ni siquiera notó la caída contra el suelo.

Los mandos automáticos consiguieron que la nave despegara. Pero nadie se movió en el interior.

Eller abrió los ojos. Un profundo y doloroso latido laceraba su cabeza. Se incorporó a duras penas, agarrándose a la barandilla. Harrison Blake estaba

recobrando el sentido. Gemía y trataba de levantarse, el rostro amarillento, los ojos inyectados en sangre y los labios salpicados de espuma. Contempló a Cris Eller y se frotó la frente vigorosamente.

—Ánimo —le dijo Eller, ayudándole a ponerse en pie.

Blake se sentó en una butaca.

—Gracias. —Agitó la cabeza—. ¿Qué..., qué ha pasado?

—No lo sé. Voy al laboratorio para ver si Silv se encuentra bien.

—¿Quieres que te acompañe? —murmuró Blake.

—No, descansa. No fuerces el corazón, ¿entiendes? Muévete lo menos posible.

Blake asintió con un gesto. Eller atravesó con paso inseguro la sala de control en dirección al pasillo. Bajó en el ascensor. Un momento después entró en el laboratorio.

Silvia se había derrumbado sobre una de las mesas, rígida e inmóvil.

—¡Silv! —Eller la cogió por los hombros y la agitó. Su piel estaba fría y dura—. ¡Silv!

La joven se movió un poco.

—¡Despierta!

Eller sacó un tubo estimulante del botiquín. Rompió el tubo y lo agitó ante el rostro de Silvia, que gimió.

—¿Cris? —musitó Silvia—. ¿Eres tú? ¿Qué..., qué ha pasado? ¿Todo va bien? —Alzó la cabeza y parpadeó—. Estaba hablando contigo por el videófono. Me acerqué a la mesa, y de pronto...

—Todo va bien. —Eller frunció el ceño, sumido en sus pensamientos, con la cabeza apoyada en el hombro de la muchacha—. ¿Qué habrá pasado? ¿Alguna emanación radiactiva del asteroide? —consultó su reloj—. ¡Santo Dios!

—¿Qué ocurre? —Silvia se incorporó y se echó el pelo hacia atrás—. ¿Qué pasa, Cris?

—Hemos estado inconscientes dos días —pronunció poco a poco Cris, con la vista clavada en el reloj. Se llevó la mano a la barbilla—. Bueno, esto explica el crecimiento de mi barba.

—Bueno, pero todo va bien ahora, ¿verdad? —Silvia señaló a los hámsters—. Mira... Ya se mueven.

—Vamos —Eller la cogió de la mano—, subamos y hablemos los tres. Vamos a examinar todos los mandos de la nave. Quiero saber lo que ha sucedido.

Blake frunció el ceño.

—De acuerdo, me equivoqué. Nunca debimos aterrizar.

—Aparentemente, la radiación provino del centro del asteroide. —Eller trazó una línea sobre el gráfico—. Aquí tenemos una brusca ondulación que muere en seguida: una especie de onda rítmica que asciende desde el corazón del asteroide.

—Si no hubiéramos salido al espacio, nos habría golpeado una segunda ola —indicó Silvia.

—Los instrumentos registraron una ola posterior catorce horas después. Parece que el asteroide tiene un depósito mineral que late con regularidad, arrojando radiaciones a intervalos fijos. Observa la brevedad de la onda, muy similar a la de los rayos cósmicos.

—Pero lo bastante diferente como para penetrar nuestra pantalla.

—Exacto. Nos alcanza de pleno. —Eller se reclinó en su butaca—. Esto explica la ausencia de vida en el asteroide. Las bacterias serían barridas por la primera oleada. Nada podría sobrevivir.

—Cris —dijo Silvia.

—¿Sí?

—Cris, ¿crees que la radiación nos habrá afectado? ¿Estamos fuera de peligro? ¿O...?

—No estoy seguro. Mira. —le pasó un gráfico trazado en rojo—. Observa que, a pesar de que nuestros sistemas vasculares se han recobrado del todo, nuestras respuestas nerviosas aún no son las mismas. Se ha producido una alteración.

—¿De qué tipo?

—No lo sé. No soy neurólogo. Distingo diferencias en los gráficos de las pruebas efectuadas hace uno o dos meses, pero ignoro lo que significan.

—¿Piensas que es grave?

—El tiempo lo dirá. Nuestro organismo padeció una intensa oleada de una radiación desconocida durante diez horas. No puedo pronosticar las posibles lesiones permanentes, aunque me siento estupendamente en este momento. ¿Y vosotros?

—Bien —dijo Silvia. Contempló por la tronera el vacío tenebroso del espacio, los infinitos fragmentos de luz que tachonaban la inmensa negrura—. Bien, en cualquier caso vamos de regreso a la Tierra. Me alegra volver a casa. Tendremos que someternos a un examen riguroso.

—Por lo menos, nuestros corazones han aguantado sin sufrir el menor daño, ni coágulos de sangre ni destrucción celular. Fue lo primero en que pensé. En la mayoría de los casos, una dosis semejante de radiación suele producir...

—¿Cuánto tardaremos en llegar al sistema? —preguntó Blake.

—Una semana.

Blake se mordió los labios.

—Demasiado tiempo. Confío en que lograremos sobrevivir.

—Procuraremos evitar el exceso de ejercicio —advirtió Blake—. Nos lo tomaremos con calma de aquí en adelante; si algo nos ha afectado, lo descubrirán en la Tierra.

—Creo que nos hemos recobrado con bastante facilidad —dijo Silvia. Bostezó—. Dios, qué sueño tengo. —Empujó la silla hacia atrás y se puso lentamente en pie—. Me voy a la cama. ¿Alguna objeción?

—Adelante —dijo Eller—. Blake, ¿jugamos a cartas? Me gustaría relajarme. ¿Un blackjack?

—Estupendo, ¿por qué no? —Sacó una baraja del bolsillo de su chaqueta—. Nos ayudará a pasar el rato. Corta para ver quién empieza primero.

—Bien.

Eller cortó y sacó el siete de tréboles. Blake ganó con el as de corazones.

Jugaron sin mucho interés. Blake se mostraba malhumorado y poco comunicativo, molesto por el triunfo de Eller. Éste, por su parte, se sentía cansado e inquieto. Tenía la cabeza turbia, pese a los calmantes que había tomado. Se quitó el casco para frotarse la frente.

—Juega —murmuró Blake.

Los motores retemblaban bajo sus pies, acercándoles cada minuto más a la Tierra. Dentro de una semana entrarían en el sistema. Hacía un año que

no veían el planeta. ¿Cuál sería su aspecto? ¿Seguiría igual? El gran globo verde, con sus vastos océanos y sus islas diminutas. Luego aterrizarían en el espaciopuerto de Nueva York. Después volarían a San Francisco. Sería fantástico. Las multitudes de frívolos e insensatos terrestres que hormigueaban por las calles sin la menor preocupación. Eller sonrió a Blake. La sonrisa se trocó en una mueca.

Blake tenía la cabeza caída y los ojos firmemente cerrados. Estaba a punto de dormirse.

—Despierta —dijo Eller—. ¿Qué te pasa?

Blake tuvo que hacer un esfuerzo para reincorporarse. Con un gruñido, distribuyó las cartas. Su cabeza descendió poco a poco.

—Lo siento —murmuró.

Recogió sus ganancias. Eller rebuscó más créditos en su bolsillo. Iba a decir algo cuando, al levantar la vista, comprobó que Blake estaba dormido por completo.

—¡Joder! —se levantó—. Qué raro.

La respiración de Blake era tranquila y acompasada. Roncaba un poco, tenía el cuerpo echado hacia adelante. Eller apagó la luz y fue hacia la puerta. ¿Qué le pasaba a Blake? Nunca se dormía jugando a cartas.

Eller se dirigió a su habitación por el pasillo. Estaba cansado, soñoliento. Entró en el cuarto de baño, se desabrochó el cuello de la camisa y se quitó la chaqueta. Abrió el grifo del agua caliente. Deseaba con todas sus fuerzas irse a la cama y olvidar lo sucedido, la repentina descarga de radiación, el penoso despertar, el miedo que les atenazaba. Se lavó la cara. Dios, qué dolor de cabeza. Se mojó los brazos casi sin pensar.

Se dio cuenta poco antes de terminar. Mantuvo la vista baja durante largo rato, con las manos mojadas, incapaz de hablar.

Ya no tenía uñas.

Se miró en el espejo. Su respiración se aceleró. Deslizó la mano sobre sus cabellos y estiró. Se desprendieron puñados de lacio pelo castaño. Cabello y uñas…

Se encogió de hombros y trató de calmarse. Cabello y uñas. Radiación. Claro: era consecuencia de la radiación; había matado sus cabellos y sus uñas. Examinó sus manos.

No había ni rastro de las uñas. Inspeccionó los dedos. Las yemas eran suaves y afiladas. Luchó contra el pánico creciente, y se apartó del espejo con movimientos torpes.

Un pensamiento le estremeció. ¿Era el único? ¿Y Silvia?

Volvió a colocarse la chaqueta. La falta de uñas hacía que sus dedos se deslizaran ágiles y rápidos. ¿Qué otra cosa podía ser? Debían estar preparados. Se miró en el espejo una vez más.

Y desfalleció.

Su cabeza…, ¿qué estaba ocurriendo? Se apretó las sienes con las manos. Su cabeza. Algo iba mal, muy mal. Abrió los ojos de par en par. Había perdido por completo el pelo, que cubría sus hombros y la chaqueta. Su calva, redonda y extrañamente sonrosada, brillaba bajo la luz. Pero había algo más.

Su cabeza había aumentado de tamaño. Se estaba convirtiendo en un esfera perfecta. En cambio, las orejas y la nariz se contraían. Las venas de la nariz se hacían cada vez más finas y transparentes ante sus ojos. Se hallaban en pleno cambio, en plena alteración. Y sucedía con rapidez.

Se llevó una mano temblorosa a la boca. Sus dientes se desprendían de las encías. Estiró. Arrancó varios con suma facilidad. ¿Qué estaba pasando? ¿Se moría? ¿Era el único? ¿Y los otros?

Eller salió corriendo de la habitación. Respiraba con dificultad. Su pecho parecía encogerse, como si las costillas rechazaran el aire. Los latidos de su corazón eran irregulares. Y le flaqueaban las piernas. Se detuvo y se sujetó al marco de la puerta. Se metió en el ascensor. De repente, se produjo un estremecedor aullido: era la voz agónica y aterrorizada de Blake.

—Ya tengo la respuesta —murmuró para sí Eller mientras bajaba en el ascensor—. ¡No soy el único!

Harrison Blake le dirigió una mirada llena de horror. Eller se vio forzado a sonreír. Ya no podía impresionarle la visión de Blake, calvo y fuera de control. Estaba de pie junto a una mesa, y miraba alternativamente a Eller y a su propio cuerpo. El uniforme era demasiado grande para su cuerpo menguante. Su cráneo se había ensanchado, y carecía de uñas.

—seremos afortunados si salimos de ésta —dijo Eller—. Las radiaciones espaciales pueden afectar de forma muy extraña a los cuerpos humanos. En qué buen día se nos ocurrió aterrizar en ese...

—Eller —susurró Blake—, ¿qué vamos a hacer? ¡No podremos seguir viviendo así!

—Lo sé.

Eller apretó los labios. Le resultaba difícil hablar casi sin dientes. Se sintió como un bebé. Sin dientes, sin pelo, un cuerpo cada vez más indefenso a medida que pasaban los minutos. ¿Cómo iba a terminar?

—No podemos regresar así —siguió Blake—, no podemos volver a la Tierra con este aspecto. ¡Por todos los santos, Eller! Somos monstruos, mutantes. Nos..., nos encerrarán en jaulas, como animales. La gente...

—Cierra el pico. Da gracias a que aún estemos vivos. Siéntate. —le alargó una silla—. Descansemos las piernas.

Ambos se sentaron. Blake respiró profunda y entrecortadamente. Se frotaba la frente sin cesar.

—No estoy preocupado por nosotros —dijo Eller al cabo de un rato—, sino por Silvia. Es la que sufrirá más de los tres. Estoy pensando si vale la pena volver. Si no lo hacemos, ella...

El videófono se iluminó, enfocando el laboratorio de paredes pintadas de blanco, las retomas y otros aparatos alineados ordenadamente.

—¿Cris?

Oyeron la voz de Silvia, tenue y alterada por el horror. Se mantenía fuera del encuadre.

—¿Sí? ¿Cómo te encuentras?

—¿Que cómo me encuentro? —En la voz de la chica se advertía un punto de histeria—. Cris, ¿también te ha afectado a ti? Tengo miedo de mirar. —Hubo una pausa—. Sí, ¿verdad? Te veo..., pero no quiero que tú lo hagas. No quiero que me veas nunca más. Es..., es horrible. ¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé. Blake no es partidario de volver a la Tierra en estas circunstancias.

—¡No! ¡No podemos volver! ¡Es imposible!

Se hizo el silencio.

—Lo decidiremos más tarde —dijo por fin Eller—. No es necesario hacerlo ahora. Estos cambios en nuestros organismos son debidos a la radiación, de

modo que tal vez sean temporales. Hay que esperar. Quizá la cirugía los resuelva. En cualquier forma, será mejor no preocuparse en exceso.

—¿Que no nos preocupemos? No, claro que no me preocupo. ¿Cómo podría preocuparme algo tan insignificante? Cris, ¿es que no lo comprendes? Somos monstruos, no tenemos pelo, ni dientes, ni uñas. Nuestras cabezas…

—Sí que lo comprendo. De momento, quédate en el laboratorio. Blake y yo nos comunicaremos contigo por el videófono. No hace falta que te pongas frente a la pantalla.

Silvia contuvo el aliento.

—Como tú digas. Aún eres el capitán.

Eller se apartó de la pantalla.

—Bien, Blake, ¿te sientes con ánimos para hablar?

La figura refugiada en un ángulo de la pieza asintió con un gesto del inmenso cráneo pelado. El hasta hace poco gigantesco cuerpo de Blake se había encogido y hundido. Los brazos y el pecho parecían pertenecer a un anciano moribundo. Los dedos tableteaban sin cesar sobre la mesa. Eller le examinó atentamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Blake.

—Nada. Sólo te estaba mirando.

—Tú tampoco tienes un aspecto muy atractivo.

—Ya lo sé. —Eller se sentó frente a él. Su corazón latía con violencia, y respiraba con dificultad—. ¡Pobre Silv! Aún es peor para ella que para nosotros.

—Pobre Silv —dijo Blake—. Y pobres de nosotros. Ella tiene razón, Eller: somos monstruos. —Torció sus frágiles labios—. Cuando lleguemos a la Tierra nos destruirán, o nos encerrarán. Tal vez sea preferible una muerte rápida. Monstruos, engendros, hidrocefálicos sin pelo.

—Hidrocefálicos, no —afirmó Eller—. Tu cerebro no está dañado, algo muy de agradecer. Aún podemos pensar. Aún conservamos nuestras mentes.

—Bueno, ahora ya sabemos por qué no hay vida en el asteroide —ironizó Blake—. Como equipo de exploración hemos triunfado. Obtuvo la información: radiación, radiación letal que destruye los tejidos orgánicos. No nos engañemos: ya no somos hombres, ya no somos seres humanos. Somos…

—¿Qué?

—No lo sé. —Blake guardó silencio.

—Qué extraño.

Eller observó sus dedos. Los movió frente a los ojos. Largos, largos, y esbeltos. Recorrió con ellos la superficie de la mesa. La piel era sensible. Detectaba cada muesca, cada raya, cada marca.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Blake.

—Soy curioso.

Eller examinó sus ojos de más cerca. Su visión disminuía. Todo se hacía vago e indistinto. Frente a él, Blake tenía la vista baja. Los ojos de Blake empezaban a hundirse lentamente en el gran cráneo sin pelo. Eller comprendió al instante que estaban perdiendo la vista. Se volvían ciegos poco a poco. El pánico se apoderó de él.

—¡Blake, nos estamos volviendo ciegos! Nuestros ojos, visión y músculos se deterioran progresivamente.

—Me he dado cuenta —dijo Blake.

—Pero ¿por qué? ¡Estamos perdiendo los ojos! ¡Se hunden, se secan! ¿Por qué?

—Atrofiados —murmuró Blake.

—Quizá.

Blake sacó un diario de vuelo de la nave. Escribió algunas notas en el papel. «La visión disminuye rápidamente, pero los dedos son mucho más sensibles. Respuesta epidérmica inusual. ¿Compensación?»

—¿Qué piensas de esto? —preguntó—. Perdemos algunas funciones, pero ganamos otras.

—¿Nuestras manos? —Blake examinó sus manos—. La pérdida de las uñas posibilita utilizar los dedos de otra manera. —Frotó los dedos contra la tela del uniforme—. Palpo fibras individuales; antes era imposible.

—Por tanto, ¡la pérdida de las uñas fue intencionada!

—¿Y?

—Hasta ahora hemos asumido que todo esto no tenía sentido. Quemaduras accidentales, destrucción de células, alteraciones. Me pregunto…

Eller escribió de nuevo en el papel. «Dedos: nuevos órganos de la percepción. Mayor respuesta táctil. A cambio, disminución del alcance visual…»

—¡Cris! —La voz de Silvia irrumpió, aguda y asustada.

—¿Qué pasa?

—Pierdo la vista. Estoy ciega.

—Note preocupes, todo va bien.

—Estoy…, estoy asustada.

Eller se acercó al videófono.

—Silv, creo que estamos perdiendo algunos sentidos y ganando otros. Examina tus dedos. ¿Notas algo? Toca cualquier cosa.

Hubo una pausa interminable.

—Creo que experimento sensaciones diferentes a las de antes.

—se debe a que has perdido las uñas.

—Pero ¿qué significa?

Eller acarició su cráneo abultado, y exploró la suave piel pensativamente. De pronto, apretó los puños y jadeó.

—¡Silv! ¿Aún puedes manipular el aparato de rayos X? ¿Te sientes con fuerzas para atravesar el laboratorio?

—Sí, supongo que sí.

—Quiero una radiografía lo antes posible, ahora mismo. Avísame en cuanto la tengas.

—¿Una radiografía? ¿De qué?

—De tu propio cráneo. Quiero ver los cambios que se han producido. Creo que empiezo a entender. Me interesa especialmente el cerebro.

—¿Cuál es tu teoría?

—Te la diré cuando haya visto la radiografía. —Una débil sonrisa se dibujó en los finos labios de Eller—. Si tengo razón, significará que estábamos completamente equivocados.

Eller examinó durante largo rato la radiografía enfocada en la pantalla. Forzó su vista menguante para vislumbrar las líneas del cráneo. La placa temblaba en las manos de Silvia.

—¿Qué ves? —susurró ella.

—Tenía razón. Blake, échale una ojeada.

Blake se acercó, apoyándose en una de las sillas.

—¿A qué te refieres? No veo bien.

—El cerebro ha cambiado notablemente. Observa este ensanchamiento. —Eller señaló el lóbulo frontal—. Aquí, y aquí. Un crecimiento asombroso. Una enorme circunvolución. Fíjate en este bulto del lóbulo frontal, como una proyección. ¿Tienes idea de lo que es?

—Ni idea. ¿No es la zona relacionada con los procesos superiores del pensamiento?

—Las facultades más desarrolladas del conocimiento se localizan ahí, precisamente el lugar que ha experimentado el mayor crecimiento.

Eller se apartó de la pantalla.

—¿Qué has deducido? —preguntó Silvia.

—Os contaré mi teoría. Quizá me equivoque, pero encaja a la perfección. Fue lo primero que pensé cuando advertí que me habla quedado sin uñas.

—¿Cuál es tu teoría?

Eller se sentó a la mesa de control.

—Es mejor que te sientes, Blake. Nuestros corazones no están para bromas. Nuestros cuerpos disminuyen de masa, así que es posible...

—¡Tu teoría! ¿Cuál es? —Blake fue hacia él y le miró fijamente—. ¿Cual es?

—Hemos evolucionado. La radiación del asteroide aceleró el crecimiento celular, como un cáncer. Sin embargo, estos cambios tienen un propósito, una intencionalidad. Estamos cambiando con gran rapidez, a razón de varios siglos por segundo.

El asombro se pintó en los ojos de Blake.

—Es cierto —siguió Eller—. Estoy, seguro. Mayor cerebro, menos vista, pérdida del cabello y de los dientes. Más destreza y sentido del tacto. Nuestros cuerpos pierden, pero nuestras mentes ganan. Estamos desarrollando mayores poderes cognitivos, mayor capacidad conceptual. Nuestras mentes evolucionan hacia el futuro.

—¡Evolucionan! —Blake se sentó con cautela—. ¿Es posible?

—No me cabe la menor duda. Haremos más radiografías, por supuesto. Estoy ansioso por ver los cambios de los órganos internos, los riñones, el estómago. Imagino que hemos perdido porciones de...

—¡Evolucionan! Sin embargo, la evolución no es el resultado de presiones accidentales externas. Competitividad y lucha. Selección natural, fortuita, sin meta definida. Esto implica que todo organismo contiene en su seno el hilo de la evolución. Por tanto, la evolución es teleológica, con un objetivo no determinado por el azar.

Eller asintió con un gesto.

—Nuestra evolución parece ser el resultado de un crecimiento interno y procede de otra manera. Desde luego, no por azar. Sería interesante averiguar la fuerza motriz.

—Esto arroja una nueva luz sobre los acontecimientos —murmuró Blake—. O sea, que no somos monstruos, después de todo. No somos monstruos. Somos..., somos hombres del futuro.

Eller le miró y habló con una extraña entonación.

—Imaginaba que dirías esto —admitió—. Pero, a pesar de todo, en la Tierra nos seguirán considerando fenómenos.

—Pero estarán en un error. Sí, nada más vernos dirán que somos unos fenómenos de feria, aunque no lo seamos. Dentro de un millón de años, el resto de la humanidad nos habrá alcanzado. Nos estamos adelantando a nuestra época, Eller.

Eller observó la gran cabeza protuberante de Blake. Le costaba discernir sus rasgos. La bien iluminada sala de control se sumía en las tinieblas. La ceguera era prácticamente total. Apenas veía sombras vagas, y nada más.

—Hombres del futuro —dijo Blake—. Monstruos no, hombres del mañana. Sí, claro que esto arroja una nueva luz sobre lo sucedido. —Una risa nerviosa escapó de sus labios—. ¡Hace sólo unos minutos me sentía avergonzado de nuestro aspecto! Pero ahora...

—Pero ¿ahora qué?

—Ahora ya no estoy tan seguro.

—¿Qué quieres decir?

Blake no contestó. Se había puesto en pie, sujetándose a la mesa.

—¿Adónde vas? —preguntó Eller.

Blake atravesó con penosos esfuerzos la sala de control, camino de la puerta.

—Debo reflexionar. Existen nuevos y sorprendentes elementos que conviene considerar. Estoy de acuerdo contigo, Eller; tienes toda la razón. Hemos evolucionado. Nuestras facultades cognitivas han aumentado, a cambio de un considerable deterioro de las funciones corporales. Era de esperar. En conjunto, podemos decir que hemos salido ganando. —Blake se tocó la cabeza con prudencia—. Sí, pienso que a la larga salimos ganando. Recordaremos éste como un gran día, Eller. Un gran día de nuestras vidas. Estoy seguro de que tu teoría es correcta. A medida que el proceso avanza, percibo cambios en mis facultades conceptuales. La facultad de establecer relaciones complejas...

—¡Para! —dijo Eller—. ¿Adónde vas? Contéstame. Aún soy el capitán de esta nave.

—¿Adónde voy? A mi habitación. He de descansar. Este cuerpo es muy incómodo. Quizá tengamos que construir vehículos para desplazarnos, incluso órganos artificiales, como pulmones y corazones metálicos. No creo que los sistemas cardiovasculares resistan mucho tiempo más. Las expectativas de vida han disminuido sensiblemente. Nos veremos después, mayor Eller..., aunque tal vez ya no debería utilizar el verbo «ver». —Sonrió—. Nunca nos volveremos a ver —levantó las manos—, pero éstas reemplazarán a los ojos —se tocó la cabeza—, y ésta reemplazará a otras muchas cosas.

Desapareció, cerrando la puerta a sus espaldas. Eller le oyó caminar despacio, pero con determinación, por el pasillo, paso a paso.

Eller fue hacia el videófono.

—¡Silv! ¿Me oyes? ¿Escuchaste nuestra conversación?

—Sí.

—Entonces ya sabes lo que nos ha ocurrido.

—Sí, lo sé, Cris. Estoy casi ciega. No puedo ver nada.

Eller hizo una mueca al recordar los hermosos y brillantes ojos de Silvia.

—Lo siento, Silv. Ojalá no hubiera sucedido. Ojalá hubiéramos vuelto sin detenernos. No valía la pena.

—Blake piensa que sí.

—Lo sé. Escucha, Silv: quiero que vengas a la sala de control, si, puedes. Me preocupa Blake, y quiero que estés conmigo.

—¿Por que te preocupa?

—Algo le ronda por cabeza. No ha ido a su cuarto sólo para descansar. Ven conmigo y decidiremos lo que hacemos. Hace unos minutos era yo el que decía de volver a la tierra, pero creo que estoy cambiando de opinión.

—¿Por qué? ¿A causa de Blake? No pensarás que Blake quiera...

—Lo discutiremos cuando estés aquí. Guíate con las manos Blake lo hizo, de modo que tú también podrás. Me parece que no volveremos a la Tierra, pero quiero explicarte mis motivos.

—Procuraré tardar lo menos posible, pero ten paciencia. Y, Cris... no me mires. No quiero que veas mi aspecto.

—No te miraré —dijo Eller con tristeza—. Cuando llegues aquí, ya no podré ver muchas cosas.

Silvia se sentó en la mesa de control. Se había puesto uno de los trajes espaciales guardados en el laboratorio para ocultar el cuerpo tras el plástico y el metal. Eller esperó a que hubiera recuperado el aliento.

—Adelante —le animó Silvia.

—Lo primero que debemos hacer es recoger todas las armas de la nave. Cuando Blake vuelva, anunciaré que no regresaremos a la Tierra. Creo que montará en cólera, y que puede causar problemas. Si no me equivoco, desea seguir rumbo hacia la Tierra a toda costa, ahora que empieza a comprender las implicaciones de nuestra transformación.

—Y tú no quieres volver.

—No. —Eller meneó la cabeza—. No debemos volver. Existe un gran peligro. Y pienso que tú ya sabes cuál es.

—A Blake le fascinan las nuevas posibilidades. Vamos millones de años por delante de los demás hombres, y avanzamos a cada momento. Nuestros cerebros y nuestros poderes mentales superan con mucho a los de nuestra especie.

—Blake quiere volver a la Tierra, no como un hombre vulgar, sino como un hombre del futuro. Nuestra relación con los otros terrestres será similar a la de genios entre retrasados mentales. Si el proceso de cambio continúa, es posible que lleguemos a considerarles meros primates, animales en comparación con nosotros.

Ambos guardaron silencio.

—Sí, animales —aprobó Eller—. En tales circunstancias, lo más lógico sería ayudarles. Después de todo, les llevamos una ventaja de varios millones de años. Podríamos hacer grandes cosas si nos permitieran guiarles, dirigirles, planificar su futuro.

—Y si se resistieran, no tardaríamos en encontrar la manera de controlarles —dijo Silvia —todo por su propio bien, por supuesto. Tienes razón, Cris. Si volvemos a la Tierra, despreciaremos a sus habitantes. Querremos guiarles y enseñarles a vivir, tanto si están de acuerdo como si no. Sí, la tentación es muy fuerte.

Eller se levantó. Fue al depósito de armas y lo abrió. Con sumo cuidado, sacó los pesados fusiles Boris y los dejó encima de la mesa.

—Lo primero es destruirlos. Después nos las tendremos que arreglar para mantener a Blake alejado de la sala de control, aunque nos veamos obligados a bloquear la entrada. Cambiaré el curso de la nave. Nos

dirigiremos lejos del sistema, hacia alguna zona remota. Es el único camino que nos queda.

Abrió los fusiles Boris y extrajo los controles de disparo. Los aplastó con el pie.

Se oyó un ruido. Ambos se volvieron, esforzándose por ver.

—¡Blake! —exclamó Eller—. Has de ser tú. No puedo verte, pero... Estás en lo cierto —anunció la voz de Blake—. No, Eller, todos estamos ciegos, o casi ciegos. ¡Así que has destruido los fusiles Boris! Temo que eso no nos impedirá volver a la Tierra.

—Vuelve a tu habitación —dijo Eller—. Soy el capitán, y te ordeno...

—¿Me ordenas? —rió Blake—. Estás casi ciego, Eller, pero creo que aún podrás ver... ¡esto!

Algo se elevó en el aire alrededor de Blake, una nube de azul pálido. Eller jadeó mientras retrocedía, envuelto en la nube. Tuvo la impresión de que su cuerpo se disolvía, se rompía en miles de fragmentos y era arrastrado como polvo...

Blake reintegró la nube al diminuto disco que sostenía en una mano.

—Si no te has olvidado —dijo con tranquilidad—, yo fui el primero en recibir el chorro radiactivo. Esto me proporciona una cierta ventaja sobre vosotros, al menos por un breve espacio de tiempo, aunque suficiente. En cualquier caso, los fusiles Boris habrían resultado obsoletos comparados con lo que sostengo en la mano. Recuerda que todo lo que hay en esta nave ha quedado anticuado un millón de años. Lo que tengo...

—¿De dónde has sacado ese disco?

—De ningún sitio. Lo construí en cuanto comprendí que tu intención sería desviarte de la Tierra. No fue difícil. No tardaréis en asumir nuestros nuevos poderes. Pero, de momento, aún no lo habéis conseguido.

Eller y Silvia luchaban por respirar. Eller se agarró a la barandilla del casco, exhausto; tenía el corazón fatigado. Contempló el disco de Blake.

—seguiremos la ruta prevista hacia la Tierra —siguió Blake—. Ninguno de vosotros podrá impedirlo. Veréis las cosas de manera diferente cuando lleguemos al espaciopuerto de Nueva York. En el momento en que os pongáis a mi altura, vuestro punto de vista coincidirá con el mío. Hemos de regresar, Eller. Es nuestro deber para con la humanidad.

—¿Nuestro deber?

Un tono de burla se insinuó en la voz de Blake.

—¡Claro que es nuestro deber! La humanidad nos necesita, nos necesita mucho. Podemos ayudar en tantas cosas a la Tierra... Como ves, leí en parte vuestros pensamientos, no todo, pero sí lo suficiente como para averiguar lo que planeabais. Descubriréis que, de ahora en adelante nos comunicaremos cada vez menos mediante la palabra; muy pronto empezaremos a...

—Si lees mi pensamiento, comprenderás por qué no podemos volver a la Tierra —dijo Eller.

—Sé lo que piensas, pero estás equivocado. Hemos de volver por su propio bien. —Blake rió en voz baja—. Les podemos ayudar mucho. En nuestras manos, su ciencia cambiará, y ellos también, porque les transformaremos. Haremos que la Tierra sea más fuerte, más poderosa. El Triunvirato quedará indefenso ante la nueva Tierra, la Tierra que nosotros construiremos. Los tres transformaremos la raza, haremos que se expanda a lo largo y ancho de la galaxia. La humanidad será un simple material que nosotros moldearemos. El azul y el blanco ondearán en todas partes. en todos los

planetas de la galaxia, y no en miserables pedazos de roca. Haremos una Tierra fuerte, Eller, una Tierra que gobernará el universo.

—Así que eso es lo que planeas... —dijo Eller—. ¿Qué pasará si la Tierra no se muestra de acuerdo? ¿Qué haremos?

—Es posible que no lo comprenda —admitió Blake—. Al fin y al cabo. les llevamos una ventaja de varios millones de años. Como seres inferiores, muchas veces no comprenderán el objetivo de nuestras órdenes, pero, como ya sabes, las órdenes deben cumplirse aunque no se comprendan. Lo sabes por haber estado al mando de algunas naves. Por el propio bien de la Tierra, y por...

Eller saltó hacia adelante, pero su frágil e inseguro cuerpo le traicionó. Se desplomó antes de alcanzar a Blake, agitando los brazos ciega y frenéticamente. Blake maldijo, y retrocedió un paso.

—¡Imbécil! ¿Es que no...?

El disco se iluminó. La nube azul se estrelló en el rostro de Eller. Se tambaleó a un lado, con las manos en alto. Luego cayó de nuevo, golpeándose contra el suelo metálico. Silvia avanzó a cuatro patas hacia Blake, dificultada por el pesado traje espacial. Blake apuntó el disco en su dirección. Una segunda nube brotó. Silvia chilló. La nube la devoró.

—¡Blake!

Eller se arrastró sobre las rodillas. La figura oscilante que había sido Silvia se derrumbó. Eller sujetó a Blake por los brazos. Ambos lucharon con torpeza. Blake intentaba soltarse de la presa. De repente, las fuerzas de Eller le abandonaron. Cayó hacia atrás, y se golpeó la cabeza contra la plancha de metal. Silvia yacía muy cerca, silenciosa e inmóvil.

—Aléjate de mí —rugió Blake, moviendo el disco—. Puedo destruirte como a ella, ¿lo entiendes?

—Tú la mataste —gritó Eller.

—Fue culpa suya. ¿Ves lo que se gana por luchar?

—¡Mantente alejado de mí! Si te acercas, dispararé la nube. Será tu fin.

Eller no se movió. Contempló fijamente a la forma silenciosa.

—Está bien. —La voz de Blake parecía llegar desde una gran distancia—. Escúchame: seguiremos en dirección a la Tierra. Guiarás la nave mientras trabajo en el laboratorio. Leo tus pensamientos, de modo que no trates de cambiar el curso. ¡Y olvídala! Aún quedamos dos; nos bastamos para cumplir nuestra misión. Entraremos en el sistema dentro de escasos días. Tenemos mucho que hacer. —La voz de Blake era serena, terminante—. ¿Puedes levantarte?

Eller se reincorporó despacio, sujetándose a la barandilla del casco.

—Bien —dijo Blake —: Hemos de prepararlo todo con extremo cuidado. Tal vez los terrestres nos planteen algunas dificultades, en primera instancia. Hemos de preverlo. Creo que podré construir el equipo que necesitamos en el tiempo que queda. Más tarde, cuando hayas evolucionado hasta ponerte a mi altura, trabajaremos juntos para atender a nuestras necesidades.

—¿De verdad crees que volveré a colaborar contigo? —Eller desvió la mirada hacia la figura silenciosa e inmóvil extendida en el suelo—. ¿Crees que después de lo que ha ocurrido voy a...?

—Vamos, vamos, Eller —dijo Blake con impaciencia—, me sorprendes. Empieza a contemplar las cosas desde una nueva perspectiva. Hay tantos planteamientos nuevos a considerar...

—¡Así tratarás a la humanidad! ¡Con estos métodos la salvarás!

—Ya adoptarás una actitud más realista —dijo con calma Blake—. Verás que, como hombres del futuro...

—¿De veras crees que lo haré?

Los dos hombres se miraron fijamente.

Una sombra de duda pasó por el rostro de Blake.

—¡Debes hacerlo, Eller! Nuestro deber es considerar las cosas desde nuevos puntos de vista. Claro que lo harás. —Frunció el ceño y alzó un poco el disco—. ¿Acaso lo dudas?

Eller no contestó.

—Quizá me guardes algún rencor. Quizá este incidente te haya perturbado. Es posible... —movió el disco—. En este caso, tendré que autoconvencerme cuanto antes de que he de seguir solo. Si no quieres trabajar conmigo, tendré que hacerlo sin ti. —sus dedos se cerraron en torno al disco—. Si no colaboras conmigo, Eller, lo haré solo. Quizá sea lo mejor. En cualquier caso, este momento tenía que llegar antes o después. Lo mejor será...

Blake chilló.

Una enorme sombra transparente atravesó la pared, lenta, casi perezosamente, y entró en la sala de control. Detrás vino otra, y después otra, hasta sumar al menos cinco. Las sombras latían débilmente, y desprendían un vago fulgor interno. Todas eran idénticas, sin rasgos distintivos.

Eller las contempló, atónito. Blake había bajado el disco y seguía de pie, pálido y tenso, jadeando de estupor. Eller advirtió de pronto algo que le estremeció de pies a cabeza. No veía las figuras. Estaba casi por completo ciego. Las sentía de una nueva forma, mediante un nuevo método de percepción. Se esforzó por comprender. estrujándose la mente. Y por fin lo logró. Y supo por qué no poseían forma ni rasgos.

Eran energía pura.

Blake recobró poco a poco la serenidad.

—¿Qué...? —tartamudeó, blandiendo el disco—. ¿Quién...?

Un pensamiento cortó en seco las elucubraciones de Blake. El pensamiento rondaba la mente de Eller, un pensamiento frío, impersonal, aislado y remoto.

«La chica. Antes que nada.»

Dos formas oscilaron hacia la figura inmóvil de Silvia, tendida en silencio junto a Blake. Se detuvieron a escasa distancia de ella, latiendo y fulgurando. Después, parte del halo resplandeciente se desprendió, rodeó el cuerpo de la muchacha y lo bañó con una luz tenue.

«Con eso será suficiente —fue el segundo pensamiento, momentos después. El halo se contrajo—. Ahora, el que lleva un arma.»

Una forma se dirigió hacia Blake. Éste retrocedió hacia la puerta más próxima. Su cuerpo temblaba de horror.

—¿Qué eres? —preguntó, al tiempo que levantaba el disco—. ¿Quién eres? ¿De dónde viniste?

La forma siguió avanzando.

—¡Vete! —gritó Blake—. ¡Retrocede! Si no...

Abrió fuego. La nube azul penetró en la forma. Ésta tembló un instante, y absorbió la nube. Después prosiguió su camino. Blake, aturdido, corrió

hacia el pasillo, tambaleándose y cayendo. La forma titubeó en el umbral de la puerta. Una segunda forma se le unió.

La primera forma lanzó una bola luminosa hacia Blake. Lo envolvió. La luz parpadeó y se apagó. No quedaba nada de Blake. Nada de nada.

—Muy desagradable, pero necesario. ¿Ya revive la joven?

—Sí.

—Bien.

—¿Quiénes sois? —preguntó Eller—. ¿Qué sois? ¿Silv se restablecerá? ¿Está viva?

—La chica se recobrará. —Las formas avanzaron hacia Eller y le rodearon—. Quizá habría sido mejor intervenir antes de que la hirieran, pero preferimos esperar hasta estar seguros de que el hombre armado se iba a hacer con el control.

—¿Sabíais lo que estaba pasando?

—Lo vimos todo.

—¿Quiénes sois? ¿De dónde..., de dónde venís?

—Estábamos aquí.

—¿Aquí?

—En la nave. Estábamos desde el principio. Fuimos los primeros en recibir la radiación; Blake se equivocaba. Nuestra transformación empezó antes que la suya. Y, además, nuestras perspectivas eran mucho más amplias. Vuestra raza no evolucionará demasiado; crecimiento de cráneo, caída del pelo, y poco más. La nuestra, en cambio, acaba de empezar.

—¿Vuestra raza? ¿La primera que recibió la radiación? —Eller paseó la mirada a su alrededor, con un atisbo de comprensión—. Entonces, sois...

—Sí, tienes razón. Somos los hámsters del laboratorio, los animalitos que trajisteis para vuestros experimentos. A pesar de todo, no os guardamos rencor, te lo aseguro. De hecho, tenemos muy poco interés en vuestra raza. Estamos en deuda con vosotros por habernos ayudado a encontrar nuestro destino en pocos minutos, en lugar de tardar otros cincuenta millones de años.

»Os lo agradecemos. Y creo que ya hemos pagado nuestra deuda. La chica se repondrá. Blake ha muerto. Se te permitirá continuar el camino hacia tu planeta.

—¿Volver ala Tierra? —balbuceó Eller—. Pero...

—Aún nos queda algo por hacer antes de irnos. Hemos discutido el asunto y llegado a un acuerdo por unanimidad. Con el tiempo, vuestra raza alcanzará el lugar que le corresponde. No vale la pena apresurar ese momento. Por el bien de vuestra raza, y por el bien de vosotros dos, haremos una última cosa antes de partir. Ya lo comprenderás.

Una bola de fuego surgió de la primera forma. Flotó sobre Eller, lo tocó e hizo lo propio con Silvia.

—No te quepa duda de que es lo mejor —transmitió la forma.

Ambos miraron en silencio por la tronera. La primera bola de luz se desprendió del costado de la nave y se zambulló en el vacío.

—¡Mira! —exclamó Silvia.

La bola de luz aumentó de velocidad. Una segunda bola atravesó el casco de la nave, en pos de la primera.

Después siguieron una tercera, una cuarta y, por fin, la quinta. Las bolas de fuego se perdieron, una por una, en la inmensidad del espacio.

Cuando desaparecieron, Silvia se volvió hacia Eller con los ojos brillantes.

—Ya está. ¿Adónde van?

—No hay manera de adivinarlo. Muy lejos, probablemente. Quizá a otra galaxia, algún lugar muy distante. —Eller acarició el pelo oscuro de Silvia y sonrió—. Tienes un pelo muy bonito. El pelo más bonito de todo el universo.

—Cualquier pelo nos parecerá bonito ahora —rió Silvia—. Incluso el tuyo, Cris.

Eller la contempló en silencio durante largo rato.

—Tenían razón —dijo por fin.

—¿En qué?

—Es mejor. —Eller asintió con la cabeza sin dejar de mirar a la chica que tenía al lado, su cabello y ojos oscuros, su talle esbelto y flexible—. Estoy de acuerdo... No hay la menor duda.

LA MAQUINA PRESERVADORA

Y pensó también que de estas importantes cosas bellas, la que más rápidamente se olvidaría sería la música.

Ciertamente que la música es lo más perecedero, frágil y delicado; y puede ser rápidamente destruida.

Labyrinth se preocupaba mucho. Amaba la música y no podía acostumbrarse a que un día no existieran Brahms ni Mozart, que no se pudiera disfrutar de la música de cámara, suave y refinada, que hace pensar en las pelucas, en los arcos frotados con resma, en las velas que se derretían en la semioscuridad.

El mundo sería seco y lamentable sin la música. Árido e inaguantable. De esta forma comenzó a concebir la idea de la Máquina Preservadora.

Una noche, sentado cómodamente en su butaca escuchando el suave sonido de su tocadiscos, se le presentó una extraña visión. Vio, con los ojos de la mente, la última copia de un trío de Schubert, estropeada y casi ilegible, abandonada en un lugar oscuro, probablemente un museo.

Un bombardero sobrevolaba. Las bombas caían, convirtiendo al edificio en ruinas, derrumbando las paredes, que se desmoronaban, dejando sólo escombros. En el desastre, la última copia desaparecía perdida entre las ruinas, para pudrirse y desaparecer.

Y luego, siempre en la imaginación de Doc Labyrinth, observó cómo la partitura surgía de entre las ruinas como lo haría un animal enterrado, con garras y dientes aguzados, con furiosa energía.

—¡Ah, si la música pudiera tener esa facultad, el instinto de supervivencia de ciertos insectos y otros animales! ¡Cómo cambiarían las cosas si la música se pudiera transformar en seres vivos, animales con garras y dientes! Entonces podría sobrevivir.

Si sólo se pudiera inventar una Máquina, una Máquina que procesara las partituras musicales, convirtiéndolas en cosas vivas.

Pero Doc Labyrinth no era mecánico. Logró unos pocos bosquejos aproximativos que envió a varios laboratorios de investigación. La mayoría estaban demasiado atareados con los contratos para el ejército, por supuesto. Pero al fin logró algo de lo que deseaba. Una pequeña universidad

del Medio Oeste quedó encantada con sus planes e inmediatamente comenzaron a trabajar en la construcción de la Máquina.

Las semanas pasaron. Al fin Labyrinth recibió una postal de la universidad. La Máquina estaba saliendo bien. La habían probado haciendo procesar dos canciones populares. ¿Cuáles fueron los resultados? Surgieron dos pequeños animales, del tamaño de ratones, que corrieron por el laboratorio hasta que el gato se los comió. Pero la Máquina había trabajado a la perfección.

Se la enviaron poco después, cuidadosamente embalada en un armazón de madera, sujeta con alambres y con un seguro que cubría todos los riesgos.

Estaba muy nervioso cuando comenzó a trabajar, quitándole las tablillas. Muchas ideas debieron de haber pasado por su mente cuando ajustó los controles y se preparó para la primera transformación. Había seleccionado una partitura maravillosa para comenzar, la del Quinteto en sol menor, de Mozart.

Durante un rato estuvo hojeándola, absorto en sus pensamientos. Luego se dirigió a la Máquina y la echó dentro.

Pasó el tiempo. Labyrinth se mantuvo parado muy cerca, esperando nervioso y aprensivo, sin saber qué seria lo que hallaría al abrir el compartimiento. Estaba realizando una gran labor, según su idea, al preservar la música de los grandes compositores para la eternidad. ¿Cómo sería gratificado? ¿Qué hallaría? ¿Qué forma adoptaría esto antes de que todo hubiera pasado?

Muchas preguntas no tenían aún respuesta. Mientras meditaba, la luz roja de la Máquina centelleaba. El proceso había concluido, la transformación se había efectuado. Abrió la portezuela.

—¡Dios mío! —fue su exclamación— ¡Esto es verdaderamente extraño!

De la máquina salió un pájaro, no un animal. El pájaro mozart era pequeño, bello y esbelto, con el magnífico plumaje de un pavo real. Voló un poco alrededor del cuarto y se volvió hacia él, curiosamente amistoso. Temblando, Labyrinth se inclinó, extendiendo la mano. El pájaro mozart se acercó. Entonces, súbitamente, remontó el vuelo.

—Sorprendente —murmuró. Llamó dulcemente al pájaro, esperando pacientemente hasta que revoloteó hasta él. Labyrinth lo acarició durante un largo rato.

¿Cómo sería el resto? No podía adivinarlo. Cuidadosamente levantó al pájaro mozart y lo colocó en una caja.

Al día siguiente se sorprendió aún más al ver salir al escarabajo beethoven, serio y digno. Era el escarabajo que había visto trepar por la manta, concienzudo y reservado, ocupado en sus cosas.

Después vino el animal schubert. Era un animalito tontuelo y adolescente, que iba de uno a otro lado, manso y juguetón.

Labyrinth interrumpió su trabajo para dedicarse a pensar.

¿Cuáles eran los factores de la supervivencia? ¿Eran las plumas mejores que las garras y los dientes? Labyrinth estaba sumamente asombrado. Había esperado obtener un ejército de criaturas recias y peleadoras, equipadas con garras y duros carapachos, listas a morder y patear. ¿Las cosas le estaban saliendo bien? Y, sin embargo, ¿quién podía decir que era lo

mejor para la supervivencia? Los dinosaurios habían sido poderosos, pero ninguno estaba vivo.

De todas formas, la Máquina se había construido. Era demasiado tarde para plantearse otros problemas.

Labyrinth prosiguió dándole a la Máquina la música de muchos compositores, uno tras otro, hasta que los bosques que se hallaban cerca de su casa se llenaron de criaturas que se arrastraban y balaban, gritando y haciendo todo tipo de ruidos.

Muchas rarezas fueron saliendo, criaturas todas que lo asombraron y llenaron de estupefacción. El insecto brahms tenía muchas patas que salían en todas direcciones; era un miriápodo grande y de forma aplanada. Bajo y achatado, estaba cubierto de una pelambre uniforme. Al insecto brahms le gustaba andar solo, y prontamente se alejó de su vista, preocupándose por eludir al animal Wagner, que había salido unos instantes antes.

Este era grande, y tenía muchos colores profundos. Parecía tener un humor de mil diablos, y Labyrinth se atemorizó un poco, tal como les sucedió a los insectos bach. Estos eran animalitos redondos, una gran cantidad de ellos, que se obtuvieron al procesar los cuarenta y ocho preludios y fugas. También estaba el pájaro stravinsky, compuesto por curiosos fragmentos, y muchos otros.

Los dejó sueltos, para que se acercaran a los bosques, y allí se fueron. saltando, brincando y rodando. Pero un extraño presentimiento de fracaso le atenazaba. Cada una de estas extrañas criaturas le maravillaba más y más. Parecía no tener ningún control sobre los resultados. Todo esto estaba fuera de su dominio, sujeto a alguna extraña e invisible ley que se había enseñoreado sutilmente de la situación, y esto le preocupaba sobremanera. Las criaturas mutaban a raíz de la acción de una extraña fuerza impersonal, fuerza que Labyrinth no podía ver ni comprender. Y que le daba mucho miedo.

Labyrinth dejó de hablar. Esperé un rato, pero no parecía tener deseos de continuar. Me volví a mirarlo. Me estaba contemplando en una forma extraña y melancólica.

—Realmente no sé mucho más. No he vuelto a ir allí desde hace mucho tiempo. Tengo miedo de ver lo que sucede en el bosque. Sé que está pasando algo, pero...

—¿Por qué no vamos juntos a ver qué pasa?

Sonrió aliviado.

—¿Realmente piensas así? Imaginé que tal vez lo sugerirías, puesto que todo me está comenzando a resultar demasiado duro de afrontar —echó a un lado la manta, sacudiéndose—. Vamos, entonces.

Bordeamos la casa, y seguimos un estrecho sendero que nos llevó hacia el bosque. Tenía un aspecto salvaje y caótico, con malezas demasiado crecidas y una vegetación que no había recibido cuidados en largo tiempo.

Labyrinth fue hacia adelante, apartando las ramas, saltando y retorciéndose para abrirse camino.

—¡Qué lugar! —comenté.

Seguimos andando durante un rato bastante largo. El bosque estaba oscuro y húmedo; ahora era casi la hora del crepúsculo y sobre nosotros caía una fina niebla que se desprendía de las hojas situadas sobre nuestras cabezas.

—Nadie viene aquí —El doctor se quedó súbitamente de pie, mirando a su alrededor. —Tal vez sea mejor que vayamos a buscar mi escopeta. No quiero que suceda nada irreparable.

—Pareces estar muy seguro de que las cosas han escapado a tu control — me llegué hasta donde estaba y nos quedamos parados hombro con hombro. —Tal vez las cosas no estén tan mal como piensas.

Labyrinth miró alrededor. Movió la hojarasca con su pie.

—Están cerca de nosotros, por todos lados. Observándonos. ¿No lo sientes?

Asentí, en forma casi casual.

—¿Qué es esto?

Levanté un extraño montículo, del cual se desprendían restos de hongos. Lo dejé caer y lo aparté con el pie. Quedó en el suelo, un montoncito informe y difícil de distinguir, casi enterrado en la tierra blanda.

—Pero, ¿qué es? —pregunté nuevamente. Labyrinth se quedó mirándolo, con una expresión tensa en el rostro.

Comenzó a golpearlo suavemente con el pie. Me sentí súbitamente incómodo.

—¿Qué es, por amor de Dios? —dije—. ¿Sabes tú?

Labyrinth volvió lentamente los ojos hacia mí.

—Es el animal schubert —murmuró—. O mejor dicho, lo fue. Ya no queda mucho de él.

El animalito, que una vez había saltado y brincado como un cachorrillo, tontuelo y juguetón, yacía en el suelo. Me incliné y aparté unas ramas y hojas que se adherían a él.

No cabía duda de que estaba muerto. La boca estaba abierta, y el cuerpo había sido totalmente desgarrado. Las hormigas y las sabandijas lo habían atacado sañudamente. Comenzaba a oler mal.

—Pero ¿qué pasó? —dijo Labyrinth. Movió tristemente la cabeza—. ¿Quién pudo hacerlo?

Durante un momento quedamos en silencio. Luego vimos moverse un arbusto y pudimos distinguir una forma. Debía de haber estado allí todo este tiempo, observándonos.

La criatura era inmensa, delgada y muy larga, con ojos intensos y brillantes. Me pareció bastante semejante al coyote, pero mucho más pesado. Su pelambre era manchada y espesa. El hocico se mantenía húmedo y anhelante mientras nos miraba en silencio, estudiándonos como si le sorprendiera enormemente que nos halláramos allí.

—El animal wagner —dijo Labyrinth—. Pero está muy cambiado. Casi no lo reconozco.

La criatura olfateó el aire. Súbitamente volvió hacia las sombras y un momento después se había ido.

Nos quedamos absortos durante un rato, sin decir nada.

Finalmente Labyrinth se estremeció.

—Así que esto es lo que sucedió —dijo—. Casi no puedo creerlo. Pero... ¿por qué, por qué?

—Adaptación —le dije—. Cuando echas de tu casa a un perro o a un gato doméstico, se vuelve salvaje.

—Sí —contestó. —Un perro vuelve a ser lobo. Para mantenerse vivo. La ley de la jungla. Debí haberlo supuesto. Sucede siempre.

Miró hacia abajo, hacia el lamentable cadáver en el suelo. Luego alrededor, hacia los silenciosos matorrales. Adaptación. O tal vez algo peor. Una idea se estaba formando en mi mente, pero nada dije.

—Me gustaría ver más. Echar una ojeada a los otros. Busquemos.

Estuvo de acuerdo. Comenzamos a investigar la posible existencia de animales a nuestros alrededor, apartando ramas y hojas.

Hallé y empuñé una rama, pero Labyrinth se puso de rodillas, palpando y observando el suelo desde bien cerca.

—Aun los niños se transforman en animales —le comenté—. ¿Recuerdas los casos de los niños lobos de la India? Nadie podía creer que alguna vez fueron normales.

Labyrinth asintió calladamente. Se sentía muy triste, y no era difícil darse cuenta de por qué.

Se había equivocado, su idea original había sido errada, y ahora se hallaba frente a las consecuencias de su error. La música podía transformarse en animales vivos, pero había olvidado la lección del Paraíso Terrenal.

Una vez que algo tomaba vida comenzaba a tener una existencia independiente, dejando de ser una propiedad de su creador y moldeándose y dirigiéndose tal como lo desea.

Dios, observando el desarrollo del hombre, debe de haber sentido la misma tristeza, y la misma humillación, tal como Labyrinth, ver que sus criaturas se modificaban y cambiaban para enfrentarse a las necesidades de sobrevivir.

El hecho de que sus animales musicales podrían defenderse ya no quería decir nada para él, puesto que la razón por la cual las había creado, impedir que las cosas bellas se brutalizaran, estaba sucediendo ahora en ellas mismas.

Labyrinth me miró, con ojos llenos de tristeza. Había asegurado su supervivencia, pero al hacerlo había destrozado el significado o los valores de tal acción. Traté de sonreírle para alentarlo, pero retiró la mirada.

—No te preocupes demasiado —le dije—. No fue un cambio demasiado grande el que experimentó el animal Wagner. Siempre fue un poco así, brusco y temperamental, ¿verdad? ¿No sentía cierta atracción por la violencia?

Me interrumpí bruscamente. Labyrinth había dado un salto, retirando apresuradamente su mano del suelo. Se apretó la muñeca, gimiendo de dolor.

—¿Qué te pasa? —me apresuré a preguntarle mientras me acercaba. Temblando, me mostró su mano pequeña—. Pero ¿qué te sucede?

Le tomé la mano. Por el dorso se extendían unas marcas rojas, como tajos, que se hinchaban bajo mis ojos. Había sido mordido o aguijoneado por un animal. Miré hacia abajo, pateando el césped.

Algo se movió. Vi correr hacia los arbustos a un animalito redondo y dorado, cubierto de espinas.

—Atrápalo —dijo mi amigo. ¡Pronto!

Lo perseguí, con mi pañuelo en ristre, tratando de eludir las espinas. La esfera rodaba frenética, procurando esquivar mi maniobra, pero finalmente lo atrapé con el pañuelo.

Labyrinth se quedó mirando la forma en que se retorcía atrapado. Me puse de pie.

—Casi no puedo creerlo. Va a ser mejor que regresemos a casa.

—¿Qué es? —le pregunté.

—Uno de los insectos bach. Pero está tan cambiado que casi no puedo reconocerlo...

Nos dirigimos otra vez hacia la casa, retomando nuestro camino por el sendero, a tientas en la oscuridad. Yo abría el paso, echando a un lado las ramas. Labyrinth me seguía, silencioso y triste, frotándose la mano dolorida.

Entramos al patio y subimos la escalera del fondo hacia el porche. Labyrinth abrió la puerta y pasamos a la cocina. Encendió la luz y se dirigió hacia el fregadero, para lavarse la mano.

Tomé una jarra vacía del aparador, y dejé caer dentro al insecto bach. La esfera dorada rodaba de uno a otro lado cuando le ajusté la tapa. Me senté a la mesa. Ninguno de los dos decía palabra alguna, mientras Labyrinth seguía en el fregadero, dejando correr agua sobre su mano herida...

Yo, mientras tanto, seguía mirando a la esfera dorada, en sus infructuosos intentos por escapar.

—Y bien —dije finalmente.

—No hay la menor duda —Labyrinth se acercó y se sentó a mi lado. —Ha sufrido una metamorfosis. Antes no tenía espinas ponzoñosas, ¿sabes? Menos mal que tuve cuidado cuando me decidí a desempeñar el papel de Noé.

—¿Qué quieres decir?

—Tuve buen cuidado de que fueran híbridos... No se podrán reproducir. No habrá una segunda generación. Cuando estos ejemplares mueran, todo se habrá acabado.

—Debo decirte que me alegro que hayas tenido eso en cuenta.

—Me pregunto —murmuró Labyrinth— cómo sonará ahora, tal cual está.

—¿Cómo dices?

—La esfera. El insecto bach. Esa es la verdadera prueba, ¿no es así? Puedo volverlo a meter en la Máquina. Así veremos. ¿Quieres averiguar qué sucederá?

—Lo que tú digas —le contesté—. Después de todo, es tu experimento. Pero no te ilusiones demasiado.

Levantó la jarra cuidadosamente y nos dirigimos escaleras abajo, en dirección al sótano. Divisé una inmensa columna de metal opaco, que se levantaba en una esquina, cerca del lavadero. Una extraña sensación me recorrió. Era la Máquina Preservadora.

—Así que ésta es —dije.

—Sí, ésta es —Labyrinth manipuló los controles y estuvo ocupado con ellos durante un largo rato. Luego, tomando la jarra, la dio la vuelta y, abriendo la tapa, dejó caer al insecto dentro de la Máquina. Labyrinth cerró la portezuela.

—Ahora veremos —dijo. Accionó los controles y la Máquina comenzó a andar. Labyrinth se cruzó de brazos, y nos dispusimos a esperar. Fuera se hizo de noche cerrada, sin una pizca de luz. Finalmente se encendió un indicador de color rojo que se hallaba en el tablero de la Máquina.

Mi amigo giró la llave hacia la posición de desconexión, y nos quedamos en silencio. Ninguno de los dos deseábamos abrir la Máquina.

—Bien —dije finalmente—. ¿Quién va a abrir y a mirar?

Labyrinth se estremeció. Metió la mano en una ranura y sus dedos extrajeron un papel con notas.

—Este es el resultado. Podemos ir arriba y tocarlo.

Nos dirigimos al cuarto de música. Labyrinth se sentó frente al piano de cola y yo le pasé la hoja. La abrió y la estudió durante un minuto, con una cara inexpresiva. Luego comenzó a tocar.

Escuché la música. Era espantosa. Nunca había oído nada igual. Era distorsionada y diabólica, sin ningún sentido o significado, excepto, tal vez, una rara familiaridad que jamás debió haber estado presente en algo así.

Sólo con gran esfuerzo era posible imaginar que alguna vez había sido una fuga de Bach, parte de una serie de composiciones magníficamente ordenadas y respetables.

—Esto es lo decisivo —dijo Labyrinth. Se puso de pie, tomo la hoja de música y la rompió en mil pedazos.

Cuando nos dirigíamos hacia el lugar donde había dejado mi automóvil, le dije:

—Tal vez la lucha por la supervivencia sea una fuerza mayor que cualquier ética humana. Hace que nuestras preciosas reglas morales y nuestros modales parezcan algo fuera de lugar.

Labyrinth estuvo de acuerdo.

—Tal vez nada pueda hacerse para salvar tales costumbres y tales reglas morales.

—Sólo el tiempo puede ser capaz de responder a esa pregunta —le contesté—. Tal vez este método falló, pero otros pueden tener éxito. Es posible que algo que no podernos predecir o prever en estos momentos pueda surgir algún día.

Le di las buenas noches y subí a mi automóvil. Estaba completamente oscuro; la noche había descendido sobre nosotros.

Encendí los faros y comencé a recorrer la carretera conduciendo en plena oscuridad. No había otros vehículos a la vista. Estaba solo y sentía mucho frío. En una curva disminuí la marcha, para cambiar de velocidad.

Algo se movió cerca de la base de un sicomoro enorme, en plena oscuridad. Traté de determinar qué era.

En la parte inferior de un árbol, un escarabajo muy grande estaba construyendo algo, poniendo un poco de barro cada vez, para dar forma a una extraña estructura. Me quedé observando al animal durante un largo rato, asombrado y curioso, hasta que finalmente notó mi presencia y dejó de trabajar. Se dio la vuelta rápidamente, entró en su pequeño edificio, haciendo sonar la puerta al cerrarla firmemente tras él.

Me alejé rápidamente.

SACRIFICIO

El hombre salió al porche delantero y contempló el día. Claro y fresco... El rocío cubría la hierba. Se abrochó la chaqueta y hundió las manos en los bolsillos.

Mientras bajaba la escalera, las dos orugas que esperaban junto al buzón cuchichearon entre sí.

—Ahí va —dijo la primera—. Envía tu informe.

Cuando la otra empezó a girar sus antenas, el hombre se detuvo y dio media vuelta.

—Os oí —dijo.

Golpeó con el pie la pared, y las dos orugas cayeron sobre el pavimento. Las aplastó.

Después bajó corriendo por el sendero hasta la acera. Miró con recelo a su alrededor. Un pájaro daba saltitos en el cerezo, picoteando las cerezas. El hombre lo examinó. ¿Algún problema? El pájaro levantó el vuelo. No, ningún problema con los pájaros.

Siguió adelante. En la esquina tropezó con una telaraña que se extendía desde los matorrales al poste telefónico. Su corazón latió con violencia. Manoteó frenéticamente para abrirse paso. Luego miró por encima del hombro y comprobó que la araña se acercaba desde el matorral para inspeccionar los desperfectos de su obra.

Las arañas constituían un enigma. Necesitaba más hechos... Aún no se había producido ningún contacto.

Se detuvo en la parada del autobús. Golpeó el suelo con los pies para hacerles entrar en calor.

El autobús llegó y él subió a la plataforma, contento de sentarse entre la gente cálida y silenciosa que miraba al frente con indiferencia. Una vaga oleada de seguridad le invadió.

Rió entre dientes y se relajó, por primera vez en muchos días.

El autobús prosiguió su camino.

Tirmus agitó sus antenas, excitada.

—Votad, si ése es vuestro deseo —ascendió por el montículo—, pero antes de empezar dejadme que os recuerde lo que dije ayer.

—Ya lo sabemos —dijo Lala con impaciencia—. Pongámonos en marcha. Ya hemos trazado los planes. ¿Qué nos detiene?

—Más a mi favor. —Tirmus paseó la mirada por los dioses allí reunidos—. Toda la Colina está preparada para atacar al gigante en cuestión. ¿Por qué? Sabemos, sin ningún género de dudas, que no puede comunicarse con sus congéneres. El tipo de vibración, el lenguaje que utiliza, todo hace imposible que logre popularizar la idea que tiene de nosotros, de nuestros...

—Tonterías. —Lala se irguió—. Los gigantes se comunican muy bien.

—¡No existe la menor noticia de que un gigante haya hecho pública ninguna información sobre nosotras!

El ejército se removió, inquieto.

—Adelante —dijo Tirmus—, pero es un esfuerzo vano. Es inofensivo..., está aislado. ¿Para qué perder el tiempo en...?

—¿Inofensivo? —Lala la miró fijamente—. ¿Es que no lo comprendes? ¡Sabe lo que está ocurriendo!

Tirmus bajó del montículo.

—Me repugna la violencia innecesaria. Deberíamos guardar nuestras fuerzas para el día que las necesitemos.

Se procedió a la votación. Como era de esperar, el ejército se manifestó a favor de atacar al gigante. Tirmus suspiró y trazó un mapa sobre la tierra.

—Éste es el lugar donde vive. Es lógico suponer que volverá cuando termine la jornada. La situación, según mi punto de vista...

Siguió desarrollando su plan sobre el suave terreno.

Uno de los dioses se inclinó hacia su compañero hasta que las antenas se tocaron.

—Este gigante no tiene la menor oportunidad de salvarse. Por una parte, me da pena. ¿Por qué se le ocurrió entremeterse?

—Un accidente —sonrió el otro—. Ya sabes la manía que tienen de meter las narices en todo.

—Lo siento por él, a pesar de todo.

Anochecía. La calle estaba oscura y desierta. El hombre avanzaba por la acera, con el periódico bajo el brazo. Caminaba con rapidez, echando furtivas miradas a su alrededor. Rodeó el gran árbol plantado en la esquina y cruzó ágilmente la calle hacia la acera opuesta. Al girar la esquina se enredó con la telaraña, tejida desde el matorral al poste telefónico. Manoteó de forma automática para librarse del repelente contacto. Entonces escuchó un débil murmullo, metálico y agudo.

—…¡espera!

El hombre se detuvo.

—…cuidado…, dentro…, espera…

Su mandíbula colgó flojamente. Los últimos hilos se rompieron en sus manos y prosiguió su camino. La araña se deslizó detrás de él por los restos de la tela, esperando. El hombre volvió la vista atrás.

—Estás chiflada —dijo—. No me voy a arriesgar a quedarme ahí bien atadito.

Llegó al sendero que conducía a su casa. Lo subió, evitando aproximarse a los matorrales. Sacó la llave y la metió en la cerradura.

Se inmovilizó. ¿Dentro? Mejor que fuera, en especial de noche. Un período malo, la noche. Demasiado movimiento bajo los matorrales. Malo. Abrió la puerta y entró. La alfombra, un pozo de negrura, se extendía ante él. Al otro lado vislumbró la forma de una lámpara.

Cuatro pasos hacia la lámpara. Alzó un pie. Se detuvo.

¿Qué había dicho la araña? ¿Esperar? Esperó, y escuchó. Silencio.

Sacó el mechero y lo encendió.

Una alfombra de hormigas cayó sobre su cabeza, como un diluvio. Ganó el porche de un salto. Las hormigas se arrastraron con toda la velocidad de que eran capaces sobre el suelo, a la débil luz que entraba por las ventanas.

El hombre rodeó la casa. Cuando la primera oleada de hormigas se derramó en el porche, ya estaba girando la llave del agua, con la manguera preparada.

El chorro de agua dispersó las hormigas. El hombre ajustó la lanza de la manguera, forzando la vista para discernir en la oscuridad. Avanzó y disparó el chorro de un lado a otro.

—Malditas seáis —dijo con los dientes apretados—. Así que espera adentro…

Estaba aterrorizado. Dentro… ¡nunca antes! Un sudor frío le cubría la cara. Dentro. Nunca habían entrado antes. Alguna mariposa, y moscas, por supuesto. Pero eran inofensivas, ruidosas…

¡Una alfombra de hormigas!

Las roció salvajemente hasta que rompieron filas y fueron a refugiarse en la hierba, en los matorrales, bajo la casa.

Se sentó en la acera, sin dejar de aferrar la manguera, temblando de pies a cabeza.

Lo habían planeado a la perfección. No se trataba de un ataque rabioso, frenético y espasmódico, sino de una acción de guerra planificada en todos sus detalles. Le habían esperado. Un paso más.

Gracias a Dios por la araña.

Cortó el agua y se puso en pie. No se oía el menor ruido; silencio absoluto. Los matorrales se agitaron. ¿Un escarabajo? Algo negro surgió; lo aplastó con el pie. Un mensajero, probablemente. Un corredor de primera. Entró cabizbajo en la casa, iluminándose con el mechero.

Estaba sentado ante su escritorio, con el pulverizador de acero y cobre a mano. Acarició la fría superficie con los dedos.

Las siete. La radio sonaba con el volumen muy bajo. Se inclinó hacia adelante y movió la lámpara del escritorio para que iluminara el suelo.

Encendió un cigarrillo. Cogió papel y pluma. Reflexionó unos minutos.

Lo habían planeado todo para eliminarle. La desesperación se abatió sobre él como un torrente. ¿Qué podía hacer? ¿A quién iba a pedir ayuda? ¿Quién le iba a creer? Apretó los puños y se irguió en la silla.

La araña se dejó caer sobre el escritorio.

—Lo siento. Confío en que no te haya asustado, como en el poema.

El hombre la contempló sin pestañear.

—¿Eres la misma? ¿Aquella de la esquina? ¿La que me avisó?

—No, ésa era otra. Una Hilandera. Yo, en concreto, soy una Masticadora. Observa mis mandíbulas. —Abrió y cerró la boca—. Me las como a puñados.

—Estupendo —sonrió el hombre.

—Desde luego. ¿Sabes cuántas de nosotras hay en, digamos, un acre de tierra? A ver si lo adivinas.

—Un millar.

—No. Dos millones y medio, de todas clases: Masticadoras, como yo, o Hilanderas, o Picadoras.

—¿Picadoras?

—Son las mejores. Por ejemplo, la que llamáis viuda negra. Muy valiosa. Pero...

—¿Qué?

—También tenemos nuestros problemas. Los dioses...

—¡Dioses!

—Hormigas, como decís vosotros. Los líderes. Están por encima de nosotras. Es una pena. Tienen un sabor detestable..., me enferma. Vamos a abandonarlas en favor de los pájaros.

El hombre se puso en pie.

—¿Los pájaros? ¿Son...?

—Bueno, hemos llegado a un acuerdo. Esto ya ha durado mucho tiempo. Te contaré la historia. Aún nos queda un poco de tiempo.

El corazón del hombre se contrajo.

—¿Algo de tiempo? ¿Qué quieres decir?

—Nada. Un problemilla sin importancia que se suscitará más tarde. Deja que te cuente los antecedentes. Creo que no los conoces.

—Adelante, te escucho.

Empezó a pasear por la habitación.

—Ellas gobernaban la Tierra muy bien, hace un millón de años. Los hombres vinieron de otro planeta. ¿De cuál? Lo ignoro. Aterrizaron y decidieron apoderarse de la Tierra. Hubo una guerra.

—Así que somos nosotros los invasores —musitó el hombre.

—Pues sí. La guerra condujo a la barbarie a ambos bandos. Vosotros olvidasteis vuestros conocimientos, y ellas degeneraron en un sistema de clases sociales muy rígido, hormigas, termitas...

—Entiendo.

—El último grupo de hombres que recordaba la historia nos adiestró. Fuimos educadas —la araña rió entre dientes a su manera—, educadas en algún lugar para este propósito. Las mantuvimos a raya. ¿Sabes cómo nos llaman? Las Devoradoras. Desagradable, ¿verdad? Dos arañas más descendieron hacia el escritorio. Las tres se agruparon para conferenciar.

—Es mucho más serio de lo que pensaba —dijo la Masticadora —No sabía absolutamente nada. La Picadora...

La viuda negra se aproximó al borde del escritorio.

—Gigante —gritó con voz aflautada—, me gustaría hablar contigo.

—Adelante —dijo el hombre.

—Vamos a tener algunos problemas. Se acerca un ejército de hormigas. Nos quedaremos contigo un rato.

—Entiendo. —El hombre se mojó los labios y se alisó el pelo con dedos temblorosos—. ¿Crees que... hay alguna oportunidad de...?

—¿Oportunidad? —La Picadora osciló pensativamente—. Bueno, hace mucho tiempo que nos dedicamos a esta tarea. Casi un millón de años. A pesar de los inconvenientes, pienso que les llevamos ventaja. Nuestros acuerdos con los pájaros y, por supuesto, con los sapos...

—Creo que podemos salvarte —interrumpió la Masticadora con optimismo—. De hecho, prevemos acontecimientos como éste.

Por debajo de las tablas del piso se oyó un sonido distante y rasposo, el ruido de una multitud de alas y garras diminutas que vibraban débilmente. Al oírlo, el hombre se puso a temblar.

—¿Estáis seguras? ¿Podréis hacerlo?

Se secó el sudor que se agolpaba sobre el labio superior y cogió el pulverizador.

El sonido aumentaba de potencia, dilatándose bajo el suelo, bajo sus pies. Los matorrales cercanos a la casa se agitaron y varias mariposas volaron hacia la ventana. El sonido crecía en intensidad por todas partes, un ascendente murmullo de cólera y determinación. El hombre miró de un lado a otro.

—¿Seguro que podéis hacerlo? —murmuró—. ¿Podéis salvarme?

—Oh —exclamó la Picadora, confundida—. No me refería a esto. Me refería a las especies, a la raza..., no a ti como individuo.

El hombre la miró boquiabierto y las tres Devoradoras se removieron, incómodas. Otras mariposas se estrellaron contra la ventana. El suelo bajo sus pies se combaba.

—Entiendo —dijo el hombre—. Lamento haber comprendido mal vuestras palabras.

EL HOMBRE VARIABLE

I

El Comisionado de Seguridad Reinhart subió rápidamente la escalera y entró en el edificio del Consejo. Los guardias se hicieron a un lado, y penetró en aquel lugar tan familiar. Las máquinas zumbaban. Reinhart, con el rostro extasiado y los ojos iluminados por la emoción, contempló el ordenador central SRB y estudió los últimos datos.

—Hemos avanzado bastante en el último cuarto de hora —observó Kaplan, el jefe del laboratorio. Sonrió con orgullo, como si el mérito fuera exclusivamente suyo—. No está mal, Comisionado.

—Les estamos alcanzando —replicó Reinhart—, pero con demasiada lentitud. Hemos de conseguirlo... y pronto.

Kaplan tenía ganas de hablar.

—Nosotros inventamos nuevas armas ofensivas, ellos mejoran sus defensas. ¡Y todo sigue igual! Un progreso continuo, pero ni nosotros ni Centauro podemos parar de crear nuevos inventos el tiempo necesario para estabilizar la producción.

—Esto acabará —declaró Reinhart con frialdad— cuando la Tierra fabrique un arma para la que Centauro no encuentre defensa.

—Hay una protección para cada arma. Una idea implica su contraria. Cae en desuso de inmediato. Nada dura lo bastante como para...

—Lo que cuenta es el desfase —interrumpió Reinhart, irritado. Clavó sus duros ojos grises en el jefe del laboratorio, y Kaplan se calló—. El desfase entre su tecnología y la nuestra. El desfase varía. —Hizo un gesto impaciente en dirección a los bancos de datos—. Usted lo sabe muy bien.

En aquel momento, las nueve y media de la mañana del siete de mayo de 2136, las máquinas indicaban una relación estadística de 21 a 17, favorable a Centauro. Las cifras, una vez analizados todos los datos, demostraban que Próxima Centauro rechazaría con éxito un nuevo ataque militar de la Tierra. La relación se basaba en el conjunto de datos recogidos por las máquinas SRB, recibidos constantemente desde todos los sectores de los sistemas de Sol y Centauro.

21-17 a favor de Centauro. Un mes antes, la ventaja del enemigo era de 24-18. Las cosas mejoraban, con lentitud pero sin tregua.

Centauro, más viejo y menos vigoroso que la Tierra, era incapaz de rivalizar con el avance tecnológico de la Tierra, que reducía distancias.

—Si declaráramos la guerra ahora —reflexionó en voz alta Reinhart—, perderíamos. No podemos arriesgarnos a un ataque abierto —una expresión de crueldad desfiguró sus atractivas facciones, hasta convertirlas en una máscara rígida—, pero las cifras nos son favorables. Nuestros inventos ofensivos van superando poco a poco a sus defensas.

—Ojalá se desate pronto la guerra —convino Kaplan—. Todos estamos con los nervios a flor de piel. Esta maldita espera...

Reinhart intuía que la guerra llegaría pronto. La atmósfera estaba cargada de tensión, el élan. Abandonó la sala de las computadoras y se apresuró por el pasillo hacia su bien vigilado despacho en el ala de Seguridad. Ya quedaba menos. Podía sentir el cálido aliento del destino, en su nuca..., una sensación agradable. Dibujó una sonrisa carente de humor en sus labios delgados, dejando al descubierto una fina hilera de dientes blancos que contrastaban con su piel bronceada. La idea le complacía, pues llevaba trabajando en ello mucho tiempo.

El primer contacto, cien años atrás, había desatado un conflicto instantáneo entre las posiciones avanzadas de Próxima Centauro y las naves

de exploración de la Tierra. Ataques relámpago, súbitas erupciones de fuego y rayos desintegradores.

Luego se sucedieron los largos y tediosos años de inactividad, porque el contacto entre los enemigos exigía años de viaje, incluso desplazándose casi a la velocidad de la luz. Los dos sistemas estaban emparejados. Pantalla protectora contra pantalla protectora. Nave de guerra contra estación de energía. El imperio de Centauro rodeaba la Tierra como un anillo de acero irrompible, por más oxidado y corroído que estuviera. La Tierra necesitaba nuevas armas para romper el cerco.

Reinhart divisó a través de las ventanas de su despacho interminables calles y edificios. Los terrestres hormigueaban por todas partes. Manchitas brillantes que eran naves de transporte, pequeños huevos en los que viajaban hombres de negocios y oficinistas enormes trenes en los que se hacinaban masas de obreros rumbo a las fábricas y los campos de trabajo. Y todos esperando el estallido de la guerra. Esperando el día.

Reinhart conectó el canal confidencial del videófono.

—Póngame con Proyectos Militares —ordenó secamente.

Mientras la pantalla se iluminaba siguió sentado, tenso y erguido en la butaca. De repente, se materializó la voluminosa imagen de Peter Sherikov, director de la vasta red de laboratorios subterráneos enclavada bajo los Urales.

Las grandes facciones barbudas de Sherikov se endurecieron cuando reconoció a Reinhart. Enarcó sus negras y pobladas cejas hasta que formaron una línea continua.

—¿Qué quiere? Ya sabe que estoy muy ocupado. Tenemos mucho trabajo. No hace falta que vengan a molestarnos los... políticos.

—Pensaba ir a verle —contestó Reinhart con displicencia. —Se ajustó su inmaculada capa gris—. Quiero una completa descripción de su trabajo y de los avances conseguidos.

—Encontrará el informe rutinario, tramitado por los cauces habituales, en algún lugar de su despacho. Si se refiere a que desea saber exactamente lo que...

—Eso no me interesa. Quiero ver lo que están haciendo. Espero que esté preparado para describirme su trabajo con todo lujo de detalles. Estaré ahí dentro de media hora.

Reinhart cortó la comunicación. Las rotundas facciones de Sherikov oscilaron y se desvanecieron. Reinhart se relajó y dejó escapar su aliento. Le disgustaba trabajar con Sherikov. Nunca le había caído bien. El gran científico polaco era un individualista que se negaba a integrarse en la sociedad. Independiente, de ideas fijas. Consideraba al individuo como un fin en sí mismo, contrariamente a la Weltansicht, la condición orgánica aceptada.

Sin embargo, Sherikov era el investigador más destacado, a cargo del Departamento de Proyectos Militares. Y el futuro de la Tierra dependía de ese departamento. Vencer a Centauro o seguir esperando, atrapados en el sistema solar, cercados por un imperio hostil y depravado, sumido en la ruina y la decadencia, pero todavía fuerte.

Reinhart se levantó y salió del despacho. Atravesó el vestíbulo y abandonó el edificio del Consejo.

Librodot

Unos minutos más tarde surcaba el cielo de la mañana en su crucero de alta velocidad, camino de los Urales, camino de los laboratorios de Proyectos Militares.

Sherikov le recibió en la entrada.

—Escuche, Reinhart, no piense que voy a aceptar sus órdenes. No voy a...

—Tranquilícese. —Ambos atravesaron los controles y entraron en los laboratorios auxiliares—. No se van a ejercer presiones sobre usted o su equipo. Es libre para continuar su trabajo como le parezca conveniente... de momento. Dejémoslo claro de una vez: mi propósito es integrar su trabajo en el conjunto de nuestras necesidades sociales. Mientras sea productivo...

Reinhart dejó de pasear arriba y abajo.

—Bonito, ¿verdad? —ironizó Sherikov.

—¿Qué demonios es?

—Lo llamamos Ícaro. ¿Recuerda el mito griego? La leyenda de Ícaro. Ícaro voló... Este Ícaro también volará, un día de éstos. —Sherikov se encogió de hombros—. Examínelo, si quiere. Supongo que es lo que vino a ver.

Reinhart avanzó unos pasos.

—¿Es el arma en la que han estado trabajando?

—¿Qué le parece?

En el centro de la sala se alzaba un cilindro achaparrado de metal, un gran cono gris oscuro. Un grupo de técnicos se dedicaba a empalmar cables. Reinhart vislumbró un sinfín de tubos y filamentos, un laberinto de cables, terminales y piezas que se entrecruzaban capa a capa.

—¿Qué es?

Reinhart se acomodó en un banco y apoyó la espalda contra la pared.

—Una idea de Jamison Hedge, el mismo que desarrolló nuestros videotransmisores instantáneos interestelares hace cuarenta años. Trataba de encontrar un método para viajar más rápido que la luz cuando murió, destruido junto con la mayor parte de su trabajo. Después, la investigación fue abandonada, como si no tuviera futuro.

—¿No se demostró que nada puede viajar más rápido que la luz?

—¡Los videotransmisores interestelares lo hacen! No, Hedge desarrolló un sistema de propulsión más rápido que la luz. Consiguió lanzar un objeto a cincuenta veces la velocidad de la luz, pero a medida que el objeto aumentaba de velocidad, su tamaño disminuía y su masa se incrementaba. Esto estaba en consonancia con los conceptos de la transformación masa-energía, tan familiares en el siglo veinte. Llegamos a la conclusión de que en tanto el objeto de Hedge ganara velocidad, continuaría perdiendo tamaño y aumentando de masa, hasta que su tamaño sería cero y su masa infinita. Nadie puede imaginar un objeto semejante.

—Siga.

—Le contaré lo que sucedió. El objeto de Hedge continuó perdiendo tamaño y ganando masa hasta que alcanzó el límite de velocidad teórico, la velocidad de la luz. En este punto, el objeto simplemente dejó de existir, a pesar de que siguió aumentando la velocidad. Al carecer de tamaño, dejó de ocupar un espacio. Desapareció. Pese a todo, el objeto no se había destruido. Continuó su camino, ganando impulso a cada momento, alejándose del sistema solar y cruzando la galaxia en una trayectoria de arco. El objeto de Hedge entró en otro plano de existencia, más allá de nuestra capacidad de comprensión. La siguiente fase del experimento de Hedge consistía en

buscar una forma de decelerar el objeto por debajo de la velocidad de la luz, a fin de devolverlo a nuestro universo. Consiguió su propósito.

—¿Cuál fue el resultado?

—La muerte de Hedge y la destrucción de casi todo su equipo. Su objeto experimental, al volver a entrar en el universo espaciotemporal, invadió un espacio ya ocupado por materia. Poseedor de una masa increíble, casi infinita, el objeto de Hedge estalló y causó un cataclismo titánico. Quedó patente la imposibilidad de llevar a cabo un viaje espacial con semejante propulsión. Todo espacio contiene virtualmente alguna materia. La vuelta al espacio originaría la destrucción automática. Hedge descubrió la propulsión superior a la velocidad de la luz y la forma de contrarrestarla, pero nadie ha sido capaz de emplearlas en la práctica.

Reinhart se acercó al enorme cilindro metálico. Sherikov le siguió.

—No lo entiendo —comentó Reinhart—. Acaba de afirmar que el experimento no es útil para los viajes espaciales.

—Así es.

—Entonces, ¿para qué sirve esto? Si la nave estalla en cuanto regrese a nuestro universo...

—Esto no es una nave. —Sherikov sonrió levemente—. Ícaro es la primera aplicación práctica de los principios de Hedge. Ícaro es una bomba.

—Así que ésta es nuestra arma —dijo Reinhart—. Una bomba. Una bomba inmensa.

—Una bomba que se mueve a mayor velocidad que la luz. Una bomba que no existirá en nuestro universo. Los centaurianos no la podrán detectar o detener. ¿Cómo podrían? En cuanto sobrepase la velocidad de la luz cesará de existir... más allá de toda detección.

—Pero...

—Ícaro será disparada desde la superficie. Apuntará automáticamente a Próxima Centauro y aumentará de velocidad a cada momento. Cuando alcance su destino viajará a cien veces la velocidad de la luz. Ícaro será devuelta a nuestro universo en el mismo corazón de Centauro. La explosión destruirá la estrella y barrerá la mayoría de sus planetas..., incluyendo su cuartel general, el planeta Armun. Una vez lanzado, no hay forma de detener a Ícaro. No hay defensa posible. Nada puede neutralizarlo. Es un hecho que no admite objeción alguna.

—¿Cuándo estará dispuesto?

Los ojos de Sherikov llamearon.

—Pronto.

—¿Exactamente cuándo?

El polaco titubeó.

—De hecho, sólo hay una cosa que nos lo impide.

Sherikov condujo a Reinhart al otro lado del laboratorio. Apartó de un empujón a un guardia.

—¿Ve esto? —golpeó con la punta de los dedos una esfera del tamaño de un pomelo, abierta por un lado—. Es lo que nos detiene.

—¿Qué es?

—La torreta del control central. Este objeto hace que la velocidad de Ícaro descienda por debajo de la lumínica en el momento adecuado. Debe poseer una exactísima precisión. Ícaro permanecerá en la estrella alrededor de un microsegundo. Si la torreta no funciona a la perfección, Ícaro pasará al otro lado y estallará fuera del sistema de Centauro.

Librodot

—¿Cuánto falta para completar esta torreta?

Sherikov se mostró evasivo y extendió sus grandes manos.

—¿Quién sabe? Hay que montarla con un equipo infinitamente minucioso: aparatos microscópicos, cables invisibles a simple vista.

—¿Podría fijar una fecha aproximada?

Sherikov sacó del interior de su chaqueta un sobre de papel manila.

—He reseñado los datos para las máquinas SRB, añadiendo una fecha de terminación. Introdúzcalos. Consigné un período máximo de diez días. Que las máquinas trabajen a partir de ello.

Reinhart aceptó el sobre con cautela.

—¿Está seguro de la fecha? No estoy convencido de que pueda confiar en usted, Sherikov.

La expresión del científico se ensombreció.

—Tendrá que arriesgarse, Comisionado. No confío en usted más de lo que usted confía en mí. No ignoro que le encantaría encontrar una excusa para echarme de aquí y colocar a uno de sus títeres.

Reinhart examinó al polaco pensativamente. Sherikov era duro de pelar. Proyectos era responsable ante Seguridad, no ante el Consejo. Sherikov estaba perdiendo credibilidad, pero todavía representaba un peligro potencial. Tozudo, individualista, empeñado en no subordinar su bienestar al bien común.

—De acuerdo. —Reinhart introdujo el sobre en su chaqueta—. Lo haré, pero será mejor que tenga razón. No permitiremos más errores. Caerán muchas cabezas en los próximos días.

—Si las cifras cambian a nuestro favor, ¿dará la orden de movilización?

—Sí —afirmó Reinhart—. Daré la orden en el momento en que las cifras cambien.

De pie frente a las máquinas. Reinhart aguardaba los resultados. Eran las dos de la tarde. Hacía calor. En el exterior del edificio, la vida cotidiana del planeta se desarrollaba como de costumbre.

¿Como de costumbre? No exactamente. Había una sensación en el ambiente, una creciente excitación. La Tierra había esperado mucho tiempo. El ataque a Próxima Centauro iba a llegar… y cuanto antes mejor. El antiguo imperio centauriano ahogaba a la Tierra, confinaba a la raza humana en los límites de su sistema, como una vasta y sofocante red desplegada en el cielo; impedía a la Tierra alcanzar los relucientes diamantes que se veían en la lejanía… La situación era insostenible.

Las máquinas SRB zumbaron y la combinación visible desapareció. Reinhart se puso tenso, el cuerpo rígido. Esperó.

La nueva proporción se hizo visible.

Reinhart jadeó. 7 a 6. ¡A favor de la Tierra!

No habían pasado ni cinco minutos cuando ya la alerta roja que anunciaba la movilización de emergencia se había encendido en todas las dependencias del gobierno. El Consejo y la presidenta Duffe habían sido convocados a una reunión inmediata. Todo sucedía muy rápido.

Sin embargo, no había dudas, 7 a 6, favorable a la Tierra. Reinhart se apresuró a poner sus papeles en orden para la reunión del Consejo.

El mensaje confidencial atravesó el laboratorio central hasta llegar a las manos del oficial en jefe.

—¡Mire esto! —Fredman depositó el mensaje sobre el escritorio de su superior—. ¡Léalo!

Harper lo recogió y lo leyó con rapidez.

—Parece que va en serio. No creí que viviríamos para verlo.

Fredman salió del despacho, corrió por el pasillo y entró en la sala de la burbuja temporal.

—¿Dónde está la burbuja? —preguntó, mirando alrededor.

—Ha retrocedido doscientos años en el pasado —respondió uno de los técnicos—. Estamos obteniendo interesantes datos sobre la guerra de mil novecientos catorce. De acuerdo con el material, la burbuja ya ha...

—Olvídelo. Se acabó el trabajo rutinario. Haga volver la burbuja al presente. A partir de este momento, todo el equipo queda a disposición del mando militar.

—Pero... la burbuja se regula automáticamente.

—Hágala volver manualmente.

—Es arriesgado —advirtió el técnico—. Si la emergencia lo requiere, supongo que podríamos cortar el automático.

—La emergencia lo requiere todo —señaló Fredman con énfasis.

—Pero las cifras podrían cambiar —dijo, inquieta, Margaret Duffe, presidenta del Consejo—. Pueden invertirse en cualquier momento.

—¡Es nuestra oportunidad! —estalló Reinhart—. ¿Qué demonios le ocurre? Hemos esperado años.

Un murmullo excitado se elevó del Consejo. Margaret Duffe, mostrando preocupación en sus ojos azules, vaciló.

—Reconozco que tenemos la oportunidad, al menos estadísticamente, pero las nuevas cifras acaban de aparecer. ¿Cómo sabemos que se van a mantener? Se apoyan sobre la base de una única arma.

—Se equivoca. No acaba de comprender la situación. —Reinhart se controló con un gran esfuerzo—. El arma de Sherikov invirtió la proporción en nuestro favor, pero las cifras nos han ido favoreciendo durante meses. Sólo era cuestión de tiempo. Era inevitable, antes o después. No se trata tan sólo de Sherikov; es un factor más. Cuentan los nueve planetas del sistema solar..., no un hombre solo.

Uno de los consejeros se levantó.

—La presidenta ha de tener en cuenta que todo el planeta arde en deseos de terminar la espera. Todas nuestras actividades en los últimos ochenta años se han dirigido a...

Reinhart se acercó a la esbelta presidenta del Consejo.

—Si no autoriza la guerra, la gente se sublevará. La reacción pública será violenta, muy violenta. Y usted lo sabe.

Margaret Duffe le dedicó una fría mirada.

—Usted desencadenó la alerta para forzarme. Sabía muy bien lo que hacía. Sabía que, una vez dada la orden, los acontecimientos se precipitarían.

Un clamor unánime estremeció las filas del Consejo.

—¡Hemos de aprobar la guerra...! ¡Fue nuestro compromiso...! ¡Es demasiado tarde para retroceder!

Los gritos y las voces airadas aumentaron de volumen.

—Soy tan favorable a la guerra como cualquier otro —declaró Margaret Duffe—. Sólo estoy exigiendo moderación. Una guerra entre sistemas es algo

Librodot

muy grave. Vamos a la guerra porque una máquina dice que tenemos una probabilidad estadística de ganarla.

—Es absurdo declarar una guerra si no la podemos ganar —dijo Reinhart—. Las máquinas SRB nos informan de las posibilidades.

—Nos dicen que tenemos la oportunidad de ganar, pero no nos garantizan nada.

—¿Qué más podemos pedir, aparte de una buena ocasión de ganar?

Margaret Duffe apretó los dientes.

—De acuerdo, ya les oigo. No interferiré en la aprobación del Consejo. Procederemos a la votación. —Sus fríos e inteligentes ojos se posaron sobre Reinhart—. Especialmente porque la alerta de emergencia ha llegado a todos los ministerios del gobierno.

—Bien. —Reinhart se alejó, aliviado—. Está decidido. Iniciaremos la movilización total.

Se tomaron las medidas cuanto antes. Las siguientes cuarenta y ocho horas bulleron de actividad.

Reinhart asistió a una reunión militar informativa, presidida por el comandante de la flota Carleton, en los salones del Consejo.

—Observen nuestra estrategia. —Carleton trazó un diagrama en la pizarra—. Sherikov ha declarado que la bomba MRL (Más Rápida que la Luz) tardará unos ocho días en estar preparada. La flota apostada en las cercanías del sistema de Centauro aprovechará este tiempo para tomar posiciones. Mientras la bomba se dispara, la flota iniciará operaciones contra las naves centaurianas que queden. Muchos no sobrevivirán a la explosión, por supuesto, pero con Armun destruido no costará demasiado liquidarlos.

Reinhart sustituyó al comandante Carleton.

—Informaré sobre la situación económica. Todas las fábricas de la Tierra se dedican a la producción de armas. Eliminado Armun, provocaremos insurrecciones masivas en las colonias centaurianas. Cuesta mucho mantener un imperio de dos sistemas, incluso con naves que se aproximan a la velocidad de la luz. Surgirían cabecillas locales por todas partes. Queremos disponer de armas para ellos, y naves que los localicen ahora, cuando aún nos queda tiempo. Más tarde diseñaremos una política unitaria a la que se puedan acoger todas las colonias. Nuestro interés es más económico que político. No nos importa la clase de gobierno que tengan mientras nos proporcionen los productos que necesitamos, al igual que lo hacen nuestros ocho planetas.

Carleton siguió con su informe.

—Una vez dispersada la flota centauriana se iniciará el instante crucial de la guerra: el desembarco de hombres y material desde las naves estacionadas en puntos clave del sistema de Centauro. En esta fase...

Reinhart se marchó. Parecía imposible que sólo hubieran pasado dos días desde que se dio la orden de movilización. Todo el sistema estaba vivo, y funcionaba con febril actividad. Se habían resuelto muchísimos problemas..., pero todavía quedaban bastantes.

Entró en el ascensor y subió a la sala de las SRB, para ver si se había producido algún cambio en los datos de las máquinas. Comprobó que eran los mismos. Hasta ahora todo iba bien. ¿Conocían los centaurianos la existencia de Ícaro? Sin duda, pero no podían hacer nada. Al menos, en el plazo de ocho días.

Kaplan se acercó a Reinhart para enseñarle los últimos datos. El jefe del laboratorio escudriñó los papeles.

—Hay un informe muy divertido. Tal vez le interese.

Tendió el mensaje a Reinhart.

Provenía de Investigaciones Históricas:

9 de mayo de 2136.

Les comunicamos que al retornar la burbuja temporal al presente, utilizamos por primera vez el mando manual. Hubo ciertos problemas, y una cantidad de material del pasado fue transportada a nuestros días. Este material incluía un individuo de comienzos del siglo veinte que escapó del laboratorio inmediatamente. Aún no ha sido puesto bajo custodia. Investigaciones Históricas lamenta este incidente, atribuible a la emergencia.

E. FREDMAN

Reinhart devolvió el informe a Kaplan.

—Interesante. Un hombre del pasado... que cae en medio de la mayor guerra jamás vista.

—Ocurren cosas extrañas. Me pregunto qué pensarán las máquinas.

—No me lo imagino. Quizá nada.

Reinhart salió de la sala y se dirigió a su despacho.

En cuanto estuvo en él llamó a Sherikov por el videófono, utilizando la línea confidencial.

Aparecieron las marcadas facciones del polaco.

—Buenos días, Comisionado. ¿Cómo van los preparativos para la guerra?

—Bien. ¿Cómo va el montaje de la torreta?

Un ligero aire de preocupación ensombreció el rostro de Sherikov.

—De hecho, Comisionado...

—¿Qué sucede? —preguntó Reinhart con brusquedad.

—Ya sabe cómo son las cosas —divagó Sherikov—. Sustituí mi equipo por operarios robot. Son mucho más diestros, pero no pueden tomar decisiones. El asunto exige algo más que pericia. Exige... —buscó la palabra— ...un artista.

Reinhart montó en cólera.

—Escuche, Sherikov. Tiene ocho días para completar la bomba. Los datos introducidos en las máquinas SRB contenían esta información. La proporción siete a seis se basa en esta estimación. Si no logra...

—No se excite, Comisionado. —Sherikov se agitó, molesto—. La completaremos.

—Así lo espero. Llámeme tan pronto como haya terminado.

Reinhart cortó la conexión. Si Sherikov le fallaba, acabaría con él. Toda la guerra dependía de la bomba MRL.

La pantalla se iluminó de nuevo. Se formó el rostro de Kaplan, lívido y descompuesto.

—Comisionado, le ruego que acuda a la sala de las SRB. Ha sucedido algo.

—¿Qué?

—Ya se lo enseñaré.

Reinhart, alarmado, salió corriendo de su despacho. Encontró a Kaplan parado frente a las máquinas.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Reinhart.

Echó una ojeada a la pantalla de datos. No habían sufrido alteración.

Kaplan le tendió un informe.

—Lo introduje hace un momento en las máquinas. En cuanto vi los resultados, lo quité. Es el párrafo que le mostré, el que nos enviaron de Investigaciones Históricas, sobre el hombre del pasado.

—¿Qué ocurrió cuando lo introdujo?

Kaplan se alteró, inquieto.

—Se lo enseñaré. Lo haré otra vez. Exactamente como antes. —Depositó la tarjeta magnética en la cinta transportadora—. Observe los dígitos.

Reinhart miró, tenso y rígido. Nada sucedió de momento. Continuaba parpadeando la relación 7-6. Después... las cifras desaparecieron. Las máquinas hicieron una pausa. En seguida se iluminaron cifras nuevas. 4-24 a favor de Centauro. Reinhart jadeó, horrorizado. Las cifras se borraron, y surgieron otras: 16-38 a favor de Centauro. Luego, 48-86. 79-15 a favor de la Tierra. Después, nada. Las máquinas zumbaban, pero no ocurrió nada.

Nada en absoluto. Ninguna cifra. Un espacio en blanco.

—¿Qué significa esto? —musitó Reinhart, aturdido.

—Es fantástico. No pensábamos que esto podría...

—¿Qué ha pasado?

—Las máquinas son incapaces de integrar los datos. No se obtiene lectura alguna. No pueden utilizarlos para el cálculo de probabilidades, y se borran todas las demás cifras.

—¿Por qué?

—Es..., es una variable. —Kaplan temblaba, pálido, tenía los labios lívidos—. Algo de lo que no se puede deducir nada. El hombre del pasado. Las máquinas no lo integran. ¡El hombre variable!

II

Thomas Cole estaba afilando un cuchillo con la amoladera cuando se desencadenó el tornado.

El cuchillo pertenecía a la señora que vivía en la gran casa verde. Cada vez que Cole pasaba por allí con su carreta Fixit, la señora le daba algo para afilar. En cierta ocasión le invitó a una taza de café, café oscuro y caliente de una vieja cafetera. Le gustó el detalle; disfrutaba del buen café.

El día estaba encapotado y lluvioso. Los negocios no iban bien. Un automóvil había asustado a sus dos caballos. Cuando hacia mal tiempo, muy poca gente salía a la calle, de modo que deba bajar de la carreta y llamar a los timbres.

Con todo, el hombre de la casa amarilla le había dado un dólar por reparar su nevera eléctrica. Nadie lo había conseguido, ni siquiera el empleado de la fábrica. El dólar cundiría mucho. Un dólar era casi una fortuna.

Supo que era un tornado antes de que se abatiera sobre él. Todo estaba silencioso. Se hallaba inclinado sobre su piedra de afilar, con las riendas entre las rodillas, absorto en su trabajo.

Se había esmerado con el cuchillo; ya estaba terminado. Escupió sobre la hoja, lo alzó para ver si... y el tornado llegó.

En un segundo le rodeó por completo, una espesura grisácea. La carreta, los coches y él parecían encontrarse en un punto tranquilo, situado en el centro del tornado. Se movían con gran silencio entre la niebla gris.

Y mientras se preguntaba qué hacer, y cómo devolvería el cuchillo a la anciana, se produjo un choque repentino y el tornado le arrojó al suelo. Los caballos relincharon de terror, tratando de mantener el equilibrio. Cole se levantó en seguida.

¿Dónde estaba?

La espesura grisácea había desaparecido. Por todos lados se erguían paredes blancas. Una luz intensa, similar a la del sol, iluminaba la escena. La yunta inclinaba la carreta con su peso; equipo y herramientas cayeron al suelo. Cole enderezó la carreta y saltó al pescante.

Y por primera vez vio a la gente.

Hombres uniformados de rostros blancos y estupefactos. ¡Y una sensación de peligro!

Cole dirigió los caballos hacia la puerta. Atronaron el suelo con sus cascos, acero contra acero, mientras atravesaban la puerta y dispersaban a los perplejos hombres en todas direcciones. Desembocaron en un amplio vestíbulo de un edificio parecido a un hospital.

Más hombres, surgidos de todos lados, convergieron en el vestíbulo. Gritaban y movían los brazos, excitados, como hormigas blancas. Un rayo violeta oscuro pasó cerca de su cabeza; chamuscó una esquina de la carreta, y brotó humo de la madera.

Cole sintió miedo. Azuzó a los aterrorizados caballos. Se estrellaron violentamente contra una gran puerta. La puerta cedió... Estaban en el exterior y el sol se extendía sobre ellos. La carreta se ladeó durante un segundo estremecedor, a punto de volcar. Después, los caballos galoparon a mayor velocidad y atravesaron un espacio abierto, en dirección a una lejana mancha verde. Cole sujetaba con firmeza las riendas.

A su espalda, los hombrecillos de cara pálida habían salido y permanecían agrupados de pie, gesticulando frenéticamente. Oyó sus débiles chillidos.

Pero se había escapado. Estaba a salvo. Frenó los caballos y respiró con tranquilidad.

Los bosques eran artificiales. Algún tipo de parque, exuberante, descuidado. Una densa jungla de plantas retorcidas. Todo crecía en desorden.

El parque estaba vacío. No había nadie. Por la posición del sol calculó que amanecía o atardecía. El perfume de las flores y de la hierba, la humedad de las hojas, indicaban la mañana. Caía la tarde cuando el tornado le arrebató. Y el cielo estaba encapotado y lluvioso.

Cole reflexionó. Resultaba claro que se había desplazado un buen trecho. El hospital, los hombres de caras blancas, la extraña iluminación, el acento de las palabras que había captado..., todo hacía suponer que ya no se encontraba en Nebraska, quizá ni siquiera en Estados Unidos.

Había perdido algunas herramientas durante la huida. Cole reunió lo que quedaba, dividió en grupos las herramientas y las acarició con ternura. Había perdido algunos escoplos y formones, así como la mayoría de las piezas más pequeñas. Cogió lo que se había salvado y lo volvió a colocar en la caja con todo cuidado. Recuperó una sierra de punta, le quitó el polvo con un trapo aceitado y la guardó en la caja.

El sol trepaba lentamente en el cielo. Cole levantó la vista y se protegió los ojos con su mano encallecida. Era un hombre muy alto, ancho de hombros. Iba sin afeitar y su ropa estaba sucia y raída, pero sus ojos eran claros, de color azul pálido, y sus manos esbeltas.

No podía quedarse en el parque. Le habían visto adentrarse en esa zona y le estarían buscando.

Algo cruzó velozmente el cielo a increíble altura. Un diminuto punto negro que se desplazaba con inverosímil celeridad. Un segundo punto le siguió. Los dos desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos. No hacían el menor ruido.

Cole frunció el ceño, preocupado. Los puntos le inquietaban. Tendría que volver a ponerse en marcha..., y buscar comida. Su estómago ya empezaba a gruñir y a quejarse.

Trabajo. Podía hacer muchas cosas: cuidar jardines, afilar, moler, reparar máquinas y relojes, arreglar toda clase de objetos domésticos, incluso pintar, y otros trabajos esporádicos, como carpintería.

Podía hacer cualquier cosa, lo que le pidieran, a cambio de comida y unas pocas monedas.

Thomas Cole arreó los caballos y siguió adelante. Iba encorvado en el pescante, con la vista atenta, mientras la carreta Fixit rodaba sobre la hierba enmarañada, atravesando la jungla de árboles y flores.

Reinhart puso el crucero a toda velocidad, seguido por un segundo vehículo, una escolta militar. La tierra se deslizaba bajo él, una mancha verde y gris.

Contempló los restos dispersos de Nueva York, un retorcido y confuso montón de ruinas invadido por hierbas y maleza. Las grandes guerras atómicas del siglo veinte habían convertido virtualmente toda la zona costera en una interminable extensión de escoria.

Escoria y maleza. Y, de súbito, el caos que había sido Central Park.

Divisó Investigaciones Históricas. Reinhart aterrizó en la pequeña pista detrás de los edificios principales.

Harper, el oficial en jefe del departamento, se reunió con Reinhart en cuanto aterrizó.

—Francamente, no entendemos por qué le concede tanta importancia a este asunto —declaró Harper, intranquilo.

Reinhart le dirigió una fría mirada.

—Yo juzgaré lo que es importante o no. ¿Fue usted quien dio la orden de recuperar la burbuja manualmente?

—Lo hizo Fredman, de acuerdo con las instrucciones que usted le dio para facilitar...

Reinhart se encaminó a la entrada del edificio de investigaciones.

—¿Dónde está Fredman?

—Dentro.

—Quiero verle. Vamos.

Fredman salió a su encuentro. Saludó a Reinhart con calma, sin demostrar la menor emoción.

—Lamento haberle causado problemas, Comisionado. Intentamos adaptar la estación a la situación bélica. Trajimos de regreso la burbuja tan pronto como pudimos. La policía no tardará en detener a ese hombre.

—Quiero conocer todos los detalles de lo ocurrido.

—No hay mucho que contar. —Fredman se agitó, inquieto—. Di la orden de cancelar el sistema automático, y recuperamos la burbuja manualmente. Cuando enviamos la señal, la burbuja se hallaba en la primavera de mil novecientos trece. Al abandonar el pasado bruscamente, se llevó consigo una

extensión de tierra en la que estaban parados el hombre y su carreta. El hombre, por supuesto, fue traído al presente dentro de la burbuja.

—¿Ninguno de sus instrumentos detectó que la burbuja llevaba un peso suplementario?

—Estábamos demasiado excitados para atender a las lecturas. La burbuja se materializó en la sala de observaciones media hora después de activar el control manual. La descargamos de energía antes de saber lo que había dentro. Intentamos detenerle, pero salió con la carreta al vestíbulo, arrollándonos a todos. Los caballos estaban aterrorizados.

—¿Cómo era la carreta?

—Tenía una especie de rótulo pintado con letras negras en ambos lados. Nadie tuvo tiempo de leerlo.

—Siga. ¿Qué ocurrió después?

—Alguien le disparó un rayo Slem, pero falló. Los caballos le sacaron del edificio. Cuando llegamos a la salida estaba a mitad de camino del parque.

—Si aún está en el parque, no tardaremos en cogerle —reflexionó Reinhart—, pero debemos ser precavidos.

Sin más palabras dio media vuelta y se encaminó hacia su nave. Harper correteó detrás de él.

Reinhart se paró junto a la nave. Hizo señas a unos guardias gubernamentales de que se acercaran.

—Pongan bajo arresto al personal ejecutivo de este departamento. Serán juzgados por alta traición. —Sonrió con ironía al rostro mortalmente pálido de Harper—. Estamos en guerra. Tendrán suerte si salen con vida.

Reinhart montó en su aparato y se elevó en el cielo. La escolta militar le siguió. Reinhart sobrevoló el mar de escoria gris, la extensa zona devastada. Pasó sobre un cuadrado verde en medio del océano gris. Lo estuvo mirando hasta que desapareció.

Central Park. Vio vehículos policiales y transportes de tropas que volaban hacia el cuadrado verde. Cañones pesados y vehículos de superficie avanzaban en columnas hacia el parque desde todas direcciones.

Pronto capturarían al hombre. Pero, entretanto, las máquinas SRB no funcionaban. Y de la información suministrada por las SRB dependía la guerra.

La carreta llegó al extremo del parque a mediodía. Cole descansó un momento y permitió a los caballos pacer en la espesa hierba. La silenciosa extensión de escoria le intrigaba. ¿Qué habría sucedido? Nada se movía. Ni edificios, ni señales de vida. Hierba y maleza brotaban ocasionalmente en algunos puntos de la superficie plana, pero, aun así, el espectáculo le hacía estremecer.

Cole condujo la carreta hasta la escoria y examinó el cielo. Fuera del parque no tenía dónde esconderse. La escoria era llana, uniforme, como el océano. Si le localizaban…

Un enjambre de diminutos puntos negros cruzó el cielo, acercándose rápidamente. Al cabo de un instante se desviaron a la derecha y desaparecieron. Más aviones, aviones metálicos sin alas. Los vio alejarse.

Media hora después divisó alguna cosa más adelante. Cole disminuyó la marcha de la carreta y forzó la vista. La escoria llegaba a su fin.

Había alcanzado su límite. A continuación empezaba un terreno oscuro en el que crecían hierbas y matojos. En el horizonte se dibujaba una fila de edificios, casas, o cobertizos.

Casas, probablemente, pero muy diferentes de las que conocía.

Las casas eran iguales unas a otras. Varios centenares, como pequeñas cáscaras verdes. Todas tenían un jardín con césped, un sendero, un porche delantero y algunas hileras de arbustos rodeándolas. Todas eran iguales, y diminutas.

Sí, pequeñas cáscaras verdes. Condujo con cautela la carreta hacia las casas.

No parecía haber nadie en las cercanías. Penetró en una calle abierta entre dos filas de casas. Los cascos de los caballos resonaban en el silencio. Estaba en algún tipo de ciudad, pero no se veían niños ni perros. Todo estaba limpio y silencioso, como una maqueta o una exposición. Su inquietud creció.

Un joven que caminaba por la acera le miró, asombrado. Iba extrañamente vestido, con una capa parecida a una toga que le llegaba hasta las rodillas como único atavío. Y sandalias. O algo similar a sandalias. Tanto la capa como las sandalias eran de un singular material semiluminoso. Centelleaba a la luz del sol. Más que tela, metal.

Una mujer regaba las flores en el extremo del jardín. Se enderezó cuando los caballos se aproximaron. Sus ojos se dilataron de asombro..., y luego de pánico. Su boca dibujó una silenciosa O y la regadera se deslizó de sus dedos y cayó sobre la hierba.

Cole se sonrojó y volvió la cabeza al instante. ¡La mujer apenas iba vestida! Chasqueó las riendas y obligó a los caballos a correr.

La mujer se le quedó mirando. Cole echó un vistazo breve y apresurado hacia atrás... y azuzó al tiro de caballos con un grito ronco, las orejas coloradas. No se había equivocado. La mujer sólo llevaba un par de pantalones cortos transparentes, nada más. Una íntima pieza del mismo material semiluminoso que brillaba y centelleaba. El resto de su menudo cuerpo estaba totalmente desnudo.

Aflojó el paso de la carreta. Era bonita. Cabello y ojos castaños, gruesos labios rojos. Una hermosa silueta. Cintura breve, piernas suaves, flexibles y delicadas, pechos abundantes... Rechazó el pensamiento con furia. Tenía que encontrar un trabajo. Los negocios...

Cole detuvo la carreta Fixit y saltó á la acera. Eligió una casa al azar y avanzó con precauciones. La casa era atractiva, poseía una cierta belleza, pero parecía frágil, al igual que las otras.

Subió al porche. No había timbre. Lo buscó, tanteando con la mano sobre la superficie de la puerta. Al instante oyó un «clic, un golpecito seco a la altura de sus ojos. Levantó la vista, sobresaltado. Una lente desaparecía tras la sección de puerta que se cerraba. Le habían fotografiado.

Mientras reflexionaba sobre lo sucedido, la puerta se abrió de súbito. Un hombre se recortó en el umbral, un hombre de gran envergadura con uniforme de color canela que bloqueaba el acceso ominosamente.

—¿Qué quiere? —preguntó el hombre.

—Busco trabajo —murmuró Cole—. Cualquier tipo de trabajo. Puedo hacer de todo. arreglar lo que sea, reparar objetos rotos... Lo que sea.

—Diríjase al Departamento de Empleo de la Junta de Control de Actividades Federales —dijo el hombre con tono seguro—. Ya sabe que toda la terapia ocupacional se canaliza a través de ellos. —Observó a Cole con curiosidad—. ¿Por qué se ha puesto esos vestidos tan antiguos?

—¿Antiguos? Caramba, yo...

El hombre desvió la mirada y se fijó en la carreta Fixit y en los dos adormecidos caballos.

—¿Qué es eso? ¿Qué clase de animales son? ¿Caballos? —El hombre se frotó la barbilla y examinó a Cole con atención—. Qué extraño.

—¿Extraño? —murmuró Cole—. ¿Por qué?

—Hace cien años que no hay caballos. Murieron todos en el curso la Quinta Guerra Atómica. Por eso es extraño.

Cole se puso en guardia. Advertía algo en los ojos del hombre, cierta dureza, una mirada perspicaz. Cole retrocedió hacia el sendero. Tenía que ser precavido. Algo iba mal.

—Ya volveré —musitó.

—Hace cien años que no hay caballos —repitió el hombre, y se acercó a Cole—. ¿Quién es usted? ¿Por qué viste así? ¿Dónde consiguió ese vehículo y los dos caballos?

—Ya volveré —repitió Cole, alejándose.

El hombre extrajo algo de su cinturón, un delgado tubo de metal. Se lo tendió a Cole.

Era un documento enrollado, una fina hoja de metal en forma de tubo. Palabras, un tipo desconocido de caligrafía. No pudo descifrarla. La foto del hombre, filas de números, cálculos...

—Me llamo Winslow, y soy el director de la Oficina Federal para la Conservación de Materias Primas —dijo el hombre—. Hable rápido, o dentro de cinco minutos llegará un coche de Seguridad.

Cole se movió... rápido. Recorrió a grandes zancadas el sendero, en dirección a la calle.

Algo le golpeó con fuerza. Un muro de fuerza se estrelló contra su rostro. Quedó tendido en el suelo, aturdido y desconcertado. El cuerpo le dolía y sufría convulsiones, que fueron disminuyendo poco a poco.

Se puso en pie temblorosamente. La cabeza le daba vueltas. Se sentía débil, destrozado, al borde del colapso. El hombre se aproximaba. Cole montó en la carreta, jadeando y con ganas de vomitar. Los caballos se lanzaron adelante. Cole salió despedido contra el pescante, mareado por los movimientos del vehículo.

Se apoderó de las riendas y consiguió enderezarse. La carreta aumentó de velocidad y dobló una esquina. Las casas quedaban atrás.

Cole azuzó con sus escasas fuerzas al tiro de caballos, respirando entrecortadamente. Las casas y las calles se convertían en manchas borrosas a medida que la carreta corría más y más de prisa.

De pronto se terminaron la ciudad y las casitas aseadas. Se hallaba en una especie de autopista, bordeada por grandes edificios y fábricas. Figuras, hombres que le contemplaban boquiabiertos.

Al cabo de un rato, las fábricas se desvanecieron. Cole aflojó las riendas. ¿Qué había dicho el hombre? La Quinta Guerra Atómica. Los caballos extinguidos. Carecía de sentido. Y tenían cosas de las que no sabía nada. Campos de fuerza. Aviones sin alas..., silenciosos.

Cole rebuscó en sus bolsillos. Encontró el tubo de identificación que el hombre le había entregado. Se lo había llevado sin darse cuenta. Desenrolló el tubo y lo examinó. La escritura le resultaba extraña.

Pasó mucho rato estudiando el tubo. Luego, advirtió algo en la esquina superior derecha.

Una fecha: 6 de octubre de 2128.

La visión de Cole se hizo borrosa. Todo giró a su alrededor. Octubre, 2128. ¿Sería posible?

El documento estaba allí, en su mano. Una fina hoja de papel metálico. Como una chapa. No había duda: estaba escrito en la esquina de la hoja.

Cole enrolló el tubo despacio, abrumado por la certeza. Doscientos años. Parecía imposible. Pese a todo, las cosas empezaban a encajar. Estaba en el futuro, a doscientos años de su época.

Sumido en estos pensamientos, no advirtió el veloz vehículo negro de Seguridad que descendía rápidamente hacia la carreta.

El videófono de Reinhart zumbó. Lo conectó en seguida.

—¿Sí?

—Informe de Seguridad.

—Pásemelo.

Reinhart esperó con impaciencia a que la pantalla volviera a iluminarse.

—Soy Dixon, del Comando Regional Occidental. —El oficial carraspeó y ordenó sus papeles—. El hombre del pasado ha sido localizado alejándose de la zona de Nueva York.

—¿En qué parte de la red?

—Fuera. Evadió el dispositivo montado alrededor de Central Park al entrar en una de las pequeñas ciudades que limitan con la zona de escoria.

—¿Evadió?

—Supusimos que evitaría las ciudades. La red no consiguió abarcar todas las ciudades, por supuesto.

Reinhart apretó las mandíbulas.

—Siga.

—Penetró en la ciudad de Petersville pocos minutos antes de que la red se cerrara alrededor del parque. Lo rastreamos, pero no encontramos nada, por supuesto. Ya se había ido. Una hora después recibimos un informe de un residente de Petersville, un oficial del Departamento de Conservación de Materias Primas. El hombre del pasado había llamado a su puerta en busca de trabajo. Winslow, el oficial, le entretuvo con la intención de capturarle, pero se escapó en la carreta. Winslow llamó a Seguridad inmediatamente, pero ya era demasiado tarde.

—Téngame al corriente de lo que pase. Hemos de atraparle... cuanto antes.

Reinhart desconectó el aparato.

Se sentó en la butaca a esperar.

Cole vio la sombra del vehículo de Seguridad y reaccionó sin demora. Un segundo después la sombra pasó sobre él. Cole saltó de la carreta; corriendo y tropezando. Rodó por el suelo, alejándose lo más posible de la carreta.

Hubo un destello cegador y un rayo de luz blanca. Un viento caliente se precipitó sobre Cole. Le levantó y sacudió como a una hoja. Cerró los ojos y relajó el cuerpo. Rebotó contra el suelo varias veces. Grava y piedras le arañaron la cara, las rodillas y las palmas de las manos.

Cole chilló, presa del pánico. Sentía arder su cuerpo. Se estaba consumiendo, quemado por el cegador globo blanco de fuego. El globo se expandió, aumentó de tamaño, hinchándose como un sol monstruoso,

inflado y deformado. Había llegado el fin. No quedaba la menor esperanza. Apretó los dientes...

El globo se desvaneció gradualmente. Chisporroteó, titiló y quedó reducido a cenizas. Un olor ácido impregnaba el aire. Sus ropas ardían y humeaban. Bajo él sentía la tierra caliente, seca, agostada por la descarga. Pero estaba vivo. Al menos, por un rato.

Cole abrió los ojos poco a poco. La carreta habla desaparecido, y en el lugar donde estaba se veía un gran agujero, un hueco irregular en el centro de la autopista. Una fea nube, negra y ominosa, flotaba sobre el hoyo. En lo alto, el avión sin alas volaba en círculos, rastreando posibles señales de vida.

Cole continuó extendido; luchando por recobrar la respiración. Pasó el tiempo. El sol se desplazaba en el cielo con agonizante lentitud. Debían de ser las cuatro de la tarde, según el cálculo mental de Cole. Dentro de tres horas se haría de noche. Entonces, si aún estaba vivo...

¿Habría visto el avión cómo saltaba de la carreta?

Yació sin moverse. El sol de la tarde caía sobre su cuerpo inmóvil. Se sentía enfermo, mareado y febril. Tenía la boca seca.

Algunas hormigas se deslizaron sobre su mano. La inmensa nube negra empezaba a disiparse y se convertía en un glóbulo informe.

La carreta había desaparecido. El pensamiento le atormentaba y latía en su cerebro, mezclándose con los trabajosos latidos de su pulso.

Había desaparecido. Destruida. Sólo quedaban cenizas. La revelación le aturdía.

El avión abandonó la búsqueda y se perdió en el horizonte. El cielo estaba despejado de obstáculos.

Cole consiguió a duras penas ponerse en pie. Se limpió la cara con manos temblorosas. Le dolía todo el cuerpo. Escupió un par de veces para aclarar su garganta. Era probable que el avión enviara un mensaje. Vendría gente a buscarle. ¿Adónde iría?

Una cadena de colinas, una distante masa verde, se alzaba a su derecha. Tal vez podría llegar hasta ellas. Se puso en camino. Tenía que comportarse con cautela. Le buscaban... y llevaban armas. Armas increíbles.

Sería afortunado de seguir con vida cuando el sol se pusiera. Su yunta, la carreta Fixit y todas sus herramientas habían desaparecido. Cole investigó en sus bolsillos. Extrajo algunos pequeños destornilladores, un par de pinzas, un poco de cable, un poco de soldadura, la piedra de afilar y, por fin, el cuchillo de la anciana.

Le quedaba muy poco instrumental. Lo había perdido casi todo, pero sería más difícil localizarle sin la carreta. Les sería más difícil localizarle si se desplazaba a pie.

Cole apresuró el paso. Atravesó los campos en dirección a la lejana cadena de montañas.

Reinhart recibió la llamada casi de inmediato. El rostro de Dixon se formó en la pantalla del videófono.

—Tengo un nuevo informe, Comisionado. Buenas noticias. El hombre del pasado fue visto saliendo de Petersville, en la autopista trece, a unos quince kilómetros. Nuestra nave lo bombardeó sin demora.

—¿Acabaron..., acabaron con él?

—El piloto no advirtió signos de vida después del disparo.

El pulso de Reinhart casi se detuvo. Se hundió en la butaca.

—Por tanto, ¡está muerto!

Librodot

—Aún no podemos asegurarlo hasta que examinemos los restos. Un vehículo de superficie se dirige hacia el lugar de los hechos. Completaremos el informe en breve plazo. Le pondremos al corriente en cuanto lo tengamos.

Reinhart extendió la mano y apagó la pantalla. ¿Habían matado al hombre del pasado? ¿O había escapado de nuevo? ¿Lo cogerían alguna vez? ¿Había alguna posibilidad de capturarlo? Y, entretanto, las máquinas SRB seguían silenciosas, inactivas.

Reinhart se hundió en la butaca, dispuesto a esperar el inminente informe del vehículo de superficie.

Caía la tarde.

—¡Vamos! —gritó Steve, corriendo como un poseso detrás de su hermano—. ¡Vuelve!

—Cógeme.

Earl bajó corriendo la ladera de la colina, dejó atrás un almacén militar, saltó una valla de neotex y aterrizó en el patio trasero de la señora Norris.

Steven, casi sin aliento, chillando y jadeando, persiguió a su hermano.

—¡Vuelve! ¡Devuélveme eso!

—¿Qué te ha cogido? —preguntó Sally Tate, cortando el paso a Steven por sorpresa.

Steven se paró y trató de recuperar el aliento.

—Me ha robado mi videotransmisor intersistémico. —Su carita se contrajo en una mueca de rabia y tristeza—. ¡Será mejor que me lo devuelva!

Earl se acercó, dando un rodeo por la derecha. La cálida oscuridad del anochecer le hacía casi invisible.

—Aquí estoy —anunció—. ¿Qué piensas hacer?

Steven le miró con hostilidad. Sus ojos se fijaron en la caja cuadrada que Earl sostenía en las manos.

—¡Devuélvemela, o se lo diré a papá!

—Oblígame —rió Earl.

—Papá te obligará.

—Será mejor que me la des —dijo Sally.

—Cógeme.

Earl emprendió la huida. Steven apartó de un empujón a Sally y se precipitó sobre su hermano. Chocó contra él y lo dejó tendido en el suelo. La caja salió despedida de las manos de Earl, rebotó sobre el pavimento y se rompió junto a un poste indicador luminoso.

Earl y Steven se incorporaron lentamente. Miraron con tristeza la caja rota.

—¿Lo ves? —chilló Steven con lágrimas en los ojos—. ¿Ves lo que has hecho?

—Tú lo hiciste. Me empujaste.

—¡Tú lo hiciste!

Steven se agachó y recogió la caja. Se aproximó al poste luminoso y se sentó pata examinarla.

Earl avanzó unos pasos.

—Si no me hubieras empujado, no se habría roto.

Se hacía de noche con mucha rapidez. La cadena de colinas que se alzaban sobre la ciudad estaban envueltas casi por completo en la oscuridad. Se habían encendido algunas luces. La noche era cálida. Las puertas de un vehículo de superficie se cerraron con estrépito a lo lejos.

Transportes aéreos llenos de obreros que volvían de trabajar en las grandes fábricas subterráneas zumbaban en el cielo.

Thomas Cole caminó con parsimonia hacia los tres niños que conversaban junto al poste luminoso. Andaba con dificultad a causa de la fatiga y el dolor. A pesar de que ya era de noche, todavía no se consideraba a salvo.

Estaba agotado y hambriento. Había caminado mucho. Y necesitaba comer algo… pronto.

Cole se detuvo a escasa distancia de los niños. Los tres estaban absortos y atentos por la caja que Steven tenía sobre las rodillas. Se callaron de repente. Earl alzó los ojos lentamente.

La enorme silueta de Thomas Cole parecía más amenazadora recortada contra la luz mortecina. Sus largos brazos pendían flojamente a lo largo de su cuerpo. Las sombras ocultaban su rostro. Su cuerpo era una masa informe, indistinta. Una gran estatua amorfa, erguida en silencio a pocos pasos, inmóvil en la semioscuridad.

—¿Quién eres? —preguntó Earl con voz insegura.

—¿Qué quiere? —inquirió Sally. Los niños se apartaron, nerviosos—. Lárguese.

Cole se aproximó. Se inclino un poco. El resplandor del poste luminoso hizo visibles sus rasgos: nariz larga y ganchuda, pálidos ojos azules…

Steven se puso en pie de un salto sin soltar el videotransmisor.

—¡Fuera de aquí!

—Esperad. —Cole les dirigió una sonrisa tímida. Su voz era seca y áspera—. ¿Qué tenéis ahí? —Señaló con sus largos y esbeltos dedos—. ¿Qué es esa caja?

Los niños enmudecieron. Steven habló por fin.

—Es mi videotransmisor intersistémico.

—Pero no funciona —añadió Sally.

—Earl lo rompió. —Steven miró de reojo a su hermano—. Earl lo tiró y lo rompió.

Cole sonrió. Se acomodó en el borde de la curva y suspiró, aliviado. Había andado demasiado. Le dolía todo el cuerpo. Estaba cansado y hambriento. Estuvo sentado durante un buen rato, demasiado exhausto para hablar. Se secó el sudor del cuello y de la cara.

—¿Quién eres? —preguntó Sally—. ¿Por qué llevas ese traje tan raro? ¿De dónde vienes?

—¿De dónde? —Cole miró a los niños de uno en uno—. De muy lejos. Muy lejos.

Meneó la cabeza de un lado a otro, intentando despejarse.

—¿Cuál es tu terapia? —preguntó Earl.

—¿Mi terapia?

—¿Qué haces? ¿Dónde trabajas?

Cole respiró hondamente y dejó escapar el aire poco a poco.

—Arreglo cosas, toda clase de cosas. Lo que sea.

—Nadie arregla cosas —se burló Earl—. Si se rompen, las tiras.

Cole no le escuchó. Una súbita necesidad le obligó a ponerse de pie.

—¿Sabéis dónde puedo encontrar trabajo? Lo arreglo todo: relojes, máquinas de escribir, neveras, ollas y cacerolas. Goteras en el techo. Todo.

Steven le tendió su videotransmisor intersistémico.

—Arregla esto.

Hubo un silencio. Los ojos de Cole se posaron despacio sobre la caja.

Librodot

—¿Eso?

—Mi transmisor. Earl lo rompió.

Cole cogió la caja. Le dio vueltas y la expuso a la luz. Frunció el ceño y se concentró. Sus largos y ágiles dedos exploraron la superficie.

—¡Te la va a robar! —exclamó Earl.

—No. —Cole meneó la cabeza—. Soy de fiar.

Sus dedos sensibles encontraron los tornillos que mantenían la caja sujeta. Los desenroscó con pericia. La caja se abrió y reveló su complicado interior.

—La ha abierto —susurró Sally.

—¡Dámela! —pidió Steven, algo asustado—. Quiero que me la devuelvas.

Los tres niños observaron a Cole con aprensión. Cole rebuscó en su bolsillos. Sacó sus diminutos destornilladores y las pinzas. Los dispuso frente a él. No hizo el menor gesto de devolver la caja.

—Quiero que me la devuelvas —rogó Steven.

Cole levantó la vista. Sus pálidos ojos azules contemplaron a los tres niños que estaban de pie en la oscuridad.

—Te la voy a arreglar. ¿No me lo pediste?

—Quiero que me la devuelvas. —Steven se apoyaba en un pie y luego en el otro, indeciso y dudoso—. ¿De verdad que la puedes arreglar? ¿Funcionará otra vez?

—Sí.

—De acuerdo. Arréglala.

Una débil sonrisa iluminó el rostro fatigado de Cole.

—Espera un momento. Si te la arreglo, ¿me traerás algo de comer? No lo voy a hacer gratis.

—¿Algo de comer?

—Comida. Necesito comida caliente. Incluso un poco de café.

—Sí —asintió Steven—, te la traeré.

—Estupendo, eso es estupendo. —Cole devolvió su atención a la caja que tenía entre las rodillas—. En ese caso, te la arreglaré, y te la arreglaré bien.

Sus dedos volaron, palpando, explorando, examinando, comprobando cables y relés. Investigaron el videotransmisor intersistémico. Descubrieron cómo funcionaba.

Steven se precipitó en el interior de la casa a través de la puerta de emergencia. Avanzó de puntillas hacia la cocina, tomando toda clase de precauciones. Pulsó los botones de la cocina al azar; el corazón le latía desacompasadamente. El horno empezó a zumbar. Los indicadores se desplazaron hasta señalar el fin de la operación.

El horno se abrió y apareció una bandeja de pescado humeante. El mecanismo se desconectó. Steven se apoderó del contenido de la bandeja y lo transportó en brazos por el pasillo hasta la puerta de emergencia, y de ahí al patio, que estaba a oscuras.

Consiguió llegar al poste luminoso sin dejar caer nada.

Thomas Cole se enderezó cuando divisó a Steven.

—Aquí está —anunció Steven al llegar a la curva. Depositó su carga sobre el suelo—. Aquí está la comida. ¿Has terminado?

Cole le tendió el videotransmisor intersistémico.

—Está listo. Menudo destrozo.

Earl y Sally le miraron con los ojos abiertos de par en par.

—¿Funciona? —preguntó Sally.

—Por supuesto que no —manifestó Earl—. ¿Cómo podría funcionar? Es incapaz de…

—¡Conéctalo! —Sally le dio un codazo a Steven—. A ver si funciona.

Steven llevó la caja bajo la luz para examinar los mandos. Apretó el botón principal. La luz indicadora se iluminó.

—Se enciende —dijo.

—Di algo.

—¡Hola! ¡Hola! Llamando el operador seis, zeta, siete, cinco. ¿Me oyen? Aquí el operador seis, zeta, siete, cinco. ¿Me oyen?

Thomas Cole se sentó a comer, en la oscuridad, lejos del resplandor del poste luminoso. Comió en silencio, con auténtico placer. Buena comida, bien cocinada y sazonada. Bebió un envase de zumo de naranja, y luego una bebida dulce que no reconoció. No sabía qué clase de comida era, pero le daba igual. Había caminado mucho y todavía le quedaba un largo trecho por delante, antes de que amaneciera. Tenía que adentrarse en las colinas antes de que saliera el sol. El instinto le decía que estaría a salvo entre los árboles y la enmarañada vegetación…, al menos relativamente a salvo..

Comió con voracidad y sin parar. No levantó la vista hasta que terminó. Después se puso en pie y se secó la boca con el dorso de la mano.

Los tres niños habían formado un círculo y manipulaban el videotransmisor intersistémico. Estuvo contemplándoles un rato. Ninguno apartaba la atención de la cajita. Estaban absortos en lo que hacían.

—¿Y bien? —preguntó Cole por fin—. ¿Funciona bien?

Steven le miró al cabo de un momento, con una extraña expresión en el rostro. Asintió lentamente.

—Sí. Sí, funciona. Funciona muy bien.

—Estupendo —gruñó Cole. Se desplazó fuera del alcance de la luz—. Así me gusta.

Los niños siguieron con la mirada la figura de Thomas Cole hasta que hubo desaparecido por completo. Después se miraron entre sí, y luego la caja que Steven tenía entre las manos. La miraron con una mezcla de respeto y temor creciente.. Steven echó a caminar hacia su casa.

—He de enseñársela a mi papá —murmuró, extasiado—. Ha de saberlo. ¡Alguien tiene que saberlo!

III

Eric Reinhart examinó el videotransmisor cuidadosamente, dándole vueltas una y otra vez.

—Así que escapó de la explosión —admitió Dixon a regañadientes—. Debió de saltar de la carreta justo antes de que le alcanzara.

—Escapó —asintió Reinhart—. Es la segunda vez que se le escapa. —Apartó a un lado el videotransmisor y se inclinó bruscamente hacia el hombre que esperaba de pie con inquietud al otro lado de su escritorio—. Dígame otra vez su nombre.

—Elliot. Richard Elliot.

—¿El nombre de su hijo?

—Steven.

—¿Sucedió anoche?

—Alrededor de las ocho.

—Siga.

Librodot

—Steven llegó a casa. Actuaba de una manera extraña. Llevaba consigo su videotransmisor intersistémico. —Señaló con el dedo la caja que reposaba sobre el escritorio de Reinhart—. Eso. Estaba nervioso, excitado. Le pregunté si algo iba mal. Estuvo un rato callado. Parecía muy trastornado. —Elliot inspiró una larga bocanada de aire—. Entonces me enseñó el videotransmisor. Me di cuenta en seguida de que era diferente. Como sabe, soy ingeniero electrónico. Lo había abierto una vez para colocar pilas nuevas. Conocía bastante bien sus entresijos. —Elliot vaciló—. Comisionado, lo habían cambiado. Alambres removidos, los relés conectados de manera diferente, faltaban piezas, otras nuevas improvisadas en lugar de las viejas... Por fin descubrí lo que me hizo llamar a Seguridad. El videotransmisor... funcionaba de veras.

—¿Funcionaba?

—Verá, no era más que un juguete. Su alcance se limitaba a unas pocas manzanas, para que los niños pudieran llamarse desde sus casas; una especie de videófono portátil. Comisionado, probé el videotransmisor, apreté el botón de llamada y hablé en el micrófono. Yo... me comuniqué con una nave, una nave de guerra situada más allá de Próxima Centauro... a unos ocho años luz de aquí. La distancia máxima a la que operan nuestros videotransmisores. Entonces llamé a Seguridad, sin pensarlo dos veces.

Reinhart estuvo callado un rato. Por último, golpeó con la punta de los dedos la cajita.

—¿Usted se comunicó con una nave de la flota... con esto?

—Exacto.

—¿Cuál es el tamaño de los videotransmisores normales?

—Pesan unas veinte toneladas —anunció Dixon.

—Eso es lo que me temía. —Reinhart movió la mano con impaciencia—. Muy bien, Elliot, gracias por la información. Eso es todo.

Un policía de Seguridad condujo a Elliot fuera del edificio.

Reinhart y Dixon intercambiaron una mirada.

—Esto es grave —dijo secamente Reinhart—. Posee cierto talento, ciertos conocimientos de mecánica. Genio, tal vez, para hacer algo semejante. Recuerde de qué época llega, Dixon: principios del siglo veinte. Antes de que empezaran las guerras. Fue un periodo único. Había vitalidad, ingenio. Fue una época de desarrollo y descubrimientos increíbles. Edison, Pasteur, Burbank, los hermanos Wright. Inventos y máquinas. La gente manejaba con inusitada habilidad las máquinas, como si poseyeran algún tipo de intuición... de la que nosotros carecemos.

—Quiere decir...

—Quiero decir que una persona de estas características que llega a nuestro tiempo es negativa en sí misma, haya o no guerra. Es demasiado diferente. Parte de otros presupuestos. Tiene habilidades que a nosotros nos faltan, por ejemplo, su capacidad para arreglar cosas. Nos deja fuera de juego. Y con la guerra...

»Ahora empiezo a comprender por qué las máquinas SRB no podían integrarlo. Nos resulta imposible comprender este tipo de persona. Winslow dijo que buscaba trabajo, cualquier trabajo. El hombre dijo que podía hacer de todo, arreglar lo que fuera. ¿Sabe a qué me refiero?

—No —dijo Dixon—. ¿Qué significa?

—Nosotros no sabemos arreglar nada, nada de nada. Somos seres especializados. Cada uno tiene su propia ocupación, su propio trabajo. Yo

entiendo del mío, usted del suyo. La evolución tiende a una especialización cada vez más grande. La sociedad humana es una ecología que obliga a la adaptación. La progresiva complejidad impide que ninguno de nosotros adquiera conocimientos fuera de nuestro campo personal... Me resulta imposible entender lo que está haciendo el hombre que trabaja a mi lado. Demasiados conocimientos acumulados en cada campo. Y demasiados campos.

»Este hombre es diferente. Lo arregla todo, hace de todo. No trabaja a partir del conocimiento, ni a partir de la preparación científica..., la acumulación de hechos clasificados. No sabe nada. No se trata de un proceso mental, una forma de aprendizaje. Trabaja guiado por la intuición... Su poder reside en sus manos, no en la cabeza. Es un factótum. ¡Sus manos! Como un pintor, un artista. En sus manos... Atraviesa nuestras vidas como la hoja de un cuchillo.

—¿Y el otro problema?

—El otro problema es que ese hombre, este hombre variable, anda huido en las montañas Albertine. Nos llevará muchísimo tiempo encontrarle. Es inteligente... en una forma extraña. como un animal. No será fácil atraparle.

Reinhart despidió a Dixon. Al cabo de un momento reunió los informes que tenía sobre el escritorio y subió a la sala de las SRB. Estaba cerrada y protegida por un anillo de guardias de Seguridad. Peter Sherikov, con los brazos en jarras y la barba temblorosa por la cólera, discutía airadamente con los policías.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué no puedo entrar a ver las cifras?

—Lo siento. —Reinhart apartó al policía—. Entre conmigo. Se lo explicaré. —Las puertas se abrieron y entraron. Cuando las puertas se cerraron a sus espaldas, volvió a formarse el anillo de guardias ¿Cómo es que ha abandonado su laboratorio?

Sherikov se encogió de hombros.

—Por varios motivos. Quería verle. Le llamé por el videófono y me dijeron que estaba ilocalizable. Pensé que algo había sucedido. ¿Qué es?

—Se lo diré dentro de pocos minutos. —Reinhart llamó a Kaplan—. Coja estos informes e introdúzcalos inmediatamente. Quiero saber si las máquinas pueden integrarlos.

—Desde luego, Comisionado.

Kaplan tomó las tarjetas y las colocó en la bandeja transportadora. Las máquinas volvieron a la vida.

—Pronto lo sabremos —dijo Reinhart con un hilo de voz.

—¿Qué es lo que sabremos? —Sherikov le traspasó con la mirada—. Dígamelo. ¿Qué ocurre?

—Tenemos problemas. Hace veinticuatro horas que las máquinas no nos proporcionan ni un dato. Cero.

Una expresión de incredulidad alteró las facciones de Sherikov.

—Eso no es posible. Siempre hay algún dato.

—Existen, pero las máquinas no pueden extraer cálculos.

—¿Por qué no?

—Porque hemos introducido un factor variable. Un factor que las máquinas no pueden integrar. Les impide hacer predicciones.

—¿Y no lo rechazan? ¿No pueden... simplemente ignorarlo?

—No. Existe, es un dato real. Además, afecta el equilibrio del material, la suma total de todos los datos disponibles. Si lo rechazaran, el resultado seria falso. Las máquinas no pueden rechazar ningún dato auténtico.

Sherikov se estiró de la barba.

—Me gustaría saber qué clase de factor desconcierta a las máquinas. Pensaba que podían integrar cualquier dato perteneciente a la realidad contemporánea.

—Pueden. Este factor no tiene nada que ver con la realidad contemporánea. Ése es el problema. Investigaciones Históricas, al recuperar la burbuja temporal del pasado, se excedió y cortó el circuito con demasiada rapidez. La burbuja temporal llegó con una carga extra..., un hombre del siglo veinte. Un hombre del pasado.

—Comprendo. Un hombre de hace doscientos años. —El polaco frunció el ceño—. Y con una Weltanschauung radicalmente diferente, sin conexión con nuestra sociedad actual, alejado de nuestras perspectivas. Ya entiendo por qué las máquinas SRB están desconcertadas.

—¿Desconcertadas? —rió entre dientes Reinhart—. Me lo imagino. En cualquier caso, no pueden hacer nada con los datos relativos a este hombre, el hombre variable. Ni estadísticas ni predicciones. Lo altera todo. Dependemos de la información facilitada por las máquinas. La estrategia de la guerra se basa en ese punto.

—El clavo de la herradura. ¿Recuerda el viejo poema? «Por falta de un clavo se perdió la herradura. / Por falta de la herradura se perdió el caballo. / Por falta del caballo se perdió el jinete. / Por falta de...»

—Exacto. Un solo factor, un único individuo puede arrojar por tierra todo. Parece imposible que una sola persona pueda desequilibrar toda una sociedad..., pero es verdad.

—¿Qué piensa hacer con este hombre?

—La policía de Seguridad ha organizado una batida en masa para capturarle.

—¿Resultados?

—Anoche se escabulló en las montañas Albertine. Será difícil encontrarle. Creemos que continuará en libertad otras cuarenta y ocho horas. Es el tiempo que nos costará reducir a cenizas la zona. Incluso es posible que tardemos más. Y entretanto...

—Todo a punto, Comisionado —interrumpió Kaplan—. Los nuevos resultados.

Las máquinas SRB habían terminado de analizar los nuevos datos. Reinhart y Sherikov se apresuraron a colocarse frente a las pantallas.

Por un momento nada sucedió. Después aparecieron las cifras.

Sherikov jadeó. 99-2 a favor de la Tierra.

—¡Es fantástico! Ahora...

Las cifras se desvanecieron para dar paso a otras nuevas: 97-4 a favor de Centauro. Sherikov lanzó un gruñido de disgusto.

—Espere —le dijo a Reinhart—. Aún no se ha terminado.

Las cifras se desvanecieron. Una violenta sucesión de números invadió la pantalla, cambiando a cada instante. Por último, las máquinas enmudecieron.

No se veía nada: ni cifras ni datos.

—¿Lo ve? —murmuró Reinhart—. ¡Lo mismo de siempre!

—Reinhart, es usted demasiado anglosajón, demasiado impulsivo. Sea más eslavo. Este hombre será capturado y eliminado dentro de dos días. Usted lo afirmó. Entretanto, trabajamos día y noche con vistas a la guerra. Nuestro ejército aguarda cerca de Próxima, tomando posiciones para atacar a los centaurianos. Todas nuestras fábricas trabajan al máximo de su esfuerzo. El día del ataque tendremos dispuesto un ejército perfectamente equipado para iniciar el largo viaje hasta las colonias de Centauro. Toda la población de la Tierra ha sido movilizada. Los ocho planetas no cesan de enviarnos material. A pesar de la falta de cifras, el proceso sigue adelante. Este hombre morirá mucho antes de que el ataque se desencadene, y las máquinas proporcionarán datos de nuevo.

—Sin embargo, no deja de preocuparme que ese hombre siga en libertad, un hombre cuyos movimientos son imposibles de predecir. Es contrario a la ciencia. Hemos extraído informes estadísticos de la sociedad durante dos siglos. Poseemos una inmensa cantidad de datos. Las máquinas son capaces de predecir lo que hará una persona o un grupo en un momento dado, en una situación determinada. pero este hombre desafía las predicciones. Es una variable. Es contrario a la ciencia.

—La partícula indeterminada.

—¿Qué es eso?

—La partícula que se mueve de tal forma que nos impide predecir la posición que ocupará en un segundo determinado. Fortuita. La partícula fortuita.

—Exacto. Es..., es inhumano.

—No se preocupe, Comisionado —rió con sarcasmo Sherikov—. El hombre será capturado y todo volverá a la normalidad. No tendrá dificultades en predecir el comportamiento de las personas, como ratas de laboratorio en un laberinto. Por cierto..., ¿cómo es que esta sala se encuentra bajo custodia?

—No quiero que nadie se entere de que las máquinas fallan. Supone un peligro para la moral.

—¿Margaret Duffe, por ejemplo?

Reinhart asintió de mala gana.

—Esos parlamentarios son demasiado tímidos. Si descubren que las máquinas SRB no funcionan, detendrán la guerra y optarán por seguir esperando.

—Demasiada lentitud, ¿verdad, Comisionado? Leyes, debates, reuniones, discusiones... El poder concentrado en manos de un solo hombre ahorra mucho tiempo. Un hombre que le diga a la gente lo que ha de hacer, lo que ha de pensar..., un líder.

Reinhart dirigió a Sherikov una mirada de reproche.

—A propósito... ¿Cómo va Ícaro? ¿Ha hecho progresos con la torreta de control?

El científico frunció el entrecejo.

—¿La torreta de control? —Hizo un gesto vago con la mano—. Yo diría que todo se cumple según lo previsto. Terminaremos a tiempo.

—¿Terminaremos? ¿Quiere decir que aún no lo han hecho?

—Ya falta poco; terminaremos. —Sherikov retrocedió hacia la puerta—. Vamos a tomar un café. Se preocupa demasiado, Comisionado. Tómese las cosas con más calma.

—Creo que tiene razón. —Los dos hombres se encaminaron al vestíbulo—. Estoy muy nervioso. Ese hombre variable... No puedo sacármelo de la cabeza.

—¿Ha hecho algo grave?

—No, nada importante. Reajustar el juguete de un niño. Un videotransmisor.

—¿Ah, sí? —se interesó Sherikov—. ¿Qué quiere decir? ¿Qué hizo?

—Se lo enseñaré.

Reinhart guió a Sherikov hasta su despacho. Entraron y Reinhart cerró la puerta con llave. Tendió el juguete a Sherikov y le explicó lo que Cole había hecho. El rostro de Sherikov se demudó. Buscó los tornillos de la caja y los aflojó. La caja se abrió. El polaco se sentó ante el escritorio y se puso a examinar el interior del juguete.

—¿Está seguro de que fue el hombre del pasado quien arregló esto?

—Por supuesto. En un abrir y cerrar de ojos. El niño lo estropeó mientras jugaba. El hombre variable apareció y el niño le pidió que se lo arreglara. Y lo hizo.

—Increíble. —A Sherikov casi se le salían los ojos de las órbitas—. Qué delicadas conexiones. ¿Cómo es posible...?

—¿El qué?

—Nada. —Sherikov se levantó bruscamente y cerró la caja con todo cuidado—. ¿Puedo llevármela a mi laboratorio? Me gustaría examinarla con más atención.

—Desde luego. ¿Porqué?

—Por nada en especial. Vamos a tomar ese café. —Sherikov fue hacia la puerta—. ¿Dice que espera capturar a ese hombre antes de que pasen veinticuatro horas?

—Matarle, no capturarle. Nos conviene eliminarle como un dato a tener en cuenta. En este mismo momento estamos agrupando las formaciones de ataque. No permitiremos el menor error. Procederemos a un bombardeo masivo de la cordillera. Debe ser destruido antes de cuarenta y ocho horas.

—Claro —murmuró Sherikov con aire ausente. Una expresión preocupada alteró sus facciones—. Lo comprendo perfectamente.

Thomas Cole se acuclilló ante el fuego que había encendido y se calentó las manos. Estaba a punto de amanecer. El cielo viraba al gris violeta. El aire de la montaña era fresco y tonificante. Cole se estremeció y se acercó más al fuego.

Le gustaba sentir el calor en sus manos. Sus manos. Las miró, rojas y amarillas a la luz de la hoguera. Las uñas estaban negras, mal cortadas. Callos en las palmas, en cada dedo. Pero eran unas buenas manos, y los dedos eran largos y ahusados, los respetaba aunque, en cierta forma, no los comprendía.

Cole se abismó en sus pensamientos y meditó sobre la situación.

Había pasado dos noches y un día en las montañas. La primera había sido la peor. Tropiezos, caídas, penosas ascensiones por las escarpadas laderas, a través de los intrincados matorrales...

Pero cuando el sol salió se encontró a salvo, en el corazón de las montañas, entre dos grandes picos. Y cuando el sol se puso ya había conseguido un refugio y los útiles necesarios para encender una hoguera. Construyó una trampa con una soga de hierba trenzada, un hoyo y una

estaca mellada. Un conejo colgaba de las patas traseras y la trampa volvía a estar dispuesta para el siguiente.

El cielo cambió del gris violáceo a un gris frío, un color metálico. Las montañas estaban silenciosas y vacías. Un pájaro cantó a lo lejos, y el sonido despertó ecos en las laderas y en los barrancos. Otros pájaros se le unieron. Algo se quebró a su derecha, entre los matorrales; tal vez un animal al acecho.

Se hacía de día, su segundo día. Cole se levantó y empezó a desatar el conejo. Era hora de comer. ¿Y después? No tenía planes. Sabía instintivamente que conseguiría sobrevivir con las herramientas que guardaba, con el genio de sus manos. Podría cazar y desollar sus presas, construir un refugio duradero y hasta hacerse vestidos con las pieles. En invierno...

No valía la pena ir tan lejos. Cole, de pie junto al fuego, miró al cielo con los brazos en jarras. Forzó la vista, tenso de repente. Algo se movía en el cielo, surcando la semioscuridad. Un punto negro.

Apagó el fuego en seguida. ¿Qué podía ser? ¿Un pájaro?

Un segundo punto se reunió con el primero. Dos puntos. Tres. Cuatro. Cinco. Una flota que se movía con rapidez en el cielo del alba. Hacia las montañas.

Hacia él.

Cole se alejó corriendo del fuego. Agarró el conejo y se lo llevó al refugio que había improvisado. Dentro de él, no le verían. Nadie podría encontrarle. Pero si habían divisado el fuego...

Desde el refugio, agazapado, vio como los puntos aumentaban de tamaño. En efecto, eran aviones, aviones negros sin alas que se acercaban cada vez más. Ya podía oír su débil zumbido opaco, y, a los pocos momentos, un estrépito que hizo temblar la tierra bajo sus pies.

El primer avión se dejó caer en picado, como una piedra, una gran forma negra. Cole jadeó y encogió el cuerpo. El avión describió un arco, muy cerca del suelo. Unos fardos se desprendieron, fardos blancos que caían y se dispersaban como semillas.

Los fardos descendieron rápidamente hacia el suelo. Aterrizaron. Eran hombres, hombres uniformados.

El segundo avión también se lanzó en picado. Dejó caer su carga. Los bultos blancos llenaron el cielo. El tercer avión le imitó, y después el cuarto. El aire bullía de fardos blancos, una cortina de esporas que se derramaba sobre la tierra.

Al llegar al suelo, los soldados formaron varios grupos. Cole oyó sus gritos desde el refugio. El miedo le atenazaba. Le estaban cortando la retirada. No quedaba ni un hueco por el que poder escapar; los dos últimos aviones habían soltado su carga.

Se incorporó y salió del refugio. Algunos soldados habían descubierto el fuego, las cenizas y las brasas. Uno de ellos se agachó y tocó las brasas con la mano. Hizo señas a los demás. Formaron un círculo, gritando y gesticulando. Uno comprobó una especie de fusil, mientras otros sacaban una serie de tubos e instrumentos y los encajaban.

Cole corrió. Rodó por una ladera, se enderezó de un salto al llegar al fondo y se arrojó entre los matorrales. Hojas y ramas le hirieron en la cara. Cayó de nuevo, enredado en una masa de retorcidos arbustos. Manoteó desesperadamente para liberarse. Si pudiera sacar el cuchillo del bolsillo...

Voces. Pasos. Los hombres bajaban por la ladera en su persecución. Cole se debatió en una sorda lucha con las ramas que le cerraban el paso hasta conseguir liberarse.

Un soldado se arrodilló y levantó el fusil. Algunos de sus compañeros hicieron lo mismo.

Cole gritó a pleno pulmón. Cerró los ojos y relajó el cuerpo. Esperó, con los dientes apretados. El sudor le resbaló por el cuello y se introdujo por debajo de la camisa. El hombre del pasado se aplastó contra la masa de follaje que le rodeaba.

Silencio.

Cole abrió los ojos poco a poco. Los soldados se habían reagrupado. Un hombre corpulento bajaba por la ladera vociferando órdenes.

Dos soldados penetraron en los matorrales. El primero sujetó a Cole por el hombro.

—No lo dejéis escapar. —El hombre corpulento se aproximó, con su barba negra oscilando—. Cogedle.

Cole jadeó en busca de aliento. Le habían capturado. Ya no podía hacer nada. Los soldados invadían la hondonada y le rodeaban por todos lados. Le examinaban con curiosidad y murmuraban. Cole meneó la cabeza sin decir una palabra.

El hombre corpulento de la barba se paró frente a él con los brazos en jarras y le miró de arriba abajo.

—No trate de huir —dijo—. Es imposible. ¿Me comprende?

Cole asintió con la cabeza.

—Estupendo. Muy bien. —Los soldados inmovilizaron los brazos y las muñecas de Cole con cintas metálicas. Jadeó de dolor cuando el metal se hundió en su carne. Luego le sujetaron las piernas—. Las llevará hasta que salgamos de aquí. Vamos a hacer un viaje muy largo.

—¿Adónde..., adónde vamos?

Peter Sherikov examinó al hombre variable durante un momento antes de responder.

—¿Adónde? Iremos a mi laboratorio, bajo los Urales. —Echó un rápido vistazo al cielo—. Será mejor que nos demos prisa. La policía de Seguridad iniciará el ataque dentro de pocas horas. Queremos estar muy lejos cuando empiece.

Sherikov se arrellanó con un suspiro en su cómoda butaca reforzada.

—Es agradable volver. —Hizo una señal a uno de sus guardias—. Está bien. Desátele.

Cole se vio libre de las cintas metálicas que paralizaban sus brazos y piernas. Un inmenso cansancio le asaltó de repente. Sherikov le observaba en silencio.

Cole se sentó en el suelo. Se frotó las muñecas y las piernas sin decir nada.

—¿Qué quiere? —preguntó Sherikov—. ¿Quiere comer? ¿Tiene hambre?

—No.

—¿Algún medicamento? ¿Se encuentra mal? ¿Está herido?

—No.

Sherikov arrugó la nariz.

—Un baño no le sentaría mal. Luego nos ocuparemos de ello.

Encendió un puro y exhaló una nube de humo gris. Dos guardias con los fusiles a punto vigilaban en la puerta de la habitación, ocupada sólo por Sherikov y Cole.

Thomas Cole seguía sentado en el suelo, con la cabeza apoyada en el pecho. No se movía. Su cuerpo encorvado parecía más largo y encogido que nunca. Tenía el pelo despeinado y revuelto, la barbilla y las mejillas pedían a gritos un afeitado, y las ropas estaban sucias y desgarradas de reptar entre los matorrales. Presentaba heridas y cicatrices en la piel del cuello, las mejillas y la frente. Permanecía en silencio. Su pecho subía y bajaba rítmicamente. Tenía los pálidos ojos azules entornados. Parecía muy viejo, un anciano reseco y marchito.

Sherikov llamó a uno de los guardias.

—Traiga un médico. Quiero que examine a este hombre. Quizá necesite una inyección intravenosa. Es posible que lleve bastante tiempo sin comer.

El guardia se marchó.

—No quiero que le suceda nada —declaró Sherikov—. Le harán un examen completo antes de que sigamos. También le sacaremos los piojos.

Cole no dijo nada.

—¡Ánimo! —rió Sherikov—. No hay nada que temer. —Se inclinó hacia Cole y agitó un dedo inmenso en su dirección—. Dos horas más, y estaría muerto, allá en las montañas. ¿Se da cuenta?

Cole asintió.

—No me cree. Mire. —Sherikov pulsó el mando de la videopantalla que colgaba en la pared—. Mire esto. La operación aún debe proseguir.

La pantalla se iluminó. Una escena se hizo visible.

—Este es el canal confidencial de Seguridad. Lo intercepté hace varios años... por mi propio bien. Lo que vamos a ver ahora es obra de Eric Reinhart. Preste atención. Hace dos horas, usted estaba ahí.

Cole se volvió hacia la pantalla. Al principio no comprendió lo que sucedía. La pantalla mostraba una enorme nube de humo, un torbellino de movimientos. El altavoz emitió un rumor sordo, un bramido ronco.

Al cabo de un rato, la pantalla enfocó una escena que no se distinguía apenas de la anterior. Cole se puso rígido de repente.

Estaba contemplando la destrucción de una cordillera.

La panorámica estaba tomada desde una nave que sobrevolaba lo que había sido una vez la cordillera Albertine. Ahora sólo quedaban nubes grises y columnas de partículas y detritos, una ondulante marea de materiales que poco a poco derivaban y se disipaban en todas direcciones.

Las montañas Albertine habían sido desintegradas. Bajo la nube de escombros se extendía una llanura desolada, barrida por el fuego y la lluvia. Heridas profundas, inmensos hoyos sin fondo, cráteres alineados hasta el horizonte. Cráteres y detritos, como la castigada y torturada superficie de la Luna. Dos horas antes había picos y barrancos, matorrales, arbustos y árboles.

Cole apartó la vista.

—¿Lo ve? —Sherikov apagó la pantalla—. No hace tanto que usted se encontraba allí. Todo ese ruido y ese humo..., todo por usted. Todo por usted, señor. Hombre Variable del pasado. Reinhart lo preparó para acabar con usted. Quiero que lo entienda; es muy importante que lo haga.

Cole no dijo nada.

Sherikov rebuscó en un cajón de la mesa. Sacó una cajita cuadrada y se la tendió a Cole.

—Usted montó esto, ¿verdad?

Cole cogió la caja y la sostuvo. Tuvo que hacer un esfuerzo mental para concentrarse. ¿Qué era aquello? El juguete del niño. Le llamaban videotransmisor intersistémico.

—Sí, yo lo arreglé. —Se la devolvió a Sherikov—. Estaba rota.

Sherikov clavó en él sus ojos brillantes. Asintió con la cabeza; su barba negra y su cigarro subieron y bajaron.

—Bien. Es lo que quería saber. —Se puso de pie y empujó la silla hacia atrás—. Creo que el doctor ya ha llegado. Le proporcionará todo cuanto necesite y le ayudará a recobrarse. Hablaremos más tarde.

Cole se irguió sin protestar y permitió que el doctor se hiciera cargo de él.

Cuando Cole abandonó la unidad médica, Sherikov le invitó a su comedor privado, situado en la planta siguiente a la del laboratorio.

El polaco devoró la comida sin parar de hablar. Cole se sentó en silencio al otro lado de la mesa, sin hablar ni comer. Le habían dado ropas nuevas, afeitado y friccionado, curado las heridas y cortes y bañado. Ahora parecía más joven y saludable, aunque se sentía cansado y débil. Escuchó las explicaciones de Sherikov acerca del mundo de 2136 sin hacer ningún comentario.

—Ahora entenderá —dijo Sherikov agitando un muslo de pollo— por qué su aparición ha sido tan inoportuna para nuestros planes, y también por qué el Comisionado Reinhart estaba tan interesado en destruirle.

Cole asintió con un gesto.

—Reinhart considera que el fallo de las máquinas SRB es el principal peligro que afecta a la campaña bélica. ¡Pero eso no es nada! —Sherikov apartó su plato con estrépito y se apoderó de una taza de café—. A fin de cuentas, es posible llevar a cabo una guerra sin predicciones estadísticas. Las máquinas SRB se limitan a describir. No son más que espectadores mecánicos. Por sí solas, no afectan al curso de la guerra. Nosotros hacemos la guerra. Las máquinas analizan.

Cole volvió a asentir.

—¿Más café? —preguntó Sherikov. Empujó el recipiente de plástico hacia Cole—. Tome un poco.

—Gracias —aceptó Cole.

—Como comprenderá, nuestro auténtico problema es de naturaleza muy distinta. Las máquinas se limitan a calcular en pocos minutos lo que podríamos hacer nosotros en más tiempo. Son nuestros criados, herramientas, no dioses a los que rendimos adoración, ni oráculos que predicen el futuro. No adivinan el futuro; hacen predicciones estadísticas..., que no es lo mismo que profecías. Existe una gran diferencia, pero Reinhart y los suyos han convertido a las máquinas SRB en dioses. Pero yo no tengo dioses. Al menos, ninguno que pueda ver.

Cole asintió y sorbió el café.

—Le explico todo esto para que comprenda contra qué nos enfrentamos. La Tierra está asediada por el antiguo imperio centauriano. Su origen se remonta hasta una antigüedad que desconocemos, cientos, miles de años. Es viejo..., decadente y corrompido, pero sus tentáculos se extienden a la mayor parte de la galaxia que nos rodea, y nos impiden salir del sistema solar. Ya le he hablado de Ícaro y de los trabajos de Hedge en lo que

concierne a los desplazamientos a mayor velocidad que la luz. Hemos de ganar la guerra contra Centauro. Hemos esperado y trabajado durante mucho tiempo para este propósito, ese momento ansiado en que romperemos el cerco y nos abriremos paso hacia las estrellas con nuestros propios medios. Ícaro es el arma definitiva. Los datos sobre Ícaro decantaron las cifras de las SRB a nuestro favor… por primera vez en la historia. El éxito de la guerra depende de Ícaro, no de las máquinas SRB. ¿Comprende?

Cole movió la cabeza.

—Sin embargo, hay un problema. Los datos sobre Ícaro que introduje en las máquinas especificaban que Ícaro estaría a punto en un plazo de diez días. Ya ha pasado la mitad de ese tiempo. Sin embargo, hoy no estamos más cerca de conectar la torreta que al principio. La torreta nos tiene confundidos. —Sherikov sonrió con ironía—. Incluso yo lo intenté personalmente, pero sin éxito. Es complicada... y pequeña. Demasiados problemas técnicos sin resolver. Es la primera vez que ensayamos algo similar. Si hubiéramos probado antes otros modelos experimentales…

—Pero éste es el modelo experimental —dijo Cole.

—Construido a partir de los diseños de un hombre muerto hace cuatro años…, que ya no está aquí para corregir nuestros errores. Hemos hecho Ícaro en el laboratorio con nuestras propias manos, y nos está dando muchos problemas. —Sherikov se puso en pie —Bajemos al laboratorio y se lo enseñaré.

Sherikov le guió. Cole se detuvo ante la puerta del laboratorio.

—Una visión sorprendente. Lo guardamos aquí abajo por motivos de seguridad. Está muy bien protegido. Entre. Hemos de trabajar.

Ícaro se alzaba en el centro del laboratorio, un cilindro chato grisáceo que un día surcaría el espacio a una velocidad miles de veces superior a la de la luz, en dirección a Próxima Centauro, a unos cuatro años luz de distancia. Grupos de hombres uniformados trabajaban febrilmente alrededor del cilindro para terminar el trabajo.

—Acérquese. Vea la torreta. —Sherikov acompañó a Cole hasta un rincón del laboratorio—. Está vigilada. Los espías centaurianos hormiguean por todas partes. Lo examinan todo, al igual que nosotros. Así obtenemos información para las máquinas SRB. Espías en ambos sistemas.

El globo translúcido que era la torreta de control reposaba en el centro de una plataforma de metal custodiada por guardias armados. Bajaron los fusiles cuando Sherikov se aproximó.

—No queremos que le ocurra nada —dijo el científico—. Todo depende de este aparato. —Alargó la mano hacia el globo. A mitad de camino se detuvo, obstaculizada por una invisible presencia—. El muro. Desconéctenlo. Aún funciona.

Uno de los guardias presionó un botón de su muñeca. El aire alrededor del globo brilló débilmente y se apagó.

La mano de Sherikov se cerró en torno al globo. Lo alzó con cuidado de su soporte y lo acercó a Cole.

—Ésta es la torre de control de nuestro enorme amigo. Es lo que hará disminuir su velocidad cuando penetre en Centauro. Disminuye la velocidad y vuelve a entrar en nuestro universo. Justo en el corazón de la estrella. Después… se acabó Centauro. Y también Armun.

Librodot

Pero Cole no le escuchaba. Había cogido el globo y le daba vueltas, lo palpaba con las manos y lo examinaba de muy cerca. Estudió su interior con el rostro extasiado y atento.

—Es imposible ver el entramado sin gafas. —Sherikov señaló un par de microgafas. Las colocó sobre la nariz de Cole y se las ajustó detrás de las orejas—. Pruebe ahora. Puede controlar el aumento. Están a mil X. Aumente o disminuya.

Cole jadeó y se balanceó adelante y atrás. Sherikov le sujetó. Cole inspeccionó el globo, movió su cabeza levemente y enfocó las gafas.

—Necesita práctica, pero puede hacer muchas cosas con ellas. Le permitirá realizar conexiones microscópicas con herramientas especiales. Nosotros no lo hemos conseguido. Muy pocos hombres son capaces de armar circuitos usando las microlentes y las herramientas. Probamos los robots, pero han de tomar demasiadas decisiones, y está fuera de su alcance. Se limitan a reaccionar.

Cole no dijo nada. Continuaba examinando el interior del globo, con los labios apretados y el cuerpo tenso y rígido. A Sherikov le inquietaba.

—Parece usted uno de esos adivinos —bromeó el polaco, pero un estremecimiento recorrió su espina dorsal—. Será mejor que me la devuelva.

Alargó la mano. Cole le devolvió el globo. Se quitó las microgafas, todavía sumido en sus pensamientos.

—¿Y bien? —preguntó Sherikov—. Ya sabe lo que quiero. Quiero que monte ese condenado aparato. Creo que usted podrá hacerlo. Lo adivino por la forma en que lo cogía..., y por lo que hizo con el juguete del niño, por supuesto. Lo hará en cinco días. Es el único capaz de hacerlo. Si no, Centauro continuará dominando la galaxia y la Tierra tendrá que resignarse a permanecer encerrada en el sistema solar. Un sol diminuto y mediocre, una mota de polvo en la galaxia.

Cole no respondió.

Sherikov se impacientó.

—¿Y bien? ¿Qué contesta?

—¿Qué pasaría si no lo hiciera? Quiero decir, ¿qué me pasaría a mí?

—En ese caso, le entregaré a Reinhart. Él le matará en el acto. Cree que usted está muerto, después del bombardeo que arrasó las Albertine. Si llegara a sospechar que yo le salvé...

—Comprendo.

—Le traje aquí por un único motivo. Si monta la torreta le devolveré a su tiempo. Si no...

Cole reflexionó; tenía el rostro sombrío y ceñudo.

—¿Qué puede perder? Ya estaría muerto si no le saco de aquellas colinas.

—¿De veras puede devolverme a mi época?

—¡Por supuesto!

—¿Reinhart no interferirá?

—¿Qué podría hacer? —rió Sherikov—. ¿Cómo va a detenerme? Dispongo de mi propio ejército, ya lo ha visto. Usted regresará.

—Sí, ya vi a sus hombres.

—Por lo tanto, ¿acepta?

—Acepto —dijo Thomas Cole—. La montaré para usted; completaré la torreta de control... en un plazo de cinco días.

IV

Librodot

Tres días más tarde, Joseph Dixon deslizó un mensaje confidencial sobre el escritorio de su jefe.

—Creo que esto le va a interesar.

Reinhart cogió la lámina lentamente.

—¿De qué se trata? ¿Vino hasta aquí sólo para enseñármelo?

—En efecto.

—¿Por qué no lo transmitió por el videófono?

—Ya lo entenderá cuando lo descifre —rió entre dientes Dixon—. Procede de Próxima Centauro.

—¡Centauro!

—Nuestro servicio de contraespionaje. Me lo enviaron directamente. Se lo descifraré, ahórrese el esfuerzo.

Dixon se situó tras el escritorio de Reinhart. Se inclinó sobre el hombro del Comisionado, cogió la lámina y rompió el sello con la uña del pulgar.

—Agárrese —aconsejó—. Le va a sorprender de forma muy desagradable. Nuestros agentes en Armun informan que el Alto Consejo de Centauro ha convocado una sesión de emergencia para tratar el problema del inminente ataque terrestre. Espías de Centauro han informado al Alto Consejo que la bomba Ícaro se halla virtualmente terminada. Los trabajos han llegado a su última fase en los laboratorios subterráneos de los Urales, bajo la dirección del físico terrestre Peter Sherikov.

—Así me lo dio a entender el propio Sherikov. ¿Le sorprende que los centaurianos conozcan la existencia de la bomba? Sus espías pululan por toda la Tierra; es cosa sabida.

—Hay más. —Dixon recorrió las líneas del mensaje con un dedo tembloroso—. Los espías de Centauro informan que Peter Sherikov contó con la ayuda de un experto técnico venido de otra época para completar el montaje de la torreta.

Reinhart se tambaleó y cerró los dedos en torno a la mesa. Entornó los ojos, sin aliento.

—El hombre variable sigue con vida —murmuró Dixon—. No sé cómo, o por qué. No queda ni rastro de las Albertine. ¿Cómo demonios consiguió llegar al otro extremo del mundo?

Reinhart abrió los ojos, el rostro descompuesto.

—¡Sherikov! Debió de rescatarle antes de que se iniciara el ataque. Le comuniqué la hora exacta. Necesitaba ayuda..., la ayuda del hombre variable. De otro modo, no habría podido cumplir su promesa.

Reinhart se levantó y paseó arriba y abajo.

—Ya he notificado a las máquinas SRB que el hombre variable había sido destruido. Las máquinas vuelven a mostrar la antigua proporción siete a seis a nuestro favor, pero se fundamenta en una información falsa.

—Por tanto, tendrá que retirar los datos falsos y proporcionar los auténticos.

—No —Reinhart meneó la cabeza—, no puedo hacerlo. Las máquinas han de seguir funcionando. No podemos perturbarlas de nuevo. Maldita sea, parecía seguro que el hombre variable había muerto. Es una situación increíble. Ha de ser eliminado... a cualquier precio.

De pronto, Reinhart dejó de pasear.

—La torreta. Ya la habrán terminado. ¿Correcto?

Dixon asintió con la cabeza.

—Sherikov habrá completado su trabajo antes del plazo fijado con la ayuda del hombre variable.

Los ojos grises de Reinhart llamearon.

—Por tanto, ya no nos sirve de nada..., ni siquiera a Sherikov. Podríamos arriesgarnos..., aun en el caso de que nos enfrentáramos a una activa oposición...

—¿A qué se refiere? —preguntó Dixon—. ¿En qué está pensando?

—¿Cuántas unidades están preparadas para entrar en acción? ¿Es posible movilizar una fuerza considerable sin llamar la atención?

—Estamos movilizados las veinticuatro horas del día, puesto que nos hallamos en guerra. Hay setenta unidades aéreas y unas doscientas de tierra. El resto de las fuerzas de Seguridad ha sido transferido a la línea de combate, bajo control militar.

—¿Hombres?

—Aún nos quedan unos cinco mil hombres en la Tierra, listos para entrar en acción. Muchos están a punto de ser transferidos a los transportes militares. Puede disponer de ellos en cualquier momento.

—¿Misiles?

—Por fortuna, las rampas de lanzamiento aún no han sido desmanteladas; continúan en la Tierra. Dentro de pocos días serán trasladadas para intervenir en los altercados coloniales.

—¿Están listas para utilizarlas de inmediato?

—Sí.

—Bien. —Reinhart entrelazó sus dedos con repentina determinación—. Esto es exactamente lo que haremos. Si no me equivoco, Sherikov sólo dispone de seis unidades aéreas y ningún vehículo de superficie, más unos doscientos hombres. Algunos escudos de defensa, por supuesto...

—¿Cuál es su plan?

Reinhart compuso una expresión pétrea.

—Ordene que todas las fuerzas de Seguridad disponibles se agrupen bajo su mando. Disponga que estén preparadas para partir a las cuatro de la tarde. Vamos a hacer una visita a Peter Sherikov.

—Pare aquí —ordenó Reinhart.

El vehículo de superficie disminuyó de velocidad hasta frenar. Reinhart examinó cautelosamente el exterior y escudriñó el horizonte.

Un desierto de malas hierbas y arena se extendía hasta perderse de vista. No se veía ni oía nada. A la derecha, la hierba y la arena se elevaban, hasta formar inmensas cumbres, una cordillera sin fin que desaparecía en la distancia. Los Urales.

—Allí —señaló Reinhart a Dixon—. ¿Lo ve?

—No.

—Fuerce la vista. Es difícil divisarlo aunque sepa lo que busca. Tubos verticales, una especie de chimenea, o periscopios.

Dixon los localizó al fin.

—Hubiera pasado de largo sin darme cuenta.

—Está bien oculto. Los laboratorios principales están a un kilómetro y medio de profundidad, bajo la misma cordillera. Es virtualmente inexpugnable. Sherikov la construyó hace años para resistir cualquier ataque. Desde el aire, por tierra, bombas, misiles...

—Debe de sentirse realmente a salvo ahí abajo.

—Sin duda. —Reinhart oteó el cielo. Divisó minúsculos puntos negros que se movían en perezosos círculos—. Ésos son nuestros, ¿verdad? Di órdenes...

—No, no son nuestros. Todas nuestras unidades están fuera de su alcance de visión. Pertenecen a Sherikov: su patrulla.

—Bien. —Se relajó Reinhart. Se inclinó y encendió la videopantalla del vehículo—. ¿La pantalla está protegida? ¿Puede ser detectada?

—No hay forma de que puedan seguirnos. Es nodireccional.

La pantalla se iluminó. Reinhart insertó las llaves de la combinación y se sentó a esperar.

Una imagen se formó al cabo de un momento. Rostro duro, poblada barba negra, grandes ojos.

Peter Sherikov contempló a Reinhart con sorprendida curiosidad.

—¡Comisionado! ¿Desde dónde llama? ¿Qué...?

—¿Cómo van los trabajos? —interrumpió Reinhart con frialdad—. ¿Está ya a punto Ícaro?

Sherikov hinchó el pecho con orgullo.

—Misión cumplida, Comisionado. Dos días antes de expirar el plazo. Ícaro está dispuesto para ser lanzado al espacio. Llamé a su despacho, pero me dijeron...

—No estoy en mi despacho. —Reinhart se acercó más a la pantalla—. Abra su túnel de entrada a la superficie. Va a recibir visitantes.

—¿Visitantes? —Sherikov parpadeó.

—Vengo a verle por el asunto de Ícaro. Ábrame el túnel cuanto antes.

—¿Dónde se encuentra exactamente, Comisionado?

—En la superficie.

—¿Ah, sí? Pero... —Los ojos de Sherikov relampaguearon.

—¡Abra! —estalló Reinhart. Consultó su reloj—. Llegaré dentro de cinco minutos. Espero que esté listo para recibirme.

—Desde luego. —Sherikov asintió, aturdido—. Siempre me alegra verle, Comisionado, pero...

—Cinco minutos, pues. —Reinhart cortó la comunicación. La pantalla se apagó. Se volvió hacia Dixon—. Quédese aquí, tal como convinimos. Bajaré con una compañía de la policía. Supongo que comprende la necesidad de llevar al segundo la operación.

—No fallaremos. Todo está dispuesto. Todas las unidades en sus puestos.

—Bien. —Reinhart abrió la puerta—. Reúnase con sus oficiales. Seguiré hacia la entrada del túnel.

—Buena suerte. —Dixon saltó sobre la tierra arenosa. Un aire reseco se introdujo en el coche y remolineó en torno a Reinhart—. Nos veremos más tarde.

Reinhart cerró la puerta. Se volvió hacia el grupo de policías agazapados en la parte trasera del vehículo con los fusiles preparados.

—Allá vamos —murmuró—. Agárrense.

El coche se deslizó sobre la tierra arenosa hasta la entrada del túnel que daba acceso a la fortaleza de Sherikov.

Sherikov fue al encuentro de Reinhart en el extremo del túnel que comunicaba con la planta principal del laboratorio.

El enorme polaco se aproximó con la mano extendida, mostrando orgullo y satisfacción.

—Es un placer verle, Comisionado.

Reinhart salió del coche con su grupo de policías armados.

—Hay que celebrarlo, ¿no cree?

—¡Excelente idea! Nos hemos adelantado dos días, Comisionado. Las máquinas SRB estarán muy interesadas. Las cifras cambiarán de golpe al recibir la noticia.

—Bajemos al laboratorio. Quiero comprobar la torreta de control.

El rostro de Sherikov se ensombreció.

—Es mejor que no molestemos a los trabajadores en este momento, Comisionado. Han soportado una gran tensión para terminar la torreta a tiempo. Creo que están acabando los últimos detalles.

—Los observaremos por la videopantalla. Siento una gran curiosidad por verles trabajar. Debe de ser difícil hacer unas conexiones tan delicadas.

—Lo siento, Comisionado. —Sherikov meneó la cabeza—. No puedo permitir algo semejante. Esto es demasiado importante; nuestro futuro depende de ello.

Reinhart hizo una señal a la compañía de policía.

—Arresten a este hombre.

Sherikov palideció, mudo de estupor. Los policías le rodearon con las armas apuntadas a su voluminosa figura. Le cachearon con rapidez y eficiencia, le despojaron de su pistola y del escudo de energía que llevaba oculto.

—¿Qué pasa? —preguntó Sherikov, algo más recobrado—. ¿Qué están haciendo?

—Queda bajo arresto mientras dure la guerra. Se le despoja de toda autoridad. A partir de ahora, uno de mis hombres se hará cargo de Proyectos. Cuando la guerra termine será juzgado ante el Consejo y la presidenta Duffe.

—No lo comprendo —musitó Sherikov—. ¿A qué viene todo esto? Explíquemelo, Comisionado. ¿Qué ocurre?

Reinhart se volvió hacia los policías.

—Prepárense. Vamos a entrar en el laboratorio. Tal vez tengamos que abrirnos paso a tiros. El hombre variable se hallará en la zona de la bomba, trabajando en la torreta de control.

El rostro de Sherikov se endureció en el acto. Sus ojos negros centellearon, alertas y hostiles.

—Recibimos un informe del servicio de contraespionaje, desde Centauro. —Rió ásperamente Reinhart—. Usted me sorprende, Sherikov. Ya sabe que los centaurianos tienen espías por todas partes. Debería saber…

Sherikov se movió con gran rapidez. De repente cargó contra los policías con todo su enorme peso. Cayeron por el suelo. Sherikov corrió…, en dirección a la pared. Los policías hicieron fuego. Reinhart desenfundó su pistola, rabioso.

Sherikov se precipitó sobre la pared, agachando la cabeza, sin que ningún disparo le alcanzara. Se estrelló contra la pared… y desapareció.

—¡Al suelo! —chilló Reinhart.

Él y los policías rodaron por el suelo. Reinhart no cesaba de maldecir mientras se arrastraba hacia la puerta. Tenían que salir cuanto antes. Sherikov había escapado. Una pared falsa, una barrera de energía adaptada para responder a su presión. La había atravesado sin sufrir el menos daño. Él…

Un infierno se desencadenó por todos lados. Una rugiente llamarada de muerte cayó sobre y alrededor de ellos. Las paredes escupieron ardientes masas de destrucción. Estaban atrapados entre cuatro chorros de energía. Una trampa..., una trampa mortal.

Reinhart consiguió llegar al vestíbulo casi sin aliento. Le siguieron algunos policías de Seguridad. El resto de la compañía gritaba y se debatía en la sala, borrados de la existencia por la energía desintegradora.

Reinhart agrupó a los supervivientes, pero los guardias de Sherikov ya se habían formado. Un rechoncho cañón robot tomaba posiciones en el extremo del pasillo. Una sirena aulló. Los guardias acudían corriendo a sus puestos de combate.

El cañón robot abrió fuego. Una parte del pasillo quedó reducida a fragmentos, levantando nubes de cascotes y partículas. Reinhart y sus hombres experimentaron náuseas y retrocedieron por el pasillo.

Llegaron a un cruce. Un segundo cañón robot se arrastraba hacia ellos, dispuesto a disparar. Reinhart lo hizo antes, apuntando con cuidado a su delicado control. De repente, el cañón giró con un movimiento convulsivo, se estrelló contra el duro metal y se rompió en mil pedazos; los engranajes continuaron funcionando un instante.

—Vamos. —Reinhart se alejó corriendo con el cuerpo encorvado. Consultó el reloj. Casi la hora. Faltaban pocos minutos. Un grupo de guardias del laboratorio le cortó el paso. Reinhart disparó. Sus policías también descargaron rayos violetas de energía que alcanzaron al grupo de guardias al entrar en el pasillo. Los guardias cayeron al suelo, algunos convertidos en polvo que se diseminó por el pasillo. Reinhart se abrió paso hacia el laboratorio a través de ruinas y cascotes, seguido por sus hombres—. ¡Vamos! ¡No se detengan!

La voz de Sherikov, magnificada por una cadena de altavoces colocados en las paredes del pasillo, retumbó sobre sus cabezas. Reinhart se detuvo y miró a su alrededor.

—¡Reinhart! No tiene ninguna posibilidad. Jamás conseguirá llegar a la superficie. Tiren los fusiles y ríndanse. Están rodeados por todas partes. Se encuentran a un kilómetro y medio de la superficie.

Reinhart se obligó a continuar, avanzando entre nubes de partículas que llenaban el pasillo.

—¿Está seguro, Sherikov? —gruñó.

La risa metálica de Sherikov martilleó en los oídos de Reinhart.

—No quiero matarle, Comisionado, es un elemento vital de la guerra. Lamento que descubriera al hombre variable. Admito que subestimamos el espionaje centauriano como un factor importante, pero ahora que ya lo sabe...

La voz de Sherikov enmudeció de súbito. Un ruido sordo sacudió el suelo y una profunda vibración recorrió el pasillo.

Reinhart suspiró aliviado. Se esforzó por discernir las cifras de su reloj entre las nubes de polvo. Justo a tiempo. Ni un segundo de retraso.

El primero de los misiles de hidrógeno, lanzado desde los edificios del Consejo al otro lado del mundo, acababa de llegar. El ataque había empezado.

A las seis en punto, Joseph Dixon, a seis kilómetros de la entrada del túnel, hizo la señal a las unidades que aguardaban.

La primera tarea consistía en destruir las pantallas defensivas de Sherikov, a fin de que los misiles pudieran penetrar sin interferencias. Cuando Dixon dio la orden, una flota de treinta naves de Seguridad se lanzó en picado desde una altura de doce kilómetros hacia los laboratorios subterráneos. Las pantallas defensivas y las torres de disparo quedaron reducidas a escombros en cinco minutos. Las montañas estaban virtualmente desprotegidas.

—Hasta ahora todo va bien —murmuró Dixon mientras observaba desde su refugio.

La flota de Seguridad volvió a su base una vez cumplida la misión. Los vehículos de superficie de la policía cruzaron el desierto en dirección a la entrada del túnel, obstruyendo todas las vías de escape.

El contraataque de Sherikov también se había iniciado.

Cañones emplazados en las colinas abrieron fuego. Vastas columnas de fuego avanzaron hacia los vehículos de superficie. Los coches vacilaron y retrocedieron, a medida que la llanura era devorada por un vórtice aterrador, un caos atronador de explosiones. Algunos coches desaparecieron convertidos en nubes de partículas. Un grupo de vehículos que huía fue levantado en el aire por un viento huracanado que diezmó sus filas.

Dixon ordenó que se silenciara el cañón. La flota de la policía volvió a surcar el cielo con un rugido de motores que hizo temblar la tierra. Las naves atacaron a los cañones desde diversos ángulos.

Los cañones desviaron su atención de los vehículos de superficie y alzaron sus embocaduras para responder al ataque. Las naves abrieron fuego una y otra vez y arrasaron las montañas con sus poderosos rayos.

Los cañones enmudecieron. El eco de las explosiones disminuyó cuando las bombas dejaron de caer.

Dixon acogió el final del bombardeo con un suspiro de satisfacción. El espeso enjambre de aeronaves remontó el vuelo triunfalmente, pero tuvieron que alejarse cuando cañones robot antiaéreos de emergencia entraron en acción y salpicaron el cielo con ardientes chorros de energía.

Dixon consultó su reloj. Los misiles venían en camino desde Estados Unidos. Faltaban muy pocos minutos.

Los vehículos de superficie, fuera de peligro gracias al éxito del bombardeo, empezaron a reagruparse para un nuevo ataque frontal. Otra vez reptaron por la llanura llameante, sobre la calcinada superficie de las montañas, en dirección a las ruinas de lo que había sido el anillo de cañones defensivos, hacia la entrada del túnel.

Se produjo un débil cañoneo. Los vehículos avanzaron, inflexibles. Las tropas de Sherikov ascendían hacia la superficie desde el fondo de las colinas para repeler el ataque. El primer coche pisó la sombra de las montañas...

Estalló una descarga ensordecedora. Pequeños cañones robots se materializaron como por ensalmo, diminutos barriles que surgían tras escondites ocultos, árboles, arbustos, rocas y piedras. Los coches de la policía, atrapados en la base de las colinas, sufrieron un destructor tiroteo.

Los guardias de Sherikov se desparramaron por las laderas para rematar a los vehículos. El aire de la llanura se puso al rojo vivo cuando los vehículos dispararon sobre los hombres que corrían. Un cañón robot cayó como un proyectil en la llanura y se precipitó con un rugido sobre los coches sin dejar de disparar a su vez.

Dixon se agitó, nervioso. Unos pocos minutos. En cualquier momento, de hecho. Se protegió los ojos con la mano y escudriñó el cielo. Ni el menor rastro. Se preguntó qué estaría haciendo Reinhart. Aún no había emitido ninguna señal. Seguro que tenía problemas, seguro que peleaba desesperadamente en la intrincada red de túneles, el laberinto de pasadizos que horadaban la tierra bajo las montañas.

Las naves defensivas de Sherikov se desplazaban a gran velocidad en el aire, empeñadas en una lucha perdida de antemano.

Los guardias de Sherikov invadieron la llanura. Encorvados, se precipitaron sobre los coches inmovilizados. Las aeronaves de la policía descargaron sobre ellos una lluvia de proyectiles.

Dixon contuvo el aliento. Cuando llegaron los misiles…

El primer misil se estrelló. Una parte de la montaña se desintegró, convertida en humo y gases. Una ola de calor golpeó de pleno el rostro de Dixon. Entró al instante en su nave y despegó, poniendo tierra por medio. Miró hacia atrás. Un segundo y un tercer misiles habían alcanzado su objetivo. Enormes pozos bostezaban entre las montañas; amplios boquetes en las piedras recordaban dientes rotos. Los misiles ya podían penetrar en los laboratorios subterráneos.

Los coches de superficie se detuvieron antes de llegar a la zona castigada, esperando que terminara el ataque de los misiles. Cuando el octavo misil hubo estallado, los vehículos avanzaron. Ya no había más misiles.

Dixon dio media vuelta y volvió al escenario de la batalla. El laboratorio estaba al descubierto. Las secciones superiores habían sido desgajadas. El laboratorio parecía un destructor despedazado por potentes explosiones, los primeros pisos eran visibles desde el aire. Hombres y vehículos luchaban con los guardias que les impedían el acceso.

Dixon contemplaba la escena con suma atención. Los hombres de Sherikov transportaban artillería pesada, pero las naves de la policía volvían a la carga. Las patrullas de Sherikov habían sido barridas del cielo. Las naves de la policía descendieron en picado y describieron una curva sobre el laboratorio. Arrojaron pequeñas bombas sobre la artillería que ascendía a la superficie desde las plantas que quedaban en pie.

La videopantalla de Dixon emitió una señal. Dixon se volvió a mirar.

—Detenga el ataque —dijo Reinhart. Su uniforme estaba destrozado. Una herida sanguinolenta cruzaba su mejilla. Dedicó una sonrisa amarga a Dixon y se apartó el pelo revuelto de la cara—. Vaya combate.

—Sherikov…

—Ha ordenado a sus guardias que se retiren. Hemos llegado a una tregua. Todo ha terminado. Ya es suficiente. —Reinhart respiró hondo y se secó la mugre y el sudor del cuello—. Venga hacia aquí cuanto antes.

—¿El hombre variable?

—Todo a su tiempo —dijo Reinhart de mal humor—. Por eso quiero que venga. Quiero que participe en la matanza.

Reinhart se alejó de la videopantalla. Sherikov permanecía de pie en un ángulo de la sala sin decir nada.

—¿Y bien? —rugió Reinhart—. ¿Dónde está él? ¿Dónde puedo encontrarle?

—Comisionado, ¿está seguro de…?

Librodot

—El ataque ha cesado. Sus laboratorios, y también su vida, están a salvo. Ahora le toca a usted. —Reinhart aferró su fusil y caminó hacia Sherikov—. ¿Dónde está él?

Sherikov vaciló unos instantes. Después relajó su inmenso cuerpo, derrotado. Agitó la cabeza con aire de preocupación.

—De acuerdo. Le enseñaré dónde está. —Su voz era apenas audible, un susurro imperceptible—. Venga por aquí.

Reinhart siguió a Sherikov por el pasillo. Policías y guardias trabajaban con eficacia, retirando escombros y ruinas y apagando las llamas que ardían por todas partes.

—No quiero trucos, Sherikov.

—No habrá trucos —dijo Sherikov con resignación—. Thomas Cole trabaja solo en un laboratorio apartado de las dependencias principales.

—¿Cole?

—El hombre variable; ése es su nombre. —El polaco ladeó un poco su impresionante cabeza—. Tiene un nombre.

Reinhart movió el fusil.

—Dése prisa. No quiero más problemas. Por eso vine personalmente.

—Debe recordar algo, Comisionado.

—¿Qué es?

—Es vital que no le suceda nada al globo, la torreta de control. Todo depende de ella, la guerra, nuestro…

—Lo sé. Nada le sucederá a ese trasto. Sigamos.

—Si sufriese el menor percance…

—No me interesa el globo, sólo me interesa… Thomas Cole.

Llegaron al final del pasillo y se detuvieron frente a una puerta metálica. Sherikov señaló la puerta.

—Ahí está.

—Abra la puerta. —Reinhart retrocedió.

—Ábrala usted. Declino toda responsabilidad.

Reinhart se encogió de hombros. Situándose frente a la puerta bajó el arma y alzó la mano ante la célula fotoeléctrica. No sucedió nada.

Reinhart frunció el entrecejo. Empujó la puerta con la mano. La hoja cedió. Reinhart contempló un pequeño laboratorio: una mesa de trabajo, útiles, aparatos, instrumentos de medición y, en el centro de la mesa, el globo transparente, la torreta de control.

—¿Cole? —Reinhart se introdujo sin vacilar en la habitación. Paseó la mirada a su alrededor, alarmado—. ¿Dónde…?

La habitación estaba vacía. Thomas Cole había desaparecido.

Cuando el primer misil hizo explosión, Cole dejó de trabajar y escuchó.

Un lejano estruendo sacudió la tierra y estremeció el suelo bajo sus pies. Los aparatos y útiles que había en la mesa de trabajo se bambolearon. Unos alicates cayeron en el piso. Una caja de tornillos se inclinó y derramó todo su contenido.

Cole permaneció a la escucha durante un rato. Después cogió el globo transparente colocado sobre la mesa y lo sujetó en alto. Acarició con los dedos la superficie, pensativo. Al cabo de un momento devolvió el globo a su lugar.

Había terminado su tarea. Una leve sensación de orgullo recorrió al hombre variable. Había sido su mejor trabajo.

El ruido cesó. Cole se puso en guardia. Saltó del taburete y corrió hacia la puerta. Aplicó el oído a la hoja metálica y percibió gritos, los pasos apresurados de los guardias que transportaban material pesado con alguna finalidad concreta.

El ruido sordo de un estallido despertó ecos en el pasillo y golpeó la puerta, haciéndole retroceder. Una segunda oleada de energía sacudió las paredes y le envió rodando por el suelo.

Las luces parpadearon y se apagaron.

Cole tanteó en la oscuridad hasta que encontró una linterna. Una caída de tensión. Oyó el crepitar de las llamas. Las luces regresaron con un sucio tono amarillento y volvieron a extinguirse. Cole se arrodilló y examinó la puerta con la ayuda de la linterna. Cierre magnético, dependiente de un flujo eléctrico externo. Asió un destornillador y forzó la puerta hasta conseguir abrirla.

Cole se asomó cautelosamente al pasillo. La escena era confusa. Los guardias deambulaban por todas partes, quemados y medio ciegos. Dos agonizaban bajo un montón de escombros, fusiles fundidos y metal retorcido. Un hedor a cables y plástico quemados le produjo náuseas a medida que iba avanzando.

—¡Alto! —dijo con un hilo de voz un guardia que trataba de reincorporarse.

Cole le apartó y se internó en el pasillo. Dos pequeños cañones robot que todavía funcionaban le rebasaron en dirección al caótico escenario de la batalla. Les siguió.

El combate había alcanzado su punto álgido en la bocacalle principal. Los guardias de Sherikov repelían a los policías de Seguridad, refugiados tras columnas y barricadas improvisadas, que disparaban desesperadamente. Toda la estructura se estremeció por segunda vez cuando estalló una gran explosión en algún lugar de la superficie. ¿Bombas? ¿Cohetes?

Cole se arrojó al suelo cuando un rayo violeta le rozó la oreja y desintegró la pared que tenía a sus espaldas. Un policía de Seguridad, con los ojos enloquecidos, disparaba al azar, hasta que fue alcanzado por un guardia de Sherikov.

Un cañón robot le apuntó cuando logró abrirse paso más allá de la bocacalle. Cole corrió, pero el cañón rodó tras él. Cole apresuró el paso, encorvado y respirando con dificultad. A la incierta luz amarilla divisó un grupo de policías de Seguridad que cargaban contra una línea de defensa que los guardias de Sherikov habían montado a toda prisa.

El cañón robot se desvió para cortarles el paso, momento que Cole aprovechó para esconderse en una esquina.

Se encontraba en el laboratorio principal, la gran sala en la que Ícaro aguardaba el instante de partir hacia su destino.

¡Ícaro! Estaba rodeado por una sólida barrera de guardias armados con fusiles y escudos protectores, a pesar de que la policía de Seguridad tenía órdenes de no causar el menor daño a la bomba. Cole burló a un guardia que le perseguía y llegó hasta el extremo del laboratorio.

Descubrió a los pocos segundos el generador del campo de fuerza, que carecía de interruptor. Al cabo de unos momentos recordó que se accionaba desde la muñeca del guardia.

Demasiado tarde para lamentarse por ello. Desmontó la placa que cubría el generador y arrancó los cables a puñados. El generador se desprendió y lo

Librodot

arrastró lejos de la pared. Gracias a Dios, la pantalla ya no funcionaba. Consiguió empujar el generador hasta un pasillo lateral.

Cole se inclinó sobre el generador y puso manos a la obra. Tiró de los cables y los estiró en el suelo; entonces montó los circuitos con febril rapidez.

No le costó mucho trabajo. La pantalla fluyó en ángulo recto con los cables hasta una distancia de dos metros. Cada conductor estaba protegido por un lado; el campo irradiaba hacia afuera y dejaba un hueco cónico en el centro. Pasó los cables por el cinturón y los introdujo bajo las perneras de los pantalones y la camisa hasta los tobillos y las muñecas.

Estaba levantando el pesado generador cuando aparecieron dos guardias de Seguridad. Alzaron sus lanzarrayos y dispararon a quemarropa.

Cole conectó la pantalla. Una violenta vibración le golpeó en la mandíbula y sacudió su cuerpo. Se tambaleó, sorprendido a medias por la oleada de fuerza que se desprendía de él. Los rayos violeta se estrellaron en el campo y se desviaron.

Podía considerarse a salvo.

Corrió por el pasillo y dejó a su espalda cañones destruidos y cuerpos extendidos que aún crepitaban. Grandes nubes de partículas radiactivas danzaban a su alrededor. Había guardias muertos o agonizantes por todas partes, mutilados, devorados y corroídos por las sales metálicas del aire. Tenía que salir de allí... y aprisa.

Toda una sección de la fortaleza estaba en ruinas al final del pasillo. Llamas altas como torres se alzaban por todos lados. Uno de los misiles había penetrado en el subterráneo.

Cole encontró un ascensor que todavía funcionaba, atestado de guardias heridos que subían a la superficie. Ninguno le prestó atención. Las llamas que rodeaban el ascensor se encarnizaban con los heridos. Los operarios intentaban desesperadamente poner en marcha el aparato. Cole saltó dentro del ascensor. Empezó a moverse un segundo después y dejó atrás los gritos y el fuego.

Cole saltó a tierra en cuanto el ascensor llegó a la superficie. Un guardia le dio el alto y le persiguió. Cole se camufló en un confuso amasijo de metal retorcido, aún caliente y humeante. Corrió un trecho, saltó desde las ruinas de una torre defensiva hasta la tierra quemada y se deslizó por el flanco de una colina. El suelo le abrasaba los pies. Corrió tan rápido como pudo, casi sin aliento, y escaló una pendiente.

El guardia que le perseguía se había perdido de vista, envuelto en las nubes de cenizas que surgían de las ruinas de la fortaleza subterránea de Sherikov.

Cole trepó hasta la cumbre de la colina y descansó un poco. Intentó averiguar dónde se encontraba. La tarde declinaba y el sol empezaba a retirarse. Algunos puntos negros aún evolucionaban en el cielo; algunos se convertían en una llamarada y se apagaban.

Cole se levantó y miró a su alrededor. Las ruinas (el horno del que había escapado) se extendían hasta perderse en la distancia: un caos de restos informes y metal incandescente, kilómetros de basura retorcida y aparatos medio desintegrados.

Reflexionó y evaluó la situación. Los supervivientes estaban ocupados en apagar el fuego y curar a los heridos. Pasaría bastante rato antes de que le echaran de menos, pero en cuanto se produjera esa circunstancia iniciarían

la búsqueda. La mayor parte del laboratorio había sido destruido. Nada quedaba en pie.

Los picos de los Urales se extendían más allá de las ruinas, hasta perderse de vista.

Montañas y bosques verdes: una selva. Nunca le encontrarían allí.

Cole inició el descenso de la colina con grandes precauciones, llevando el generador de la pantalla protectora bajo el brazo. Quizá podría aprovechar la confusión para encontrar comida y pertrechos que le duraran por tiempo indefinido. Esperaría a que amaneciera, caminaría en círculo hasta las ruinas y se aprovisionaría. Saldría adelante con algunas herramientas y su talento innato. Un destornillador, martillo, clavos, lo que fuera...

Un fuerte zumbido, que se transformó en un estruendo ensordecedor, atronó sus oídos. Cole se volvió, aturdido. Una enorme y amenazadora forma cubría el cielo. Cole se quedó helado, paralizado de asombro. La forma pasó sobre su cabeza mientras miraba como atontado, clavado en su sitio.

Luego, vacilante y desconcertado, empezó a correr. Tropezó y cayó por la ladera de la colina. Trató desesperadamente de agarrarse, pero sus manos resbalaron en la tierra blanda, mientras intentaba al mismo tiempo sujetar el generador bajo el brazo.

Un relámpago de luz cegadora le rodeó.

La chispa le alzó en el aire y lo arrebató como una hoja seca. Emitió un grito de agonía cuando un infierno de fuego se desencadenó contra su pantalla protectora. Giró locamente y cayó a través de la nube de fuego en un pozo de tinieblas, un abismo inmenso abierto entre dos colinas. Los alambres se desataron y el generador se soltó. El campo de fuerza cesó de repente.

Cole yacía a oscuras al pie de la colina. El fuego castigaba su cuerpo sin piedad. Era un tizón encendido, brasas medio consumidas en un universo de tinieblas. El miedo se enroscó en él como una serpiente. Chilló, se agitó y luchó por escapar del nauseabundo fuego, por alcanzar la cortina de oscuridad fría y silenciosa donde las llamas no podrían devorarle y consumirle.

Se arrastró sollozando hacia la oscuridad con un supremo esfuerzo. Poco a poco, el globo resplandeciente que era su propio cuerpo fue apagándose. El impenetrable caos de la noche descendió y extinguió el fuego.

Dixon guió su nave con mano experta y aterrizó frente a una de las torres defensivas derribadas. Saltó afuera y corrió por la tierra humeante.

Reinhart surgió de un ascensor, escoltado por la policía de Seguridad.

—¡Rompió el cerco! ¡Ha escapado!

—No escapó —replicó Dixon—. Yo lo capturé.

—¿Qué quiere decir? —aulló Reinhart.

—Acompáñeme por aquí. —Reinhart y Dixon treparon por la ladera de una colina demolida, ambos sin aliento—. Estaba aterrizando cuando divisé una figura que salía de un ascensor y corría hacia las montañas, como un animal. Al salir a terreno descubierto, piqué hacia él y lancé una bomba de fósforo.

—Por lo tanto, ¿está... muerto?

—No hay forma de sobrevivir a una bomba de fósforo. —Al llegar a la cumbre de la colina, Dixon se detuvo y señaló la fosa abierta al pie de la colina—. ¡Allí!

Emprendieron el descenso con grandes precauciones. La tierra se veía chamuscada y pelada. Espesas nubes de humo flotaban en el aire, y en algunos puntos aún no se había apagado el fuego. Reinhart tosió y se inclinó para ver mejor. Dixon alumbró el cuerpo con una linterna.

El cuerpo estaba carbonizado, medio consumido por el fósforo. Yacía inmóvil, con un brazo protegiéndose la cara, la boca abierta, los labios retorcidos grotescamente, como una muñeca de trapo abandonada, arrojada en un incinerador y destruida hasta el extremo de hacerse irreconocible.

—¡Está vivo! —musitó Dixon. Lo examinó con curiosidad—. Debía contar con algún escudo protector. Es sorprendente que un hombre pueda...

—¿Está seguro de que es él?

—Concuerda con la descripción. —Dixon arrancó un trozo de tela—. Éste es el hombre variable; lo que quede de él, al menos.

Reinhart suspiró, aliviado.

—Por fin lo cogimos. Ahora que ya no constituye un factor variable, los datos serán precisos.

Dixon desenfundó el desintegrados y quitó el seguro con aire pensativo.

—Si quiere, terminaré el trabajo ahora mismo.

Sherikov apareció en ese instante, acompañado de dos policías de Seguridad armados. Bajó la colina de mal humor y con los ojos echando chispas.

—¿Consiguió Cole...? —enmudeció al contemplar la escena—. Dios mío.

—Dixon le alcanzó con una bomba de fósforo —explicó Reinhart—. Intentaba llegar a las montañas.

—Era una persona asombrosa —dijo Sherikov ladeando la cabeza—. Trató de forzar la cerradura de su puerta y escapar durante el ataque. Los guardias le dispararon, sin éxito. Le protegía algún tipo de escudo protector que había improvisado.

—De cualquier forma, se acabó —afirmó Reinhart—. ¿Recabó información sobre él para las SRB?

Sherikov introdujo una mano en su chaqueta y extrajo un sobre de papel manila.

—Esto es todo lo que averigüé de sus propios labios.

—¿Es un informe completo? Sólo teníamos fragmentos imprecisos.

—Lo más completo posible. Incluye fotografías y diagramas del interior del globo, la torreta que montó para mí. Ni siquiera he podido echarles un vistazo... ¿Qué piensa hacer con Cole?

—Trasladarle a la ciudad..., y ponerle a dormir oficialmente bajo los auspicios del Ministerio para la Eutanasia.

—¿Muerte legal? —Sherikov torció los labios—. ¿Por qué no lo elimina aquí mismo, sin más trámites?

Reinhart se apoderó del sobre y lo guardó en su bolsillo derecho.

—Lo introduciré de inmediato en las máquinas. Vámonos. Notificaremos a la flota que se prepare para el ataque a Centauro. ¿Cuándo estará listo Ícaro?

—Dentro de una hora, más o menos —dijo Sherikov—. Están ajustando la torreta de control y verificando su funcionamiento.

—Bien. Le diré a Duffe que envíe la señal a la flota.

Reinhart indicó con un gesto a la policía que trasladara a Sherikov a la nave de Seguridad. El científico se movió torpemente, con el rostro sombrío y

demacrado. Depositaron el cuerpo de Cole en un vehículo de carga que se alojó en la bodega de la nave de Seguridad.

—Será interesante saber la reacción de las máquinas ante los nuevos datos —comentó Dixon.

—No cabe duda de que mejorarán —dijo Reinhart, palpando el sobre que abultaba su bolsillo interior—. Hemos terminado dos días antes de lo previsto.

Margaret Duffe se levantó con parsimonia y empujó la silla hacia atrás con un movimiento automático.

—Pongamos las cosas en claro. ¿Afirma que la bomba está lista para entrar en acción?

—Ya se lo he dicho —asintió Reinhart, impaciente—. Los técnicos están haciendo las últimas comprobaciones en la torreta de control. El lanzamiento se efectuará dentro de media hora.

—¡Treinta minutos! Por lo tanto…

—Por tanto, el ataque ya puede empezar. La flota está preparada.

—Desde luego; hace días que está preparada, pero me parece increíble que la bomba lo esté en tan poco tiempo. —Margaret Duffe caminó hacia la puerta de su despacho—. Éste es un gran día, Comisionado. Dejamos a nuestra espalda una vieja era. Esta vez borraremos del mapa a Centauro…, y las colonias serán nuestras.

—Ha costado mucho esfuerzo —murmuró Reinhart.

—Una cosa: las acusaciones contra Sherikov. Me resulta difícil de creer que una persona tan cualificada haya…

—Hablaremos más tarde —la interrumpió Reinhart. Sacó el sobre de papel manila de su chaqueta—. Aún no he tenido tiempo de introducir estos datos en las máquinas SRB. Lo haré ahora, si me permite.

Margaret Duffe permaneció de pie ante la puerta unos instantes. Ambos se miraron en silencio. Reinhart dibujó una pálida sonrisa en sus labios; los ojos de la mujer brillaban de hostilidad.

—Reinhart, a veces creo que se excede. Y a veces creo que ya se ha excedido demasiado…

—La informaré de cualquier variación que se produzca en las cifras.

Reinhart pasó frente a la presidenta y salió al pasillo, camino de la sala que albergaba las SRB. Una intensa excitación recorría su cuerpo.

Entró en la sala y se encaminó hacia las máquinas. Las pantallas exhibían la ya conocida proporción 7-6. Reinhart sonrió. 7-6: cifras falsas basadas en una información incorrecta. Pronto cambiarían.

Kaplan corrió a su encuentro. Reinhart le tendió el sobre y se aproximó a la ventana para contemplar la escena familiar que se desarrollaba en la calle: hombres y vehículos del tamaño de hormigas que corrían frenéticamente en todas direcciones.

La guerra había empezado. La flota, tanto tiempo estacionada en las cercanías de Próxima Centauro, había recibido la señal de ataque. Experimentó un sentimiento de triunfo. Había ganado, había destruido al hombre del pasado y truncado la carrera de Peter Sherikov. Sus planes se cumplían con exactitud milimétrica. La Tierra rompería el cerco. La sonrisa de Reinhart se hizo más amplia.

—Comisionado.

—¿Sí?

Reinhart se volvió poco a poco.

Kaplan comprobaba los informes de las máquinas.

—Comisionado...

Algo en la voz de Kaplan alertó a Reinhart, que acudió a su lado sin perder tiempo.

—¿Qué sucede?

Kaplan levantó la vista, pálido y aterrorizado. Abrió y cerró la boca sin emitir ningún sonido.

—¿Qué sucede? —preguntó Reinhart con un escalofrío.

Examinó las cifras y se estremeció de horror.

—Cien a uno... ¡contra la Tierra!

No podía apartar los ojos de las cifras. Estaba aturdido, atenazado por la incredulidad. 100-1. ¿qué había ocurrido? ¿Dónde se hallaba el error? La torreta terminada, Ícaro dispuesto, la flota en estado de alerta...

Un fuerte zumbido se produjo en el exterior del edificio. Oyeron gritos desde abajo, y Reinhart se asomó a la ventana; tenía el corazón en un puño.

Una estela blanca que aumentaba de tamaño y velocidad a cada momento cruzaba el cielo. Todos los ojos estaban fijos en ella.

El objeto desapareció con suma rapidez. Ícaro estaba en camino; el ataque había empezado, y nada podría detenerlo.

Y las máquinas anunciaban una desventaja de cien a uno...

Alas ocho de la tarde del día 15 de mayo de 2136, Ícaro fue lanzado hacia la estrella Centauro. Al día siguiente, mientras la Tierra aguardaba, Ícaro penetró en la estrella viajando a una velocidad miles de veces superior a la de la luz.

No ocurrió nada. Ícaro desapareció en el interior de la estrella. No se produjo la explosión. La bomba fracasó en su cometido.

Al mismo tiempo, las flotas de la Tierra y de Centauro se enzarzaron en una cruel batalla. Veinte de las mayores naves fueron capturadas. Una buena parte de la flota centauriana resultó destruida. Muchos de los sistemas cautivos se alzaron en rebelión, ansiosos de sacudirse la tiranía del imperio.

Dos horas después, la inmensa flota de Centauro acuartelada en Armun entró por sorpresa en acción. La gran batalla iluminó la mitad del sistema centauriano. Nave tras nave fulguraba débilmente y se convertía en cenizas. Las dos flotas, desparramadas a lo largo de millones de kilómetros de espacio, combatieron durante un día entero. Murieron innumerables hombres... de ambos bandos.

Por fin, los restos de la maltrecha flota terrestre tomaron la dirección de Armun... La derrota era total. Quedaba muy poco de la otrora impresionante armada: algunos cascos ennegrecidos que se encaminaban hacia la cautividad.

Ícaro no había funcionado. Centauro no había estallado. El ataque era un fracaso.

La guerra había terminado.

—Hemos perdido la guerra —dijo Margaret Duffe con un hilo de voz—. Todo ha terminado.

Los miembros del Consejo, ancianos de cabellos grises, estaban sentados alrededor de la mesa de conferencias sin hablar ni moverse. Todos contemplaban los grandes mapas estelares que cubrían dos paredes de la sala.

—He iniciado negociaciones para concertar una tregua —murmuro Margaret Duffe—. He dado orden al vicecomandante Jessup de rendirse. No hay esperanza. El comandante Carleton se ha suicidado hace pocos minutos, destruyendo de paso su nave insignia. El Alto Consejo de Centauro ha accedido a finalizar el combate. Su imperio se desmorona.

Reinhart estaba derrumbado sobre la mesa, con la cabeza entre las manos.

—No entiendo... ¿Por qué? ¿Por qué no estalló la bomba? —Perdió el aplomo y se golpeó la frente con los puños, tembloroso y descompuesto—. ¿Cuál fue el error?

—Tal vez el hombre variable saboteó la torreta —murmuró Dixon a modo de respuesta—. Las máquinas SRB lo sabían... Analizaron los datos. ¡Lo sabían! Pero ya era demasiado tarde.

Reinhart alzó un poco la cabeza y mostró la desesperación en sus ojos.

—Sabía que nos destruiría. Estamos acabados. Un siglo de trabajo y planificación... —Un espasmo agónico le sacudió de arriba abajo—. ¡Todo por culpa de Sherikov!

—¿Por qué fue culpa de Sherikov? —inquirió fríamente Margaret Duffe.

—Le salvó la vida a Cole. Quise matarle desde el primer momento. —Reinhart saltó de la silla y desenfundó la pistola—. ¡Y aún sigue vivo! ¡A pesar de que hemos perdido no me privaré del placer de atravesar el pecho de Cole con mi desintegrador!

—¡Siéntese! —ordenó Margaret Duffe.

Reinhart ya estaba a medio camino de la puerta.

—Todavía permanece en el Ministerio para la Eutanasia, esperando al oficial que...

—No, ya no —afirmó Margaret Duffe.

Reinhart se quedó helado. Se volvió poco a poco, incapaz de creer lo que oía.

—¿Qué?

—Cole no está en el ministerio. Ordené que le trasladaran y anularan sus instrucciones.

—¿Dónde..., dónde está?

—En los Urales, con Peter Sherikov. —La voz de Margaret Duffe adoptó un tono de dureza poco habitual—. He devuelto a Sherikov todos sus privilegios. Cole se encuentra bajo la tutela de Sherikov. Quiero asegurarme de que se recupere, a fin de cumplir nuestra promesa..., la promesa de reintegrarle a su época.

Reinhart abrió y cerró la boca, incapaz de hablar. El color había huido de su cara y sus mejillas se agitaban espasmódicamente.

—¡Se ha vuelto loca! —estalló por fin—. El traidor responsable de la mayor derrota de la Tierra...

—Hemos perdido la guerra —declaró Margaret Duffe con serenidad—, pero hoy no es un día de duelo, sino de alegría por la victoria más increíble que la Tierra conoció jamás.

Reinhart y Dixon se quedaron atónitos.

—Pero... —masculló Reinhart—, pero qué...

Un rugido sacudió la sala cuando todos los miembros del Consejo se pusieron de pie, ahogando las palabras de Reinhart.

—Sherikov se lo explicará cuando llegue. Él lo descubrió. —Margaret Duffe se dirigió con voz serena a los incrédulos miembros del Consejo—.

Siéntense todos. Se quedarán aquí hasta que Sherikov llegue. Es vital que le escuchen. Sus noticias darán un vuelco a la situación.

Peter Sherikov cogió el portafolio que le tendía uno de sus técnicos armados.

—Gracias. —Echó hacia atrás la butaca y paseó la mirada por la sala del Consejo—. ¿Están todos preparados para oír lo que voy a decir?

—Estamos dispuestos —respondió Margaret Duffe.

Los miembros del Consejo se inclinaron hacia adelante. En el extremo opuesto, Reinhart y Dixon observaron con inquietud al polaco cuando sacaba los papeles del portafolio y los examinaba.

—Para empezar, permítanme que les recuerde los orígenes de la bomba MRL. Jamison Hedge fue el primer hombre que lanzó un objeto a mayor velocidad que la luz. Como saben, el objeto disminuyó de tamaño y aumentó de masa a medida que se acercaba a la velocidad de la luz; al alcanzarla, se desvaneció. Para utilizar nuestros términos, dejó de existir. Al no poseer tamaño, no ocupaba ningún espacio. Pasó a un orden de existencia diferente.

»Cuando Hedge trató de recuperar el objeto se produjo una explosión. Hedge murió, y todo su equipo quedó destruido. La potencia de la explosión es incalculable. Hedge había situado su nave de observación a muchos millones de kilómetros de distancia; sin embargo, no estaba lo bastante lejos. En principio, confiaba que su invención se aplicara a los viajes espaciales, pero después de su muerte se abandonó el proyecto.

»Hasta que llegó Ícaro. Entreví las posibilidades de una bomba, una bomba increíblemente poderosa que destruyera Centauro y todas las fuerzas del imperio. La reaparición de Ícaro significaría la aniquilación de su sistema. Tal como Hedge demostró, el objeto reingresaría en un espacio ya ocupado por materia, y causaría un cataclismo inimaginable.

—Pero Ícaro no volvió —gritó Reinhart—. Cole alteró las conexiones para que la bomba prosiguiera su trayecto. No me extrañaría que aún lo esté haciendo.

—Se equivoca —tronó Sherikov—. La bomba reapareció, pero no estalló.

—Quiere decir…

—La bomba regresó a menor velocidad que la luz cuando penetró en la estrella Próxima, pero no estalló. No hubo cataclismo. Reapareció y fue absorbida por el sol. De esta manera se convirtió en gas de inmediato.

—¿Por qué no hizo explosión? —preguntó Dixon.

—Porque Thomas Cole resolvió uno de los problemas de Hedge. Encontró la forma de devolver el objeto a nuestro universo, por debajo de la velocidad de la luz, sin que estallara. El hombre variable descubrió lo que Hedge buscaba…

Todo el Consejo se puso en pie. Un murmullo ensordecedor invadió la sala.

—¡No lo creo! —jadeó Reinhart—. No es posible. Si Cole resolvió el problema de Hedge significaría…

Se calló, vacilante.

—Ahora podremos utilizar la propulsión a mayor velocidad que la luz para los viajes espaciales —continuó Sherikov, sofocando el alboroto—, tal como deseaba Hedge. Mis hombres han estudiado las fotografías de la torreta de control. Aun así; no saben ni el cómo ni el porqué, pero disponemos de todos

Librodot

los datos. En cuanto hayamos reparado los laboratorios, duplicaremos las conexiones originales.

Las explicaciones iban calando gradualmente en el seno del Consejo.

—Por tanto, será posible construir naves MRL —murmuró Margaret Duffe, asombrada—, y con ello...

—Cole comprendió el propósito de la torreta de control en cuanto se la enseñé. No mi propósito, sino el que Hedge tenía en mente cuando inició sus trabajos. Cole comprendió que Ícaro era una nave espacial incompleta, no una bomba. Supuso lo que Hedge había imaginado, el viaje MRL. Se empeñó en que Ícaro funcionara.

—Podremos ir más allá de Centauro —murmuró Dixon. Se mordió los labios—. Por consiguiente, la guerra es inútil, el imperio ya no representa ningún obstáculo. La galaxia está a nuestro alcance.

—Todo el universo —añadió Sherikov—. En lugar de conquistar un anticuado imperio, exploraremos todo el cosmos, toda la obra de Dios.

Margaret Duffe se levantó y caminó hacia los grandes mapas estelares que se alzaban en el extremo opuesto de la sala. Contempló durante largo rato las miríadas de soles, las legiones de sistemas, abrumada por lo que veía.

—¿Cree de veras que comprendió todo esto? —preguntó de repente—. ¿Qué podemos ver en estos simples mapas?

—Thomas Cole es una persona extraña —musitó Sherikov—. Aparentemente, posee un cierto tipo de intuición en lo que se refiere a las máquinas y su funcionamiento. Una intuición que reside más en sus manos que en su cabeza, como el talento innato de un pianista o de un pintor. No es un científico. Carece de conocimiento verbal sobre las cosas, de referencias semánticas. Actúa directamente sobre las cosas.

»Dudo mucho que Thomas Cole comprendiera lo que vendría a continuación. Examinó el globo, la torreta de control. Vio conexiones incompletas, trabajo a medio hacer: una máquina incompleta.

—Algo que necesitaba un arreglo —señaló Margaret Duffe.

—Algo que necesitaba un arreglo. Comprendió la magnitud de su tarea, como un artista. Sólo le interesaba una cosa: utilizar su talento para llevar a cabo el trabajo lo mejor posible. Este talento ha abierto para nosotros un universo entero, galaxias infinitas, sistemas para explorar. Mundos sin fin, mundos sin límite, intocados.

Reinhart se levantó, inseguro.

—Pongamos manos a la obra. Organicemos equipos de construcción, expediciones de exploración. Reconvertiremos la producción bélica en orden a diseñar naves; todos los esfuerzos científicos se encaminarán a este objetivo.

—Estoy de acuerdo —dijo Margaret Duffe, mirándole pensativamente—, pero usted no participará.

Reinhart comprendió la expresión de su rostro. Sacó su pistola y retrocedió hacia la puerta. Dixon le siguió.

—¡Vuelva! —aulló Reinhart.

Margaret Duffe hizo una señal y un grupo de soldados rodeó a los dos hombres. Los soldados, impávidos y eficientes, tenían esposas magnéticas preparadas.

El desintegrador de Reinhart apuntó a los miembros del Consejo, paralizados de estupor en sus asientos, y después a la cabeza de Margaret Duffe: Un miedo enloquecido desfiguraba las facciones de Reinhart:

Librodot

—¡Retrocedan! ¡Que nadie se acerque o ella será la primera en morir!

Peter Sherikov saltó desde la mesa y se plantó ante Reinhart. Su inmenso puño cubierto de vello negro describió un arco y se estrelló contra el mentón del Comisionado, que rebotó en la pared y se deslizó blandamente hasta el suelo.

Los soldados le inmovilizaron con las esposas y le obligaron a reincorporarse. Un hilo de sangre manaba de su boca. Escupió fragmentos de dientes; tenía los ojos vidriosos. Dixon, boquiabierto e incapaz de comprender lo que ocurría, se dejó maniatar sin protestar.

Uno de los miembros del Consejo recogió la pistola que Reinhart había esgrimido momentos antes. La examinó y luego la depositó sobre la mesa.

—Cargada y a punto de disparar —murmuró.

—Ojalá les hubiera matado a todos —masculló Reinhart con la mirada llena de odio—. ¡A todos! Si tuviera las manos libres...

—Pero no las tiene —replicó Margaret Duffe—. No pierda el tiempo con esos pensamientos.

Hizo una señal a los soldados, que empujaron a Reinhart y a Dixon hacia la salida.

La sala quedó en silencio durante unos instantes. Después, los miembros del Consejo se removieron en sus butacas y respiraron con alivio.

Sherikov apoyó su manaza en el hombro de Margaret Duffe.

—¿Se encuentra bien, Margaret?

—Estoy bien, gracias —sonrió la presidenta.

Sherikov le acarició el pelo; luego se puso a guardar sus papeles.

—He de irme. La llamaré más tarde.

—¿Adónde va? ¿No puede quedarse a...?

—Debo regresar a los Urales. —Sherikov sonrió antes de alcanzar la puerta—. Me esperan asuntos importantes.

Thomas Cole estaba sentado en la cama cuando llegó Sherikov. Casi todo su cuerpo estaba envuelto en plástico transparente aislante. Dos robots controlaban sin cesar su pulso, la presión sanguínea, la respiración y la temperatura corporal.

Cole ladeó la cabeza cuando el enorme polaco dejó caer su portafolio y se sentó en el alféizar de la ventana.

—¿Cómo se siente? —preguntó Sherikov.

—Mejor.

—Como ve, hemos mejorado mucho en lo tocante a medicina. Sus quemaduras curarán en pocos meses.

—¿Cómo va la guerra?

—La guerra ha terminado.

—Ícaro...

—Ícaro funcionó como esperábamos. Como usted esperaba. —Sherikov se inclinó sobre la cama—. Cole, le prometí algo y estoy dispuesto a cumplir mi palabra..., tan pronto como se recupere.

—¿Volveré a mi época?

—Exacto. Es un problema fácil de resolver, ahora que Reinhart ha sido detenido. Volverá a su casa, a su tiempo, a su mundo. Le proporcionaremos algunos discos de platino o algo así para financiar sus negocios. Necesita una nueva carreta Fixit, herramientas, vestidos... Creo que con unos miles de dólares será suficiente.

Cole no dijo nada.

—Ya me he puesto en contacto con Investigaciones Históricas —continuó Sherikov—. La burbuja temporal está preparada. Nos sentimos en deuda con usted, como es lógico. Gracias a usted hemos realizado nuestro gran sueño. Todo el planeta bulle de excitación. Estamos adaptando nuestra economía de guerra a...

—¿No lamentan lo que ha ocurrido? El fracaso habrá decepcionado a mucha gente.

—Al principio, pero lo superaron..., en cuanto comprendieron lo que se avecina. Lástima que no pueda verlo, Cole. Todo un mundo que se esparce por el universo. ¡Quieren que tenga a punto una nave MRL para este fin de semana! Ya se han recibido miles de solicitudes para formar parte del primer vuelo.

—No habrá bandas, ni desfiles, ni comités de bienvenida esperándole en su destino —sonrió Cole.

—Es posible. Es posible que la primera nave desembarque en un mundo muerto, lleno de arena y sal seca, pero todo el mundo quiere ir. Parece una fiesta. La gente corre, grita y tira cosas a la calle.

»Temo que he de regresar a los laboratorios. Han empezado las tareas de reconstrucción. —Sherikov rebuscó en su abultado portafolio—. Por cierto... Un pequeño detalle. Tal vez podría echarle una hojeada a esto mientras se recupera.

Desplegó un puñado de gráficas sobre la cama. Cole las recogió de una en una.

—¿Qué es esto?

—Algo sin importancia que he diseñado. —Sherikov se dirigió hacia la puerta—. Estamos reorganizando nuestra estructura política para evitar que se repitan casos como el de Reinhart. No permitiremos nunca más que un solo hombre reúna tanto poder. Compartiremos todos el poder, no un número limitado de gente que un hombre pueda dominar..., como Reinhart dominó el Consejo.

»El artilugio posibilitará que los ciudadanos opinen y decidan directamente sobre los temas importantes. No tendrán que esperar a que el Consejo se reúna para hacer efectiva una medida. Cada ciudadano comunicará su parecer mediante uno de estos aparatos, y sus demandas quedarán registradas en un control central que responderá automáticamente. Cuando una parte significativa de la población exija algo determinado, estos artefactos desplegarán un campo activo que afectará a todos los demás; de esta manera, un tema determinado no necesitará ser sometido al Consejo. Los ciudadanos expresarán sus deseos mucho antes de que un grupo de ancianos empiecen a discutir.

»Por supuesto —aclaró Sherikov con un fruncimiento de cejas—, queda un pequeño detalle...

—¿Cuál es?

—No he sido capaz de construir un modelo que funcionara. Unos defectos sin importancia... Estas tareas tan complicadas nunca han sido mi especialidad. —Se detuvo en la puerta—. Bien, espero verle antes de que se marche. Quizá podamos hablar dentro de un tiempo, cuando se sienta mejor. Incluso podríamos cenar alguna vez, ¿eh?

Pero Thomas Cole no le escuchaba. Estaba inclinado sobre los planos, con una expresión de sumo interés en su rostro estragado. Sus largos dedos

Librodot

resbalaban sobre el papel, localizando conexiones y terminales. Movía los labios mientras calculaba.

Sherikov esperó un momento; luego salió al pasillo y cerró suavemente la puerta a sus espaldas.

Silbó una alegre canción mientras avanzaba hacia la salida.

LA RANA INFATIGABLE

—Zenón fue el primer gran científico —afirmó el profesor Hardy, paseando la mirada por el aula—. Tomemos, por ejemplo, su paradoja de la rana y el pozo. Tal como Zenón demostró, la rana nunca alcanzará el borde del pozo. Cada salto equivale a la mitad del salto anterior; siempre le quedará por recorrer un trecho pequeño pero real.

Se hizo un silencio mientras la clase de Física 3-A reflexionaba sobre el veredicto de Hardy. Después, una mano se alzó lentamente en la parte trasera del aula.

Hardy contempló la mano con incredulidad.

—¿Y bien? ¿Qué desea, Pitner?

—En la clase de Lógica nos dijeron que la rana sí alcanzaría el borde del pozo. El profesor Grote dijo...

—¡La rana no lo hará!

—El profesor Grote dijo que lo haría.

—En esta clase —sentenció Hardy cruzándose de brazos—, la rana nunca llegará al borde del pozo. Me he tomado la molestia de examinar las pruebas. Estoy satisfecho de que siempre le faltará una corta distancia. Por ejemplo, si salta...

Sonó la campana.

Todos los estudiantes se levantaron y caminaron hacia la puerta. El profesor Hardy, interrumpido en mitad de la frase, les vio marchar. Se frotó la mandíbula, disgustado por la horda de chicos y chicas que exhibían en sus rostros una expresión vacía y alegre.

Cuando el último se hubo ido, Hardy recogió su pipa y salió al vestíbulo. Un vistazo le sirvió para comprobar que Grote no se hallaba lejos; se estaba secando el mentón junto a la fuente de agua.

—¡Grote! —dijo Hardy—. ¡Venga aquí!

—¿Qué? —el profesor Grote levantó la vista y parpadeó.

—Venga aquí. —Hardy se adelantó unos pasos—. ¿Cómo se atreve a enseñar Zenón? Era un científico, y por tanto me corresponde a mí hablar de él, no a usted. ¡Zenón me pertenece!

—Zenón era un filósofo —replicó Grote, indignado—. Ya sé lo que le preocupa: la paradoja de la rana y el pozo. Para su información, Hardy, la rana saldrá del pozo con toda facilidad. Usted engaña a sus alumnos. La Lógica está de mi parte.

—¿Lógica? ¡Bah! —farfulló Hardy, echando chispas por los ojos—. Viejos y polvorientos axiomas. ¡Es obvio que la rana está atrapada para siempre en una prisión eterna de la que no hay escape posible!

—Escapará.

—No.

—¿Han terminado, caballeros? —dijo una voz serena. Ambos se volvieron al instante. El decano estaba parado detrás de ellos con una amplia sonrisa en los labios—. Si es así, les ruego que vengan a mi despacho un momento —movió la cabeza para señalar la puerta—. Será cuestión de unos minutos.

Grote y Hardy intercambiaron una mirada.

—¿Ve lo que ha hecho? —susurró Hardy mientras entraban en el despacho—. Ha vuelto a provocar un conflicto.

—Usted lo empezó..., ¡usted y su rana!

—Siéntense, caballeros —el decano les indicó dos butacas—. Pónganse cómodos. Lamento molestarles, teniendo en cuenta lo ocupados que andan, pero me gustaría hablar con ustedes. ¿Puedo preguntar cuál es el motivo de su nueva discusión?

—Zenón —murmuró Grote.

—¿Zenón?

—La paradoja de la rana y el pozo.

—Entiendo —asintió el decano—, entiendo. La rana y el pozo. Un tópico que tiene dos mil años. Un viejo acertijo. Y ustedes dos, hombres hechos y derechos, discutiendo en medio del vestíbulo como...

—La dificultad —dijo Hardy al cabo de un rato— reside en que el experimento nunca se ha llevado a cabo. La paradoja es una pura abstracción.

—sugiero que ustedes sean los primeros en bajar la rana al pozo para ver qué sucede.

—Sin embargo, la rana no saltará de acuerdo con las condiciones de la paradoja.

—Pues tendrán que obligarla, en definitiva. Les concedo dos semanas para que establezcan las garantías de control y determinen la verdad de este desdichado acertijo. No quiero que continúen pleiteando mes tras mes. Terminen con esto de una vez.

Hardy y Grote permanecieron en silencio.

—Bien, Grote —dijo Hardy por fin—, pongamos manos a la obra.

—Necesitaremos una red —advirtió Grote.

—Una red y un tarro —suspiró Hardy—. Será mejor que empecemos cuanto antes.

La Cámara dé la Rana, como pronto se la denominó, se convirtió en un proyecto importante. La universidad cedió gran parte del sótano. Grote y Hardy empezaron a trabajar en seguida, bajando aparatos y material. La noticia se propagó con gran rapidez, hasta llegar a oídos de todo el mundo. La mayoría de los profesores de ciencias respaldaron a Hardy; fundaron el Club del Fracaso y auguraron que los esfuerzos de la rana no servirían para nada. En los departamentos de arte y filosofía se produjo un movimiento favorable a crear el Club del Éxito, sin ulteriores resultados.

Grote y Hardy trabajaban febrilmente en el proyecto. A medida que pasaba el tiempo, se ausentaban cada día más de las clases. La Cámara creció y adquirió empaque; de hecho, recordaba bastante a un tramo de alcantarilla que abarcaba todo el largo del sótano. Un extremo se hundía en una confusión de cables y tubos; en el otro había una puerta.

Un día que Grote bajó encontró a Hardy mirando en el interior de la tubería.

—Escuche —barbotó Grote—, acordamos que no tocaríamos nada sin que el otro estuviera presente.

—Estaba echando una ojeada. Está oscuro ahí adentro. —Hardy rió entre dientes—. Ojalá la rana pueda ver.

—Bueno, sólo hay una forma de saberlo.

Hardy encendió su pipa.

—¿Qué le parece si hacemos un ensayo previo con una rana? Ardo en deseos de ver qué ocurre.

—Es demasiado pronto. —Grote observó con nerviosismo como Hardy cogía el tarro—. ¿No podríamos esperar un poco?

—No se atreve a enfrentarse con la realidad, ¿eh? Écheme una mano.

Alguien tamborileó con los dedos en la puerta. Ambos levantaron la vista. Pitner estaba parado en el umbral, examinando con curiosidad la alargada Cámara de la Rana.

—¿Qué quiere? —preguntó Hardy—. Estamos muy ocupados.

—¿Van a hacer una prueba? —Pitner entró en la sala—. ¿Para qué sirven todas esas bobinas y relés?

—Es muy sencillo —se envaneció Grote—. Se trata de algo que he inventado yo. Este extremo…

—Yo se lo enseñaré —interrumpió Hardy—. Usted sólo logrará confundirle. En efecto, íbamos a ensayar con una primera rana. Quédese si quiere, muchacho —abrió el tarro y sacó una rana húmeda—. Como puede ver, la tubería tiene una entrada y una salida. La rana se coloca en la entrada. Mire por la tubería, joven, adelante.

Pitner obedeció y vio un largo y negro túnel.

—¿Para qué son las marcas?

—Para medir. Grote, conecte.

La maquinaria se puso en funcionamiento con un suave zumbido. Hardy cogió la rana y la introdujo en la tubería; después cerró y aseguró la puerta de metal.

—De esta manera la rana no volverá a salir por este extremo.

—¿De qué tamaño esperaba que fuera la rana? —preguntó Pitner—. Hay espacio de sobra para un hombre.

—Ahora observe. —Hardy subió la espita del gas—. Este extremo de la tubería se calienta. El calor hace que la rana avance. Miraremos por la vidriera.

La rana estaba sentada en una protuberancia, mirando tristemente hacia el frente.

—Salta, estúpida rana —dijo Hardy.

Dio más gas.

—¡No tanto, maniático! —gritó Grote—. ¿Quiere achicharrarla?

—¡Miren! —exclamó Pitner—. ¡Se mueve!

La rana saltó.

—El calor se propaga a través del conducto —explicó Hardy—. La rana ha de saltar para mantenerse alejada. Observen.

De repente, Pitner dio un respingo.

—Dios mío, Hardy. La rana se ha encogido a la mitad de su tamaño.

—He ahí el milagro —anunció Hardy—. En el otro extremo de la tubería hay un campo de fuerza. El calor impulsa a la rana en su dirección. El efecto del campo consiste en reducir el tejido del animal a medida que se aproxima. Cuanto más avanza la rana, más pequeña se hace.

—¿Por qué?

—Es el único modo de disminuir la longitud del salto. Cuando la rana salta disminuye de tamaño; por tanto, cada salto es más corto. Lo pensamos así para ajustarnos en lo posible a la paradoja de Zenón.

—Pero ¿cuando se detendrá?

—Ésa es la cuestión que nos intriga —dijo Hardy—. En el extremo de la tubería hay un haz de fotones que la rana debe atravesar, si es que llega. Si lo hace, neutralizará el campo.

—Lo alcanzará —murmuró Grote.

—No. Se hará cada vez más pequeña, y saltará cada vez menos. Desde su perspectiva, la tubería se alargará hasta el infinito. Nunca llegará al otro lado.

Ambos se miraron de reojo.

—No esté tan seguro —dijo Grote.

Volvieron a su puesto de observación. La rana había avanzado bastante. Ya era casi invisible, un punto diminuto no más grande que una mosca, apenas discernible. Empequeñeció. Se redujo al tamaño de la punta de un alfiler. Desapareció.

—Santo Dios —resolló Pitner.

—Pitner, váyase. —Hardy se frotó las manos—. Grote y yo tenemos que hablar.

Cerró la puerta con llave cuando el chico se fue.

—Muy bien —dijo Grote —: usted diseñó esta tubería. ¿Qué le ha pasado a la rana?

—Bueno, continúa dando saltos en un mundo subatómico.

—Es usted un farsante. Algo le ha pasado a la rana en el interior de esa tubería.

—Bien —replicó Hardy—, si eso es lo que piensa. tal vez deberla inspeccionarla personalmente.

—Ya lo creo que lo haré. Es posible que encuentre... una trampilla.

—Como guste —rió Hardy.

Cortó el gas y abrió la gigantesca puerta metálica.

—Déme la linterna —pidió Grote. Hardy se la tendió. Grote se internó en la tubería con un gruñido. Su voz resonó en las paredes—. No quiero trucos.

Hardy le vio desaparecer. Se inclinó y miró hacia el extremo de la tubería. Grote había recorrido la mitad del camino; jadeaba y caminaba con dificultades.

—¿Qué ocurre? —preguntó Hardy.

—Demasiado estrecho...

—¿Cómo? —la sonrisa de Hardy se hizo más amplia. Se quitó la pipa de la boca y la posó sobre la mesa—. Bien, tal vez pueda ayudarle.

Cerró la puerta de metal con un golpe seco. Corrió hacia el otro extremo del tubo y pulsó los interruptores. Los tubos se encendieron y los relés se conectaron. Hardy se cruzó de brazos.

—Empieza a saltar, querida rana. Salta, por lo que más quieras.

Abrió la espita del gas.

Estaba muy oscuro. Grote estuvo mucho tiempo sin moverse. Rápidos pensamientos cruzaban por su mente. ¿Qué le pasaba a Hardy? ¿Qué tramaba? Por fin se apoyó en los codos y su cabeza golpeó contra la parte superior de la tubería.

Empezaba a hacer calor.

—¡Hardy! —su voz, aguda y presa del pánico, le ensordeció—. Abra la puerta. ¿Qué ocurre?

Trató de darse la vuelta para llegar a la puerta, pero no lo consiguió. La única alternativa era seguir adelante. Empezó a reptar, murmurando para sí.

—Espere y verá, Hardy. Usted y sus bromitas. No sé lo que espera...

De repente, la tubería se ensanchó. Cayó y se golpeó la barbilla contra el metal. Parpadeó. En efecto, la tubería era más grande; había sitio de sobra. ¡Sus vestidos! La camisa y los pantalones caían como una tienda de campaña a su alrededor.

—Oh, cielos —musitó Grote.

Se puso de rodillas y dio la vuelta, arrastrándose hacia la puerta por la que había entrado. La empujó, sin éxito. Era demasiado grande para forzarla.

Descansó durante un rato. Cuando el piso de metal se calentó en exceso reptó a regañadientes hasta un lugar más fresco. Se enroscó sobre sí mismo y trató de acostumbrarse a la oscuridad.

—¿Qué voy a hacer? —gimió.

No tardó en recobrar los ánimos.

—He de pensar con lógica. He entrado en el campo de fuerza una vez, por lo que me he reducido a la mitad de tamaño. Debo medir unos noventa centímetros, lo que duplica la longitud de la tubería.

Sacó la linterna y un trozo de papel de su inmenso bolsillo y trazó algunas cifras. Le resultaba muy difícil manejar la linterna.

El suelo volvió a calentarse. Se movió automáticamente para alejarse del calor.

—Si permanezco aquí el tiempo suficiente —murmuró—, tal vez podría...

La tubería se ensanchó en todas direcciones. Se encontró flotando en un océano de tela áspera, medio ahogado. Tras denodados esfuerzos, se liberó de la presa.

—Cuarenta y cinco centímetros. No puedo seguir avanzando.

Pero lo hizo en cuanto el suelo se calentó.

—Veintidós centímetros y medio —el sudor le resbalaba por la cara—. Veintidós centímetros y medio.

Miró al frente. A lo lejos se veía un punto de luz, el haz de fotones que representaba la salvación. ¡Si pudiera llegar hasta él!

Repasó sus cálculos una y otra vez.

—Bien, espero no haberme equivocado. Tendría que llegar al chorro de luz en nueve horas y treinta y minutos sin parar de andar —respiró hondo y se cargó la linterna al hombro.

—Sin embargo —murmuró—, seré muy pequeño en ese momento... —alzó la barbilla y empezó a caminar.

—Dígale a la clase lo que vio esta mañana —indicó el profesor Hardy a Pitner.

Todo el mundo se volvió a mirarle. Pitner vaciló.

—Bien, bajé al sótano. El profesor Grote me pidió que fuera a verla Cámara de la Rana. Iban a hacer un experimento.

—¿A qué experimento se refiere?

—El de Zenón —explicó nerviosamente—. La rana. Puso la rana en la tubería y cerró la puerta. Luego, el profesor Grote la conectó.

—¿Qué ocurrió?

—La rana empezó a saltar. Se hizo más pequeña.

—Dice que se hizo más pequeña... ¿Y luego?

—Desapareció.

El profesor Hardy se arrellanó en su silla.

—Por lo tanto, la rana no llegó al final de la tubería, ¿verdad?

—No.

—Eso es todo —un murmullo se elevó de la clase—. Como han oído, la rana no llegó al final de la tubería, como esperaba mi colega, el profesor Grote. Nunca llegará al final. Es una pena; nunca volveremos a ver a esa infortunada rana.

Hubo un clamor general. Hardy golpeó la mesa con el lápiz. Encendió la pipa, expulsó una bocanada de humo y se reclinó en la silla.

—Este experimento ha sido una revelación para el pobre Grote. Ha sufrido un trastorno considerable. Como ya habrán notado, no ha acudido a sus clases de la tarde. Tengo entendido que el profesor Grote ha decidido tomarse unas largas vacaciones en las montañas. Tal vez cuando haya tenido tiempo de descansar, divertirse y olvidar...

Grote dio un respingo, pero siguió caminando.

«No te asustes —se dijo—. Continúa.»

La tubería fluctuó de nuevo, y él se encogió. La linterna se estrelló contra el suelo y se apagó. Estaba solo en la enorme caverna, el inmenso vacío que parecía no tener fin.

Siguió caminando.

El cansancio le asaltó al cabo de un tiempo. No era la primera vez.

—Un descanso no me hará ningún daño. —se sentó. El suelo era duro y desigual—. Según mis cálculos necesitaré dos días, o más. Quizá un poco más...

Descansó y dormitó un poco. Luego se puso en camino de nuevo. Ya no le asustaban las repentinas fluctuaciones de la tubería; se había acostumbrado a ellas. Tarde o temprano atravesaría el haz de fotones. El campo de fuerza cesaría y recuperaría su tamaño normal. Grote sonrió. Qué sorpresa se llevaría Hardy...

Tropezó y cayó de cabeza en la negrura que le rodeaba. Empezó a temblar, asustado. Se puso de pie y miró a su alrededor.

¿Cuál era el camino correcto?

—Dios mío —dijo.

Se agachó y tanteó el suelo. ¿Cuál era el camino correcto? Pasó el tiempo. Probó de caminar en varias direcciones diferentes. No veta nada, nada en absoluto.

Empezó a correr al azar, resbalando y cayendo. De súbito, se encogió. Aquella sensación familiar le hizo suspirar de alivio. ¡Se desplazaba en la dirección correcta! Volvió a correr, intentando mantener la calma. No le preocupó encoger una vez más; no tenía pérdida. Corrió hacia adelante.

El suelo se hacía cada vez más abrupto. No tuvo otro remedio que detenerse, so pena de lastimarse con las rocas. ¿No habían pulido la tubería? ¿Funcionaría mal la máquina lijadora...?

—Claro —murmuró—. Incluso la superficie de una navaja de afeitar... si uno es pequeño...

Se abrió paso con grandes dificultades. Una débil luz se desprendía de las piedras, de su propio cuerpo. ¿Qué podía ser? Se miró las manos. Brillaban en la oscuridad.

—Calor... Claro. Gracias, Hardy. —Saltó de piedra en piedra, guiado por el resplandor. Cruzaba una interminable llanura pedregosa, y saltaba como una cabra de risco en risco —«O como una rana», se dijo.

De vez en cuando se detenía a recuperar el aliento. ¿Cuánto tiempo resistiría? El tamaño de los bloques de mineral amontonados era enorme. Un súbito pensamiento le aterrorizó.

—Quizá me equivoqué —dijo.

Trepó a la cumbre de un risco y se deslizó cuesta abajo. El abismo que encontró a continuación era todavía más hondo, y lo salvó a duras penas.

Subió y bajó incesantemente, hasta olvidar el número de veces.

Se mantuvo en equilibrio sobre el borde de una roca y saltó.

Cayó hacia la hendidura, hacia la tenue luz. No había fondo. Era una caída sin fin.

El profesor Grote cerró los ojos. Una gran paz se apoderó de su cuerpo extenuado.

—se acabaron los saltos —murmuró a medida que se hundía en las profundidades—. Hay una ley que afecta a los cuerpos que caen... Cuanto más pequeño es el cuerpo, menor es el efecto de la gravedad. Por eso los insectos caen con tanta ligereza... Algunas características...

Cerró los ojos y se entregó a la oscuridad.

—Por eso —dijo el profesor Hardy—, esperamos que este experimento pasará a la historia de la ciencia como...

Se interrumpió y frunció el ceño. La clase estaba mirando hacia la puerta. Algunos de los estudiantes sonreían, y uno empezó a reír. Hardy volvió la cabeza para ver qué sucedía.

—Fantasmas de Charles Fort —dijo.

Una rana entró saltando en el aula.

—Profesor —exclamó Pitner, muy excitado. —Esto confirma la teoría en la que he estado trabajando. La rana se redujo tanto de tamaño que pasó entre los espacios...

—¿Qué dice? —estalló Hardy—. Ésta es otra rana.

—...entre los espacios que hay entre las moléculas que forman el suelo de la Cámara de la Rana. La rana cayó lentamente hacia el suelo, puesto que sufría menos los efectos de la ley de la aceleración. Y una vez fuera del campo de fuerza, recobró su tamaño anterior.

Pitner contempló con orgullo la rana que avanzaba a saltos por la clase.

—Creo que... —empezó el profesor Hardy. Se sentó ante su mesa, aturdido. En ese momento sonó la campana, y los alumnos empezaron a recoger sus papeles y libros. El profesor Hardy se quedó solo... con la rana—. No puede ser —murmuró—. El mundo está lleno de ranas. No puede ser la misma.

Un estudiante se acercó a su mesa.

—Profesor Hardy...

Hardy levantó la vista.

—Sí, ¿qué desea?

—Hay un hombre en el vestíbulo que quiere verle. Parece un poco trastornado; va envuelto en una manta.

—Muy bien —suspiró Hardy, levantándose.

Se detuvo en la puerta para tomar aliento, apretó los dientes y salió al vestíbulo.

Allí le esperaba Grote, envuelto en una manta de lana roja, con el rostro encendido de excitación. Hardy le miró con aire de culpabilidad.

—¡Aún no lo sabemos! —gritó Grote.

—¿Cómo? Escuche, Grote...

—Aún no sabemos si la rana habría alcanzado el final de la tubería. Tanto ella como yo nos deslizamos entre las moléculas. Hay que buscar otra forma de probar la paradoja. La Cámara no sirve.

—Sí, es cierto. Oiga, Grote...

—Hablaremos más tarde. He de ir a mis clases. Le llamaré esta noche.

Grote se alejó por el pasillo sujetando su manta.

LA CRIPTA DE CRISTAL

—¡Atención, nave de Vuelo Interior! ¡Atención! ¡Aterricen de inmediato en la estación de control de Deimos para una inspección! ¡Atención! ¡Deben aterrizar cuanto antes!

El chirrido metálico del altavoz se propagó a través de los pasillos de la gran nave. Los pasajeros se miraron entre sí, inquietos, murmuraron por lo bajo y miraron por las ventanillas el punto brillante que se divisaba enfrente, apenas una roca pelada, la estación de control marciana Deimos.

—¿Qué pasa? —preguntó un nervioso pasajero a uno de los pilotos, que corría a comprobar la puerta de emergencia.

—Hemos de aterrizar. Continúen sentados —respondió el piloto.

—¿Aterrizar? Pero ¿por qué? —se preguntaron los pasajeros.

Tres esbeltos cazas marcianos, dispuestos para entrar en acción, sobrevolaban la enorme nave de Vuelo Interior, a la que siguieron desde cerca cuando descendió para tomar tierra.

—Algo pasa —comentó una mujer—. Señor, pensé que por fin nos íbamos a librar de esos marcianos. ¿Qué pasará ahora?

—No les culpo por echarnos una última ojeada —dijo un corpulento hombre de negocios a su compañero—. Al fin y al cabo, ésta es la última nave que hace el trayecto Marte-Tierra. Tuvimos mucha suerte de que nos dejaran marchar.

—¿Cree que habrá guerra? —preguntó un joven a la muchacha sentada junto a él—. Los marcianos no se atreverán a competir con nuestra industria bélica. Podríamos aniquilarles en un mes. Pura palabrería.

—No esté tan seguro —replicó la chica—. Marte está al borde de la desesperación. Lucharán con uñas y dientes. He vivido en Marte tres años — se encogió de hombros—. Gracias a Dios que me voy. Si...

—¡Preparados para aterrizar! —gritó el piloto por el micrófono.

La nave descendió hacia el diminuto campo de aterrizaje del satélite, apenas visitado. Hubo un crujido y una sacudida. Después, silencio.

—Hemos aterrizado —anunció el hombre de negocios—. ¡Será mejor que no se propasen con nosotros! La Tierra les borraría del mapa si vulneraran un solo Artículo del Espacio.

—Por favor, continúen sentados —pidió el piloto—. Nadie debe abandonar la nave, por expreso deseo de las autoridades marcianas. Hemos de quedarnos aquí.

Un movimiento de inquietud recorrió la nave. Algunos pasajeros empezaron a leer sin demasiada convicción; otros, más nerviosos, se contentaron con escudriñar la pista desierta y contemplar el aterrizaje de los tres cazas, de los que surgió un tropel de hombres armados.

Los soldados marcianos atravesaron corriendo el campo en dirección a la nave.

La nave espacial de Vuelo Interior era el último buque de pasajeros que abandonaba Marte con destino a la Tierra. Todos los demás habían partido antes de que se desencadenaran las hostilidades. Los pasajeros, hombres de negocios, expatriados, turistas y los otros terrestres que no habían regresado al hogar, constituían el último grupo en marchar del tétrico planeta rojo.

—¿Qué querrán ahora? —preguntó el joven a la chica—. Es difícil adivinar sus pensamientos, ¿verdad? Primero nos permiten despegar, y luego ordenan que volvamos. A propósito, me llamo Thatcher, Bob Thatcher. Ya que vamos a estar juntos un cierto tiempo...

La puerta se abrió, interrumpiendo bruscamente las conversaciones. Un oficial marciano de coraza negra, un comisario provincial, se recortó contra el pálido sol, seguido de varios soldados con los fusiles preparados.

—No tardaremos mucho —dijo el comisario—. Seguirán viaje en breves minutos.

Un audible suspiro de alivio se escapó de los pasajeros.

—Vaya tipo —susurró la muchacha a Thatcher—. ¡Cómo odio esos uniformes negros!

—No es más que un comisario provincial —la tranquilizó Thatcher—. No se preocupe.

El comisario, con los brazos en jarras, miró a los pasajeros con rostro inexpresivo.

—He ordenado que su nave aterrizara para proceder a una inspección de todas las personas que se encuentran a bordo. Son ustedes los últimos terrestres que salen de nuestro planeta. La mayoría son inofensivos, gente corriente... No me interesan. Me interesa localizar a tres saboteadores, tres terrestres, dos hombres y una mujer, que han llevado a cabo un acto increíble de destrucción y violencia. Sabemos que han embarcado en esta nave.

Murmullos de sorpresa e indignación surgieron de todos lados. El comisario ordenó a sus soldados que se desplegaran por el pasillo.

—Una ciudad marciana fue destruida hace dos horas. Lo único que queda es un gigantesco hoyo en la arena. La ciudad y sus habitantes han desaparecido por completo. ¡Toda una ciudad destruida en un segundo! Marte no descansará hasta que los saboteadores sean capturados, y sabemos que están a bordo de esta nave.

—Es imposible —dijo el hombre de negocios—. Aquí no hay saboteadores.

—Empezaremos con usted —replicó el comisario, y se situó junto al asiento del que había hablado. Uno de los soldados le pasó una caja cuadrada de metal—. Esto nos confirmará si dice la verdad. Póngase en pie.

El hombre, indeciso, se levantó lentamente.

—Escuche...

—¿Está involucrado en la destrucción de la ciudad? ¡Conteste!

—No sé nada de ninguna destrucción —respondió el hombre, encolerizado—. Y además...

—Está diciendo la verdad —sentenció la caja de metal.

—El siguiente.

El comisario avanzó por el pasillo. Un hombre calvo y delgado se puso de pie con muestras de nerviosismo.

—No, señor, no sé ni una palabra.

—Está diciendo la verdad —afirmó la caja.

—¡El siguiente! ¡Levántese!

Uno tras otro, los pasajeros pasaron la prueba y volvieron a sentarse. Sólo quedaban unos cuantos sin haber sido interrogados. El comisario se detuvo y los examinó durante largo rato.

—Sólo quedan cinco, de los que tres son los culpables. Estamos estrechando el cerco. —Se llevó la mano al cinturón y extrajo una vara que brillaba débilmente. La apuntó en dirección a las cinco personas—. Muy bien, el primero de ustedes. ¿Está involucrado en la destrucción de nuestra ciudad?

—No, en absoluto —murmuró el hombre..

—Sí, está diciendo la verdad —canturreó la caja.

—¡El siguiente!

—Nada... no sé nada. No tuve nada que ver con ello.

—Cierto —dijo la caja.

Un pesado silencio cayó sobre la nave. Quedaban tres personas, un hombre de mediana edad, su esposa y su hijo, un chico de unos doce años. Aguardaban de pie en una esquina, mirando con la faz demudado al comisario y a la varilla que sujetaban sus dedos oscuros.

—Deben ser ustedes —graznó el comisario. Los soldados alzaron sus fusiles—. Deben ser ustedes. Tú, el chico. ¿Qué sabes de la destrucción de nuestra ciudad? ¡Contesta!

—Nada —musitó el chico.

—Está diciendo la verdad —asintió la caja después de unos momentos de silencio.

—¡El siguiente!

—Nada —murmuró la mujer—. Nada.

—Es cierto.

—¡El siguiente!

—No tuve nada que ver con la destrucción de su ciudad —dijo hombre—. Pierden el tiempo.

—Es la verdad —confirmó la caja.

El comisario jugueteó con su varilla unos instantes. Luego la devolvió al cinturón e hizo una seña a los soldados para que se dirigieran hacia la puerta de salida.

—Pueden continuar el viaje. —Siguió a los soldados, pero al llegar a la puerta se volvió y contempló a los pasajeros con rostro sombrío—. Pueden continuar..., pero Marte no permitirá que sus enemigos huyan. Les prometo que los tres saboteadores serán capturados —se frotó la barbilla con aire pensativo—. Es extraño... Estaba seguro de que se hallaban a bordo.

Volvió a examinar a los terrestres.

—Quizá me equivoqué. Está bien, sigan adelante, pero recuerden: los tres serán capturados, aunque nos cueste muchos años. ¡Marte los detendrá y castigará! ¡Lo juro!

Nadie habló durante un largo rato. La nave surcó el espacio con su carga de pasajeros que volvían a su planeta, a sus casas. Deimos y la bola roja de Marte quedaron atrás, desaparecieron y se desvanecieron en la distancia.

Un suspiro de alivio se escapó de los pasajeros.

—Qué modales —gruñó uno.

—¡Bárbaros! —exclamó una mujer.

Algunos se levantaron para ir al comedor y al bar. La chica sentada junto a Thatcher se levantó y se puso la chaqueta sobre los hombros.

—Perdón —dijo al pasar frente a él.

—¿Va al bar? —preguntó Thatcher—. ¿Me permite que la acompañe?.

—Por supuesto.

Recorrieron el pasillo hasta llegar al salón.

—Aún no me ha dicho su nombre.

—Me llamo Mara Gordon.

—¿Mara? Bonito nombre. ¿De qué parte de la Tierra es usted? ¿Estados Unidos? ¿Nueva York?

—He estado en Nueva York; una ciudad encantadora.

Mara era esbelta y hermosa. Una nube de cabello castaño se derramaba sobre su cuello y la chaqueta.

Entraron en el salón y vacilaron un instante.

—Sentémonos en una mesa —dijo Mara al observar que la mayoría de clientes eran hombres—. Allí.

—Ya está ocupada —señaló Thatcher. El corpulento hombre de negocios se había sentado a la mesa y depositado su maletín en el suelo—. ¿Quiere sentarse con él?

—Oh, no me importa. —Mara avanzó hacia la mesa—. ¿Podemos sentarnos con usted?

—Con mucho gusto —respondió el hombre. Examinó con curiosidad a Thatcher—.Sin embargo, un amigo mío vendrá en seguida.

—Creo que hay sitio para todos —dijo Mara.

Se sentó y Thatcher le acercó la silla. Cuando tomó asiento le pareció sorprender una mirada de complicidad entre Mara y el hombre. Éste era de mediana edad, rostro encarnado y cansado y ojos grises. Las venas se destacaban nítidamente bajo la piel de las manos, que en ese momento tamborileaban sobre la mesa.

—Me llamo Thatcher, Bob Thatcher. Puesto que vamos a pasar el resto del viaje juntos, más vale que nos presentemos.

—¿Por qué no? —el hombre le estrechó la mano mientras seguía examinándole—. Me llamo Erickson, Ralf Erickson.

—¿Erickson? —Thatcher sonrió—. Tiene aspecto de dedicarse a los negocios —señaló el maletín posado en el suelo—. ¿Me equivoco?

El hombre llamado Erickson fue a replicar, pero en ese instante otro individuo de unos treinta años llegó junto a ellos, con los ojos resplandecientes, y les dedicó una cálida sonrisa.

—Bueno, todo va bien —le dijo a Erickson. —Hola, Mara. —Cogió una silla, se sentó y cruzó las manos sobre la mesa. Al reparar en la presencia de Thatcher se echó un poco hacia atrás—. Le ruego que me disculpe.

—Me llamo Bob Thatcher. Espero no molestarles. —Miró de una en una a las tres personas: Mara, que no apartaba los ojos de él, Erickson, inexpresivo, y el último en llegar—. Ya se conocían, ¿verdad.

Hubo un silencio.

El camarero robot se acercó silenciosamente, dispuesto a atender sus peticiones. Erickson recobró la presencia de ánimo.

—A ver, ¿qué vamos a tomar? ¿Mara?

—Un whisky con agua.

—¿Tú, Jan?

—Lo mismo.

—¿Thatcher?

—Un gin tonic.

—Yo también tomaré whisky con agua —dijo Erickson. El camarero robot se marchó. Volvió en seguida con las bebidas, que colocó sobre la mesa. Cada uno tomó la suya—. Bien, por nuestro mutuo éxito —brindó con el vaso en alto.

Todos bebieron; Thatcher, el corpulento Erickson, Mara, nerviosa e inquieta, y Jan, el recién llegado. Erickson y Mara intercambiaron una mirada tan rápida que Thatcher no la hubiera captado de estar distraído.

—¿A qué rama de los negocios se dedica, señor Erickson? —preguntó Thatcher.

Erickson bajó la vista hacia el maletín posado en el suelo y carraspeó.

—Bueno, como ve, soy un viajante.

—¡Lo sabía! —sonrió Thatcher—. Es fácil reconocer a un viajante por su maletín de muestras. Un viajante siempre lleva algo consigo para enseñar. ¿Cuál es su especialidad?

Erickson tardó en contestar. Se lamió los labios; tenía los ojos saltones y fríos como los de un sapo. Por fin se secó la boca con la mano y se agachó para levantar el maletín, que depositó sobre la mesa.

—Bueno, creo que tal vez deberíamos enseñárselo al señor Thatcher.

Todos miraron el maletín de muestras. Parecía un maletín de piel normal, con asa metálica y dos cerraduras.

—Me está entrando la curiosidad —comentó Thatcher—. ¿Qué hay dentro? ¿Diamantes, joyas robadas? Están los tres tan nerviosos...

Jan emitió una risita forzada y desprovista de alegría.

—Guárdalo, Eric. Aún no estamos lo bastante lejos.

—Tonterías —protestó Eric—. Estamos muy lejos.

—Por favor, Eric —susurró Mara—, espera un poco.

—¿Esperar? ¿Por qué? ¿Para qué? Estás tan acostumbrada a...

—Eric —Mara hizo un gesto con la cabeza en dirección a Thatcher—, le conocemos. Eric, ¡por favor!

—Es un terrestre, ¿no? Todos los terrestres han de mantenerse unidos en estos tiempos —manipuló las cerraduras de la caja—. Pues sí, señor Thatcher, soy un viajante. Los tres somos viajantes.

—Por tanto, ya se conocían previamente.

—Sí —confirmó Erickson. Sus dos compañeros bajaron la vista, cada vez más tensos—, sí, desde luego. Le voy a enseñar nuestra especialidad.

Abrió la maleta y sacó un abrecartas, una máquina de afilar lápices, un pisapapeles de cristal en forma de globo, una caja de chinchetas, una grapadora, algunos clips, un cenicero de plástico y otros objetos

desconocidos para Thatcher. Colocó los objetos en fila sobre la mesa, y después cerró el maletín.

—Deduzco que se dedica a artículos de oficina —dijo Thatcher. Acarició el abrecartas con un dedo—. Acero de buena calidad, sueco, si no me equivoco.

—Ya ve que mis negocios son humildes —sonrió Erickson—. Artículos de oficina: ceniceros, clips...

—Bueno... —Thatcher se encogió de hombros—. ¿Y por qué no? Son necesarios para el mundo moderno. Lo único que me intriga...

—¿De qué se trata?

—Bueno, me pregunto si encontró bastantes clientes en Marte como para conseguir beneficios —hizo una pausa y examinó el pisapapeles de cristal. Lo sopesó, lo acercó a la luz y miró en su interior hasta que Erickson se lo quitó de la mano y lo guardó en la maleta—. Y otra cosa. Si los tres ya se conocían, ¿por qué se sentaron separados?

Tres pares de ojos convergieron sobre él.

—¿Y por qué no se hablaron hasta que salimos de Deimos? —se inclinó hacia Erickson y le sonrió—. Dos hombres y una mujer. Ustedes tres. Dispersos por la nave, sin dirigirse la palabra hasta que abandonamos la estación de control. Estoy pensando en lo que dijo el marciano: tres saboteadores; una mujer y dos hombres.

Erickson retornó los objetos al maletín. Sonreía. pero su rostro estaba mortalmente pálido. Mara jugueteaba con una gota de agua suspendida del borde de su vaso. Jan cruzaba y descruzaba las manos. y parpadeaba sin cesar.

—Ustedes son los que perseguía el comisario —prosiguió Thatcher—. Ustedes son los terroristas. los saboteadores, pero... ¿por qué no les descubrió el detector de mentiras? ¿Cómo lo burlaron? Y ahora están a salvo, lejos de la estación de control. —Sonrió entre dientes y miró a sus compañeros de mesa—. ¡Maldita sea! Y pensar que llegué a creer que era un viajante. señor Erickson... Me engañó por completo.

—Bien, señor Thatcher, es una buena causa. Estoy seguro de que usted tampoco ama a Marte, como cualquier terrestre y no ha dudado en marcharse de ese planeta.

—Es verdad —admitió Thatcher—. Tendrán muchas cosas interesantes que contar. Aún nos queda una hora aproximada de viaje. El trayecto Marte-Tierra se hace pesado en ocasiones. Nada que ver, nada que hacer excepto sentarse a beber en el bar. Tal vez podrían contar una historia que nos mantuviera despiertos.

Jan y Mara miraron a Erickson.

—Adelante —dijo Jan—, ya sabe quiénes somos. Cuéntale el resto de la historia.

—Tú también podrías hacerlo —señaló Mara.

—Pongamos las cartas sobre la mesa —suspiró Jan—, quitémonos este peso de encima. Estoy harto de ocultarme, de disimular...

—Claro —se animó Erickson—, ¿por qué no? —se arrellanó en la silla y se desabrochó la chaqueta—. Señor Thatcher, estaré encantado de narrarle una historia, y estoy seguro de que le interesará hasta el punto de impedirle dormir.

Siempre corriendo en silencio, los tres atravesaron bosquecillos de árboles muertos y cruzaron la llanura marciana, calcinada por el sol. Ascendieron

una pequeña elevación y, de pronto, Eric se detuvo y se arrojó al suelo. Los otros le imitaron, jadeando en busca de aliento.

—Permaneced en silencio —murmuró Eric. Levantó un poco la cabeza—. No hagáis ruido. Esto estará plagado de policías. No podemos arriesgarnos.

Una extensión de desierto estéril y yermo, aproximadamente un kilómetro y medio de arena recalentada, separaba a las tres personas agazapadas entre los árboles muertos de la ciudad. No había árboles ni matorrales a la vista. Sólo de vez en cuando un viento seco producía pequeños remolinos en la arena, el mismo viento que transportó hacia ellos un débil aroma a calor y arena.

—Mirad —señaló Eric —: la ciudad. Allí está.

La ciudad estaba cerca, en efecto, más cerca de lo que nunca la habían visto. A los terrestres no se les permitía acercarse a las grandes ciudades marcianas, los centros de la vida marciana. Incluso en tiempos de normalidad, sin la amenaza de una guerra inminente, los marcianos prohibían a los terrestres pisar sus ciudades, en parte por miedo, en parte por un innato sentimiento de hostilidad hacia los visitantes de piel blanca. cuyas hazañas comerciales les habían granjeado el respeto y el disgusto de todo el sistema.

—¿Qué os parece? —preguntó Eric.

La ciudad era grande, mucho más extensa de lo que habían imaginado a juzgar por los grabados y maquetas que habían estudiado con suma atención en Nueva York, en el Ministerio de Defensa: Era enorme, enorme y sobrecogedora; torres negras, columnas increíblemente delgadas de metal antiguo, columnas que habían resistido la acción del viento y del sol durante siglos, se elevaban hacia el cielo. Una muralla de piedra roja, formada por inmensos ladrillos que habían sido cargados y colocados por esclavos de las primeras dinastías marcianas, bajo el yugo de los primeros grandes reyes de Marte, rodeaba la y ciudad.

Una ciudad vieja, requemada por el sol, una ciudad asentada en mitad de una llanura desolada, circundada por bosquecillos de árboles muertos, una ciudad que muy pocos terrestres habían visto..., pero una ciudad estudiada en mapas y planos por todos los ministerios de Defensa de la Tierra. Una ciudad que, a pesar de sus piedras antiguas y sus torres arcaicas, albergaba el máximo órgano dirigente de Marte, el Consejo Supremo de los Principales, hombres de coraza negra que gobernaban y legislaban con mano de hierro.

Los Principales Supremos, doce hombres fanáticos y entregados, sacerdotes negros, pero sacerdotes provistos de varas desintegradoras, detectores de mentiras, naves espaciales y cañones interespaciales, poseían más poder del que el Senado de la Tierra podía imaginar; los Principales Supremos y sus subordinados, los Principales Provinciales...

Eric y sus dos compañeros reprimieron un temblor.

—Hemos de ir con cuidado —repitió Eric—. Pronto pasaremos entre ellos. Si adivinan quiénes somos, o a lo que hemos venido...

Abrió la maleta que llevaba y miró en su interior apenas un segundo. Luego la volvió a cerrar y cogió el asa con firmeza.

—Vamos —se irguió lentamente—. Caminada mi lado. Quiero que hagáis bien vuestro papel.

Mara y Jan avanzaron con decisión. Eric les examinó con ojo crítico mientras los tres descendían por la ladera hasta desembocar en la llanura, rumbo a las torres negras de la ciudad.

—Jan —dijo Eric—, cógela de la mano. Recuerda que es tu prometida, os vais a casar. Los campesinos marcianos cuidan mucho a sus novias.

Jan iba vestido con los pantalones cortos, la chaqueta, la soga atada alrededor de la cintura y el sombrero para protegerse del sol típicos de los granjeros marcianos. Su piel había sido teñida hasta dotarla de un tono broncíneo.

—Tienes buen aspecto —reconoció Eric.

Examinó a Mara. Llevaba el pelo recogido en un moño atravesado por un hueso vaciado de yuk. Su rostro, también oscurecido artificialmente, estaba pintado con pigmentos ceremoniales, bandas verdes y anaranjadas que le cruzaban las mejillas. De sus orejas colgaban pendientes. Calzaba zapatillas de piel de perruh, atadas a los tobillos, y lucía unos pantalones marcianos, largos y transparentes, ceñidos a la cintura por una faja de brillantes colores. Una cadena de cuentas de piedra pendía entre sus pequeños pechos, un amuleto que traería suerte al nuevo matrimonio.

—Estupendo —dijo Eric.

Él, por su parte, llevaba el flotante manto gris de los sacerdotes marcianos, mantos que no se quitaban jamás y con los que eran enterrados cuando morían.

—Creo que conseguiremos burlar a los guardias. Hay mucho tráfico en la carretera.

La arena crujía bajo sus pies. Algunas siluetas se recortaban contra el horizonte, otras personas que iban a la ciudad, granjeros, campesinos y mercaderes que acudían al mercado.

—¡Mira ese carro! —exclamó Mara.

Dos profundos surcos habían quedado grabados en la arena de una estrecha carretera a la que se aproximaban. Un huía marciano tiraba del carro; tenía los flancos cubiertos de sudor y la lengua le colgaba fuera de la boca. El carro iba cargado hasta los topes de fardos de tela áspera y tejida a mano, propia de los campesinos. Un granjero azuzaba al huía.

—Y allí —señaló con el dedo la muchacha, sonriente.

Un grupo de mercaderes marcianos ataviados con largas túnicas cabalgaban a lomos de pequeños animales. Llevaban los rostros cubiertos por máscaras de arena. Cada animal portaba un fardo atado con una soga. Detrás de los mercaderes venía un procesión de granjeros y campesinos que se desplazaban a pie, excepto algunos más afortunados que lo hacían en carro o sobre animales.

Mara, Jan y Eric se mezclaron con los mercaderes. Nadie les prestó la menor atención. La marcha no se alteró. Jan y Mara se colocaron a unos pasos de Eric, sin dirigirse la palabra. Eric caminaba con porte digno, como orgulloso de su privilegiada situación.

Se detuvo en cierto momento y señaló al cielo.

—Mirad —murmuró en el dialecto marciano de las montañas—. ¿Veis eso?

Dos puntos negros daban vueltas en círculos: una nave patrulla marciana que vigilaba cualquier signo de actividades insólitas. Estaba a punto de estallar la guerra con la Tierra, cualquier día, en cualquier momento.

—Llegaremos justo a tiempo —dijo Eric—. Mañana será demasiado tarde. La última nave despegará de Marte.

—Ojalá salga todo bien —dijo Mara—. Quiero volver a casa cuando hayamos acabado.

Pasó media hora. A medida que se acercaban a la ciudad, la muralla se alzaba cada vez más alta, hasta que dio la impresión de tapar el cielo. Era una muralla enorme, una muralla de piedra eterna que había resistido la erosión del viento y del sol durante siglos. Un grupo de soldados marcianos custodiaba la única entrada a la ciudad. Examinaban a cada persona que llegaba, registraban sus vestidos y abrían los fardos.

El nerviosismo de Eric aumentó. La fila casi estaba parada.

—Pronto nos tocará —murmuró—. Preparaos.

—Esperemos que no haya Principales —dijo Jan—. Prefiero los soldados.

Mara contemplaba la muralla y las torres que trepaban hacia el cielo. La tierra tembló y vibró bajo sus pies. Vio lenguas de fuego surgir de las torres, provenientes de las fábricas y forjas subterráneas. El aire, espeso y denso, transportaba partículas de hollín. Mara se tapó la boca y tosió.

—Allá vamos —susurró Eric.

Los mercaderes ya habían obtenido permiso para traspasar la puerta de madera oscura que daba acceso a la ciudad. Tanto ellos como sus silenciosos animales habían desaparecido. El oficial que mandaba a los soldados hizo gestos impacientes a Eric para que se apresurara.

—¡Vamos! ¡Dése prisa, viejo!

Eric avanzó con parsimonia, con la cabeza gacha y los brazos colgando a lo largo del cuerpo.

—¿Quién es y a qué viene? —preguntó el soldado con los brazos en jarras y la pistola al cinto.

La mayoría de los soldados paseaban sin hacer nada, se apoyaban en la muralla o descansaban tirados en el suelo. Algunas moscas zumbaban sobre el rostro de uno que se había quedado dormido con el fusil al lado.

—¿A qué vengo? —murmuró Eric—. Soy el sacerdote de un pueblo.

—¿Por qué quiere entrar en la ciudad?

—Acompaño a estas personas al magistrado para que contraigan matrimonio —indicó con un gesto a Mara y Jan, que se mantenían a cierta distancia—. Cumplimos la ley de los Principales.

El soldado rió y caminó en torno a Eric.

—¿Qué lleva en esa bolsa?

—Ropa para pasar la noche.

—¿De qué pueblo proceden?

—De Kranos.

—¿Kranos? —el soldado desvió la vista hacia uno de sus compañeros—. ¿Te suena Kranos?

—Una verdadera pocilga. Estuve una vez que fui a cazar.

El jefe de los soldados ordenó a Jan y a Mara que se aproximaran.

Avanzaron con timidez, cogidos de las manos. Uno de los soldados cogió a Mara por su hombro desnudo y la obligó a girarse.

—Vaya novia más guapa que te has echado. Tiene una bonita figura — guiñó un ojo y rió lascivamente.

Jan le miró con rencor. Los soldados estallaron en carcajadas.

—Está bien —dijo el jefe a Eric—. Podéis pasar.

Eric sacó una bolsa y entregó una moneda al soldado. Después, los tres se introdujeron en el largo túnel que era la entrada, atravesaron la muralla de piedra y desembocaron en la ciudad.

¡Habían penetrado en la ciudad!

—Démonos prisa —susurró Eric.

La ciudad crujía y retemblaba con el sonido de un millar de máquinas que estremecían las piedras que pisaban. Eric condujo a Jan y a Mara hacia una esquina, junto a una fila de almacenes. La calle bullía de gente que se desplazaba en todas direcciones y elevaba la voz sobre el estrépito ambiental, buhoneros, mercaderes, soldados y prostitutas. Eric se agachó y abrió la maleta que llevaba. Sacó tres rollos de metal muy fino, un laberinto de alambres y paletas ensamblados en un pequeño cono. Se los repartieron entre los tres, y después Eric cerró la maleta.

—Recordad que hay que enterrar los rollos de manera que el cabo apunte al centro de la ciudad. Debemos trisectar la parte en la que hay mayor concentración de edificios. ¡Recordad los mapas! Id con cuidado en calles y pasajes. Procurad no hablar con nadie. Tenéis el suficiente dinero marciano para solventar cualquier eventualidad. Atención a los rateros y, por el amor de Dios, no os perdáis.

Eric se interrumpió de súbito. Dos Principales hicieron acto de aparición por la puerta de entrada a la muralla, con las manos unidas a la espalda. Al reparar en el grupo de tres personas que cuchicheaban junto a los almacenes se detuvieron.

—Iros —murmuró Eric—, y volved aquí al anochecer... —sonrió lúgubremente—... o no volváis.

Cada uno se fue por su lado sin mirar atrás. Los Principales les vieron marchar.

—La novia era bonita —comentó uno de ellos—. Esa gente conserva la nobleza de los viejos tiempos en la sangre.

—Ese joven campesino es muy afortunado —respondió el otro.

Siguieron su camino. Eric, aún con la sonrisa en los labios, se mezcló con la multitud que abarrotaba las calles de la ciudad.

Se reunieron fuera de la muralla al ponerse el sol. El aire era fresco y enrarecido, cortante como un cuchillo.

Mara se frotó los brazos desnudos y buscó protección en los brazos de Jan.

—¿Y bien? —preguntó Eric—. ¿Lo conseguisteis?

Campesinos y mercaderes salían en oleadas por la puerta, rumbo sus granjas y pueblos, dispuestos a emprender el largo viaje que, atravesando la llanura, les conduciría a las montañas. Nadie prestaba atención a la joven aterida de frío y a los dos hombres parados junto a la muralla.

—He colocado el mío en la otra parte de la ciudad, enterrado cerca de un pozo —informó Jan.

—El mío está en la zona industrial —susurró Mara con un castañeteo de dientes—. Jan, cúbreme con algo. ¡Estoy helada!

—Bien —dijo Eric—. Si los planos eran correctos, los tres rollos se cruzarán en el mismísimo centro de la ciudad. —Oteó el cielo, cada vez más oscuro. Empezaban a verse estrellas. Dos patrulleros nocturnos volaban lentamente hacia el horizonte—. Démonos prisa, ya falta poco.

Se unieron a los marcianos que se alejaban de la ciudad, ahora envueltos en las sombras de la noche.

Caminaron en silencio con los campesinos hasta que la tenue fila de árboles muertos se hizo visible en el horizonte. Entonces se desviaron hacia el bosquecillo.

—Casi es la hora —advirtió Eric. Aceleró el paso, impaciente por la lentitud de sus acompañantes—. ¡Vamos!

Tropezando con piedras y ramas muertas a la incierta luz del crepúsculo, treparon a una elevación. Eric se detuvo en lo alto con las manos en jarras y miró atrás.

—Fijaos bien: es la última vez que veremos la ciudad en su estado actual —murmuró.

—¿Puedo descansar un poco? —pidió Mara—. Me duelen los pies.

Jan tiró de la manga a Eric.

—¡De prisa, Eric! No nos queda mucho tiempo. Si todo va bien podremos mirarla... para siempre.

—Pero no así —musitó Eric.

Se agachó y abrió al maleta. Sacó varios tubos y alambres y los ensambló en la cumbre de la colina. Sus hábiles manos dieron forma a una pequeña pirámide de alambre y plástico.

—Ya está —gruñó, poniéndose en pie.

—¿Apunta directamente a la ciudad? —preguntó Mara, expectante.

—Sí, la he colocado de acuerdo a... —se irguió bruscamente—. ¡Vámonos, aprisa! ¡Ya es la hora!

Jan se lanzó colina abajo arrastrando a Mara. Eric les siguió de inmediato, tras dirigir una última mirada a las torres, casi invisibles en la oscuridad.

—¡Al suelo!

Jan y Mara se tendieron abrazados. Eric buscó refugio entre la arena y las ramas muertas.

—Quiero verlo. Será como un milagro. Quiero verlo...

Un relámpago cegador de luz violeta iluminó el cielo. Eric se cubrió los ojos con las manos. El relámpago inundó todo el espacio visible. Un trueno estalló de repente y una oleada de viento cálido le obligó a hundir el rostro en la arena. El viento seco y caliente incendió las ramas. Mara y Jan cerraron los ojos, abrazados estrechamente.

—Dios... —murmuró Eric.

La tormenta cesó. Abrieron los ojos poco a poco. En el cielo enrojecido se había formado una nube resplandeciente que el viento nocturno empezaba a disipar. Eric se reincorporó y ayudó a los otros a ponerse en pie. Contemplaron en silencio la oscura devastación, la llanura ennegrecida.

La ciudad había desaparecido.

—Aún nos queda lo más difícil —dijo Eric—. Échame una mano; Jan. Dentro de poco, esto hervirá de patrulleros.

—Ya veo uno. —Mara señaló un punto centelleante que se desplazaba hacia el lugar de la catástrofe. Su voz tembló de pánico—. Vienen a por nosotros.

—Lo sé.

Eric y Jan se agacharon sobre la pirámide de tubos y plástico, que se había fundido como la mantequilla. De entre los restos Eric extrajo algo que intentó examinar en la oscuridad. Jan y Mara, casi sin aliento, se acercaron a mirar.

—¡Ahí está! —exclamó Eric.

Sostenía en la mano un pequeño globo de cristal transparente. Dentro del cristal se movía algo, algo diminuto y frágil, torres microscópicas casi invisibles, una intrincada telaraña de espirales: una ciudad.

Eric guardó el globo en la maleta y la cerró.

—Vámonos —se adentraron en la arboleda—. Nos cambiaremos en el coche; de momento conservaremos estos vestidos, por si tropezamos con alguien.

—Me alegraré de recuperar mis ropas —dijo Jan—. Me siento extraña con estos pantalones.

—¿Y cómo crees que me siento yo? —jadeó Mara—. Me estoy helando.

—Todas las novias marcianas visten así —dijo Eric. Sujetaba con firmeza la maleta sin dejar de correr—. Note sienta tan mal.

—Gracias —ironizó Mara—, pero hace frío.

—¿Qué pensarán de lo ocurrido? —preguntó Jan—. Creerán que la ciudad ha sido destruida, ¿verdad? Lo que no deja de ser cierto.

—Sí, eso es lo que creerán… ¡y es muy importante que lo crean!

—El coche no debe de andar lejos —indicó Mara, que había aminorado el paso.

—No, aún falta un poco, al otro lado de esa colina, en la cañada cercana a los árboles. Es difícil saber con exactitud dónde estamos.

—¿Enciendo la linterna? —preguntó Mara.

—No, habrá patrullas…

Se detuvo bruscamente. Jan y Mara le imitaron.

—¿Qué…?

Brilló una luz. Algo se movió en la oscuridad. Hubo un sonido.

Una figura surgió de las tinieblas, seguida de otras: soldados uniformados. Una linterna iluminó a Mara y a Jan, que se habían cogido de las manos. Eric cerró los ojos, deslumbrado. La luz dibujó un círculo en el suelo.

Una alta figura de negro avanzó. Era un Principal. Los soldados les apuntaron con sus fusiles.

—Vosotros, ¿quiénes sois? —preguntó el Principal—. No os mováis de donde estáis.

Acercó su rostro inexpresivo al de Eric. Examinó su manto y sus mangas.

—Por favor… —gimió Eric, pero el Principal le interrumpió.

—El que habla soy yo. ¿Quiénes sois? ¿Qué hacéis aquí? Levanta la voz.

—Vamos… vamos de regreso a nuestro pueblo —musitó Eric, la vista baja y las manos entrelazadas—. Estuvimos en la ciudad y volvíamos a casa.

Un soldado habló por un transmisor. Lo cerró y se lo guardó.

—Venid conmigo —ordenó el Principal—. Estáis arrestados. Daos prisa.

—¿Arrestados? ¿Volvemos a la ciudad?

—La ciudad ha desaparecido —rió un soldado—. Todo lo que queda de ella cabe en la palma de una mano.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Mara.

—Nadie lo sabe. ¡Vamos, rápido!

Un soldado se aproximó corriendo.

—Un Principal Supremo viene hacia aquí.

Los soldados adoptaron un aire de atención respetuosa. Unos momentos después, el Principal Supremo, un anciano de rostro duro y demacrado y ojos vivos y alertas, llegó al claro. Su mirada exploró los rostros de Eric y Jan.

—¿Quiénes son ésos? —preguntó.

—Unos pueblerinos que vuelven a su casa.

—No, no lo son. No tienen porte de pueblerinos. Se les ve bien alimentados. No lo son. Procedo de las montañas y sé muy bien lo que digo.

Se plantó frente a Eric y le observó detenidamente.

—¿Quién eres? Fijaos en esa barbilla... ¡nunca se ha afeitado con una piedra afilada! Aquí hay algo que no me gusta.

Una vara luminosa relampagueó en su mano.

—La ciudad ha desaparecido, y con ella al menos la mitad del Consejo Supremo. Fue algo muy extraño: un resplandor, calor, viento. Pero no hubo explosión. Estoy asombrado. La ciudad se desvaneció de repente. Sólo queda una depresión en la arena.

—Les arrestaremos —dijo el otro Principal—. Soldados, rodeadles. Aseguraos de que...

—¡Corred! —gritó Eric. Arrebató de un manotazo la vara al Principal. Hubo un instante de confusión. Los soldados gritaron, encendieron sus linternas y chocaron unos con otros. Eric se arrastró hacia los matorrales sin soltar la maleta. Dio órdenes en el idioma terrestre a Jan y a Mara. —¡Rápido, corred hacia el coche! Y se lanzó pendiente abajo.

Oyó las imprecaciones y caídas de los soldados. Un cuerpo chocó con el suyo, y una parte de la pendiente se incendió al ser alcanzada por un rayo desintegrador. La vara del Principal...

—¡Eric! —gritó Mara desde la oscuridad.

Se precipitó hacia ella, pero resbaló y se golpeó contra una piedra.. Disparos, confusión, el sonido de voces airadas.

—Eric, ¿eres tú? —Jan le ayudó a levantarse—. El coche está allí. ¿Dónde está Mara?

—Estoy aquí, cerca del coche.

Centelleó una luz y un árbol quedó reducido a cenizas. Eric sintió una oleada de calor en la cara. Jan y él corrieron hacia la muchacha. La mano de Mara se aferró a la suya en las tinieblas.

—Vamos al coche, si no lo han cogido —dijo Eric.

Bajaron a la cañada, tanteando en la oscuridad. Eric tocó algo frío y suave, metal, la manecilla metálica de una puerta. Le invadió una sensación de alivio.

—¡Lo he encontrado! Jan, sube. Vamos, Mara —empujó a Jan al interior del vehículo.

Mara no tardó en montar y refugiar su menudo y ágil cuerpo junto al de Jan.

—¡Alto! —gritó una voz desde lo alto—. No os servirá de nada refugiaros en la cañada. ¡Os cogeremos! Subid y...

El motor del coche ahogó el sonido de las voces. Un momento después se elevó hacia el cielo. Eric zigzagueó, arrancando las copas de algunos árboles, para eludir los disparos de los dos furiosos Principales y sus soldados.

Después ganaron altura, dejaron los árboles atrás y surcaron el cielo; a velocidad creciente. Los marcianos se perdieron de vista.

—Vamos al espaciopuerto de Marte, ¿verdad? —preguntó Jan a Eric.

—Sí, pero aterrizaremos algo más lejos, en las colinas. Nos pondremos nuestros trajes habituales, como vulgares terrestres. Maldita sea... tendremos suerte si llegamos a tiempo de subir a la nave.

—La última nave —susurró Mara, todavía sin aliento—. ¿Qué pasará si no llegamos a tiempo?

Eric bajó la vista hacia el maletín que descansaba en su regazo.

—Hay que hacerlo —murmuró—. ¡Debemos hacerlo!

Nadie habló durante un rato. Thatcher miraba fijamente a Erickson, recostado en su silla mientras bebía. Mara y Jan permanecieron en silencio.

—Así que ustedes no destruyeron la ciudad —dijo al fin Thatcher—. No la destruyeron en absoluto. La encogieron y la encerraron en un globo de cristal, en un pisapapeles, y ahora vuelven a ser viajantes que transportan en sus maletines objetos de oficina...

Erickson sonrió. Abrió el maletín y volvió a sacar el pisapapeles de cristal. Lo alzó y miró en su interior.

—Sí, robamos la ciudad de los marcianos, y de esta forma engañamos al detector de mentiras. Era cierto que no sabíamos nada de una ciudad destruida.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué robar una ciudad? ¿No era más sencillo bombardearla?

—Un rescate —dijo con énfasis Mara, con los ojos brillantes de excitación—. Su mayor ciudad, la mitad del Consejo... ¡en manos de Eric!

—Marte tendrá que plegarse a las condiciones que exija la Tierra —explicó Eric—, y renunciar a sus exigencias comerciales. Es posible que evitemos la guerra, que consigamos lo que queremos sin derramar ni una gota de sangre —Eric sonrió y guardó el pisapapeles de cristal en el maletín.

—Una historia muy interesante —admitió Thatcher—, y un procedimiento asombroso: reducir una ciudad, toda una ciudad, a dimensiones microscópicas. Asombroso. No me extraña que escaparan; después de una hazaña semejante, nadie podía detenerles.

Miró el maletín posado en el suelo. Los motores vibraban y ronroneaban mientras la nave proseguía su camino hacia la lejana Tierra.

—Aún falta mucho para llegar —dijo Jan—. Ya ha oído nuestra historia, Thatcher. ¿Por qué no nos cuenta la suya? ¿A qué se dedica? ¿En qué trabaja?

—Sí —se animó Mara—. ¿Qué hace exactamente?

—¿Qué hago? Bueno, si quieren se lo enseñaré —introdujo la mano en su chaqueta y sacó algo.

Un objeto delgado que centelleaba débilmente. Una vara de fuego.

Los tres la miraron, estupefactos.

Thatcher apuntó con toda calma a Erickson.

—Sabíamos que los tres iban a bordo de la nave sin la menor duda, pero ignorábamos lo que le había sucedido a la ciudad. Mi teoría era que la ciudad no había sido destruida. Los instrumentos del Consejo midieron una súbita pérdida de masa en esa zona, una pérdida equivalente a la masa de la ciudad. Llegué a la conclusión de que la ciudad, sido robada de alguna forma inimaginable, pero no destruida. Sin embargo, no logré convencer al Consejo y me vi obligado a perseguirles solo.

Thatcher hizo un gesto a los hombres que estaban sentados en el bar. Se levantaron de inmediato y avanzaron hacia la mesa.

—Me interesa extraordinariamente el procedimiento que han utilizado. Marte obtendrá un gran beneficio de su conocimiento. Incluso es posible que incline la balanza en nuestro favor. Quiero empezar a trabajar en ello nada más regresemos a Puertomarte. Y ahora, si son tan amables de entregarme el maletín...

LA VIDA EFÍMERA Y FELIZ DEL ZAPATO MARRÓN

—Quiero enseñarle algo —dijo el doctor Labyrinth. Del bolsillo de su chaqueta extrajo gravemente una caja de cerillas, que sujetó con firmeza sin apartar la vista de ella—. Va a contemplar algo trascendental para la ciencia moderna. El mundo temblará de arriba abajo.

—Déjeme ver —dije.

Era tarde, pasadas las doce de la noche. La lluvia caía sobre las calles desiertas. Observé al doctor Labyrinth mientras abría la caja con el pulgar. Me acerqué a ver.

La caja estaba vacía, a excepción de un botón de latón, una brizna de hierba seca y lo que parecía una migaja de pan.

—Hace mucho tiempo que se inventaron los botones —dije—. No veo nada especial.

Alargué la mano para coger el botón, pero Labyrinth puso la caja fuera de mi alcance con expresión de furia.

—Esto no es un botón —dijo, y luego prosiguió —: ¡Siga, siga! —acarició el botón con un dedo—. ¡Siga!

—Labyrinth, permita que me explique. Viene usted a mi casa en plena noche, me enseña un botón dentro de una caja de cerillas y…

Labyrinth se hundió en el sofá como si hubiera sufrido una gran decepción. Cerró la caja y la devolvió con resignación al interior de su bolsillo.

—Es inútil intentarlo —suspiró—. He fracasado. El botón no funciona. No queda ninguna esperanza.

—¿Qué tiene de raro? ¿Esperaba otra cosa?

—Tráigame algo —Labyrinth paseó una mirada desconsolada por la habitación—. Tráigame… tráigame vino.

—Muy bien, doctor, pero ya conoce los efectos del vino. —Fui a la cocina y llené dos vasos con jerez. Volví y le ofrecí uno. Estuvimos bebiendo un rato—. Explíqueme algo más.

El doctor posó el vaso sobre la mesa y asintió. Cruzó las piernas y sacó la pipa. Después de encenderla abrió de nuevo la caja para examinar su contenido. Suspiró y la cerró.

—No tiene objeto —dijo—. El Animador nunca funcionará, porque el Principio falla por su base. Me refiero al Principio de la Irritación Suficiente, por supuesto.

—¿Y qué es eso?

—le diré cómo lo descubrí. Un día estaba sentado en la playa sobre una roca. Había sol y el calor era sofocante. Sudaba a mares y me sentía muy incómodo. De pronto, un guijarro saltó y se alejó reptando. El calor del sol le había puesto de mal humor.

—¿De veras? ¿Un guijarro?

—En ese instante comprendí el Principio de Irritación Suficiente: era el origen de la vida. Hace eones, en un pasado remotísimo, algo irritó de tal manera a un fragmento de materia inanimada que, impulsado por la indignación, ésta empezó a moverse. Asumí que la gran tarea de mi vida sería descubrir el perfecto irritante, capaz de hacer cobrar vida a la materia

inanimada, para incorporarlo a una máquina manejable. La máquina, que se encuentra en el asiento posterior de mi coche, recibe el nombre de Animador. Pero no funciona.

Estuvimos callados durante unos minutos. Mi ojos empezaban a cerrarse.

—Oiga, doctor, creo que ya es hora de…

—Tienes razón —dijo el doctor Labyrinth, poniéndose en pie—, ya es hora de que me marche, y eso es lo que voy a hacer.

Se encaminó hacia la puerta, donde le alcancé.

—No abandone la esperanza —le aconsejé—. Quizá funcione otro día… la máquina.

—¿La máquina? —frunció el ceño—. Ah, el Animador. Bueno, se la vendo por cinco dólares.

Di un respingo. Lo vi tan afligido que no me atrevía reír.

—¿Por cuánto?

—se la traeré. Espere aquí —salió, bajó los escalones y llenó a la acera. Oí cómo abría la puerta del coche. y luego una serie de murmullos y gruñidos.

—Espere —dije, siguiendo sus pasos.

Luchaba con denuedo para sacar una voluminosa caja cuadrada del coche. La sostuve por un lado y la arrastramos hacia mi casa; la depositamos sobre la mesa del comedor.

—Así que esto es el Animador —dije—. Parece una parrilla para asar.

—Lo es, o lo era. El Animador arroja un chorro de calor a modo de irritante. De todas formas, he terminado con él.

—Muy bien —saqué el billetero—. Si quiere venderla, seré yo quien la compre.

Le di el dinero y se lo guardó. Me enseñó por dónde introducir la materia inanimada. cómo ajustar los cuadrantes y los medidores, y después, sin más palabras, se puso el sombrero y se marchó.

Me quedé solo con mi nuevo Animador. Mientras lo contemplaba, mi mujer bajó en bata de la alcoba.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. Mira, tienes los zapatos empapados. ¿Has salido a la calle?

—Algo así. Mira esto. Me ha costado cinco dólares. Sirve para reanimar cosas.

Joan no apartaba la vista de mis zapatos.

—Es la una de la mañana. Pon los zapatos en ese horno y ven a la cama.

—Pero ¿no te das cuenta…?

—Pon los zapatos en el horno —Joan se dirigió escalera arriba—. ¿No me has oído?

—Sí, querida —dije.

Volvió cuando estaba desayunando, sentado de mal humor ante el plato de huevos fritos con bacon, ya frío. El timbre empezó a sonar incesantemente.

—¿Quién será? —preguntó Joan.

Se levantó y fue a abrir la puerta.

—¡Animador! —exclamé.

Tenía la cara pálida y grandes ojeras.

—Aquí están sus cinco dólares —dijo—. Devuélvame mi Animador.

—De acuerdo, doctor —asentí, estupefacto—. Entre y se lo daré.

Mientras iba a por el Animador, el doctor se quedó de pie, dando muestras de nerviosismo. Cogí el Animador, que todavía estaba caliente, y se lo llevé.

—Póngalo ahí —ordenó—. Quiero asegurarme de que no lo ha dañado.

Lo deposité sobre la mesa y el doctor lo examinó con cariño y meticulosidad. Abrió la puertecilla y miró en el interior.

—Hay un zapato ahí dentro —indicó.

—Pues deberían haber dos —dije, recordando los acontecimientos de la noche—. Dios mío, puse ambos zapatos.

—¿Los dos? Ahora sólo hay uno.

Joan salió de la cocina.

—Hola, doctor. ¿Qué le trae tan pronto por aquí?

Labyrinth y yo intercambiamos una mirada.

—¿Sólo uno? —repetí.

Me agaché para comprobarlo. En efecto, había un único zapato manchado de barro, seco después de pasar la noche en el Animador de Labyrinth. Un zapato… sólo que yo había puesto los dos. ¿Dónde estaría el otro?

Me volví, pero la expresión de Joan me hizo olvidar lo que iba a decir. Miraba al suelo con la boca abierta y los ojos dilatados de horror.

Algo pequeño, de color marrón, se desplazaba hacia el sofá. Se deslizó bajo él y desapareció. Lo había visto prácticamente de refilón, apenas un segundo, pero sabía lo que era.

—Dios mío —murmuró Labyrinth—. Tome los cinco dólares —puso el billete en mi mano—. ¡Ahora sí quiero que me lo devuelva!

—Tranquilo —dije— écheme una mano. Hemos de coger esa maldita cosa antes de que salga a la calle.

Labyrinth se precipitó a cerrar la puerta de la sala de estar.

—Está debajo del sofá —se agachó y escudriñó la zona—. Creo que ya lo veo. ¿Tiene un palo o algo por el estilo?

—Yo me voy —dijo Joan—. No quiero tener nacía que ver con esto.

—No te puedes ir —la advertí. Saqué una guía de la cortina de la ventana—. Usaremos esto. Lo obligaremos a salir, pero tiene que ayudarme a cogerlo —le dije a Labyrinth—. Si no actuamos con rapidez, nunca lo volveremos a ver.

Azuzé al zapato con la punta de la guía. El zapato retrocedió hacia la pared, como un animal salvaje acosado, encogido y silencioso. Me produjo escalofríos.

—¿Qué haremos? —murmuré—. ¿Cómo demonios lo atraparemos?

—Podríamos encerrarlo en un cajón del escritorio —apuntó Joan—. Sacaré los papeles.

—¡Allá va!

Labyrinth se levantó de un brinco. El zapato había salido de debajo del sofá y correteaba hacia la butaca. Antes de que pudiera agazaparse, Labyrinth agarró uno de los cordones. El zapato tiró y se debatió para liberarse de la presa, pero el doctor no cedió ni un milímetro.

Llevamos el zapato al escritorio y cerramos el cajón. Exhalamos un suspiro de alivio.

—Ya está —dijo Labyrinth con una sonrisa estúpida—. ¿No se dan cuenta de lo que esto significa? ¡Lo conseguimos, lo conseguimos de veras! El Animador funciona. Me pregunto por qué no funcionó con el botón.

—El botón era de latón —dije—, y el zapato de piel de animal encolada. Elementos naturales. Y estaba mojado.

—En ese escritorio —señaló Labyrinth —se halla algo trascendental para la ciencia moderna.

—El mundo temblará de arriba abajo —terminé—, lo sé. Bien, es todo suyo —cogí la mano de Joan—. Puede llevarse el zapato también, junto con su Animador.

—Perfecto —aceptó Labyrinth—. Vigílenlo y no lo dejen escapar —fue hacia la puerta—. Voy a buscar la gente adecuada, hombres que...

—¿No se lo lleva? —preguntó Joan, nerviosa.

—Deben vigilarlo —repitió Labyrinth desde la puerta—. Es una prueba, la prueba de que el Animador funciona: el Principio de la Irritación Suficiente —bajó corriendo los escalones.

—Bueno, y ahora ¿qué? —preguntó Joan—. ¿Vamos a quedarnos aquí a vigilarlo?

—He de ir a trabajar —consulté mi reloj.

—Bueno, pues yo no voy a vigilarlo. Si te vas, me iré contigo. No me quedaré.

—Está a buen recaudo; no pasará nada aunque nos vayamos un rato.

—Visitaré a mi familia. Nos encontraremos en el centro esta noche y volveremos juntos.

—¿Tanto miedo te da?

—No me gusta. Hay algo siniestro en todo esto.

—Sólo es un zapato viejo.

—No me hagas reír; nunca hubo un zapato como éste.

Nos encontramos después de salir del trabajo, tal como habíamos quedado, y fuimos a cenar. Volvimos a casa en coche y lo aparqué en nuestro camino particular. Subimos por el sendero sin ninguna prisa.

—¿De veras quieres entrar? —preguntó Joan en el porche—. ¿No preferirías ir al cine?

—Hemos de entrar. Estoy ansioso por saber qué ha pasado. Me pregunto en qué se habrá convertido —metí la llave en la cerradura y abrí la puerta de un empujón.

Algo pasó corriendo por mi lado y desapareció entre los arbustos.

—¿Qué era eso? —susurró Joan despavorida.

—Adivínalo. —Me planté en dos zancadas frente al escritorio. El cajón, por supuesto, estaba abierto. El zapato lo había forzado desde dentro—. Bueno, ya no hay remedio. ¿Qué le diremos al doctor?

—Quizá lo puedas coger otra vez. —Joan cerró la puerta—. o animar otro. Prueba con el otro zapato, el que se ha perdido.

—No daría resultado. La creación es caprichosa. Algunas cosas no responden. Claro que tal vez...

Sonó el teléfono. Nos miramos. Había algo misterioso en el sonido.

—Es él —dije antes de alzar el auricular.

—Soy Labyrinth —tronó la voz familiar—. Iré mañana temprano. Traeré más gente. Conseguiremos fotógrafos y un buen artículo en la prensa. Jenkins, del laboratorio...

—Escuche, doctor... —empecé.

—Hablaremos más tarde, tengo mil cosas que hacer. Nos veremos mañana por la mañana —colgó.

—¿Era el doctor? —preguntó Joan.

Contemplé el vacío cajón del escritorio.

—Lo era. Era él, sí —fui hacia el ropero y me quité la chaqueta.

De repente me asaltó una extraña sensación. Me giré en redondo. Algo me espiaba, pero ¿qué? No vi nada. Sin embargo, me ponía la piel de gallina.

—¿Qué diablos...? —me encogí de hombros y colgué la chaqueta.

Cuando volvía a la sala de estar, por el rabillo del ojo me pareció ver algo que se movía.

—Maldita sea... —murmuré.

—¿Qué pasa?

—Nada, nada en absoluto —miré a mi alrededor sin distinguir nada en especial.

La librería, las alfombras, los cuadros de las paredes, todo seguía en su sitio. Pero algo se había movido.

Entré en la sala. El Animador estaba sobre la mesa. Al pasar junto a él, percibí un débil flujo de calor. El Animador aún funcionaba. ¡La puertecilla estaba abierta! Bajé el conmutador de un manotazo y la luz indicadora se apagó. ¿Lo habíamos dejado en funcionamiento todo el día? Traté de recordar, pero no pude asegurarlo.

—Hemos de encontrar el zapato antes de que anochezca —dije.

Buscamos, sin resultado alguno. Los dos exploramos cada pulgada del patio, examinamos cada arbusto, registramos el seto, pero la suerte no nos sonrió.

Cuando oscureció, encendimos la luz del porche y continuamos nuestra labor investigadora. Por fin abandonamos. Me senté en los escalones del porche.

—No tiene sentido. Hay miles de sitios donde puede esconderse. Mientras miramos en uno, puede escurrirse a otro. Estamos vencidos de antemano, y hemos de enfrentarnos a la realidad.

—Quizá sea mejor así —suspiró Joan.

—Esta noche dejaremos abierta la puerta principal. Es posible que regrese.

La dejamos abierta, pero a la mañana siguiente la casa seguía vacía y silenciosa. En seguida comprendí que el zapato no había vuelto. Paseé sin rumbo, buscando algún indicio. Descubrí cáscaras de huevo rotas en el cubo de la basura que había en la cocina. El zapato había entrado por la noche, pero se había marchado después de aprovisionarse.

Cerré la puerta principal. Joan y yo nos miramos en silencio.

—El doctor llegará de un momento a otro —dije—. Será mejor que llame al despacho para avisar de que iré más tarde de lo habitual.

Joan tocó el Animador.

—Así que esto es el causante. Me pregunto si lo volverá a repetir.

Salimos afuera y vigilamos durante un rato. Nada agitó los arbustos.

—Qué le vamos a hacer. Ahí viene un coche.

Un Plymouth oscuro se detuvo frente a nuestra puerta. Dos hombres de edad avanzada bajaron y subieron por el sendero, mirándonos con curiosidad.

—¿Dónde está Rupert? —preguntó uno.

—¿Quién? ¿Se refiere al doctor Labyrinth? Creo que llegará de un momento a otro.

—¿Está ahí dentro el invento? Soy Portee, de la universidad. ¿Puedo echar una ojeada?

—será mejor que espere —dije, inseguro—. El doctor no tardará.

Otros dos coches aparcaron detrás del primero. Bajaron más ancianos que subieron por el sendero sin dejar de charlar y murmurar.

—¿Dónde está el Animador? —preguntó uno, un tipo extravagante con patillas muy pobladas—. Joven, haga el favor de enseñárnoslo.

—Está dentro. Si quiere ver el Animador, entre.

Todos se precipitaron al interior. Joan y yo les seguimos. Se detuvieron ante la mesa, examinaron la caja cuadrada y hablaron con gran excitación.

—¡Justo lo que sospechaba! —exclamó Porter—. El Principio de la Irritación Suficiente pasará a la historia…

—Tonterías —le contradijo otro—. Es absurdo. Quiero ver ese sombrero, zapato, o lo que sea.

—Ya lo verá —dijo Porter—. Rupert sabe lo que hace, no lo olvide.

Se enfrascaron en una agria controversia, salpicada de citas, fechas y autoridades. Llegaron más coches, algunos cargados de periodistas.

—Oh, Dios mío —gemí—. Acabarán con él.

—Bueno, bastará con que les cuente lo sucedido —dijo Joan—. Lo de la fuga.

—Lo haremos nosotros, no él. Lo diremos públicamente.

—No quiero mezclarme en esto. Nunca me gustó ese par. ¿No te acuerdas de que te aconsejé los de color rojo oscuro?

Preferí no escucharla. Un montón de ancianos se había congregado en el patio. Hablaban y discutían. De repente distinguí el diminuto Ford azul de Labyrinth, y el corazón me dio un vuelco. Había venido, estaba aquí, y dentro de un momento deberíamos decirle la verdad.

—No me atrevo a explicárselo —le dije a Joan—. Vamos adentro.

Al ver al doctor Labyrinth, todos los científicos se abalanzaron sobre él y le rodearon. Joan y yo nos miramos. La casa estaba desierta, a excepción de nosotros dos. Cerré la puerta principal. El ruido de la conversación se colaba a través de las ventanas; Labyrinth desarrollaba el Principio de la Irritación Suficiente. En cualquier momento entraría en la casa y pediría el zapato.

—Bueno, fue culpa suya por marcharse —dijo Joan, y se puso a hojear una revista.

El doctor Labyrinth me hizo señas desde el jardín. Una amplia sonrisa se dibujaba en su rostro. Le devolví el saludo desmayadamente. Luego me senté al lado de Joan.

Pasó el tiempo. Bajé la vista al suelo. ¿Qué podía hacer? Sólo esperar, esperar a que el doctor Labyrinth entrara en casa con aires de triunfador, rodeado de científicos, sabios, periodistas, historiadores, y solicitara la prueba de su teoría, el zapato. Toda la vida de Labyrinth descansaba en mi viejo zapato, la prueba de su Principio, del Animador, de todo. ¡Y el maldito zapato se había largado!

—Ya falta menos —dije.

Esperamos en silencio. Al poco noté algo peculiar. El rumor de voces se había desvanecido. Escuché, pero no oí nada.

—¿Por qué no entrarán? —pregunté en voz alta.

El silencio continuó. ¿Qué pasaba? Me levanté y fui a la puerta. La abrí y me asomé.

—¿Qué ocurre? —preguntó Joan—. ¿Me lo puedes explicar?

—No, no entiendo nada. —Todos estaban de pie, en silencio, mirando algo en el suelo. Me quedé asombrado. No tenía sentido—. ¿Qué pasa?

—Vamos a ver —se decidió Joan.

Ambos bajamos los escalones lentamente. Nos abrimos paso entre el grupo reunido y avanzamos.

—Santo Dios —murmuré—. Santo Dios.

Una extraña y breve procesión cruzaba la hierba del jardín. Dos zapatos: mi viejo zapato marrón y, justo delante de él, otro zapato, una zapatilla blanca y diminuta de tacón alto. La examiné con detenimiento. Me resultaba muy familiar.

—¡Es mía! —gritó Joan. Todos volvieron la vista hacia ella—. ¡Es mía! Mis zapatos de excursión...

—Ya no —dijo Labyrinth. Estaba pálido de emoción—. Se halla fuera de nuestro alcance para siempre.

—Sorprendente —comentó uno de los sabios—. Mírenlas. Observen a la hembra. Observen lo que hace.

El zapatito blanco se mantenía prudentemente apartado de mi viejo zapato marrón, a unos centímetros de distancia, y le guiaba casi con timidez. Cuando mi zapato se aproximaba más de la cuenta, se alejaba describiendo un semicírculo. Los dos zapatos se detuvieron un momento y se miraron. Entonces, sin previo aviso, mi zapato empezó a saltar, primero sobre el talón y después sobre la punta. Bailó alrededor de la zapatilla con gran dignidad y solemnidad hasta volver al punto de partida.

El zapatito blanco saltó una sola vez y se apartó poco a poco, vacilante, y permitió que mi zapato marrón casi la alcanzara, para mantener de nuevo las distancias.

—Esto implica un desarrollado sentido de las normas —dijo un anciano caballero—, tal vez, incluso, un inconsciente racial. Los zapatos observan un rígido modelo de ritual, probablemente en desuso desde hace siglos...

—Labyrinth, ¿qué significa esto? —preguntó Porter—. Explíquenoslo.

—De modo que esto es lo que sucedió —murmuré—. Mientras estábamos fuera, el zapato salió de su prisión y usó el Animador en la zapatilla. Ya sabía yo que algo me observaba anoche. La zapatilla aún no había salido de casa.

—Por eso el Animador estaba conectado —dijo Joan—. No se me ocurrió.

Los dos zapatos habían llegado casi al seto. La zapatilla esquivaba apenas los cordones del zapato marrón. Labyrinth se dirigió hacia ellos.

—Como pueden ver, caballeros, no exageré. Éste es un gran momento para la ciencia, la creación de una nueva raza. Quizá cuando la humanidad y la sociedad se autodestruyan, esta nueva forma de vida...

Se agachó para coger los zapatos, pero en ese instante la zapatilla desapareció en el seto y se refugió en la oscuridad del follaje. El zapato marrón la siguió de un brinco. Hubo un susurro de hojas y después silencio.

—Me voy adentro —dijo Joan.

—Caballeros —declaró el sonrojado Labyrinth—, esto es increíble.

Estamos siendo testigos de uno de los más profundos y trascendentales acontecimientos de la ciencia.

—Bueno..., casi testigos —dije yo.

EL CONSTRUCTOR

—¡E.J. Elwood! —dijo Liz con tono inquieto—. No escuchas nada de lo que decimos y, además, tampoco comes. ¿Qué diablos te sucede? A veces no puedo entenderte.

La respuesta tardó en llegar. Ernest Elwood continuó con la vista fija en la semioscuridad que se alzaba tras la ventana, como si oyera algo que ellos no oían. Por fin suspiró, se levantó de la silla, como si fuera a decir algo, pero derribó con el codo su taza de café; se giró para sostenerla y luego secó el café que se había derramado por un lado.

—Lo siento —murmuró—. ¿Qué decíais?

—Come, querido —dijo su esposa. Miró a los niños para comprobar si también habían dejado de comer—. Sabes que me cuesta mucho preparar tus comidas.

Bob, el mayor, cortaba en pedacitos el hígado y el bacon, pero, por descontado, el pequeño Toddy había apartado los cubiertos al mismo tiempo que E.J. y contemplaba su plato en silencio.

—¿Lo ves? —dijo Liz—. No les das buen ejemplo a los niños. Comed, se va a enfriar. No os gusta el hígado frío, ¿verdad? No hay nada más desagradable que el hígado y la grasa del bacon fríos. La grasa fría cuesta más de digerir que cualquier otra cosa, especialmente la grasa de cordero. Querido, come, por favor.

Elwood asintió. Asió el tenedor y se llevó guisantes y patatas a la boca. El pequeño Toddy le imitó, grave y serio, como una réplica en miniatura de su padre.

—Oye —dijo Bob—, hoy hubo un ejercicio de bombardeo atómico en la escuela. Nos tiramos bajo los pupitres.

—¿Es eso cierto? —preguntó Liz.

—Pero el señor Pearson, nuestro profesor de ciencias, dice que si arrojaran una bomba aquí toda la ciudad sería destruida, así que no entiendo de qué sirve refugiarse bajo el pupitre. Creo que deberían darse cuenta de lo que han conseguido con tantos avances científicos. Hay bombas que pueden arrasar kilómetros y kilómetros de extensión, sin dejar piedra sobre piedra.

—Cuántas cosas sabes —se asombró Toddy.

—Oh, cállate.

—Niños —dijo Liz.

—Es verdad —insistió Bob—. Conozco un tipo del Cuerpo de reserva de los Marines, y dice que tienen una nueva arma capaz de destruir las cosechas de cereales y envenenar los suministros de agua. Son una especie de cristales.

—¡Santo cielo! —exclamó Liz.

—No había cosas como éstas en la última guerra. El desarrollo de la energía atómica coincidió casi con el final, y no tuvieron oportunidad de emplearla a gran escala. —Bob se volvió hacia su padre—. ¿A que sí, papá? Apuesto a que cuando estuviste en el ejército no teníais ningún arma verdaderamente atómica...

Elwood dejó caer su tenedor. Empujó la silla hacia atrás y se levantó. Liz le miró asombrada, con la taza en alto. Bob se quedó boquiabierto, interrumpido en mitad de la frase. Toddy no dijo nada.

—Querido, ¿qué ocurre?

—Nos veremos más tarde.

Le vieron salir del comedor, todavía perplejos. Oyeron que entraba en la cocina, abría la puerta trasera y la cerraba con estrépito detrás de él.

—Ha salido al patio de atrás —dijo Bob—. Mamá, ¿era así antes? ¿Por qué se comporta de una forma tan extraña? Es la psicosis de guerra que padeció en las Filipinas, ¿verdad? En la primera guerra mundial le llamaban shock, pero ahora saben que es una forma de psicosis de guerra. ¿Es algo por el estilo?

—Comed —dijo Liz con las mejillas encendidas de rabia. Agitó la cabeza—. Este hombre... No consigo imaginar...

Los niños comieron.

El jardín estaba en penumbra. El sol se había puesto y el aire era frío, poblado de miríadas de insectos nocturnos. Joe Hunt trabajaba en el jardín de al lado, recogiendo hojas caídas bajo su cerezo. Saludó con un gesto a Elwood.

Elwood descendió con paso lento hacia el garaje. Se detuvo, las manos hundidas en los bolsillos. Algo inmenso y blancuzco se erguía junto al garaje, una enorme sombra pálida recortada contra la oscuridad del anochecer. Una cierta calidez creció en su interior mientras miraba, una calidez extraña, una especie de orgullo, una mezcla de placer y... excitación. Siempre le exaltaba contemplar el barco. Incluso cuando empezó a construirlo había sentido los latidos acelerados de su corazón, el temblor de las manos, el sudor que cubría su rostro.

Su barco. Sonrió y se acercó más. Palmeó el sólido casco. Qué hermoso barco, cómo cobraba forma. Casi terminado. Había empleado mucho tiempo y esfuerzos en la tarea: tardes libres, domingos, y, a veces, horas robadas al sueño durante la madrugada, antes de ir a trabajar.

Le apetecía más por la mañana, cuando el sol brillaba tenuemente; el aire era fresco y perfumado y todo estaba húmedo y centelleante. Eran sus momentos favoritos, sin nadie que le molestara o le hiciera preguntas. Palmeó el casco de nuevo. Sí, una gran cantidad de trabajo y material. Madera y clavos; aserrar, martillar y combar. Claro que Toddy le había ayudado. No habría podido hacerlo solo. Si Toddy no hubiera trazado los planos y...

—Hola —dijo Joe Hunt.

Elwood se volvió. Joe le miraba, apoyado en la valla.

—Lo siento —se disculpó Elwood—. ¿Qué decía?

—Tu mente estaba a muchos millones de kilómetros de distancia —dijo Joe. Exhaló una bocanada de humo del puro que fumaba—. Bonita noche.

—Sí.

—Tienes un barco precioso, Elwood.

—Gracias —murmuró Elwood. Retrocedió hacia la casa—. Buenas noches, Joe.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando en ese barco? —Hunt reflexionó un momento—. Algo así como un año, ¿no? Unos doce meses. Seguro que te ha costado mucho tiempo y trabajo. Creo que cada vez que te veo estás acarreando madera, aserrando y martillando.

Elwood asintió y caminó hacia la puerta trasera.

—Hasta tus hijos trabajan. Al menos, el mocoso. Sí, un barco excelente. —Hunt hizo una pausa—. A juzgar por el tamaño, vas a emprender una larga travesía. ¿Adónde me dijiste que irías? Lo olvidé.

Hubo un silencio.

—No te oigo, Elwood. Habla en voz alta. Con un barco tan grande, debes...

—Olvídalo.

—¿Qué te pasa, Elwood? —rió Hunt—. Sólo bromeaba un poco, te estaba tomando el pelo. Pero ahora, en serio, ¿adónde irás con eso? ¿Lo remolcarás hasta la playa y lo botarás? Conozco a un tipo que tiene un pequeño velero; lo monta sobre un remolque y lo empalma al coche. Suele ir una vez a la semana al embarcadero, pero tú no puedes meter eso en un remolque. Me contaron que un tipo construyó un barco en su sótano. ¿Sabes lo que descubrió cuando hubo terminado? Que el barco era demasiado grande para pasar por la puerta...

Liz Elwood fue a la puerta trasera, encendió la luz de la cocina y salió al patio, cruzada de brazos.

—Buenas noches, señora Elwood —dijo Hunt, llevándose la mano al sombrero—. Hermosa noche.

—Buenas noches. —Liz se volvió hacia E.J.—. Por el amor de Dios, ¿entras o no? —habló en voz baja y firme.

—Desde luego. —Elwood se aproximó a la puerta—. Ya voy. Buenas noches, Joe.

—Buenas noches —contestó Hunt. Miró como el matrimonio entraba. La puerta se cerró y la luz se apagó. Hunt meneó la cabeza—. Un tipo raro, cada vez más raro, como si viviera en otro mundo. ¡Él y su barco!

Volvió a su casa.

—Ella sólo tenía dieciocho años —dijo Jack Fredericks—. pero va se las sabía todas.

—Las chicas del sur son así —comentó Charlie—. Son como frutas, frutas jugosas, maduras, un poco húmedas.

—Recuerdo un pasaje de Hemingway parecido —dijo Ann Pike—. pero no sé en qué libro. Compara una...

—¿Y la manera en que hablan? —dijo Charlie—. Es insoportable.

—¿Qué tiene de mal su forma de hablar? —preguntó Jack—. Es diferente, pero te acostumbras.

—¿Porqué no pueden hablar bien?

—¿Qué quieres decir?

—Hablan como... como la gente de color.

—Porque provienen de la misma zona —explicó Ann.

—¿Estás diciendo que esa chica era negra? —preguntó Jack.

—No, claro que no. Acaba tu pastel. —Charlie consultó su reloj—. Casi es la una. Hemos de regresar ala oficina.

—Aún no he terminado de comer —dijo Jack—. ¡Esperad!

—Hay mucha gente de color que se ha trasladado a nuestra zona —dijo Ann—. Una agencia inmobiliaria que está apenas a una manzana de mi casa tiene un letrero que dice: «Bienvenidas todas las razas». Casi me caigo cuando lo vi.

—¿Qué hiciste?

—Nada. ¿Qué podía hacer?

—¿Sabes que si trabajas para el gobierno puedes tener a un chino o a un negro en la mesa de al lado? —preguntó Jack—. Y no hay nada que hacer.

—Excepto largarte.

—Viola tu derecho a trabajar —aseguró Charlie—. ¿Cómo se puede trabajar así? Contestadme.

—Hay demasiados rojos en el gobierno —dijo Jack—. Todo esto ha pasado porque empezaron a contratar gente sin fijarse en la raza, cuando Harry Hopkins estaba en la WPA.

—¿Sabes dónde nació Harry Hopkins? —preguntó Ann—. Nació en Rusia.

—Ése era Sidney Hillman —aclaró Jack.

—Da igual —dijo Charlie—. Habría que echarlos a todos.

Ann miró con curiosidad a Ernest Elwood. Estaba sentado tranquilamente, leyendo el periódico, y no decía nada. La cafetería bullía de ruidos y de movimiento. Todo el mundo comía y charlaba.

—¿Estás bien, E.J.? —preguntó Ann.

—Sí.

—Está leyendo lo de los White Sox —dijo Charlie—, de ahí su concentración. Escuchad, la otra noche llevé a mis chicos al partido y…

—Vamos —dijo Jack, levantándose, hemos de irnos.

Todos se pusieron de pie. Elwood dobló su periódico en silencio y lo guardó en el bolsillo.

—Oye, estás muy callado —le dijo Charlie mientras salían al pasillo. Elwood alzó la vista.

—Lo siento.

—Quería preguntarte algo. ¿Te apetece venir el sábado por la noche a echar una partidita? Hace un montón de tiempo que no juegas con nosotros.

—No le invites —dijo Jack, que estaba pagando en la caja—. Sólo le gustan juegos raros: los dados, el béisbol, escupir en la mier…

—Me gusta el póquer —dijo Charlie—. Vamos, Elwood, cuantos más seremos más reiremos. Un par de cervezas, conversación, alejarse un poco de la mujer…

—Uno de estos días organizaremos una fiestecita sólo para hombres. —Jack se guardó el cambio y guiñó un ojo a Elwood—. ¿Sabes a lo que me refiero? Conseguimos algunas chicas, vamos a un espectáculo… —dibujó unas formas sinuosas en el aire.

—Quizá. Me lo pensaré.

Elwood se alejó, pagó la comida y salió a la calle, iluminada por el sol. Los otros seguían adentro, esperando a Ann. Había ido al lavabo.

Elwood se giró de pronto y se alejó de la cafetería con pasos rápidos. Dobló la esquina y desembocó en Cedar Street, frente a una tienda de televisores. Vendedores y empleados que salían de comer pasaban riendo y hablando: fragmentos de conversación se derramaban sobre él como las olas del mar. Se quedó de pie en la entrada de la tienda, con las manos en los bolsillos, como si se refugiara de la lluvia.

¿Qué le ocurría? Quizá debería ir al médico. Todo le molestaba, la gente, los sonidos. Ruido y movimiento por todas partes. No dormía lo suficiente, tal vez por culpa de la dieta. Y trabajaba mucho en el patio. Cuando se acostaba estaba agotado. Elwood se frotó la frente. Gente, ruido, conversaciones, innumerables formas que se movían por las calles y las tiendas.

Un enorme aparato de televisión parpadeó y emitió un programa sin sonido en el escaparate de la tienda; las imágenes brincaban alegremente. Elwood lo contempló sin interés. Una mujer con mallas hacía acrobacias; primero abrió varias veces las piernas en línea recta, luego hizo la rueda y

Librodot

después ejecutó saltos peligrosos. Caminó sobre las manos, con las piernas balanceándose sobre su cabeza, y sonrió al público. Luego desapareció y, en su lugar, entró un hombre vestido con elegancia que paseaba un perro.

Elwood consultó su reloj. Faltaban cinco minutos para la una. Tenía cinco minutos para llegar a la oficina. Bajó a la acera y se asomó a la esquina. Ann, Charlie y Jack no estaban a la vista. Se habían ido. Elwood caminó con parsimonia frente a los escaparates, con las manos en los bolsillos. Se detuvo frente a una tienda de artículos baratos y contempló a las mujeres que se empujaban y agolpaban sobre los mostradores de quincalla, tocando, cogiendo y examinando las cosas. Se fijó en el escaparate de una farmacia que anunciaba un remedio contra la micosis, una especie de polvos que recubrían dos dedos gordos del pie hinchados y llagados. Cruzó la calle.

Se detuvo en la otra acera para contemplar ropas de mujer, faldas, blusas y jerséis de lana. Una fotografía mostraba a una chica vestida con elegancia quitándose la blusa para enseñar al mundo su atractivo sostén. Elwood pasó de largo. El siguiente escaparate contenía maletas, baúles y artículos de viaje.

Maletas. Se paró y frunció el ceño. Un vago pensamiento cruzó por su mente, demasiado vago para percibirlo en su totalidad. Sintió una repentina y profunda necesidad interna. Consultó su reloj. La una y diez. Llegaba tarde. Apresuró el paso hacia la esquina y esperó con impaciencia a que cambiara el semáforo. Un montón de hombres y mujeres se apretujaron contra él y bajaron a la calzada para coger el autobús. Elwood clavó la vista en el autobús. Frenó y se abrieron las puertas. La gente se precipitó en su interior. Elwood, sin pensarlo más, se unió a la cola y subió. Las puertas se cerraron y buscó monedas para pagar el billete.

Un momento después, se sentó junto a una inmensa mujer entrada en años que sostenía un niño en el regazo. Elwood entrelazó las manos, miró al frente y esperó, mientras el autobús se dirigía al distrito residencial.

Cuando llegó a casa no había nadie. La casa estaba oscura y fría. Fue a la alcoba y sacó sus ropas viejas del armario. Iba a salir al patio cuando Liz apareció en el sendero particular cargada de paquetes.

—E.J. —dijo—, ¿qué sucede? ¿Por qué estás en casa?

—No lo sé. Me he tomado el día libre. Todo va bien.

Liz colocó los paquetes sobre la valla.

—Por el amor de Dios, me asustas —le miró fijamente—. Te has tomado el día libre.

—Sí.

—¿Cuántos llevas este año? ¿Cuántos en total?

—No lo sé.

—¿Que no lo sabes? ¿Cuántos te quedan?

—¿Para qué?

Liz le miró. Luego cogió los paquetes y entró en la casa. Elwood frunció el ceño. ¿Qué pasaba? Fue al garaje y empezó a sacar madera y herramientas al jardín, y las amontonó junto al barco.

Contempló aquel armazón cuadrado, grande y cuadrado como una enorme y sólida caja de embalar. Lo había construido con innumerables tablones. Tenía una cabina cubierta con una gran ventana y el techo embreado. ¡Un auténtico barco!

Comenzó a trabajar. Liz no tardó en salir de la casa. Atravesó el patio en silencio, de modo que no advirtió su presencia hasta que fue a buscar clavos largos.

—¿Y bien? —preguntó Liz.

—¿Cómo? —Elwood se detuvo.

Liz se cruzó de brazos.

—¿Qué pasa? —se impacientó Elwood—. ¿Por qué me miras así?

—¿De veras te tomaste un día libre? No te creo. Volviste a casa sólo para trabajar en... en eso.

Elwood dio media vuelta.

—Espera —ella le siguió—. No me rehuyas. Quédate ahí.

—Tranquila, no me grites.

—No te grito. Quiero hablar contigo, quiero preguntarte algo. ¿Puedo? ¿No te molesta hablar conmigo?

Elwood asintió con la cabeza.

—¿Por qué?. —dijo Liz en voz baja, pero con energía—. ¿Por qué? ¿Me lo vas a decir? ¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—Eso. Esa..., esa cosa. ¿Para qué sirve? ¿Por qué estás en el patio en pleno día? Esto dura desde hace un año. Anoche, en la mesa, te levantaste sin decir palabra y te fuiste. ¿Por qué? ¿Por qué te comportas así?

—Casi está terminado —murmuró Elwood—. Unos cuantos retoques y...

—¿Y luego qué? —Liz se plantó frente él, cortándole el paso—. ¿Y luego qué? ¿Qué vas a hacer con ese trasto? ¿Venderlo? ¿Botarlo? Todos los vecinos se reirán de ti. Toda la manzana sabe... —su voz se quebró de súbito—... sabe lo que estás haciendo: Los niños se burlan de Bob y de Toddy. Dicen que su padre está..., está...

—¿Está loco?

—Por favor, E.J., dime por qué lo haces, por favor. Quizá comprenda. Nunca me lo has dicho. Tal vez serviría de algo. ¿No pues hacerlo?

—No puedo —dijo Elwood.

—¿No puedes? ¿Por qué?

—Porque no lo sé. No sé para qué sirve. Quizá no sirva para nada.

—¿Trabajas sin ningún motivo?

—No lo sé. Me gusta lo que hago. Es como esculpir madera —agitó las manos con impaciencia—. Siempre he tenido una especie de taller. Cuando era un niño construía modelos de aviones a escala. Tengo herramientas, siempre he tenido herramientas.

—Pero ¿por qué vienes a casa en horas de trabajo?

—Me pongo nervioso.

—¿Por qué?

—Yo... oigo hablar a la gente y me molesta. Quiero alejarme de ellos. Me molestan sus modales, su forma de actuar. Tal vez sufra claustrofobia.

—¿Quieres que te consiga una cita con el doctor Evans?

—No, no, me encuentro bien. Por favor, Liz, si no te apartas no podré ponerme a trabajar. Tengo ganas de terminar.

—Y ni siquiera sabes por qué lo haces —Liz meneó la cabeza—. Has trabajado todo este tiempo sin saber por qué, como un animal que sale por la noche a cazar, como un gato que merodea entre los setos. Dejas tu trabajo y a nosotros para...

—Apártate.

Librodot

—Escúchame: tira el martillo y entra en casa. Te pones el traje y te vas a la oficina, ¿me oyes? Si no lo haces, no permitiré que entres en casa nunca más. Rompe la puerta con el martillo, si quieres, pero la cerraré con llave de ahora en adelante si no te olvidas del barco y vuelves a trabajar.

Hubo un silencio.

—Apártate de mi camino —dijo Elwood—. He de terminar.

—¿Vas a seguir? —E.J. la apartó—. ¿Pretendes continuar como si no hubiera sucedido nada? Algo anda mal, algo anda mal en tu cabeza. Estás...

—Basta —dijo Elwood, mirando detrás de su mujer.

Liz se volvió.

Toddy les observaba en silencio desde el sendero, con la bolsa del almuerzo bajo el brazo. Mostraba una expresión grave y solemne. No les dijo nada.

—¡Tod! —exclamó Liz—. ¿Tan tarde es?

Toddy atravesó el patio en dirección a su padre.

—Hola, chico —le saludó Elwood—. ¿Cómo fue la escuela?

—Bien.

—Me voy a casa —dijo Liz—. Hablaba en serio, E.J.; no olvides lo que dije.

Subió el sendero y cerró la puerta de golpe.

Elwood suspiró. Se sentó en la escalerilla apoyada a un costado del barco y dejó el martillo en el suelo. Encendió un cigarrillo y fumó en silencio. Toddy aguardó sin hablar.

—¿Qué tal, jovencito? —dijo por fin Elwood—. ¿Qué me cuentas?

—¿Qué quieres que hagamos, papá?

—¿Hacer? —sonrió Elwood—. Bueno, no falta mucho, algunos detalles sueltos. Pronto acabaremos. Examina el puente; creo que nos quedan algunas tablas por clavar —se frotó el mentón—. Casi terminado. Hemos trabajado durante mucho tiempo. Puedes empezar a pintar, si quieres. Quiero que pintes la cabina; de rojo, creo. ¿Cómo quedaría en rojo?

—Verde.

—¿Verde? Muy bien. Hay algo de pintura verde en el garaje. ¿Quieres prepararla?

—Claro.

Toddy corrió hacia el garaje.

Elwood le siguió con la mirada.

—Toddy...

—¿Sí?

—Toddy, espera. —Elwood avanzó lentamente hacia él—. Quiero preguntarte algo.

—¿Que es papá?

—A ti no te importa ayudarme. ¿verdad? ¿No te imparta trabajar en el barco?

Toddy miró con gravedad a su padre. No dijo nada. Ambas se miraron durante largo rato.

—¡Muy Bien! —exclamó Elwood—. Ya puedes empezar a pintar.

Bob llegó par el sendero en compañía de dos chicos de la escuela secundaria.

—Hola, papá —saludo— ¿Como va todo?

—Bien.

—Mirad —dijo Bob señalando al barco— ¿Veis eso?¿Sabéis lo que es?

—¿Qué es? —preguntó uno.

—Es un submarino atómico. —Bob abrió la puerta de la cocina. Sonrió, y los dos chicos le imitaron—. Va lleno de uranio 235. Papá va a ir a Rusia con él. Cuando haya acabado, no quedará nada de Moscú.

Los chicos entraron en la casa y cerraron la puerta a sus espaldas.

Elwood contempló el barca. La señora Hunt, que hacía la colada en el patio vecino. hizo una pausa para mirar a Elwood y su obra.

—¿Funciona realmente con energía atómica, señor Elwood? —preguntó.

—No.

—Entonces. ¿con qué funciona? No vea velas. ¿Qué clase de motor lleva? ¿Vapor?

Elwood se mordió el labio. Era extraño que nunca hubiera pensado en ese detalle. No tenía motor de ninguna clase. No tenía velas, ni caldera.

No le había puesto motor, ni turbinas, ni carburante. Nada. Era un casco de madera, una caja inmensa: nada más. Nunca había pensado en cómo lo haría funcionar, nunca en toda el tiempo que él y Toddy estuvieron trabajando.

Una oleada de desesperación cayó sobre él. No había motor, nada. No era un barco, sino una enorme casa de madera, clavos y alquitrán. Nunca se iría, nunca podría abandonar el patio. Liz tenía razón: era como un animal que penetra en el patio de noche para cazar y matar en la oscuridad, para luchar ciegamente, sin objetivo ni comprensión, igual de instintivo, igual de patético.

¿Para qué lo había construido? No lo sabía. ¿Adónde iba a ir? Tampoco lo sabía. ¿Cómo funcionaría? ¿Cómo lo sacaría del patio? ¿Para qué servía trabajar sin objetivo, en la oscuridad, como una alimaña nocturna?

Toddy le había ayudado desde el principio. ¿Por qué lo había hecho? ¿Lo sabía? ¿Sabía el niño para qué servía el barco, para qué lo construían? Toddy nunca lo había preguntado porque confiaba en su padre.

Pero él lo ignoraba. Él, su padre, tampoco lo sabía, y no tardaría en estar terminado, preparado, a punto. ¿Y luego qué? Toddy tiraría pronto la brocha, vaciaría el último bote de pintura, apartaría los clavos y los trozos de madera sobrantes, colgaría el martillo y la sierra en el garaje otra vez. Y entonces preguntaría, plantearía la pregunta que nunca había hecho y que debía, finalmente, llegar.

Y no podría responderle.

Elwood se irguió y contempló la gran mole que había construido, esforzándose en comprender. ¿Por qué había trabajado? ¿Cuál era el objetivo? ¿Cuándo lo sabría? De hecho, ¿lo averiguaría algún día? Permaneció allí durante un tiempo incalculable, con la mirada perdida en el infinito.

Sólo lo comprendió cuando las enormes gotas negras de lluvia empezaron a caer a su alrededor.

EL FACTOR LETAL

Penetraron en la gran cámara. Al fondo, los técnicos se agolpaban alrededor de un inmenso tablero iluminado y estudiaban complejas configuraciones de luces que cambiaban rápidamente, formando

combinaciones en apariencia interminables. Los computadores, manejados por seres humanos y robots, zumbaban sobre largas mesas. Diagramas murales cubrían cada centímetro de espacio vertical. Hasten miró a su alrededor, asombrado.

—Acércate y te enseñaré algo bueno —rió Wood—. ¿Reconoces esto? —indicó con el dedo una voluminosa máquina atendida por silenciosos hombres y mujeres vestidos con batas blancas.

—Desde luego. Es algo parecido a nuestro propio Sumergible, pero veinte veces más grande. ¿Qué recuperáis? ¿Y a qué época lo enviáis? —señaló el Sumergible, se agachó y aplicó el ojo a la mirilla, pero estaba cerrada; el Sumergible había entrado en funcionamiento—. Si hubiéramos tenido la menor idea de su existencia, Investigaciones Históricas habría...

—Ahora ya lo sabes —Wood se inclinó junto a él—. Escucha, Hasten, eres el primer hombre ajeno al ministerio que entra en esta sala. ¿Viste los guardias? Nadie puede entrar sin autorización; los guardias tienen orden de matar a cualquiera que trate de acceder ilegalmente.

—¿Para ocultar esto? ¿Una máquina? ¿Mataríais a...?

Se irguieron. Wood apretó las mandíbulas.

—Vuestro Sumergible bucea en la antigüedad: Roma, Grecia, polvo, legajos... —Wood palmeó el enorme Sumergible—. Éste es diferente. Lo protegemos con nuestras vidas, y es más importante que la vida de cualquiera. ¿Sabes por qué?

Hasten desvió la vista hacia el aparato.

—Este Sumergible no es para viajar hacia la antigüedad, sino... hacia el futuro. —Wood miró de frente a Hasten—. ¿Entiendes? El futuro.

—¿Estáis rastreando el futuro? ¡No podéis! Lo prohíbe la ley, lo sabéis de sobra. Si el Consejo Ejecutivo se enterara, reduciría este edificio a escombros. Conocéis los peligros. Berkowsky lo demostró en su tesis.

»No puedo entender que utilicéis un Sumergible orientado hacia el futuro. Cuando se extrae material del futuro se introducen automáticamente nuevos factores en el presente; el futuro queda alterado. Se inician una serie de trastornos interminables. Cuanto más te sumerges, más factores nuevos se crean, y acumulas condiciones inestables para los siglos venideros. Por eso se votó la ley.

—Lo sé —asintió Wood.

—¡Y continuáis insistiendo! —Hasten movió la mano en dirección a la máquina y a los técnicos—. ¡Basta, por el amor de Dios! ¡Basta de introducir elementos letales que no se pueden eliminar! ¿Por qué os empeñáis...?

—Vale. Harten, no nos leas la cartilla —le cortó Wood—. Es demasiado tarde: ya ha sucedido. Un factor letal se introdujo en nuestros primeros experimentos. Pensamos que sabíamos lo que hacíamos..., por eso te trajimos aquí. Siéntate. Te lo contaré todo.

Se sentaron uno enfrente del otro, separados por el escritorio. Wood entrelazó las manos.

—Iré al grano. Se te considera un experto, experto en Investigaciones Históricas. Eres el ser viviente que sabe más sobre los Sumergibles Temporales: por eso te hemos enseñado nuestra obra, nuestra obra ilegal.

—¿Y ya tenéis problemas?

—Muchos problemas, y cada nuevo intento de resolverlos los empeora. Hagamos lo que hagamos, la historia nos contemplará como la organización más nefasta.

—Empieza desde el principio, por favor —pidió Harten.

—El Sumergible fue autorizado por el Consejo de Ciencias Políticas; querían saber los resultados de algunas de sus decisiones. Al principio nos opusimos, siguiendo la teoría de Berkowsky, pero la idea era fascinante, como ya te debes imaginar. Aceptamos y construimos el Sumergible... en secreto, por supuesto.

»Hicimos el primer rastreo hace un año. Utilizamos un subterfugio para protegernos del factor Berkowsky: no cogimos nada. Este Sumergible no se halla equipado para extraer objetos; se limita a hacer fotografías desde gran altura. Recuperamos la película, ampliamos las instantáneas y tratamos de conjeturar las condiciones.

»Al principio, los resultados fueron alentadores. Ausencia de guerras, ciudades en expansión y de aspecto agradable. Las ampliaciones de escenas callejeras mostraban mucha gente, en apariencia felices. Caminaban con parsimonia.

»Después avanzamos cincuenta años. Mucho mejor: las ciudades habían disminuido de tamaño, la gente no dependía tanto de las máquinas. Hierba, parques. Las mismas condiciones generales: paz, felicidad, mucho tiempo libre. Menos frenesí, menos prisa.

»Continuamos adelante en el tiempo. Por supuesto que un método de investigación tan indirecto no podía proporcionarnos la menor certeza de nada, pero todo parecía ir bien. Transmitimos nuestros informes al Consejo, y decidieron seguir con sus planes. Y entonces sucedió.

—¿Qué, exactamente? —preguntó Harten, inclinándose sobre la mesa.

—Decidimos volver a visitar un período que ya habíamos fotografiado antes, unos cien años atrás. Enviamos el Sumergible y regresó con un rollo entero. Lo revelamos y contemplamos las imágenes.

Wood hizo una pausa.

—Y ya no era lo mismo. Era diferente. Todo había cambiado. Guerra... Guerra y destrucción por todas partes —Wood se encogió de hombros—. Nos quedamos atónitos; enviamos de regreso el Sumergible cuanto antes para confirmarlo.

—¿Y qué encontrasteis esta vez?

Wood cerró los puños.

—¡Un cambio todavía peor! Ruinas, ruinas sin fin, gente que se dedicaba al pillaje. Ruina y muerte por todas partes. Escoria. El final de la guerra, la fase terminal.

—Increíble... —musitó Harten.

—¡Pero eso no fue lo peor! Comunicamos las noticias al Consejo. Mandó cesar toda actividad y se embarcó en una conferencia de dos semanas; canceló todas las órdenes y anuló los planes basados en nuestros informes. Eso sucedió un mes antes de que el Consejo volviera a entrar en contacto con nosotros. Los miembros querían que probáramos una vez más, que enviáramos el Sumergible al mismo período. Nos negamos, pero insistieron. No podía ser peor, fue su argumento.

»Así que obedecimos. El Sumergible regresó y revelamos la película. Harten, hay cosas peores que la guerra. No creerías lo que vimos. No había rastro de vida humana.

—¿Todo había sido destruido?

—¡No! Ninguna destrucción. Grandes y orgullosas ciudades, carreteras, edificios, lagos, campos..., pero ni rastro de vida. Las ciudades vacías, funcionando mecánicamente, cada máquina, cada cable en su sitio. Pero ni un ser viviente.

—¿Qué pasó?

—Enviamos el Sumergible hacia el futuro, de medio siglo en medio siglo. Nada, nada en ninguna de las ocasiones. Ciudades, carreteras, edificios, pero ausencia de vida. Todo el mundo muerto. Plaga, radiación o lo que sea, algo les mató. ¿De dónde provino? No lo sabemos. Nuestras primeras investigaciones no lo detectaron.

»Pero, de alguna manera, nosotros introducimos el factor letal. Nosotros lo provocamos con nuestro aparato; no estaba cuando empezamos; nosotros fuimos los causantes. Harten —Wood le miró desde la máscara imperturbable de su rostro—. Nosotros lo originamos, y ahora hemos de averiguar qué es y desembarazarnos de él.

—¿Cómo lo vais a hacer?

—Hemos construido un Coche Temporal capaz de transportar un observador humano al futuro. Enviaremos a un hombre para ver qué ocurre. Las fotografías son insuficientes; ¡hemos de saber más! ¿Cuándo apareció por primera vez? ¿Cuáles fueron los primeros síntomas? Una vez poseamos estos datos, quizá podamos eliminar el factor, seguir su pista y erradicarlo. Alguien tendrá que ir al futuro y descubrir nuestro error. Es la única manera.

Wood se levantó y Hasten le imitó.

—Tú eres esa persona —dijo Wood—. Tú, la persona más competente en este campo, irás al futuro. El Coche Temporal aguarda ahí afuera, convenientemente custodiado.

Wood hizo una señal. Dos soldados avanzaron hacia el escritorio.

—¿Señor?

—Vengan con nosotros; asegúrense de que nadie nos siga —se giró hacia Hasten—. ¿Preparado?

—Espera un momento —vaciló Hasten—. Me gustaría obtener más información sobre vuestras actividades, examinar el Coche Temporal. No puedo...

Los dos soldados se acercaron más y miraron a Wood. Éste posó su mano sobre el hombro de Hasten.

—Lo siento, pero no tenemos tiempo que perder; ven conmigo.

La oscuridad se movía, caracoleaba y se contraía a su alrededor. Tomó asiento ante el tablero de control y se secó el sudor que cubría su rostro. Para bien o para mal, ya no podía echarse atrás. Wood lo había previsto todo: unas pocas instrucciones, los controles preparados y la puerta de acero que se cerraba a sus espaldas.

Hasten paseó la mirada en torno suyo. Hacía frío dentro de la esfera; el aire era fresco, cortante. Trató de concentrarse en los indicadores luminosos, pero el frío le incomodaba. Se acercó al armario y empujó la puerta. Una chaqueta forrada y un fusil desintegrador. Cogió el fusil y lo examinó durante unos instantes. También había herramientas, todo tipo de herramientas y accesorios. Acababa de devolver el fusil a su sitio cuando

cesó el traqueteo. Estuvo flotando un horroroso segundo, flotando al azar, y luego la sensación se desvaneció.

La luz del sol penetró a través del ventanal e inundó el suelo. Cerró las luces artificiales y miró por la ventana. Wood había dispuesto los controles para que le trasladaran cien años en el futuro. Se asomó con un estremecimiento.

Un prado salpicado de flores y de hierba que se extendía hasta perderse de vista. Algunos animales pacían bajo la sombra de un árbol. Abrió la puerta y salió afuera. El calor del sol le confortó al instante. Comprobó que los animales eran vacas.

Permaneció mucho tiempo parado en el umbral, con los brazos en jarras. En el caso de que se tratara de una plaga, ¿habría sido causada por bacterias transportadas por el aire? Dio un paso adelante y afianzó el casco que rodeaba la cabeza. Sería mejor no quitárselo.

Volvió para recoger el fusil. Salió de la esfera y se aseguró de que la puerta permanecería cerrada durante su ausencia. Tomadas las precauciones necesarias, Hasten saltó sobre la hierba del prado. Se alejó de la esfera en dirección a una amplia colina que ocupaba una extensión aproximada de setecientos metros. Mientras caminaba examinó la muñequera sensora que le orientaría hacia el Coche Temporal si se extraviaba.

Llegó junto a las vacas, que se removieron inquietas y se apartaron. Percibió algo que le produjo un escalofrío: tenían las ubres pequeñas y arrugadas. Nadie las pastoreaba.

Cuando alcanzó la cumbre de la colina alzó los prismáticos y contempló una inacabable extensión de tierra, kilómetros y kilómetros de campos verdes que rodaban como olas hasta perderse de vista. ¿Nada más? Fue girando poco a poco para escudriñar el horizonte.

Se puso rígido y ajustó la mira. Muy lejos, a su izquierda, en el límite de su campo visual, se alzaban las vagas líneas perpendiculares de una ciudad. Guardó los prismáticos y aseguró los nudos de sus pesadas botas. Luego bajó por la otra ladera de la colina a grandes zancadas: el camino era muy largo.

Al cabo de media hora divisó unas mariposas. Danzaban y revoloteaban a la luz del sol, a pocos metros de distancia. Se paró a descansar y las observó. Eran de todos los colores, rojas y azules, moteadas de verde y amarillo. Las mariposas más grandes que había visto en su vida. Quizá pertenecían a un zoológico; quizá habían huido cuando el hombre desapareció de escena, aclimatándose a una vida más libre, más salvaje. Las mariposas remontaron el vuelo y se lanzaron hacia las distantes torres de la ciudad, sin reparar en Hasten. Desaparecieron al cabo de breves momentos.

Hasten reanudó su camino. Era difícil imaginarse el fin de la humanidad en tales circunstancias: mariposas, hierba, vacas paciendo a la sombra de un árbol. ¡Qué tranquilo y agradable se veía el mundo sin la raza humana!

Una última mariposa pasó rozándole la cara. Subió el brazo automáticamente para protegerse. La mariposa se estrelló contra el dorso de su mano. Hasten estalló en carcajadas...

El miedo le atenazó; cayó de rodillas, jadeando y sintiendo náuseas. Se acuclilló y hundió el rostro en la tierra. Le dolían los brazos, el terror le tenía paralizado; cerró los ojos para no marearse.

Librodot

Cuando levantó la cabeza, la mariposa ya había partido en pos de las demás.

Yació un rato sobre la hierba. Luego se irguió poco a poco hasta ponerse en pie. Se desabrochó la manga de la camisa y examinó su muñeca. La carne estaba ennegrecida, tirante e hinchada. Levantó la vista hacia la ciudad. Ésa era la dirección que habían tomado las mariposas...

Volvió al Coche Temporal.

Llegó a la esfera poco después del ocaso. La puerta se abrió al contacto de su mano y Hasten entró. Se aplicó un emplasto en la mano y el brazo, y luego fue a sentarse en el banco, sumido en sus pensamientos. Miró su brazo herido. Una picadura accidental, por supuesto. La mariposa ni siquiera se había dado cuenta. Si toda la bandada...

Esperó a que anocheciera por completo y las tinieblas rodearan la esfera. Las abejas y las mariposas se ocultaban de noche, al menos en teoría. Bien, valía la pena arriesgarse. El brazo le dolía todavía y notaba un constante latido. El emplasto no había servido de mucho; se sentía aturdido. Su aliento olía a fiebre.

Antes de salir sacó todo el contenido del armario. Examinó el fusil desintegrador, pero acabó desechándolo. En seguida encontró lo que buscaba: una linterna y un soplete. Guardó el resto y se levantó. Ya estaba preparado..., aunque no estaba muy seguro de que ésa fuera la palabra correcta. Tan preparado como le era posible.

Salió a la oscuridad y encendió la linterna. Caminó con rapidez. La noche era oscura y desolada, sin más luz que la de unas pocas estrellas y la que llevaba consigo. Remontó la colina y bajó por la ladera opuesta. Atravesó un bosquecillo y desembocó en una llanura, siempre guiado por el resplandor de su linterna.

Al llegar a la ciudad estaba agotado. Había recorrido una larga distancia y respiraba con dificultad. Enormes y fantasmales siluetas se alzaban sobre su cabeza hasta hundirse en las tinieblas. No era una ciudad muy grande, al menos a primera vista, pero el diseño le resultaba extraño a Hasten, acostumbrado a perspectivas menos verticales y escuetas.

Atravesó la puerta de entrada. La hierba brotaba del pavimento de las calles. Hizo un alto para echar un vistazo. Hierba y maleza por todas partes y, en las esquinas, junto a los edificios, montoncitos de huesos y polvo. Siguió caminando con la linterna dirigida hacia los costados de los esbeltos edificios. El eco de sus pasos resonaba con un sonido hueco. No había otra luz que la suya.

Los edificios se espaciaban. Se encontró de repente en una gran plaza cuadrada rebosante de arbustos y enredaderas. Al otro lado distinguió un edificio de mayor envergadura que los demás. Cruzó la vacía y solitaria plaza, paseando la linterna de un extremo a otro. Aminoró el paso al reparar en un edificio situado a su derecha. Su corazón se aceleró. La luz de la linterna reveló una palabra expertamente grabada sobre el marco de la puerta: BIBLIOTECA.

Ni más ni menos lo que deseaba. Subió los peldaños que conducían al oscuro umbral. Los tablones de madera se doblaron bajo sus pies. Al llegar a la entrada se encontró frente a una pesada puerta de madera con tiradores metálicos. Al asirlos, la puerta cayó hacia él, se rompió en pedazos y se desparramó sobre la escalera. Un hedor a polvo y corrupción irritó su olfato.

Penetró en el interior y su casco hendió inmensas telarañas a medida que avanzaba por los silenciosos pasillos. Eligió una sala al azar y no descubrió más que montoncitos de polvo y fragmentos grisáceos de huesos. Estantes y mesas bajas estaban apoyados contra las paredes. Se acercó a los estantes y cogió unos cuantos libros. Se convirtieron en polvo entre sus dedos. ¿Sólo había pasado un siglo desde su propia época?

Hasten se sentó ante una de las mesas y abrió uno de los libros que se conservaban mejor. No reconoció el idioma, una lengua romance que le pareció artificial. Volvió una página tras otra. Decepcionado, reunió un puñado de libros y volvió a la puerta. De repente, su corazón se aceleró. Con las manos temblorosas se aproximó a la pared. Periódicos.

Pasó las frágiles y quebradizas hojas con todo cuidado y las sostuvo a la luz de la linterna. El mismo idioma, por supuesto. Titulares destacados en tinta negra: Se las compuso para enrollar los periódicos y sumarlos a su colección de libros, salió al pasillo y volvió sobre sus pasos.

Al bajar por la escalera le azotó el aire fresco. Contempló las casi imperceptibles siluetas que se alzaban a los lados de la plaza. Después la cruzó con toda clase de precauciones. Llegó hasta la puerta de la ciudad, salió a campo abierto y se encaminó hacia el Coche Temporal.

Anduvo durante mucho tiempo, sin descanso, con la cabeza gacha. El cansancio le obligó finalmente a detenerse para recuperar el aliento. Dejó su carga en tierra y examinó los alrededores. En el límite del horizonte apareció una franja gris. La aurora. La salida del sol.

Un viento frío se arremolinó en torno a él. Los árboles y las colinas empezaban a distinguirse a la incipiente luz grisácea, una silueta inflexible y rigurosa. Volvió la vista hacia la ciudad. Los abandonados edificios se erguían, sombríos y pálidos. Le fascinó la primera luz del día que hería las agujas y las torres. Los colores se difuminaron y la niebla se interpuso entre él y la ciudad. Se agachó y recogió su carga. Caminó con tanta rapidez como pudo, aterido de frío.

Una mancha blancuzca había surgido de la ciudad y flotaba en el cielo.

Después de mucho tiempo, Hasten miró hacia atrás. La mancha continuaba en su sitio..., pero había crecido. Y ya no era blanca; a la luz del día brillaba con muchos colores.

Aceleró el paso; descendió una colina y trepó a otra. Conectó su muñequera. Le comunicó en voz alta que no se hallaba lejos de la esfera. Movió el brazo y el sonido enmudeció. A la derecha. Se secó el sudor de las manos y prosiguió.

Unos minutos más tarde, divisó desde lo alto de un risco la esfera de metal resplandeciente posada sobre la hierba, recubierta por el rocío de la mañana: el Coche Temporal. Bajó la colina, resbalando y corriendo.

Acababa de abrir la puerta de un codazo cuando la primera nube de mariposas apareció sobre la cumbre de la colina, moviéndose en silencio hacia él.

Cerró la puerta, depositó su cargamento en el suelo y flexionó los músculos. Le dolía la cabeza y se sentía presa del pánico No tenía tiempo que perder: se abalanzó sobre la ventana y miró afuera. Las mariposas rodeaban la esfera, danzaban y revoloteaban, despedían chispas de color. Se posaron por todas partes, incluso sobre la ventana. Su visión fue

interrumpida bruscamente por una masa de cuerpos centelleantes, suaves y pulposos, que batían las alas al unísono. Escuchó. Captó un sonido repetido y ensordecedor que surgía de todos lados. El interior de la esfera quedó sumido en la oscuridad cuando las mariposas cubrieron por completo la ventana. Encendió las luces artificiales.

Pasó el tiempo. Examinó los periódicos, sin decidirse a actuar. ¿Retroceder o continuar adelante? Quizá valdría la pena dar un salto de cincuenta años. Las mariposas eran peligrosas, pero tal vez no constituían el factor letal que buscaba. Se miró la mano. La zona muerta, negra y tirante, se expandía. Experimentó una punzada de preocupación; empeoraba, no mejoraba.

El ruido que producían las mariposas al rozar el metal le molestaba e inquietaba. Dejó los libros a un lado y paseó arriba y abajo. ¿Cómo podían unos vulgares insectos, aunque fueran tan grandes como ésos, destruir a la raza humana? Los seres humanos podrían acabar con ellos sin demasiadas dificultades: polvos, venenos, pulverizadores.

Una diminuta partícula de metal le cayó sobre el hombro. Se la quitó de un manotazo. Cayó una segunda partícula, seguida de menudos fragmentos. Dio un brinco, alzó la cabeza.

Se estaba formando un círculo sobre su cabeza. Otro círculo apareció a la derecha, y a continuación un tercero. Más círculos se formaban en las paredes y en el techo de la esfera. Se plantó de un salto ante el tablero de control y conectó los mandos. Trabajó febril, velozmente. Una lluvia de fragmentos metálicos inundó el suelo. Un corrosivo, alguna sustancia que exudaban los insectos. ¿Ácido? Alguna secreción natural. Se volvió cuando se desplomó un gran trozo de metal.

Las mariposas se introdujeron en la esfera como una exhalación. La pieza que había caído era un círculo cortado limpiamente. Ni siquiera tuvo tiempo de verlo; agarró el soplete y lo encendió. La llama succionó y gorgoteó. Apuntó en dirección a las mariposas y el aire se llenó de partículas ardientes que se derramaron a su alrededor; un hedor insoportable se adueñó de la esfera.

Cerró los últimos conmutadores. Las luces de posición parpadearon y el suelo tembló bajo sus pies. Tiró de la palanca principal. Un enjambre de mariposas pugnaba por introducirse en el aparato. Un segundo circulo de metal se estrelló en el suelo y dio paso a una nueva invasión. Hasten se encogió, retrocedió, levantó el soplete y roció de fuego a los incansables asaltantes.

Luego se hizo un silencio tan repentino y absoluto que hasta él parpadeó de sorpresa. Aquel roce insistente y continuado había cesado. Estaba solo, a no ser por una nube de cenizas y partículas que cubría el suelo y las paredes, los restos de las mariposas que habían irrumpido en la esfera. Hasten, tembloroso, se sentó en el banco; se hallaba a salvo y regresaba a su tiempo. Había descubierto el factor letal, sin duda alguna. Así lo demostraba el montón de cenizas y los círculos practicados en el casco de la esfera. ¿Una secreción corrosiva? Sonrió con amargura.

La última visión de la horda le había revelado lo que quería saber. Las primeras mariposas que se introdujeron en la esfera a través de los círculos portaban herramientas, diminutas herramientas cortantes. Se habían abierto paso con ellas; transportaban su propio equipo de trabajo.

Se sentó a esperar que el Coche Temporal completara su viaje.

Los guardias del ministerio le ayudaron a bajar del Coche. Pisó él suelo, vacilante, y se apoyó en ellos.

—Gracias —murmuró.

—¿Estás bien, Hasten? —se interesó Wood.

—Sí —asintió—, de no ser por la mano.

—Vayamos adentro.

Entraron en la cámara por una gran puerta.

—Siéntate —Wood agitó la mano con impaciencia y un soldado se apresuró a traer una silla—. Tráigale un poco de café.

Hasten bebió el café, y luego apartó la taza. Se reclinó en la silla.

—¿Nos lo vas a explicar? —preguntó Wood.

—Sí.

—Estupendo. —Wood tomó asiento delante de él. Conectó una grabadora, y una cámara empezó a filmar el rostro de Hasten mientras hablaba—. Adelante. ¿Qué averiguaste?

Cuando hubo terminado se hizo el silencio en la sala. Ni los guardias ni los técnicos hablaron.

Wood se levantó, temblando.

—Dios mío... Así que una forma de vida tóxica acabó con ellos. Ya me lo imaginaba, pero... ¿mariposas? Mariposas inteligentes que planean ataques, que crecen con rapidez y se adaptan sin dificultades.

—Es posible que los libros y los periódicos nos sirvan de algo.

—Pero ¿de dónde vinieron? ¿Una mutación que afectó a una forma de vida ya existente? Tal vez llegaron de otro planeta, tal vez fueron resultado del viaje por el espacio. Hemos de averiguarlo.

—Sólo atacaron a los seres humanos —indicó Hasten—. Se desinteresaron de las vacas. Sólo a la gente.

—Quizá podamos detenerlas. —Wood conectó el videófono—. Convocaré una reunión extraordinaria del Consejo. Les proporcionaré tus explicaciones y recomendaciones. Pondremos en marcha un programa, organizaremos equipos por todo el planeta. Aún tenemos una oportunidad. Gracias, Hasten, es posible que aún podamos detenerlas.

El operador apareció y Wood le entregó el número de clave del Consejo. Hasten, absorto, se levantó y paseó sin rumbo por la sala. El brazo le dolía mucho. Salió de la cámara y volvió hacia el Coche Temporal, que algunos soldados examinaban con curiosidad. Hasten les observó como atontado, con la mente en blanco.

—¿Qué es esto, señor? —preguntó uno.

—¿Eso? —Hasten dio unos pasos adelante—. Un Coche Temporal.

—No, me refiero a eso —el soldado señaló algo en el casco—. Esto, señor. No estaba ahí cuando el Coche partió.

El corazón de Hasten dejó de latir. Pasó entre ellos y alzó la vista. Al principio no distinguió nada especial. sólo la superficie de metal corroída. Luego, un escalofrío le recorrió de pies a cabeza.

Había algo en la superficie, algo pequeño, de color pardo, peludo. Se adelantó y lo tocó. Una bolsa, una bolsa parda, pequeña y dura. Estaba seca, seca y vacía. Dentro no había nada; estaba abierta por un extremo. Advirtió en seguida que todo el casco del Coche estaba lleno de estos saquitos, algunos todavía llenos, pero la mayoría vacíos.

Capullos.

Librodot

LA PAGA

El movimiento se inició sin previo aviso. Los motores zumbaron con suavidad. Se hallaba a bordo de un pequeño crucero privado que surcaba el cielo de la tarde tranquilamente.

—Uf —suspiró Hendricks.

Se irguió en su asiento y se frotó la cabeza. Earl Rethrick, a su lado, le miró con los ojos brillantes.

—¿Está bien?

—¿Dónde estamos? —Jennings agitó la cabeza en un intento de aliviar el dolor—. O quizá debería formular la pregunta de otra manera.

En seguida advirtió que no era otoño, sino primavera, a juzgar por el verde de los campos. Lo último que recordaba era haber subido en un ascensor con Rethrick. En otoño. Y en Nueva York.

—Sí —confirmó Rethrick—, hemos adelantado casi dos años. Ya verá que muchas cosas han cambiado. El gobierno cayó hace pocos meses. El nuevo gobierno es todavía más fuerte. La PS, la Policía de Seguridad, posee un poder casi ilimitado. Está enseñando a los niños a delatar, pero ya lo veíamos venir. Echemos un vistazo. Nueva York es más grande. Tengo entendido que han terminado de rellenar la bahía de San Francisco.

—¡Lo que quiero saber es qué demonios he estado haciendo estos últimos dos años! —Jennings encendió un cigarrillo, nervioso, y mordisqueó el filtro—. ¿Me lo va a contar?

—No, por supuesto que no.

—¿Adónde vamos?

—Volvemos a la oficina de Nueva York. Donde nos encontramos por primera vez, ¿recuerda? Seguro que se acordará mejor que yo; al fin y al cabo, para usted es como si sólo hubieran pasado unas veinticuatro horas.

Jennings asintió. ¡Dos años! Dos años de su vida, perdidos para siempre. Parecía imposible. Aún seguía reflexionando y calibrando su decisión cuando entró en el ascensor. ¿Cambiaría de opinión? A pesar del dinero que iba a conseguir (una cantidad enorme, incluso para él), tal vez no valiera el esfuerzo. Siempre se preguntaría en qué había estado ocupado. ¿Un trabajo legal? ¿Era acaso...? Pero estas especulaciones carecían de importancia a estas alturas. El telón había caído mientras se debatía en la duda. Miró con el ceño fruncido el cielo de la tarde. La tierra se veía húmeda, viva. La primavera, la primavera de dos años después. ¿Qué podría contar de esos dos años?

—¿Me han pagado? —preguntó. Sacó la cartera y examinó su interior—. Veo que no.

—No. Le pagaremos en la oficina. Kelly lo hará.

—¿Todo a la vez?

—Cincuenta mil créditos.

Jennings sonrió, algo más aliviado ahora que la cantidad había sido verbalizada. Después de todo, no estaba tan mal, como si le pagaran por dormir. Claro que había envejecido dos años; dos años menos de vida. Era

como vender parte de sí mismo, parte de su vida. Y la vida iba muy cara en esos días. Se encogió de hombros. A fin de cuentas, era el pasado.

—Casi hemos llegado —anunció el hombre de mayor edad. El piloto robot hizo descender la nave a tierra. Nueva York se hizo visible— Bueno, Jennings, nunca nos volveremos a ver —alargó la mano—. Ha sido un placer trabajar con usted, porque trabajamos juntos. Codo con codo. Es usted uno de los mejores técnicos que he conocido. No nos equivocamos al contratarle, incluso por ese sueldo. Nos lo ha devuelto por centuplicado... aunque no lo sepa.

—Me alegro de que invirtieran bien su dinero.

—Parece enfadado.

—No, sólo intento acostumbrarme a la idea de ser dos años más viejo.

—Aún es muy joven —rió Rethrick—. Y se sentirá mejor cuando ella le entregue la paga.

Bajaron en la pequeña pista de aterrizaje situada en el tejado del edificio en el que estaba enclavada la oficina de Nueva York. Rethrick le guió hasta el ascensor. Jennings experimentó un sobresalto cuando las puertas se cerraron tras él. El ascensor era lo último que recordaba. Y luego, el vacío más absoluto.

—Kelly se alegrará de verle —dijo Rethrick cuando entraron en el vestíbulo iluminado—. De vez en cuando preguntaba por usted.

—¿Por qué?

—Dice que usted es muy atractivo.

Rethrick tecleó una clave en una puerta, que se abrió silenciosamente. Entraron en la lujosa oficina de Construcciones Rethrick. Una joven, sentada tras un amplio escritorio de caoba, estudiaba unos informes.

—Kelly —dijo Rethrick—, mira a quién tenemos aquí.

La joven levantó los ojos y sonrió.

—Hola, señor Jennings. ¿Cómo se siente uno cuando vuelve al mundo?

—Bien. —Jennings se acercó—. Rethrick dice que usted me va a pagar.

Rethrick palmeó la espalda de Jennings.

—Hasta luego, amigo mío. Volveré a la fábrica. Si alguna vez necesita mucho dinero en poco tiempo, venga y firmaremos un nuevo contrato.

Jennings asintió con la cabeza. Se sentó ante el escritorio y cruzó las piernas. Kelly abrió un cajón y empujó la silla hacia atrás.

—Muy bien. Ha expirado el plazo y Construcciones Rethrick va a cumplir su compromiso. ¿Lleva encima la copia del contrato?

Jennings sacó un sobre del bolsillo y lo depositó sobre el escritorio.

—Aquí está.

Kelly extrajo del cajón una bolsita de tela y algunas hojas de papel escritas a mano, que leyó con expresión concentrada.

—¿Qué ocurre?

—Me parece que va a recibir una sorpresa. —Kelly le devolvió el contrato— . Léalo otra vez.

—¿Por qué? —Jennings abrió el sobre.

—Hay una cláusula alternativa: «Si la parte contratante de la segunda parte así lo desea, a lo largo del tiempo de contrato con la antes mencionada Compañía de Construcciones Rethrick...».

—«Si así lo desea, en lugar de la cantidad de dinero especificada, puede elegir, según su voluntad, artículos o productos que, en su opinión, equivalgan a la cantidad...»

Jennings se apoderó de la bolsita, la abrió y vertió el contenido en su palma. Kelly le observaba.

—¿Dónde está Rethrick? —Jennings se levantó—. Si ésta es su idea de...

—Rethrick no tiene nada que ver con esto. Usted lo sugirió. Mire aquí. —Kelly le pasó las hojas—. De su puño y letra. Léalo. Fue idea suya, no nuestra, se lo aseguro. Sucede a menudo con la gente que contratamos. Durante su período deciden cambiar el dinero por otra cosa. El porqué no lo sé, pero luego se olvidan, a pesar de que hayan acordado...

Jennings examinó las hojas. Era su letra, no había duda. Le temblaban las manos.

—No puedo creerlo, aunque sea mi letra —dobló los papeles y apretó la mandíbula—. Me hicieron algo mientras volvía. Jamás habría estado de acuerdo con esto.

—Debió de tener una razón. Admito que carece de sentido, pero usted ignora los factores que le hicieron cambiar de opinión, antes de que borraran sus recuerdos. No es el primero; ha habido otros antes que usted.

Jennings miró lo que sostenía en la palma de la mano. Había sacado algunos objetos de la bolsa de tela: una llave codificada, un fragmento de billete, el recibo de un paquete, un trozo de alambre muy delgado, una ficha de póquer partida por la mitad, un fragmento de tela verde, una ficha de autobús.

—Todo esto en lugar de cincuenta mil créditos —murmuró—. Dos años...

Salió del edificio y se zambulló en la concurrida calle. Seguía aturdido, aturdido y confuso. ¿Le habrían estafado? Palpó en su bolsillo las baratijas, el alambre, el trozo de billete, todo lo demás. ¡Eso a cambio de dos años de trabajo! Pero había visto, escrita de su puño y letra, la declaración de renuncia, la demanda de sustitución. Como en el cuento de Juan y las habichuelas. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Qué le habría impulsado a hacerlo?

Caminó por la acera y, al llegar a la esquina, se detuvo para dejar paso a un taxi de superficie.

—Muy bien, Jennings. Suba.

La cabeza le rodaba. La puerta del taxi estaba abierta. Un hombre le apuntaba con un rifle de energía directamente a la cara. Un hombre vestido de verde azulado: la Policía de Seguridad.

Jennings subió. Los cierres magnéticos de la puerta la aseguraron cuando hubo entrado. Una cripta. El taxi se deslizó por la calle. Jennings se reclinó en el asiento. El hombre de la PS bajó el arma. Un segundo agente le registró expertamente. Le quitó el billetero y las baratijas, el sobre y el contrato.

—¿Qué lleva encima? —preguntó el conductor.

—Un billetero, dinero y un contrato con Construcciones Rethrick. No lleva armas —le devolvió a Jennings sus efectos personales.

—¿Qué significa esto?

—Queremos hacerle algunas preguntas, eso es todo. ¿Ha trabajado para Rethrick?

—Sí.

—¿Dos años?

—Casi dos años.

—¿En la fábrica?

—Creo que sí —asintió Jennings.

—¿Dónde esta la fábrica, señor Jennings? —el oficial se inclinó sobre él—. ¿Dónde se halla emplazada?

Librodot

—No lo sé.

Los dos oficiales intercambiaron una mirada. El primero se humedeció los labios con una expresión dura e inquisitiva en el rostro.

—¿No lo sabe? Una pregunta más, la última. En estos dos años. ¿qué clase de trabajo ha llevado a cabo? ¿Qué hacía?

—Mecánica. Reparaba máquinas electrónicas.

—¿Qué tipo de máquinas electrónicas?

—No lo sé. —Jennings le miró y no pudo reprimir una sonrisa irónica—. Lo siento, pero no lo sé. Le digo la verdad.

Se hizo el silencio.

—No entiendo qué quiere decir. ¿Intenta insinuar que ha estado trabajando con máquinas durante dos años sin saber qué eran? ¿Sin saber dónde estaba?

—¿Qué significa todo esto? —se indignó Jennings—. ¿Por qué me han detenido? No he hecho nada. He estado...

—Lo sabemos. No le hemos arrestado. Necesitamos cierta información sobre Construcciones Rethrick. Ha trabajado para ellos, en su fábrica, en un cargo importante. ¿Es usted ingeniero electrónico?

—Sí.

—¿Se dedica a reparar computadoras de alta calidad y equipo adicional? —El oficial consultó su libreta de notas—. Por lo que veo, está considerado uno de los mejores del país.

Jennings no dijo nada.

—Díganos las dos cosas que queremos saber y le soltaremos al instante. ¿Dónde está la fábrica de Rethrick? ¿A qué se dedica? Se ocupó de las máquinas por encargo suyo. ¿no? ¿No es cierto? Durante dos años.

—No lo sé. Supongo que sí. No tengo ni idea de lo que he hecho durante estos dos años, me crean o no.

Jennings no despegaba la mirada del suelo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó el conductor por fin—. No nos dieron más instrucciones.

—Llevémosle a la Central. Aquí no podemos continuar el interrogatorio.

Hombres y mujeres atestaban las aceras. El tráfico era intenso, bloqueado por los vehículos de superficie que transportaban a los trabajadores a sus hogares en el campo.

—Jennings, ¿por qué no nos responde? ¿Qué le pasa? No existe razón alguna que le impida proporcionarnos una información tan simple. ¿No desea cooperar con su gobierno? ¿Por qué nos oculta datos?

—Lo diría si lo supiera.

El oficial gruñó. Nadie pronunció una palabra. El taxi se detuvo ante un gran edificio de piedra. El conductor desconectó el motor, quitó la cápsula de control y se la guardó en el bolsillo. Tocó la puerta con la llave codificada y los cierres magnéticos se soltaron.

—¿Qué hacemos con él, lo metemos dentro? Ahora no...

—Espera.

El conductor salió y los otros dos le acompañaron después de cerrar las puertas. Se quedaron hablando frente a la entrada de la Dirección General de Seguridad.

Jennings seguía sentado en silencio. La PS quería saber algo acerca de Construcciones Rethrick. Bien, no podía decirles nada. Habían elegido a la persona menos adecuada, pero ¿cómo lo probaría? Su relato sería juzgado

inverosímil. Dos años borrados de su memoria. ¿Quién lo creería? Incluso a él le resultaba increíble.

Su mente retrocedió al momento en que había leído el anuncio por primera vez: «Se precisa técnico», y una descripción general, vaga e indirecta del trabajo, pero suficientemente explícita como para indicarle que estaba en su línea. ¡Y vaya salario! Entrevistas en la oficina, tests, formularios... y luego el gradual convencimiento de que Construcciones Rethrick le sometía a una rigurosa investigación, mientras que él no sabía nada de ellos. ¿A qué se dedicaban? Construcción, de acuerdo. pero ¿de qué clase? ¿Qué tipo de máquinas utilizaban? Cincuenta mil créditos en dos años...

Y había terminado con los recuerdos borrados. Dos años de los que no recordaba nada. Eso fue lo que más le costó aceptar del contrato, pero lo había hecho.

Jennings miró por la ventanilla. Los tres oficiales continuaban discutiendo en la acera, tratando de decidir lo que harían con él. Se hallaba en un aprieto. Pedían una información que no podía darles, que desconocía. ¿Cómo podía probarlo? ¿Cómo podía probar que había trabajado dos años y que, al terminar, sabía lo mismo que al principio? La PS le presionaría. Pasaría mucho tiempo antes de que le creyeran, y para entonces...

Buscó con desesperación alguna vía de escape. Volverían en un instante. Tocó la puerta. Clausurada con cierres magnéticos de tres anillas. Las conocía de sobra, había diseñado parte del dispositivo. No había forma de abrir las puertas sin la llave codificada, a menos que provocara un cortocircuito en el cerrojo. Pero ¿con qué?

Registró sus bolsillos. ¿Qué podía utilizar? Existía una débil esperanza en caso de volar los cerrojos: Las calles estaban llenas de gente que volvía a sus casas después de trabajar. Eran más de las cinco; los grandes edificios de oficinas estaban cerrando las puertas y el tráfico era intenso. No se atreverían a dispararle si escapaba...; si conseguía escapar.

Los tres oficiales se separaron. Uno subió la escalera de la Dirección General. Los demás no tardarían en volver al vehículo. Jennings sacó del bolsillo la llave codificada, el trozo de billete y el alambre. ¡El alambre! Un alambre fino, fino como un cabello. ¿Sería aislante? Lo desenredó y comprobó que no.

Se arrodilló y palpó con sus dedos expertos la superficie de la puerta. Descubrió que una estrecha ranura separaba el cerrojo de la puerta. Introdujo con mucha delicadeza el extremo del alambre por el casi invisible espacio y lo hundió unos pocos centímetros. El sudor resbalaba por su frente. Movió el alambre un poco más y lo torció. Contuvo el aliento. El relé debería...

Una chispa.

Se arrojó con todo su peso contra la puerta, deslumbrado. La puerta cedió. Salía humo del cerrojo. Jennings se desplomó sobre la calle y se puso en pie de un salto. Los coches hacían sonar el claxon y se arremolinaban en torno a él. Se refugió tras un camión cargado de mercancías, en medio del tráfico. Observó con el rabillo del ojo que los hombres de la PS venían en su dirección.

Un bamboleante autobús se aproximó, atestado de pasajeros. Jennings cerró la mano en torno a la barandilla posterior y se izó a la plataforma. Rostros asombrados como pálidas lunas volvieron los ojos para mirarle. El conductor robot, zumbando con irritación, se acercó.

—Señor... —empezó el conductor. El autobús redujo la velocidad—. Señor. no está permitido...

—Está bien.

Jennings experimentó un extraño júbilo. Un momento antes estaba atrapado. sin posibilidad alguna de escapar. Dos años de su vida perdidos para nada. La Policía de Seguridad le había arrestado, exigiéndole una información que no podía dar. ¡Una situación desesperada! Pero ahora las piezas empezaban a encajar en su mente.

Sacó del bolsillo la ficha de autobús y la introdujo en la ranura del Conductor.

—¿Vale?

El conductor vaciló, y luego el autobús avanzó y aumentó la velocidad. El conductor, apaciguado, dio media vuelta. Todo iba bien. Jennings se abrió paso entre los pasajeros que estaban de pie y buscó un asiento. Necesitaba sentarse para poder pensar.

Tenía mucho en qué pensar. Su mente no descansaba.

El autobús se adentró en el espeso tráfico urbano. Jennings apenas tenía conciencia de la gente que le rodeaba. Era indudable que no le habían estafado; la decisión había sido suya exclusivamente. Por sorprendente que fuera, después de dos años de trabajo, había preferido un puñado de baratijas a cincuenta mil créditos. Y, aún más sorprendente. el puñado de baratijas le estaba siendo de mayor utilidad que el dinero.

Había escapado de la Policía de Seguridad con la ayuda de un trozo de cable y de una ficha de autobús. El dinero no le habría servido de nada una vez hubiera desaparecido tras los muros del gran edificio de piedra, ni siquiera cincuenta mil créditos. Y aún le quedaban otras cinco baratijas. Rebuscó en el bolsillo: cinco cosas más. Había utilizado dos. ¿Para qué le servirían las otras? ¿Serían igual de importantes?

El gran enigma era: ¿cómo había sabido él —su yo anterior— que un trozo de alambre y una ficha de autobús le salvarían la vida? Lo cierto es que lo había sabido, lo había sabido de antemano. Pero ¿cómo? Por pura deducción, las otras cinco también le serían de suma utilidad.

El Jennings de los últimos dos años había sabido cosas que ahora había olvidado, cosas que la compañía había borrado de su memoria, como una máquina de sumar cuando se desconecta. Ya no poseía ninguna información de aquel período, salvo las siete baratijas, cinco de las cuales guardaba en su bolsillo.

Pero el auténtico problema actual no era puramente especulativo, sino muy concreto. La Policía de Seguridad le buscaba. Tenían su nombre y descripción. Descartó de inmediato acudir a su apartamento, suponiendo que aún tuviera un apartamento. Pero ¿adónde iría, entonces? ¿Hoteles? La PS los registraría a diario. ¿Amigos? Supondría arriesgar sus vidas, al igual que la suya. Sólo era cuestión de tiempo que la PS diera con él mientras paseaba por la calle, comía en un restaurante, presenciaba un espectáculo o dormía en alguna pensión. La PS estaba en todas partes.

¿En todas partes? No era del todo cierto. Un individuo se halla indefenso, pero una empresa no. Las grandes fuerzas económicas se las habían arreglado para tener las manos libres, a pesar de que casi todo lo demás había sido absorbido por el gobierno. Leyes de las que se había despojado a los particulares aún protegían a la industria y a la propiedad. La PS podía

detener a cualquier persona, pero no apoderarse de una compañía o de una empresa: así se había establecido a mediados del siglo veinte.

Negocios, industrias y corporaciones estaban a salvo de la Policía de Seguridad. Se requería un proceso legal. Construcciones Rethrick estaban en el punto de mira de la PS, pero no podían hacer nada hasta que se violara algún estatuto. Si conseguía llegar hasta la Compañía y traspasar sus puertas, se encontraría a salvo. Jennings sonrió con amargura. El nuevo santuario, la moderna Iglesia. El Gobierno contra la Corporación, en lugar del Estado contra la Iglesia. La nueva Notre Dame del mundo, que cortaba el paso a la ley.

¿Le aceptaría de nuevo Rethrick? Sí, o al menos eso había afirmado. Dos años más de su vida, y luego el regreso. ¿Le sería de alguna ayuda? Palpó el bolsillo que contenía las restantes baratijas. Estaba claro que las había guardado con el propósito de usarlas. No, no volvería a Construcciones Rethrick para firmar un contrato similar al anterior. Necesitaba algo más permanente. Reflexionó unos momentos. Construcciones Rethrick. ¿Qué construían? ¿Qué había él averiguado en el curso de esos dos años? ¿Y por qué estaba la PS tan interesada?

Sacó los cinco objetos y los examinó. El fragmento de tela verde, la llave codificada, el trozo de billete, el recibo del paquete, la ficha de póquer partida por la mitad. Resultaba extraño que aquellos objetos insignificantes pudieran ser tan importantes.

Y Construcciones Rethrick estaba implicada.

No había duda. La respuesta, todas las respuestas, conducían a Rethrick. Pero ¿dónde se escondía Rethrick? No tenía ni idea del emplazamiento de la fábrica. Conocía la oficina, la gran y lujosa sala con la joven detrás del escritorio, pero eso no era Construcciones Rethrick. ¿Lo sabría alguien, además del propio Rethrick? Kelly no lo sabía. ¿Lo sabía la PS?

Lo único cierto es que estaba fuera de la ciudad; se había desplazado hasta allí en cohete. Probablemente se ubicaba en Estados Unidos, quizá en los terrenos de cultivo, en la campiña, alejada de las ciudades. ¡Qué situación tan complicada! En cualquier momento, la PS caería sobre él. La próxima vez no escaparía. Su única oportunidad de poder escapar era encontrar a Rethrick, así como su única oportunidad de averiguar lo que había sabido anteriormente. No recordaba dónde estaba la fábrica. Contempló las cinco baratijas. ¿Le serían de alguna ayuda?

Una oleada de desesperación le invadió. ¿Y si hubiera sido pura casualidad lo del cable y la ficha? ¿Y si...?

Examinó el recibo del paquete, le dio vueltas y lo alzó a la luz. Los músculos de su estómago se contrajeron de repente y su pulso se aceleró. Tenía razón: no había sido una coincidencia. El recibo del paquete llevaba fecha de dos días atrás. El paquete, fuera lo que fuese, aún no había sido entregado. Faltaban cuarenta y ocho horas.

Miró las demás cosas. El trozo de billete. ¿Para qué servía un trozo de billete? Estaba arrugado y doblado varias veces. No iría a ningún sitio con él, sólo le informaría de dónde había estado.

¡Dónde había estado!

Lo desdobló y alisó las arrugas. Las palabras impresas habían sido cortadas por la mitad:

PORTOLA T

STUARTS VI
IOW

Sonrió. Ahí había estado. Era sencillo rellenar los huecos. No había duda: también había previsto esto. Tres baratijas usadas; quedaban cuatro. Stuartsville, lowa. ¿Existía tal lugar? Miró por la ventanilla del autobús. La estación de cohetes interciudades estaba a una manzana de distancia. Llegaría en un segundo. Bastaría con una carrerilla, suponiendo que la Policía no le detuviera...

Sin embargo, intuyó que no lo harían, mientras guardara las otras cuatro cosas en el bolsillo. Se encontraría a salvo en cuanto pisara el cohete. Era lo bastante grande como para mantener a distancia a la PS. Jennings guardó las baratijas sobrantes en el bolsillo, se puso en pie y pulsó el timbre.

Un momento después descendió en la acera.

El cohete le condujo al límite de la ciudad. Aterrizó en una pequeña pista de color pardo. Algunos mozos de cuerda deambulaban acarreando maletas y buscando protegerse del calor.

Jennings se dirigió a la sala de espera y examinó a la gente corriente: obreros, hombres de negocios, amas de casa. Stuartville era una pequeña ciudad del Medio Oeste. Camioneros, universitarios.

Atravesó la sala de espera y salió a la calle. Existía una posibilidad de que la fábrica de Rethrick estuviera ubicada en la zona, en el caso de que hubiera utilizado el trozo de billete correctamente. De todas formas, había algo, de lo contrario no habría incluido el fragmento entre sus pertenencias.

Stuartsville, lowa. Un plan vago y nebuloso empezó a formarse en su mente. Caminó con las manos en los bolsillos y echó un vistazo a su alrededor. La sede de un periódico, restaurantes, hoteles, billares, una barbería, una tienda en la que reparaban televisores, un almacén de venta de cohetes de tamaño familiar, con enormes salas de exhibición. Y el teatro Portola al final de la manzana.

En las afueras de la ciudad se veían granjas y campos. Kilómetros y kilómetros de hierba verde. Algunos transportes aéreos centelleaban en el cielo, cargados de productos y equipos para las granjas. Una ciudad pequeña, insignificante, ideal para Construcciones Rethrick, perdida la fábrica en un lugar tan alejado de las ciudades importantes y de la PS.

Jennings volvió sobre sus pasos. Entró en el restaurante Bob's Place.

Un joven con gafas se le acercó, mientras se secaba las manos en el delantal, cuando se sentó en la barra.

—Café —pidió Jennings.

—Café —el empleado le trajo la taza.

Había muy poca gente en el local. Un par de moscas zumbaban junto a la ventana.

Granjeros y amas de casa se dirigían tranquilamente a sus quehaceres.

—Oiga —dijo Jennings, revolviendo su café—, ¿dónde se puede encontrar trabajo por aquí?

—¿Qué clase de trabajo? —el joven se apoyó sobre el mostrador.

—Instalaciones eléctricas. Soy electricista. Televisiones, computadoras, cohetes, todo eso.

—¿Por qué no prueba en las grandes zonas industriales? Detroit, Chicago, Nueva York...

Librodot

—No me gustan las grandes ciudades —Jennings meneó la cabeza—. Nunca me quedo demasiado tiempo en ellas.

—A mucha gente de aquí le gustaría trabajar en Detroit —rió el joven—. ¿Es usted electricista?

—¿Hay alguna fábrica en las cercanías? ¿Tiendas de reparación?

—No, que yo sepa —el joven se alejó para atender a un nuevo cliente.

Jennings tomó su café. ¿Había cometido un error? Quizá debería dejarlo correr y abandonar Stuartsville, Iowa. Quizá había extraído conclusiones equivocadas del trozo de billete, pero éste significaba algo, aunque estuviera equivocado en todo. Y, además, era un poco tarde para arrepentirse.

El camarero regresó.

—¿Puedo conseguir algún tipo de trabajo aquí? —preguntó Jennings—. Lo justo para ir tirando.

—Siempre hay trabajo en las granjas.

—¿Y reparaciones? Garajes, televisores...

—Hay una tienda de reparación de televisores bajando por esta misma calle; pregunte allí. Podría intentarlo. El trabajo en las granjas está bien pagado, porque la mayoría de los hombres disponibles visten uniforme. ¿Le gustaría echar heno?

Jennings rió y pagó el café.

—No mucho, pero se lo agradezco.

—A veces, algunos hombres van a trabajar carretera arriba, en una especie de instalación gubernamental.

Jennings asintió con la cabeza. Abrió la puerta y salió a la calle. Vagó sin rumbo durante un rato, sumido en sus pensamientos, perfilando su nebuloso plan. Era un plan magnífico, que resolvería todos sus problemas a la vez. Pero, antes que nada, era fundamental hallar el paradero de Construcciones Rethrick. Y sólo tenía una pista, si es que se trataba de una pista, para orientarse: el fragmento de billete, doblado y arrugado, que guardaba en el bolsillo. Y la fe de que sabía de antemano lo que estaba haciendo.

Una instalación gubernamental. Jennings se detuvo y miró a su alrededor. Había una parada de taxis al otro lado de la calle; dos taxistas esperaban fumando y leyendo el periódico. Valía la pena probar, no había nada que perder. Rethrick se resguardaría tras una falsa fachada. Nadie haría preguntas si pasaba por ser un proyecto del gobierno. Estaban demasiado acostumbrados a que los proyectos del gobierno se llevaran adelante en secreto.

Se acercó al primer taxi.

—Perdone, ¿podría hacerle una pregunta?

—¿Qué se le ofrece? —preguntó el taxista.

—Me han dicho que hay trabajo en las instalaciones del gobierno. ¿Es cierto?

El taxista asintió con un gesto después de examinarle.

—¿De qué trabajo se trata?

—No lo sé.

—¿Dónde puedo apuntarme?

—No lo sé.

El taxista volvió la atención al periódico.

—Gracias.

Jennings se alejó.

—Sólo contratan personal de vez en cuando, gente muy seleccionada. Debería probar en otra parte.

—De acuerdo.

El segundo taxista salió de su vehículo.

—Sólo contratan trabajadores temporales, amigo, y punto. Y los eligen con mucho cuidado. Muy pocos pasan la prueba. El trabajo tiene algo que ver con la guerra.

Jennings se puso en guardia.

—¿Alto secreto?

—Vienen a la ciudad y reclutan unos cuantos obreros de la construcción, hasta llenar un camión. Eso es todo. Se lo piensan muy bien antes de escoger a alguien.

Jennings avanzó hacia el taxista.

—¿Es eso cierto?

—El lugar es enorme. Paredes de acero electrificadas, guardias armados, se trabaja continuamente, día y noche... Pero nadie puede entrar. Está sobre lo alto de la colina, al final de la vieja carretera Henderson, a unos cinco kilómetros. —El taxista se palmeó el hombro—. No se puede entrar sin identificación. Los trabajadores que contratan deben identificarse en todo momento, ¿entiende?

Jennings miró fijamente al taxista. Estaba trazando una línea sobre su hombro. De repente, comprendió. Una oleada de alivio le invadió.

—Claro —respondió—, ya sé a qué se refiere. Bueno, al menos me lo imagino. —Buscó en su bolsillo y extrajo las cuatro baratijas. Desdobló el fragmento de tela verde y lo sostuvo en alto—. ¿Es algo así?

Los taxistas estudiaron la muestra.

—Perfecto —dijo uno de ellos, sin apartar la vista de la tela—. ¿Dónde lo consiguió?

—Me lo dio un amigo —rió Jennings.

Devolvió el fragmento a su bolsillo.

Empezó a caminar en dirección a la pista de aterrizaje. Ya había dado el primer paso, pero le quedaban muchas cosas por hacer. Había localizado a Rethrick, y las baratijas le iban a ser de mucha utilidad, una para cada crisis. ¡Una bolsa milagrosa procedente de alguien que conocía el futuro!

Para el siguiente paso necesitaba colaboración, no podía darlo solo.

Pero ¿quién? Reflexionó mientras entraba en la sala de espera de la estación de cohetes. Sólo podía acudir a una persona, lo que comportaba un riesgo elevado, pero debía afrontar el reto. Si la fábrica de Rethrick se hallaba aquí, es posible que Kelly también...

La calle estaba a oscuras. Un poste de alumbrado destellaba a intervalos en la esquina. Pasaban muy pocos vehículos.

Una forma menuda surgió de la entrada del edificio de apartamentos, una joven que llevaba chaqueta y un bolso en la mano. Jennings la observó al pasar junto al poste. Kelly McVane iba a alguna parte, probablemente a una fiesta. Vestida con una elegante chaqueta corta y un sombrero, sus tacones altos repiqueteaban en el pavimento.

Se deslizó fuera de las sombras ante ella.

—Kelly.

Ella se volvió al instante con la boca abierta.

—¡Oh!

Librodot

—No se preocupe —la cogió por el brazo—. Soy yo. ¿Adónde va, tan bien vestida?

—A ningún sitio —parpadeó ella—. Caramba, me ha dado un susto. ¿Qué pasa? ¿A qué viene esto?

—Nada. ¿Puede dedicarme unos minutos? Quiero hablar con usted.

—Ya me lo imagino —asintió Kelly—. ¿Adónde iremos?

—A cualquier sitio donde podamos hablar. No quiero que nadie nos escuche.

—¿Paseamos?

—No. La Policía...

—¿La Policía?

—Me buscan.

—¿A usted? ¿Porqué?

—No nos quedemos aquí —dijo Jennings con semblante preocupado—. ¿Adónde podemos ir?

—Podemos ir a mi apartamento —propuso Kelly tras una corta vacilación—. Estaremos solos.

Subieron en el ascensor. Kelly desbloqueó la puerta con la llave codificada. Cuando entraron, la calefacción y las luces se encendieron automáticamente. Ella cerró la puerta y se quitó la chaqueta.

—No me quedaré mucho rato —dijo Jennings.

—Está bien. Le prepararé una copa.

Fue a la cocina y Jennings se sentó en el sofá. Paseó la mirada por el pequeño y limpio apartamento. La chica regresó en seguida. Se sentó a su lado, y Jennings tomó su copa. Whisky escocés con agua fría.

—Gracias.

—De nada —sonrió Kelly. Ambos permanecieron un rato en silencio—. ¿Y bien? ¿Qué le ocurre? ¿Por qué le busca la Policía?

—Quieren averiguar algo acerca de Construcciones Rethrick. Yo no soy más que un simple peón en todo esto. Piensan que sé algo porque trabajé dos años en la fábrica de Rethrick.

—¡Pero usted no sabe nada!

—No puedo probarlo.

Kelly alargó la mano y tocó la cabeza de Jennings, justo sobre la oreja.

—Palpe aquí, en ese preciso lugar.

Jennings obedeció y notó una pequeña zona endurecida sobre la oreja, oculta bajo el cabello.

—¿Qué es esto?

—le practicaron una incisión en el cráneo y extrajeron un diminuto fragmento de cerebro: sus recuerdos de dos años. Los localizaron y los destruyeron. Ni siquiera la PS conseguiría que recordara. Están perdidos para siempre; ya no son suyos.

—No quedará mucho de mí cuando por fin se den cuenta.

Kelly no dijo nada.

—Ya ve el apuro en que me encuentro. Lo mejor sería poder recordar, así podría hablar con ellos y...

—¡Y destruir a Rethrick!

—¿Por qué no? —Jennings se encogió de hombros—. Rethrick no significa nada para mí. Ni siquiera sé lo que hacen. ¿Por qué se halla la Policía tan interesada? Desde el principio, todo ese misterio, el lavado de cerebro...

—Existe una razón. Una buena razón.

—¿Sabe por qué?

—No —Kelly agitó la cabeza—, pero estoy segura de que hay una razón. Si la PS está interesada, es que hay un motivo —posó el vaso sobre la mesa y te miró a los ojos—. Odio a la Policía. Todos la odiamos, nos persigue sin cesar. No sé nada sobre Rethrick; en caso contrario, mi vida peligraría. Muy pocas cosas protegen a Rethrick, apenas un puñado de leyes. Nada más.

—Tengo la impresión de que Rethrick significa mucho más que cualquier otra compañía de construcciones que la PS desee controlar.

—supongo que sí, pero no sé nada. Soy una simple recepcionista. Nunca he estado en la fábrica, ni sé dónde está.

—Pero no desea que le suceda nada.

—¡Claro que no! Luchan contra la Policía. Cualquiera que luche contra la Policía está de nuestro lado.

—¿De veras? Ya he oído antes comentarios parecidos. Hace unas décadas, cualquiera que combatiera el comunismo se convertía automáticamente en un buen ciudadano. Bien. el tiempo tiene la palabra. En lo que a mí respecta, soy un individuo atrapado entre dos fuerzas despiadadas: gobierno y negocios. El gobierno posee hombres y poder. Construcciones Rethrick, tecnología. Ignoro lo que hacen con ella, al menos desde hace unas semanas. Ahora cuento apenas con ideas vagas y unas pocas pistas. Y una teoría.

—¿Una teoría?

—Y un puñado de baratijas. Siete. Ahora, sólo tres o cuatro, puesto que he utilizado algunas. Son la base de mi teoría. Si Rethrick está haciendo lo que creo que hace. empiezo a entender el interés de la PS. De hecho, comparto su interés.

—¿Qué hace Rethrick?

—Está desarrollando una máquina para explorar el tiempo.

—¿Qué?

—Un rastreador temporal. Ha sido teóricamente posible durante varios años, pero es ilegal experimentar con rastreadores y espejos temporales. Es un delito y, si te cogen, todo el equipo y los datos pasan a pertenecer al gobierno. Por eso el gobierno está tan interesado —sonrió con amargura Jennings—. Si pueden apoderarse de los bienes de Rethrick.

—Un rastreador temporal. Es difícil de creer.

—¿Cree que me equivoco?

—No lo sé. Tal vez. No es usted el primero en aceptar como paga del contrato una bolsita de tela que contiene objetos diversos. ¿Cómo los ha utilizado?

—Primero, el alambre y la ficha de autobús para escapar de la Policía. Aunque parezca inverosímil, de no ser por ellos aún estaría en la Dirección General. Un trozo de alambre y una ficha de diez centavos. Lo curioso es que nunca suelo llevar encima cosas parecidas.

—Viajar por el tiempo…

—No, no se trata de viajar por el tiempo. Berkowsky demostró que era imposible. Es un rastreador temporal, un espejo para ver y una pala para recoger cosas. Al menos una de estas baratijas viene del futuro..

—¿Cómo lo sabe?

—Lleva una fecha. Quizá las otras no. Fichas de autobús y alambres son objetos muy normales. Una ficha es tan buena como otra. Él debe de haber usado un espejo.

»Debí usar un espejo cuando trabajaba para Rethrick. Indagué en mi propio futuro. Si me encargaba de reparar el equipo, casi era lógico que lo hiciera. Miré en el futuro y vi lo que iba a suceder: la PS me detendría. Al verlo, también debí de ver para qué servirían un trozo de alambre y una ficha de autobús... si los llevaba encima en el momento adecuado.

Kelly reflexionó unos instantes.

—Bueno, ¿qué quiere de mí?

—Ahora ya no estoy seguro. ¿De veras considera a Rethrick una institución bondadosa que lucha contra la Policía? Una especie de Rolando en Roncesvalles...

—¿Qué importa lo que piense de la Compañía?

—Importa, y mucho. Importa mucho porque quiero que usted me ayude —Jennings terminó su bebida y apartó el vaso—. Voy a hacer chantaje a Construcciones Rethrick.

Kelly le miró, asombrada.

—Es mi única oportunidad de seguir con vida. Presionar a Rethrick para que me deje entrar en la fábrica, imponiendo ciertas condiciones. Es el único lugar en donde me puedo esconder. Tarde o temprano, la Policía me detendrá. Si no vuelvo a la fábrica, y pronto...

—¿Ayudarle a hacer chantaje a la Compañía? ¿Destruir Rethrick?

—No, destruirla no. No quiero destruirla, ya que mi vida depende de la Compañía. Mi vida depende de lo fuerte que sea Rethrick para desafiar a la PS. Poco importa lo fuerte que sea Rethrick si continúo afuera, ¿entiende? Quiero entrar, quiero entrar antes de que sea demasiado tarde, y quiero hacerlo con condiciones, no como un simple trabajador temporal al que se da una patada pasados dos años.

—Para que la Policía lo detenga.

—Exacto —asintió Jennings.

—¿Cómo va a hacer chantaje a la Compañía?

—Entraré en la fábrica y me llevaré el material suficiente para probar que Rethrick ha puesto en funcionamiento un rastreador temporal.

—¿Entrar en la fábrica? —se burló Kelly—. Primero tendrá que encontrar la fábrica. La PS la ha estado buscando durante años.

—Ya la he encontrado. —Jennings se reclinó en la silla y encendió un pitillo—. La he localizado con mis baratijas. Y con las cuatro que me quedan conseguiré entrar, y obtener lo que deseo. Sacaré papeles y fotografías que pondrán a Rethrick contra las cuerdas, aunque no quiero que cuelguen a Rethrick. Sólo quiero negociar. Y ahí es donde entra usted.

—¿Yo?

—Usted no acudirá a la Policía. Necesito alguien que oculte el material por mí. En cuanto lo tenga he de entregarlo a alguien, alguien que lo esconda donde yo no pueda encontrarlo.

—¿Por qué?

—Porque en cualquier momento puedo ser detenido por la PS —explicó con serenidad Jennings—. No tengo el menor cariño por Rethrick. pero tampoco deseo que lo liquiden; por eso debe ayudarme. Usted retendrá el material mientras negocio con Rethrick. En caso contrario, lo guardaré yo mismo, y si lo encuentran...

Kelly miraba al suelo con la cara tensa y preocupada.

—¿Y bien? ¿Qué me contesta? ¿Me ayudará o tendré que arriesgarme a que la PS me detenga con las pruebas, datos suficientes para destruir a

Rethrick? ¿Se decide? ¿Quiere ver cómo aniquilan a Rethrick? ¿Qué me responde?

Ambos se acuclillaron y contemplaron la colina que se alzaba más allá de los campos. Era una colina desnuda de toda vegetación, nada crecía en sus laderas. Una valla de alambre electrificado, tras la que montaba guardia un patrullero armado con casco y fusil, impedía el acceso a la cima.

Un enorme bloque de hormigón en forma de torre, sin puertas ni ventanas, se distinguía sobre la cumbre. El sol de la mañana arrancaba reflejos de la fila de cañones montados sobre el tejado.

—Así que eso es la fábrica —musitó Kelly.

—Exacto. Se necesitaría un ejército para atacar la colina y apoderarse del edificio..., a menos que se le permitiera el paso.

Jennings se levantó y ofreció la mano a Kelly. Bajaron por un sendero flanqueado de árboles hacia el lugar en que Kelly había ocultado el vehículo.

—¿De veras piensa que ese pedazo de tela verde le ayudará a entrar? —dijo Kelly, sentándose tras el volante.

—A juzgar por lo que afirma la gente de la ciudad, un camión lleno de trabajadores se dirigirá a la fábrica en algún momento de la mañana. Los hombres bajan del camión a la entrada y son registrados. Si todo está en orden, se les permite el acceso a las instalaciones. Obreros, albañiles... Cuando la jornada termina les conducen de nuevo a la ciudad.

—¿Le servirá de algo?

—Al menos cruzaré la verja.

—¿Cómo llegará al rastreador temporal? Debe de estar dentro del edificio, bien protegido.

Jennings extrajo del bolsillo una pequeña llave codificada.

—Esto será mi pasaporte. Confío en que funcione.

Kelly cogió la llave y la examinó.

—Una de sus baratijas... Deberíamos haber examinado con más detenimiento su bolsa de tela.

—¿Deberíamos?

—La Compañía. Han pasado varias bolsitas de ésas por mis manos. Rethrick nunca me dijo nada.

—Es posible que la Compañía diera por hecho que nadie querría volver a ingresar —Jennings recuperó la llave—. ¿Recuerda lo que ha de hacer?

—He de quedarme en el coche hasta que usted vuelva. Me entregará el material, me lo llevaré a Nueva York y esperaré a que entré en contacto conmigo.

—Exacto. —Jennings miró la lejana carretera que conducía a la puerta de la fábrica—. Aquí me bajo. El camión aparecerá de un momento a otro.

—¿Y si se les ocurre contar el número de obreros?

—Tendré que arriesgarme, pero no me preocupa. Estoy seguro de que él lo anticipó todo.

—Usted y su amigo, su misericordioso amigo —sonrió Kelly—. Espero que él le diera las cosas suficientes para poder escapar después de robar las fotografías.

—¿De veras?

—¿Por qué no? Siempre me gustaste, desde el primer momento; ya lo sabes.

Librodot

Jennings salió del coche. Iba vestido con un mono, zapatos gruesos y una camiseta gris.

—Nos veremos más tarde, si todo va bien. Ojalá sea así —palmeó sus bolsillos—. Aquí llevo mis amuletos, mis imprescindibles amuletos.

Se abrió paso con rapidez entre los árboles.

El bosquecillo conducía hasta la misma cuneta de la carretera. Se ocultó, a la espera. Los guardias de la fábrica examinaban cada palmo de terreno. Habían despejado de vegetación la colina para divisar a cualquiera que se aproximara. Y también había advertido que tenían focos infrarrojos.

Jennings se agachó y vigiló la carretera. Justo enfrente de la puerta se levantaba una barrera. Consultó su reloj: las diez y media. Le aguardaba una larga espera. Intentó relajarse.

Pasaban de las once cuando el camión se aproximó por la carretera, entre estertores y jadeos.

Jennings se puso en acción. Sacó el trozo de tela verde y lo ató alrededor de su brazo. El camión estaba cada vez más cerca. Podía ver su cargamento de hombres ataviados con camisas de franela y tejanos que se balanceaban con los movimientos convulsivos del camión. Todos portaban una banda de tela verde alrededor del brazo. Hasta ahora, todo iba bien.

El camión aminoró la velocidad y frenó ante la barrera. Los hombres bajaron a la carretera, levantando nubes de polvo bajo el ardiente sol de mediodía. Se frotaron el polvo de los pantalones y algunos encendieron cigarrillos. Dos guardias se acercaron desde detrás de la barrera. Jennings se puso tenso. La ocasión se presentaría dentro de un momento.

Los guardias examinaron los distintivos verdes de los hombres, sus rostros. y pidieron las tarjetas de identificación a unos cuantos.

La barrera fue levantada y la puerta se abrió. Los guardias volvieron a sus puestos.

Jennings, resguardado tras los matorrales, corrió hacia la carretera. Los hombres aplastaban sus cigarrillos y trepaban de nuevo al camión. El conductor encendió el motor y sacó el freno. Jennings, aprovechando que los guardias no podían verle, se deslizó fuera de su escondite y corrió hacia el camión.

Los hombres le contemplaron con curiosidad cuando subió, casi sin aliento. Hombres del campo, de rostros bronceados y surcados de arrugas. Jennings se sentó entre dos fornidos campesinos, que no repararon en su presencia. No se había afeitado y olía mal. No se diferenciaba en nada de los demás, pero si hacían un recuento…

El camión atravesó la puerta, que se cerró tras él, y penetró en el recinto. El camión, oscilando de un lado a otro, empezó a subir la empinada cuesta de la colina. La enorme mole de hormigón aumentaba de tamaño a cada momento. ¿Por dónde entrarían? Jennings la contempló, fascinado. Una estrecha rendija apareció en el muro, que revelaba un oscuro interior que pronto iluminó una fila de luces artificiales.

El camión se detuvo. Los obreros empezaron a bajar otra vez, y al instante fueron rodeados por algunos técnicos.

—¿Adónde va destinada esta cuadrilla? —preguntó uno.

—Ahí adentro, a cavar —señaló otro con el dedo pulgar—. Van a cavar de nuevo. Envíales adentro.

El corazón de Jennings dio un salto. ¡Iba a entrar! Se palpó el cuello, en el lugar donde colgaba una cámara plana como un babero, por debajo de la

camiseta. Sabía que estaba allí, pero apenas podía sentirla. Tal vez sería más fácil de lo que había imaginado.

Jennings se unió al grupo de trabajadores. Atravesaron una puerta y desembocaron en un inmenso taller, atestado de largas mesas de trabajo, maquinaria a medio construir y grúas. El sonido era ensordecedor. La puerta se cerró a sus espaldas y les aisló del exterior. Ya estaba dentro de la fábrica, pero ¿dónde encontraría el rastreador y el espejo temporales?

—Por aquí —indicó el capataz. Los obreros se desviaron a la derecha. Un montacargas salió a su encuentro desde las entrañas del edificio—. Vais a ir abajo. ¿Quiénes de vosotros tienen experiencia con taladros?

Algunas manos se alzaron.

—Enseñaréis a los otros. Estamos removiendo la tierra con taladros y barrenos. ¿Alguien ha trabajado con barrenos?

Nadie levantó la mano. Jennings contempló las mesas de trabajo. ¿Habría trabajado en alguna de ellas, poco tiempo antes? Experimentó un escalofrío. ¿Y si alguien le reconocía? Quizá los técnicos…

—Vamos —les conminó el capataz, impaciente—, daos prisa.

Jennings subió en el montacargas con los demás. Descendieron por el negro pozo, abajo, abajo, hacia los niveles subterráneos de la fábrica. Construcciones Rethrick era grande, mucho más grande de lo que parecía por fuera, mucho más grande de lo que creía. Plantas, niveles subterráneos se sucedían sin cesar.

El ascensor frenó. Las puertas se abrieron. Se encontró frente a un largo pasillo. El piso estaba cubierto de una espesa capa de polvo y el aire era húmedo. Los trabajadores salieron. De pronto, Jennings se puso rígido y dio un paso atrás.

Al final del pasillo, frente a una puerta de acero, Earl Rethrick conversaba con algunos técnicos.

—Todos fuera —gritó el capataz—. Vamos.

Jennings se ocultó detrás de los otros. ¡Rethrick! Su corazón latía violentamente. Si Rethrick le veía, estaba acabado. Registró sus bolsillos. Portaba una diminuta pistola Boris, pero no le serviría de nada si le descubrían. En cuanto Rethrick reparara en su presencia, todo habría terminado.

—Por aquí.

El capataz les guió hasta lo que parecía un ferrocarril subterráneo. Los hombres ocuparon unas vagonetas. Jennings miró a Rethrick. Le vio gesticular con furia. El pasillo transportaba el débil sonido de su voz. Rethrick se volvió bruscamente. Alzó la mano y la gran puerta de acero situada detrás de él empezó a abrirse.

El corazón de Jennings casi cesó de latir.

Allí, protegido por la puerta de acero, se encontraba el rastreador temporal. Lo reconoció al instante: el espejo, las grandes barras metálicas terminadas en pinzas. Igual que el modelo teórico de Berkowsky…, sólo que éste era real.

Rethrick entró en la sala, seguido por los técnicos. Un grupo de hombres trabajaban en el rastreador. Habían quitado parte del revestimiento. Investigaban la delicada maquinaria. Jennings miraba la escena. absorto.

—Oye, tú… —dijo el capataz, avanzando hacia él.

La puerta de acero se cerró, borrando la visión del rastreador, de Rethrick y de los técnicos.

—Lo siento —murmuró Jennings.

—Sabes que no está permitido curiosear. —El capataz le examinó con gran atención—. No me acuerdo de ti. Déjame ver tu tarjeta.

—¿Mi tarjeta?

—Tu tarjeta de identificación. —El capataz se giró en redondo—. Bill, tráeme la lista —miró a Jennings de arriba abajo—. Voy a consultar la lista, amigo. Nunca te había visto antes en la cuadrilla. Quédate aquí.

Un hombre salió de una puerta lateral con un papel en la mano.

Ahora o nunca.

Jennings empezó a correr por el pasillo hacia la gran puerta de acero. El capataz y su ayudante lanzaron un grito. Jennings sacó la llave codificada, rogando mentalmente que funcionara. Mientras corría, extrajo también la pistola Boris. Al otro lado de la puerta se encontraba el rastreador temporal. Unas cuantas fotografías, unos bosquejos, y después, si lograba escapar…

La puerta no se movió. El sudor resbalaba por su rostro. Golpeó la puerta con la llave. ¿Por qué no se abría? Seguro que… Se puso a temblar, presa del pánico. Oyó el ruido de gente que corría por el pasillo, hacia él. Ábrete…

Pero la puerta no se abrió. No era la llave correcta.

Estaba derrotado. La puerta y la llave no encajaban. O se había equivocado, o la llave correspondía a otro lugar, pero ¿a cuál? Jennings miró frenéticamente a su alrededor. ¿Adónde podía ir?

Divisó una puerta media abierta a escasa distancia. Cruzó el pasillo y cargó sobre ella. Se encontraba en una especie de almacén. Cerró la puerta de golpe y echó el pestillo. Oyó los gritos y carrerillas que se sucedían afuera. Pronto llegarían guardias armados. Jennings aferró con fuerza la pistola Boris. ¿Estaba atrapado? ¿Hallaría una segunda vía de escape?

Atravesó la sala, abriéndose paso entre sacos, cajas y altas pilas de envases de cartón. En la parte trasera descubrió una portezuela de emergencia. La abrió en seguida. Tuvo la tentación de tirar la llave codificada. ¿De qué le había servido? Sin embargo, seguro que él había sabido lo que hacía. Él ya había visto esta escena. Había sido testigo de todo, como si fuera Dios. Predeterminado. No podía equivocarse. ¿O sí?

Un escalofrío le recorrió de pies a cabeza. Quizá el futuro era variable. Quizá, en otra ocasión, la llave codificada había servido para esa puerta… ¡pero ya no!

Oyó un ruido detrás: estaban fundiendo la puerta del almacén. Jennings se precipitó por la esclusa de emergencia y salió a un pasillo de hormigón, bajo, húmedo y mal iluminado. Dobló una esquina tras otra sin dejar de correr. Era como una alcantarilla, con centenares de pasadizos que partían de él.

Se detuvo. ¿Qué dirección seguir? ¿Dónde podía guarecerse? La boca de una ancha tubería de ventilación bostezaba sobre su cabeza. Saltó y se izó a pulso. Pasarían de largo de la tubería. Reptó cautelosamente, azotado por un aire cálido. ¿Para qué un respiradero tan enorme? Implicaba que, en el otro extremo, había una cámara de dimensiones extraordinarias. Llegó a una verja de metal y se paró.

Y jadeó.

Contemplaba una amplísima sala, de la que había tenido un atisbo tras la puerta de acero. Allí estaba el rastreador temporal. Y, un poco más allá del ingenio, Rethrick conferenciaba ante una videopantalla encendida Una alarma desparramaba su sonido chillón por todas partes.

Los técnicos corrían en todas direcciones. Guardias uniformados entraban y salían por las puertas.

El rastreador. Jennings examinó la reja. Estaba bien encajada. Sin embargo, al moverla lateralmente, se le quedó en las manos. Nadie miraba. Se deslizó sin hacer ruido en la sala, con la pistola Boris preparada. Se escondió detrás del rastreador mientras técnicos y guardias se apelotonaban en el otro extremo de la sala, donde los había visto por primera vez.

Tenía al alcance de la mano los planos, el espejo, documentos, datos, fotocalcos. Pulsó el botón de su cámara, que vibró contra su pecho a medida que la película avanzaba. Se apoderó de un puñado de planos. ¡Quizá, sólo unas semanas antes, él había trabajado con esos mismos diagramas!

Llenó sus bolsillos de papeles. La película se terminó, pero también él había terminado. Trepó por el borde del respiradero y se introdujo en la tubería. El pasillo que recordaba a una alcantarilla seguía desierto, pero distinguió el sonido retumbante de voces y pasos apresurados. Tantos pasadizos... Le buscaban en el laberinto de pasadizos.

Jennings corrió al azar con la intención de alcanzar el pasillo principal, pero percibió enfrente un nuevo sonido. Disminuyó la marcha. El pasillo continuaba a la derecha. Caminó poco a poco, con la pistola Boris dispuesta.

Dos guardias estaban de pie a escasos metros de distancia, fumando y charlando. Custodiaban una pesada puerta que se abría con una llave codificada. El sonido de las voces que le perseguían aumentó de intensidad. Le pisaban los talones, estaban a punto de alcanzarle.

Jennings abandonó su escondite y alzó la pistola.

—Manos arriba. Tirad los fusiles.

Los guardias le miraron como atontados. Adolescentes de cabello rubio rizado y brillantes uniformes. Retrocedieron, pálidos y atemorizados.

—He dicho que tiréis los fusiles.

Las dos armas cayeron al suelo. Jennings sonrió. Muchachos que, quizá por primera vez, se enfrentaban a un problema serio. Sus botas de cuero centelleaban como un espejo.

—Abrid la puerta —ordenó Jennings—. Quiero salir.

Le miraron sin reaccionar. El tumulto creció a sus espaldas.

—Abrid —se impacientó Jennings—, rápido. ¡Abrid, maldita sea! ¿Queréis que...?

—No... no podemos.

—¿Qué?

—No podemos. Es una puerta codificada. No tenemos la llave, se lo juro, señor. Nunca nos dan la llave.

Estaban aterrorizados. Jennings también empezó a sentir pánico, a medida que los ruidos se aproximaban. Se hallaba atrapado.

¿O no?

Lanzó una súbita carcajada. Avanzó sin vacilar hacia la puerta.

—Ten fe —murmuró mientras levantaba la mano—. Nunca has de perderla.

—¿Qué... qué es eso?

—Fe en uno mismo. Confianza.

La puerta se abrió cuando apoyó la llave sobre la superficie. La luz cegadora del sol le hizo parpadear. Sujetó la pistola con fuerza. Había salido al exterior, en la puerta. Tres guardias contemplaban asombrados la pistola. Estaba en la puerta... y más allá empezaban los bosques.

Librodot

—Fuera de mi camino.

Jennings disparó sobre las barras de metal de la puerta. El metal ardió, se fundió y provocó una nube de fuego.

—¡Deténganle!

Un grupo de guardias armados salió del pasillo.

Jennings saltó a través de la puerta humeante. El metal le hirió en diversos puntos. Corrió, tropezó y cayó. Volvió a levantarse y se internó entre los árboles.

Estaba afuera. Él no le había fallado. La llave funcionaba, en efecto. La primera vez se había equivocado de puerta.

Prosiguió su huida incansable entre los árboles, sin aliento. No tardó en dejar atrás la fábrica y las voces. Tenía los papeles. Y estaba libre.

En cuanto se reunió con Kelly, le entregó la película y todo lo que había conseguido guardar en los bolsillos. Después se puso sus ropas habituales. Kelly le acompañó hasta la periferia de Stuartsville y se marchó. Jennings contempló como el vehículo remontaba el vuelo en dirección a Nueva York. Entonces entró en la ciudad y tomó el primer cohete que partía rumbo a la metrópoli.

Durmió todo el trayecto, rodeado por docenas de hombres de negocios. Se despertó poco antes de aterrizar en el inmenso espaciopuerto de Nueva York.

Jennings descendió por la escalerilla y se mezcló entre los pasajeros.

Volvía a correr el peligro de ser detenido por la PS. Dos oficiales de seguridad con uniformes verdes le miraron sin pestañear cuando subió a bordo de un taxi. El taxi se sumergió en el espeso tráfico. Jennings se secó la frente. Por poco. Ahora se reuniría con Kelly.

Cenó en un pequeño restaurante, en un rincón alejado de las ventanas. Cuando salió a la calle, el sol empezaba a declinar. Caminó sin prisa, absorto en sus pensamientos.

Hasta ahora todo iba bien. Había salido ileso de su aventura, y se pudo llevar la película y los papeles. No le había fallado ni una de las baratijas. Sin ellas se habría sentido indefenso. Metió la mano en el bolsillo. Le quedaban dos. La ficha de póquer partida por la mitad y el recibo del paquete. Sacó el recibo y lo examinó a la decreciente luz del atardecer.

De repente se dio cuenta de algo: llevaba la fecha de hoy. Se le había pasado por alto.

Lo guardó y siguió andando. ¿Qué significaba? ¿Para qué servía? Se encogió de hombros. Lo sabría a su tiempo. Y la media ficha de póquer... ¿de qué demonios le iba a servir? Ni idea. En cualquier caso, estaba seguro de que saldría adelante. Él le había ayudado a progresar, hasta ahora. Pronto obtendría respuestas a todas las preguntas.

Llegó al edificio de apartamentos de Kelly, se detuvo y levantó la vista. Tenía la luz encendida. Había vuelto; su vehículo particular había superado al cohete de largo recorrido. Entró en el ascensor y subió hasta su planta.

—Hola —saludó cuando ella le abrió la puerta.

—¿Estás bien?

—Por supuesto. ¿Puedo entrar?

Kelly asintió y cerró la puerta cuando estuvo dentro.

—Me alegro de verte. Los hombres de la PS patrullan por la ciudad, casi manzana por manzana. La policía...

—Lo sé. Vi una pareja en el espaciopuerto —Jennings se sentó en el sofá—. Con todo, me alegro de haber vuelto.

—Tenía miedo de que controlaran todos los vuelos procedentes de otras ciudades y registraran a los pasajeros.

—Carecían de motivos para pensar que venía a la ciudad.

—No se me ocurrió —Kelly tomó asiento frente a él—. Y ahora ¿qué? Ahora que has robado todas esas pruebas, ¿qué piensas hacer?

—Me citaré con Rethrick y le daré la noticia, le diré que la persona que huyó de la fábrica era yo. Sabe que alguien se escapó, pero no sabe quién. Debe de pensar que se trata de un hombre de la PS.

—¿Podría utilizar el espejo temporal para averiguarlo?

El rostro de Jennings se ensombreció.

—No había pensado en esa posibilidad —se frotó el mentón y frunció el ceño—. En cualquier caso, el material está en mi poder, o en el tuyo.

Kelly asintió.

—Muy bien. Seguiremos adelante con nuestros planes. Mañana veremos a Rethrick, aquí, en Nueva York. ¿Puedes hacer que vaya a la oficina? ¿Irá si le envías un aviso?

—Sí. Tenemos un código. Si le pido que venga, lo hará.

—Estupendo. Me encontraré con él allí. Accederá a mis demandas cuando le demuestre que las fotos y los planos obran en mi poder. Tendrá que dejarme entrar en la fábrica, a menos que quiera correr el riesgo de ver las pruebas en manos de la Policía de Seguridad.

—¿Y qué pasará una vez estés dentro, cuando Rethrick haya aceptado tus exigencias?

—Vi lo bastante de la fábrica para convencerme de que es mucho más grande de lo que pensaba. Cuánto, no lo sé. ¡Ahora entiendo por qué él estaba tan interesado!

—¿Exigirás compartir el control de la Compañía?

Jennings asintió con la cabeza.

—No te satisface volver a ser un simple técnico, como antes, ¿verdad?

—¿Para que me echen otra vez? —Jennings sonrió—. De todos modos, sé que él abrigaba mejores intenciones. Trazó planes meticulosos. Las baratijas... Ha de haberlo planeado con mucha antelación. No, no volveré como técnico. Lo que vi allí implica que están preparando algo grande. Y quiero participar en ello.

Kelly guardó silencio.

—¿Entiendes? —preguntó Jennings.

—Sí.

Jennings abandonó el apartamento y recorrió a buen paso las calles oscuras. Había permanecido demasiado tiempo en aquel lugar. Si la PS les encontraba juntos, sería el final de Construcciones Rethrick. Ahora que el objetivo estaba a su alcance, no podía arriesgarse.

Consultó su reloj. Eran más de las doce de la noche. Se reuniría con Rethrick por la mañana y le haría su oferta. La caminata templó su ánimo. Todo saldría bien. Construcciones Rethrick aspiraba a algo mucho más importante que el poder económico. Una revolución estaba en marcha. Rethrick preparaba una guerra bajo su fortaleza de hormigón. Las maquinarias se estaban reconvirtiendo a tal efecto. El rastreador y el espejo temporales no descansaban: observaban, sondeaban y extraían.

Librodot

No cabía duda de que él había trazado todo el proceso. Él lo había visto con anticipación, y había reflexionado. El problema del lavado de cerebro: al terminar el contrato le borraron los recuerdos, destruyeron todos los planes. ¿Destruyeron? Había una cláusula alternativa en el contrato. Otros la habían entendido y utilizado. ¡Pero no como él quería!

Él había ido mucho más lejos que cualquiera de sus predecesores. Él había sido el primero en comprender, en hacer planes. Las siete baratijas eran un puente para acceder a algo superior...

Un vehículo de la PS apareció en la curva de la manzana. Se abrieron las puertas.

Jennings se detuvo con el corazón en un puño. La patrulla nocturna que vagaba al azar por la ciudad. Era más tarde del toque de queda. Miró a su alrededor. Todo estaba oscuro. Las tiendas y las casas estaban cerradas. Silenciosos edificios y bloques de apartamentos. Hasta los bares habían apagado las luces.

Volvió la vista atrás y vio que un segundo vehículo de la PS se había detenido. Dos oficiales estaban de pie en la esquina y le habían visto. Avanzaron hacia él. Se quedó paralizado, buscando con la vista algún lugar en el que refugiarse.

El letrero de neón de un lujoso hotel centelleaba en la acera de enfrente. Cruzó la calle y el eco de sus pisadas resonó en el pavimento.

—¡Alto! —gritó uno de los hombres de la PS—. Venga aquí. ¿Qué hace en la calle? ¿Cuál es su...?

Jennings subió los peldaños y entró en el hotel. Atravesó el vestíbulo. El recepcionista le miró. No se veía a nadie más, el vestíbulo estaba desierto. El corazón se le encogió: no le quedaba la menor oportunidad. Apresuró el paso sin saber qué hacer y se internó en un pasillo alfombrado. Tal vez conducía hacia alguna vía de escape. Oyó que los hombres de la PS irrumpían en el vestíbulo.

Jennings dobló una esquina. Dos hombres le cortaron el paso.

—¿Adónde va?

—Déjenme pasar —se detuvo y buscó en la chaqueta la pistola Boris. Los hombres reaccionaron al instante.

—Quieto.

Tenían los brazos caídos a lo largo de los costados. Matones profesionales. Más allá de ellos percibió luz, luz y sonidos. Algún tipo de actividad: gente.

—Muy bien —dijo uno de los matones.

Le arrastraron por el pasillo en dirección al vestíbulo. Jennings se debatió inútilmente. Se había metido en un callejón sin salida. Un par de matones. La ciudad estaba llena de matones apostados en las sombras. El hotel era una fachada. Iban a depositarle en manos de la PS.

Un hombre y una mujer de avanzada edad, bien vestidos, aparecieron en el vestíbulo. Miraron con curiosidad a Jennings, zarandeado por los dos hombres.

De pronto, Jennings comprendió. Una oleada de alivio le invadió, hasta dejarle casi exhausto.

—Esperen —dijo secamente—. En mi bolsillo...

—Vamos.

—Esperen, miren en mi bolsillo derecho, miren, por favor.

Relajó la tensión y esperó. El matón de la derecha introdujo la mano en el bolsillo con cautela. Jennings sonrió. Se había acabado. Él también previó

esto. No existía ninguna posibilidad de error. Esto le solucionaba un problema: dónde permanecer hasta la hora de encontrarse con Rethrick. Se quedaría en el hotel.

El matón sacó la ficha de póquer partida por la mitad y examinó los bordes aserrados.

—Un momento.

Extrajo de su propia chaqueta otra ficha dividida que encajó perfectamente con la otra.

—¿Todo bien? —preguntó Jennings.

—Claro. —le soltaron. Se cepilló el polvo de la chaqueta con un gesto automático—. Claro, señor, discúlpenos. Oiga, ¿tendría el...?

—Llévenme a la parte de atrás —dijo Jennings, secándose el rostro—. Me andan buscando y no tengo el menor deseo de que me encuentren.

—Claro.

Le guiaron hasta la sala de juego. La mitad de la ficha había convertido lo que parecía un desastre en una ventaja. La combinación de juego y mujeres, una de las escasas instituciones que la Policía toleraba. Estaba a salvo, sin duda. Ya sólo quedaba una cosa: ¡el encuentro con Rethrick!

Las facciones de Rethrick se endurecieron. Fijó la vista en Jennings y tragó saliva.

—No —confesó—, no sabía que era usted. Pensamos que se trataba de la PS.

Hubo un silencio. Kelly se sentó en una silla junto al escritorio con las piernas cruzadas y un cigarrillo entre los dedos. Jennings se apoyó en la puerta.

—¿Por qué no utilizó el espejo? —preguntó.

El rostro de Rethrick enrojeció de ira.

—¿El espejo? Hizo un buen trabajo, amigo. Intentamos utilizar el espejo.

—¿Intentamos?

—Antes de finalizar su contrato con nosotros, usted modificó algunas conexiones del espejo. Cuando tratamos de ponerlo en marcha no sucedió nada. Hace media hora que salí de la fábrica; aún seguían trabajando para arreglarlo.

—¿Lo hice antes de finalizar mi contrato?

—Por lo que parece, lo tenía todo planificado al detalle. Sabía que con el espejo no nos costaría nada localizarle. Es un buen técnico, Jennings, el mejor que hemos tenido. Nos gustaría que volviera algún día, que trabajara para nosotros de nuevo. Nadie puede hacer funcionar el espejo con su destreza. De hecho, ya no podemos hacerlo funcionar.

—No tenía ni idea de que él hubiera hecho algo semejante —sonrió Jennings—. Le subestimé. Incluso su protección fue...

—¿De quién habla?

—De mí, durante esos dos años. Me gusta más esa fórmula.

—Bien, Jennings. Así que ustedes dos se pusieron de acuerdo para robar nuestros planos, ¿verdad? ¿Con qué propósito? No los han entregado a la Policía.

—No.

—Por tanto, he de deducir que es un chantaje.

—Exacto.

Librodot

—¿Para qué? ¿Qué quiere? —Rethrick parecía haber envejecido. Había perdido las ínfulas, tenía los ojos vidriosos entornados y se frotaba la mandíbula incesantemente—. Se ha metido en muchos problemas para ponernos en un aprieto. Me pregunto por qué. Hizo los preparativos mientras trabajaba para nosotros, y ahora lo ha completado, a pesar de nuestras precauciones.

—¿Precauciones?

—Extraerle los recuerdos. Ocultar el emplazamiento de la fábrica.

—Díselo —terció Kelly—. Dile porqué lo hiciste.

Jennings respiró con fuerza.

—Rethrick, lo hice para volver, para volver a la Compañía. Es la única razón; no busque más.

—¿Para volver a la Compañía? —se asombró Rethrick—. Si ya le dije que podía volver —su voz era aguda y seca—. ¿Qué le sucede? Usted podía volver y quedarse tanto tiempo como quisiera.

—Como técnico.

—Sí, como técnico. Contratamos a muchos...

—No quiero volver como técnico. No me interesa trabajar para usted. Escuche, Rethrick, la PS me arrestó tan pronto como salí de su oficina. Si no hubiera sido por él estaría muerto.

—¿Le arrestaron?

—Querían conocer las actividades de Construcciones Rethrick. Querían que se lo dijera.

—Mal asunto —Rethrick movió la cabeza—. No lo sabíamos.

—No, Rethrick, no vuelvo como un empleado vulgar al que se despide cuando a usted le place. Vuelvo con usted, no para ponerme a sus órdenes.

—¿Conmigo? —Rethrick le contempló estupefacto. Su rostro se fue ensombreciendo poco a poco—. No comprendo sus palabras.

—Usted y yo dirigiremos, a partir de ahora, Construcciones Rethrick. Y nadie, por nuestro propio bien, me va a borrar los recuerdos.

—¿Es eso lo que quiere?

—Sí.

—¿Y si nos negamos?

—Entregaré a la PS las películas y los planos; así de sencillo. Sin embargo, no quiero hacerlo, no quiero destruir la Compañía. ¡Quiero formar parte de la Compañía! Quiero sentirme a salvo. Usted no sabe lo que es vagar por ahí afuera, sin saber adónde ir. Un individuo ya no tiene ningún lugar en el que refugiarse, nadie en quien confiar, nadie que le ayude. Está atrapado entre dos fuerzas despiadadas, la política y los poderes económicos. Estoy cansado de ser un simple peón.

Rethrick guardó silencio durante mucho rato, con la vista fija en el suelo y el rostro carente de expresión. Por fin miró de frente a Jennings.

—Sabía que sucedería así. Hace mucho tiempo que lo sé, mucho más del que usted se imagina. Soy mucho más viejo que usted. Lo he visto acercarse año tras año. Por eso existe Construcciones Rethrick. Algún día, todo será diferente. Algún día, cuando perfeccionemos el rastreador y el espejo. Cuando las armas sean eliminadas.

Jennings no replicó.

—¡Sé muy bien lo que significa! Ya soy viejo, y he trabajado durante muchos años. Cuando me dijeron que alguien había huido de la fábrica con los planos, pensé que el fin se aproximaba. Ya sabíamos que usted había

inutilizado el espejo. Sabíamos que existía una conexión, pero no atamos todos los cabos.

»Pensamos, por supuesto, que la Seguridad le había infiltrado entre nosotros para averiguar lo que hacíamos. Luego, cuando se dio cuenta de que no podía salir con la información, inutilizó el espejo, así la PS no tendría problemas para...

Se interrumpió y se frotó la mejilla.

—Continúe —le invitó Jennings.

—Así que lo hizo en solitario... Chantaje. Formar parte de la Compañía. ¡Usted no conoce el objetivo de la Compañía, Jennings! ¿Cómo se atreve a querer entrar? Hemos trabajado durante mucho tiempo. Por salvarse, nos va a arruinar, nos va a destruir.

—No les estoy hundiendo. Puedo serles de mucha ayuda.

—Sólo yo llevo las riendas de la Compañía. Es mía. Yo la hice, yo la puse en pie. Es mía.

—¿Y qué sucederá cuando muera? —rió Jennings—. ¿O estallará la revolución antes de ese día?

Rethrick alzó la cabeza con brusquedad.

—Usted morirá, y nadie será capaz de continuar su obra. Ya sabe que soy un buen técnico, usted mismo lo afirmó. Está loco, Rethrick, no puede controlarlo todo sin ayuda, hacerlo todo, decidirlo todo. Y, además, morirá, tarde o temprano. ¿Qué ocurrirá entonces?

Hubo un silencio.

—Por el bien de la Compañía, tanto como por el mío propio..., déjeme entrar. Le seré de gran utilidad. Cuando haya muerto, yo dirigiré la Compañía, y es posible que la revolución llegue a buen fin.

—¡Debería estar satisfecho por seguir con vida! Si no le hubiera permitido llevarse sus baratijas...

—¿Y qué otra cosa podía hacer? ¿Cómo iba a permitir que sus técnicos manejaran el espejo, vieran su futuro y se marcharan sin ninguna protección? No resulta difícil comprender por qué se vio forzado a incluir la cláusula alternativa en el contrato. No le quedaba otra elección.

—Ni siquiera sabe lo que está haciendo, ni por qué existimos.

—Tengo una cierta idea. No olvide que trabajé para usted durante dos años.

Pasaron unos minutos. Rethrick no cesaba de humedecerse los labios y de frotarse la mejilla. El sudor resbalaba por su frente. Por fin, levantó los ojos.

—No. No hay acuerdo. Nadie dirigirá la Compañía, excepto yo. Si muero morirá conmigo. Me pertenece.

—En ese supuesto, los documentos irán a parar a manos de la Policía —amenazó Jennings, contraatacando.

Rethrick no dijo nada, pero una extraña expresión cruzó por su rostro, una expresión que estremeció a Jennings.

—Kelly —preguntó Jennings—, ¿llevas los documentos encima?

Kelly se levantó y apagó el cigarrillo, pálida.

—No.

—¿Dónde están? ¿Dónde los pusiste?

—Lo siento —respondió con suavidad—, pero no te lo voy a decir.

—¿Qué?

—Lo siento —repitió Kelly. Le temblaba la voz—. Están en un lugar seguro. La PS nunca los encontrará, pero tú tampoco. Se los devolveré a mi padre cuando sea conveniente.

—¿A tu padre?

—Kelly es mi hija —dijo Rethrick—. Con eso no contaba, Jennings. Ni tampoco él. Sólo lo sabíamos nosotros dos. Quería que todos los puestos clave fueran ocupados por miembros de la familia. Se ha demostrado que fue una buena idea, pero era necesario mantenerlo en secreto. Si la PS lo hubiera adivinado, la habrían detenido al instante. Su vida pendería de un hilo.

Jennings dejó escapar el aliento.

—Comprendo.

—Me pareció una buena idea ayudarte —dijo Kelly—, porque si no lo habrías hecho solo, y llevarías las pruebas encima. Como tú mismo reconociste, si la PS te detenía con los documentos significaba nuestro fin. Así que te presté mi apoyo. Tan pronto como me diste los documentos, los oculté en un lugar seguro —sonrió levemente—. Nadie sabe dónde están, excepto yo. Lo siento.

—Jennings, puede unirse a nosotros —intervino Rethrick—. Trabaje para nosotros durante el resto de su vida, si quiere. Podrá obtener cuanto desee, a excepción de...

—El control de la Compañía.

—Exacto, Jennings, la Compañía es vieja, más vieja que yo. Yo no fui el creador. Me... me fue impuesta, como diría usted. Acepté la pesada carga de dirigirla, hacerla crecer y encaminarla hacia su objetivo, hacia la revolución, como usted indicó.

»Mi abuelo fundó la Compañía en el siglo veinte. La Compañía siempre ha pertenecido a la familia, y así será siempre. Algún día, cuando Kelly se case, dará a luz a un heredero que me sucederá. Ya nos ocuparemos de ello. La Compañía fue fundada en Maine, en una pequeña ciudad de Nueva Inglaterra. Mi abuelo era más bien tradicional, honrado y apasionadamente independiente. Tenía un pequeño taller de reparaciones y mucho talento.

»Cuando vio que el gobierno y las grandes empresas se apoderaban de todo, se las ingenió para que Construcciones Rethrick desapareciera del mapa. Al gobierno le costó mucho controlar Maine, más que otros lugares. Cuando el resto del mundo ya había sido dividido en monopolios internacionales y macroestados, Nueva Inglaterra continuaba resistiendo, viva y libre, así como mi abuelo y Construcciones Rethrick.

»Agrupó a un puñado de hombres, técnicos, médicos, abogados y oscuros periodistas del Medio Oeste. La Compañía se expandió. Aparecieron armas, armas y conocimientos. ¡El rastreador y el espejo temporales! La fábrica fue construida en secreto, durante un largo período de tiempo y a costa de grandes esfuerzos y dinero. La fábrica es grande, grande y vasta, hundida en la tierra a una enorme profundidad. Ya vio los numerosos niveles; él los vio, su alter ego. Hay mucho poder almacenado. Poder y hombres desaparecidos, reclutados por todo el mundo. Ellos fueron los primeros, los mejores.

»Algún día, Jennings, saldremos a la luz. No podemos seguir en estas condiciones. La gente no puede vivir de esta manera, manipulada por los poderes económicos y políticos. Millones de personas actúan siguiendo los caprichos o las necesidades de gobiernos y multinacionales. Algún día se alzará la resistencia, una resistencia fuerte y desesperada, apoyada por los

humildes, no por los poderosos: conductores de autobuses, tenderos, operadores de videopantallas, camareros... Y ahí es donde entra la Compañía.

»Les proporcionaremos lo que necesiten, herramientas, armas, conocimientos. Vamos a alquilarles nuestros servicios, y no dude que aceptarán. Les seremos imprescindibles para luchar contra las fuerzas oponentes.

Hubo un silencio.

—¿Comprendes por qué no debías entrometerte? —preguntó Kelly—. Es la Compañía de papá. Siempre ha sido así, al estilo de Maine. Forma parte de la familia. La Compañía pertenece a la familia; es nuestra.

—Únase a nosotros —dijo Rethrick—, como técnico. Lo siento, pero es consecuencia de nuestras limitadas perspectivas, incluso estrechas si me apura, pero inconmovibles a través de los años.

Jennings no dijo nada. Paseó lentamente por el despacho con las manos en los bolsillos. Al cabo de un rato alzó la persiana y contempló la calle, con la vista perdida en la lejanía.

Abajo, como un diminuto escarabajo negro, un vehículo de Seguridad avanzaba mezclado con el tráfico que atestaba la calle. Fue al encuentro de un segundo vehículo, ya aparcado. Cuatro hombres de la PS con sus uniformes verdes estaban de pie, y divisó unos cuantos más que se acercaban desde la acera opuesta. Bajó la persiana.

—Me cuesta tomar una decisión —dijo.

—Si sale le detendrán —indicó Rethrick—. Siempre andan al acecho. No tiene otra oportunidad.

—Por favor... —suplicó Kelly.

—Así que no me vas a decir dónde pusiste los papeles —sonrió de repente Jennings.

Kelly negó con la cabeza.

—Espera. —Jennings exploró su bolsillo. Extrajo un trozo de papel que desdobló lentamente y leyó con atención—. ¿Por casualidad los depositaste en el Dunne National Bank, a eso de las tres de la tarde de ayer, para que los guardaran en su caja fuerte?

Kelly jadeó. Se apoderó de su bolso y lo abrió. Jennings devolvió el trozo de papel —el recibo del paquete— a su bolsillo.

—Así que incluso vio esto —murmuró—. La última de las baratijas. Me pregunto cuál será su utilidad.

Kelly rebuscó frenéticamente en su bolso, con el rostro encendido de excitación. Sacó un trozo de papel y lo agitó en el aire.

—¡Te equivocas! ¡Aquí está! Aún lo tengo yo —se tranquilizó un poco—. No sé lo que tú tienes, pero esto es...

Algo se movió sobre sus cabezas. Un espacio oscuro, un círculo, se estaba formando. El espacio tembló. Kelly y Rethrick lo miraban, petrificados.

Una pinza surgió del círculo, una pinza de metal al extremo de una varilla brillante. La pinza descendió, dibujando una amplia curva en el aire. La pinza arrebató el papel de las manos de Kelly. Vaciló un instante, y luego retrocedió hasta desaparecer en el interior del círculo negro con el papel. Después, en silencio, la pinza, la varilla y el círculo se desvanecieron. No había nada en el lugar que ocupaban, nada en absoluto.

—¿Adónde..., adónde fue? —susurró Kelly—. El papel. ¿Qué era eso?

Jennings palmeó su bolsillo.

—Está a salvo, aquí dentro. Empezaba a preguntarme cuándo iba a intervenir él. Ya me tenía preocupado.

Rethrick y su hija continuaban sumidos en el silencio.

—Cambiad de expresión —dijo Jennings, cruzándose de brazos—. El papel está a salvo... y la Compañía también. Cuando llegue la hora actuará con energía y respaldará la revolución. Todos lo veremos, usted; yo y su hija —miró a Kelly y le guiñó un ojo—. Los tres. Y hasta es posible que, para entonces, la familia haya aumentado de número.

EL GRAN C

No le dijeron las preguntas hasta que llegó la hora de partir. Walter Kent le apartó de los demás, puso las manos sobre los hombros de Meredith y le miró a los ojos con expresión concentrada.

—Recuerda que nadie ha regresado jamás. Si vuelves serás el primero; el primero en cincuenta años.

Tim Meredith asintió, nervioso y azorado, aunque agradecía las palabras de Kent. Después de todo, Kent era el jefe de la Tribu, un majestuoso anciano de barba y cabellos grises. Un parche le cubría el ojo derecho, y llevaba dos cuchillos en el cinturón, en lugar de uno solo. Y, además, se rumoreaba que sabía leer.

—El viaje apenas dura una jornada. Te daremos una pistola. Tiene balas, pero ignoramos cuáles se conservan en buen estado. ¿Has cogido las provisiones?

Meredith metió la mano en la mochila. Sacó una lata de metal y un abridor.

—Con esto será suficiente —dijo, dándole vueltas a la lata.

—¿Y agua?

Meredith agitó su cantimplora.

—Bien. —Kent examinó al joven. Meredith calzaba botas de piel y polainas, y se cubría con un abrigo de cuero. Un casco de metal oxidado le protegía la cabeza. Unos binoculares sujetos por una gruesa cuerda le colgaban del cuello. Kent palmeó los pesados guantes que cubrían las manos de Meredith—. Es el último par. Nunca más los volveremos a ver.

—¿He de dejarlos allí?

—Confiamos en que los guantes... y tú... regreséis.

Kent le tomó del brazo y se apartaron un poco más para que nadie pudiera oírles. El resto de la tribu, hombres, mujeres y niños, permanecía de pie en silencio a la entrada del Refugio y les observaba. El Refugio era de hormigón reforzado por postes que se habían añadido poco a poco. En tiempos remotos, una intrincada red de hojas y ramas colgaba sobre la entrada, pero se habían diseminado cuando los alambres se corroyeron y se partieron. De todos modos, ya nada podía advertir desde el cielo el pequeño círculo de hormigón, la entrada a las vastas cámaras subterráneas donde vivía la tribu.

—Te diré las tres preguntas. —Kent se inclinó hacia Meredith—. ¿Tienes buena memoria?

—Sí.

—¿Cuántos libros te has aprendido de memoria?

—Tan sólo los seis que me leyeron —murmuró Meredith—, pero me los sé muy bien.

—Con eso me basta. Muy bien, escúchame con atención. Nos hemos pasado un año para decidir sobre las preguntas. Por desgracia, sólo se pueden formular tres, así que las hemos elegido con mucha meticulosidad — y entonces susurró las tres preguntas en el oído de Meredith.

Luego siguió un largo silencio. Meredith meditó sobre las preguntas, y las repitió en su mente.

—¿Cree que el Gran C será capaz de contestarlas? —preguntó por fin.

—No lo sé. Son preguntas muy difíciles.

—Lo son —asintió Meredith—. Será mejor que recemos.

—Muy bien —Kent le palmeó en el hombro—. Ya puedes marchar. Si todo va bien, estarás de vuelta dentro de dos días. Te esperaremos con impaciencia. Buena suerte, muchacho.

—Gracias —dijo Meredith.

Caminó con parsimonia hacia los demás. Bill Gustavson le tendió una pistola sin decir palabra, con los ojos brillantes de emoción.

—Una brújula —dijo John Page, apartándose de su mujer, mientras ofrecía a Meredith una pequeña brújula militar.

Su mujer, una joven morena capturada a una tribu vecina, le dedicó una sonrisa alentadora.

—¡Tim!

Meredith se volvió. Anne Fry corrió hacia él. Se cogieron de las manos.

—Todo irá bien —dijo Meredith—, no te preocupes.

—Tim —la muchacha lo miró con intensidad—, Tim, cuídate mucho. ¿Lo harás?

—Por supuesto —sonrió y acarició con torpeza el corto y espeso pelo de Anne—. Volveré.

Sin embargo, su corazón estaba frío como un bloque de hielo. El frío de la muerte. Se alejó bruscamente de ella.

—Adiós —se despidió de todos.

La tribu dio media vuelta y le dejó solo. La única alternativa era cumplir su misión. Repasó las tres preguntas una vez más. ¿Por qué las habían elegido? Alguien debía ir a formularlas. Avanzó hacia el borde del claro.

—Adiós —gritó Kent, rodeado de sus hijos.

Meredith agitó la mano. Un momento después se internó en el bosque; llevaba en una mano el cuchillo y con la otra aferraba con fuerza la brújula.

Caminó a buen paso; cortaba con el cuchillo enredaderas y ramas que obstruían su avance. Divisó en ocasiones algunos insectos enormes que se deslizaban entre la hierba, incluso un escarabajo de color púrpura, casi tan grande como su puño. ¿Habían sido así las cosas antes de la Explosión? Probablemente no. Uno de los libros que había aprendido trataba de las formas de vida en el mundo antes de la Explosión y no recordaba que hablara de insectos gigantescos. Le vino a la memoria que reunían a los animales en rebaños y los mataban con regularidad. Nadie cazaba.

Acampó por la noche sobre una placa de hormigón, los restos de un edificio que ya no existía. Se despertó dos veces al oír cosas que se movían en la oscuridad, pero ninguna se acercó, y cuando salió el sol estaba sano y salvo. Abrió la lata y comió una ración. Luego recogió sus cosas y prosiguió

Librodot

el camino. Mediado el día, el contador que llevaba sujeto a la cintura empezó a sonar amenazadoramente. Se detuvo, tomó aliento y reflexionó.

Estaba cerca de las ruinas, por lo que los focos de radiación serían cada vez más numerosos. Le dio una palmadita al contador, un objeto muy necesario. Avanzó un poco y los zumbidos enmudecieron; había rebasado el foco. Subió una elevación, abriéndose paso entre las enredaderas. Un enjambre de mariposas aleteó ante su rostro y las dispersó a manotazos. Al llegar a la cumbre se irguió y alzó los binoculares.

A lo lejos distinguió una mancha negra en el centro de una infinita extensión verde: un lugar arrasado, una gran franja de tierra quemada, metal y hormigón fundidos. Contuvo el aliento. Eran las ruinas, se aproximaba. Contemplaba por primera vez en su vida los restos de una ciudad, las columnas truncadas y los cascotes que habían sido edificios y calles.

De pronto, un impetuoso pensamiento cruzó por su mente. ¡Podría esconderse en lugar de ir allí! Podía refugiarse entre los arbustos y esperar. Después, cuando todos creyeran que había muerto, cuando los exploradores de la tribu hubieran regresado, partiría en dirección al norte.

El norte. Sabía que existía otra tribu, una gran tribu. Entre ellos estaría a salvo. No le encontrarían y, en cualquier caso, la tribu del norte tenía bombas y globos de bacterias. Si conseguía llegar...

No. Inspiró profundamente. Estaba en un error. Le habían designado para este viaje. Cada año le tocaba el turno a un joven como él, portador de tres preguntas muy meditadas. ¿Podría responderlas el Gran C? ¿Las tres? Se decía que el Gran C lo sabía todo. Había respondido a todo tipo de preguntas durante un siglo, en el interior de su casa en ruinas. Si él no iba, si no enviaban a ningún joven... Se encogió de hombros. Provocaría una segunda Explosión igual a la anterior. Ya lo había hecho una vez; no dudaría en hacerlo de nuevo. No tenía otra elección que continuar.

Meredith bajó los binoculares y descendió por la ladera de la colina. Una enorme rata gris pasó corriendo ante él. Sacó el cuchillo con rapidez, pero la rata no le atacó. Las ratas eran malignas... Portaban gérmenes.

Media hora después, su contador sonó con mucha intensidad. Retrocedió. Un pozo, el cráter de una bomba todavía sin rellenar del todo, abría su boca frente a él. Lo mejor sería dar un rodeo. Se movió con grandes precauciones. El contador sonó una vez, pero eso fue todo. Un rápido siseo, como el zumbido de una bala. Después, silencio. Estaba a salvo.

A media tarde comió otra ración y bebió agua de la cantimplora. Ya no quedaba mucho; llegaría antes del anochecer. Caminaría entre las calles destruidas hacia la masa irregular de piedras y columnas que era su casa. Subiría la escalera. Se lo habían descrito muchas veces. Cada piedra estaba representada en el mapa que guardaban en el Refugio. Conocía de memoria la calle que desembocaba en la casa. Conocía las enormes puertas derrumbadas, rotas en mil pedazos. Conocía el aspecto de los oscuros y vacíos pasillos. Entraría en la inmensa cámara, la oscura sala poblada de murciélagos y arañas, estremecida por el eco de los sonidos. Y allí encontraría lo que buscaba: el Gran C. Esperaría en silencio, esperaría para escuchar las preguntas. Tres..., solo tres. Después de escucharlas reflexionaría y meditaría. En su interior se producirían zumbidos y destellos. Se moverían piezas, tubos, interruptores y bobinas. Los relés se abrirían y cerrarían.

¿Sabría las respuestas?

Siguió adelante. Las ruinas aumentaban de tamaño, al otro lado del impenetrable bosque.

El sol empezaba a palidecer cuando trepó a la cumbre de una colina de rocas y contempló lo que mucho tiempo atrás había sido una ciudad. Sacó la linterna y la encendió. La luz parpadeó y se debilitó; las pilas estaban casi agotadas. Pese a todo, pudo distinguir las calles destruidas y montones de cascotes: los restos de la ciudad en la que había vivido su abuelo.

Saltó entre las rocas y aterrizó con un golpe seco en la calle. El contador se disparó al instante, pero lo ignoró. No había otra entrada. Por el otro lado, una barrera de escoria cortaba el acceso. Anduvo lentamente, respirando con fuerza. Algunos pájaros se posaban sobre las piedras a la luz incierta del crepúsculo y, de vez en cuando, un lagarto reptaba entre los cascotes hasta desaparecer en una grieta. Existía algún tipo de vida, al menos. Pájaros y lagartos se habían adaptado a las nuevas condiciones de vida, pero no así los hombres y los animales de mayor tamaño. Incluso los perros salvajes se mantenían alejados de lugares semejantes. Y ya comprendía por qué.

Siguió hacia su objetivo, alumbrándose con la débil luz de la linterna. Bordeó un enorme cráter, parte de un refugio subterráneo. A ambos lados se alzaban cañones semidestruidos. Ni siquiera había disparado un fusil. Su tribu tenía muy pocas armas de metal. Dependían de lo qué ellos mismos fabricaban: lanzas, dardos, arcos y flechas, mazas de piedra.

Un coloso, los restos de un enorme edificio, apareció ante sus ojos. La luz de la linterna no consiguió abarcar toda su envergadura. ¿Sería la casa? No, se hallaba más lejos. Después saltó sobre lo que había sido una barricada: planchas de metal, sacos de arena y alambradas.

Llegó al cabo de un momento.

Se detuvo con los brazos en jarras y contempló los escalones de hormigón que conducían hasta la negra cavidad que era la puerta. Había alcanzado su objetivo. Un paso más y ya no podría retroceder. Si lo daba, era definitivo. La decisión estaría tomada en cuanto, pisara los escalones. Era corta la distancia entre la puerta y el centro del edificio.

Meredith reflexionó durante largo rato, mientras se acariciaba su barba negra. ¿Qué iba a hacer? ¿Dar media vuelta y regresar? Podría matar con su pistola los suficientes animales para sobrevivir. Y luego, hacia el norte...

No. Contaban con él para formular las tres preguntas. Si no lo hacía, otro le reemplazaría tarde o temprano. Ya no podía retroceder. La decisión había sido tomada cuando fue elegido. Ahora era demasiado tarde.

Inició el ascenso por los semidestrozados escalones a la luz de la linterna. Se detuvo en la entrada. Distinguió algunas palabras grabadas en el hormigón. Sabía leer un poco. ¿Podría descifrarlas? Las deletreó poco a poco:

«ESTACIÓN DE INVESTIGACIÓN FEDERAL 7 ACCESO PERMITIDO PREVIA AUTORIZACIÓN».

Las palabras no significaban nada para él, excepto, tal vez, la palabra «federal». La había oído antes, pero no podía identificarla. Se encogió de hombros. No importaba. Siguió adelante.

En pocos minutos se orientó por los pasillos. En una ocasión giró a la derecha por equivocación y se encontró en un patio sembrado de piedras y

alambres en el que crecían rastrojos oscuros y pegajosos, pero después tomó la precaución de ir palpando la pared para no apartarse de la senda correcta. A veces, el contador sonaba, pero no le hacía caso. Por fin, una ráfaga de aire seco y fétido le golpeó en el rostro y la pared de hormigón se terminó de repente. Había llegado. Examinó los alrededores con la linterna. Enfrente vislumbró una abertura, una arcada. Ahí era. Levantó los ojos y descubrió más palabras, grabadas en una plancha de metal clavada en la pared.

DIVISIÓN DE INFORMÁTICA
SÓLO SE PERMITE LA ENTRADA AL PERSONAL AUTORIZADO
ABSTÉNGANSE LOS DEMÁS

Sonrió. Palabras, símbolos, letras. Todo desaparecido, todo olvidado. Atravesó la arcada y notó una nueva corriente de aire. Un murciélago asustado aleteó, casi rozándole. Por el sonido de sus botas comprendió que la cámara era enorme, mucho más grande de lo que imaginaba. Tropezó con algo y encendió la linterna en seguida.

Al principio no pudo discernir de qué objetos se trataban. La cámara estaba llena de cosas, filas de cosas verticales, polvorientas; había cientos de ellas. Las contempló con el ceño fruncido y meditó. ¿Qué serían? ¿Ídolos, estatuas? Luego recordó: servían para sentarse. Filas de sillas semipodridas o rotas en pedazos. Le propinó una patada a una y se convirtió en una nube de polvo que se disipó en las tinieblas. Lanzó una carcajada.

—¿Quién anda ahí? —preguntó una voz.

Experimentó un escalofrío. Abrió la boca, pero no emitió sonido alguno. Un sudor helado le resbaló por la piel. Tragó saliva y se cubrió los labios con sus dedos ateridos.

—¿Quién anda ahí? —repitió la voz, una voz metálica, dura y penetrante, carente de entonación, fría e inexpresiva.

Una voz de acero y metal. Relés y conmutadores.

¡El Gran C!

Estaba aterrorizado, más aterrorizado que nunca. Su cuerpo temblaba de pies a cabeza. Avanzó por el pasillo con paso inseguro, dejó atrás las sillas carcomidas y dirigió el haz de luz hacia adelante.

Un panel luminoso centelleó a lo lejos, por encima de su cabeza. Se oyó un zumbido. El Gran C volvía a la vida ante su presencia, despertaba de su letargo. Se encendieron más luces y los sonidos de relés e interruptores se multiplicaron.

—¿Quién eres? —dijo la máquina.

—Yo... he venido a hacerte unas preguntas —Meredith caminó a tientas hacia el panel luminoso. Se golpeó con una barra de metal y retrocedió con la intención de recuperar el equilibrio—. Tres preguntas. He de hacértelas.

Hubo un silencio.

—Sí —dijo por fin el Gran C—. Ha llegado la hora de hacer más preguntas. ¿Las tienes preparadas?

—Sí. Son muy difíciles. No creo que las aciertes con facilidad. Quizá, incluso, no sepas las respuestas. Nosotros...

—responderé. Siempre he respondido. Acércate más.

Meredith se internó en el pasillo, tratando de no tropezar con la plancha de metal.

Librodot

—Sí, sabré las respuestas. Crees que son difíciles. No tienes ni idea de lo que se me ha llegado a preguntar en el pasado. Antes de la Explosión respondí a preguntas que ni siquiera puedes concebir. Respondí a preguntas que me obligaron a reflexionar durante días, preguntas que habrían tenido ocupados a muchos hombres durante varios meses para hallar la respuesta.

Meredith se armó de valor.

—¿Es cierto que vienen hombres de todas las partes del mundo para nacerte preguntas?

—Sí. Científicos de todas partes me han preguntado cosas, y yo les respondí. No hay nada que no sepa.

—¿Cómo... cómo cobraste vida?

—¿Es una de las tres preguntas?

—No. —Meredith negó con la cabeza—. No, claro que no.

—Acércate más —dijo el Gran C—. No te veo bien. ¿Eres de la tribu que hay cerca de la ciudad?

—Sí.

—¿Cuántos sois?

—Varios centenares.

—Estáis creciendo.

—Cada vez nacen más niños —Meredith hinchó el pecho con orgullo—. Yo he tenido hijos de ocho mujeres.

—Maravilloso —dijo el Gran C, pero Meredith no captó la ironía.

Hubo un momento de silencio.

—Tengo un arma —confesó Meredith—. Una pistola.

—¿De veras?

—Nunca he disparado una pistola. Tenemos balas, pero aún no sé si funcionan.

—¿Cómo te llamas?

—Meredith, Tim Meredith.

—Eres un hombre joven, por supuesto.

—Sí. ¿Porqué?

—Ahora te veo muy bien —siguió el Gran C, sin hacer caso de su pregunta—. Parte de mi instalación fue destruida en la Explosión, pero todavía puedo ver un poco. Antes resolvía cuestiones matemáticas visualmente. Ahorraba tiempo. Veo que llevas casco y binoculares, así como botas del ejército. ¿Dónde los conseguiste? Tu tribu no fabrica esas cosas, ¿verdad?

—No. Las encontramos en depósitos subterráneos.

—Equipo militar salvado de la Explosión —explicó el Gran C—. Equipo de las Naciones Unidas, a juzgar por el color.

—¿Es verdad que... que podrías provocar una segunda Explosión como la primera? ¿Podrías repetirla?

—¡Por supuesto! En cualquier momento. Ahora mismo.

—¿Cómo? —preguntó Meredith con cautela—. Dime cómo.

—Al igual que entonces —divagó el Gran C—. Ya lo hice una vez... como tu tribu sabe.

—Nuestras leyendas cuentan que el mundo estalló en llamas, que los... átomos causaron la tragedia, que inventaste los átomos y los lanzaste sobre el mundo desde arriba. Sin embargo, no sabemos cómo sucedió.

—Nunca te lo diré. Es demasiado terrible. Es mejor olvidar.

Librodot

—Si tú lo dices, será así —murmuró Meredith—. Los hombres siempre te han escuchado. Han venido, preguntado y escuchado.

—Hace mucho tiempo que existo —dijo el Gran C después de permanecer unos minutos en silencio—. Recuerdo la vida antes de la Explosión. Te podría contar muchas cosas. La vida era muy diferente en aquel entonces. Llevas barba y cazas animales en los bosques. Antes de la Explosión no había bosques, sólo ciudades y granjas. Los hombres iban bien afeitados. Muchos llevaban ropas blancas: eran científicos, gente muy bondadosa. Los científicos me construyeron.

—¿Qué les sucedió?

—Se fueron —divagó de nuevo el Gran C—. ¿Te dice algo el nombre de Albert Einstein?

—No.

—Fue el más importante de todos los científicos. ¿Seguro que no te suena el nombre? —el Gran C parecía disgustado—. Respondí a preguntas que ni siquiera él pudo contestar. Había otros computadores, pero ninguno tan grande como yo.

Meredith asintió con la cabeza.

—¿Cuál es tu primera pregunta? Dímela y te responderé.

El pánico hizo mella en Meredith. Sus rodillas entrechocaron.

—¿La primera pregunta? —murmuró—. Espera un momento, deja que piense.

—¿La has olvidado?

—No, pero quiero ponerlas en orden —se humedeció los labios y tiró de la barba con nerviosismo—. Déjame pensar. La primera es la más fácil, aunque no deja de ser difícil. El jefe de la Tribu...

—pregunta.

Meredith asintió. Levantó la vista y tragó saliva..Cuando habló lo hizo con voz seca y ronca.

—La primera pregunta. ¿De dónde...? ¿De dónde...?

—Más alto —dijo el Gran C.

—¿De dónde viene la lluvia? —soltó Meredith después de tomar aliento.

Hubo un silencio.

—¿Lo sabes? —inquirió nervioso. Filas de luces parpadearon sobre su cabeza. El Gran C meditaba, reflexionaba. Emitió un zumbido bajo y profundo—. ¿Sabes la respuesta?

—La lluvia proviene de la tierra, especialmente de los océanos. Se eleva en el aire por un proceso de evaporación. El agente causante es el calor del sol. La humedad de los océanos asciende en forma de partículas diminutas. Estas partículas, al alcanzar una cierta altura, se introducen en una franja de aire más fría. En ese momento se produce la condensación. La humedad se concentra en grandes nubes. Cuando existe la concentración necesaria, el agua cae en gotas. Llamáis a estas gotas lluvia.

Meredith se frotó el mentón, pasmado, y asintió.

—Comprendo —volvió a mover la cabeza en un gesto afirmativo—. ¿Así sucede?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Desde luego. ¿Cuál es la segunda pregunta? Ésta no era muy difícil. No tienes ni idea de la cantidad de conocimientos e información que tengo almacenados. En cierta ocasión respondí preguntas que ninguno de los

grandes cerebros del mundo pudo resolver. Al menos, con la misma rapidez que yo. ¿Cuál es la siguiente pregunta?

—Ésta es mucho más difícil —Meredith dibujó una débil sonrisa. El Gran C había respondido a la pregunta sobre la lluvia, pero quizá no supiera la respuesta a la siguiente —Dime, si puedes, ¿por qué el Sol siempre se mueve en el cielo? ¿Por qué no se para? ¿Por qué no cae a tierra?

El Gran C emitió un singular zumbido, casi una carcajada.

—La respuesta te sorprenderá. El Sol no se mueve. De hecho, lo que tú percibes como un movimiento no lo es en absoluto. Lo que percibes es el movimiento de la Tierra alrededor del Sol. Como estás en la Tierra, da la impresión de que tú estás quieto y el Sol se mueve, pero no es así. Los nueve planetas, incluyendo la Tierra, giran alrededor del Sol en órbitas elípticas regulares. Lo han hecho durante millones de años. ¿Responde esto a tu pregunta?

El corazón de Meredith se encogió. Empezó a temblar con violencia. Por fin, consiguió recuperar el control.

—Apenas puedo creerlo. ¿Me dices la verdad?

—Yo sólo conozco la verdad. Me resulta imposible mentir. ¿Cuál es la tercera pregunta?

—Espera —dijo Meredith con voz apagada—, déjame pensar un momento —se apartó a un lado—. Debo reflexionar.

—¿Por qué?

—Espera.

Meredith retrocedió unos pasos. Se acuclilló en el suelo y fijó la vista al frente, como aturdido. No era posible: el Gran C había respondido a las primeras preguntas sin el menor error. ¿Cómo podía saber esas cosas? ¿Cómo era posible que alguien supiera cosas acerca del sol o del cielo? El Gran C estaba prisionero en su propia casa. ¿Cómo sabía que el sol no se movía? La cabeza le rodaba. ¿Cómo podía saber algo que no había visto? Quizá gracias a los libros. Agitó la cabeza, confuso. Quizá antes de la Explosión le habían leído libros. Frunció el ceño y apretó los labios. Probablemente sería así. Se irguió poco a poco.

—¿Ya estás preparado? —interrogó el Gran C—. Pregunta.

—Es imposible que respondas a ésta. Ningún ser viviente lo sabe. Ahí va la pregunta: ¿cómo empezó el mundo? —Meredith sonrió—. No puedes saberlo. No existías antes que el mundo; por tanto, es imposible que sepas la respuesta.

—Existen varias teorías. La más satisfactoria es la hipótesis nebular. Según ésta, una gradual concentración...

Meredith escuchaba sin apenas oír las palabras, estupefacto. ¿Sería posible? ¿Sabría el Gran C el misterio de la formación del mundo? Se obligó a prestar atención a sus palabras.

—...si le concedemos más crédito que a las otras, existen varias formas de verificar esta teoría. De las restantes, la más popular, aunque bastante desacreditada a estas alturas, se refiere a que una segunda estrella se aproximó demasiado a la nuestra y provocó un violento...

El Gran C prosiguió interminablemente, entusiasmado con el tema. Estaba claro que disfrutaba con la pregunta. Estaba claro que era el tipo de pregunta que le habían planteado con más frecuencia antes de la Explosión. Había respondido con la mayor facilidad a las tres preguntas que la Tribu

Librodot

había preparado con tanta meticulosidad durante todo un año. No parecía posible; Meredith se sentía desorientado.

El Gran C terminó su perorata.

—¿Y bien? ¿Estás satisfecho? Como puedes ver, sabía las respuestas. ¿Imaginaste por un momento que no sabría contestarlas?

Meredith no dijo nada. Estaba petrificado, aterrorizado. El sudor le resbalaba por el rostro y le caía sobre la barba. Abrió la boca, pero las palabras se negaron a salir.

—Y ahora —dijo el Gran C—, ya que he respondido a tus preguntas, haz el favor de avanzar hacia aquí.

Meredith obedeció, rígido y con la vista fija al frente como si estuviera en trance. Las luces se encendieron a su alrededor e iluminaron la sala. Por primera vez vio al Gran C. Por primera vez las tinieblas retrocedieron.

El Gran C, un inmenso cubo de oxidado y deslustrado metal, descansaba sobre un soporte elevado. Parte del techo se había desmoronado, y bloques de hormigón habían mellado su costado derecho. Tubos de metal y piezas sueltas, destrozados y retorcidos elementos dañados por la caída del techo, estaban diseminados en torno al soporte.

Tiempo atrás, el Gran C había sido brillante; ahora estaba sucio y manchado. Había penetrado agua de lluvia y barro a través del techo roto. Los pájaros habían dejado como señales de su paso plumas y excrementos. La mayoría de los cables que conectaban el cubo con el panel de control se habían partido en el instante de la Explosión.

Pero había algo más mezclado con los restos de cable y metal amontonados alrededor del soporte: pequeñas pirámides de huesos que dibujaban un círculo en torno al Gran C. Huesos, trozos de tela, hebillas de cinturón, agujas, un casco, algunos cuchillos, una lata de comida...

Los restos de los cincuenta jóvenes que habían acudido antes para formular tres preguntas, todos rezando y confiando en que el Gran C no sabría las respuestas.

—Sube —ordenó el Gran C.

Meredith trepó al soporte. Una escalerilla de metal conducía a lo largo del cubo. Subió por ella sin comprender lo que hacía, aturdido, con la mente en blanco, actuando como una máquina. Una parte de la superficie de metal chirrió y se deslizó a un lado.

Meredith miró hacia abajo. Vio una remolineante cuba de líquido.

Una cuba sepultada en las entrañas del Gran C. Vaciló, se recuperó en parte y dio un paso atrás.

—Salta —dijo el Gran C.

Meredith, con los ojos fijos en la cuba, paralizado de horror, osciló por un momento en el borde. Notaba un zumbido en la cabeza, su visión se hacía borrosa. La sala empezó a girar lentamente a su alrededor. Se balanceaba adelante y atrás.

—Salta —repitió el Gran C.

Saltó.

El rectángulo de metal se cerró un segundo más tarde. La superficie del cubo no presentaba la menor rendija.

En las profundidades de la maquinaria, la cuba de ácido clorhídrico remolineó y tiró del cuerpo inerte que yacía en su interior. El cuerpo empezó a disolverse en seguida, y los elementos fueron absorbidos por tubos y

conductos que los repartieron con gran rapidez a todos los componentes del Gran C. El movimiento cesó por fin. El enorme cubo enmudeció.

El último acto de la absorción consistió en la apertura de una diminuta ranura en la parte delantera del Gran C, por la que fue arrojada, expulsada, una materia gris: huesos, y también un casco de metal. Cayeron junto a los demás montoncitos agrupados ante el cubo y se reunieron con los restos de los cincuenta emisarios anteriores. Entonces se apagó la última luz y la maquinaria cesó de emitir sonidos. El Gran C inició su larga espera de un año.

Pasado el tercer día, Kent comprendió que el joven no volverla. Regresó al Refugio con los exploradores de la Tribu, huraño, contrito y silencioso.

—Hemos perdido otro —rezongó Page—. ¡Estaba tan seguro de que no contestaría a esas tres! Un año de trabajo desperdiciado.

—¿Seguiremos adelante con estos sacrificios? —preguntó Bill Gustavson—. ¿Durarán siempre, año tras año?

—Algún día daremos con una pregunta que no pueda responder —aseguró Kent—. Entonces nos dejará en paz. Si le derrotamos, no tendremos que seguir alimentándole. ¡Si pudiéramos encontrar la pregunta adecuada!

Anne Fry, pálida, se le acercó.

—¿Walter?

—¿Sí?

—¿Es así como... como se mantiene con vida? ¿Siempre ha dependido de nosotros? No puedo creer que seres humanos sean capaces de mantener a esa máquina con vida.

—Debía utilizar algún alimento artificial antes de la Explosión —Kent agitó la cabeza—, pero luego ocurrió algo. Quizá sus conductos alimentarios fueron dañados o destrozados, y cambió sus costumbres. Supongo que fue así. Nosotros también cambiamos nuestras costumbres. Hubo un tiempo en que los seres humanos no cazaban ni mataban animales, como hubo un tiempo en el que el Gran C no devoraba seres humanos.

—¿Porqué... por qué desencadenó la Explosión, Walter?

—Para demostrarnos que era más fuerte que nosotros.

—¿Siempre fue más fuerte que los hombres?

—No. Dicen que, hace mucho tiempo, el Gran C no existía, que el hombre lo creó para que le explicara cosas. Sin embargo, poco a poco se hizo cada vez más fuerte, hasta que por fin se apoderó de los átomos.., y los átomos causaron la Explosión. Ahora se halla fuera de nuestro alcance. Su poder nos ha convertido en esclavos. Adquirió demasiada fuerza.

—Pero llegará un día en que no sabrá la respuesta —dijo Page.

—Y, según la tradición, nos dejará en libertad. Dejará de utilizarnos como alimento.

Page apretó los puños y volvió la vista hacia el bosque.

—Ese día no tardará en llegar. ¡Algún día encontraremos una pregunta demasiado difícil para él!

—Pongamos manos a la obra —dijo sobriamente Gustavson—. Cuanto antes empecemos a prepararnos para el año que viene, mejor.

EN EL JARDÍN

—Está afuera —dijo Robert Nye—. De hecho, siempre está ahí, incluso cuando hace mal tiempo, cuando llueve.

—Entiendo —asintió su amigo Lindquist. Ambos abrieron la puerta trasera y salieron al porche. El aire era cálido y vivificante. Se detuvieron e inspiraron profundamente. Lindquist paseó la mirada a su alrededor—. Es un jardín muy bonito, un auténtico jardín, ¿no es cierto? —meneó la cabeza—. No es difícil comprenderla. ¡Mira todo eso!

—Ven —dijo Nye mientras bajaba los escalones hasta el sendero—, seguro que está sentada al otro lado del árbol. Hay un viejo asiento en forma de círculo, como los de antes. Estará en compañía de Sir Francis.

—¿Sir Francis? ¿Quién es? —Lindquist le siguió.

—Sir Francis es su pato, un pato blanco muy grande —se internaron en el sendero y pasaron junto a unos macizos de lilas que alzaban sus copas sobre los grandes armazones de madera.

Filas de tulipanes en flor crecían a ambos lados. Una enredadera de rosas trepaba por el costado de un pequeño invernadero. Era un placer para la vista de Lindquist: macizos de rosas, lilas, infinidad de plantas y flores, un muro de glicina, un enorme sauce.

Y, sentada al pie del árbol, contemplando al pato blanco posado en la hierba junto a ella, estaba Peggy.

Lindquist se quedó clavado en su sitio, fascinado por la belleza de la señora Nye. Peggy Nye era menuda, y tenía el pelo suave, de color oscuro, y unos grandes ojos cálidos en los que aleteaba una tristeza apacible y tolerante. Vestía un conjunto de color azul, abotonado hasta el cuello, calzaba sandalias y llevaba flores en el pelo. Rosas.

—Querida —le dijo Nye—, mira quién está aquí. Te acuerdas de Tom Lindquist, ¿verdad?

—¡Tom Lindquist! —exclamó al instante, levantando los ojos— ¿Cómo estás? Me alegro mucho de verte.

—Gracias —Lindquist se sonrojó de placer—. ¿Cómo van las cosas, Peg? Veo que tienes un amigo.

—¿Un amigo?

—Sir Francis. Se llama así, ¿no?

—Ah, Sir Francis —Peggy rió, se agachó y acarició el plumaje del pato. Sir Francis siguió buscando arañas en la hierba—. Sí, es un amigo excelente. Anda, siéntate. ¿Vas a quedarte mucho tiempo?

—Por desgracia no —dijo su marido—. Se dirige a Nueva York por asuntos de negocios.

—Exacto —asintió Lindquist—. Oye, tienes un jardín maravilloso, Peggy. Recuerdo que siempre quisiste tener un jardín, lleno de pájaros y de flores.

—Es muy hermoso. Solemos pasar aquí la mayor parte del tiempo.

—¿Solemos?

—Sir Francis y yo.

—Pasan muchas horas juntos —dijo Robert Nye—. ¿Un cigarrillo? —tendió el paquete a Lindquist—. ¿No? —encendió uno para él—. Personalmente, no me interesan en absoluto los patos, pero tampoco las flores y la naturaleza.

—Robert se queda en la casa y trabaja en sus artículos —puntualizó Peggy—. Siéntate, Tommy —cogió al pato y lo colocó sobre su regazo—, siéntate a nuestro lado.

—Oh, no, estoy bien aquí.

Contempló en silencio a Peggy, las flores, la hierba y el pato. Una débil brisa agitó las filas de lirios blancos y púrpuras que había detrás del árbol. Nadie habló. El jardín estaba fresco y tranquilo. Lindquist suspiró.

—¿Qué pasa? —preguntó Peggy.

—Todo esto me recuerda un poema —Lindquist se frotó la frente—, de Yeats, me parece.

—Sí, eso es el jardín —aprobó Peggy —: pura poesía.

Lindquist se concentró.

—¡Ya lo tengo! —dijo con una carcajada—. Tú y Sir Francis, por supuesto, ahí sentados. Leda y el cisne.

—¿A qué...? —Peggy frunció el ceño.

—El cisne era Zeus —prosiguió Lindquist—. Zeus tomó la forma de un cisne para acercarse a Leda mientras ésta se bañaba. Le... hum... hizo el amor bajo la forma de un cisne. De su... unión nació Helena de Troya, la hija de Zeus y Leda. ¿Cómo es...? «Una súbita ráfaga de aire: aún batían las grandes alas sobre la asombrada muchacha...».

Se interrumpió. Peggy le miraba fijamente, con el rostro encendido de rabia. Se levantó con brusquedad y. apartó al pato de su camino. Temblaba de furia.

—¿Qué ocurre? —preguntó Robert—. ¿Qué te pasa?

—¿Cómo te has atrevido? —espetó Peggy a Lindquist.

Dio media vuelta y se alejó a grandes zancadas.

Robert corrió tras ella y la sujetó por el brazo.

—Pero ¿qué pasa? ¿Por qué estás tan afectada? ¡Sólo era una poesía!

—¡Déjame! —ella le apartó de un empujón. Nunca le había visto tan encolerizada. Su rostro parecía de marfil, y sus ojos, piedras.

—Pero, Peg...

—Robert —dijo, mirándole a los ojos—. Voy a tener un hijo.

—¿Qué?

—Te lo iba a decir esta noche. Él lo sabe —apretó los labios—. Lo sabe, por eso dijo esas cosas. Robert, ¡échale! ¡Échale, por favor!

—Claro, Peg, claro —asintió Nye mecánicamente—, pero ¿estás segura? ¿De veras vas a tener un niño? —la rodeó con sus brazos—. ¡Es maravilloso! Querida, es magnífico, nunca había oído nada tan maravilloso. ¡Dios mío! Es lo mejor que he oído en mi vida.

La condujo hasta el asiento con el brazo alrededor de su cintura. De pronto, su pie tropezó con algo suave, algo que dio un brinco y siseó de furor. Sir Francis se alejó contoneándose, a punto de volar, haciendo chasquear el pico con irritación.

—¡Tom! —gritó Robert—. Escucha esto, tengo algo muy importante que decirte. ¿Se lo puedo decir, Peg? ¿Te parece bien que lo haga?

Sir Francis siseó furiosamente a sus espaldas, pero, con la excitación, nadie reparó en él, nadie en absoluto.

Nació un niño al que llamaron Stephen. Robert Nye volvió en coche a casa desde el hospital, abismado en sus pensamientos. Ahora que ya había nacido su hijo, recordó aquel día en el jardín, la tarde que Tom Lindquist fue a visitarles y citó el verso de Yeats que tanto había encolerizado a Peg. Desde entonces se estableció una corriente de fría hostilidad entre él y Sir Francis. Nunca volvió a ver de la misma manera a Sir Francis.

Librodot

Robert aparcó el coche frente a la casa y subió los peldaños de piedra. De hecho, Sir Francis y él nunca se habían llevado bien desde el primer día en que lo trajeron del campo. La idea partió de Peggy, cuando vio el letrero de la granja...

Robert se detuvo en los escalones del porche. Cómo se había enfadado ella con el pobre Lindquist. Claro que fue una falta de tacto por su parte citar aquel verso, pero aun así... Meditó y frunció el entrecejo. ¡Fue todo tan estúpido! Peg y él llevaban casados tres años. No había la menor duda de que ella le quería, de que le era fiel. No tenían mucho en común, de acuerdo. A Peg le gustaba sentarse en el jardín, leer, pensar, dar de comer a los pájaros... o jugar con Sir Francis.

Robert rodeó la casa y entró en el patio, en el jardín. ¡Claro que ella le amaba! Le amaba y le era fiel. Era absurdo pensar que ella pudiera considerar ni por un momento... que Sir Francis fuera...

Se paró al ver a Sir Francis en el extremo del jardín, sujetando un gusano con el pico. Mientras observaba, el pato blanco se tragó el gusano y siguió buscando insectos, sabandijas y arañas en la hierba. El pato se quedó quieto de repente, como augurando algo.

Robert cruzó el jardín. Cuando Peg volviera del hospital estaría muy ocupada con el pequeño Stephen. Ahora era la ocasión. Con tanto trabajo olvidaría muy pronto a Sir Francis. Con el niño y todo...

—Ven aquí —dijo Roben, y agarró al pato—. Éste ha sido el último gusano que te comes en este jardín.

Sir Francis se debatió y picoteó frenéticamente, tratando de escapar. Robert lo cargó hasta la casa. Sacó una maleta del armario e introdujo al pato dentro. La cerró y se secó el sudor de la cara. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿La granja? Sólo estaba a media hora de camino, si conseguía recordar el lugar exacto.

Lo intentaría. Llevó la maleta al coche y la tiró en el asiento posterior. Sir Francis graznó todo el rato, primero con rabia, y luego (cuando circulaban por la carretera) cada vez con mayor desesperación y aflicción.

Robert se mantuvo en silencio.

Peggy, en cuanto comprendió que la ausencia de Sir Francis era beneficiosa, no volvió a mencionarlo. Pareció aceptar la situación, aunque estuvo muy callada durante una semana. Se recuperó gradualmente. Reía y jugaba con el pequeño Stephen, lo sacaba al sol y lo acunaba en su regazo y le pasaba los dedos por su pelo suave.

«Es como plumón», dijo Peggy una vez. Robert asintió, no muy de acuerdo. Más bien como pelusa del maíz, pensó, pero no dijo nada.

Stephen creció lleno de salud y alegría, confortado por el sol, rodeado por unos brazos tiernos y amorosos hora tras hora en el tranquilo jardín, bajo el sauce. Al cabo de unos años se convirtió en un niño de carácter dulce, un niño de ojos grandes y oscuros al que le gustaba mucho jugar solo, apartado de los otros niños, a veces en el jardín, a veces en su habitación.

A Stephen le gustaban las flores. Cuando el jardinero plantaba, Stephen le seguía y observaba con gran seriedad cómo introducía en la tierra cada puñado de semillas, o los trozos de plantas envueltos en musgo que el sol bañaba con su calor.

No hablaba mucho. A veces, Robert dejaba de trabajar, se asomaba a la ventana de la sala y, con las manos en los bolsillos, fumaba y examinaba al

silencioso niño que jugaba solo entre los arbustos y la hierba. Cuando cumplió cinco años, Stephen ya empezó a interesarse por los cuentos que contenían grandes libros planos que su madre le traía. Se sentaban en el jardín, miraban las ilustraciones y reconstruían las historias.

Robert, malhumorado y taciturno, les observaba desde la ventana. Le habían dejado de lado, abandonado. ¡Cómo odiaba quedarse al margen! Había deseado un hijo durante tanto tiempo...

De nuevo le asaltó la duda. De nuevo se sorprendió pensando en Sir Francis y en las palabras de Tom. Apartó el pensamiento de sí con rabia. Sin embargo, sentía al niño tan alejado dé él... ¿Habría alguna forma de ganar su confianza?

Robert meditó.

Una cálida mañana de otoño, Robert salió afuera y se quedó junto al porche de atrás, aspirando el aire y mirando a su alrededor. Peggy había ido a comprar y a la peluquería. No volvería hasta dentro de mucho rato.

Stephen estaba sentado frente a la mesita que le habían regalado para su cumpleaños. Coloreaba dibujos con sus lápices. Estaba concentrado en su trabajo, absorto. Robert caminó sobre la hierba húmeda hacia él.

Stephen levantó la vista y dejó los lápices. Sonrió tímida y amigablemente al hombre que se aproximaba. Robert se detuvo junto a la mesita y le devolvió la sonrisa, algo vacilante e incómodo.

—¿Qué pasa? —preguntó Stephen.

—¿Te importa que te haga compañía?

—No.

Robert se acarició el mentón.

—Oye, ¿qué haces? —preguntó a continuación.

—¿Hacer?

—Con los lápices.

—Estoy dibujando.

Stephen le mostró su obra, una gran forma amarilla parecida a un limón. Ambos la miraron unos instantes.

—¿Qué es? —preguntó Robert—. ¿Un bodegón?

—Es el sol.

Stephen reemprendió su trabajo, con aquella atención tan característica en él. Robert le contempló. ¡Con qué pulcritud trabajaba! Ahora esbozaba algo de color verde. Árboles, probablemente. Quizá algún día sería un gran pintor, como Grant Wood o Norman Rockwell. Un estremecimiento de orgullo le recorrió.

—Te sale muy bien.

—Gracias.

—¿Quieres ser pintor cuando seas mayor? Yo también solía dibujar. Hacía historietas para el periódico de la escuela, y diseñé el emblema de nuestra fraternidad.

Hubo un silencio. ¿Habría heredado Stephen su habilidad? Examinó los rasgos del niño. No se le parecía mucho; de hecho, no se le parecía en nada. De nuevo la duda se infiltró en su mente. ¿Sería posible que...? Aunque Peggy nunca habría...

—Robert —dijo el niño de súbito.

—¿Sí?

—¿Quién era Sir Francis?

Librodot

Robert se sobresaltó.

—¿Quién? ¿A qué te refieres? ¿Por qué me preguntas eso?

—Sólo era una pregunta.

—¿Qué sabes de él? ¿Dónde oíste su nombre?

Stephen continuó trabajando un poco más.

—No lo sé. Creo que mamá lo mencionó una vez. ¿Quién es?

—Está muerto. Hace tiempo que murió. ¿Te lo dijo tu madre?

—Quizá fuiste tú. Alguien lo mencionó.

—¡No fui yo!

—Entonces —replicó Stephen con aire pensativo—, debí de soñarlo. Tal vez vino en sueños y me habló. Eso es: le vi en un sueño.

—¿Cuál era su aspecto? —preguntó Robert. Se humedeció los labios, inquieto.

—Como esto —Stephen alzó su dibujo, el dibujo del sol.

—¿Qué quieres decir? ¿Amarillo?

—No, era blanco, como el sol a mediodía. Una forma blanca terriblemente grande en el cielo.

—¿En el cielo?

—Volaba por el cielo, como el sol a mediodía, todo encendido. En el sueño, quiero decir.

La incertidumbre y la tristeza deformaron las facciones de Robert. ¿Se lo habría contado ella? ¿Le habría hecho una descripción, una descripción idealizada? El Dios Pato. El Gran Pato del Cielo, que descendía envuelto en llamas. Entonces, tal vez fue así. Tal vez no era él el padre del niño. Tal vez... La duda era insoportable.

—Bien, no quiero molestarte más —dijo Robert.

Se volvió y empezó a caminar hacia la casa.

—Robert —dijo Stephen.

—¿Sí? —se volvió rápidamente.

—Robert, ¿qué vas a hacer?

—¿Qué quieres decir, Stephen? —vaciló Robert.

El niño levantó la vista de su dibujo. Su rostro estaba en calma, inexpresivo.

—¿Vas a entrar en casa?

—Sí, ¿porqué?

—Robert, dentro de unos minutos voy a hacer algo secreto. Nadie lo sabe, ni siquiera mamá. —Stephen titubeó y miró la cara del hombre—. ¿Te gustaría... te gustaría hacerlo conmigo?

—¿De qué se trata?

—Voy a hacer una fiesta en el jardín. Una fiesta secreta, para mí solo.

—¿Quieres que vaya?

El niño asintió.

Una inmensa felicidad invadió a Robert.

—¿Quieres que vaya a tu fiesta? Una fiesta secreta, ¿verdad? No se lo diré a nadie, ni siquiera a tu madre. ¡Claro que iré! —se frotó las manos y sonrió, aliviado—. Me encantará ir. ¿Quieres que lleve algo? ¿Pastas, pastel, leche? ¿Qué quieres que lleve?

—Nada —negó Stephen con la cabeza—. Ve adentro y lávate las manos; cuando vuelvas todo estará preparado —se levantó y guardó los lápices en la caja—. Pero no se lo digas a nadie.

—No se lo diré a nadie. Iré a lavarme las manos. Gracias, Stephen, muchas gracias. Volveré en seguida.

Entró corriendo en la casa, con el corazón henchido de felicidad. ¡Quizá el niño era de él, después de todo! Una fiesta secreta, una fiesta secreta, privada. Y ni siquiera Peg estaba enterada. ¡Claro que era hijo suyo!

De ahora en adelante haría compañía a Stephen cuando Peg saliera, le contaría cuentos, sus recuerdos de la guerra en África del Norte. A Stephen le gustaría. Su encuentro con el mariscal Montgomery, la pistola alemana que se había quedado. Y sus fotografías.

Peggy nunca le dejaba contar cuentos al niño. ¡Pero lo haría, por Cristo! Fue a la pileta y se lavó las manos. Sonrió. Era hijo suyo, y punto.

Oyó un ruido. Peggy entró en la cocina cargada de bolsas. Las puso sobre la mesa con un suspiro.

—Hola, Robert —saludó—. ¿Qué haces?

Su corazón se encogió.

—¿Ya has vuelto? Es muy pronto. Creí que irías a la peluquería.

Peggy sonrió, menuda y bonita con su vestido verde, el sombrero y zapatos de tacón alto.

—He de volver. Sólo quería pasar por casa para dejar las compras.

—¿Te vas otra vez?

—¿Por qué? Pareces nervioso. ¿Pasa algo?

—Nada —dijo Robert mientras se secaba las manos—. Nada en absoluto —esbozó una sonrisa tonta.

—Llegaré tarde —Peggy se dirigió a la sala de estar—. Diviértete durante mi ausencia. No dejes que Stephen se quede en el jardín mucho rato.

—No, no te preocupes.

Robert esperó a oír el sonido de la puerta al cerrarse. Luego corrió al porche trasero y bajó la escalera que conducía al jardín. Se internó entre los macizos de flores.

Stephen había despejado la mesita. En lugar de los lápices y el papel había dos cuencos sobre sendos platos. Una silla estaba preparada para él. Stephen le miraba venir por el césped hacia la mesa.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó Stephen, impaciente—. Ya he empezado —estaba comiendo ávidamente, con los ojos brillantes—. No pude esperar.

—Me parece muy bien —dijo Robert—. Estoy contento de que te adelantaras —se sentó en la sillita—. ¿Está bueno? ¿Qué es? ¿Algo muy, muy sabroso?

Stephen asintió sin dejar de masticar, sirviéndose con las manos del cuenco que tenía frente a él. Robert sonrió y bajó la vista hacia su plato.

Abrió la boca, pero no consiguió articular palabra. Empujó la silla hacia atrás y se puso en pie.

—Creo que no quiero —murmuró. Dio media vuelta—. Creo que entraré en casa.

—¿Por qué? —se sorprendió Stephen, que dejó de comer.

—Nunca... nunca me gustaron los gusanos y las arañas —dijo Robert.

Su sonrisa se desvaneció. Una infinita tristeza devoró su corazón.

Volvió lentamente hacia la casa.

EL REY DE LOS ELFOS

Llovía y empezaba a anochecer. Enormes gotas de agua caían sobre los postes de la gasolinera; el viento doblaba los árboles al otro lado de la carretera.

Shadrach Jones se guareció en el portal de un pequeño edificio y se apoyó en un bidón de aceite. La puerta estaba abierta y ráfagas de lluvia mojaban el suelo de madera. Era tarde; el sol se había puesto y cada vez hacía más frío. Shadrach metió la mano bajo la chaqueta y sacó un puro. Cortó un extremo y lo encendió con cuidado, apartándose de la puerta. La punta del cigarro brilló en la oscuridad. Shadrach aspiró profundamente. Se abrochó la chaqueta y salió al exterior.

—Maldita sea —gruñó—. ¡Vaya nochecita!

La lluvia y el viento le azotaron el rostro. Escudriñó la carretera en ambas direcciones, pero no se veía ningún coche. Meneó la cabeza y cerró los postes.

Regresó al edificio y aseguró la puerta. Abrió la caja registradora y contó el dinero recaudado aquel día. No era mucho.

No era mucho, pero suficiente para un viejo, suficiente para comprar tabaco, leña y revistas, y sentirse a gusto mientras aguardaba a que algún coche se detuviera. El número de coches que circulaban por la carretera disminuía lenta pero sensiblemente. La carretera empezaba a estar muy descuidada, con grietas y socavones, y la mayoría de los coches preferían la autopista estatal que pasaba tras las colinas. Derryville no ofrecía el menor atractivo para que se desviaran. Derryville era una pequeña ciudad, demasiado pequeña para que las grandes industrias se establecieran en ella, demasiado pequeña para importarle a alguien. A veces, las horas se sucedían sin que...

Shadrach se sobresaltó. Sus dedos se cerraron sobre el dinero. El tintineo metálico del hilo del sistema de alarma instalado en el pavimento resonó en el silencio.

«¡Dinnnng!»

Shadrach devolvió el dinero a la caja y la cerró con llave. Se levantó poco a poco y se acercó a la puerta, con el oído atento. Apagó la luz y esperó en la oscuridad, tratando de ver lo que pasaba afuera.

No vio ningún coche. La lluvia remolineaba en el viento, como una cortina de agua. Nubes de niebla invadían la carretera. Y había algo junto a los postes.

Abrió la puerta y salió. Al principio no pudo distinguir nada. Después, el anciano tragó saliva.

Dos diminutas figuras estaban de pie bajo la lluvia, sosteniendo una especie de plataforma. Sus vestidos debieron ser brillantes y de colores vivos en alguna ocasión, pero ahora colgaban sucios y empapados del agua de lluvia. Miraron a Shadrach con inquietud. Enormes gotas de agua se estrellaban contra sus menudos rostros. Sus túnicas chasqueaban y se agitaban con el viento.

Algo se movió en la plataforma. Se asomó una cabecita que miró con preocupación a Shadrach. Un casco mojado centelleó vagamente en la penumbra.

—¿Quiénes usted? —preguntó Shadrach.

—Soy el rey de los elfos y estoy empapado —dijo la figura de la plataforma, irguiéndose.

Shadrach parpadeó de estupor.

—Es verdad —dijo uno de los porteadores—. Todos estamos empapados.

Un pequeño grupo de elfos se acercó con timidez y se arracimó en torno a su rey. Se apretaron unos contra otros, en silencio, con aspecto malhumorado.

—El rey de los elfos —murmuró Shadrach—. Que me cuelguen.

¿Sería posible? Eran muy pequeños, de acuerdo, y sus mojadas vestimentas tenían un corte extraño y exhibían colores extravagantes.

¡Pero, elfos!

—Que me cuelguen. Bueno, quienquiera que seáis, no deberíais estar fuera en una noche así.

—Desde luego que no —musitó el rey—, pero no es culpa nuestra. No es culpa... —un acceso de tos le interrumpió.

Los soldados elfos volvieron con ansiedad los ojos hacia la plataforma.

—Sería mejor que entrarais —dijo Shadrach—. Vivo un poco más arriba. Vuestro rey no debe continuar bajo la lluvia.

—¿Crees que nos gusta estar fuera en una noche así? —rezongó uno de los porteadores—. ¿Por dónde vamos? Guíanos.

Shadrach señaló la casa con el dedo.

—Por allí, seguidme. Encenderé un fuego.

Siguió la carretera y tanteó con el pie el primero de los escalones de piedra que Phineas Judd y él habían colocado durante el verano. Miró hacia atrás desde lo alto de la escalera. La plataforma se acercaba poco a poco, balanceándose de un lado a otro, seguida por los soldados elfos, una diminuta columna de mojadas y silenciosas criaturas, malhumoradas y ateridas de frío.

—Encenderé el fuego —dijo Shadrach, y entró corriendo en la casa.

El rey de los elfos, agotado, se recostó contra la almohada. Después de beber un tazón de chocolate caliente se había tranquilizado, y ahora su pesada respiración recordaba sospechosamente a un ronquido.

Shadrach cambió de postura, incómodo.

—Lo siento —dijo de pronto el rey de los elfos, abriendo los ojos. Se frotó la frente—. Creo que me he dormido. ¿Dónde estaba?

—Su Majestad haría bien en retirarse —aconsejó uno de los soldados, medio dormido—. Es tarde y los tiempos son duros.

—Cierto —asintió el rey de los elfos—, muy cierto. —Miró la alta figura de Shadrach, de pie junto al hogar con un vaso de cerveza en la mano—. Mortal, te agradecemos tu hospitalidad. Por regla general, no solemos imponernos a los seres humanos.

—Es a causa de los trolls —dijo otro de los soldados, acurrucado sobre un almohadón del sofá.

—Exacto —aprobó otro soldado. Se sentó y aferró su espada—. Esos asquerosos trolls, que cavan y gruñen...

—Has de saber —dijo el rey de los elfos— que nuestra partida se dirigía por los Grandes Escalones Bajos hacia el Castillo, sepultado en el fondo de las Montañas Majestuosas...

—Quieres decir el Monte Azúcar —rectificó amablemente Shadrach.

—Las Montañas Majestuosas. Avanzábamos poco a poco. Se desencadenó un aguacero. Nos perdimos. De repente apareció un grupo de trolls, que se escabulló entre los matorrales. Dejamos atrás los bosques y buscamos la seguridad del Sendero Interminable...

—La autopista veinte.

—Y así llegamos hasta aquí —el rey de los elfos hizo una pausa—. Cada vez llovía más. El viento, frío y desagradable, no cesaba de azotarnos. Vagamos durante un tiempo incalculable. No teníamos ni idea de adónde íbamos ni de lo que nos podía ocurrir —miró a Shadrach—. Sólo sabíamos una cosa: los trolls nos perseguían, deslizándose por el bosque, avanzando bajo la lluvia y destrozándolo todo a su paso.

Se llevó una mano a la boca y tosió, casi doblado en dos. Todos los elfos esperaron con ansiedad a que terminara. Por fin alzó la cabeza.

—Fue muy amable de tu parte invitarnos a tu casa. No te molestaremos mucho tiempo. No es costumbre de los elfos...

Tosió de nuevo y se cubrió el rostro con la mano. Los elfos se acercaron con la preocupación pintada en sus rostros. El rey se irguió y suspiró.

—¿Qué pasa? —preguntó Shadrach.

Se agachó y retiró la taza de chocolate de la frágil mano. El rey de los elfos se reclinó y cerró los ojos.

—Ha de descansar —dijo uno— Donde está tu habitación. El dormitorio.

—Arriba —indicó Shadrach—. Os lo enseñaré.

Avanzada la noche, Shadrach se sentó en la oscura y vacía sala de estar y se sumió en profundas meditaciones. Los elfos dormían en su alcoba; el rey, en la cama, y los demás apelotonados sobre la alfombra.

La casa estaba silenciosa. La lluvia caía sin parar, repiqueteando en las paredes. El viento agitaba las ramas de los árboles. Shadrach movía las manos sin cesar. Qué situación tan extraña... Los elfos, su enfermo y viejo rey, sus agudas vocecitas... ¡Se les veía tan inquietos y quisquillosos!

Aunque también patéticos; tan pequeños y mojados, empapados por la lluvia, con sus alegres vestimentas húmedas y deslustradas.

Los trolls... ¿qué aspecto tendrían? Desagradables y poco limpios. Por lo visto, cavaban y atravesaban los bosques arrasándolo todo a su paso.

Shadrach rió en voz baja, desconcertado. ¿Sería posible que creyera en esas tonterías? Tiró el puro con rabia; tenía las orejas encarnadas. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué clase de broma era ésta?.

¿Elfos? Shadrach gruñó, indignado. ¿Elfos en Derryville? ¿En el corazón de Colorado? Quizá había elfos en Europa, en Irlanda, por ejemplo. Algo había oído, pero ¿aquí? ¿En su propia casa, en su propia cama?

—Empiezo a estar un poco harto —dijo—. No soy idiota, ¿sabéis?

Caminó hacia la escalera y tanteó el pasamano en la oscuridad. Empezó a subir.

Arriba, se encendió una luz de repente y se abrió una puerta.

Dos elfos aparecieron en el rellano y le miraron. Shadrach se detuvo en mitad de la escalera, alarmado por la expresión de sus rostros.

—¿Qué pasa? —preguntó en seguida.

No contestaron. La casa estaba fría, fría y oscura, con el frío de la lluvia en el exterior y el de lo desconocido en su interior.

—¿Qué pasa? —insistió.

—El rey ha muerto —dijo uno—. Murió hace unos momentos.

—¿Ha muerto? Pero…

Shadrach les contempló con los ojos abiertos de par en par.

—Tenía mucho frío y estaba muy cansado.

Los elfos se giraron y volvieron a entrar en la habitación. Cerraron la puerta lenta y silenciosamente.

Shadrach permaneció inmóvil con la mano sobre la baranda, con sus largos dedos, esbeltos y fuertes, crispados.

Meneó la cabeza en señal de asentimiento.

—Entiendo —dijo a la puerta cerrada—. Ha muerto.

Los soldados elfos le rodearon, formando un solemne círculo. El sol inundaba la sala de estar con el resplandor frío y pálido del amanecer.

—Esperad un momento —dijo Shadrach mientras se arreglaba la corbata—. He de ir a la gasolinera. Hablaremos cuando vuelva. Los rostros de los soldados elfos estaban serios y graves.

—Escucha —dijo uno—, por favor, escúchanos. Es muy importante para nosotros.

Shadrach desvió la vista hacia la ventana y vio la carretera, que centelleaba a causa del calor, y un poco más lejos la estación de servicio, brillando al sol. Un coche frenó y tocó el claxon con impaciencia. Como nadie salía de la gasolinera, el coche prosiguió su camino.

—Te lo suplicamos —dijo un soldado.

Shadrach contempló el círculo de rostros preocupados e inquietos que le rodeaba. Siempre había pensado en los elfos como seres al margen de todo problema, alegres y…

—Adelante —se resignó—. Os escucho.

Se sentó en la butaca. Los elfos se aproximaron. Conversaron un momento entre ellos, intercambiando susurros y murmullos. Luego se dirigieron a Shadrach.

El anciano aguardaba con los brazos cruzados.

—No podemos seguir sin un rey —dijo un soldado—. No sobreviviríamos, y menos en estos días.

—Los trolls —añadió un segundo— se multiplican con mucha rapidez. Son bestias terribles. Son fuertes, corpulentos, groseros, huelen mal…

—Un hedor espantoso. Surgen de lugares oscuros y húmedos, bajo tierra, donde plantas ciegas crecen en silencio, lejos del sol, a mucha distancia de la superficie.

—Bien, deberíais elegir un rey —sugirió Shadrach—. No veo ningún problema.

—No elegimos al rey de los elfos —dijo un soldado—. El rey anterior elige a su heredero.

—Oh, en realidad —replicó Shadrach—, no me parece un mal método.

—Mientras nuestro rey agonizaba, unas pocas palabras brotaron de sus labios. Nos acercamos, asustados y tristes, y escuchamos.

—Hicisteis muy bien —aprobó Shadrach—. Podía ser importante.

—Pronunció el nombre de su sucesor.

—Estupendo. Ya lo sabéis. ¿Dónde está la dificultad?

—El nombre que pronunció… era el tuyo.

—¿El mío? —se asombró Shadrach.

—El rey dijo en su agonía: «Haced del majestuoso mortal vuestro rey. Ocurrirán grandes acontecimientos si conduce a los elfos a la guerra contra

los trolls. El imperio de los elfos resurgirá de nuevo, como en los viejos días, como antes...».

—¡Yo! —Shadrach se puso en pie de un salto—. ¿Yo? ¿El rey de los elfos?

Shadrach paseó por la sala con las manos en los bolsillos.

—Yo, Shadrach Jones, rey de los elfos —esbozó una sonrisa—. Nunca lo había pensado.

Se plantó frente al espejo situado sobre el hogar y se examinó. Contempló su escaso pelo gris, sus ojos brillantes, su piel tostada, su gran nuez de Adán.

—Rey de los elfos —murmuró—. Rey de los elfos. Espera a que Phineas Judd se entere. ¡Espera a que se lo diga! ¡Seguro que Phineas Judd se iba a quedar boquiabierto!

El sol brillaba en lo alto del cielo azul despejado sobre la estación de servicio.

Phineas Judd jugaba con el acelerador de su viejo camión Ford. El motor aumentaba y disminuía de potencia. Phineas se inclinó y cortó el contacto, y luego bajó la ventanilla.

—¿Qué decías? —preguntó.

Se quitó las gafas y empezó a limpiarlas con sus dedos finos y hábiles, pacientes tras muchos años de práctica. Apoyó las gafas sobre la nariz y alisó el pelo que le quedaba.

—¿Qué dijiste, Shadrach? Repítelo otra vez.

—Soy el rey de los elfos —declaró Shadrach. Cambió de postura y colocó el otro pie sobre el estribo—. ¿Quién lo hubiera pensado? Yo, Shadrach Jones, rey de los elfos.

—¿Desde cuándo eres... el rey de los elfos, Shadrach? —preguntó con cautela Phineas.

—Desde anoche.

—Entiendo. Desde anoche —Phineas asintió con la cabeza—. Entiendo. ¿Y qué sucedió anoche, si me permites la pregunta?

—Los elfos vinieron a mi casa. Cuando el viejo rey murió, les dijo que...

Un camión se acercó con un ruido sordo y el conductor se apeó.

—¡Agua! —gritó—. ¿Dónde diablos está la manguera?

Shadrach se volvió a regañadientes.

—Ahora se la traigo —luego se dirigió de nuevo a Phineas—. Hablaremos esta noche cuando vuelvas de la ciudad. Quiero contarte el resto. Es muy interesante.

—Claro —dijo Phineas, poniendo el motor en marcha—, claro, Shadrach. Ardo en deseos de oírlo.

La camioneta se alejó por la carretera.

Más tarde, Dan Green aparcó su viejo y estropeado coche junto a los postes.

—¡Oye, Shadrach, ven aquí! —gritó—. Quiero preguntarte algo.

Shadrach salió del cobertizo con un trapo manchado de grasa en las manos.

—¿Qué quieres?

—Acércate. —Dan se asomó por la ventana con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Es verdad que eres el rey de los elfos?

Shadrach enrojeció.

—Creo que sí —admitió, desviando la vista—. Eso es lo que soy, ni más ni menos.

La sonrisa de Dan se desvaneció.

—Oye, ¿me estás tomando el pelo? ¿Qué clase de broma es ésta?

—¿Qué quieres decir? —se enfadó Shadrach—. Claro que soy el rey de los elfos, y cualquiera que me contradiga...

—Vale, Shadrach, no te irrites —le tranquilizó Dan mientras ponía en marcha el motor —Sólo era una pregunta.

Shadrach parecía muy raro.

—De acuerdo. Olvida lo que dije, ¿eh?

Antes de terminar el día, todo el mundo en las cercanías se había enterado de que Shadrach se había convertido repentinamente en el rey de los elfos. Pop Richey, el propietario del almacén Lucky de Derryville, pretendía que se trataba de un truco de Shadrach para atraer a la clientela.

—Es un viejo muy listo —dijo Pop—. Ya no van muchos coches a la gasolinera. Sabe muy bien lo que hace.

—No sé —replicó Dan Green—. Tendrías que haberle oído. Da la impresión de que se lo cree en serio.

Todo el mundo estalló en carcajadas.

—¿Rey de los elfos? A ver cuál es la próxima.

Phineas Judd reflexionó.

—Hace años que conozco a Shadrach. Nunca me lo hubiera imaginado —frunció el ceño con aire de desaprobación—. No me gusta.

—¿Piensas que lo dice en serio? —preguntó Dan Green.

—Pues sí. Quizá me equivoque, pero creo que lo dice en serio.

—Pero ¿cómo es posible que crea eso? —preguntó Pop—. Shadrach no es tonto, lleva mucho tiempo en el negocio. A mi modo de ver, piensa sacar tajada, un reclamo para la gasolinera.

—¿No te das cuenta de lo que va a sacar? —rió Dan Green, exhibiendo su diente de oro.

—¿Qué? —se interesó Pop.

—Todo un reino para él solito, para hacer lo que quiera. ¿Qué te parece, Pop? ¿No te gustaría convertirte en rey de los elfos y no tener que preocuparte más de tu vieja tienda?

—No hay nada malo en mi tienda —protestó Pop—. No me avergüenzo de ella; es mejor que ser representante de confección.

Dan enrojeció.

—Tampoco tiene nada de malo eso —miró a Phineas—. ¿No es cierto? ¿Verdad que no hay nada de malo en vender ropa, Phineas?

Phineas contemplaba el suelo, distraído. Levantó los ojos.

—¿Qué? ¿Qué decías?

—¿En qué piensas? —quiso saber Pop—. Pareces preocupado.

—Me preocupa Shadrach. Se está haciendo viejo. Sentado todo el rato, sin nadie que le haga compañía, haga frío o llueva..., llueve espantosamente en invierno sobre la carretera...

—¿Así que estás convencido de que se lo cree? —insistió Dan—. ¿Que no es un truco para obtener algún beneficio?

Phineas meneó la cabeza.

Las risas enmudecieron. Todos se miraron entre sí.

Librodot

Esa noche, mientras Shadrach aseguraba los postes, una diminuta figura se le acercó en la oscuridad.

—¡Hola! —gritó Shadrach—. ¿Quién va?

Un soldado elfo se hizo visible y parpadeó. Iba vestido con una pequeña túnica gris, ceñida a la cintura con una faja de plata. Calzaba botitas de cuero, y una espada corta colgaba en su costado.

—Te traigo un mensaje muy importante —dijo el elfo—. Por cierto, ¿dónde te lo dejo?

Rebuscó en su túnica mientras Shadrach aguardaba. El soldado extrajo un rollo de pergamino que desplegó, rompiendo con pericia el lacre, y lo tendió a Shadrach.

—¿Qué dice? —preguntó el mortal. Se inclinó, con los ojos muy cerca del pliego—. Apenas puedo descifrar estas letras tan pequeñas.

—Los trolls están a punto de llegar. Ha llegado a sus oídos que el viejo rey ha muerto, y la sublevación se extiende por valles y colinas. Intentarán fragmentar el reino de los elfos y dispersarnos.

—Entiendo —dijo Shadrach—. Antes de que el nuevo rey entre en acción:

—Exacto —asintió el soldado—. Es un momento crucial para los elfos. Nuestra existencia ha sido precaria durante siglos. Los trolls se multiplican por doquier, mientras que los elfos son frágiles y enferman a menudo.

—Bien, ¿qué debo hacer? ¿Alguna sugerencia?

—Te encontrarás con nosotros esta noche al pie del Gran Roble. Te conduciremos al reino de los elfos y diseñarás, junto con tu estado mayor, la mejor estrategia para defender el reino.

—¿Qué? Si aún no he cenado... ¿Qué pasará con la gasolinera? Mañana es sábado, y muchos coches...

—Pero eres el rey de los elfos —recordó el soldado.

Shadrach llevó su mano al mentón y se lo frotó lentamente.

—Eso es cierto. Lo soy, ¿verdad?

El soldado elfo hizo una inclinación.

—Tenía que imaginarme que sucederían cosas parecidas —dijo Shadrach—. No suponía que ser rey de los elfos...

Se interrumpió, esperando una reacción, pero el soldado elfo le contempló sin demostrar la menor emoción.

—Quizá deberíais elegir otro rey —decidió—. No entiendo mucho de guerras y similares, de combatir y todas esas cosas —hizo una pausa y se encogió de hombros—. La verdad es que nunca lo he echado de menos. No hay guerras en Colorado, quiero decir que no hay guerras entre seres humanos.

El soldado siguió en silencio.

—¿Por qué fui yo el elegido? —continuó Shadrach, indeciso, retorciéndose las manos—. No sé nada de estas cosas. ¿Por qué tuvo que elegirme? ¿Por qué no eligió a otro?

—Confiaba en ti—.dijo el elfo—. Le cobijaste de la lluvia en tu casa. Sabía que no esperabas nada a cambio, que no querías nada. Había conocido a muy pocos que dieran algo sin esperar recompensa.

—Ya. —Shadrach reflexionó unos instantes y después levantó la vista—. ¿Qué pasará con mi gasolinera? ¿Y con mi casa? ¿Qué dirán los demás, Dan Green, Pop, el de la tienda...?

El soldado elfo se apartó de la luz.

—He de marcharme. Se hace tarde, y los trolls salen de noche. No quiero estar muy lejos de los demás.

—Claro —dijo Shadrach.

—Ahora que el viejo rey ha muerto, los trolls ya no temen a nada. Merodean por todas partes. Nadie está a salvo.

—¿Dónde dijiste que era la cita? ¿Y a qué hora?

—En el Gran Roble. Cuando la luna se oculte esta noche, en el preciso momento en que desaparezca del cielo.

—Casi seguro que estaré allí. Supongo que tienes razón. El rey de los elfos no puede permitirse el lujo de abandonar su reino cuando más le necesita.

Miró a su alrededor, pero el soldado elfo ya se había ido.

Shadrach subió hasta su casa, lleno de dudas y preguntas. Cuando puso el pie en el primer escalón, se detuvo.

—El viejo roble está en la granja de Phineas... ¿Qué dirá Phineas?

Pero él era el rey de los elfos y los trolls acechaban en las colinas. Shadrach escuchó el silbido del viento que se movía entre los árboles al otro lado de la carretera y azotaba las lejanas colinas.

¿Trolls? ¿Habría trolls realmente, alzándose en rebelión, audaces y confiados en la oscuridad de la noche, sin miedo a nada ni a nadie?

Y esta historia de ser el rey de los elfos...

Subió los escalones con los labios apretados. Los postreros rayos del sol se desvanecieron cuando puso el pie en el último. Era de noche.

Phineas Judd miró por la ventana. Blasfemó y meneó la cabeza. Después, se precipitó hacia la puerta y salió al porche. Divisó a la pálida luz de la luna una figura confusa que atravesaba los campos y se aproximaba a la casa por el sendero de las vacas.

—¡Shadrach! —gritó Phineas—. ¿Pasa algo? ¿Qué haces a estas horas de la noche?

Shadrach se detuvo y puso los brazos en jarras con aire decidido.

—Vuelve a casa —dijo Phineas—. ¿Qué se te ha metido en la cabeza?

—Lo siento, Phineas —contestó Shadrach—, lo siento, pero he de pasar por tus tierras: debo encontrarme con alguien al pie del viejo roble.

—¿A estas horas?

Shadrach asintió con la cabeza.

—¿Qué te pasa, Shadrach? ¿Con quién demonios has de encontrarte en mitad de la noche justo en mi granja?

—He de encontrarme con los elfos. Vamos a preparar la guerra contra los trolls.

—Oh, que me cuelguen —exclamó Phineas Judd. Entró en la casa y cerró la puerta de golpe. Estuvo pensando durante mucho rato. Después salió al porche otra vez—. ¿Qué me dijiste que ibas a hacer? No tienes ninguna obligación de repetirlo, claro, pero...

—He de encontrarme con los elfos al pie del viejo roble. Hemos convocado una asamblea general para planear la guerra contra los trolls.

—Sí, claro. Los trolls. Hay que controlar a los trolls cuanto antes.

—Están por todas partes —asintió Shadrach—. Nunca me había dado cuenta. No puedes olvidarlos o ignorarlos, porqué nunca se olvidan de ti. Siempre están haciendo planes, espiando...

Phineas, boquiabierto, le miró sin poder articular palabra.

—Por cierto —dijo Shadrach—, es posible que me ausente durante un tiempo. Depende de lo que se alargue este asunto. Como no tengo mucha experiencia en luchar contra trolls no te lo puedo asegurar, pero me gustaría que le echaras un vistazo a la gasolinera un par de veces al día, quizá una por la mañana y otra por la noche, más que nada para comprobar que nadie rompa las cosas.

—¿Te marchas? —Phineas bajó rápidamente la escalera—. ¿Qué es toda esta historia de los trolls? ¿Por qué te marchas?

Shadrach repitió lo que había dicho.

—Pero ¿por qué?

—Porque soy el rey de los elfos. He de guiarles.

Se hizo el silencio.

—Entiendo —dijo Phineas al fin—. Claro, ya lo habías mencionado antes, ¿verdad? Bueno, Shadrach, ¿por qué no entras un rato en casa, te tomas un café y me cuentas con más detalle lo de los trolls...?

—¿Café?

Shadrach levantó la vista hacia la pálida luna y el cielo oscuro. El mundo estaba tranquilo, muerto, la noche era muy fría y la luna tardarla en desaparecer.

Shadrach se estremeció.

—Hace frío esta noche —comentó Phineas—, demasiado frío para estar a la intemperie. Vamos adentro...

—Sólo un ratito —condescendió Shadrach—. Una taza de café me sentará bien, pero no puedo quedarme mucho tiempo...

Shadrach estiró las piernas y suspiró.

—Está muy bueno este café, Phineas.

Phineas bebió un poco y dejó la taza sobre la mesa.

La sala era confortable y cálida. Era un pulcro saloncito con las paredes cubiertas de pinturas solemnes, cuadros grisáceos sin el menor interés. En un rincón había un pequeño órgano con partituras cuidadosamente alineadas.

Shadrach reparó en el órgano y sonrió.

—¿Todavía tocas, Phineas?

—No mucho. Los fuelles no funcionan muy bien. Uno ya no sube.

—Creo que podría arreglarlo... si aún sigo por aquí.

—Sería estupendo. Quería pedírtelo.

—¿Te acuerdas cuando tocabas Vilia y Dan Green venía con aquella chica que trabajaba para Pop los veranos? ¿La que quería abrir una tienda de cerámica?

—Claro que sí.

Shadrach dejó la taza y se agitó en la silla.

—¿Quieres más café? —preguntó Phineas en seguida. Se levantó—. ¿Un poco más?

—Un poquito, pero no tardaré en marcharme.

—Hace mala noche.

Shadrach miró por la ventana. Estaba oscuro; la luna casi había desaparecido. Los campos se veían desolados. Shadrach experimentó un escalofrío.

—No seré yo quien te lo discuta.

—Oye, Shadrach, vete a casa, que estará calentita. Ya lucharás contra los trolls otro día. Siempre habrá trolls, tú mismo lo dijiste. Tendrás mucho tiempo cuando la temperatura mejore, cuando no haga frío.

Shadrach se frotó la frente con aire de preocupación.

—Todo esto me parece un sueño demencial. ¿Cuándo empecé a hablar de elfos y trolls? ¿Cuándo empezó todo? —su voz se quebró—. Gracias por el café —se puso lentamente en pie—. Me ha reconfortado mucho, y también la charla, como en los viejos tiempos, cuando nos sentábamos aquí a hablar.

—¿Te vas? —vaciló Phineas—. ¿A casa?

—Será lo mejor. Es muy tarde.

Phineas se levantó. Acompañó a Shadrach hasta la puerta, con un brazo sobre el hombro.

—Muy bien, Shadrach, vete a casa y tómate un baño caliente antes de meterte en la cama; te dejará como nuevo. Y un sorbito de coñac para calentarla sangre.

Phineas abrió la puerta del frente y bajaron los peldaños del porche hacia la tierra fría y tenebrosa.

—Sí, creo que será lo mejor —dijo Shadrach—. Buenas noches...

—Vete a casa —Phineas le palmeó el hombro—. Vete corriendo y tómate un buen baño caliente, y a la cama.

—Es una buena idea. Gracias, Phineas, te agradezco la hospitalidad.

Shadrach contempló la mano de Phineas posada sobre su hombro. No habían estado tan cerca durante años.

Shadrach examinó con más atención la mano. Alzó una ceja, desconcertado.

La mano de Phineas era grande y peluda, y sus brazos cortos. Los dedos eran gordezuelos, con las uñas rotas y negras a la luz de la luna.

Shadrach levantó los ojos hacia Phineas.

—Qué raro —murmuró.

—¿El qué, Shadrach?

El rostro de Phineas parecía singularmente grosero y bestial a la luz de la luna. Shadrach nunca había reparado en la enérgica mandíbula proyectada hacia adelante. La piel era áspera y amarillenta, como de pergamino. Detrás de las gafas, los ojos recordaban dos piedras, frías y desprovistas de vida. Las orejas eran inmensas, el pelo, correoso y enmarañado.

Era extraño que nunca se hubiera dado cuenta. Pero nunca había visto a Phineas a la luz de la luna.

Shadrach se apartó unos pasos para examinar con más detenimiento a su amigo. Desde esa distancia, Phineas parecía inverosímilmente bajo y rechoncho, de piernas algo arqueadas. Sus pies eran enormes. Y algo más...

—¿Qué pasa? —preguntó Phineas, receloso—. ¿Ocurre algo?

Ocurría algo muy grave, y nunca lo había descubierto en todos los años de amistad con Phineas. Éste desprendía un débil pero penetrante hedor a putrefacción, a carne descompuesta, a moho.

Shadrach miró a su alrededor.

—¿Ocurre algo? —repitió como un eco—. No, yo no diría eso.

Shadrach se acercó a un viejo barril medio roto apoyado en un costado de la casa.

—No, Phineas, yo diría que no ocurre nada.

—¿Qué haces?

Librodot

—¿Yo? —Shadrach arrancó una de las duelas del barril y volvió hacia Phineas, balanceando la duela—. Yo soy el rey de los elfos. ¿Quién... o qué eres tú?

Phineas emitió un rugido y atacó con sus mortíferas manos, grandes como palas.

Shadrach le golpeó con la duela en la cabeza. Phineas bramó de rabia y de dolor.

Al sonar el grito se produjo un tumulto y una horda furiosa surgió de debajo de la casa, una horda de criaturas deformes y oscuras que avanzaban a saltos, de cuerpo rechoncho y pies y cabezas inmensos. A Shadrach le bastó un vistazo para saber lo que era el torrente de criaturas negras que surgía del sótano de Phineas.

—¡Socorro! —chilló Shadrach—. ¡Socorro, trolls!

Los trolls le rodearon, agarraron y tironearon, se le subieron encima y le golpearon la cara y el cuerpo.

Shadrach blandió la duela, la volteó sobre su cabeza y la descargó sobre los trolls una y otra vez, al tiempo que soltaba puntapiés a diestro y siniestro. Los trolls se multiplicaban, brotaban como una marea negra del subterráneo de Phineas, con sus grandes ojos y dientes centelleando a la luz de la luna.

—¡Socorro! —gritó de nuevo Shadrach con voz débil.

Empezaba a perder el aliento, y el corazón le latía locamente. Un troll se le colgó del brazo y le golpeó la muñeca. Shadrach lo lanzó por los aires y consiguió liberarse de la horda que tiraba de sus pantalones. La duela no cesaba de subir y bajar.

Uno de los trolls asió la duela, auxiliado por un grupo numeroso que intentaba arrancarla de las manos de Shadrach. Éste resistió con desesperación. Los trolls se le subían a la espalda, le agarraban de la chaqueta, trepaban por sus brazos y piernas, le estiraban del pelo...

Percibió a lo lejos el sonido agudo de un clarín, una trompeta de oro que despertaba ecos en las colinas.

Los trolls cesaron de súbito su ataque. Uno dejó de apretarle el cuello, y otro le soltó el brazo.

El sonido se repitió, esta vez más fuerte.

—¡Los elfos! —gritó un troll con voz estrangulada.

Se volvió en dirección al sonido, haciendo chirriar los dientes y escupiendo de rabia.

—¡Los elfos!

Los trolls, una creciente ola de dientes y garras aceradas, se precipitaron hacia las columnas de los elfos. Éstos rompieron filas y atacaron, gritando con salvaje alegría. Ambos bandos se enfrentaron, troll contra elfo, uñas en forma de pala contra espadas de oro, mandíbulas devoradoras contra dagas.

—¡Matad a los elfos!

—¡Muerte a los trolls!

—¡Adelante!

—¡Adelante!

Shadrach rechazó a los trolls que todavía le sujetaban. Estaba exhausto, falto de aire, sin aliento. Pateó y se debatió ciegamente, lanzó a los trolls por el aire y los aplastó contra la tierra.

Shadrach nunca supo cuánto tiempo duró la batalla. Estaba perdido en un océano de cuerpos oscuros, rechonchos y malolientes que saltaban sobre él, le arañaban, golpeaban y le tiraban de la nariz, los cabellos y los dedos. Combatió en silencio y con denuedo.

Legiones de elfos se enfrentaban contra la horda de trolls; se veía rodeado por todas partes de grupos de guerreros.

Shadrach dejó de combatir. Levantó la cabeza y miró en torno suyo, desconcertado. Nada se movía. Todo estaba en silencio. La batalla había terminado.

Algunos trolls colgaban todavía de sus brazos y piernas. Shadrach golpeó a uno con la duela. Aulló y cayó al suelo. Se tambaleó y luchó contra el último troll, agarrado tenazmente a su brazo.

—¡Basta! —jadeó Shadrach.

Consiguió lanzar al troll por los aires. Rodó por el suelo y se escabulló en las tinieblas.

Ahí acabó todo. Los trolls habían desaparecido. Los campos bañados por la luz de la luna quedaron en silencio.

Shadrach se desplomó sobre una piedra. Le dolía el pecho al respirar. Lucecitas rojas danzaban ante sus ojos. Sacó el pañuelo del bolsillo y se secó el cuello y la cara. Cerró los ojos y agitó la cabeza de un lado a otro.

Cuando los abrió, vio que los elfos se acercaban formando un grupo compacto. Estaban despeinados y heridos, con las armaduras medio destrozadas. La mayoría había perdido el casco o lo llevaba abollado. Habían perdido las plumas escarlatas, y las que quedaban estaban rotas o colgaban lamentablemente.

Pero la batalla había terminado. Habían ganado. Los trolls estaban derrotados.

Shadrach se puso en pie poco a poco. Los guerreros elfos formaron un círculo silencioso y respetuoso a su alrededor. Uno le ayudó a guardar el equilibrio cuando devolvió el pañuelo a su bolsillo.

—Gracias —murmuró Shadrach.

—Los trolls han sido derrotados —declaró un elfo, todavía asombrado por la forma en que se habían desarrollado los acontecimientos.

Shadrach advirtió que había más elfos de los que imaginaba. Todos los elfos habían acudido a participar en la batalla. Se mostraban circunspectos, serios, agotados por la terrible contienda.

—Sí, se han ido; es cierto —dijo Shadrach. Empezaba a recuperar el aliento—. Nos ha ido de poco. Llegasteis en el momento justo. Yo solo no hubiera podido resistir mucho tiempo más.

—El rey de los elfos consiguió rechazar sin ayuda la invasión troll —proclamó un elfo.

—¿Eh? —se asombró Shadrach. Luego sonrió—. Es cierto, me enfrenté a ellos solo un ratito. Yo me basté para rechazar a los trolls, a todo su maldito ejército..

—Y aún hay más —dijo un elfo.

—¿Más? —parpadeó Shadrach.

—Mira hacia allí, oh, rey, el más poderoso de los elfos. Por aquí, a la derecha.

Los elfos guiaron a Shadrach.

Librodot

—¿Qué es eso? —murmuró Shadrach, sin ver nada al principio, intentando escudriñar en las tinieblas—. ¿Alguien puede acercar una antorcha?

Trajeron unas diminutas antorchas..

Sobre la tierra helada yacía de espaldas Phineas Judd. Tenía los ojos entornados y la boca entreabierta. No se movía. Su cuerpo estaba frío y rígido.

—Está muerto —anunció solemnemente un elfo.

Shadrach tragó saliva, alarmado. Un sudor frío le brotó de la frente.

—¡Mi compadre! ¡Mi viejo amigo! ¿Qué he hecho?

—Has matado al Gran Troll, el jefe de todos los troles.

—Jamás había sucedido algo semejante —exclamó otro elfo—. El Gran Troll ha vivido durante siglos. Nadie imaginaba que pudiera morir. Éste es nuestro momento más histórico.

Todos los elfos se inclinaron hacia la forma silenciosa con reverencia, reverencia mezclada con algo más que un poco de miedo.

—¡Oh, vamos! —se indignó Shadrach—. ¡Éste es Phineas Judd!

Pero, mientras hablaba, un escalofrío recorrió su espina dorsal. Recordó lo que había presenciado un rato antes, cuando los últimos rayos de la luna iluminaron el rostro de su viejo amigo.

—Mira —uno de los elfos desabrochó la chaqueta de sarga azul de Phineas—. ¿Lo ves?

Shadrach se agachó para mirar.

Tragó saliva.

Bajo la chaqueta de sarga azul de Phineas Judd había una cota de malla, un entramado de hierro viejo y oxidado que se ajustaba apretadamente al enjuto cuerpo. En el centro de la malla destacaba una insignia grabada, oscura y corroída por el tiempo, cubierta de suciedad y orín: el emblema representaba una pata de búho cruzada sobre una seta venenosa.

El emblema del Gran Troll.

—¡Dios mío! —exclamó Shadrach—. Y yo lo he matado.

Mantuvo la mirada fija en el cadáver durante mucho tiempo. Luego, poco a poco, comprendió. Se puso en pie y esbozó una pálida sonrisa.

—¿Qué sucede, oh, rey?

—Estaba pensando en algo. Acabo de darme cuenta de que... de que si el Gran Troll ha muerto y el ejército de los trolls ha huido...

Se interrumpió. Todos los elfos aguardaban.

—Pensé que quizá... quizá ya no me volváis a necesitar...

Los elfos le escuchaban respetuosamente.

—Sigue, poderoso señor, no te detengas.

—Pensé que quizá ahora pueda volver a mi gasolinera y dejar de ser rey —Shadrach les miró con aire confiado—. ¿No os parece? La guerra ha terminado, él está muerto... ¿Qué decís?

Los elfos no respondieron. Bajaron la vista con tristeza y nadie dijo ni una palabra. Por fin empezaron a moverse, y recogieron sus banderas y estandartes.

—Sí, puedes volver —contestó un elfo—. La guerra ha terminado. Los troles han sido derrotados. Vuelve a tu gasolinera, si ésa es tu voluntad.

Un gran alivio descendió sobre Shadrach. Se irguió y sonrió de oreja a oreja.

—¡Gracias, es estupendo! Es magnífico, la mejor noticia que he oído en mi vida.

Se apartó de los elfos, unió las manos y les saludó de tal guisa.

—Muchísimas gracias —sonrió a los silenciosos elfos—. Bueno, entonces me marcho. Es muy tarde y hace frío. Ha sido una noche muy dura. Ya... ya nos veremos.

Los elfos asintieron sin pronunciar palabra.

—Estupendo. Bien, buenas noches —Shadrach se volvió y empezó a caminar por el sendero. Se paró un momento y agitó la mano en dirección a los elfos—. Fue una gran batalla, ¿verdad? Les dimos su merecido— se adentró en el sendero, pero volvió a detenerse para saludarles—. Me alegro de haberos echado una mano. Bien, ¡buenas noches!

Uno o dos elfos respondieron a su saludo, pero ninguno dijo nada.

Shadrach Jones regresó sin prisas hacia su casa. La vio desde lejos, así como la carretera tan poco frecuentada, la gasolinera medio en ruinas, la casa que no duraría tanto como él; carecía de dinero para arreglarlas o trasladarse a otro lugar.

Dio media vuelta y regresó sobre sus pasos.

Los elfos continuaban agrupados en el silencio de la noche. No se hablan movido.

—Confiaba en que no os hubierais marchado —dijo Shadrach con un suspiro de alivio.

—Y nosotros confiábamos en que volvieras —replicó un soldado.

Shadrach lanzó un puntapié contra una piedra, que rodó unos metros. Los elfos le miraban fijamente.

—Claro —dijo Shadrach—. ¿No soy acaso el rey de los elfos?

—¿Seguirás siendo nuestro rey? —gritó un elfo.

—A un hombre de mi edad le cuesta mucho cambiar de costumbres, dejar de vender gasolina para convertirse en rey. Me asusté por un momento, pero ya ha pasado.

—¿Lo serás? ¿Lo serás?

—Claro —aseguró Shadrach Jones.

El pequeño circulo de antorchas centelleó alegremente. Vio a su luz una plataforma como la que había transportado al viejo rey de los elfos, pero mucho más grande, lo suficiente para que cupiera un hombre. Docenas de soldados aguardaban orgullosamente bajo los palos.

Un soldado hizo una reverencia.

—Para vos, señor.

Shadrach trepó. Era menos cómodo que caminar, pero adivinó que así deseaban conducirle al País de los Elfos.

COLONIA

El mayor Lawrence Hall se inclinó sobre el microscopio binocular y corrigió la graduación.

—Interesante —murmuró.

—Desde luego. Tres semanas en este planeta y todavía no hemos encontrado una forma de vida nociva —el teniente Friendly se sentó en el borde de la mesa del laboratorio y apartó los recipientes de cultivos—. ¿Qué clase de lugar es éste? No hay gérmenes infecciosos, ni piojos, ni moscas, ni ratas, ni...

—Ni whisky ni barrios de putas —concluyó Hall—. Un lugar extraordinario. Yo creía que encontraríamos algo similar al eberthella typhi de la Tierra o a los bacilos infecciosos de las arenas de Marte.

—Todo el planeta es inofensivo. Me pregunto si éste es el Jardín del Edén por el que suspiraban nuestros antepasados.

—Y del que fueron expulsados.

Hall se acercó a la ventana del laboratorio y contempló el exterior. Se vio forzado a admitir que se trataba de un panorama espléndido: bosques y colinas que se extendían hasta perderse de vista, laderas verdes cubiertas de flores y viñedos, cataratas, musgo, árboles frutales, flores por doquier, lagos... Todos los esfuerzos se habían encaminado a reservar intacta la superficie del Planeta Azul... según los planes de la nave exploradora que había aterrizado seis meses antes.

—Un lugar maravilloso —suspiró Hall—. No me importaría regresar de vez en cuando.

—La Tierra sale perdiendo en comparación —Friendly sacó su paquete de cigarrillos y lo volvió a guardar—. Este lugar me produce un efecto extraño. Ya no fumo, supongo que a causa de su apariencia. Es tan... condenadamente puro. Inmaculado. Soy incapaz de fumar o de tirar papeles al suelo. No me resigno a ser un dominguero.

—Pronto lo invadirán los domingueros —dijo Hall. Volvió hacia el microscopio—. Investigaré otros cultivos, tal vez encuentre gérmenes nocivos.

—Adelante —le invitó el teniente Friendly, bajando de la mesa—. Nos veremos más tarde. Ya me contarás si has tenido suerte. Se prepara una gran reunión en la Sala Uno. Están a punto de conceder permiso a las A. E. para enviar el primer contingente de colonos.

—¡Domingueros!

—Me temo que sí —sonrió Friendly.

La puerta se cerró tras él. Sus botas despertaron ecos en el pasillo. Hall se quedó solo en el laboratorio.

Estuvo sentado un rato, pensando. Luego se inclinó, sacó la anterior muestra y colocó otra nueva en el microscopio para examinarla. El laboratorio estaba tranquilo y era confortable. El sol se derramaba sobre el suelo a través de las ventanas. El viento movía un poco los árboles del exterior. Empezó a tener sueño.

—Sí, los domingueros —gruñó. Ajustó la nueva muestra—. Todos dispuestos a cortar los árboles, arrancar las flores, escupir en los lagos y quemar la hierba sin un simple virus de la gripe para...

Se interrumpió y su voz se quebró...

Se quebró porque los dos oculares del microscopio se habían cerrado de pronto en torno a su tráquea e intentaban estrangularle. Hall se debatió, pero se aferraron con insistencia a su garganta como los cierres de una trampa.

Librodot

Arrojó el microscopio contra el suelo y se soltó. El microscopio reptó hacia él y le sujetó la pierna. Lo pateó con el pie libre y desenfundó la pistola desintegradora.

El microscopio trató de huir. Hall disparó, y el instrumento desapareció en medio de una nube de partículas metálicas.

—¡Santo Dios! —se sentó, sin fuerzas, y se secó el sudor de la cara—. Pero ¿qué...? —se frotó la garganta—. Pero ¿qué demonios...?

En la sala de reuniones no cabía ni un alfiler. Todos los oficiales pertenecientes al sector del Planeta Azul estaban presentes. La comandante Stella Morrison golpeó el gran mapa de control con el extremo de su delgado puntero de plástico.

—Esta zona larga y llana es ideal para edificar la ciudad. Está cercana al agua, y las condiciones climatológicas varían lo suficiente como para que los colonos se quejen. Hay enormes depósitos de varios minerales. Los colonos pueden levantar sus propias fábricas; no les será necesario importar nada. Aquí está el bosque más extenso del planeta. Si tienen sentido común, lo dejarán en paz, pero si desean devastarlo para confeccionar periódicos, no es nuestro problema.

Miró a los silenciosos hombres que llenaban la sala.

—Seamos realistas: algunos de ustedes opinan que no deberíamos dar la conformidad a las Autoridades de Emigración, sino reservar el planeta para nosotros solos. Comparto su parecer, pero eso implica muchos problemas. No es nuestro planeta. Estamos aquí para realizar un trabajo, y cuando el trabajo se acabe nos iremos. Ya está casi terminado, así que lo mejor es olvidarnos. Lo único que queda es dar la señal de autorización y empezar a hacer las maletas.

—¿Hemos recibido los informes del laboratorio respecto a las bacterias? —preguntó el vicealmirante Wood.

—Les dedicamos un especial interés, por supuesto, pero lo último que ha llegado a mis oídos es que no se ha encontrado nada. Creo que podemos continuar adelante y contactar con las A. E., para que envíen una nave que nos devuelva a casa y deposite a los primeros colonizadores. No hay razón para... —se interrumpió.

Un murmullo recorrió la sala. Todas las cabezas se giraron hacia la puerta.

La comandante Morrison frunció el ceño.

—¡Mayor Hall, permítame recordarle que mientras el consejo se halla reunido no se permiten las interrupciones!

Hall se tambaleaba, aferrado al tirador de la puerta. Escudriñó con ojos inexpresivos la sala de reuniones. Por fin localizó al teniente Friendly, sentado en mitad de la sala.

—Ven aquí —pronunció con voz ronca.

—¿Yo? —Friendly pareció encogerse en su silla.

—Mayor, ¿qué significa esto? —inquirió el vicealmirante Wood, irritado—. ¿Está borracho o...? —observó la pistola desintegradora que Hall blandía—. ¿Algo va mal, mayor?

El teniente Friendly, alarmado, se levantó y tomó a Hall por el brazo.

—¿Qué pasa? ¿Sucede algo?

—Ven al laboratorio.

—¿Averiguaste algo? —el teniente examinó el rostro tenso de su amigo—. ¿Qué es?

—Ven —Hall se dirigió al pasillo, y Friendly le siguió.

Hall empujó la puerta del laboratorio con cautela.

—¿Qué pasa? —repitió Friendly.

—Mi microscopio.

—¿Tu microscopio? ¿Qué le pasa? —Friendly examinó el laboratorio—. No lo veo.

—Ha desaparecido.

—¿Desaparecido? ¿Cómo?

—Lo desintegré.

—¿Lo desintegraste? —Friendly le miró de frente—. No lo entiendo. ¿Por qué?

Hall movió la boca, incapaz de emitir sonido alguno.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Friendly, preocupado. Luego se agachó y sacó una caja negra de plástico de una repisa que había debajo de la mesa—. Oye, ¿es una broma?

Sacó el microscopio de Hall de la caja.

—¿Así que lo desintegraste? Pues está aquí, en su sitio habitual. Dime, ¿qué sucede? ¿Viste algo en una de las muestras? ¿Algún tipo de bacteria letal o tóxica?

Hall se acercó al microscopio lentamente. Era el suyo, sin duda alguna. Reconoció la muesca justo encima del graduador. Y uno de los sujetadores de las placas estaba doblado. Lo tocó con el dedo.

Cinco minutos antes, este microscopio había intentado matarle. Y recordaba haberlo destruido, reducido a cenizas.

—¿Seguro que no necesitas un test psicológico? —preguntó Friendly—. Parece que has sufrido una especie de trauma, si me permites la opinión.

—Quizá tengas razón —murmuró Hall.

El psiquiatrón zumbó, integró y formalizó. El código lumínico viró de rojo a verde.

—¿Y bien? —inquirió Hall.

—Severa alteración nerviosa. El porcentaje de inestabilidad es superior a diez.

—¿Peligroso?

—Sí. Ocho ya es peligroso, diez es inusitado, especialmente para una persona de sus características, que no sobrepasa el cuatro.

—Lo sé —Hall asintió con semblante preocupado.

—Si pudiera proporcionarme más datos…

—No puedo decirle nada más —Hall apretó la mandíbula.

—Es ilegal ocultar información durante un test psicológico —advirtió la máquina—. Si lo hace, falsea de forma deliberada mis resultados.

—No puedo decirle nada más —Hall se levantó—. ¿Detectó un alto grado de desequilibrio?

—Detecté un alto grado de desorganización psíquica, pero no puedo explicarle lo que significa, o por qué existe.

—Gracias.

Hall desconectó el psiquiatrón. Volvió a sus aposentos. La cabeza le daba vueltas. ¿Estaría chiflado? Sin embargo, había disparado la pistola desintegradora contra algo. A continuación había comprobado la atmósfera

Librodot

del laboratorio, y encontró partículas metálicas en suspensión, especialmente cerca del lugar donde había disparado contra su microscopio.

¿Cómo podía ocurrir algo semejante? ¡Un microscopio que cobraba vida e intentaba matarle!

Por otra parte, Friendly le había mostrado la caja con su contenido intacto. ¿Cómo se había reintegrado a la caja?

Se despojó del uniforme y entró en la ducha. Mientras el agua caliente resbalaba sobre su cuerpo, meditó. El psiquiatrón había demostrado que su mente había sufrido una fuerte impresión, aunque él, íntimamente, la consideraba fruto de la experiencia, no su causa. Casi se lo había contado a Friendly, pero se contuvo. Nadie podría creer una historia semejante.

Cerró el agua y buscó a tientas una toalla.

La toalla se enrolló en torno a su muñeca y le empujó contra la pared. La tela áspera apretó su boca y su nariz. Se debatió con todas sus fuerzas, luchando por liberarse de la presa. La toalla, de súbito, se aflojó. Hall cayó al suelo y su cabeza chocó contra la pared. Parpadearon estrellas ante sus ojos y el pánico le invadió.

Sentado en un charco de agua caliente, Hall miró la percha de las toallas. La toalla que le había atacado estaba inmóvil, como las demás. Tres toallas, exactamente iguales, las tres inmóviles. ¿Lo había soñado?

Se puso en pie, tembloroso, y se frotó la cabeza. Salió de la ducha, procurando no rozar ni siquiera las toallas, y entró en el dormitorio. Sacó una toalla nueva del armario. Parecía normal. Se secó y empezó a vestirse.

Su cinturón le aferró por la cintura y trató de cortarle la respiración. Era fuerte... reforzado con eslabones metálicos para sostener su pistola y las polainas. Su cinturón parecía una feroz serpiente metálica, que silbaba y le azotaba. Por fin logró aferrar el desintegrador con la mano.

Al instante, el cinturón aflojó su presa. Hall lo desintegró y se dejó caer en una silla, jadeante.

Los brazos de la silla le sujetaron, pero esta vez el desintegrador estaba preparado. Tuvo que disparar seis veces antes de que la silla le soltara y pudiera levantarse de nuevo.

Se quedó de pie, a medio vestir, en el centro de la habitación, respirando con avidez.

—No es posible —susurró—, debo de estar loco.

Al cabo de un rato se puso las polainas y las botas. Salió al vacío pasillo. Entró en el ascensor, y subió al último piso.

La comandante Morrison levantó la vista del escritorio cuando la pantalla protectora registró la entrada de Hall con un pitido.

—Vas armado —le acusó la comandante.

Hall miró el desintegrador que llevaba en la mano y lo dejó sobre el escritorio.

—Lo siento.

—¿Qué quieres? ¿Qué te pasa? He recibido un informe del psiquiatrón. Dice que desde hace veinticuatro horas presentas un porcentaje de diez —le examinó atentamente—. Hace mucho tiempo que nos conocemos, Lawrence. ¿Qué te pasa?

—Stella, esta mañana mi microscopio intentó asesinarme.

—¿Qué? —sus ojos azules se abrieron de par en par.

—Luego, cuando salía de la ducha, una toalla trató de ahogarme. Me libré de ella, pero mientras me vestía, mi cinturón... —se interrumpió.

La comandante se había puesto en pie.

—¡Guardias!

—Espera, Stella —Hall le cortó el paso—, escúchame, esto va en serio. No estoy loco. He estado a punto de morir asesinado por objetos cuatro veces, objetos normales convertidos en armas mortíferas. Tal vez sea esto...

—¿Tu microscopio intentó asesinarte?

—Cobró vida. Me apretó la garganta.

Siguió un largo silencio.

—¿Hubo algún testigo?

—No.

—¿Qué hiciste?

—Lo desintegré.

—¿Quedaron restos?

—No —admitió Hall a regañadientes—. De hecho, el microscopio parece estar intacto, como antes, en su caja.

—Entiendo —la comandante hizo una señal a los dos guardias que habían acudido a su llamada—. Lleven al mayor Hall al capitán Taylor y arréstenlo hasta que sea enviado a la Tierra para que lo examinen.

Contempló tranquilamente cómo los guardias sujetaban los brazos de Hall con esposas magnéticas.

—Lo siento, mayor —dijo—, hasta que no aporte pruebas de su relato hemos de suponer que se trata de una proyección psicótica, y no contamos con bastante policía para permitir que anden sueltos psicópatas. Podría causarnos muchos perjuicios.

Los guardias le llevaron hacia la puerta sin que Hall elevara la menor protesta. La cabeza le rodaba. Quizá ella tuviera razón, quizá estaba loco.

Se detuvieron ante las dependencias del capitán Taylor. Uno de los soldados tocó el timbre.

—¿Quién es? —preguntó la puerta robot con un chirrido.

—La comandante Morrison ordena que este hombre sea puesto bajo la responsabilidad del capitán Taylor.

Después de una pausa se oyó:

—El capitán está ocupado.

—Es una emergencia.

Los relés del robot cliquetearon mientras ponía en orden sus ideas.

—¿Lo ordenó la comandante?

—Sí. Abra.

—Pueden entrar —se resignó el robot.

La puerta se abrió.

El guardia pisó el umbral y se quedó paralizado.

El capitán Taylor yacía en el suelo con la cara azulada y los ojos a punto de saltarle de las órbitas. Lo único visible eran los pies y la cabeza. Una alfombra roja y blanca enrollada a su alrededor le estaba estrangulando.

Hall se lanzó al suelo y tiró de la alfombra.

—¡Rápido! —aulló—. ¡Cójanla!

Los tres estiraron, pero la alfombra resistió.

—¡Socorro! —gritó débilmente Taylor.

—¡Ya vamos! Después de muchos esfuerzos lograron que la alfombra soltara a su víctima. Se arrastró en seguida hacia la puerta. Uno de los soldados la desintegró.

Hall corrió hacia el videófono y tecleó el número de emergencia de la comandante.

Su rostro apareció en la pantalla.

—¡Mira esto! —le espetó Hall.

Ella contempló a Taylor estirado en el suelo y a los dos guardias arrodillados junto a él, con los desintegradores preparados.

—¿Qué... qué ha ocurrido?

—Una alfombra le atacó —Hall rió sin ganas—. Dime, ¿quién es el loco?

—Enviaremos más guardias ahora mismo. Pero ¿cómo...?

—Diles que tengan sus desintegradores preparados, y dispón una alarma general.

Hall esparció cuatro objetos sobre el escritorio de la comandante Morrison: un microscopio, una toalla, un cinturón de metal y una alfombra blanca.

Ella se apartó, nerviosa.

—Mayor, ¿está seguro de...?

—Ahora son normales, cierto, y esto es lo más extraño. Esta toalla intentó matarme hace unas horas. Tuve que desintegrarla. Sin embargo, aquí está otra vez, igual que antes. Intacta.

El capitán Taylor señaló con el dedo la alfombra roja y blanca.

—Ésa es mi alfombra. La traje de la Tierra. Me la regaló mi mujer. Yo... no albergaba la menor sospecha.

Los tres se miraron entre sí.

—También desintegramos la alfombra —indicó Hall.

Se hizo el silencio.

—Si no fue esta alfombra —preguntó el capitán Taylor—. ¿qué me atacó?

—Parecía esta alfombra —respondió lentamente Hall—; y lo que me atacó a mí se parecía a esta toalla.

La comandante Morrison alzó la toalla a la luz.

—¡Es una toalla vulgar! No pudo atacarle.

—Claro que no —concedió Hall—. Hemos examinado estos objetos de todas las maneras posibles. Son lo que ya pensábamos, objetos inalterables, objetos inorgánicos perfectamente estables. Es imposible que alguno cobrara vida y nos atacara.

—Pero algo lo hizo —dijo Taylor—, algo me atacó. Si no fue esta alfombra, ¿qué fue?

El teniente Dodds registró el armario en busca de sus guantes. Tenía mucha prisa. Toda su unidad había sido llamada a una reunión de emergencia.

—¿Dónde los...? —murmuró—. ¡Demonios!

Sobre la cama había dos pares de guantes idénticos, uno al lado del otro.

Dodds frunció el ceño y se rascó la cabeza. ¿Cómo era posible? Sólo tenía un par. El otro debía de pertenecer a algún compañero. Bob Wesley había estado anoche jugando a las cartas con él. Quizá se los había olvidado.

La pantalla del videófono centelleó de nuevo.

—Todo el personal ha de presentarse cuanto antes. Todo el personal ha de presentarse cuanto antes. Reunión de emergencia de todo el personal.

—¡Vale! —masculló Dodds—. Cogió un par de guantes y empezó a ponérselos.

En cuanto estuvieron colocados, los guantes arrastraron sus manos hacia la cintura. Cerraron sus dedos en torno a la culata de la pistola y la sacaron de la funda.

—Queme cuelguen —dijo Dodds.

Los guantes alzaron la pistola y apoyaron el gatillo en su pecho.

Los dedos apretaron. Se produjo un estruendo. La mitad del pecho de Dodds quedó desintegrado. Sus restos se desplomaron sobre el suelo, con la boca todavía entreabierta de asombro.

El cabo Tenner corrió hacia el edificio principal nada más oír la sirena de alarma.

A la entrada del edificio se detuvo para sacarse sus botas de suela metálica. Luego arqueó una ceja: frente a la puerta había dos felpudos de seguridad en lugar de uno.

Bien, carecía de importancia. Ambos eran iguales. Se paró sobre uno de los felpudos y aguardó. La superficie del felpudo envió un flujo de corriente de alta frecuencia hacia sus pies y piernas que eliminó todo tipo de esporas y bacterias que hubiera podido recoger durante su estancia en el exterior.

Entró en el edificio.

Un momento después, el teniente Fulton llegó corriendo a la puerta. Se desprendió rápidamente de sus botas de escalar y se paró sobre el primer felpudo que vio.

El felpudo se enrolló en torno a sus pies.

—¡Caray! —gritó Fulton—. ¡Déjame en paz!

Trató de liberar los pies, pero el felpudo se negó a soltar su presa. Fulton empezó a alarmarse. Desenfundó la pistola, pero no se atrevió a disparar sobre sus propios pies.

—¡Socorro! —aulló.

Dos soldados acudieron a ayudarle.

—¿Qué ocurre, teniente?

—Sacadme esta maldita cosa.

Los soldados se pusieron a reír.

—No es una broma —dijo Fulton con el rostro blanco como la nieve—. ¡Me está rompiendo el pie! ¡Me…!

Empezó a chillar. Los soldados agarraron el felpudo con desesperación. Fulton, sin dejar de chillar, rodó por el suelo, debatiéndose. Los soldados consiguieron soltar una esquina del felpudo.

Los pies de Fulton habían desaparecido. Sólo quedaban los huesos, medio desintegrados.

—Ya lo sabemos —dijo Hall con semblante grave—. Es una forma de vida orgánica.

La comandante Morrison se giró hacia el cabo Tenner.

—¿Vio dos felpudos cuando llegó al edificio?

—Sí, comandante, dos. Me paré sobre… uno de ellos, y entré.

—Tuvo mucha suerte. Pisó el legítimo.

—Hemos de ser precavidos —advirtió Hall—. Hemos de detectar los duplicados. Eso, sea lo que fuere, duplica los objetos que encuentra, como un camaleón: camuflaje.

—Dos —murmuró Stella Morrison mientras contemplaba los dos jarrones de flores que adornaban su escritorio—. Será muy difícil averiguarlo. Dos

toallas, dos jarrones, dos sillas... Muchas cosas serán auténticas, pero siempre habrá una falsa.

—Ése es el problema. No advertí nada extraño en el laboratorio. Un microscopio no tiene nada de raro.

La comandante se apartó de los dos jarrones de flores idénticos.

—¿Y ésos? Quizá uno sea... lo que sea.

—Hay muchas cosas duplicadas, pares naturales. Botas, vestidos, muebles... No me di cuenta de que había una silla de más en mi habitación. Todo tipo de objetos... Será imposible sentirse seguro. Y, a veces...

La pantalla del videófono se iluminó. Se materializaron las facciones del vicealmirante Wood.

—Stella, otro caso.

—¿Quién ha sido ahora?

—Un oficial desintegrado. Sólo quedan unos botones y su pistola... El teniente Dodds.

—Y van tres —dijo la comandante Morrison.

—Si es orgánico, debe haber una forma de destruirlo —murmuró Hall—. Ya hemos destruido unos cuantos, en apariencia, al menos. ¡Podemos matarlos! Sin embargo, no sabemos cuántos andan sueltos. Hemos destruido cinco o seis. Quizá se trate de una sustancia que se reproduce infinitamente, algún tipo de protoplasma...

—¿Y entretanto...?

—Entretanto estamos a su merced. Ya hemos encontrado la forma de vida letal que buscábamos. Eso explica por qué no hallamos otras. Nada puede competir con ésta. En la Tierra contamos con formas de vida que adoptan otras apariencias: plantas, insectos... Sin contar las babosas enroscadas de Marte, por supuesto, pero nunca habíamos encontrado nada parecido.

—Si, como afirmas, podemos matarlo, aún nos queda alguna oportunidad.

—Si lo encontramos.

Hall examinó la sala. Dos capas colgaban de la puerta. ¿Eran dos un momento antes? Se frotó la frente con aire de preocupación.

—Intentaremos encontrar algún tipo de veneno o de agente corrosivo, algo que los destruya por completo. No podemos sentarnos a esperar que nos ataque. Necesitamos algo similar a un pulverizador; así liquidamos a las babosas enroscadas.

La comandante miró más allá de Hall, rígida.

—¿Qué sucede?

—Nunca vi dos portafolios en aquel rincón. Sólo había uno antes..., me parece —agitó la cabeza, confusa—. ¿Cómo los distinguiremos? Este asunto me saca de quicio.

—Necesitas un trago.

—Buena idea —sonrió ella—. Pero...

—Pero ¿qué?

—No quiero tocar nada. No hay manera de saber la verdad —señaló con el dedo la pistola desintegradora que colgaba de su cinturón—. Tengo ganas de dispararla contra todo.

—Reacción de pánico. Nos van cazando uno a uno.

El capitán Unger escuchó la llamada de emergencia por los auriculares. Dejó de trabajar al instante, cargó con las muestras que había recogido y se precipitó hacia su vehículo.

Estaba aparcado más cerca de lo que recordaba. Se detuvo, estupefacto. Ahí le aguardaba el pequeño coche en forma de cono, con las ruedas firmemente plantadas en el suave terreno y la puerta abierta.

Unger se montó, cuidando de no tirar las muestras. Abrió el compartimento de carga y depositó sus tesoros. Luego se deslizó hasta la parte frontal y se situó frente a los controles.

Giró el conmutador, pero el motor no respondió, algo inusual. Mientras lo pensaba, reparó en algo que le produjo un escalofrío.

A pocos metros, entre los árboles, había un vehículo exacto al que había subido. Y era en ese lugar donde recordaba haber aparcado el coche. Se había equivocado de vehículo. Éste debía de pertenecer a otro compañero que había venido a recoger muestras.

La puerta se cerró sobre él y el asiento rodeó su cabeza. El tablero de instrumentos se convirtió en plástico y se derritió. Jadeó, en busca de aire..., se ahogaba. Luchó por salir afuera, agitó las manos y se retorció. Una burbujeante y fluida humedad, caliente como la carne, se cerró en torno suyo.

El vehículo se convertía en líquido que cubría su cabeza y su cuerpo. Intentó liberar sus manos sin conseguirlo.

Y entonces le invadió el miedo. Se disolvía. Averiguó inmediatamente de qué liquido se trataba.

Ácido. Ácido digestivo. Estaba en un estómago.

—¡No mires! —gritó Gail Thomas.

—¿Por qué? —el cabo Hendricks nadó hacia ella con una sonrisa maliciosa—. ¿Por qué no puedo mirar?

—Porque voy a salir.

Los rayos del sol se derramaban sobre el lago, bailaban y centelleaban en el agua. Enormes árboles cubiertos de musgo circundaban la orilla, grandes y silenciosas columnas que descollaban entre los arbustos y las enredaderas.

Gail trepó a la orilla, se sacudió el agua y se apartó el pelo de los ojos. El bosque estaba silencioso. El único sonido provenía del movimiento de las olas. Se hallaban muy lejos del campamento.

—¿Puedo mirar? —preguntó Hendricks, que nadaba en círculos con los ojos cerrados.

—Todavía no.

Gail se internó entre los árboles hasta llegar al lugar donde había dejado el uniforme. El calor del sol acariciaba su cuerpo desnudo. Se sentó en la hierba y acercó la túnica y las polainas.

Limpió de hojas y cortezas la túnica y la pasó sobre su cabeza.

El cabo Hendricks esperaba pacientemente en el agua, nadando en círculos. Pasaba el tiempo y no se oír el menor sonido. Abrió los ojos y no vio a Gail por ninguna parte.

—¡Gail! —llamó.

Todo continuó en silencio.

—¡Gail!

No hubo respuesta.

El cabo Hendricks nadó con energía hacia la orilla y salió del agua. Tomó su uniforme de un salto, amontonado al borde del agua. Desenfundó el desintegrador.

—¡Gail!

El bosque estaba silencioso. No se oía ningún sonido. Se puso en pie y paseó la mirada a su alrededor, inquieto. A pesar del cálido sol, un estremecimiento de frío le recorrió de pies a cabeza.

—¡Gail! ¡Gail!

Y la única respuesta que obtuvo fue el silencio.

La comandante Morrison estaba preocupada.

—Hemos de pasar a la acción, no podemos esperar más. De los treinta que éramos al principio, ya hemos perdido diez miembros de la expedición. El treinta por ciento es un porcentaje demasiado elevado.

Hall levantó la vista de la mesa.

—Pese a todo, ya sabemos a qué nos enfrentamos. Es una forma de protoplasma, infinitamente versátil —alzó el pulverizador—. Creo que esto nos proporcionará una idea de cuántos existen.

—¿Qué es eso?

—Una mezcla de arsénico e hidrógeno gasificado: arsina.

—¿Y qué vas a hacer con ella?

Hall se colocó el casco. La comandante oyó su voz mediante los auriculares.

—La esparciré por el laboratorio. Creo que es el lugar donde más abundan.

—¿Por qué en el laboratorio?

—Porque ahí almacenamos todas las muestras y encontramos el primero. Creo que llegaron con las muestras, o adoptando la forma de las muestras, y luego se desparramaron por el resto del edificio.

La comandante se puso también el casco. Sus cuatro guardias la imitaron.

—La arsina es fatal para los seres humanos, ¿verdad?

Hall asintió con un gesto.

—Tendremos que ser precavidos. Sólo la utilizaremos para una prueba limitada.

Ajustó la corriente de oxígeno que circulaba por el casco.

—¿Qué intentas demostrar? —quiso saber la comandante.

—En caso de que resulte, nos dará una idea del alcance de su extensión. Conoceremos mejor a nuestro enemigo. Es posible que la situación sea mucho más grave de lo que pensamos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella mientras ajustaba su corriente de oxígeno.

—Hay unas cien personas destacadas sobre el Planeta Azul. Si todo sigue como hasta ahora, lo peor que puede suceder es que nos vaya liquidando a todos, uno por uno; pero eso no es nada. Cada día se pierden unidades de cien personas. Es un riesgo que se debe afrontar cuando aterrizas por primera vez en un planeta. De hecho, si lo analizas fríamente, carece de excesiva importancia.

—¿Comparado con qué?

—Si son capaces de dividirse infinitamente, nos lo tendremos que pensar dos veces antes de marcharnos de aquí. Sería preferible quedarnos e ir cayendo uno por uno a correr el riesgo de introducirlos en nuestro sistema.

—¿Es eso lo que estás tratando de averiguar..., si pueden dividirse infinitamente? —preguntó ella.

—Trato de averiguar contra qué luchamos. Quizá sólo haya unos pocos. O tal vez estén por todas partes —movió una mano en dirección al laboratorio—. Quizá la mitad de las cosas que hay en esta sala no sean lo que pensamos... Es malo que nos ataquen, pero sería peor que no lo hicieran.

—¿Peor? —se asombró la comandante.

—Su mimetismo, al menos de objetos inorgánicos, es perfecto. Miré por uno de ellos, Stella, cuando imitaba a mi microscopio. Amplió, ajustó y reflejó como cualquier microscopio. Es una forma de mimetismo que sobrepasa todo cuanto hemos imaginado. Se infiltra bajo la superficie, en los mismos elementos del objeto imitado.

—¿Quieres decir que podrían acompañarnos en nuestro viaje a la Tierra, camuflados como vestimentas o instrumentos de laboratorio? —Stella se estremeció.

—Hemos de asumir que son una especie de protoplasma. Esta maleabilidad sugiere una forma original simple... y ésta sugiere una fisión binaria. Si es así, no existen límites a su capacidad reproductora. Las propiedades disolventes me hacen pensar en los protozoos unicelulares.

—¿Crees que son inteligentes?

—No lo sé; espero que no —Hall levantó el pulverizador—. En cualquier caso, esto nos dará cuenta de su alcance y, hasta cierto punto, corroborará mi teoría de que son lo bastante básicos como para reproducirse por simple división... la peor posibilidad, desde nuestro punto de vista... Allá vamos.

Aferró el pulverizador, apretó el gatillo y roció lentamente el laboratorio. La comandante y los cuatro guardias permanecían en silencio detrás de él. Nada se movió. El sol penetraba a través de las ventanas y se reflejaba en las mesas y en los instrumentos.

Al cabo de un momento soltó el gatillo.

—No veo nada —comentó la comandante Morrison—. ¿Estás seguro de que ha servido de algo?

—La arsina es incolora, pero no te quites el casco. Es mortal. Y no te muevas.

Siguieron a la espera.

No ocurrió nada durante un rato, hasta que...

—¡Santo cielo! —exclamó la comandante Morrison.

Una vitrina osciló de súbito al otro lado del laboratorio. Empezó a derretirse. Perdió su forma por completo, hasta convertirse en una masa de jalea homogénea que se desparramó sobre el suelo.

—¡Allí!

Un mechero de Bunsen se fundió junto a la vitrina fluctuante. Toda clase de objetos en el laboratorio se pusieron en movimiento. Una gran retorta de vidrio se licuó, y se convirtió en una temblorosa burbuja. Una fila de tubos, una estantería llena de envases...

—¡Cuidado! —gritó Hall, al tiempo que saltaba hacia atrás.

Una campana de cristal se estrelló frente a él con un sonido pastoso. Era una enorme célula. Distinguió claramente el núcleo, la pared interna y las vacuolas suspendidas en el citoplasma.

Ahora todo manaba: pipetas, tenazas, un mortero... La mitad de los instrumentos de la sala estaban en movimiento. Habían imitado casi todo lo que se podía imitar. Cada microscopio tenía su réplica, así como cada tubo, campana, botella, frasco...

Librodot

Uno de los guardias desenfundó su desintegrador. Hall se lo hizo bajar.

—¡No dispare! La arsina es inflamable. Salgamos de aquí. Ya sabemos lo que queríamos saber.

Abrieron la puerta del laboratorio y corrieron pasillo adelante. Hall cerró la puerta con todo cuidado.

—¿Es grave? —preguntó la comandante Morrison.

—No nos queda la menor oportunidad. La arsina los distrajo, incluso es posible que una cantidad suficiente los matara, pero no tenemos bastante. Aunque inundáramos el planeta no podríamos utilizar nuestros desintegradores.

—¿Y si nos vamos del planeta?

—No podemos arriesgarnos a esparcirlos por el sistema.

—Y si nos quedamos seremos absorbidos, disueltos, uno por uno —protestó la comandante.

—Podríamos pedir más arsina, u otra sustancia que los destruyera, pero destruiríamos de paso toda la vida del planeta. No quedaría gran cosa.

—¡Habrá que destruir toda la vida! Si no hay otra solución, reduciremos el planeta a cenizas. Es mejor aniquilarlos, aunque aniquilemos todo un planeta.

Ambos se miraron entre sí.

—Voy a dar la alarma por el sistema de comunicaciones para evacuar a la unidad... lo que queda de ella, al menos. Esa pobre chica del lago... —se encogió de hombros—. Cuando todos se hayan marchado, decidiremos el mejor método de purificar el planeta.

—¿Correrás el riesgo de transportar alguno a la Tierra?

—¿Pueden imitarnos? ¿Pueden imitar seres vivos? ¿Formas de vida superiores?

Hall reflexionó unos momentos.

—Parece que no. Sólo objetos inorgánicos.

La comandante sonrió tristemente.

—Entonces regresaremos sin objetos inorgánicos.

—¿Y nuestros vestidos? Pueden imitar guantes, cinturones, botas...

—Dejaremos nuestros vestidos. Volveremos sin nada. Y cuando digo sin nada, quiero decir sin nada.

—Entiendo —Hall se mordió los labios y consideró la idea—. Quizá funcione. ¿Podrás convencer al personal de que... de que abandone sus cosas? ¿Todas sus pertenencias?

—Si eso significa que salven sus vidas, se lo ordenaré.

—Entonces, quizá consigamos salvarnos.

El crucero más cercano con capacidad suficiente para albergar a los miembros supervivientes de la unidad se encontraba a dos horas de distancia, y navegaba en dirección a la Tierra.

La comandante Morrison levantó los ojos del videófono.

—Quieren saber lo que ha fallado.

—Déjame hablar —Hall se sentó ante la pantalla y contempló las marcadas facciones y los galones de oro del capitán del crucero—. Soy el mayor Lawrence Hall, de la División de Investigaciones de esta unidad.

—Capitán Daniel Davis. ¿Tienen algún problema, mayor? —preguntó con expresión inescrutable.

Hall se humedeció los labios.

Librodot

—Prefiero guardarme los detalles hasta que nos encontremos a bordo, si no le importa.

—¿Por qué?

—Capitán, pensará que estamos locos, pero lo discutiremos en profundidad cuando estemos a bordo —vaciló—. Vamos a subir desnudos.

—¿Desnudos? —el capitán arqueó una ceja.

—Exacto.

—Entiendo —aunque, obviamente, no era así.

—¿Cuándo llegarán?

—Dentro de dos horas, más o menos.

—Es la una, según nuestro horario. ¿Llegarán a las tres?

—Aproximadamente —asintió el capitán.

—Les esperaremos. No permita que entre ninguno de sus hombres abra una escotilla. Subiremos sin ningún tipo de pertrechos. En cuanto nos haya rescatado, ordene que la nave zarpe.

Stella Morrison se acercó a la pantalla.

—Capitán, ¿sería posible que... sus hombres se...?

—Aterrizaremos por control automático —le aseguró Davis—. Ningún hombre estará en el puente. Nadie les verá.

—Gracias —murmuró ella.

—De nada. Nos veremos dentro de dos horas, comandante.

—Que todo el mundo salga a la pista —dijo la comandante Morrison—. Será mejor que se desnuden aquí para que ningún objeto entre en contacto con la nave.

Hall la miró a los ojos.

—¿No vale la pena, si con ello salvamos nuestras vidas?

El teniente Friendly se mordió los labios.

—Yo no lo haré; me quedaré aquí.

—Has de venir.

—Pero, mayor...

Hall consultó su reloj.

—Son las tres menos diez. La nave llegará en cualquier momento. Sácate la ropa y ve a la pista.

—¿No puedo llevarme nada?

—Nada, ni tu pistola... Nos darán ropas en la nave. ¡Vamos! Tu vida depende de esto. Todo el mundo está haciendo lo mismo.

Friendly se desabrochó la camisa de mala gana.

—Bueno, creo que me estoy portando como un idiota.

El videófono zumbó y la voz aguda de un robot anunció:

—¡Que todo el mundo abandone los edificios! ¡Salgan a la pista cuando antes y abandonen los edificios! ¡Que todo el mundo abandone los edificios! ¡Salgan...!

—¿Tan pronto? —Hall corrió a la ventana y levantó la persiana metálica—. No lo oí aterrizar.

Un largo crucero gris, con el casco mellado y erosionado por el Impacto de los meteoritos, estaba aparcado en el centro de la pista de aterrizaje, inmóvil, sin que se distinguieran signos de vida.

Un grupo de gente desnuda atravesaba la pista hacia la nave, parpadeando a causa del brillante sol.

—¡Ya está aquí! —Hall empezó á sacarse la camisa—. ¡Vámonos!

—¡Espérame!

—Pues date prisa.

Hall terminó de desnudarse, y los dos hombres salieron corriendo al pasillo. Guardias sin ropas les rebasaron. Se precipitaron hacia la puerta del edificio, bajaron la escalera a toda velocidad y desembocaron en la pista. Sintieron la punzada del cálido sol sobre la piel. Hombres y mujeres desnudos surgían en silencio de todos los edificios y se dirigían a la nave.

—¡Vaya espectáculo! —comentó un oficial—. Nunca podremos olvidarlo.

—Al menos, vivirás para contarlo —replicó otro.

—¡Lawrence!

Hall dio media vuelta.

—No te vuelvas, por favor, sigue andando. Iré detrás de ti.

—¿Cómo te sientes, Stella?

—Rara.

—¿No crees que vale la pena?

—Supongo que sí.

—¿Piensas que alguien nos creerá?

—Lo dudo; hasta yo empiezo a tener mis dudas.

—De todos modos, regresaremos sanos y salvos.

—Eso espero.

Hall contempló la rampa que habían bajado desde la nave. Los primeros en subirla ya penetraban en la nave a través de la puerta circular.

—Lawrence...

Un temblor peculiar aleteaba en la voz de la comandante.

—Lawrence, yo...

—¿Qué?

—Estoy asustada.

—¿Asustada? —se detuvo—. ¿Por qué?

—No lo sé —se estremeció ella.

La gente se empujaba continuamente.

—Olvídalo, son reminiscencias de tu infancia —puso el pie en el extremo de la rampa—. Allá vamos.

—¡Quiero volver! —había pánico en su voz—. Voy a...

—Ya es demasiado tarde, Stella —rió Hall. Subió por la rampa, ayudándose con el pasamanos. Los hombres y mujeres que venían detrás les empujaban hacia arriba. Llegaron ante la puerta—. Ya estamos aquí.

Los hombres que había frente a él desaparecieron.

Hall les siguió al oscuro interior de la nave, a la silenciosa negrura que les esperaba, la comandante le siguió.

A las tres en punto el capitán Daniel Davis posó la nave en el centro de la pista. La puerta se abrió con un chasquido. Davis y los demás oficiales esperaron en el puente de mando, sentados alrededor de la mesa de control.

—Bien —dijo el capitán al cabo de un rato —¿Dónde están?

Los oficiales se mostraron inquietos.

—Quizá algo va mal.

—¿Y si todo era una broma?

Esperaron y esperaron.

Pero nadie llegó.

Librodot

LA NAVE DE GANIMEDES

El general Thomas Groves contempló lúgubremente los mapas de las batallas que colgaban de las paredes. La delgada línea negra, el círculo de hierro que rodeaba Ganimedes, continuaba intacta. Esperó un momento, como si abrigara alguna vaga esperanza, pero la línea no se alteró. Por fin se volvió y abandonó la sala de mapas, abriéndose paso entre la fila de escritorios.

Se topó en la puerta con el mayor Siller.

—¿Qué ocurre, señor? ¿No se han producido cambios en la guerra?

—Ningún cambio.

—¿Qué vamos a hacer?

—Pactaremos una tregua, aceptando sus condiciones. No podemos seguir otro mes así. Todo el mundo lo sabe; ellos lo saben.

—Derrotados por algo tan insignificante como Ganimedes.

—Necesitaríamos más tiempo, pero no lo tenemos. Las naves han de zarpar al espacio ahora mismo. Si hemos de capitular para conseguir que lo hagan, capitularemos. ¡Ganimedes! —escupió—. Si pudiéramos aniquilarles... Pero cuando lo lográramos...

—Cuando lo lográramos las colonias habrían dejado de existir.

—Hemos de controlar la situación —gruñó Groves—, aun a costa de rendirnos.

—¿No nos queda otra solución?

—Encuéntrela. —Groves pasó junto a Siller y salió al pasillo—. Si la encuentra, comuníquemelo.

La guerra duraba desde hacía dos meses terrestres, sin señales visibles de debilitarse. La difícil posición del Senado se basaba en el hecho de que Ganimedes era el punto de partida entre el Sistema y su precaria red de colonias en Próxima Centauro. Todas las naves que se dirigían a las profundidades del espacio eran lanzadas desde las enormes bases espaciales de Ganimedes. No existían otras bases. Ganimedes había consentido en este punto, y las bases se habían construido allí.

Los habitantes de Ganimedes se enriquecieron al permitir que sus pequeñas naves en forma de tubo transportaran todo tipo de carga y aprovisionamientos. Las naves de Ganimedes, cargueros, cruceros y patrulleros, invadieron poco a poco el espacio.

Un día, esta extraña flota tomó tierra entre las bases, asesinó o encarceló a los guardias terrestres y marcianos, y proclamó que Ganimedes y las bases les pertenecían. Si el Senado deseaba utilizar las bases pagaría; y pagaría mucho: el veinte por ciento de las mercancías sería entregado al emperador de Ganimedes, instalado en la luna con toda una representación del Senado.

Si el Senado del Sistema intentaba recuperar las bases por la fuerza, éstas serían destruidas. El ejército de Ganimedes las había minado con bombas H. La flota ganimediana rodeó la luna, un estrecho círculo de hierro. Si la flota del Senado trataba de romper el cerco y apoderarse de la luna, sería el fin de las bases. ¿Qué podía hacer el Sistema?

Y las colonias de Próxima se verían reducidas a la inanición.

—¿Están seguros de que no podemos enviar naves al espacio desde pistas normales? —preguntó un senador marciano.

—Sólo las naves de clase Uno tienen alguna oportunidad de llegar a las colonias —respondió con semblante contrariado el comandante James Carmichael—. Una nave de clase Uno es diez veces más grande que las naves normales intrasistemáticas. Una nave de clase A necesita unos soportes de varios kilómetros de anchura. No se puede lanzar una nave de tal envergadura desde un prado.

Se hizo el silencio. La enorme cámara del Senado estaba atestada con representantes de los nueve planetas.

—Las colonias de Próxima no resistirán ni veinte días —aseguró el doctor Basset—. Eso significa que debemos enviar una nave antes de una semana; de lo contrario, no encontraremos a nadie con vida cuando lleguemos.

—¿Cuánto falta para terminar las nuevas bases de la Luna?

—Un mes —contestó Carmichael.

—¿No puede ser antes?

—No.

—Parece evidente que hemos de aceptar las condiciones de Ganimedes —afirmó el presidente del Senado con disgusto—. ¡Nueve planetas contra una miserable y minúscula luna! ¡Atreverse a desafiar a los miembros del Senado!

—Podríamos romper su cerco —dijo Carmichael—, pero destruirían las bases sin dudarlo ni un momento.

—Quizá pudiéramos aprovisionar a las colonias sin utilizar las bases —sugirió un senador de Plutón.

—Eso significaría no utilizar naves de clase Uno.

—¿No existe otro vehículo capaz de llegar a Próxima?

—Ninguno, que sepamos.

Un senador de Saturno se levantó.

—Comandante, ¿qué clase de naves usa Ganimedes? ¿Son muy diferentes de las nuestras?

—Sí, pero no sabemos nada de ellas.

—¿Cómo las lanzan?

—De la forma acostumbrada. —Carmichael se encogió de hombros—. Desde las pistas.

—¿Cree que...?

—No creo que sean naves hiperespaciales. Estamos divagando. Para decirlo claro, no hay nave capaz de adentrarse en las profundidades del espacio que no requiera una lanzadera; es un hecho que debemos aceptar.

El presidente del Senado se agitó.

—Se ha presentado una moción ante este Senado, en el sentido de que aceptemos las propuestas de Ganimedes y terminemos la guerra. ¿Procedemos a la votación, o hay más preguntas?

Nadie encendió su luz.

—Empecemos, por tanto. Mercurio: ¿cuál es el voto del primer planeta?

—Mercurio acepta las condiciones del enemigo.

—Venus. ¿Qué vota Venus?

—Venus vota...

—¡Alto! —el comandante Carmichael se irguió de súbito. El presidente del Senado levantó la mano.

—¿Qué ocurre? El Senado está votando.

Carmichael bajó la vista hacia una hoja de papel que le habían traído desde la sala de mapas.

—Desconozco la importancia de esto, pero creo que el Senado debería escuchar antes de seguir la votación.

—¿De qué se trata?

—Tengo un mensaje de la avanzadilla. Una patrulla marciana ha conseguido capturar una Estación de Investigaciones de Ganimedes, en un asteroide situado entre Marte y Júpiter. Se ha incautado una enorme cantidad de material ganimediano —Carmichael paseó la mirada por la sala—, incluyendo una nave de Ganimedes, una de fabricación reciente que se ensayaba en la Estación. La tripulación fue exterminada, pero la nave apresada resultó ilesa. La patrulla la traslada hacia aquí para que sea examinada por nuestros expertos.

Un murmullo se elevó de la sala.

—Presento la moción de que retardemos nuestra decisión hasta que la nave de Ganimedes haya sido examinada —clamó un senador de Urano—. ¡Quizá extraigamos nuevas conclusiones!

—Los ganimedianos se han dedicado con gran energía a diseñar naves —murmuró Carmichael al presidente del Senado—. Sus naves son muy extrañas, muy diferentes de las nuestras. Quizá...

—¿Cuál es la opinión acerca de esta moción? —preguntó el presidente del Senado—. ¿Esperaremos a que la nave sea examinada?

—¡Esperemos! —gritó un coro de voces—. ¡Esperemos!

Carmichael se frotó las manos con aire pensativo.

—Vale la pena intentarlo, pero si no sacamos nada en claro nos tendremos que resignar a la rendición —dobló la hoja de papel—. De todas maneras, vamos a intentarlo. Una nave de Ganimedes. Me pregunto...

La cara del doctor Earl Basset se puso roja de excitación.

—Déjenme pasar —se abrió paso a codazos entre la fila de oficiales uniformados—. Por favor, déjenme pasar.

Dos gallardos tenientes se apartaron y entonces vio, por primera vez, la gran esfera de acero y rexenoido que había sido capturada a las fuerzas de Ganimedes.

—Mírela —susurró el mayor Siller—. No se parece en nada a las nuestras. ¿Cómo funciona?

—No lleva motores, sólo los de aterrizaje. ¿Qué clase de energía la impulsa? —preguntó el comandante Carmichael.

La esfera de Ganimedes reposaba en el centro del laboratorio experimental terrestre; se elevaba sobre las cabezas de los hombres que la rodeaban como una gigantesca burbuja. Era una hermosa nave, que resplandecía con destellos metálicos, brillaba e irradiaba una fría luz.

—Produce una sensación extraña —dijo el general Groves. De pronto, contuvo el aliento—. ¿Supone que esto..., esto sea una nave gravitacional? Creemos que los ganimedianos experimentan con la gravedad.

—¿Qué es eso? —preguntó Basset.

—Una nave gravitacional alcanzaría su objetivo sin que transcurriera el menor lapso de tiempo. La velocidad de la gravedad es infinita, no puede ser medida. Si esta esfera es...

—Tonterías —protestó Carmichael—. Einstein demostró que la gravedad no es una fuerza, sino una torsión de la malla espacio-temporal.

Librodot

—¿Pero no podría construirse una nave utilizando...?

—¡Caballeros! —El presidente del Senado entró en el laboratorio, seguido de sus guardias—. ¿Es esto la nave? ¿Esta esfera?

Los oficiales se apartaron y el presidente del Senado se acercó con cautela al enorme globo resplandeciente. Posó la mano sobre la superficie.

—Está intacta —dijo Siller—. Están descifrando las instrucciones para que podamos utilizarla.

—Así que ésta es la nave ganimediana. ¿Nos será de alguna ayuda?

—Todavía no lo sabemos —respondió Carmichael.

—Aquí llegan los expertos —señaló Groves.

Se abrió la compuerta de la esfera y dos hombres con batas blancas salieron del interior, cargados con un descifrador semántico.

—¿Cuáles son los resultados? —preguntó el presidente del Senado.

—Hemos traducido las indicaciones. Una tripulación terrestre puede hacerse cargo de la nave. Todos los controles están señalizados.

—Antes de hacer despegar la nave deberíamos examinar los motores —advirtió el doctor Basset—. ¿Sabemos algo de ellos? Ignoramos qué fuerza los mueve, o el tipo de carburante.

—¿Cuánto tardarían en hacer ese estudio? —preguntó el presidente.

—Varios días, como mínimo —respondió Carmichael.

—¿Tanto?

—No es posible predecir lo que encontraremos; tal vez alguna clase radicalmente diferente de propulsión o carburante. Los análisis quizá se prolonguen durante semanas.

El presidente del Senado reflexionó.

—Señor —dijo Carmichael—, creo que sería factible realizar un vuelo de prueba. No nos costaría mucho reclutar voluntarios.

—El experimento se llevaría a cabo en seguida —dijo Groves—. Sin embargo, tardaríamos semanas en completar los estudios sobre la propulsión.

—¿Cree que toda una tripulación se presentará voluntariamente?

Carmichael entrelazó las manos.

—No se preocupe por eso. Cuatro hombres serían suficientes. Tres, sin contarme a mí.

—Dos —dijo el general Groves—. Cuenten conmigo.

—¿Y yo, señor? —preguntó el mayor Siller, esperanzado.

El doctor Basset levantó un brazo con nerviosismo.

—¿Se admiten voluntarios civiles? Siento una gran curiosidad.

—¿Por qué no? —sonrió el presidente del Senado—. Si nos va a servir de ayuda, adelante. Ya tenemos la tripulación.

Los cuatro hombres intercambiaron una sonrisa.

—Bueno —dijo Groves—, ¿qué esperamos? ¡Empecemos!

El lingüista señaló los datos con el dedo.

—Observen las indicaciones ganimedianas. A continuación hemos colocado los equivalentes terrestres. Sin embargo, hay una dificultad. Sabemos que la palabra ganimediana zahf significa, por ejemplo, cinco, de modo que al lado de zahf escribimos cinco. ¿Ven este cuadrante? ¿Ven que la saeta marca nesi? Quiere decir cero. ¿Ven cómo está señalizado?

100 liw

Librodot

50 ka
5 zahf
0 nesi
5 zahf
50 ka
100 liw

—¿Y? —inquirió Carmichael.

—Ese es el problema. No sabemos a qué se refieren las cifras. Cinco, pero cinco ¿qué? Cincuenta, pero cincuenta ¿qué? Velocidad, presumiblemente, o quizá distancia. Como no se ha efectuado ningún estudio de la maquinaria de esta nave...

—¿No pueden interpretarlo?

—¿Cómo? —el lingüista señaló un conmutador—. Sin duda, este mando conecta la propulsión. Mel: encendido. Cierra el conmutador e indica io: alto. Pero guiar la nave es harina de otro costal. No sabemos para qué sirven los medidores.

Groves tocó un volante.

—¿Sirve para guiar la nave?

—Controla los cohetes de frenado, de aterrizaje. Desconocemos la propulsión central o cómo controlarla. La semántica no les ayudará, pero sí la experiencia. Nos limitamos a traducir números.

Groves y Carmichael se miraron entre sí.

—¿Y bien? —preguntó Groves—. Corremos el riesgo de perdernos en el espacio, o de caer en el sol. Una vez presencié cómo una nave se precipitaba hacia el sol, girando en espiral, cada vez más rápida, bajando, bajando...

—Estamos muy lejos del sol. Nos dirigimos hacia Plutón. Nos haremos con el control. ¿Está arrepentido de haberse presentado voluntario?

—Por supuesto que no.

—¿Y ustedes? —preguntó Carmichael a Basset y a Siller—. ¿Aún se sienten con ánimos?

—Desde luego. —Basset se colocaba el traje espacial—. Ya vamos.

—Cierre el casco herméticamente. —Carmichael le ayudó a ajustarse las polainas—. Y ahora, los zapatos.

—Comandante —dijo Groves—, están terminando de instalar una videopantalla, por si necesitamos establecer contacto. Quizá necesitemos ayuda.

—Buena idea. —Carmichael examinó la conexiones—. ¿Una unidad energética autosuficiente?

—Para mayor seguridad; independiente de la nave.

Carmichael se sentó ante la pantalla y la conectó. Apareció el operador local.

—Póngame con la estación Garrison de Marte, con el comandante Vecchi.

Mientras se efectuaba la conexión, Carmichael se ató los cordones de las botas y las polainas. Se estaba colocando el casco cuando la pantalla se iluminó. Se materializaron las morenas y enjutas facciones del comandante Vecchi, que portaba su uniforme escarlata.

—Saludos, comandante Carmichael —murmuró. Contempló con curiosidad el atuendo de Carmichael—. ¿Se va de viaje, comandante?

—Es posible que le visite. Vamos a hacer despegar la nave de Ganimedes. Si todo va bien, confío en aterrizar en su pista a última hora de la tarde.

—Tendremos la pista despejada y preparada.

—Será mejor que dispongan un equipo de emergencia; aún no sabemos hacer funcionar bien los mandos.

—Les deseo suerte. —Los ojos de Vecchi centellearon—. Veo desde aquí el interior de la nave. ¿Qué propulsión utiliza?

—Todavía no lo sabemos. Ése es el problema.

—Ojalá sepan aterrizar, comandante.

—Gracias, eso esperamos. —Carmichael cortó la conexión. Groves y Siller ya se habían vestido, y ayudaban a Basset a ajustarse los auriculares.

—Estamos dispuestos —anunció Groves.

Miró afuera y vio a un grupo de oficiales que les observaban en silencio.

—Despídase —dijo Siller a Basset—. Puede ser su último minuto en la Tierra.

—¿Tanto peligro hay?

Groves se sentó junto a Carmichael ante el tablero de mandos.

—¿Preparado?

Carmichael oyó su voz a través de los auriculares.

—Preparado. —Carmichael estiró su mano enguantada hacia el interruptor que llevaba la indicación mel—. Allá vamos. ¡Agárrense!

Asió la palanca y tiró.

Caían por el espacio.

—¡Socorro! —gritó el doctor Basset.

Rodó por el suelo y se golpeó contra una mesa. Carmichael y Groves se sujetaron con todas sus fuerzas para no ser despedidos del tablero de control.

La esfera daba vueltas y se precipitaba en medio de una cortina de lluvia, descendiendo sin cesar. Por la tronera se veía un inmenso océano, una infinita extensión de agua azul que ocupaba todo el espacio visible. Siller, oscilando de un lado a otro, miraba el espectáculo con las manos sobre las rodillas.

—Comandante, ¿dónde... dónde se supone que estamos?

—En algún lugar que no es Marte... ¡porque esto no puede ser Marte!

Groves conectó los cohetes de frenado. La esfera tembló cuando los cohetes se pusieron en funcionamiento.

—Perfecto —dijo Carmichael, estirando el cuello para mirar por la tronera—. ¿Un océano? Pero ¿qué demonios?

La esfera se deslizó con toda rapidez sobre el agua, paralela a la superficie. Siller se levantó poco a poco, cogiéndose de la barandilla. Ayudó a Basset a levantarse.

—¿Se encuentra bien, doctor?

—Gracias —tartamudeó Basset. Sus gafas se habían caído en el interior del casco—. ¿Dónde estamos? ¿Ya hemos llegado a Marte?

—Yo diría que esto no es Marte —contestó Groves..

—Pero yo pensaba que íbamos a Marte.

—Y nosotros también. —Groves aminoró la velocidad de la esfera cautelosamente—. Es evidente que no estamos en Marte.

—¿Y dónde estamos?

—No lo sé. Ya lo averiguaremos. Comandante, cuidado con el motor de estribor, está desequilibrado. Compénselo.

Carmichael hizo los ajustes necesarios.

Librodot

—¿Dónde cree que nos hallamos? No lo entiendo. ¿Continuamos en la Tierra? ¿O es Venus?

Groves conectó la pantalla.

—En seguida sabremos si estamos en la Tierra.

Sintonizó el canal de toda onda, pero la pantalla permaneció sin imagen.

—No estamos en la Tierra.

—Ni en ningún lugar del Sistema. —Groves hizo girar el dial—. No hay respuesta.

—Sintonice la frecuencia de la gran Emisora Marciana.

Groves movió el dial. No había nada en el punto correspondiente a la Emisora Marciana..., nada. Los cuatro hombres contemplaron con incredulidad la pantalla en blanco. Toda su vida habían captado en esa onda los rostros sanguíneos de los presentadores marcianos, veinticuatro horas al día. La emisora más potente del Sistema. La Emisora Marciana llegaba a los nueve planetas, y aún más lejos. Siempre estaba en el aire.

—Señor —musitó Basset—, hemos salido del Sistema.

—No estamos en el Sistema —dijo Groves—. Observen ese horizonte curvo... Se trata de un pequeño planeta, tal vez una luna, pero nunca antes lo habíamos visto, ni en el Sistema ni en la zona de Próxima.

—Las cifras deben referirse a cantidades enormes. —Carmichael se levantó—. Hemos salido del Sistema y aterrizado en algún lugar inconcreto de la galaxia.

Escudriñó las aguas ondulantes a través de la tronera.

—No veo estrellas —dijo Basset.

—Más tarde procederemos a una medición estelar, cuando lleguemos al otro lado, lejos del sol.

—Un océano —murmuró Siller—, un océano enorme. Y una excelente temperatura. —Empezó a quitarse el casco—. Quizá no los necesitemos, después de todo.

—Es mejor dejárnoslos puestos hasta que analicemos la atmósfera —advirtió Groves—. ¿Hay tubos de análisis en esta burbuja?

—No veo ninguno —contestó Carmichael.

—Bueno, no importa. Si...

—¡Señor! —exclamó Siller—. ¡Tierra!

Se precipitaron hacia la tronera. En el horizonte del planeta se vislumbraba tierra. Una larga y llana faja de terreno, el perfil de una costa. Se veía algo verde; la tierra era fértil.

—Giraré un poco a la derecha —dijo Groves, sentado ante el tablero de mandos. Ajustó los controles—. ¿Qué tal?

—Directos hacia allí —confirmó Carmichael—. Bueno, al menos no nos ahogaremos. Me pregunto dónde estaremos. ¿Cómo lo averiguaremos? ¿Y si la carta estelar no coincide? Podemos realizar un análisis espectroscópico, encontrar una estrella conocida...

—Estamos a punto de llegar —anunció Basset con nerviosismo—. Será mejor que empiece a frenar, general, no sea que nos estrellemos.

—Hago lo que puedo. ¿Hay montañas o picos?

—No, terreno llano.

La esfera aminoró la velocidad a medida que descendía. Bajo sus pies se desplegaba una alfombra de verdor. Muy lejos divisaron una fila de colinas insignificantes. La esfera casi rozaba el suelo, mientras los dos pilotos luchaban para frenarla.

—Suave, suave —murmuró Groves—. Demasiado rápido.

Todos los cohetes de frenado estaban conectados. Un ruido atronador, el sonido de los motores funcionando a pleno rendimiento, ensordecía a los viajeros. Perdió velocidad poco a poco, hasta que prácticamente quedó colgando en el cielo. Luego flotó, como un globo de juguete, hasta posarse con suavidad sobre la llanura verde.

—¡Pare los motores!

Los pilotos cerraron los interruptores. El sonido cesó de repente. Se miraron entre sí.

—En cualquier momento... —murmuró Carmichael.

«¡Plop!»

—Hemos aterrizado —se regocijó Basset—, hemos aterrizado.

Abrieron la esclusa sin quitarse los cascos. Siller vigiló con un fusil Boris mientras Groves y Carmichael ajustaban de nuevo el pesado disco de rexenoide. Una ráfaga de aire caliente remolineó a su alrededor.

—¿Ve algo? —preguntó Basset.

—Nada, campos llanos. Una especie de planeta. —El general avanzó unos pasos sobre la tierra—. ¡Plantas! Hay miles de ellas, pero no sé de qué clase.

Los demás le siguieron. Sus botas se hundían en el húmedo suelo. Contemplaron lo que les rodeaba.

—Qué camino tomamos, ¿hacia aquellas colinas? —preguntó Siller.

—Tanto da. ¡Qué planeta tan llano!

Carmichael empezó a caminar; dejaba profundas huellas en el suelo. Los demás le siguieron.

—Parece un lugar inofensivo —comentó Basset. Recogió un puñado de plantas—. ¿Qué serán? Tienen aspecto de maleza.

Lo guardó en el bolsillo del traje espacial.

—Alto.

Siller se inmovilizó, rígido, con el fusil levantado.

—¿Qué ocurre?

—Algo se ha movido entre aquellos arbustos.

Esperaron. Todo estaba tranquilo. Una leve brisa agitaba la superficie verde. El cielo azul se veía limpio de nubes.

—¿Cómo era? —preguntó Basset.

—Algún insecto. Esperen.

Siller avanzó hacia los arbustos y les dio una patada. Una diminuta criatura salió corriendo al instante. Siller disparó. La lengua de fuego blanco prendió en el suelo. Cuando la nube de humo se disipó sólo descubrieron un hoyo calcinado.

—Lo siento.

Siller bajó el fusil, tembloroso.

—Está bien. En un planeta desconocido es mejor disparar primero.

Groves y Carmichael se dispusieron a remontar una pequeña elevación.

—Espérenme —gritó Basset, pisándoles los talones—. Me ha entrado algo en la bota.

—Sáqueselo.

Los tres siguieron adelante y dejaron solo al doctor. Éste se sentó sobre el húmedo suelo, malhumorado. Se desató los cordones de las botas lenta y cuidadosamente.

El aire era cálido. Se relajó y suspiró. Al cabo de un momento se quitó el casco para ponerse bien las gafas. El perfume de las plantas y las flores era

Librodot

penetrante. Inspiró y dejó escapar el aire poco a poco. Entonces se puso el casco y terminó de atarse las botas.

Un hombrecillo que medía menos de veinte centímetros salió de unos arbustos y le disparó una flecha.

Basset miró la flecha, un diminuto dardo de madera que colgaba de la manga del traje espacial. Abrió y cerró la boca sin emitir sonido alguno.

Una segunda flecha rebotó en la visera transparente de su casco, seguida de una tercera y una cuarta. Al arquero se habían unido otros hombrecillos, uno de ellos montado sobre un caballo diminuto.

—¡Madre de Dios! —exclamó Basset.

—¿Qué ocurre? —la voz del general Groves resonó en sus auriculares—. ¿Se encuentra bien, doctor?

—Señor, un enano me ha disparado una flecha.

—¿De veras?.

—Hay... hay muchos, ahora.

—¿Está loco?

—¡No! —Basset se levantó de un salto. Una lluvia de flechas se clavó en su traje o rebotó en el caso. Las vocecillas agudas de los enanos llegaron a sus oídos, excitadas y penetrantes—. ¡General, vuelva, por favor!

Groves y Siller aparecieron en lo alto de la colina.

—Basset, ¿ha perdido los...?

Se inmovilizaron, estupefactos. Siller levantó el fusil Boris, pero Groves bajó el cañón.

—Es imposible. —Avanzó con la vista clavada en el suelo. Una flecha se estrelló contra su casco—. Hombrecillos con arcos y flechas.

De súbito, los enanos dieron media vuelta y huyeron, algunos a pie, otros a caballo, atravesaron los arbustos y salieron al otro lado.

—Se escapan —dijo Siller—. ¿Les seguimos?

—No es posible. —Groves agitó la cabeza—. En ningún planeta viven seres humanos tan pequeños como ésos. ¡Tan diminutos!

El comandante Carmichael bajó corriendo la cuesta y se les unió.

—¿Es cierto lo que estoy viendo? ¿Han visto también a unos enanitos que huían?

Groves se sacó una flecha del traje.

—Los vimos, ya lo creo que los vimos. —Se acercó la flecha a la visera y la examinó—. Miren... La punta brilla. Es de metal.

—¿Reparó en su vestimenta? —preguntó Basset—. Lo leí una vez en un cuento: Robin Hood. Gorritos, botas...

—Un cuento... —Groves se frotó la mandíbula. Un extraño brillo iluminaba sus ojos—. Un libro.

—¿Cómo dice, señor? —preguntó Siller.

—Nada. —Groves se reanimó y empezó a caminar—. Sigámosles. Quiero ver su ciudad.

Aceleró el paso, persiguiendo a grandes zancadas a los hombrecillos, que no estaban muy lejos.

—Vamos —dijo Siller—, antes de que los perdamos de vista.

Carmichael, Basset y Siller alcanzaron a Groves. Los cuatro pisaron los talones a los enanos, que corrían tan rápidamente como podían. Al cabo de un rato, uno de los hombrecillos se detuvo y se arrojó al suelo. Los demás vacilaron, mirando hacia atrás.

—Está agotado —dijo Siller—. No puede seguir el ritmo.

Se oyeron gritos agudos. Le estaban azuzando.

—Echadle una mano —dijo Basset.

Se agachó y cogió al hombrecillo. Lo sostuvo delicadamente entre sus dedos enguantados, sin dejar de darle vueltas.

—¡Uy!

Lo volvió a posar en el suelo.

—¿Qué sucede? —preguntó Groves.

—Me ha picado.

Basset se friccionó el pulgar.

—¿Le ha picado?

—Quiero decir que me ha atravesado el dedo con una espada.

—Eso no es nada.

Groves se lanzó en pos de los hombrecillos.

—Señor —comentó Siller a Carmichael—, esto hace que el problema de Ganimedes parezca muy remoto.

—Estamos muy lejos.

—Me pregunto cómo será su ciudad —dijo Groves.

—Creo que lo sé —aseguró Basset.

—¿Cómo lo sabe?

Basset no contestó. Se abismó en sus pensamientos y contempló con sumo interés a los hombrecillos.

—Vamos —dijo—, no les perdamos de vista.

Permanecieron juntos sin intercambiar la menor palabra. A lo lejos, divisaron una ciudad en miniatura. Los hombrecillos penetraron en ella a través de un puente levadizo. El puente se alzó, tirado por cuerdas casi invisibles. El puente se cerró ante sus miradas curiosas.

—¿Y bien, doctor? —preguntó Siller—. ¿Era esto lo que esperaba?

—Ni más ni menos —asintió Basset.

La ciudad estaba rodeada de una muralla de piedra gris, y circundada por un pequeño foso. Incontables agujas, torres y gabletes se elevaban hacia el cielo. Una furiosa actividad recorría la ciudad. Una cacofonía de agudos sonidos surgidos de innumerables gargantas, que aumentaban de intensidad a cada momento, llegó hasta los cuatro hombres. Soldados protegidos con armaduras hicieron acto de aparición sobre la muralla.

De repente, el puente levadizo se movió. Empezó a bajar hasta quedar horizontal. Hubo una pausa, y luego...

—¡Miren! —exclamó Groves—. ¡Ahí vienen!

—¡Santo Dios! ¡Mirad eso! —dijo Siller, con el fusil preparado para disparar.

Una horda de hombres armados a caballo cruzó el puente y salió a campo abierto. Se precipitaron sobre los cuatro hombre. El sol arrancaba reflejos de sus corazas y lanzas. Eran varios centenares, provistos de gallardetes, banderas y pendones de todos los colores y tamaños: un impresionante espectáculo en miniatura.

—Prepárense —advirtió Carmichael—. Vienen dispuestos a todo. Protéjanse las piernas.

La primera oleada de hombres se lanzó sobre Groves, que se hallaba un poco adelantado. Un círculo de guerreros, diminutas figuras protegidas con armaduras resplandecientes y adornadas con plumas, le rodearon y acuchillaron furiosamente los tobillos con sus espadas.

—¡Basta! —aulló Groves, retrocediendo a saltos—. ¡Alto!

—Nos van a dar problemas —dijo Carmichael.

Siller rió histéricamente cuando las flechas empezaron a llover a su alrededor.

—¿Disparo, señor? Una descarga del fusil Boris y…

—¡No! No dispare, es una orden.

Groves siguió retrocediendo cuando una falange de caballería cargó sobre él con las lanzas enhiestas. Propinó puntapiés con su pesada bota. Una frenética masa de hombres y caballos se les vino encima.

—Atrás —aconsejó Basset—. Malditos arqueros…

Un ejército de hombres a pie brotó de la ciudad. Llevaban largos arcos y carcajes a la espalda. Un sonido agudo estremeció el aire.

—Tiene razón —asintió Carmichael. Tenía las polainas destrozadas por obstinados guerreros que habían desmontado y trataban de derribarle—. Si no vamos a disparar, será mejor que nos retiremos. Son muy tozudos.

Nubes de flechas llovían sobre sus cabezas.

—Tienen buena puntería —admitió Groves—. Son soldados experimentados.

—Cuidado —dijo Siller—, intentan separarnos y cazarnos uno a uno. —Se acercó a Carmichael, nervioso—. Larguémonos de aquí.

—¿Les oyen? —preguntó Carmichael—. Están como enloquecidos, se nota que no les gustamos.

Los cuatro hombres iniciaron la retirada. Los hombrecillos fueron deteniéndose gradualmente y procedieron a reorganizar sus líneas.

—Es una suerte que nos pusiéramos los trajes —dijo Groves—. Esto ha dejado de ser divertido.

Siller se agachó y arrancó un puñado de arbustos. Lo lanzó contra la vanguardia de jinetes, que se dispersaron.

—Déjelo —dijo Basset—. Vámonos.

—¿Nos marchamos?

—Vámonos de aquí. —Basset estaba pálido—. No puedo creerlo; debe de ser algún tipo de hipnosis, algún tipo de control mental. No puede ser cierto.

—¿Se encuentra bien? —Siller le cogió del brazo—. ¿Qué sucede?

Una mueca peculiar se dibujó en el rostro de Basset.

—No puedo aceptarlo —murmuró en voz baja—. Hace tambalear toda la estructura del universo, todas las creencias básicas.

—¿Por qué? ¿A qué se refiere?

Groves cogió a Basset por el hombro.

—Tranquilo, doctor.

—Pero, general…

—Ya sé lo que está pensando, pero es imposible. Tiene que haber una explicación racional, tiene que haberla.

—Un cuento de hadas —musitó Basset—. Una leyenda.

—Mera coincidencia. El relato era una sátira social, nada más. Una sátira social, una obra de ficción. Recuerde lo que ocurre en este lugar. El parecido es sólo…

—¿De qué hablan? —preguntó Carmichael.

—Este lugar —divagó Basset—. Hemos de marcharnos. Estamos atrapados en una especie de malla mental.

—¿De qué habla? —Carmichael miró alternativamente a Basset y a Groves—. ¿Saben dónde nos hallamos?

—No podemos permanecer aquí —dijo Basset.

—¿Dónde?

—El lo adivinó: un cuento de hadas, un cuento infantil.

—No, una sátira social, para ser exactos —remachó Groves.

—¿De qué están hablando, señor? —preguntó Siller al comandante Carmichael—. ¿Lo sabe?

Carmichael gruñó. Su rostro expresó cierta comprensión.

—¿Qué?

—¿Sabe dónde estamos, señor?

—Volvamos a la esfera —respondió Carmichael.

Groves paseaba arriba y abajo, inquieto. Se detuvo junto a la tronera y miró afuera.

—¿Vienen más? —preguntó Basset.

—Muchos más.

—¿Qué hacen ahora?

—Siguen trabajando en su torre.

Los hombrecillos levantaban una torre, un andamio junto a la esfera. Caballeros, arqueros, mujeres y niños colaboraban en la construcción. Desde la ciudad les enviaban carros tirados por caballos y bueyes, cargados de suministros. Un griterío estridente penetraba a través del casco de la esfera y llegaba a oídos de los cuatro hombres.

—¿Y bien? —inquirió Carmichael—. ¿Qué vamos a hacer? ¿Regresamos?

—Ya he tenido bastante —dijo Groves—. Lo único que me interesa es volver a la Tierra.

—¿Dónde estamos? —preguntó Siller por enésima vez—. Doctor, usted lo sabe. ¡Dígalo, maldita sea! Los tres lo saben. ¿Por qué no lo confiesan?

—Porque queremos conservar nuestra salud mental —respondió Basset con los dientes apretados—. Sólo por eso.

—Me gustaría saberlo —murmuró Siller—. Si nos fuéramos a un rincón, ¿me lo diría?

—No me moleste, mayor. —Basset meneó la cabeza.

—No es posible —murmuró Groves—. ¿Cómo podría ser cierto?

—Si nos vamos, nunca lo sabremos, nunca llegaremos a estar seguros. Nos perseguirá durante el resto de nuestras vidas. ¿De verdad estuvimos... aquí? ¿Existe este lugar? ¿Es cierto que...?

—Había un segundo lugar —interrumpió Carmichael.

—¿Un segundo lugar?

—En el cuento. Un lugar en que la gente era grande.

—Sí —asintió Basset—. Se llamaba... ¿cómo?

—Brobdingnag.

—Brobdingnag. Quizá exista también.

—Así que piensa en serio...

—¿No se ajusta a la descripción? —Basset agitó la mano en dirección a la tronera—. ¿No es eso lo que describe? Todo a escala reducida, soldados diminutos, pequeñas ciudades amuralladas, bueyes, caballos, jinetes, reyes, gallardetes, el puente levadizo, un foso, y esas condenadas torres. Siempre construían torres... y disparaban flechas.

—Doctor —preguntó Siller—, ¿a qué se refieren?

No hubo respuesta.

—¿Podría..., podría contármelo al oído?

—No entiendo cómo pudo hacerse realidad —comentó Carmichael—. Recuerdo el libro, por supuesto. Lo leí de niño, como todo el mundo. Más tarde me di cuenta de que satirizaba las costumbres de su tiempo, pero, por el amor de Dios, ¡es pura fantasía, no un lugar real!

—Tal vez poseyera un sexto sentido, tal vez estuvo allí, o sea, aquí, en sueños. Quizá tuvo una visión. Dicen que, hacia el final de su vida, derivó hacia la psicosis.

—Brobdingnag. Su equivalente —reflexionó en voz alta Carmichael—. Si éste existe, quizá el otro también existe. Nos explicaría... Saldríamos de dudas, una especie de verificación.

—Sí, de nuestra teoría, nuestra hipótesis. Pronosticamos que debió de existir; su existencia serviría de prueba.

—La teoría de L, que predice la existencia de B.

—Hemos de asegurarnos —dijo Basset—. Si regresamos sin comprobarlo, siempre nos quedaremos con la duda. Cuando estemos luchando con los ganimedianos nos detendremos y nos preguntaremos... ¿Estuve allí? ¿Existe realmente? Siempre pensamos que era un cuento, pero ahora...

Groves se sentó ante el tablero de control. Examinó los cuadrantes con suma atención. Carmichael se sentó a su lado.

—Observe esto —Groves tocó con el dedo el medidor central—. Llega hasta liw, cien. ¿Recuerda qué distancia indicaba cuando despegamos?

—Por supuesto. Nesi, cero. ¿Por qué?

—Nesi indica la posición neutral, nuestra posición en la Tierra. Hemos ido en una dirección hasta el límite. Carmichael, Basset tiene razón. No podemos volver a la Tierra hasta que hayamos averiguado si esto es realmente... ¿Me entiende?

—¿Quiere recorrer todo el camino? ¿Ir hasta el otro extremo, hasta el otro liw?

Groves asintió con la cabeza.

—De acuerdo. —El comandante expulsó el aire lentamente—, estoy de acuerdo con usted. Yo también quiero descubrir el misterio.

—Doctor Basset, no volveremos a la Tierra, de momento —explicó el general Groves—. Nosotros dos queremos continuar.

—¿Continuar? —Basset se mostró perplejo—. ¿Hacia el otro extremo?

Ambos asintieron. Se hizo el silencio. Los sonidos del exterior habían cesado. La torre casi llegaba al nivel de la tronera.

—Debemos saber lo que ocurre —dijo Groves.

—Estoy de acuerdo —consintió Basset..

—Estupendo —aprobó Carmichael.

—Me gustaría que alguien me dijera de qué están hablando —expresó Siller en tono de lamentación—. ¿Sería posible?

—Allá vamos. —Groves apoyó la mano en el interruptor—. ¿Estamos dispuestos?

—Sí —dijo Basset.

Groves bajó el interruptor.

Enormes y confusas formas.

La esfera se tambaleó y trató de equilibrarse. Caían de nuevo, se deslizaban hacia las profundidades. La esfera vagaba en un océano de formas indistintas, neblinosas y movedizas que se agitaban alrededor del aparato.

Basset miraba por la tronera, apretando los dientes.

—¿Qué...?

La esfera descendía con velocidad creciente. Todo era difuso, informe. Formas inmensas, carentes de límites precisos, flotaban y derivaban como sombras.

—¡Señor! —murmuró Siller—. ¡Comandante, dése prisa! ¡Mire!

Carmichael se acercó a la tronera.

Se encontraban en un mundo de gigantes. Una forma inmensa, un torso tan enorme que sólo divisaron una pequeña parte, pasó frente a ellos. Había otras formas tan grandes y confusas que no podían ser identificadas. Un rugido, una profunda corriente subterránea que recordaba el sonido de las olas de un monstruoso océano, bombardeaba la esfera, como un eco repetido y ensordecedor.

Groves miró a Basset y a Carmichael.

—Por tanto, es cierto —dijo Basset.

—Esto lo confirma.

—No puedo creerlo —dijo Carmichael—, pero es la prueba que buscábamos. Aquí la tenemos..., ahí afuera.

Algo se acercaba a la esfera con movimientos majestuosos. Siller lanzó un grito y se apartó de la tronera. Se apoderó del fusil Boris, con el rostro de color ceniciento.

—¡Groves! —chilló Basset—. ¡Bájelo a neutral, rápido! ¡Hemos de salir de aquí!

Carmichael obligó a Siller a bajar el fusil, y, le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—Lo siento, pero esta vez nos serviría de muy poco.

Una mano, tan enorme que ocultó la luz, avanzó hacia ellos, una mano provista de dedos gigantescos, poros del tamaño de cráteres, uñas desmesuradas y grandes mechones de vello. La mano se cerró sobre la esfera y la zarandeó.

—¡Rápido, general!

Desapareció de repente, así como la presión. Tras la tronera no se veía... nada. Las agujas de los cuadrantes ascendían a nesi, hacia la franja neutral, hacia la Tierra.

Basset exhaló un suspiro de alivio. Se quitó el casco y secó el sudor de su frente.

—Nos libramos por poco —dijo Groves.

—Una mano quería cogernos, una mano enorme —dijo Siller—. ¿Dónde estábamos? ¡Díganmelo!

Carmichael se sentó junto a Groves. Intercambiaron una mirada en silencio.

—No debemos decírselo a nadie —masculló Carmichael—. A nadie. No nos creerían y, si lo hicieran, sería muy perjudicial. No es conveniente que una sociedad se entere de ciertas cosas. Mucha gente perdería los estribos.

—Debió de tener una visión, a partir de la cual escribió un cuento. Comprendió que nunca podría presentarlo como un hecho real.

—Más o menos. En realidad, existe, ambos existen, y quizá otros: el País de las Maravillas, Oz, Pellucidar, Erewhon, todas las fantasías, todos los sueños:..

Groves cogió por el brazo al comandante Carmichael.

—Tómeselo con calma. Les diremos que la nave no funcionó. No llegamos a ningún sitio. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

La pantalla cobró vida y se formó una imagen.

—De acuerdo, no diremos nada. Sólo nosotros cuatro estaremos al corriente. —Miró de reojo a Siller—. Sólo nosotros tres, quiero decir.

El presidente del Senado se materializó en la pantalla.

—¡Comandante Carmichael! ¿Se encuentra bien? ¿Podrán aterrizar? No recibimos ningún mensaje de Marte. ¿Están todos ustedes bien?

Basset se asomó a la tronera.

—Sobrevolamos Ciudad Tierra a unos mil quinientos metros de altura. Descendemos con suavidad. El cielo está lleno de naves. No necesitamos ayuda, ¿verdad?

—No —contestó Carmichael.

Puso en marcha los cohetes de frenado y la nave empezó a perder velocidad.

—Algún día, cuando la guerra haya terminado —dijo Basset—, quiero hacerles algunas preguntas a los ganimedianos sobre este asunto. Me gustaría redondear la historia.

—Tal vez consiga su oportunidad —respondió Groves, más sereno que antes—. ¡Claro, Ganimedes! Hemos perdido nuestra oportunidad de ganar la guerra.

—El presidente del Senado se disgustará —observó Carmichael en tono sombrío—. Quizá cumpla sus deseos pronto, doctor. La guerra terminará pronto, ahora que hemos vuelto... con las manos vacías.

El esbelto ganimediano de color amarillo entró lentamente en la sala, arrastrando la túnica por el suelo. Se detuvo e hizo una reverencia.

El comandante Carmichael le indicó por señas que se enderezara.

—Me dijeron que viniera —silabeó el emisario— para recuperar una propiedad nuestra que tienen en su laboratorio.

—Exacto.

—Si no tienen objeción, nos gustaría...

—Llévesela.

—Bien, me alegra que no exista animosidad por su parte. Ahora que volvemos a ser amigos, deseo que trabajemos juntos en armonía, sobre la base de...

Carmichael le dio la espalda y se dirigió hacia la puerta.

—Acompáñeme. Vamos a buscar su propiedad.

El ganimediano le acompañó hasta el recinto principal del laboratorio. En el centro de la amplia sala estaba la esfera.

Groves se aproximó.

—Veo que han venido a buscarla.

—Aquí está —indicó Carmichael al emisario—, su nave espacial. Llévesela.

—Nuestra máquina del tiempo, querrá decir.

Groves y Carmichael se sobresaltaron.

—¿Su qué?

—Nuestra máquina del tiempo —sonrió el ganimediano, señalando la esfera con el dedo—. ¿Puedo trasladarla a nuestra nave?

—Llame a Basset, rápido —ordenó Carmichael.

Groves salió corriendo de la sala. Un momento después regresó con el doctor Basset.

Librodot

—Doctor, este ganimediano viene a recuperar su propiedad —Carmichael respiró hondo—. Dice que es una... máquina del tiempo.

—¿Una qué? ¿Una máquina del tiempo? —Su rostro se demudó—. ¿Esto? ¿Una máquina del tiempo? ¿No lo que... nosotros...?

Groves hizo un esfuerzo para serenarse. Dirigió la palabra al emisario de Ganimedes con el tono de voz más reposado que pudo.

—Antes de que se lleve su... su máquina del tiempo, ¿viaja al pasado y al futuro?

—Exacto.

—Entiendo. Nesi es el presente.

—Sí.

—¿Para viajar al pasado se levanta la palanca?

—Sí.

Por tanto, bajándola se va al futuro. Otra cosa: una persona que viajara al pasado, ¿descubriría que a causa de la expansión del universo...?

El ganimediano reaccionó con una súbita sonrisa de comprensión.

—¿Han probado la nave?

Groves asintió con un gesto.

—¿Fueron al pasado y lo encontraron todo mucho más pequeño? ¿Reducido de tamaño?

—Claro... ¡porque el universo se expande! Y, en el futuro, todo ha aumentado de tamaño.

—Sí —la sonrisa del emisario se ensanchó—. Menuda sorpresa, ¿verdad? Les dejó perplejos descubrir nuestro mundo reducido de tamaño y poblado por seres diminutos, aunque el tamaño, por supuesto, es relativo, como comprenderán cuando se trasladen al futuro.

—Así es. —Groves respiró con fuerza—. Bien, eso es todo. Llévese su nave.

—El viaje a través del tiempo no es una empresa positiva —se lamentó el ganimediano—. El pasado es demasiado breve, y el futuro demasiado extenso. Consideramos que esta nave es un fracaso.

El ganimediano tocó la esfera con su sensor.

—No podíamos imaginar para qué la querían. Alguien sugirió que habían robado la nave —el emisario sonrió— para llegar hasta sus colonias más allá del Sistema, pero no habría sido muy divertido. Ni siquiera le dimos crédito a esa idea.

Nadie dijo nada.

El ganimediano emitió un silbido. Un grupo de obreros se acercó para transportar la esfera hasta un enorme camión.

—De modo que nunca abandonamos la Tierra —murmuró Groves—. Aquellos seres eran nuestros antepasados.

—A juzgar por su indumentaria, eran del siglo veinte —dijo Basset—, la Edad Media.

Se miraron entre sí.

Carmichael lanzó una carcajada.

—Y pensamos que era... Pensamos que nos hallábamos en...

—Siempre supe que se trataba de un simple cuento —dijo Basset.

—Una sátira social —le corrigió Groves.

Contemplaron en silencio cómo los ganimedianos sacaban la esfera del laboratorio y la trasladaban al carguero.

Librodot

LA NIÑERA

—Cuando miro hacia atrás —dijo Mary Fields—, me asombro de que creciéramos sin una Niñera que nos cuidara.

No cabía duda de que la Niñera había cambiado la vida de los Fields desde el momento en que entró a formar parte de su hogar. Desde que los niños abrían los ojos por la mañana hasta que se dormían, la Niñera les hacía compañía, les vigilaba y se encargaba de que se cumplieran todos sus deseos.

El señor Fields sabía, cuando se marchaba a la oficina, que sus hijos estaban en buenas manos, y Mary se libraba de una interminable sucesión de faenas domésticas y preocupaciones. No tenía que despertar a los niños, ni vestirles, ni lavarles, ni prepararles las comidas, ni nada. Ni siquiera les acompañaba al colegio. Y, al terminar las clases, si no llegaban en seguida a casa, se ahorraba la ansiedad de temer que algo les hubiera ocurrido.

La Niñera no les mimaba, por supuesto. Si los niños pedían algo absurdo o peligroso (un montón de caramelos o la moto de un policía, por ejemplo), tropezaban con la voluntad de hierro de la Niñera. Como un buen pastor, sabía cuándo debía negarse a obedecer sus caprichos.

Los dos niños la querían. Una vez que tuvieron que repararla lloraron y lloraron sin cesar. Ni su madre ni su padre pudieron consolarles, pero cuando la Niñera volvió todo se normalizó. ¡Justo a tiempo! La señora Fields estaba agotada.

—Señor —suspiró Mary, derrumbándose sobre el sofá—. ¿Qué haríamos sin ella?

—¿Sin quién? —preguntó el señor Fields.

—Sin la Niñera.

—Cualquiera sabe.

Después de despertar a los niños mediante un suave y musical zumbido, emitido a escasos centímetros de sus cabecitas, cuidaba de que se vistieran y bajaran en seguida a desayunar, con la cara limpia y de buen humor. Si estaban enfadados les permitía bajar la escalera subidos en su espalda.

¡Codiciado placer! Bobby y Jean divirtiéndose casi como en las montañas rusas, y la Niñera descendiendo peldaño a peldaño de aquella forma tan curiosa.

La Niñera no preparaba el desayuno, por supuesto; de ello se encargaba la cocinera. Sin embargo, rondaba cerca de allí para vigilar que los niños comieran bien y luego, una vez terminado el desayuno, supervisaba sus preparativos para el colegio. Después de que hubieran recogido los libros, se lavaran y se peinaran, llegaba el momento de atender a su tarea más importante: vigilar que no sufrieran el menor daño en las calles atestadas.

Había muchos peligros en la ciudad, los suficientes como para que la Niñera no descuidara la vigilancia: los veloces vehículos de superficie impulsados por cohetes en los que se desplazaban los hombres de negocios. En cierta ocasión, un bravucón trató de golpear a Bobby, pero un rápido empujón de la Niñera envió al individuo por los suelos; y cuando un borracho se acercó a Jean, con Dios sabe qué intenciones, Nanny lo arrojó a la cuneta con un codazo de su potente brazo metálico.

A veces, los niños se paraban fascinados ante un escaparate. La Niñera les obligaba a proseguir su camino. Y si ocurría que llegaban tarde al colegio les aupaba sobre la espalda y se deslizaba por la acera sobre sus ruedas, que zumbaban y rodaban a toda velocidad.

La Niñera estaba con ellos constantemente después del colegio; supervisaba sus juegos, les vigilaba, les protegía y, por fin, cuando empezaba a oscurecer, les apartaba de sus diversiones y emprendían el regreso a casa.

No fallaba nunca: en cuanto se servía la cena aparecía la Niñera en la puerta con Bobby y Jean, amonestándoles con chirridos y cliqueteos. ¡Justo a tiempo para la cena! Una rápida visita al cuarto de baño para lavarse las manas y la cara.

Y por la noche…

La señora Fields estaba silenciosa y fruncía ligeramente el ceño. Por la noche…

—Tom —dijo.

Su marido levantó la vista del periódico.

—¿Qué?

—Quiero hablar contigo de una cosa, algo muy extraño que no consigo comprender. Ya sé que lo ignoro todo acerca de objetos mecánicos, pero. Tom, por la noche, cuando todos estamos durmiendo y en la casa no se oye nada, la Niñera…

Se oyó un ruido.

—¡Mamá! —Jean y Bobby irrumpieron en la sala de estar con las caras rojas de excitación—. ¡Mamá, hicimos una carrera con la Niñera hasta casa y ganamos!

—Ganamos —repitió Bobby—. La vencimos.

—Corrimos mucho más rápidamente que ella —dijo Jean.

—¿Dónde está la Niñera, chicos? —preguntó la señora Fields.

—Ahora viene. Hola, papá.

—Hola, chicos —dijo Tom Fields.

Inclinó la cabeza a un lado y escuchó. Desde el porche llegó un sonido inusual, rasposo y chirriante. Sonrió.

—Ésa es la Niñera —dijo Bobby.

La Niñera entró en la sala.

El señor Fields la miró con curiosidad. Siempre le había intrigado. El único ruido que rompía la tranquilidad de la sala provenía de sus ruedas de metal en contacto con el suelo de madera, un peculiar sonido rítmico. La Niñera se inmovilizó a pocos pasos del señor Fields. Los ojos sin párpados, dos células fotoeléctricas al extremo de unos pedúnculos de alambre flexible, permanecieron fijos en él. Los pedúnculos ondularon especulativamente y luego se retrajeron.

La Niñera tenía forma de esfera, una esfera ancha achatada en la base. La superficie, mellada y rayada por el uso, estaba recubierta de un esmalte verde oscuro. No había nada más visible, aparte de los ojos pedunculados, ni siquiera las ruedas. A cada lado del casco se dibujaba el perfil de una puerta, de la que surgían agarraderas magnéticas cuando era necesario. La parte delantera del casco estaba reforzada en un punto. Habían soldado las placas adicionales de atrás adelante, por lo que recordaba a un arma de guerra, una especie de tanque o una nave, una nave metálica redonda

Librodot

posada sobre tierra. Quizá, también, a un insecto de los llamados bicho munición.

—¡Vamos! —aulló Bobby.

La Niñera cobró vida de repente y empezó a girar poco a poco en el sentido de las ruedas que la dirigían. Se abrió una de sus puertas laterales y surgió un largo brazo metálico. La Niñera cogió a Bobby por el brazo y lo atrajo hacia ella. Después se lo cargó a la espalda. Bobby montó a horcajadas y, sin dejar de saltar, le golpeó los flancos con los talones.

—¡Qué te dé la vuelta a la manzana! —gritó Jean.

—¡Arre! —chilló Bobby, y la Niñera, como un enorme insecto redondo de metal chirriante, relés, fotocélulas y tubos, salió de la habitación con el niño a cuestas.

Jean corrió detrás de ella.

Se hizo el silencio. Los padres se quedaron solos.

—¿No es sorprendente? —preguntó la señora Fields—. Ya sé que hoy en día es normal ver robots, más que hace unos años. Los ves por todas partes, en los mostradores de las tiendas, conduciendo autobuses, cavando zanjas...

—Pero la Niñera es diferente —murmuró Tom Fields.

—No es... no es como una máquina. Parece una persona, un ser vivo. A fin de cuentas, es mucho más complicada. Ha de serlo, por fuerza. Dicen que es mucho más complicada que la cocina.

—La verdad es que pagamos mucho por ella —dijo Tom.

—Sí —murmuró Mary Fields—. Parece una criatura viviente —vibraba un tono extraño en su voz—. Un auténtico ser humano.

—Cuida muy bien a los niños —comentó Tom, volviendo la atención al periódico.

—Sin embargo, estoy preocupada. —Mary dejó la taza de café sobre la mesa y frunció el ceño. Estaban cenando, y era tarde. Los niños ya estaban en la cama. Mary se secó la boca con la servilleta—. Tom, estoy preocupada. Me gustaría que me escucharas.

Tom Fields parpadeó.

—¿Preocupada? ¿Porqué?

—Por ella..., por la Niñera.

—¿Porqué?

—No... no lo sé.

—¿Crees que necesita una nueva reparación? Acabamos de ponerla a punto. ¿Qué pasa esta vez? Si esos niños no la...

—No es eso.

—Entonces, ¿qué?

Su esposa permaneció en silencio un rato. De pronto, se levantó de la mesa y fue hacia la escalera. Miró hacia arriba y escudriñó la oscuridad. Tom la contempló con perplejidad.

—¿Qué ocurre?

—Quiero asegurarme de que no puede oírnos.

—¿Ella? ¿La Niñera?

—Tom, anoche me desperté otra vez a causa de los sonidos. Los oí otra vez, los mismos sonidos que he oído otras veces. ¡Y tú me dijiste que carecían de importancia!

—Y no la tienen —gesticuló él—. ¿Qué quieres decir?

Librodot

—No lo sé, eso es lo que me preocupa. Cuando estamos dormidos, ella baja, sale de su habitación. Se desliza por la escalera con el mayor sigilo en cuanto está segura de que dormimos.

—¿Pero por qué?

—¡No lo sé! La otra noche la oí bajar por la escalera, silenciosa como un ratón. La oí moverse por aquí. Y después...

—Después, ¿qué?

—Tom, después la oí salir por la puerta trasera. Salió de la casa y fue al patio de atrás. Eso fue todo lo que oí durante un rato.

Tom se frotó la barbilla.

—Sigue.

—Me senté en la cama y escuché. Tu dormías, claro, como un tronco. Era inútil intentar despertarte. Me levanté y me asomé a la ventana. Alcé la persiana y miré afuera. La Niñera estaba en el patio de atrás.

—¿Qué hacía?

—No lo sé —el rostro de Mary se veía preocupado—. ¡No lo sé! ¿Qué demonios haría la Niñera, a altas horas de la noche, en el patio de atrás?

Estaba oscuro, terriblemente oscuro, pero los filtros infrarrojos se activaron y la oscuridad se disipó. La forma de metal avanzó por la cocina con las ruedas medio retraídas para evitar el ruido. Llegó a la puerta trasera y se detuvo para escuchar.

La casa seguía en silencio. Todos dormían en el piso de arriba. Dormían profundamente.

La Niñera abrió la puerta trasera, salió al porche y dejó que la puerta se cerrara a su espalda. El aire de la noche era frío, cortante, y transportaba toda clase de olores, olores extraños, estimulantes olores nocturnos que despiertan cuando la primavera se transmuta en verano, cuando la tierra todavía está húmeda y el cálido sol de julio aún no ha gozado de la oportunidad de exterminar las pequeñas cosas que crecen.

La Niñera bajó los peldaños hasta el sendero de cemento. Después se movió cautelosamente sobre la hierba. Las hojas húmedas acariciaban sus costados. Al cabo de unos momentos se detuvo y se alzó sobre las ruedas traseras. Su parte frontal se elevó en el aire. Sus ojos pedunculados, rígidos y tiesos, se estiraron y ondularon con mucha suavidad. Luego recobró su aspecto normal y siguió adelante.

El sonido se produjo cuando daba la vuelta alrededor del melocotonero, en dirección a la casa.

Se inmovilizó al instante, al acecho. Sus puertas laterales se abrieron y surgieron las agarraderas en toda su longitud, ágiles y alertas. Algo se había movido al otro lado de la cerca, más allá de la fila de margaritas. La Niñera aguzó la vista y dispuso los filtros. Sólo unas pocas estrellas titilaban en el cielo, pero vio lo que tenía que ver.

Una segunda Niñera se movía al otro lado de la cerca, abriéndose paso en silencio entre las flores. Intentaba hacer el menor ruido posible. Ambas Niñeras se detuvieron, súbitamente paralizadas, mirándose una a la otra... la Niñera verde aguardaba en su patio a la intrusa azul que avanzaba hacia la cerca.

La intrusa azul era de mayores dimensiones, diseñada para manejar a dos muchachos. Sus costados estaban mellados y combados por el uso, pero las agarraderas todavía se mantenían fuertes y poderosas. Además de las placas

de refuerzo adicionales que recubrían su parte delantera, tenía una mandíbula prominente de duro metal que se estaba poniendo en posición, preparada y a punto de entrar en acción.

Productos Mecho, el fabricante, había llamado la atención sobre el detalle de la mandíbula: era su marca de fábrica, su único rasgo original. Todos los folletos ponían énfasis en la enorme pala frontal montada en todos los modelos. Y había una prestación opcional: un filo cortante, accionado mecánicamente, que podía instalarse por una cantidad adicional en todos los modelos de lujo.

Así iba equipada la Niñera azul.

La intrusa llegó a la cerca. Se detuvo e inspeccionó con minuciosidad las tablas. Eran de escaso grosor y estaban podridas por el paso de los años. Apretó su pesada cabeza contra la madera. La cerca cedió y se rompió en pedazos. La Niñera verde se alzó al instante sobre sus ruedas traseras y sacó las agarraderas. Se sentía henchida de una feroz alegría, de una insoportable excitación: el salvaje frenesí de la batalla.

Se aproximaron, rodando en silencio sobre la tierra, con las agarraderas dispuestas. Ninguna produjo el menor ruido, ni la Niñera azul de Productos Mecho ni la Niñera verde, más pequeña, más ligera, de la Compañía de Servicios Industriales. Lucharon sin tregua, cuerpo a cuerpo, la gran mandíbula tratando de desgarrar las delicadas ruedas, y la Niñera verde intentando clavar su extremo metálico en los ojos que centelleaban a intervalos contra su flanco. La Niñera verde tenía la desventaja de ser un modelo de precio intermedio, inferior en clase y en peso, pero se debatió con furia y encarnizamiento.

Rodaron por el húmedo suelo sin dejar de combatir, sin hacer el menor ruido: realizaban la violenta tarea para la que cada una había sido diseñada en última instancia.

—No puedo creerlo —murmuró Mary Fields con un movimiento de la cabeza—. No lo entiendo.

—¿Crees que lo hizo algún animal? —aventuró Tom—. ¿Hay perros grandes en el vecindario?

—No. Había un setter irlandés rojo muy grande, pero sus dueños se fueron a vivir al campo. Era el perro del señor Petty.

Ambos contemplaban, taciturnos y preocupados, el estado de la Niñera, que se hallaba estirada junto a la puerta del cuarto de baño y vigilaba que Bobby se cepillara los dientes. El casco verde estaba doblado y retorcido. Le hablan destrozado un ojo y el cristal estaba astillado. Una agarradera no se retraía por completo; colgaba, inutilizada, fuera de la puerta.

—No consigo entenderlo —repitió Mary—. Llamaré a la tienda de reparaciones, a ver qué dicen. Tom, algo ha sucedido esta noche, mientras dormíamos. Los ruidos que oí…

—Shhh —le advirtió Tom.

La niñera se aproximaba, cliqueteando y chirriando a intervalos regulares. Pasó de largo, un tubo verde de metal renquearte que emitía un sonido áspero y arrítmico. Tom y Mary Fields la contemplaron con expresión compungida mientras se tambaleaba hasta la sala de estar.

—Me pregunto… —murmuró Mary.

—¿Qué?

Librodot

—Me pregunto si volverá a suceder. —Levantó los ojos hacia su marido, unos ojos llenos de preocupación—. Ya sabes cuánto la quieren los niños... y cuánto la necesitan. Se sentirían desprotegidos sin ella, ¿verdad?

—Quizá no vuelva a ocurrir —repuso Tom—, quizá fue un accidente.

Pero no lo creía; de hecho, estaba convencido de que no se trataba de un accidente.

Entró en el garaje, dio marcha atrás a su vehículo de superficie y lo maniobró hasta que el maletero quedó frente a la puerta trasera de la casa. Sólo tardó un momento en meter dentro a la mellada y maltrecha Niñera. Llegó en diez minutos al departamento de mantenimiento y reparaciones de la Compañía de Servicios Industriales.

El empleado, vestido con un mono blanco manchado de grasa, le recibió en la entrada.

—¿Problemas? —preguntó con desgana; detrás del empleado, en las profundidades del edificio que abarcaba una manzana, se veían filas de Niñeras, en distintas fases de montaje—. ¿Dónde está el fallo esta vez?

Tom no dijo nada. Ordenó a la Niñera que saliera del vehículo y esperó a que el empleado la examinara.

El mecánico meneó la cabeza, se puso en pie y se secó la grasa de las manos.

—Le va a costar un montón de pasta. La transmisión neural está rota.

—¿Ha visto algo parecido antes? —preguntó Tom con la garganta seca—. Usted ya sabe que no se ha roto; fue destrozada.

—Desde luego —asintió en tono neutro el mecánico—. Se emplearon afondo. A juzgar por los pedazos arrancados —señaló las melladas secciones delanteras del casco—, creo que fue obra de uno de los nuevos modelos Mecho de mandíbula saliente.

La sangre de Tom Fields se heló en sus venas.

—O sea, que no le pilla de sorpresa —dijo suavemente, casi conteniendo la respiración—. Ocurre a menudo.

—Bueno, Mecho acaba de lanzar al mercado ese modelo. No está nada mal... Cuesta el doble que éste. Claro que —añadió con aire pensativo— tenemos un equivalente, igual de bueno y por menos dinero.

—Quiero queme arreglen éste —dijo Tom con la mayor serenidad posible—. No pienso comprar otro.

—Haré lo que pueda, pero no volverá a ser como antes. La avería es muy grave. Le recomiendo que lo entregue como entrada del nuevo, recuperará casi todo lo que pagó. Cuando lancemos los nuevos modelos dentro de un mes o así, los vendedores irán como locos para...

—Aclaremos esto. —Tom Fields encendió un cigarrillo con manos trémulas—. Ustedes no quieren reparar estos modelos, ¿verdad? Quieren vender los nuevos en cuanto éstos se estropeen... se estropeen, o los estropeen.

El mecánico se encogió de hombros.

—Creo que es una pérdida de tiempo repararlo. De todas maneras, no tardará en estar acabado. —Le dio una patada a la maltrecha esfera verde—. Este modelo tiene ya tres años, señor; no sirve para nada.

—Arréglelo —masculló Tom. Empezaba a comprender en su totalidad la situación y a perder el control de sus nervios—. ¡No voy a comprar uno nuevo! ¡Quiero que me arreglen éste!

—Desde luego —se resignó el mecánico. Empezó a llenar un formulario—. Haremos lo que podamos, pero no espere milagros.

Mientras Tom Fields firmaba con brusquedad la hoja, trajeron dos Niñeras averiadas más.

—¿Cuándo puedo pasar a buscarla? —preguntó.

—Dentro de un par de días —respondió el mecánico, señalando la fila de Niñeras a medio reparar—. Como puede ver, no damos abasto.

—Esperaré, aunque tarden un mes.

—¡Vamos al parque! —gritó Jean.

Así que fueron al parque.

Era un día muy agradable; el sol calentaba la tierra, y el viento mecía las flores y la hierba. Los dos niños corrieron por el sendero de grava. Respiraron a pleno pulmón el aire perfumado por el aroma de las rosas, las hortensias y los naranjos. Atravesaron un bosquecillo de oscuros y lustrosos cedros. La tierra que pisaban, la piel aterciopelada y húmeda de un mundo vivo, era suave y blanda. Al otro lado de los cedros se extendía un gran prado verde, iluminado por el sol que brillaba en el cielo azul.

La Niñera les seguía. Se desplazaba lentamente, acompañada por el cliqueteo de las ruedas. La agarradera había sido reparada, y contaba con una unidad óptica nueva en lugar de la averiada, pero se echaba en falta la perfecta coordinación de antaño; tampoco habían pulido el casco. Se detuvo un momento, y los niños hicieron lo mismo, esperando con impaciencia a que les alcanzara.

—¿Qué pasa, Niñera? —preguntó Bobby.

—Algo le falla —se lamentó Jean—. Ha estado muy rara desde el pasado miércoles, rara y lenta. Y se ausentó unos días.

—La llevaron a reparar —anunció Bobby—. Me parece que estaba cansada. Papá dice que es vieja. Oí una conversación entre él y mamá.

Siguieron adelante un poco tristes, con la Niñera tratando de mantener el ritmo. Había unos cuantos bancos esparcidos por el prado, y la gente tomaba perezosamente el sol. Un joven estaba estirado sobre la hierba, con la cara protegida por un periódico y la chaqueta doblada bajo la cabeza, a modo de almohada. Dieron un rodeo para no tropezar con él.

—¡Allí está el lago! —gritó Jean, más animada.

El prado se inclinaba en una suave pendiente, a cuyo pie empezaba un sendero de grava que llevaba hasta el lago. Los niños gritaron de júbilo y se pusieron a correr pendiente abajo, mientras la Niñera hacía denodados esfuerzos para alcanzarles.

—¡El lago!

—¡El último es una maloliente sabandija marciana muerta!

Bajaron sin aliento por el sendero hasta la estrecha franja verde que era la orilla, lamida por las aguas. Bobby se puso a cuatro patas entre risas y jadeos. Jean se acomodó a su lado y se arregló el vestido. En el fondo de las aguas azuladas se movían renacuajos y pececillos artificiales, demasiado pequeños para cogerlos.

En el otro extremo del lago unos niños hacían flotar barcos provistos de ondulantes velas blancas. Un individuo obeso leía un libro sentado en un banco, con una pipa en la boca. Un chico y una chica paseaban por la orilla cogidos del brazo, entregados a su mutua contemplación, ajenos al mundo que les rodeaba.

—Ojalá tuviéramos un barco —suspiró Bobby.

La Niñera consiguió llegar hasta ellos, precedida por toda clase de rechinamientos y sonidos metálicos. Se detuvo y retrajo las ruedas para posarse sobre la hierba. No se movió. El sol se reflejaba en el ojo bueno. El otro no estaba sincronizado; no servía para nada. Acomodó su peso sobre el costado menos dañado, pero se movía con lentitud, imprecisión y torpeza. Olía a aceite quemado y a fricción.

Jean la examinó y palmeó su torcido costado con afecto.

—¡Pobre Niñera! ¿Qué te hicieron, Niñera? ¿Qué te pasó? ¿Te metiste en líos?

—Echémosla al agua —sugirió Bobby—, a ver si sabe nadar. ¿Saben nadar las Niñeras?

Jean dijo que no, porque pesaban demasiado. Se hundiría hasta el fondo y nunca más la volverían a ver.

—Entonces no la echaremos —decidió Bobby.

Estuvieron en silencio durante un rato. Algunos pájaros pasaron volando sobre sus cabezas, manchas redondeadas que surcaban el cielo. Un niño montado en una bicicleta llegó por el sendero de grava. La rueda delantera no estaba del todo firme.

—Me gustaría tener una bicicleta —murmuró Bobby.

El niño pasó de largo a lomos de su bicicleta inestable. El hombre gordo se levantó y golpeó su pipa contra el banco. Cerró el libro y paseó por el sendero mientras se secaba el sudor de la frente con un enorme pañuelo rojo.

—¿Qué pasa cuando las Niñeras se hacen viejas? —preguntó Bobby—. ¿Qué hacen, adónde van?

—Van al cielo. —Jean palmeó cariñosamente el mellado casco verde—. Como todo el mundo.

—¿Las Niñeras nacen? ¿Siempre hubo Niñeras? —Bobby había empezado a profundizar en los misterios cósmicos—. Tal vez hubo un tiempo en que no había Niñeras. Me gustaría saber cómo era el mundo antes de que vivieran las Niñeras.

—Claro que hubo siempre Niñeras —se impacientó Jean—. Si no había, ¿de dónde vinieron?

Bobby no halló respuesta. Meditó un rato, pero se adormeció... Era demasiado joven para resolver tales enigmas. Los párpados le pesaban. Bostezó. Jean y él se tendieron en la hierba, junto al lago, contemplaron el cielo y las nubes, escucharon el sonido del viento que acariciaba los cedros. La castigada Niñera descansó y recuperó sus menguadas fuerzas.

Una preciosa niña ataviada con un vestido azul y una cinta de colores en el pelo castaño, se acercó poco a poco por el prado, en dirección al lago.

—Mira —dijo Jean—, es Phyllis Casworthy. Tiene una Niñera naranja.

La observaron con mucho interés.

—¿Te imaginas una Niñera naranja? —comentó con desagrado Bobby.

La niña y su Niñera atravesaron el sendero y llegaron a la orilla del lago. La Niñera y ella se detuvieron y contemplaron las aguas, las velas blancas de los barcos de juguete y los peces mecánicos.

—Su Niñera es más grande que la nuestra —observó Jean.

—Es verdad —admitió Bobby. Señaló la esfera verde con cariño—, pero la nuestra es más bonita. ¿verdad?

Librodot

Su Niñera no se movió. Se volvió para mirarla, sorprendido. La Niñera verde se mantenía rígida, inmóvil. Su ojo pedunculado bueno estaba extendido del todo y examinaba a la Niñera naranja fijamente, sin pestañear.

—¿Qué ocurre? —inquirió Bobby, preocupado.

—Niñera, ¿qué te pasa? —repitió Jean.

La Niñera verde zumbó. Sus ruedas se enderezaron con un seco chasquido metálico. Las puertas se abrieron y surgieron las agarraderas.

—Niñera, ¿qué haces?

Jean, nerviosa, se levantó de un brinco. Bobby la imitó.

—¡Niñera! ¿Qué ocurre?

—¡Vámonos! —dijo Jean, asustada—. Volvamos a casa.

—Vamos, Niñera —ordenó Bobby—. Volvamos a casa.

La Niñera verde, ignorando sus voces, se apartó. La gran Niñera de color naranja se separó de la niña y se deslizó sobre la hierba.

—¡Niñera, vuelve! —gritó la niña con su aguda vocecilla.

Jean y Bobby subieron corriendo la pendiente cubierta de hierba. alejándose del lago.

—¡Ya vendrá! —dijo Bobby—. ¡Niñera, vuelve, por favor!

Pero la Niñera no volvió.

La Niñera naranja, gigantesca, mucho más grande que el modelo Mecho azul que había penetrado en su patio aquella noche, se aproximó. El modelo armado con una enorme mandíbula se hallaba esparcido en pedazos en el extremo de la cerca, con el casco destrozado y las piezas diseminadas por los alrededores.

Esta Niñera naranja era la más grande que la Niñera verde había visto nunca. La Niñera verde avanzó con movimientos torpes. Levantó las agarraderas y preparó sus escudos internos. La Niñera naranja desdobló un robusto brazo de metal, montado en un largo cable. El brazo metálico se alzó en el aire, remolineó en círculos, cada vez más rápido, hasta alcanzar una ominosa velocidad.

La Niñera verde vaciló. Retrocedió, tratando de eludir la movediza maza metálica. Y, mientras intentaba ordenar sus pensamientos, paralizada por la duda, la otra se lanzó sobre ella.

—¡Niñera! —chilló Jean.

—¡Niñera, Niñera!

Los dos cuerpos de metal rodaron furiosamente sobre la hierba, luchando y debatiéndose con desesperación. La maza de metal golpeó una y otra vez el casco verde. El cálido sol brillaba en lo alto del cielo, y el viento levantaba suaves olas en la superficie del lago.

—¡Niñera! —gritó Bobby, saltando de desesperación.

Pero no obtuvo respuesta de la retorcida masa de restos naranja y verde.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Mary Fields, pálida y con los labios apretados.

—Quédate aquí.

Tom cogió la chaqueta y el sombrero. se los puso y caminó hacia la puerta.

—¿Adónde vas?

—¿Está el coche afuera?

Tom abrió la puerta principal y salió al porche. Los dos niños, desolados y temblorosos, le observaron con temor.

—Sí —murmuró Mary—, está afuera. ¿Adónde...?

Tom habló a los niños con brusquedad.

—¿Estáis seguros de que está... muerta?

Bobby asintió con la cabeza. Grandes lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Piezas... desparramadas por la hierba.

—Volveré en seguida —dijo Tom— y no os preocupéis. Quedaos aquí.

Bajó a toda prisa los peldaños hasta el vehículo. Al cabo de un momento le oyeron partir a toda velocidad.

Tuvo que recorrer varias agencias antes de encontrar lo que buscaba. Servicios Industriales no le sirvió de nada. Sin embargo, descubrió en el escaparate, lujosamente iluminado, de Complementos para el Hogar justo lo que necesitaba. Estaban a punto de cerrar, pero el empleado le franqueó el paso al ver la expresión de su rostro.

—Me lo llevaré —dijo Tom, haciendo ademán de sacar su talonario.

—¿Cuál, señor? —preguntó el empleado.

—El más grande, ese negro que hay en el escaparate, con cuatro brazos y el espolón.

El empleado hizo una reverencia y el rostro se le iluminó de satisfacción.

—¡Sí, señor! —exclamó, agitando su cuaderno de pedidos—. El Emperador de lujo, provisto de los últimos adelantos. ¿Desea el modelo equipado con la agarradera de alta velocidad y realimentación por control remoto? Por un módico precio adjuntamos una pantalla de comunicación visual; sin abandonar la comodidad de su hogar puede seguir todos sus pasos.

—¿Sus pasos? —preguntó Tom con brusquedad.

—Cuando entra en acción —el empleado se puso a escribir con gran rapidez—. Acción es la palabra apropiada... Este modelo ataca a su adversario a los quince segundos de ser activado. No hay comparación con ningún otro modelo, nuestro o ajeno. Hace seis meses decían que sobrepasar el límite de quince segundos era una utopía —el empleado rió histéricamente— pero la ciencia no cesa de progresar.

Una extraña lasitud se apoderó de Tom Fields.

—Escuche —dijo con voz ronca, agarrando al empleado por la solapa. El cuaderno de pedidos cayó al suelo; el empleado tragó saliva, sorprendido y asustado—, escúcheme atentamente, cada vez construyen modelos más poderosos... ¿verdad? Nuevos modelos, nuevas armas, cada año. Ustedes y las demás compañías... Los dotan de accesorios capaces de destruirse unos a otros.

—¡No! —se indignó el empleada—. Todos los modelos de Complementos para el Hogar son indestructibles. Algunos se averían de vez en cuando, pero no encontrará uno que haya quedado fuera de servicio —recogió con dignidad su cuaderno de pedidos y se alisó la chaqueta—. No, señor, nuestros modelos sobreviven. Hace poco vi un modelo antiguo, un 3-S de siete años de edad, que aún funcionaba. Un poco estropeado, pero lleno de energía. Me gustaría ver a uno de esos modelos baratos de Protección y Compañía compitiendo con ése.

Tom, controlándose con un gran esfuerzo, preguntó:

—Pero ¿por qué? ¿Cuál es el objetivo? ¿Qué se proponen con esta... competición?

El empleado vaciló. Volvió su atención al cuaderno de pedidos.

—Sí, señor. Competición: ha puesto el dedo en la llaga. Competición triunfante, para ser exactos. Complementos para el Hogar no desea la competición... la destruye.

A Tom Fields le costó un segundo reaccionar, hasta absorber el significado de las palabras.

—Entiendo. En otras palabras, estos objetos quedan superados al año de ser lanzados al mercado: inútiles, pequeños, insuficientes. Si no son reemplazados, si no compras uno nuevo, un modelo más perfeccionado...

—Por cierto, ¿su Niñera actual llevó la peor parte en la contienda? —sonrió con conocimiento de causa—. ¿Es un modelo algo pasado de moda, quizá? ¿No está a la altura de las exigencias actuales? ¿No hizo acto de presencia por la noche?

—No volvió a casa.

—Sí, fue destruida... Ahora lo comprendo todo. Suele pasar. No le queda otra elección, señor. No es culpa de nadie, señor. No acuse a Complementos para el Hogar.

—Sin embargo —repuso Tom—, cuando uno es destruido, ustedes venden otro, lo que significa que salen beneficiados, dinero en metálico.

—Cierto, pero también exige que estemos a la altura de las circunstancias. No podemos quedarnos atrás... Usted mismo comprobó, si me disculpa, las desafortunadas consecuencias de quedarse atrás.

—Sí —asintió Tom con voz casi inaudible—. Me advirtieron de que no valía la pena repararla, que era mejor cambiarla por otra.

El rostro confiado y resplandeciente del empleado pareció ensancharse. Brilló, como un sol en miniatura, feliz y exaltadamente.

—Ahora todo está arreglado, señor. Con este modelo no habrá competencia posible. Sus problemas se han terminado, señor... ¿A qué nombre redacto la orden de entrega?

Bobby y Jean contemplaron fascinados la enorme caja que los transportistas depositaron en la sala de estar entre gruñidos e imprecaciones.

—Muy bien —dijo con sequedad Tom—. Gracias.

—De nada, señor —los transportistas se marcharon y cerraron la puerta con un fuerte golpe.

—Papá, ¿qué es eso? —susurró Jean. Los dos niños inspeccionaron la caja, asombrados e intrigados.

—Lo veréis dentro de un momento.

—Tom, ya deberían estar acostados —protestó Mary—. ¿No pueden verlo mañana?

—Quiero que lo vean ahora.

Tom desapareció en el sótano y volvió con un destornillador en la mano. Se arrodilló junto a la caja y procedió a sacar los tornillos.

—Por una vez, pueden irse a la cama un poco más tarde.

Sacó las tablas una por una con pericia y tranquilidad. Arrancó la última por fin y la apoyó en la pared, junto con las demás. Sacó el libro de instrucciones y el certificado de garantía por noventa días, y se los tendió a Mary.

—Coge esto.

—¡Es una Niñera! —gritó Bobby.

—¡Una Niñera muy grande!

La gran forma negra yacía en el fondo de la caja, como una gran tortuga de metal, embutida en una capa de grasa, cuidadosamente comprobada, aceitada y garantizada. Tom afirmó con la cabeza.

—Exacto, es una Niñera, una nueva Niñera que ocupará el lugar de la anterior.

—¿Para nosotros?

—Sí —Tom se sentó en una silla y encendió un cigarrillo—. Mañana por la mañana la haremos funcionar y veremos qué tal se porta.

Los niños abrieron unos ojos como platos. Ninguno se atrevía a respirar o a hablar.

—Pero esta vez debéis alejaros del parque —advirtió Mary—. No la llevéis al parque, ¿me oís?

—No —la contradijo Tom—, pueden ir al parque.

Mary le miró, vacilante.

—Pero esa cosa naranja podría...

—No me importa que vayan al parque —sonrió Tom. Se giró hacia Bobby y Jean—. Id al parque cuando os dé la gana, y no tengáis miedo de nada ni de nadie. No os olvidéis.

Propinó una patada a una esquina de la caja.

—No debéis tener miedo a nada. Nunca más.

Bobby y Jean asintieron sin dejar de observar el fondo de la caja.

—Muy bien, papá —susurró Jean.

—¡Caray, mirad eso! —exclamó Bobby—. ¡Miradla! No sé si podré esperar a mañana.

La esposa de Andrew Casworthy se reunió con su marido en la puerta de su lujosa mansión de tres plantas, y agitó las manos con nerviosismo.

—¿Qué sucede? —gruñó Casworthy, sacándose el sombrero. Se secó con un pañuelo el sudor de su rostro encarnado—.Señor, qué calor hace hoy. ¿Qué pasa?

—Andrew, tengo miedo de...

—¿Qué demonios ocurre?

—Phyllis ha vuelto del parque sin su Niñera. Cuando Phyllis la trajo a casa ayer estaba abollada y agrietada, y Phyllis está tan disgustada que no puedo...

—¿Sin su Niñera?

—Vino sola, por sus propios medios. Completamente sola.

La cólera congestionó las facciones del señor Casworthy.

—¿Qué ocurrió?

—Lo mismo de ayer: algo atacó a su Niñera. ¡La destrozó! No conozco bien los detalles, pero algo negro, algo gigantesco y negro... Tal vez haya sido otra Niñera.

La mandíbula de Casworthy descendió lentamente. Su rostro porcino viró a un rojo intenso, un rubor ominoso que floreció y se disipó. Giró sobre sus talones bruscamente.

—¿Adónde vas? —se inquietó su mujer.

El grueso y encolerizado hombre bajó por el sendero a grandes zancadas en dirección a su coche.

—Voy a comprar otra Niñera —murmuró—, la mejor que encuentre, aunque tenga que recorrer cien tiendas. Quiero la mejor..., la más grande.

Librodot

—Pero, querido —le advirtió su esposa, corriendo tras él—, ¿nos lo podemos permitir? —enlazó las manos ansiosamente y prosiguió —: ¿No sería mejor esperar? Pensémoslo un poco más, hasta que hayamos recobrado la... calma.

Pero Andrew Casworthy ya no la escuchaba. El coche retembló, dispuesto a lanzarse adelante.

—Nadie me va a pasar la mano por la cara —dijo con los labios apretados—. Ya les enseñaré yo, aunque tenga que comprar un último modelo. ¡Aunque tenga que hacer fabricar un nuevo modelo para mí solo!

Y, por extraño que pareciera, supo que alguien lo haría.

NOTAS

Todas las notas en cursiva son de Philip K. Dick. El año en que la nota fue escrita aparece a continuación de ésta entre paréntesis. La mayoría de las notas fueron escritas para las colecciones *The Best of Philip K. Dick* (publicada en 1977) y *The Golden Man* (aparecida en 1980). Algunas fueron escritas a petición de los editores que publicaban o reimprimían sus relatos en libros o revistas.

Cuando hay una fecha a continuación del título del relato, se trata de la fecha en que el agente de Dick recibió el manuscrito, de acuerdo con los archivos de la Scott Meredith Literary Agency. La falta de fecha significa que no existen datos al respecto. El nombre de una revista seguido de un mes y de un año indica la fecha de publicación del relato. Un título entre paréntesis y entrecomillado corresponde al título original del relato, tal como consta en los archivos de la agencia.

Estos cinco volúmenes reúnen todos los relatos cortos de Philip K. Dick, con excepción de las novelas cortas integradas en otras novelas o publicadas como tales, los escritos de juventud y obras inéditas de las que no se han encontrado manuscritos. Se ha procurado respetar en lo posible el orden cronológico en que se escribieron los relatos; la investigación tendente a recomponer esta cronología fue obra de Gregg Rickman y Paul Williams.

La diferencia entre un relato corto y una novela reside en lo siguiente: un relato corto puede tratar de un crimen; una novela trata del criminal, y los hechos derivan de una estructura psicológica que, si el escritor conoce su oficio, habrá descrito previamente. Por consiguiente, la diferencia entre un relato corto y una novela no es muy grande; por ejemplo, La larga marcha*, de William Styron, se ha publicado ahora como «novela corta», cuando fue publicada por primera vez en* Discovery *como «relato largo». Esto significa que si lo leen en* Discovery *están leyendo un relato, pero si compran la edición de bolsillo van a leer una novela. Con eso basta.*

Las novelas cumplen una condición que no se encuentra en los relatos cortos: el requisito de que el lector simpatice o se familiarice hasta tal punto con el protagonista que se sienta impulsado a creer que haría lo mismo en sus circunstancias... o, en el caso de la narrativa escapista, que le gustaría hacer lo mismo. En un relato no es necesario crear tal identificación, pues 1) no hay espacio suficiente para proporcionar tantos datos y 2) como se pone el énfasis en los hechos, y no en el autor de los mismos, carece realmente de

importancia -dentro de unos límites razonables, por supuesto- quién es el criminal. En un relato, se conoce a los protagonistas por sus actos; en una novela sucede al revés: se describe a los personajes y después hacen algo muy personal, derivado de su naturaleza individual. Podemos afirmar que los sucesos de una novela son únicos, no se encuentran en otras obras; sin embargo, los mismos hechos acaecen una y otra vez en los relatos hasta que, por fin, se establece un código cifrado entre el lector y el autor. No estoy seguro de que esto sea especialmente negativo.

Además, una novela, en particular una novela de ciencia ficción, crea todo un mundo, aderezado con toda clase de detalles insignificantes..., insignificantes, quizá, para describir los personajes de la novela, pero vitales para que el lector complete su comprensión de todo ese mundo ficticio. En un relato, por otra parte, usted se siente transportado a otro mundo cuando los melodramas se le vienen encima desde todas las paredes de la habitación... como describió una vez Ray Bradbury. Este solo hecho catapulta el relato hacia la ciencia ficción.

Un relato de ciencia ficción exige una premisa inicial que le desligue por completo de nuestro mundo actual. Toda buena narrativa ha de llevar a cabo esta ruptura, tanto en la lectura como en la escritura. Hay que describir un mundo ficticio totalmente. Sin embargo, un escritor de ciencia ficción se halla sometido a una presión más intensa que en obras como, por ejemplo, Paul's Case *o* Big Blonde*, dos variedades de la narrativa general que siempre permanecerán con nosotros.*

En los relatos de ciencia ficción se describen hechos de ciencia ficción; en las novelas de este tema se describen mundos. Los relatos de esta colección describen cadenas de acontecimientos. El nudo central de los relatos es una crisis, una situación límite en la que el autor involucró a sus personajes, hasta tal extremo que no parece existir solución. Y luego, por lo general, les proporciona una salida. Sabe proporcionarles una salida; es lo único importante. Sin embargo, los acontecimientos de una novela están tan enraizados en la personalidad del protagonista que, para sacarle de sus apuros, debería volver atrás y reescribir su personaje. Esta necesidad no se encuentra en un relato, sobre todo cuanto más breve sea (relatos largos como Muerte en Venecia*, de Thomas Mann, o la obra de Styron antes citada son, en realidad, novelas cortas). De todo esto se deduce por qué los escritores de ciencia ficción pueden escribir cuentos pero no novelas, o novelas pero no cuentos: todo puede ocurrir en un cuento; el autor adapta sus personajes al tema central. El cuento es mucho menos restrictivo que una novela, en términos de acontecimientos. Cuando un escritor acomete una novela, ésta empieza poco a poco a encarcelarle, a restarle libertad; sus propios personajes se rebelan y hacen lo que les apetece... no lo que a él le gustaría que hicieran. En ello reside la solidez de una novela, por una parte, y su debilidad, por otra (1968).*

ESTABILIDAD (Stability). Escrita en 1947, o antes (inédita).

ROOG (Roog). Noviembre de 1951. Fantasy & Science Fiction, febrero de 1953 (primer cuento vendido).

Lo primero que uno hace cuando vende su primera historia es telefonear a su mejor amigo y decírselo. Lo más probable es que el amigo te cuelgue sin dejarte acabar de contárselo, lo cual te desconcertará hasta que comprendas

que él también está intentando vender sus historias y aún no lo ha conseguido. Esta reacción servirá para serenarte un poco. Pero luego, cuando tu esposa vuelva a casa, díselo también, y verás como no te castiga con su indiferencia; todo lo contrario, se sentirá complacida y excitada. Cuando vendí Roog a Anthony Boucher para Fantasy & Science Fiction*, yo estaba al frente de una tienda de discos durante parte del día, y escribía el resto de él. Si alguien me preguntaba a qué me dedicaba, siempre decía: «Soy escritor». Esto ocurría en Berkeley, en 1951. Todo el mundo era escritor allí. Nadie había vendido nada. De hecho, la mayoría de la gente que conocía creía que era innoble y rastrero someter un cuento a una revista; uno lo escribía, lo leía en voz alta a sus amigos y lo olvidaba. Así era Berkeley en aquellos días.*

Otro problema que tenía para conseguir que la gente me admirara por haberlo vendido era que mi cuento no se trataba de un relato normal para una pequeña revista, sino que era un cuento de ciencia ficción, un género poco leído por la gente de Berkeley en aquel tiempo, excepto un reducido grupo de aficionados muy excéntricos; parecían vegetales animados. «¿Qué pasa con tus historias serias?», preguntaba la gente. Yo tenía la impresión de que Roog era una historia completamente seria. Habla del miedo, de la lealtad, de una oscura amenaza y de una criatura bondadosa que no puede transmitir el conocimiento de esa amenaza a sus seres queridos. ¿Qué tema puede haber más serio que ése? Lo que la gente interpreta realmente por «serio» es «importante». La ciencia ficción no era entonces, por definición, importante. Durante las semanas que siguieron a la venta de Roog me deprimía cada vez más a medida que me advertía los severos códigos de comportamiento que había quebrantado vendiendo mi cuento, puesto que se trataba de un cuento de ciencia ficción.

Para empeorar las cosas, empecé a alimentar la ilusión de que podía ganarme la vida como escritor. Las fantasías que llenaban mi cabeza se referían a que podría abandonar mi trabajo en la tienda de discos, comprarme una maquina de escribir mejor, escribir todo el día y seguir haciendo frente a los gastos de la casa. Tan pronto como empiezas a pensar algo similar vienen a buscarte y te llevan. Y lo hacen por tu bien. Cuando más tarde te sueltan, ya curado, has olvidado esas fantasías. Vuelves a trabajar en la casa de discos, en el supermercado o limpiando zapatos.

Bueno, el asunto es que convertirse en escritor representa... bien, es como aquella vez que le pregunté a un amigo qué pensaba hacer al terminar el colegio y me dijo: «Voy a ser pirata». Y lo dijo muy en serio.

El hecho de que Roog se vendiera se debió a que Tony Boucher me señaló lo que debía cambiar en el original que le envié. Sin su ayuda aún estaría en la tienda de discos, y lo digo muy en serio. Por aquel entonces Tony daba clases de arte de escribir en la sala de estar de su casa de Berkeley. Leía nuestros cuentos en voz alta y así nos dábamos cuenta, no sólo de lo horribles que eran, sino de cómo podíamos mejorarlos. Tony no se limitaba a mostrarnos lo malo de lo que escribíamos, nos ayudaba a transformar aquella basura en arte. Tony sabía cómo moldear a un buen escritor. Nos cobraba -apunten - un dólar a la semana. ¡Un dólar! Si alguna vez existió un hombre bueno en el mundo fue Anthony Boucher. Yo lo adoraba, de veras. Solíamos reunirnos una vez a la semana para jugar al póquer. El póquer, la ópera y la literatura eran lo más importante para Tony. Le echo mucho de menos. Una noche de 1974 soñé que había accedido al otro mundo, y allí

estaba Tony, esperándome para ser mi guía. Se me llenan los ojos de lágrimas cuando pienso en ese sueño. Allí estaba, pero transformado en Tony el Tigre, como en esos anuncios de cereales para el desayuno. En el sueño estaba más alegre que nunca, y yo también. Pero era un sueño; Tony Boucher ya se marchó. Sin embargo, sigo siendo un escritor gracias a él. Cada vez que me siento para empezar una novela o un relato, siempre me viene el recuerdo de ese hombre. Creo que me enseñó a escribir por amor, y no por ambición. Es una buena lección para cualquier ocupación en este mundo.

Esta pequeña historia, Roog, trata de un perro real... ya desaparecido, como Tony. El nombre auténtico del perro era Snooper, y creía tanto en su mundo como yo en el mío. Su principal trabajo, en apariencia, era cuidar que nadie robara la comida de su cubo de la basura particular. Snooper actuaba impulsado por la ilusión de que los propietarios consideraban la basura algo valioso. Cada día sacaban bolsas de papel llenas de deliciosa comida y las depositaban en un contenedor de metal que luego tapaban firmemente. Al terminar la semana, el cubo de la basura estaba lleno... y en ese momento llegaba el más diabólico grupo de entidades malignas del Sistema Solar en un enorme camión y robaba toda la comida. Snooper sabía con toda exactitud qué día de la semana ocurría esto: el viernes. Así que a las cinco de la madrugada del viernes, Snooper lanzaba su primer ladrido. Mi esposa y yo teníamos la convicción de que los despertadores de los basureros sonaban a aquella hora. Snooper sabía cuándo abandonaban sus casas. Podía oírles. Era el único que podía; todos los demás ignoraban lo que se preparaba. Snooper debía pensar que vivía en un planeta de lunáticos. Sus dueños, y cualquier otro habitante de Berkeley, podían oír a los basureros cuando llegaban, pero nadie hacía nada. Sus ladridos me volvían loco cada semana, pero me sentía más fascinado por la lógica de Snooper que irritado por los frenéticos esfuerzos para que nos levantáramos. Me preguntaba: ¿qué idea tendrá este perro del mundo? Es obvio que no lo ve como nosotros lo vemos. Ha desarrollado un completo sistema de creencias, una visión del mundo radicalmente distinta de la nuestra, pero a partir de unas bases completamente lógicas, apoyadas por la evidencia.

De modo que éstas, en su forma más primitiva, son las bases en las que se fundamentaron muchos de mis veintisiete años como escritor profesional: el intento de meterme en la cabeza de otra persona, o en la cabeza de otra criatura, y ver a través de sus ojos, descubriendo así lo distinta que es esta persona del resto de nosotros. Uno empieza con la entidad sensible y avanza hacia afuera, y, a partir de ahí, deduce su mundo. Uno nunca puede saber cómo es realmente este mundo, pero creo que es posible efectuar algunas aproximaciones bastante correctas. Empecé a desarrollar la idea de que cada criatura vive en un mundo distinto al mundo de las demás criaturas. Sigo creyendo en ella. Para Snooper, los basureros eran horribles y siniestros. Pienso que los veía literalmente distintos a como los veíamos nosotros, los humanos.

Esta noción de que cada criatura ve el mundo de manera diferente a las otras criaturas imagino que no será compartida por muchos de ustedes. Tony Boucher tenía muchas ganas de que una antologista muy importante (a la que llamaremos J. M.) leyera Roog para ver si podía utilizarlo en una de sus antologías. Su reacción me sorprendió. «Los basureros no tienen esa apariencia -me escribió-, no tienen cuellos delgados como lápices y cabezas

que se bambolean. No se comen a la gente.» Creo que enumeró doce errores del relato, todos relativos a la forma en que yo presentaba a los basureros. Le respondí explicándole que tenía razón, pero que un perro... bien, de acuerdo, que el perro estaba equivocado, lo admitía. El perro estaba un poco loco. No estábamos tratando con un perro y la visión de unos basureros a partir de los ojos de un perro, sino de un perro loco... que se había vuelto loco a causa de esas incursiones semanales en el cubo de la basura. El perro había alcanzado el estadio de la desesperación. Eso era lo que yo deseaba transmitir. De hecho, era el punto crucial del cuento: el perro había rebasado todas las opciones y se había vuelto loco por culpa de aquel acontecimiento semanal. Y los roogs lo sabían. Les gustaba. Se burlaban del perro. Disfrutaban con su insensatez.

La señorita J. M. me rechazó el cuento para sus antologías, pero Tony lo publicó y aún se sigue publicando; de hecho, actualmente es un texto para alumnos de la escuela superior. Hablé con una de las clases a las que se había asignado el cuento, y todos los chicos lo entendían. Lo más interesante es que había un estudiante ciego que parecía ser quien mejor había captado su significado. Sabía desde el principio lo que significaba la palabra roog. Captaba la desesperación del perro, la frustrada furia del perro y su amarga sensación de derrota. Quizá en algún momento entre 1951 y 1971 todos nos hemos acostumbrado a los peligros y transformaciones del entorno habitual de una forma que antes no hubiéramos admitido. No lo sé. Pero, de todos modos, Roog, mi primer relato vendido, es biográfico; vi al perro sufrir, y comprendí un poco (no mucho, quizá, paro un poco) lo que le estaba destruyendo, y sentí deseos de hablar con él. Esa es la pura verdad. Snooper no podía hablar. Yo sí. De hecho, podía escribirlo, alguien podía publicarlo y algunas personas podían llegar a leerlo. Escribir narrativa tiene que ver con esto: convertirse en la voz de aquellos que no la tienen, y espero que me entiendan. No es tu voz, la voz del autor, son esas otras voces que nadie oye.

El perro Snooper está muerto, pero el perro de la historia, Boris, sigue vivo. Tony Boucher está muerto, y algún día yo también lo estaré, y, en fin, ustedes también. Pero cuando estuve con aquella clase de la escuela superior y hablamos de Roog, en 1971, exactamente veinte años después de vender el cuento... Snooper seguía ladrando y su angustia y sus nobles esfuerzos seguían todavía vivos, y se lo merecían. Mi relato es un homenaje a un animal, a una criatura que ya no ve, ni oye, ni ladra, pero, maldita sea, estaba cumpliendo con su deber. Aunque la señorita J. M. no lo comprendiera.

Me gusta este cuento, y dudo que hoy lo pudiera escribir mejor que cuando lo hice, en 1951. Ahora escribo textos más largos (1976).

LA PEQUEÑA REBELIÓN (The little movement). Fantasy & Science Fiction, noviembre de 1952.

AQUÍ YACE EL WUB (Beyond lies the wub). Planet Stories, julio de 1952.

Mi primera historia publicada, en la más deleznable de las revistas baratas que se vendían en aquel tiempo, Planet Stories. Cuando llevé cuatro ejemplares a la tienda de discos en la que trabajaba, un cliente me miró y, con ciertos reparos, me preguntó: «Phil, ¿tú lees esta clase de basura?». Tuve que admitir que no sólo la leía, sino que también la escribía.

EL CAÑÓN (The gun). Planet Stories, septiembre de 1952.

LA CALAVERA (The skull). If, septiembre de 1952.

LOS DEFENSORES (The defenders). Galaxy, enero de 1953 (fragmentos de este relato fueron adaptados para la novela LA PENÚLTIMA VERDAD).

LA NAVE HUMANA (Mr. Spaceship). Imagination, febrero de 1953.

FLAUTISTAS EN EL BOSQUE (Piper in the woods). Imagination, febrero de 1953.

LOS INFINITOS (The infinitas). Planet Stories, mayo de 1953.

LA MÁQUINA PRESERVADORA (The preserving machine). Fantasy & Scíence Fiction, junio de 1953.

SACRIFICIO (Expendable) («He who waits»). Fantasy & Science Fiction; julio de 1953.
Al principio, me gustaba escribir cuentos fantásticos cortos, para Anthony Boucher, de los que éste es mi favorito. Me vino la idea cuando una mosca zumbó alrededor de mi cabeza, y yo imaginé (¡auténtica paranoia!) que se reía de mí(1976).

EL HOMBRE VARIABLE (The variable man). Space Science Fiction (Inglaterra), julio de 1953.

LA RANA INFATIGABLE (The indefatigable frog). Fantastic Story Magazine, julio de 1953.

LA CRIPTA DE CRISTAL (The crystal crypt). Planet Stories, enero de 1954.

LA VIDA EFIMERA Y FELIZ DEL ZAPATO MARRÓN (The short happy life of the brown Oxford). Fantasy & Science Fiction, enero de 1954.

EL CONSTRUCTOR (The builder). 23-7-1952. Amazing, diciembre de 1953-enero de 1954.

EL FACTOR LETAL (Medler). 24-7-1952. Future, octubre de 1954.
En el seno de la belleza se oculta la fealdad. En este relato más bien tosco se puede apreciar el origen de uno de mis temas favoritos: nada es lo que parece. Este relato supuso un experimento para mí, empezaba a comprender que forma manifiesta y forma latente no son lo mismo. Como dijo Heráclito en el fragmento 54: «La estructura latente conforma la estructura manifiesta», y de ahí se desprende el dualismo posterior y más sofisticado de Platón entre el mundo fenomenológico y el reino real pero invisible de las formas subyacentes. Quizá ofrezca una lectura demasiado elevada de este relato tan sencillo, pero al menos empezaba a vislumbrar lo que más tarde percibí con toda claridad; en el fragmento 123, dice Heráclito: «La naturaleza

Librodot

de las cosas reside en la costumbre de ocultarse a sí mismas»; y ésa es la base fundamental (1978).

LA PAGA (Paycheck). 31-7-1952. Imagination, junio de 1953.

¿Cuál es el valor de una llave para el encargado de cerrar un autobús? Un día cuesta veinticinco centavos, y al día siguiente miles de dólares. En este cuento, me puse a pensar en que hay momentos de nuestra vida en que llevar una moneda encima para hacer una llamada telefónica significa la diferencia entre la vida y la muerte. Unas llaves, calderilla, quizá la entrada de un cine... ¿y la tarjeta del aparcamiento en el que hemos dejado un Jaguar? Me limité a enlazar esta idea con la de los viajes en el tiempo para observar cómo lo pequeño, lo innecesario, a los ojos expertos de un viajero temporal, puede llegar a significar algo decisivo. Sabría en qué momento esa moneda salvaría su vida. Y, de regreso al pasado, preferiría esa moneda a cualquier suma de dinero, por grande que fuera (1976)

EL GRAN C (The great C). 31-7-1952. Cosmos Science Fiction and Fantasy, septiembre de 1953 (Partes de este relato fueron adaptadas para la novela Deus Irae).

EN EL JARDÍN (Out in the garden). 31-7-1952. Fantasy Fiction, agosto de 1953.

EL REY DE LOS ELFOS (The king of the Elves) («Shadrach Jones and the Elves»). 4-8-1952. Beyond Fantasy Fiction, septiembre de 1953.

Este relato, por supuesto, es de fantasía, no de ciencia ficción. En la primera versión tenía un final pesimista, pero Horace Gold, el editor que lo compró, me explicó con todo detalle que las profecías siempre se cumplían; de lo contrario, dejaban de ser ipso facto profecías. Deduzco, por tanto, que no pueden haber falsos profetas; «falso profeta» es un oximoro (1978).

COLONIA (Colony). 11-8-1952. Galaxy, junio de 1953.

El estadio último de la paranoia no consiste en que todos estén contra ti, sino en que todas las cosas estén contra ti. En lugar de «Mi jefe me la está jugando», sería «El teléfono de mi jefe me la está jugando». A veces, parece que los objetos poseen voluntad propia, incluso a los ojos de una persona psíquicamente estable; no hacen lo que se supone que deberían hacer, se ponen en medio, demuestran una resistencia anormal hacia los cambios. En este relato intenté imaginar una situación que explicaría racionalmente una funesta conspiración de los objetos contra los seres humanos, sin que éstos sufrieran perturbaciones mentales. Creo que deberían ir a otro planeta. El final del cuento describe la victoria final de un objeto que se ha alzado en rebelión sobre gente inocente (1976).

LA NAVE DE GANÍMEDES (Prize ship) («Globe from Ganymede»). 14-8-1952. Thrilling Wonder Stories, invierno de 1954.

LA NIÑERA (Nanny). 26-8-1952. Starling Stories, primavera de 1955.

FIN